

SALVADOR DE MADARIAGA

HERNÁN CORTÉS



SALVADOR DE MADARIAGA

HERNÁN, CORTÉS



SALVADOR DE MADARIAGA

HERNÁN CORTES

© Salvador de Madariaga, 1941

© Espasa Calpe, S. A., 2008

Diseño de cubierta: Rodesindo de la Fuente

Ilustración de cubierta:

Entrada triunfante de Cortés y su Ejército en Tlaxcala, anónimo, Museo de América, Madrid. Archivo Oronoz

Escaneado por Probono

Conversión a libro electrónico

Indi / Indigo

Depósito legal: M. 37.109-2008

ISBN: 978-84-670-2916-1

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:

sugerencias@espasa.es

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.

Complejo Ática - Edificio 4

Vía de las Dos Castillas, 33 28224

Pozuelo de Alarcón (Madrid)

A Don Adolfo Prieto, español de Méjico y

mejicano de España, dedica este retrato de su
antecesor en espíritu

El AUTOR

La verdadera puliría e agraciado componer es
decir verdad.

Bernal Diaz del Castillo



El retorno de Quetzalcoatl

En el año 4 de Casas de la Octava Gavilla de la era mejicana, el Emperador Moteczuma el Chico se llevó un gran susto. Correspondía aquel año mejicano al 1509 de nuestra era. Los mejicanos computaban el tiempo en gavillas de cincuenta y dos años, y a fin de rehuir todo error o ambigüedad, habían adoptado un ingenioso sistema que equivale a numerar los años como cartas de la baraja: uno de espadas, dos de bastos, tres de oros, cuatro de copas, cinco de espadas, seis de bastos, y así sucesivamente (con las malillas) hasta cincuenta y dos, cuando, ya agotada la «baraja», se cerraba la «gavilla» de los años, y volvía a empezar la numeración. Los cuatro «palos» del calendario azteca eran conejos, cañas, pedernales y casas [101].

Moteczuma era Uei Tlatoani de México, es decir, Señor, o literalmente, el que habla, y como tal, era objeto de universal respeto, aun del más alto dignatario del Imperio, que ostentaba ufano el título de Ciuacoatl o Mujer- Serpiente (combinación, en verdad, formidable). Dondequiera que fuese Moteczuma, se barrían las calles antes de que pasase, aunque jamás las tocaba con la planta de su imperial persona, pues iba siempre en litera y si por ventura condescendía a andar, lo hacía sobre tapices que protegían sus pies de todo contacto con la tierra. Los magnates más poderosos cubrían sus ricas vestiduras con mantas pobres y raídas antes de comparecer ante su augusta presencia. A nadie le estaba permitido mirarle a la cara. Si tan poderoso señor se llevaba un susto, solo podía venirle de causas sobrenaturales.

Era Moteczuma observador puntual del culto de su nación, y, cuando, al morir el Emperador Ahuitzotl, los doce electores le habían escogido entre dieciséis candidatos posibles, aunque no pasaba del sexto lugar en la línea de sucesión de su padre el Emperador Axayacatl [102], ello había sido debido no solo a sus hazañas militares (que le daban derecho a llevar el cabello peinado en alto al modo de los guerreros que habían capturado lo menos seis prisioneros vivos para sacrificar a Uitchilipochtli, dios de la guerra), sino a su piedad que ya le había elevado al cargo de Sacerdote Supremo [103].

Parece ser que en esta elección, que había tenido lugar el año 10 de Conejos, había tomado parte influyente el Rey de Tetzcuco, Nezahualpilli, uno de los magnates más poderosos del Imperio [104]. «Conformados en uno los doce del imperio, teniendo junto a la chimenea el brasero y lumbre y copal [...] y un punzón de hueso de tigre aparejado y otro de león, y el incensario, y preciada manta muy rica, pañetes, cótaras doradas y la corona que llamaban xiuhhuitzolli, que era una media mitra, que se ponía desde la frente, y detrás del colodrillo, se ataba con una sutil trenza... Fueron luego como estaban [...] por el Moteczuma a Calmecac [...] y lo hicieron asentar en su trono, y luego lo trasquilaron conforme a los reyes, y luego le agugerearon las ternillas de la nariz, y le pusieron un sutil y delgado canutillo de oro que llaman acapitzactli. Luego le ciñeron un tecomatillo, para decir o significar de tener piciete [105] en él, que es esfuerzo para los caminos, oregeras y bezoleras de oro, y una manta de red azul, como una toca delgada con mucha pedrería muy menuda y rica, y pañetes muy costosos, unas cótaras azules delgadas y la corona del señorío. Acabado esto, le sahumaron con el incensario: luego le saludaron los dos reyes nombrándole emperador de México Tenuchtitlán.»

No se trataba de ninguna sinecura, como los dos reyes pasaron a explicarle sin tardanza. «Es cargo -le dijeron- para no dormir, ver, entender cómo ha de servido, adorado, reverenciado en loores y sacrificios el Tet- zahuitl Huitzilopochtli [...] con los viejos y viejas mucho amor, dándoles para el sustento humano [...] tener especial cuidado de levantaros a media noche [...] y al alborada, que llaman tlahuizcalpan teuctli, os habéis de bañar y hacer sacrificio: embijaros de negro, y luego habéis de hacer penitencia de punzaros y sacaros sangre de las orejas, molledos y piernas, tomar luego el incensario, y antes que le echéis el sahumero del copal, mirar hacia el noveno cielo y sahumar [...] que estén los caminos usados limpios, barridos, en especial adonde se han de hacer los sacrificios de penitencia de sangre, que los sacerdotes hacen cada día».

Como para probar al punto que estaba dispuesto a todo, Moteczuma, «acabado de hacer su parlamento [...] pidió le trajesen dos punzas, una de hueso de tigre y otra de león, muy agudas, y se punzó otra vez las puntas de las orejas, molledos y espinillas, en el asiento de la lumbrera, adonde estaba la chimenea. Tomó luego codornices, les cortó las cabezas, y con la sangre salpicó la lumbrera y sahumó la hoguera. Luego fue y se subió al templo de Huitzilopochtli, habiendo besado la tierra con el dedo de su mano, a los pies de el ídolo comenzó otra vez a punzarse las orejas, brazos y espinillas. Luego tomó codornices, las degolló, y con la sangre salpicó el templo del ídolo. Después tomó el incensario y sahumó al ídolo Huitzilopochtli: luego a todas cuatro partes del templo; y hecha reverencia se bajó para los reales palacios y con él todos los reyes y principales mexicanos que le acompañaban. Acabado de comer, volvieron a subir al templo, sin llegar a las cuatro gradas más altas donde estaba el gran ídolo, sino solo a la piedra redonda que llaman cuauhxicalli, brasero y caño de sangre. Como estaba agugereada la piedra calaba mucha sangre, y entraban por el agujero muchos corazones humanos, y allí hizo otra vez sacrificio y degolló codornices» [\[106\]](#).

*

«Era -dice Cervantes de Salazar en su crónica escrita poco después de la conquista- hombre de mediana disposición, acompañada con cierta gravedad y majestad real, que parecía bien quien era aun a los que no le conocían. Era delgado, de pocas carnes, la color baza, como de loro, de la manera que todos los de su nación; traía el cabello largo, muy negro y reluciente, casi hasta los hombros; tenía la barba muy rara, con pocos pelos negros y casi tan largos como un jeme; los ojos negros, el mirar grave, y en todo el rostro una cierta afabilidad, acompañada con majestad real, que mirándole convidaba a amarle y reverenciarle. Era hombre de buenas fuerzas, suelto y ligero; tiraba bien el arco, nadaba y hacía bien todos los ejercicios de guerra; era bien acondicionado, aunque muy justiciero, y esto hacía por ser amado y temido, ca así de lo que sus pasados le habían dicho, como de la experiencia que él tenía, sabía que eran de tal condición sus vasallos que no podían ser bien gobernados y mantenidos en justicia sino con rigor y gravedad [...].

»Era bien hablado y gracioso cuando se ofrecía tiempo para ello; pero, junto con esto, muy cuerdo; era muy dado a mujeres y tomaba cosas con que se hacer más potente; tratábalas bien; regocijábase con ellas bien en secreto; era dado a fiestas y placeres, aunque por su gravedad lo usaba pocas veces. En la religión y adoración de sus vanos dioses era muy cuidadoso y devoto; en los sacrificios, muy solícito; mandaba que con gran rigor se guardasen las leyes y estatutos tocantes a la religión; ninguna cosa menos perdonaba que la ofensa, por liviana que fuese que se hacía contra el culto divino. En el castigar los hurtos y adulterios, a que especialmente veía ser los suyos inclinados, era tan severo que no bastaba privanza ni suplicación para que dejase de ejecutar la ley. Tenía con los suyos, por grandes señores que fuesen, tanta majestad que no los dejaba sentar delante dél, ni traer

zapatos, ni mirarle a la cara, si no era con cuál y cuál, y este había de ser gran señor y de sangre real.

»Andaba siempre muy polido, y a su modo ricamente vestido; era limpio a maravilla, porque cada día se bañaba dos veces; salía pocas veces de la cámara, si no era a comer; no se dejaba visitar de muchos; los más negocios se trataban con los de su consejo, y ellos o alguno dellos venía a cierto tiempo a comunicarlos con él, y esto por dos o tres intérpretes, por quien él respondía, aunque toda era una lengua. Iba por su casa a los sacrificios que se hacían en el templo mayor de Uchilobos, donde apartado de todos los grandes de su reino, mostraba gran devoción; salía, la cabeza baja, pensativo, sin hablar con nadie...» [\[107\]](#).

*

Este es sin duda el humor en que caería el ánimo del infortunado Uei Tlatoani cuando en aquel fatídico año 4-Casas de la Octava Gavilla resonaron en sus oídos los gritos y lamentos de sus súbditos al contemplar el meteoro que en los cielos confirmaba las más siniestras profecías. Habíale caído en suerte a Moteczuma reinar en una era desdichada. Los tonalpouhque, astrólogos aztecas, enseñaban que el mundo en que vivían no tendría mejor fin que los tres anteriores: el primero, llamado Atonatiuh o Sol de Agua, había perecido en un diluvio universal; el segundo, Tlalchitonatiuh o Sol de Tierra, descoyuntado y descuartizado por una catarata de terremotos; el tercero, Ecatonatiuh o Sol de Viento, barrido por un huracán que no había dejado en pie más que una manada de monas. El cuarto, aquel sobre que presidía Moteczuma, se llamaba Tlatonatiuh o Sol de Fuego y los astrólogos afirmaban que estaba destinado a perecer en las llamas. Afirmaban además los tonalpouhque que el fin del cuarto mundo ocurriría, como el de los tres anteriores, en un año 2-Cañas, que era precisamente el fin de ciclo, o, en el lenguaje consagrado por la astrología mejicana, el año en que «se ataba la gavilla» [\[108\]](#). Todavía recordaría Moteezuma el último fin de ciclo, que había recaído dos años antes. En esa fecha el pueblo entero pasaba por una prueba terrible, ya que surgía siempre la duda de si el fin de ciclo iba o no a coincidir con el fin del mundo. ¿Será esta vez -se preguntaba la gente- o nos quedarán todavía otros cincuenta y dos años de vida? Los presagios habían sido muy contrarios durante todo el año: se habían ahogado en un río mil ochocientos guerreros mejicanos; «habían comido al sol», es decir, había tenido lugar un eclipse, y la tierra había temblado varias veces [\[109\]](#). Nada, pues, tenía de extraño que desde el Uei Tlatoani hasta el último de sus súbditos, todos los mejicanos temblasen también durante meses, semanas, días, hasta la última hora del ciclo, ni que la ceremonia que en esta hora solemne tenía lugar, la de encender el fuego nuevo, ya extinguido el antiguo, revistiese aquel año excepcional gravedad y emoción.

Había ordenado Moteczuma que en los combates de aquel año procurasen sus guerreros coger vivo a un enemigo noble y generoso cuyo nombre tuviese cierta relación con la ceremonia que se iba a celebrar; uno de sus soldados llamado Itzcuin tuvo la buena fortuna de apoderarse durante una batalla de un capitán de Guaxocingo llamado Xiutlamin, y como la raíz Xiuhitl quiere decir año, el Emperador consideró este dato como suficiente para ofrecer el ilustre prisionero a los sanguinarios dioses. Llegó al fin el período a la vez tan temido y tan deseado: con el nihilismo de la muerte inminente, todos, altos y bajos, arrojaron a la laguna sus utensilios y ornamentos domésticos, los metales en que las mujeres molían el maíz a la vera del hogar y las imágenes de piedra y madera de los dioses familiares; luego, después de haber limpiado y barrido cuidadosamente sus casas ya vacías, en la mañana del día fatídico, se apagaron todos los fuegos. Los cinco «días vacíos» o nemontemi que se añadían cada año a los trescientos sesenta de sus dieciocho meses, se dedicaron aquel año al ayuno y a la oración. En todo el Imperio no ardía un fuego, no temblaba una llama. El fuego había muerto y

hasta que el «Maestro de la ciencia de los cielos», Ilhuicatl Tlamatilizmatini, anunciase que el mundo seguía girando, no hacía falta fuego alguno.

No hacía falta fuego alguno porque, si las estrellas no seguían girando, el sacerdote no podría encender el fuego nuevo y por lo tanto habría terminado el mundo; no volvería a salir el sol; se instalaría la noche para siempre y en su oscuridad definitiva los monstruosos tzitzimitles devorarían a hombres, mujeres y niños. Así pues, al llegar aquella noche de tan dudosa duración, todos corrían escaleras arriba a sus terrazas después de haber encerrado con llave a las mujeres encintas pues era bien sabido, o al menos tal aseguraban los astrólogos, que si terminaba el ciclo aquella noche, todas se volvían feroces tzitzimitles; y se obligaba con toda suerte de artificio a los niños a que permaneciesen despiertos, pues si se dormían era también seguro que se volverían en ratones como todo el mundo sabía que hubiera podido ocurrir en cualquiera de los seis años precedentes en que se había atado la gavilla. Todo Méjico, tenso y tembloroso, tenía los ojos clavados en el cerro de Uixachtecatpetl donde, de haber nuevo fuego, se elevarían sus llamas tan ansiadas.

Entretanto, los sacerdotes se habían puesto las máscaras y ornamentos sacramentales que hacían de cada uno de ellos la imagen viva del dios a cuyo servicio se hallaban destinados y se ponían en marcha, formando solemne procesión, a paso cuidadosamente calculado para llegar a la cumbre del cerro precisamente a medianoche. Uno de ellos, a quien se había confiado el deber de encender el fuego nuevo, avanzaba ejercitándose en el manejo del mamalhoaztli, las dos piezas de madera, el husillo y la tabla, de cuyo mutuo frotamiento habían de surgir las primeras chispas, y a su lado marchaba cabizbajo el prisionero Xiutlamin, sobre cuyo pecho sacrificado había de encenderse el fuego. Seguía a la procesión numerosa concurrencia de gente, mientras que por caminos y senderos y en flotillas de canoas sobre la laguna otras corrientes de multitud convergían hacia las laderas de Uixachtecatpetl.

En un templete que se alzaba sobre la cumbre de la colina, el Ilhuicatl Tlamatilizmatini o Maestro de las ciencias del cielo, observaba las Pléyades que se iban acercando al Meridiano, lo cruzaban y proseguían su movimiento imperturbable; también observaba los Masteletes, tres estrellas en Tauro que acompañan de cerca a las Pléyades y que los mejicanos identificaban con el mamalhoaztli, cuyo nombre les habían dado [\[110\]](#). En cuanto estas estrellas habían pasado el Meridiano, contemplando desde el puro infinito a aquellos oscuros adoradores que hacían de su luz serena señal para ritos sanguinarios, el Ilhuicatl Tlamatilizmatini anunciaba el hecho a los demás sacerdotes que, quizá con menos ansiedad que la multitud de los fieles en la llanura, aguardaban en la oscuridad del templo inferior. Había llegado el último minuto para Xiutlamin; cinco sacerdotes se apoderaban de él y lo echaban sobre la piedra del sacrificio asiéndolo fuertemente de piernas, brazos y cabeza, mientras el sacerdote supremo, con un cuchillo de obsidiana, le abría el pecho de un golpe, que cortaba a la vez las venas y arterias más fuertes. Al instante le arrancaba el corazón del pecho y lo ofrecía, todavía palpitante, ante la imagen de la sanguinaria deidad, y sobre el pecho abierto, el otro sacerdote encargado de encender el fuego, colocaba la tabla del mamalhoaztli haciendo girar sobre ella con febril ansiedad el husillo de cuyo frotamiento iban a surgir las chispas. Un polvillo de harina de madera que salía en torbellinos en torno al husillo iba a caer sobre el cuerpo de la víctima, y súbitamente, una chispa y luego otra y más inflamaban este polvo; el sacerdote apretaba en sus esfuerzos y pronto venía una llama constante a iluminar con temblorosos reflejos la herida abierta en el pecho de la víctima y los tensos rostros de los oficiantes. El sacerdote supremo arrojaba entonces sobre el fuego nuevo el corazón de la víctima, primer combustible de la era que comenzaba, y gradualmente todo el cuerpo sacrificado iba a alimentar las llamas del nuevo ciclo.

Poco después, el vasto mar de la multitud ansiosa que aguardaba en la oscuridad del valle veía en lo alto de la colina salir a la noche fría el brasero portador de la nueva llama. Este espectáculo era para todos señal de renacimiento y regocijo y a partir de aquel momento la vida rebrotaba por doquier en sus mil actividades menores. Al ver aquella luz, todos, hombres y mujeres, se punzaban las orejas con espinas de maguey y recogiendo la sangre con los dedos la salpicaban en dirección al fuego lejano. En torno al brasero sagrado, los sacerdotes allí congregados de las ciudades y pueblos circunvecinos, convergían en apretado enjambre para encender sus antorchas de pino en la llama recién nacida, precipitándose después cuesta abajo cada uno por su sendero y ladera a fin de llevarla lo antes posible a las gentes de su lugar, y así iba corriendo de aquí y de allá en la noche oscura la luz de una nueva esperanza reencendiendo fuegos rituales en los templos, hogueras en las plazas, hogares en las moradas, de modo que poco después de la medianoche, tal era la velocidad, tal el deseo de todos, ardían ya bastantes fuegos nuevos por todas partes para iluminar todo el valle con una luz casi tan clara como la del día [111].

Bien recordaba Moteczuma aquel día memorable. Bien sabía que su pueblo había sobrevivido aquella hora de duda y temor. Y sin embargo, él seguía sobrecogido por una sensación de terror mortal ante el destino. Los dioses eran crueles. Tenía él diecinueve años cuando en el año 8-Cañas su predecesor Ahuizotl, elegido Uei Tlatoani el año anterior, había dedicado el nuevo templo de Uitchilipochtli, en cuyo honor se habían sacrificado veinte mil prisioneros de Magatlan, Tlapan, Tzicoac, Uaxtepec, Xolochiuh-yan, Tzapotlan, Cuauhnauc y Yoaltepec. Durante cuatro días, en catorce templos, colas de víctimas que se prolongaban hasta fuera de la ciudad aguardaban con paciencia oriental la hora de su sacrificio. Estaban los infortunados prisioneros pintados con un unguento de tiza que les cubría todo el cuerpo con excepción de una banda negra a través del rostro a la altura de los ojos; en la cabeza, plumeros de plumas de águila; sobre la frente, una bandeleta de papel de corteza de árbol atada a la cabeza con un cordón adornado con borlas; llevaban también collares, cinturas y pañetes de papel; en la mano derecha, una bandera de papel y en la izquierda una rodela de cañas adornada con cinco plumas de águila. Cuando llegaba al templo, la víctima avanzaba por su paso hacia la muerte, si para ello tenía vigor físico y moral, que de no ser así se veía arrastrada por los cabellos por uno de los sacerdotes; ya a pie, ya arrastrado, el desdichado subía el centenar de escalones hasta llegar a las capillas que ocupaban la plataforma superior, dedicadas una a Uitchilipochtli, dios de la guerra, otra a Tetzcatlipoca, el Júpiter azteca. Entonces cinco sacerdotes se abalanzaban sobre él, arrojándolo de espaldas sobre la piedra del sacrificio o techcatl; dos le tenían las piernas; dos los brazos y el quinto la cabeza que le sujetaba fuertemente hacia atrás con un yugo de madera inserto en la garganta. Otro sacerdote celebraba entonces el sacrificio al modo usual, abriendo el pecho de la víctima de un golpe rápido con un cuchillo de obsidiana y arrancando el corazón para ofrecerlo, aún caliente y palpitante, como alimento al sol. Los sacerdotes oficiantes, ensangrentados hasta los hombros, tenían que turnar relevándose unos a otros para que el mero esfuerzo físico no los agotase.

Corazones y más corazones iban a parar al cuauxicalli o jicara del águila, vasta piedra redonda, agujereada en el centro para escurrir la sangre; cuerpos y más cuerpos iban rodando escaleras abajo hasta el atrio del templo donde el cuacuacuiltin, viejo encargado de esta horrenda labor, los desollaba y descuartizaba; (los trozos más delicados iban a la mesa del Uei Tlatoani; los demás a las del guerrero que había capturado a la víctima) [112]. Jamás en la historia del pueblo azteca se había ofrecido tamaño holocausto al dios de la guerra. Moteczuma, con el ánimo oprimido por los agüeros, podía muy bien preguntarse qué prueba de fe y de devoción hacia los dioses había dado durante su

reinado. Una tradición inmemorial anunciaba el retorno a Méjico de Quetzalcoatl o Serpiente con Plumas Preciosas, dios del viento «hombre bien dispuesto, de aspecto grave, blanco y barbado; su vestido era una túnica larga». Este hombre, «a quien llamaron Quetzalcoatl y otros Huemac, por sus grandes virtudes», había venido antaño a la tierra de los aztecas, «enseñándoles por obras y palabras el camino de la virtud, y evitándoles los vicios y pecados, dando leyes y buena doctrina; y para refrenarlos de sus deleites y deshonestidades, les constituyó el ayuno [...]

El cual, habiendo predicado las cosas referidas [...] y viendo el poco fruto que hacía con su doctrina, se volvió por la misma parte de donde había venido que fue por la de oriente, desapareciendo por la costa de Coatzacoalco, y al tiempo que se fue despidiendo de estas gentes, les dijo: que en los tiempos venideros, en un año que se llamaría Ceacatl [1-Cañas] volvería, y entonces su doctrina sería recibida, y sus hijos serían señores y poseerían la tierra; y que ellos y sus descendientes pasarían muchas calamidades y persecuciones» [113] .

Moteczuma, estadista precavido, guardián del culto y de la tradición de su pueblo, tenía que vivir alerta ante los signos y presagios que anunciaban el cumplimiento de esta profecía, ya que el retorno del profeta de larga barba y blanca piel que había de volver del Oriente, traería para su raza azteca secuela desastrosa de calamidades y persecuciones. Y en aquel año fatídico, el 4-Casas de la Octava Gavilla, no uno sino muchos presagios vinieron a conturbarle profundamente: Una noche «apareció un gran cometa en el cielo en la parte de Oriente, que parecía como una gran llama de fuego muy resplandeciente, y que echaba de sí centellas de fuego. Este cometa era de forma piramidal, e íbase aguzando hacia arriba hasta acabarse en un punto. Parecía en medio del Oriente, comenzaba a parecer un poco después de la medianoche, y llegaba hasta la mañana, y la luz del sol lo encubría de manera que saliendo el sol no parecía más».

Apenas repuestos del terror que les había producido este presagio, los aztecas vieron con terror no menor arder el Cu o templo de Uitchilipochtli «que se encendió sin haber razón humana para ello», pues «salían las llamas de dentro de los maderos hacia afuera y de presto se quemó: dieron voces los sátrapas para que trajesen agua para matarlo, y cuanto más agua echaban tanto más ardía». «El tercer mal agüero aconteció que cayó un rayo casi sin propósito y sin tronido sobre el Cu del dios del fuego llamado Xiuhtecutli. Este Cu tenía un chapitel de paja, y sobre él cayó el rayo y le encendió y se quemó: tuviéronlo por milagro, porque no hubo tronido, bien que llovía un poco menudo. El cuarto agüero fue que de día estando el sol muy claro vino de hacia el occidente de Méjico un cometa y corrió hacia el oriente e iba echando de sí como brasas o grandes centellas: llevaba una cola muy larga, y luego toda la gente comenzó a dar alaridos, tanto que parecía como cosa de espanto, y por tal lo tuvieron. El quinto fue que la laguna de Méjico, sin hacer viento ninguno, se levantó: parecía que hervía y saltaba en alto el agua, e hízose gran tempestad en la laguna; las olas batieron en las casas que estaban cerca y derrotaron muchas de ellas; tuviéronlo por milagro, porque ningún viento corría. El sexto agüero fue que en aquellos días se oyeron voces en el aire, como de una mujer que andaba llorando y decía de esta manera: “¡Oh hijos míos, ya estamos a punto de perdernos!”. Otras veces decía: “¡Oh hijos míos! ¿Adonde os llevaré?”».

Ya podemos imaginar la resonancia que estas voces tendrían en el alma profética de Moteczuma, tan llena de lúgubres presentimientos. De todos los avisos y señales de la naturaleza, los que hablan - tal es la fuerza de la voz humana- son los que penetran más hondo en nuestro ser. Por eso sin duda sentiría Moteczuma especial agradecimiento para con el octavo agüero que consistió en «hombres con dos cabezas» «que aparecieron en muchos lugares», pues cuando los llevaron «a que los viese

Mochtecuizoma en su palacio [...] en viéndolos luego desaparecían sin decir nada». Pero el peor de todos estos agüeros que tanto horror inspiraron a Moteczuma fue el séptimo, «una ave del tamaño y color de una grulla, la cual tenía en medio de la cabeza un espejo». «Los pescadores o cazadores del agua» que le habían tomado en sus redes «la llevaron a Mochtecuizoma que estaba en su palacio, en una sala que llaman Tlillan Calmecac, esto era después de mediodía. Mochtecuizoma miró el ave y el espejo que tenía en la cabeza, el cual era redondo y muy pulido; y mirando en él vio las estrellas del cielo, los mastelejos que ellos llaman Mamaloaztli y espantóse de esto y apartó la vista haciendo semblante de asombrado, y tornando a mirar al espejo que estaba en la cabeza del ave, vio en él gente de a caballo que venían todos juntos en gran tropel todos armados».

La alusión no podía ser más directa. El malhadado Emperador «envió a llamar a los adivinos y astrólogos en cosas de agüeros, y preguntóles: ¿Qué es esto que aquí me ha aparecido? ¿Qué quiere decir? Y estando así todos espantados desapareció el ave, y todos quedaron espantados y no supieron decir nada» [114].

Fuerza es reconocer que para los astrólogos, adivinos y agoreros la situación era más que delicada; era hasta peligrosa porque Moteczuma no acostumbraba a que sus preguntas quedasen sin respuesta impunemente y tenía la mano pesada con los que le defraudaban en sus exigencias. Por desgracia para los augures, el tiempo estaba propicio a señales precursoras de toda suerte y sus poderes de adivinación tuvieron que pasar por pruebas todavía más duras.

Una mañana los sacerdotes encargados de la vigilancia nocturna del templo de Tetzcatlipoca vinieron a informar al Emperador de que hacia medianoche, «media hora más o menos», habían visto «hacia la parte del oriente, un humo que se espesaba y estaba tan blanco que relumbraba y daba tanta claridad que parecía mediodía; venía igual casi con el cielo desde la tierra, que parecía que venía andando como un gran gigante blanco. Dijéronselo al Rey Moctezuma, el cual les dijo: “Mirad si estabais soñolientos o si lo soñasteis”». «Tomó Moctezuma tan a pecho aquello, que estuvo toda la noche mirando hasta que comenzó a salir el humo tan blanco, más que la nieve, y veníase engruesando que parecía que salía un hombre muy alto que venía en el aire con el cielo. Quedó Moctezuma muy espantado y atemorizado de esto: y así envió a llamar a muchos hechiceros, encantadores y adivinos que entendiesen el misterio. Preguntóles qué habían visto de día o de noche, como tales veladores del pueblo. Respondieron: Señor, cosa ninguna hemos visto ni de día ni de noche». Moteczuma, indignado, exclamó: «¿Quién son estos bellacos que en tan poco me tienen? Llevádmelos a vuestras cárceles y entapiádmelos en Cuauhcalco y, mueran de hambre allí». Hizo entonces llamar a Nezahualpilli, el anciano rey de Tetzcuco, que era uno de los electores imperiales que le habían dado su voto y por cuya experiencia y virtud sentía gran respeto. «Señor, rey y padre mío -preguntó el desdichado Emperador-, como hombre que sois de tanta experiencia y sagaz en las estrellas del cielo, ¿qué es lo que hay en el mundo o en el cielo aparecido?». Pero Nezahualpilli no era un hechicero vulgar a quien Moteczuma podía sorprender desprevenido: «Pues cómo, Señor -preguntó extrañado-, ¿ahora sois ignorante de ello? ¿Cómo no os lo han dicho estos que cuidan la ciudad y tienen cuenta con el cielo y estrellas? Pues sabed que ha muchos días se sabe esto que vais a decir. Si es ya así la voluntad de nuestros dioses que esto se acabe, ¿qué puedo yo decir? Yo de mí, Señor, hijo mío y mi querido nieto, no lo pienso ver porque me voy a acostar, y ya esta es despedida mía». Lloró entonces Moteczuma amargamente. Lloró por su tío-abuelo Nezahualpilli; lloró por sí mismo. Y presa de un acceso de furibunda cólera hizo estrangular a los hechiceros y arrojarlos al fondo de la laguna mejicana [115].

Sin dejarse amilanar por la muerte atroz de sus intérpretes, los agüeros seguían a los agüeros, invadiendo día y noche el horizonte del desdichado Moteczuma hasta el punto de que sus mismos actos de piedad, que con ánimo de aplacar a los dioses celebraba, se transfiguraban en nuevas

ocasiones para que los dioses le acosaran con fúnebres presagios. El piadoso Emperador cayó en la cuenta de que todavía no había hecho nada en su reinado para perpetuar su memoria con algún monumento religioso y, dispuesto a reparar esta omisión, convocó a la Mujer-Serpiente dándole instrucciones para que se tallase una enorme piedra circular en honor de Uit-chilipochtli. La Mujer-Serpiente aprobó esta excelente idea y la llevó a la práctica sin pérdida de tiempo. Pero cuando, la piedra ya terminada, se intentó trasladarla desde lo alto de la colina donde la habían labrado hasta el lugar designado para erigirla en la ciudad, todos los esfuerzos del brazo y del artificio se estrellaron contra su obstinación. En vano tiraban de ella con rítmico esfuerzo largas cuerdas de esclavos; se rompían las cuerdas pero la piedra no se movía. En vano venían teorías enteras de sacerdotes a sacrificar ante ella codorniz tras codorniz, untando la superficie de la piedra con la sangre de las inocentes aves para inducirla a que se moviese; no solo permanecía inmóvil, sino que tuvo a bien expresar su decisión de un modo terminante. Después de alguna que otra críptica indicación de sus intenciones la piedra se expresó así: «Decidle a Moctezuma que para qué me quiere... que ya no es tiempo de hacer lo que ahora acuerda; que antes lo había de haber hecho, porque ya ha llegado su término de él». Comunicada al Emperador esta decisión no se dio por vencido: «Vayan mañana los sacerdotes -dijo- y háganle sacrificio de codornices, y ahúmenla los sahumadores, y vayan los viejos con teponaztle a cantarle y bailarle para que tenga más gana de venir». Al principio pareció como si fuera a tener éxito este tratamiento, pues la piedra se movió dejándose llevar nada menos que hasta el puente de Xoloc, donde se unían las calzadas de Iztapalapa y de Coyucacán. Pero llegada a este lugar memorable, se plantó la piedra otra vez y no paró en plantarse sino que «habló otra vez la piedra y dijo: “hasta aquí ha de ser y no más”.». Diciendo esto, se quebró el puente, «que era de unas grandes planchas de cedro de siete palmos de grueso y nueve de canto de gordo. Cayóse la piedra dentro del agua». Pero, aun cuando el propio Moteczuma en persona acudió a dirigir las operaciones para recobrarla, escogiendo para ello la hora de mediodía cuando más aclara el agua, tanto que hubo que proteger su imperial persona «con una sombrera o quitasol» jamás pudieron hallar la piedra en la laguna. Poco después la encontraron: se había vuelto a subir a lo alto del cerro de donde tan contra su voluntad la habían arrastrado hasta el valle [\[116\]](#).

Apenas rehecho de las emociones de este episodio, se paseaba un día Moteczuma por una de las terrazas de su palacio cuando divisó una nube blanca que se elevaba en el cielo sobre Tetzcuco, la ciudad vecina situada sobre la orilla norte de la laguna. He aquí lo que había ocurrido: Estaba arando un indio en el cerrito de Quetzaltepetl cuando vino un águila, lo asió de los cabellos hasta lo alto de un cerro vecino y «repentinamente le metió en una sala, la mejor que jamás había visto. Y no vio a la propia águila, sino un principal gran señor, y dijóle: “Ven acá, no tengas temor; toma esta rosa y este perfumador, huélgate; pero mira cual está aquí tendido Moctezuma borracho perdido, y no sabe de sí. Hiérole en un muslo”. Entonces le hirió en un muslo, recio. “¿Ves como no tiene sentido, de borracho perdido que está? Pues ve ahora al mundo y dile lo que te dije, de que le hirieras en su muslo, y dile que cese ya lo que ahora está haciendo, que ya es acabado su término”.». Por el mismo camino que había venido, colgado de las garras del águila, volvióse el indio con su rosa y su perfumador, se fue derecho a Moteczuma y le contó todo. «Llamó Moteczuma a Pedacalcad, y díjole: “Llevad a ese borracho y apedreado muera luego o degollado, o encerrado en una tapia hasta que muera”. Después que lo hubo dejado, llamó a Pedacalcad, y díjole: “Oídme, cómo a medianoche me comenzó a doler este muslo, que parecía que me abrasaban y ahora me duele, y este bellaco me trajo esta nueva; debe de ser algún encantador o enviador; muera allí”.». El Emperador quedó profundamente impresionado por este aviso que le llegaba después de tantos otros [\[117\]](#).

No cabía la menor duda de que este último aviso venía directamente del propio Huemac o

Quetzalcoatl, y así vemos en este momento a Moteczuma tan obseso por ese poderoso y misterioso ser que soñó -dormido o despierto no es seguro- en abandonar sus funciones tan excelsas como peligrosas para refugiarse en el paraíso de Zincolco donde nunca se muere y hay «cuantos géneros de comida hay en el mundo, bebidas y todo género de rosas, y todo género de árboles frutales» [\[118\]](#). Sacrificó a cuatro esclavos en honor de Uitchilipochtli y los hizo desollar enviando los pellejos como ofrenda a Huemac, el misterioso Huemac o Quetzalcoatl, Serpiente de Plumas Preciosas, cuya profecía secular predecía el retorno de hombres blancos y barbudos procedentes de Oriente para conquistar las tierras del Anáhuac. Moteczuma dio órdenes de que los sacerdotes, los ancianos, las mujeres y los calpixques o mayordomos provinciales le informasen de todos los sueños que se soñasen en sus dominios; y pronto fueron Llegando uno tras otro sueños de mal agüero. El Emperador condenaba a muerte a los que los habían soñado. Pero el peor agüero no fue sueño sino una visión de realidad.

Un día, un mazelual, hombre de humilde estado, pidió audiencia y le habló así: «Señor y Rey nuestro, perdona mi atrevimiento: yo soy natural de Mictlan Cuauhtla; llegué a las orillas de la mar grande y vide andar en medio de la mar como una sierra o cerro grande, que andaba de una parte a otra y no llegaba a las orillas y esto jamás lo hemos visto, y como guardas que somos de las orillas de la mar estamos al cuidado». Moteczuma se limitó a decirle: «Sea enhorabuena, descansad». «Y este indio que vino con esta nueva no tenía orejas, que era desorejado; tampoco tenía dedos en los pies, que los tenía cortados. Díjole Moctezuma a Petlacatli: “Llevad a este a la cárcel y ponedlo en la cárcel del tablón y mirad por él”». Con todo, el Emperador envió gente segura para ver de qué se trataba. No tardaron en volver sus mensajeros diciendo «que era verdad que andaban como dos torres o cerros pequeños por encima de la mar. Llegados a Méjico, fuéronse derechos al palacio de Moctezuma a quien hablaron con la reverencia y humildad debidas. Dijéronle: “Señor y Rey nuestro, es verdad que han venido no sé qué gente, y han llegado a las orillas de la gran mar; las cuales andaban pescando con cañas, y otros con una red que echaban, hasta que tarde ya estuvieron pescando, y luego entraron en una canoa pequeña y llegaron hasta las dos torres muy grandes y subían dentro. Las gentes serían como quince personas, con unos como sacos colorados, y otros de azul y otros de pardo y verde, y de una color mugrienta como nuestro ychtimatli tan feo, otros de encamado, y en las cabezas traían algunos puestos unos paños colorados [...] otros muy grandes y redondos a manera de comales pequeños, que deben de ser guardasol [...] y las carnes de ellos muy blancas, más que las nuestras, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da”. Moctezuma estaba cabizbajo que no hablaba cosa alguna» [\[119\]](#).

Había vuelto Quetzalcoatl. Ahora se llamaba Hernán Cortés.

Cortés desembarca en el Nuevo Mundo

Fernando, Hernando o Hernán Cortés nació en el año 1485 de la era cristiana o 6-Casas de la Octava Gavilla de la era del pueblo que estaba destinado a conquistar. Fue su patria Medellín, villa de Extremadura, «una de las mejores provincias de España»[201] trastierra del puerto de Palos en que nació el descubrimiento de América, país, por lo tanto, predestinado con justicia a dar los más famosos conquistadores del Nuevo Mundo. Uno de los más grandes prosistas ingleses contemporáneos se expresa sobre Extremadura en los siguientes términos: «El paisaje español, sobre todo en estas llanuras donde el hombre está casi ausente, da una impresión de persistencia como no la da ninguna otra cosa que yo conozca. Uno se dice a sí mismo: Las comarcas bien regadas del norte han cambiado constantemente y siguen cambiando ante nuestros ojos; los hombres del norte se gozan en la experiencia, el triunfo, el fracaso, la realización y la vuelta al fracaso. El desierto también, allende el mar, allende el Atlas, es perenne, pero perenne de un modo distinto a este, porque no hay hombre que busque allá su morada ni que piense en él en términos de una sociedad mortal. Pero España -estas grandes estepas de España- tienen algo a la vez de cambiante y de perenne y, sin embargo, no se parecen ni a lo uno ni a lo otro. Es tierra bastante habitable y que produce famosas razas de hombres. De esta tierra de que vengo hablando salieron algunos de los potentes conquistadores cuyos iguales no se han conocido jamás ni antes ni después, domadores de caballos y dominadores del mundo [...]. Es por todas partes tierra provocadora y, lo que es más todavía, tierra que pide culto a algo simbolizado en estas montañas que semejan olas. A decir verdad, estas áreas de tierra ibérica desnuda, casi sin árboles, casi sin gente, recuerdan y semejan al mar, pero un mar a escala más que titánica, un mar movido por tormentas que nuestro mundo no ha conocido jamás»[202].

Esta es la tierra en la que nació Hernán Cortés. Su padre, Martín Cortés de Monroy y su madre, Doña Catalina Pizarra Altamirano. «Entrambos -añade Gomara- eran hidalgos. Ca todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarra y Altamirano son muy antiguos nobles y honrados». Las Casas, sin embargo, que era poco amigo de Cortés pero que le conoció bien, se limita a decir: «Era natural de Medellín, hijo de un escudero que yo conocí, harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo y dicen que hidalgo»[203]. Se observará que el mismo Gomara, Capellán de Cortés en los tiempos de su esplendor, da el Doña a la madre del conquistador pero no el Don a su padre. Esto no bastaría para excluir a Martín Cortés de la clase de hidalgos en que lo coloca Las Casas, pero sí parece indicar que Hernán Cortés procedía de mayor alcurnia por el lado materno que por el paterno.

Martín Cortés de Monroy había tomado parte como Capitán de cincuenta jinetes en la campaña alzada contra la Reina Doña Isabel la Católica por Alonso de Monroy, Clavero de la Orden Militar de Alcántara, uno de los episodios de la larga lucha entablada por los Reyes Católicos para domeñar a la aristocracia rebelde y levantisca que habían heredado de sus antecesores. Monroy, que a pesar de la coincidencia del nombre no parece haber tenido parentesco alguno con Martín Cortés de Monroy, pues de otro modo Gomara no se lo hubiera dejado en el tintero, era uno de aquellos nobles a quienes ofendía la sabia política de la Reina, consistente en ir confirmando a su real esposo los maestrazgos de las cuatro Órdenes Militares a medida que iban vacando, y como por ser Clavero de la de Alcántara ocupaba el puesto más alto de esta Orden después del de Maestre, se había alzado contra la Reina. Doña Isabel, con su agudeza acostumbrada, había puesto a la cabeza de las tropas leales a Don Alonso de Cárdenas, Maestre de la Orden de Santiago. Martín Cortés, por lo tanto, había tomado armas en rebeldía contra la Corona. Este pecado de su juventud no parece haberle perjudicado ni en el reinado de Doña Isabel ni en el de Carlos V, en cuyo tiempo actuó más de una vez como embajador y abogado

de su brillante hijo en la Corte y cancillería del Emperador.

Podemos imaginarlo en su vida retirada de Medellín ya que no puede haber sido muy distinta de la de los hidalgos de España que vemos vivir en las páginas de Cervantes. Era uno de aquellos hidalgos «de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco, y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino». Sería su casa sin duda «ancha como de aldea, las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el patio; la cueva en el portal, y muchas tinajas a la redonda» [204]; una de esas casas en donde pasan los veranos españoles en delicia quieta, a la sombra de espesos muros impregnados del aroma de tierra fresca.

En una casa así transcurrieron los primeros años de Hernán Cortés. Nos dice uno de sus biógrafos: «Diéronle sus padres a criar a un ama, con menos aparato del que después el valor de su persona le dio» [205]. Pero Cortés no fue nunca susceptible, y menos todavía en estos días primeros. Como hijo de hidalgo de campo, los placeres de su niñez serían correrías en el caballo de su padre y la caza de liebres con el galgo familiar, amén de alguna que otra aventura juvenil con alguna pandilla de compañeros que él dirigiría -sobre esto, no haya duda-. No era, sin embargo, fuerte de salud y sabemos por Gomara que se crió tan enfermo «que llegó muchas veces a punto de muerte» [206]. Así sucede con frecuencia con los seres de gran espíritu, para quienes es muy difícil que en los primeros años el vaso corporal tenga la consistencia necesaria para resistir a las tensiones que su fuerte espíritu provoca en ellos. Parece ser que la familia buscó remedio a esta situación en una especial devoción a San Pedro. ¿Por qué San Pedro? Se preguntará, y los ingeniosos e imaginativos se echarán a buscar razones y aun las hallarán excelentes, mas no la efectiva que fue el puro azar, pues «sus padres, gente piadosa y devota, echaron suerte entre los doce apóstoles para escogerle un patrón, como suele hacerse todavía entre nosotros anualmente en las familias, y le salió San Pedro, que fue el motivo de la devoción especial que profesó a este Santo en todo el curso de su vida, atribuyendo a su patrocinio haber adquirido aquella robustez de que tanta necesidad había de tener en la serie de duros trabajos que estaba destinado a soportar»[207].

Así dice Alamán. Pero Cervantes de Salazar pretende que el agente selector del santo patrón de Hernán Cortés no fue la ley de probabilidades sino la nodriza del niño: «Dicen que su ama siendo muy devota del Apóstol San Pedro se lo ofreció con gran devoción con ciertos sacrificios dignos de mujer cristiana que hizo, y así piadosamente se cree que por tomarle la piadosa mujer por intercesor y abogado, de allí adelante convaleció». No satisface esta versión tanto como la primera, pues parece natural que San Pedro y el azar sean precisamente las figuras que se alzan en el pórtico de la vida de Hernán Cortés: San Pedro, entre los Apóstoles, representa el arte de gobernar y el poder supremo a los que Cortés estaba predestinado; mientras que por la vía que al poder le llevaba, el muchacho delicado de Medellín dejará con frecuencia que guíe sus destinos la estrella del azar, protegiéndole en su aventurosa carrera sobre todo contra su peor enemigo, que era desde luego el propio Hernán Cortés. Aparte de que no dejaba de tener gran afición al juego: «Jugaba todos juegos sin parecer tahúr, mostrando tan buen rostro al perder como al ganar» [\[208\]](#).

A los catorce años, le mandaron sus padres a Salamanca. Era entonces la famosa Universidad, uno de los cuatro grandes centros del saber humano que la cristiandad ostentaba, un foco no solo educativo sino también social de la mayor importancia para un joven ambicioso; en los turbulentos colegios y en las aulas ya tranquilas y estudiosas, ya agitadas y aun tumultuosas, de Salamanca, el hijo del hidalgo pobre aunque altivo se codeaba con la progenie de los grandes. Cortés llegó a Salamanca en 1499. Siete años antes, cuando niño, él de siete años, jugaba todavía en su Medellín natal con juguetes infantiles, y en lucha con un cuerpo rebelde a su espíritu, se refugiaba bajo el manto protector de San Pedro, un visionario genovés de origen hispano-judío había descubierto el Nuevo Mundo. En 1499, los cosmógrafos de Salamanca, absortos en los dramáticos trastornos que el descubrimiento aportaba al campo de sus estudios, ignoraban que, perdido en la turbamulta de estudiantes de la facultad de leyes, bullía un mozo de catorce años a quien estaba reservado dar su verdadero sentido al descubrimiento, conquistando un esplendoroso Imperio exótico en aquel Nuevo Mundo más soñado que realmente descubierto por Cristóbal Colón.

Cuánto estudió y hasta dónde se elevó en la escala de los laureles académicos y por qué dejó los estudios volviéndose al hogar paterno son puntos de la biografía de Cortés en que los autores no concuerdan del todo.

Las Casas dice de él que era «latino porque había estudiado leyes en Salamanca y era en ellas bachiller»; Bernal Díaz del Castillo, que en tanta intimidad vivió con Cortés, escribe: «Era latino e oí decir que era bachiller en leyes y cuando hablaba con letrados o hombres latinos respondía a lo que le decían en latín». Pero otras tres autoridades niegan que se graduase, y en este punto concreto dos de ellas merecen más crédito que Las Casas o Bernal Díaz. Dice Cervantes de Salazar: «Siendo de edad de catorce años, le enviaron sus padres a Salamanca, donde en breve tiempo estudió gramática, porque era muy hábil; quisieran sus padres que siguiera el estudio de las leyes, mas como su aventura le llamaba para empresa tan importante, dejando el estudio por ciertas cuartanas que le dieron, de las cuales sanó dentro de ciertos meses, volvió a su tierra». El autor anónimo, pero bien informado, de la crónica latina de su vida y hechos dice: «Enviado a Salamanca a la edad de catorce años para que hiciera sus estudios, estudió gramática durante dos años viviendo en casa de su tía Inés de Paz, mujer de Francisco Núñez Valera. De donde, a causa del tedio de los estudios y de la esperanza de mayores empresas (para las máximas había nacido en verdad) se fue retornando al hogar paterno. Muy a mal tomaron sus padres esto, pues habían puesto toda su esperanza en él, que era hijo único, y deseaban que prosiguiese el estudio de la ciencia del derecho que en todas partes goza de gran honor y estima.» Finalmente, Gomara que sin duda tuvo ocasión de oír la versión del propio interesado, escribe: «Volvióse a Medellín harto o arrepentido de estudiar o quizá falta de dineros. Mucho pesó a los padres su venida y se enojaron con él, porque dejaba el estudio. Ca deseaban que aprendiese leyes, facultad rica y honrada entre todas las otras, pues era de muy bien ingenio y hábil para toda cosa» [\[209\]](#).

Esta es la versión más probable, salvo que cabe dar como causas efectivas simultáneamente las tres que Gomara presenta como alternativas: después de un par de años de gramática en la Universidad, estrechamente vigilado por su tía, sin duda disciplinaria y devota, Hernán Cortés adolescente se sentiría «harto» y pesaroso de haber escogido el camino de las letras y no el de las armas -amén de hallarse corto de fondos, pues en Salamanca, con tantos amigos ilustres y ricos, el hijo de un hidalgo pobre tenía que pasar amargos cuartos de hora-. De modo que Cortés, con dieciséis años de edad, se despidió de Salamanca y de las letras para siempre. El impulso que le animaba era ya la ambición que lleva al hombre de acción al movimiento, al camino que aleja de los claustros del saber en busca de la riqueza, esto es, de un radio de acción más vasto para su vida, pues la ambición

material en el hombre de acción no es más que la forma que el hambre de espacio adopta en un alma potente. Y, sin embargo, en todos estos testimonios de sus contemporáneos es fácil percibir una fuerza antagonista a la de la mera ambición que pudo haber retenido a Cortés adolescente en el sendero del saber: Hernán Cortés había nacido para las letras tanto como para la acción. Tenía la inteligencia viva y capaz de dominar los conceptos mentales no menos que los seres humanos. Era tan inteligente como bravo. El detalle que debemos a Bernal Díaz no puede ser más elocuente, sobre todo si, siguiendo a Gomara, estimamos en dos años los que Cortés pasó en Salamanca sin esperar a hacerse bachiller en leyes: era buen latino y contestaba en latín a los que en latín le hablaban. Esto prueba sus dotes excepcionales para el estudio. Era pues Cortés hombre representativo de su tiempo, colocado por naturaleza en la encrucijada entre las letras y las armas; bien situado para comparar estos dos caminos de la vida humana con la mirada imparcial de un hombre que sabe que le es factible lograr éxito en ambos. Paralelo es este de las letras y las armas que fascinaba a otro hombre no menos ilustre que Cortés, que siguió tan pronto el uno como el otro de los dos senderos, ganando en ambos gloria inmarcesible sin alcanzar riqueza en ninguno -pues las frecuentes alusiones que a este tema hace Cervantes por boca de Don Quijote han de considerarse como expresiones de su propio pensamiento.

Fuese bachiller o no lo fuese, que al caso no importa, hemos de ver a Cortés revelar en toda su vida igual aptitud para las letras que para las armas; asombrosa capacidad para hallarse siempre presente -presencia de la voluntad en la acción, de la mente en el pensamiento- una mano maestra para manejar hombres, una mente maestra para manejar cosas; el don de expresión, en la acción, adaptando el acto al momento, en el pensamiento, adaptando la palabra a la ocasión, siempre a tiempo; y finalmente la ojeada rápida y la garra potente del águila, pero también la habilidad tortuosa y taimada de la serpiente -uniendo así en su compleja personalidad el águila y la serpiente, símbolo a la vez del pueblo que estaba destinado a conquistar y del dios Quetzalcoatl o Serpiente Alada que para aquel pueblo encarnó.

*

Quetzalcoatl entretanto, de edad de dieciséis años, se dirigía de Salamanca a su Medellín natal para hacer frente a sus irritados padres. «Daba y tomaba enojos y ruido en casa de sus padres -dice Gomara-, ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas» [\[210\]](#). Es evidente que sus padres se dieron cuenta de su impotencia para regir la juvenil vitalidad que les invadía la casa, y aun la pequeña ciudad, con su bullicioso temperamento, pues, a pesar de su apego natural para el hijo único, se resignaron a dejarle seguir la profesión de las armas que, para un español en aquellos tiempos, implicaba emigración a Italia o a las Indias. Hernán vaciló entre alistarse en las banderas del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, entonces en el cénit de su gloria en Italia, o seguir la estela de los españoles que fluían a las Indias al señuelo del oro que de las Indias fluía. Mientras así sopesaba con su habitual previsión «cuál de los dos viajes le estaría mejor» [\[211\]](#), se estaba aprestando una poderosa flota de treinta navios para llevar a las Indias al nuevo Gobernador General, Don Frey Nicolás de Ovando, Comendador Mayor de Alcántara, nombrado el 3 de septiembre de 1501 para sustituir a Bobadilla, sustituto a su vez de Cristóbal Colón [\[212\]](#). Se hallaba a la sazón Ovando residiendo en Cáceres, no lejos de Medellín, y parece haber tenido relaciones de trato, si no de amistad, con la familia de Cortés. Quedó pues decidido que el joven Hernán se embarcaría en el séquito del nuevo Gobernador para las Indias, donde hallaría espacio para su ambición.

Pero no pudo ser, porque «entretanto, un día que andaba trepando por tejados ajenos, pues andaba en un asunto amoroso con cierta joven, se cayó de una pared ruinosa abajo. Poco faltó para que,

mientras yacía medió sepulto, no le atravesase con la espada un hombre, si una vieja, contra cuya puerta había chocado con gran estrépito la rodela de hierro de Cortés, no se lo hubiera impedido al ver que era su yerno que salía al mismo ruido, rogándole no hiciese daño a aquel hombre hasta averiguar quién era» [213]. Puesto que Ovando se hizo a la vela en Sanlúcar el 13 de febrero de 1502 y este tragicómico desastre impidió que Hernán Cortés le acompañase, resulta que el precoz Don Juan no había cumplido todavía los diecisiete. Recluido al lecho por su caída, se le renovaron las cuartanas y, según refiere Gomara, la enfermedad le duró largo tiempo.

Ya repuesto, decidió ir a buscar fortuna a Italia. Allí seguía todavía el Gran Capitán, ejerciendo como siempre irresistible fascinación sobre todos los jóvenes animosos de España: «Y para ir allá echó camino de Valencia» [\[214\]](#). Vedle camino adelante en las páginas del Quijote que Cervantes parece haber escrito con la vista puesta en este muchacho de dieciocho años que va a Italia sin una blanca en la bolsa, pero con un tesoro de oro y de gloria en los ojos; «a poco trecho, toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella, puesto un bulto o envoltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer debían de ser los calzones o gregüescos y herreruelo, y alguna camisa; porque traía puesta una ropilla de terciopelo, con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados a uso de Corte; la edad, llegaría a dieciocho o diecinueve años, alegre de rostro, y al parecer, ágil de su persona. Iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron a él, acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros
no fuera en verdad».

El primero en dirigirle la palabra fue Don Quijote: «Muy a la ligera camina vuesa merced, señor galán. ¿Y adonde bueno? Sepamos, si es que gusta decirlo». A lo que el mancebo respondió: «El caminar tan a la ligera, lo causa el calor y la pobreza; y el adonde voy es a la guerra». «¿Cómo la pobreza? -preguntó Don Quijote-; que por el calor bien puede ser». «Señor -replicó el mozo-, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así, por esto, como por oreamme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza [...]. Y más quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la Corte» [...] «No hay otra cosa en la tierra -dijo Don Quijote- más honrada, ni de más provecho, que servir a Dios primeramente, y luego a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos». Esto ocurría un siglo después de que Cortés mozo recorriese aquel mismo camino -camino de la guerra- en casi idéntico aderezo y estado de ánimo; pero a pesar de este trecho de cien años, no cabe imaginar nada más propio a la situación de Cortés adolescente que aquella alusión de Don Quijote al dilema de las artes y las letras del que acababa de evadirse el joven hidalgo de Medellín, como no fueran aquellas palabras finales con que el noble caballero de la Mancha se despedía de la reencarnación de Cortés en el

cia: «Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria; que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir» [\[215\]](#). El conquistador de Méjico supo asimilarse este estoico consejo con una fidelidad tal que parece inspirado por su vida.

Pero Cortés no llegó a Italia sino que malgastó un año entero en aventuras que ha preferido cubrir con un velo de discreción, pues de todos sus biógrafos, el único que a ellas se refiere, su confidente y Capellán Gomara, pasa sobre ellas con una prisa en la que se echa de ver un toque de censura: «Mas no pasó a Italia, sino andúvose devaneando, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año» [\[216\]](#). Eso es todo, Hernán, nacido hombre de acción, completaba sus estudios de hombre de acción en la universidad de la experiencia.

A pesar de este silencio de sus biógrafos, no hace falta gran esfuerzo de imaginación para adivinar dónde pasó este devaneo de Cortés. Imagínese a un niño generalmente encerrado en casa, que sabe va a desfilarse bajo sus ventanas un brillantísimo cortejo. ¿Dónde está el niño?, preguntan los padres. ¿Dónde ha de estar si no en la ventana? ¿Era posible que Cortés, nacido en Medellín, tierra adentro, al sentirse suelto en el mediodía de España, resistiese la tentación de asomarse a la costa al tiempo que en Sevilla, Cádiz, Sanlúcar, Palos, todos los puertos del sur, hervían en las escenas más gloriosas y nunca vistas que la historia ha conocido? Carabelas que llegaban radiantes con la luz del Nuevo Mundo; capitanes, pilotos, aventureros, frailes, soldados de fortuna, caciques indios, ya desnudos mostrando la bronceada piel, novel por no ser ni blanca ni negra, ya vestidos con exótico aderezo, ostentando anillo» de oro en la muñeca, en el tobillo, en la nariz, la oreja, el labio, con la cabeza tocada con imponentes diademas de pluma y plata; esclavos, hombres, mujeres, niños, temblando y hambrientos; oro, oro y más oro, cuentos de pepitas monstruosas, como un guisante, como una nuez, como un pan de Castilla, como una campana de iglesia, que en un solo día habían hecho rico a Fulano; y el Fulano mismo en persona que desembarcaba radiante y boquiabierto con sonrisa de éxito, el sombrero una orgía de plumas, el collar una constelación de oros, y esclavos por docenas; y aun a veces, el propio descubridor en persona, pasando por las calles de Sevilla a la cabeza de un desfile cuidadosamente organizado, decorado con abundantes papagayos, rutilante de cadenas y máscaras de oro de extraño perfil y exótico diseño; o quizá, por contraste, revestido del hábito pardo de fraile penitente de San Francisco, o arrastrando cadenas, orgulloso náufrago de los mares de la intriga; olas y más olas de aventura y sensación; nuevas tierras, bancos de perlas, islas al alcance de la primer mano atrevida; multitud de aspirantes a descubridor: Vicente Yáñez, Ojeda, Bastidas, Guerra, Alonso Niño, Nicuesa, Pedrarias, Balboa, Ponce de León... todos ávidos de espacio, de oro y de poder, vigilándose unos a otros, yendo y viniendo de las oficinas de la Cancillería Real a las de Fonseca, el Obispo encargado de los asuntos de Indias para hacerse con una concesión real, una rebanada de tierra ignota que limpiar de oro y perlas, un subsidio para carabelas, un nombramiento de Adelantado o Gobernador de tierras por descubrir, y vuelta a los muelles de Sevilla o Cádiz a reclutar marineros y jóvenes deseosos de hacer fortuna o morir en la demanda, a buscar un piloto o Maestre dispuesto a arriesgar su piel y su barco a cambio de tantas partes en el oro y en los esclavos que se ganen -por todas partes la tensión del fantástico Nuevo Mundo actuando sobre la encina ibérica secular y arrancándole follaje, ramas y aun raíces para alimentar el fuego del descubrimiento...-. Tal era el espectáculo que llenaba los ojos de Hernán Cortés cuando en sus diecinueve años anduvo «devaneando» no sabemos dónde pero desde luego adivinamos que en Sevilla, Cádiz y otros puertos

batidos por el oleaje de las nuevas emociones que venían de allende el Adántico. Por eso dice Gomara: «Tornose a Medellín con determinación de pasar a las Indias. Diéronle sus padres la bendición y dineros para ir» [\[217\]](#).

A principios de 1504, todavía en sus diecinueve años, Hernán Cortés se hizo al fin a la mar en Sanlúcar de Barrameda hacia sus altos destinos. La nao, el Maestre, el piloto y la tripulación, todo era de Palos, el puerto de donde, doce años antes, había salido Cristóbal Colón para su viaje de descubrimiento. Se componía el convoy de cinco navios y era de índole puramente comercial. El Maestre de la nao en que iba Cortés, Alonso Quintero, parece haber sido un ser devorado por una codicia tan aguda como baja. La travesía pasó sin incidente alguno hasta La Gomera, escala obligada en el viaje a las Indias para los poco expertos pilotos de la época.

En La Gomera, «hecha oración a Santa María del Paso, tomaron refresco»[\[218\]](#). Quintero, deseoso de adelantarse a los demás navios para vender su cargamento a mejor precio en Santo Domingo, se hizo a la mar a escondidas; pero no había llegado a la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias, cuando el viento, que en su libertad y anarquía supremas labora por la justicia y por la virtud siempre que le parece, se alzó con tal furia contra el inconsiderado marinero que le rompió el mástil haciéndole caer sobre el puente con gran estrépito y arrastrando en su caída jarcias, cordaje y velamen. No hubo víctimas porque casi todo el pasaje y tripulación se hallaban a popa, «comiendo las conservas y confituras que Cortés había traído a bordo para su despensa» [\[219\]](#). Tenía diecinueve años y ya revelaba aquella generosidad que había de ser más tarde una de las causas de su poder sobre los hombres. En aquellos tiempos, los víveres a bordo de una nao distaban mucho de ser cosa de bagatela, como todos los compañeros de viaje del generoso mancebo iban a experimentarlo a los pocos días.

Quintero, vergonzoso y alicaído, tuvo que volverse a La Gomera, donde imploró a los maestros de los otros barcos le esperasen hasta que hubiese reparado el mástil de su nao. Por extraño que parezca, aunque lo merecía bien poco, los cuatro maestros accedieron a su ruego y eso que de seguro conocían el dicho «quien hace un cesto hace ciento», y tenían perfecto derecho a sospechar que si Quintero les pedía esperasen no era por el placer de su compañía sino a fin de volver a colocarse en situación de escapárseles otra vez por delante en cuanto hallase ocasión favorable para ello. Esto es exactamente lo que hizo pocos días más tarde, cuando los cinco navios se hallaban ya en alta mar. Impelido por la codicia, desplegó todas sus velas una noche al viento de popa que pronto lo hizo desaparecer de la vista de sus compañeros, mientras en la oscuridad los cefirillos que vuelan de aquí y de allá, y tan pronto están en las Indias como en España, tan pronto en el presente como en el porvenir, se reían bajo las alas pensando en la desilusión que aguardaba al avaro navegante.

Era indispensable que quedase vindicada la virtud y castigado el vicio. Esta vez no fue el viento sino el piloto quien tuvo a cargo administrar la justicia inmanente; no, dicho sea en su honor, como su ministro consciente, pues los altos poderes, que sin duda saben lo que hacen, decidieron fiarse de su ignorancia más que de su rectitud. Era este piloto un tal Francisco Niño, de la famosa familia de los Niños de Palos, que habían dado ya a la historia la carabela La Niña y el piloto que la navegó en la primera expedición de Cristóbal Colón. Pero este vastago de tan famosa familia no parece haber llevado su ilustre nombre con tanto derecho como los demás, pues se perdió en el camino del Nuevo Mundo. «Maravillábanse los marineros; estaba triste el piloto, lloraban los pasajeros y ni sabían el camino hecho, ni por hacer. El patrón echaba la culpa al piloto y el piloto al patrón, (.a según pareció, iban reñidos. Ya en esto se apocaban las viandas y (altaba el agua. Ca no bebían sino de la que llovía. Y todos se confesaron [unos a otros, y se absolvieron unos a otros, añade el cronista latino, a quien sin

dificultad podemos creer]. Unos maldecían su ventura, otros pedían misericordia esperando la muerte que algunos tenían tragada. O ir a tierra de Caribes, donde se comen los hombres» [\[220\]](#). En este trance desesperado, al anochecer del día de Viernes Santo, vieron una paloma que después de volar suavemente en torno al mástil, «sin dejarse impresionar por los lamentos de los navegantes» les pareció que se quedaba inmóvil durante largo tiempo hasta que terminó por instalarse sobre el mástil mismo, lo que a todos pareció señal de buen agüero. «Lloraban de alegría, alzaban las manos al cielo, daban gracias a Dios misericordioso, Señor de todas las cosas. Uno decía que no podía estar la tierra muy lejos, otro que era el Espíritu Santo que en forma de aquella ave se había dignado venir a consolar a los tristes y afligidos. Donde volaba la paloma, allá seguía el navio» [\[221\]](#).

Allá seguía el navio, con su cargamento de fieles y creyentes dispuestos a confiar sus destinos ya a las leyes naturales ya a la protección sobrenatural; pues para sus almas piadosas, aquella paloma lo mismo podía ser un ave en busca de alimento que volaba hacia un nido en tierra o la reencarnación de aquel Espíritu Santo que en la iglesia natal habían visto siempre representado en figura de paloma que abría sus alas blancas sobre la cabeza cana de Dios el Padre en una aureola de luz. Cortés quizá viera otro símbolo en aquella alada visita, pues era el primer gran conquistador que iba a abrir las alas en el cielo del Nuevo Mundo en la estela de aquel navegante cuyo nombre, ya en su italiano adoptivo Colombo ya en su catalán de origen Colom, significaba paloma, por lo cual era natural que fuese una paloma su guía a su llegada a las tierras descubiertas. Para completar la alusión, el marinero que a bordo de la nao vio tierra por vez primera y lo anunció a sus compañeros se llamaba Cristóbal como el gran conquistador, aunque su apellido no pasaba de Zorzo. Puede imaginarse la alegría a bordo. Francisco Niño recobró al punto todo el aplomo que durante la travesía le había

faltado tan desastrosamente. Era la Costa de las Higueras y el Promontorio de Samaná, en la isla Española. «Y si no es así -exclamó-, cortarme la cabeza y echarla a cocer en ese caldero que está al fuego». Y esta vez, a pesar de la terca oposición de los Quintero, tenía razón. A los cuatro días de haber visto la tierra, entraron al fin en el Puerto de Santo Domingo. Con gran desmayo suyo, Quintero se encontró allí a las otras cuatro naos que se le habían adelantado, llevándose sin duda la crema del mercado [\[222\]](#).

El Gobernador General no estaba en la ciudad, pero uno de sus secretarios, Medina, amigo de Cortés, sin duda aliviado de las dudas que había abrigado durante el retraso de la nao en que venía el brote de conquistador que todos creían perdido en la mar, vino a verle a bordo y le explicó «las leyes de los insulares y conquistadores»; tomando así base para aconsejar a su joven e inexperto amigo se registrase e instalase como ciudadano de Santo Domingo a fin de gozar de los privilegios de los conquistadores: tierra para granjería y un solar en la ciudad para construirse una casa, más la seguridad de que pronto sería señor de un número de indios; todo ello a cambio de cinco años, de residencia en la isla, sin salir de ella salvo con permiso especial del Gobernador, después de cuyo plazo podría hacer lo que quisiere e ir adonde desear. El joven conquistador en ciernes escuchó atentamente estos consejos, y contestó: «Ni en esta ni en ninguna otra isla de este Nuevo Mundo deseo yo ni espero estar tanto tiempo» [\[223\]](#).

A Medina no le gustó nada esta respuesta.

El nido de halcones

Al arribar Cortés a Santo Domingo, a la edad de diecinueve años, empezaba el Nuevo Mundo a salir de las nebulosas y míticas «Indias» de la imaginación de su descubridor tomando forma histórica como el Imperio español de un nuevo continente. Descubrimiento, conquista, subyugación de los «indios», desarrollo económico de las nuevas regiones y organización política de las colonias emigradas, insertándolas en la población indígena -todo iba tomando su lugar y tiempo aunque no siempre en armonía mutua-. Es menester desentrañar los diversos elementos que integran la vida turbulenta de aquellos días tan plenos a fin de comprender lo que pasa y lo que va creciendo, que de otro modo sería inexplicable. El más puro y admirable de estos elementos es el celo cristiano de los mejores espíritus de la nación española. Celo sincero. Ninguna persona que se acerque con buena inteligencia y buena intención al estudio de este período dudará un instante de que Isabel la Católica y sus consejeros íntimos, hombres como Hernando de Talavera, Arzobispo de Granada y el Cardenal Cisneros, ambos escogidos por ella no solo como directores de su política sino como confesores de su conciencia, cumplían con la mayor seriedad su deber religioso y consideraban la salvación de los «indios» como la primera obligación que el descubrimiento imponía a la Corona de España. Este elemento se halla vigorosamente representado en América durante aquellos primeros años, cuando las olas tumultuosas de la conquista rompían sobre el continente desconocido como las de un mar arrojado fuera de su cuenca natural por una sacudida geológica. Cabe dudar si nación alguna dio jamás a la causa de la caridad y de la igualdad humanas una falange más abnegada, activa e impávida que la que España puso entonces en línea para defender a los indios contra sus propios hombres de presa. Las Casas, Motoünia, Mendieta, Sahagún, Montesinos y tantos otros definieron los principios en cuyo nombre han sido condenados tantos conquistadores y colonizadores españoles, casi todos, aunque no todos, merecidamente. Pero estos principios que ellos formularon tienen valor tan perdurable y tan alto que aun hoy permanecen muy por encima del nivel a que viven y han vivido todas las empresas coloniales conocidas en la historia.

Las Casas, uno de los adalides de este movimiento, defendió con magnífica intransigencia la actitud cristiana: las Indias pertenecían a los indios, cuyo hogar eran por voluntad de Dios, y todo lo que en ellas había, mineral, vegetal o animal, de ellos era. Los españoles no tenían otro título a penetrar en ellas que el de llevar en sus carabelas el Evangelio. Para Las Casas, como para todo europeo de su tiempo, la religión cristiana era la verdad y todo lo demás era error; pero difería de los más europeos en que Las Casas se proponía de verdad que la verdad viviese. No hay escape para su dilema: o los cristianos se conducían en las Indias como cristianos o no tenían derecho a estar allí. Numerosas son las páginas de su Historia en que define la política a que los españoles venían obligados en las Indias en términos de paciencia, servicio y evangelización, para beneficio no solo de los indios sino de los mismos españoles. «No habiendo otra causa legítima para entrar cristianos en estos reinos y tierras -afirma sin ambages-, sino solo para darles noticias y cognoscimiento de un solo y verdadero Dios y de Jesucristo, su hijo universal Redentor» [301].

Gracias a este valioso elemento, siguió casi inmediatamente a la conquista la fundación de centros educativos, tanto monasterios como parroquias, pues así han de considerarse las numerosas casas de religión regulares y seculares que brotaron por doquier en las Indias. Nosotros, modernos,

nacidos y crecidos en un siglo en que la Iglesia se divorcia casi por completo de las demás actividades cívicas, confinándose en una especie de limbo al que se dedica un domingo vacío y desconectado de todo lo que importa, vemos con excesiva frecuencia en monasterios y parroquias un lujo espiritual, totalmente antieconómico e inútil. Mas en aquellos días la vida religiosa era el corazón de la vida cívica; nadie disentía del común sentir. Pecadores los había, desde luego, pero aun los más empedernidos reconocían como tal la única verdad que existía. Eran, pues, monasterios y parroquias los centros religiosos de la colectividad. De ellos emanaban la luz en que los hombres se movían, pensaban y pecaban. Mas no por ello eran entonces todavía lo que con frecuencia son hoy, meros precursores del Estado que tras el misionario manda al mercader y al soldado; la colonización en el sentido moderno de la palabra, el desarrollo económico de un país «atrasado» a beneficio de la metrópoli, no existía todavía. Las tierras nuevamente descubiertas constituyeron otros tantos reinos como los de Castilla, León, Aragón, Sicilia, para un Rey de España cuyo deber era velar por el interés espiritual y material de sus nuevos súbditos como por el de los antiguos. El lenguaje, hoy con frecuencia vehículo de la unificación nacionalista, no adquiere entonces función predominante, ni constituye siquiera preocupación de primer plano en el Imperio español: frailes y sacerdotes aprenden las lenguas indígenas para trasladar a los indios la verdad universal de los Evangelios en el lenguaje que les era accesible.

*

El segundo elemento era el político. Pocas veces, jamás quizá, se encontró un Estado en época tan temprana de su propio desarrollo frente a un enjambre de problemas más vasto y complejo que el que se le planteó al Estado español cuando el azar de la historia puso a sus pies las fabulosas Indias el mismo año en que, con la conquista de Granada, se daba cima a su unidad territorial. Acababa España de alcanzar su mayor edad, casi puede decirse que acababa de nacer España, en Granada el 2 de enero de 1492, cuando Cristóbal Colón le descubre un nuevo imperio el 12 de octubre del mismo año[302]. La labor política que este venturoso azar implicaba era titánica. Venía además a complicarla la exorbitante suma de privilegios que Colón se había hecho conceder, en sus Capitulaciones con la Corona, que le concedían el cargo de Virrey y Gobernador General de las Indias para él y sus herederos. Tras breve período de mando en la Española, Colón probó su incapacidad como Gobernador y tuvo que dejar el cargo a Don Francisco de Bobadilla, que gobernó la isla hasta 1502. Al arribar Cortés a Santo Domingo era ya Gobernador el sucesor de Bobadilla Don Frey Nicolás de Ovando, Comendador Mayor de la Orden Militar de Alcántara. «Era -dice Oviedo, que lo conoció bien- muy devoto y gran cristiano y muy limosnero y piadoso con los pobres: manso y bien hablado con todos; y con los desacatados tenía la prudencia y rigor que convenía: a los flacos y humildes favorecía y ayudaba y a los soberbios altivos mostraba la severidad que se requería haber con los transgresores de las leyes reales. Castigaba con la templanza y moderación que era menester; y teniendo en buena justicia esta isla, era de todos amado y temido. Y favoreció a los indios mucho; y a todos los cristianos, que por acá militaban debajo de su gobernación, trató como padre, y a todos enseñaba a bien vivir: como caballero religioso y de mucha prudencia, tuvo la tierra en mucha paz y sosiego». Las Casas, polo opuesto de Oviedo en lo que al trato de los indios se refiere, endosa este retrato con una sola pero importante reserva. «Este caballero era varón prudentísimo y digno de gobernar mucha gente, pero no indios, porque, con su gobernación inestimables daños [...] les hizo» [\[303\]](#).

Estos gobernadores enviados por España al Nuevo Mundo tenían que hacer frente a una situación nada fácil. El objeto o materia de su gobierno era cambiante y fluido además de ser nuevo. Imagínese un escultor cuya arcilla se vuelve agua. Tal era la situación de nuestros estadistas coloniales

habiéndose las con una colectividad en que tradiciones y modos de ser y actuar se hallaban en perpetuo conflicto al borde de dos razas y se difuminaban en la anarquía de espacios nuevos por conquistar. La metrópoli mandaba carabelas y más carabelas con nuevos colonos a islas ya habitadas por aborígenes de un modo de vida totalmente distinto. Había que distribuir tierras, fundar ciudades, abrir caminos, proveer puertos, organizar mano de obra, reprimir revueltas y alzamientos, cobrar, guardar y remitir el quinto real del oro que se extraía de las minas, recoger información sobre lo que ocurría en las islas vecinas y en tierra firme.

El centro y la cabeza de la administración colonial estaba en Santo Domingo, en la isla entonces llamada Española, designada sin duda por la predilección que por ella sentía Cristóbal Colón así como por su situación céntrica, aunque desde este punto de vista, Cuba, explorada y colonizada más tarde, hubiera sido preferible. Oviedo dedica un capítulo entero de su Historia a probar que la isla Española aventaja en mucho a Sicilia e Inglaterra, «dos islas de las mayores y mejores de los cristianos», arguyendo en pro de su opinión con gran alabanza de la riqueza mineral de Haití-Santo Domingo y de la generosidad con que aquella tierra respondía a la labor de sus colonizadores multiplicando a millares las simientes y el ganado que de España se había traído. Oviedo cita colonos que en su tiempo poseían ya treinta y dos mil cabezas de ganado, «y si dijese cuarenta y dos, hay quien las tiene; que es una dueña viuda, honrada hijadalga, llamada María de Arana». Escribía estas líneas en 1547, el mismo año en que moría Hernán Cortés, pero la cifra puede servir de índice del desarrollo económico de la colonia [304].

El propio Oviedo apunta vigorosamente la transición del conquistador al granjero en una página luminosa relativa a la revuelta del cacique Enriquillo que tanto dio que hacer a los españoles. Recordando que en los primeros tiempos de la conquista bastaban trescientos españoles para tener a raya a la isla llena de indígenas, el Capitán, conquistador, granjero e historiador Oviedo nos dice: «Quiero decir que era la causa desto. Cuando los cristianos, siendo pocos, vencían y destruían a los indios (que eran muchos), dormían sobre las adargas o rodela con las espadas en las manos, y estaban en vela con los enemigos. Cuando Enriquillo hacía esas cosas, dormían los cristianos en buenas y delicadas camas, envueltos en grangerías de azúcar...» [305].

Esta observación pone de relieve el triunfo de la colonia sobre la conquista. Los Reyes Católicos habían puesto sumo cuidado en poblar las Indias con la mejor gente posible según sus luces, escogiendo a tal fin los colonos entre las familias que les eran más conocidas, la mayoría seleccionadas entre las de su casa y servicio [306]. Pero claro está que no hay clase ni rango que asegure completa uniformidad de tono y conducta, sobre todo en las circunstancias inéditas de las Indias en las que, esfumadas en la lejanía las reglas y tradiciones del ambiente social, se acusaba en pleno vigor el ser prístino de cada individuo en el vacío social de un ambiente virgen. De modo que al arribar a Santo Domingo cada cual escogía su camino a impulsos de la voz interior: unos se instalaban de granjeros, otros merodeaban en busca de oro, otros se quedaban como halcones en rama, ojo avizor y ala tensa, en espera de mejor presa.

No cabe dudar de que, a pesar de sus pingües rendimientos, el primero de estos caminos, el de la granjería, carecía de prestigio entre la gente de Corte (la gente de «capa prieta»), que enviaban los Reyes. Los frailes, atentos observadores de la vida, no hacen más que quejarse de la tendencia de los españoles a ir a buscar aventuras a un más allá siempre nuevo en lugar de quedarse a labrar la tierra. Pero aun ellos no dejan a veces de sentir la vena satírica a la vista del caballero granjero cómodamente instalado en una vida demasiado fácil: «Ver con cuanta pesadumbre -exclama Motolinia- se levanta un español de su cama muelle, y muchas veces le echa de ella la claridad del sol, y luego se pone un monjilazo (porque no le toque el viento), y pide de vestir como si no tuviera manos para lo tomar, y así le están vistiendo como a manco, y atacándose está rezando: ya podéis ver la atención que tendrá;

y porque le ha dado un poco de frío o de aire, vase al fuego mientras que le limpian el sayo y la gorra; y porque está muy desmayado desde la cama al fuego, no se puede peinar, sino que ha de haber otro que le peine; después, hasta que vienen los zapatos o pantuflos y la capa, tañen a misa, y a las veces va almorzado, y el caballo no está acabado de aderezar; ya veréis en qué son irá a la misa; pero como alcance a ver a Dios, o que no hayan consumido, queda contento, por no topar con algún sacerdote que diga un poco despacio la misa, porque no le quebrante las rodillas. Algunos hay que no traen maldito el escrúpulo aunque sea domingo o fiesta: luego de vuelta, la comida ha de estar muy a punto, si no no hay paciencia, y después reposa y duerme; ya veréis si será menester lo que resta del día para entender en pleitos y cuentas, en proveer en las minas y granjerías; y antes que estos negocios se acaben es hora de cenar, y a las veces se co* mienza a dormir sobre mesa si no desecha el sueño con algún juego» [\[307\]](#).

Y, sin embargo, pese a todos sus defectos, este tipo de granjero que se contentaba con vivir y dejar vivir era quizá la base más sólida de las nuevas colectividades que se iban desarrollando poco a poco en las islas y en la tierra firme; y su misma tendencia a la comodidad, que satirizaba el austero fraile, era la mejor garantía contra el azote más cruel de aquella época: los malos tratos infligidos al indígena por el aventurero que solo iba a estrujar vidas humanas para sacarles jugo de oro.

Este mito del oro que se había apoderado de la imaginación europea desde que Marco Polo la había fascinado con sus cuentos de esplendor oriental subió a punto de obsesión en Cristóbal Colón, para quien era el oro fetiche o divinidad tejida de literatura bíblica e iluminada con reflejos de visiones salomónicas. Nota Oviedo un curioso detalle que ilustra este color religioso que el Almirante de las Indias prestaba a la busca del oro. Durante su exploración de Cibao, región de la isla Española en que cifraba grandes esperanzas, halló que los indios se abstenían de todo acceso a mujer cuando salían a buscar oro. Esta costumbre le produjo un efecto profundo y añade Oviedo que cuando «vio que los indios cogían oro en el agua de los arroyos y ríos sin lo cavar, con la ceremonia y religión que es dicho, no dejaba a los cristianos ir a coger oro sin que se confesasen y comulgasen. Y decía que pues los indios estaban veinte días primero sin llegar a sus mujeres (ni otras) y apartado dellas, y ayunaban, y decían ellos que cuando se vían con la mujer, que no hallaban el oro, por tanto que, pues aquellos indios bestiales hacían aquella solemnidad, que más razón era que los cristianos se apartasen de pecar y confesasen sus culpas, y que estando en gracia de Dios, nuestro Señor, les daría más complidamente los bienes temporales y espirituales. Aquesta santimonía no placía a todos, porque decían que cuanto a las mujeres, más apartados estaban que los indios, los que las tenían en España; y cuanto al ayunar, que muchos de los cristianos se morían de hambre y comían raíces y otros malos manjares, y bebían agua» [\[308\]](#).

Pero para la mayoría de los aventureros que venían de España no era el oro símbolo de religión y castidad sino lo que sigue y seguirá siendo siempre para casi todos los seres humanos: la medida del poder social, la palanca del dominio sobre los seres menos afortunados, la escala del éxito; y la fama fabulosa que Colón, tanto por ilusión ingenua como por astuta propaganda, había dado a las Indias, aquel Eldorado que hizo surgir ante los ojos del mundo atónito y que no se justificó plenamente hasta la conquista del Perú, actuaba sobre la juventud española como un imán potente, determinando un movimiento migratorio no siempre selecto. Mucho hay que descontar de lo que se ha escrito sobre el asunto. Los frailes indiófilos, Las Casas sobre todo, impresionados por los espectáculos inhumanos de que fueron testigos, los consignaron con admirable imparcialidad, rara vez imitada por otras naciones; pero también han quedado consignados hechos menos dramáticos pero más humildes y positivos, como el prodigioso desarrollo de la riqueza agraria y pecuaria en la isla Española en los años

anteriores al descubrimiento del Perú, de modo que, si bien es indudable que la obsesión del oro ejerció al principio una influencia antieconómica en el desarrollo material de la colonia y una influencia antiética en su desarrollo espiritual, retrasando por ambas razones el establecimiento de relaciones normales entre las dos razas, no fue el oro la verdadera razón del retroceso que Oviedo observa al comparar el estado de Santo Domingo en 1547 y en 1525.

La capital de las Indias era ya una hermosa ciudad, «que ningún pueblo hay en España, tanto por tanto, mejor labrado generalmente, dejando aparte la insigne y muy noble ciudad de Barcelona»; se ufanaba de una catedral, «de hermosa y fuerte cantería», hermosos jardines y avenidas, tres monasterios, muchas casas de piedra «en que cualquier señor e grande se podría aposentar», «hermosas calles e muy bien ordenadas e anchas», «un muy buen hospital, bien edificado, e dotado de buena renta, donde los pobres son curados y socorridos en que Dios es muy servido», y por último unas escuelas y colegio que constituyeron la primera Universidad fundada en el nuevo continente [\[309\]](#).

*

Pero Oviedo observa que esta hermosa ciudad, entre sus naranjales, estaba en 1547 menos poblada que en 1525 y apunta en seguida la razón: «y muchos que se han hallado ricos se han ido a España, y otros a poblar en otras islas y a tierra firme, porque desde aquí se ha descubierto y poblado y proveído siempre lo más de las Indias, como desde cabeza y madre y nutridora de todas las otras partes deste imperio» [\[310\]](#). Lo que ocurría es que simultáneamente, mientras los frailes predicaban, bautizaban y enseñaban, los gobernadores administraban, engordaban los granjeros y estrujaban al indio los aventureros sedientos de oro, conquistadores y exploradores seguían lanzándose en enjambres sobre el vasto mundo de la tierra firme, mucho más vasto todavía que lo ya conocido. Como halcones ávidos de caza y más caza, los conquistadores que desembarcaban en la Española de sus cansadas, crujientes carabelas, solo se quedaban en la isla por breve tiempo, mientras preparaban su próximo vuelo hacia nuevos cotos. Este es el sentido que hay que dar a la respuesta que Cortés dio a Medina al desembarcar en Santo Domingo: «Ni en esta, ni en ninguna otra isla de este Nuevo Mundo deseo yo ni espero estar tanto tiempo».

Obsérvese el fuerte acento individual. A buen seguro que es la voz de Cortés, ser de excepción; pero al fin y al cabo, andaba entonces en los diecinueve años, edad en que casi todos los hombres hablan todavía el lenguaje de la colectividad en que han crecido. Es que España era entonces un país hondamente democrático, en el que cada hombre era dueño de sí mismo. En la raíz de las concepciones, quizá mejor de los axiomas o fes, que se sobrentienden en la vida política de aquellos días, late una cultura religiosa. Dios sobre todos, pero Dios era el bien supremo y todo hombre tenía derecho a caminar en Su luz a la luz de su propia razón. Consciente o inconscientemente, este principio pasaba a la esfera política: el Rey por encima de todos, pero el Rey era la encarnación de la ley y todo hombre tenía derecho a cumplir la ley según su propio criterio. En el siglo siguiente, el autor dramático más grande que el teatro religioso ha conocido, escribirá con general aprobación estos dos versos de tanta osadía:

En lo que no es justa ley
no ha de obedecer al Rey [\[311\]](#).

Pero ya aquí suena la reacción popular contra una monarquía endurecida que había olvidado con deplorable ingratitud el sentido democrático al que debía su vigor prístino; en los días de Cortés, la monarquía era todavía manantial de libertad y garantía de derechos individuales y todo español se sentía capacitado para cooperar con el Rey mediante el consejo, libremente expresado, con la crítica, presentada sin ambages, y, en casos de urgencia, con el aplazamiento de la orden real en forma que, al menos temporalmente, bordeaba la desobediencia. Así habrá de entenderse la frase que se lee a cada página en las crónicas del tiempo: «Se obedece pero no se cumple», frase sin ironía ni humorismo (rasgos por otra parte no muy españoles), sino mera distinción que hacía el ciudadano entre un reconocimiento general y formalista de la autoridad del Rey y su propio derecho como individuo libre a resolver sobre el terreno sobre si convenía llevar a efecto tal o cual orden concreta recibida en nombre del Rey. Así, para citar un ejemplo entre mil, Oviedo: «E quando presentó el título al comendador mayor, obedeció la provisión, e quanto al cumplimiento, dijo qué informaría al Rey Católico, e en fin se haría lo que su Alteza fuese servida»[312].

El lado positivo de este sentido individual era su vigor creador, que se manifiesta no solo en el rápido desarrollo de los recursos económicos de la isla y en la sucesión no menos rápida de expediciones de descubrimiento, sino también en la vitalidad de esas instituciones democráticas y municipales que se fundaban en cuanto se habían plantado las primeras palizadas y cavado los primeros fosos que diseñaban cada nuevo establecimiento al borde del mar recién cruzado o del bosque por explorar. El Cabildo reunido por el Capitán no era junta de guerra sino reunión de vecinos que se constituía inmediatamente con carácter legal, eligiendo sus regidores y alcaldes con funciones a la vez ejecutivas y judiciales. El Estado español iba así reproduciéndose a su propia imagen y semejanza, confiado en la virtud e iniciativa política de cada cual; y por una especie de transferencia de lo político a lo militar, observaremos un desarrollo notable de costumbres democráticas aun en los ejércitos y armadas que de aquí y de allá van rasgando el velo espeso tras del que se oculta un continente todavía en su mayor parte misterioso para sus invasores.

Pero este sentido libre, democrático e individualista de la sociedad naciente del Nuevo Mundo tenía también su aspecto negativo. La gente indígena sufría indefensa la irrupción de una turbamulta de hombres que en su mayoría, por una especie de selección natural, ponían su atención en la conquista de sus fines materiales mucho más que en los escrúpulos morales que pudieran frenar sus movimientos. Aun cuando se descuenta el apasionamiento que con harta frecuencia lleva a Las Casas a una exageración notoria -sobre todo en lo concerniente a cifras- basta lo que queda en su relato para probar a la saciedad que la suerte del indígena durante los primeros años de la conquista española fue trágica hasta lo indecible. El Estado Colonial era todavía demasiado débil e informe, el metropolitano demasiado lejano, y además demasiado nuevo e informe también, para oponer obstáculos suficientes a las ambiciones díscolas de los cazadores de oro, amén de que los mismos principios y axiomas que habían de regular teóricamente la conducta de los blancos para con los indígenas eran todavía objeto de ardientes discusiones. Desde los santos frailes que sostenían que los españoles no tenían otro derecho a sentar pie en las Indias que el que les daba el ser portadores de la luz de Cristo, hasta el aventurero ávido de oro que, fuera cual fuese su modo de pensar, hacía del indio su bestia de carga, la vida tenía que inventarse un equilibrio y esta solución empírica que dio de sí el repartimiento, forma de distribución de mano de obra indígena entre los europeos que obligaba al cristiano a ocuparse de la salvación del alma del indio a cambio del privilegio de explotar su cuerpo.

Las Casas ha expuesto con su habitual elocuencia los abusos a que dio lugar este sistema, uno de los cuales, y no el menor, fue la concesión de indios a poderosos dignatarios de la Corte que no habían visto las Indias más que en sueños. Conchillos, Secretario de Fernando el Católico, y Fonseca, el Obispo encargado de asuntos de Indias, figuran entre los que no tuvieron escrúpulo en hacerse pingües

rentas por medio de este escandaloso abuso, contra el que los frailes se alzaron con energía y valor cívico admirables. Los frailes hicieron frente a sus feligresías y de modo terminante negaron el derecho de los españoles a «poseer» indios aun cuando les hubiesen sido «concedidos» por el Rey; emprendieron innumerables viajes, en aquellos días en que viajar era jugar con la muerte, para echar sus cuitas a los pies del Rey; aguardaron en las antecámaras reales, lucharon, imploraron, discutieron y escribieron; y, aunque su persistencia logró ir extirpando los peores abusos y determinó una corriente de jurisprudencia y opinión que culminó en las magníficas Leyes de Indias[313] , el tiempo no perdona la tasa que impone a todas las empresas humanas, de modo que, aunque este movimiento fue altamente beneficioso para la evolución del Imperio español en general, no fue posible salvar a las Antillas del exterminio de su población indígena[314].

*

En este primer período la actividad de los capitanes, pilotos y aventureros que pululan por doquier en el mar antillano se polariza casi exclusivamente al descubrimiento y la conquista. Mientras Cortés se va formando como adalid de conquistadores en la frontera de dos mundos, cara al continente todavía por conocer y conquistar, se van desarrollando los primeros episodios de una era de descubrimiento y conquista jamás igualada en la historia ni antes ni después. «Para apreciar la empresa total -escribe una autoridad norteamericana- es menester recordar al lector que España no era un país rico, que su superficie venía a igualar a la de Nueva Inglaterra, Nueva York, Pensilvania y Ohío combinadas, que su población al finalizar este período era menor que la del estado de Nueva York hoy y un poco mayor que la de Pennsylvania. Pero además, casi toda esta labor recayó sobre los súbditos del reino de Castilla, cuya población era probablemente medio millón menos que la de Pennsylvania. Considerando primero el aumento de conocimientos geográficos, hay que apuntar la exploración de la costa del Atlántico desde Nueva Escocia al cabo de Hornos y la del Pacífico desde el estrecho de Magallanes hasta el estado de Oregón. Cruzaron el Pacífico tanto al norte como al sur del Ecuador en dirección oeste y, tras numerosos fracasos, descubrieron el paso este-oeste, que halló Urdaneta en 1565. Conquistaron los imperios de Méjico y de los Incas cuya riqueza vino a ser el apoyo y el estímulo para las exploraciones terrestres más arduas y heroicas de los tiempos modernos» [\[315\]](#).

Cortés ve fracasar a dos conquistadores

Al tiempo en que Hernán Cortés arribó en sus dominios, era Ovando Gobernador no solo de la isla Española sino de una región vaga y siempre creciente conocida con el nombre de «Las Indias», que comprendía las islas ya descubiertas, una de las cuales, Cuba, pasaba por ser la tierra firme, así como varios cientos de leguas de costa de la tierra firme, muchos de los cuales pasaban por ser islas. Estas curiosas nociones eran cosecha de los errores que Colón había sembrado con gérmenes de su fértil imaginación. Los dominios de la Corona de Castilla que Ovando gobernaba cambiaba todos los días a medida que los exploradores y conquistadores los iban insertando en la realidad terrestre y marina, al esfuerzo simultáneo, aunque rara vez combinado, de la Corona y de los capitanes y pilotos que a su expensa y riesgo acudían al nuevo continente en busca de riqueza y gloria.

En el corto lapso entre el tercer viaje de Colón y la llegada de Cortés a Santo Domingo, la pequeña colonia de la isla Española había tomado parte mayor o menor en cierto número de expediciones -ya como espectadora de primera fila, ya como suministradora de hombres y víveres, ya como enfermera y consoladora de los maltrechos, afligidos y fracasados que a sus costas volvían maldiciendo su suerte-. En mayo de 1499, Alonso de Ojeda, uno de los favoritos de Fonseca, había zarpado de Cádiz a la cabeza de una expedición particular, atraído por el descubrimiento de unas pesquerías de perlas recién denunciadas por Colón. Ojeda llevaba a bordo a dos hombres famosos en los anales del descubrimiento: el gran cartógrafo Juan de la Cosa, autor del mapa más antiguo del Nuevo Mundo y Américo Vespuccio, el astuto florentino que, dándose cuenta del valor de la publicidad, la manejó con tanto arte que llegó a dar su nombre al nuevo continente sin merecimiento alguno para ello. Ojeda, aventurero valiente y aun temerario, perdió mucho tiempo en escaramuzas sin importancia, meros episodios de la guerra civil en que a la sazón vivía la colonia de la Española en rebelión contra el primer virrey, Colón; sin embargo, cuando se volvió para España, había descubierto y trazado en el mapa toda la costa de lo que hoy es la Guayana británica y el país que él mismo bautizó pequeña Venecia o Venezuela.

Hacia la misma época, Pero Alonso Niño, también de los Niños de Palos, que se había hecho a la vela después de Ojeda, llegó a la costa norte de la América del Sur antes que él (pues tenía menos afición a las guerras civiles) y se volvió rico. En noviembre del mismo año de 1499, Vicente Yáñez Pinzón, uno de los compañeros de Colón en su primer viaje y quizá el piloto más grande de su tiempo, zarpó de Palos y fue el primero en arribar al Nuevo Mundo en su hemisferio sur, descubriendo la costa del Brasil el 20 de enero de 1500 y explorando y estudiando cuidadosamente 2.000 millas de costa, incluso las bocas del Amazonas, mientras que Diego de Lepe (quizá con Américo Vespuccio a bordo) saliendo también de Palos, divisaba la costa del Brasil, bogándola hasta más allá del Cabo San Agustín. Por último, Rodrigo de Bastidas, abandonando su clientela de leguleyo en Sevilla, zarpaba en octubre de 1500 con Juan de la Cosa, retornando a Cádiz en septiembre de 1502, después de haber explorado la costa desde Venezuela hasta Panamá[401].

Este período, relativamente breve, había bastado a los marinos españoles para explorar y situar en el mapa tres mil millas de costa suramericana, del Cabo San Agustín a Panamá. El señuelo de las Indias, uno de los principales impulsos de la aventura de Colón, no había perdido nada de su

incentivo; pues aunque había indicios cada vez más numerosos de que, a pesar de las ilusiones de Colón, «las Indias» no eran la India, iba en cambio ganando terreno la idea de que, por algún lugar todavía secreto, la barrera que de norte a sur oponía el nuevo continente ofrecía un paso que permitiría a las carabelas españolas ganarles a la mano a las de Portugal que en su camino a las deseadas especias tenían que dar la vuelta al África. Bartholomeu Díaz había descubierto el Cabo de Buena Esperanza en 1486, cuando Colón andaba todavía como descubridor andante ofreciendo su gran ensueño a la Corona de España; y Vasco da Gama lo había rodeado navegando de Lisboa hasta la India en 1497-1498, mientras Colón soñaba todavía en Cipango y Quinsay. En 1500, Cabral, camino de la India, se encontró con una tormenta «diplomática» que le llevó a las costas del Brasil. La rivalidad entre ambas naciones hermanas iba tomando forma concreta de carrera de obstáculos hacia las islas de la Especiería. Los castellanos esperaban ganar esta carrera descubriendo el Estrecho que imaginaban ver en cada estuario o bahía honda. Pero la vida fue imparcial entre ambas naciones hermanas: concedió a Portugal la primera arribada a las ansiadas islas y a Castilla el descubrimiento del sospechado Estrecho, y como para indicar a uno y otro Reino el sendero de la unión, quiso que este último descubrimiento lo hiciese una flota castellana al mando de un portugués -Magallanes.

Pero todo esto esperaba todavía en el porvenir. Entretanto, en 1502- 1503, en su señero y altivo desprecio de toda realidad tocante a su propio descubrimiento, Colón intentaba por cuarta y última vez romper la barrera de espacio que le separaba de las tierras del Gran Can. La pequeña colonia de Santo Domingo vio sus naves a lo largo de la costa de la isla que el soñador navegante había descubierto, y a quien se prohibía acceso al puerto que su propio hermano había fundado, condenándolo a vagar en busca de un paso al oeste para ir al fin a refugiarse en Jamaica con barcos demasiado comidos por la broma para navegar. La colonia se enteró con sorpresa y admiración de que dos compañeros del Almirante, Diego Méndez y Bartolomé Flisco, habían logrado hacer la travesía desde Jamaica a la Española en una canoa indígena, para buscar socorro, y todos en la isla observaron, cada uno con distintos sentimientos según sus pasiones en la materia, cómo Ovando dejaba pasar todo el verano y el otoño de 1503 sin decir palabra ni hacer acto en socorro de Colón, como no se contase a su activo el envío de un carabelón al mando de un enemigo del almirante para informarse de lo que ocurría en Jamaica, y con instrucciones de no permitir comunicación alguna entre su gente y la de Colón. La opinión pública de la isla, nada favorable a los Colones, defendió, sin embargo, al Almirante en esta crisis contra Ovando, y por medio de la radio-difusión de aquellos tiempos, los sermones dominicales, se expresó vigorosamente en contra de la conducta despiadada del Gobernador [\[402\]](#). Cortés, llegado a Santo Domingo por primera vez en Pascua florida de 1504, debió de oír algunos de estos ardientes sermones. Quizá para conciliarse esta oposición, a la que finalmente tuvo que ceder, Ovando regresó a su capital, y allí se encontró con el ambicioso mancebo, quien «después de haberle besado las manos y dicho que era de Extremadura le dio ciertas cartas de recomendación». Ovando le recibió con agrado pero solo le dio buenas palabras. El joven hidalgo pasó entonces por un período de harta necesidad. «Estaba muy pobre y tanto que de una capa se servían tres amigos para salir a negociar a la plaza». Sin embargo, se lanzó al mundo y comenzó ganándose la vida en la minería de oro. En esta labor se ocupaba cuando Cristóbal Colón pasó por Santo Domingo a su regreso a España por última vez. Es muy posible que el futuro conquistador de Méjico echase más de una mirada meditativa sobre el descubridor andante, prematuramente envejecido por los desengaños, pobre caballero de la Triste Figura a quien Ovando trataba con deferencia puntillosa en las formas pero sin respeto alguno en los hechos, y que, en vísperas de su salida para España de aquellas «Indias» que había descubierto y que no iba a volver a ver, era testigo viviente y conmovedor de la vanidad de las glorias humanas [\[403\]](#).

La primera ascensión del futuro conquistador en la escala social de la colonia se debió a las letras

más que a las armas, pues le hallamos como escribano público en el pueblo de Azúa, no lejos de Santo Domingo. Gomara y otros cronistas presentan este nombramiento como recompensa al valor que Hernán Cortés demostró, según ellos, en la guerra contra los indios, pero las fechas no son tan serviciales como los cronistas, y resulta que la guerra en cuestión tuvo lugar en 1503, siendo así que Cortés desembarcó en la isla en 1504 [\[404\]](#).

Habría, pues, que contentarse con un nombramiento debido al favor y no al servicio o a la hazaña militar, e imaginar al futuro conquistador en su nuevo puesto de escribano público de Azúa, joven, activo, ligero de cuerpo, fuerte de voluntad, rápido de ingenio, instalado como hidalgo granjero en un pueblo que, aparte la iglesia, la fortaleza y alguna que otra casa de hacendado rico, no pasaba de ser una aldea de casas indígenas construidas de rollizos de madera y cubiertas con palmas de maguey. Ovando le había dado bastantes indios para que pudiera tener todo trabajo manual a la distancia de su persona que exigía entonces la dignidad. Según Cervantes de Salazar, «Cortés vivió seis años dándose a granjerías y sirviendo su oficio a contento de todo el pueblo» [\[405\]](#). Es posible, pues era hombre de clara inteligencia y de fácil palabra, y tanto su propensión natural como su formación salmantina le hacían fácil el juego de ficciones, expresiones y complicaciones legalistas a que un escribano público en aquel tiempo y lugar podía entregarse a sus anchas entre tanto cambio de propiedad, tanta lucha y tan continua entre el orden naciente de la colonización y el desorden permanente de la conquista. Cortés servía para ambos mundos: capaz de concebir la ley y de mantener el orden, y, sin embargo, lleno del díscolo vigor del desorden que se manifiesta por igual en la guerra y en el amor, de modo que, mientras aguardaba la ocasión de batirse en los campos de Marte, se dedicó a luchar bravamente en los campos de Venus. «Oí decir -escribe Bernal Díaz- que cuando mancebo en la isla Española fue algo travieso sobre mujeres e que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros e siempre salió con victoria e tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo de abajo que si miraban bien en ello se le parecía, mas cubríase - lo con las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones» [\[406\]](#).

Todo esto no puede ser más verosímil tratándose de un mozo que a los diecisiete años andaba ya por tejados ajenos en aventuras amorosas. Y, sin embargo, Ovando, Gobernador y dictador virtual de la isla, no permitía broma alguna en estas materias. «Tuvo -dice Las Casas- una industria muy buena para tenellos a todos muy sujetos, entre los cuales había muchas personas principales y caballeros, y fue esta: [...] si sabía que alguno era inquieto o de mal ejemplo, y mayormente si era informado que ponía los ojos en alguna mujer casada, aunque no supiese más dél de que pasaba por su calle algunas veces y dello se concebía en el pueblo alguna sospecha [...] le enviaba muy disimuladamente a llamar, y, venido, recibíalo con rostro alegre, y mandábale que viniese a comer, como si le hubiera de hacer nuevas mercedes. Preguntábale de los otros vecinos, de las haciendas de cada uno, cómo se habían unos con otros, y de otras cosas que él fingía querer saber; el que era venido estimaba de sí, que, por tenelle por más virtuoso y mostralle más amor, y querelle tener por privado y dalle más indios, el Comendador Mayor se informaba dél y en aquello le favorecía. Y por que siempre llamaba los tales en tiempo que había navios en el puerto, cuando ya estaban para se partir, decíale: “Fulano, mirad en qué navio destos queréis ir a Castilla”; y el otro íbasele una color y veníale otra, y decía, “¿señor, por qué?”. Respondía, “no curéis de hacer otra cosa”. [...] Y es aquí de saber, que desterrar de la manera dicha en aquellos tiempos alguno a Castilla, ninguna muerte ni daño se le igualaba...» [\[407\]](#)..

Es pues milagroso que un cazador furtivo de los cotos de amor tan activo como Cortés se salvase del destierro forzoso a que el terrible Ovando forzaba a sus congéneres. Pero si rehuyó el castigo oficial, parece haber tenido menos suerte con el castigo natural: «En este tiempo -escribe Cervantes de

Salazar- quiso pasar a Veragua, tierra afamada de muy rica; dejó de hacerlo por un dolor grande que le dio en una pierna. Decían sus amigos que eran las bubas, porque siempre fue amigo de mujeres y las indias mucho más que las españolas inficionan a los que las tratan»[408].

Por segunda vez, su actividad amorosa venía a cruzarse en el camino de su carrera militar. Pero ¿quién puede decir de tal o cual episodio que ha sido para bien o para mal en la composición del conjunto de nuestra vida? En su lecho de dolor, bebiendo aquel guayacán que, según cuenta Oviedo, era ya famoso entre los indios por su virtud para curar la sífilis[409].

, Cortés se salvó de la desastrosa expedición Nicuesa-Ojeda, en la que iba a tomar parte importante otro gran conquistador: Francisco Pizarro. ¡Qué suerte! -exclaman sus biógrafos. Pero ¿quién sabe si, de haber ido Cortés a bordo, no hubieran ocurrido las cosas de un modo distinto? [410].

Esta expedición que tuvo que zarpar sin Cortés merece algún estudio, aunque no fuera más que porque facilita la comprensión de no pocos aspectos de la conquista de Méjico. Diego de Nicuesa no era un cualquiera. «Había servido de trinchante a Don Enrique Enríquez, tío del Rey Católico» cuenta Las Casas, añadiendo que era «persona muy cuerda y palanciana y graciosa en decir, gran tañedor de vihuela, y sobre todo gran jinete, que sobre una yegua que tenía, porque pocos caballos en aquel tiempo aún habían nacido, hacía maravillas. Finalmente, era uno de los dotados de gracias y perfecciones humanas que podía haber en Castilla; solo tenía ser mediano de cuerpo, pero de muy buenas fuerzas, y tanto que, cuando jugaba a las cañas, el cañazo que él daba sobre la adarga, los huesos decían que molía»[411].

Ojeda no le iba en zaga en perfecciones y gracias humanas y había merecido que lo escogiera el propio Colón para mandar una de las carabelas del segundo viaje, pues «era pequeño de cuerpo pero muy bien proporcionado y muy bien dispuesto, hermoso de gesto, la cara hermosa y los ojos muy grandes, de los más sueltos hombres en correr y hacer vueltas y en todas las otras cosas de fuerzas, que venían en la flota y que quedaban en España. Todas las perfecciones que un hombre podía tener corporales, parecía que se habían juntado en él, sino ser pequeño»[412]. Cuenta Las Casas un ejemplo curioso de su sangre fría: «Cuando la Reina Doña Isabel subió a la torre de la Iglesia Mayor de Sevilla, de donde mirando los hombres que están abajo, por grandes que sean, parecen enanos, se subió en el madero que sale veinte pies fuera de la torre, y lo midió por sus pies apriesa [...] y después, al cabo del madero, sacó el un pie bajo en vago dando la vuelta, y con la misma priesa se tornó a la torre, que parece imposible no caer y hacerse mil pedazos. Esta fue una de las más señaladas osadías que un hombre pudo hacer, porque quien la torre ha visto y el madero que sale, y considera el acto, no puede sino temblarle las carnes»[413].

Hay un punto, sin embargo, en el que Nicuesa y Ojeda eran muy diferentes, pues mientras Nicuesa logró reunir considerable fortuna, por medios que el piadoso Las Casas condena con severidad, Ojeda andaba siempre alcanzado y organizando Expediciones de conquista para pagar sus fracasos pasados con sus éxitos futuros. Ambos estaban bien provistos de amigos en la Corte, donde ambos intrigaron para hacerse nombrar Gobernadores de sendas regiones en la nueva tierra firme de Veragua, atraídos «por el olor de las nuevas que de la riqueza della el Almirante primero que la descubrió había dado»[414]. Fonseca les repartió el nuevo territorio, en la costa de Colombia y Panamá, como hoy se llaman, dándoles además a Jamaica como base de operaciones. Antes de zarpar de Santo Domingo, los dos flamantes gobernadores habían reñido ya sobre cuál de los dos tenía derecho a las tierras del Darién, pues desde luego los mapas de aquellos tiempos, no prehistóricos pero si pregeográficos carecían de exactitud; mientras que Don Diego Colón, primogénito del Almirante y heredero de sus privilegios e ilusiones, indignado ante todas estas ínsulas Baratarías que se concedían en violación de sus derechos, se determinó a estorbar la empresa de los dos aventureros por lo menos

en lo concerniente a Jamaica enviando allá a un hidalgo de Sevilla, Juan de Esquivel, «a poblalla y por su teniente della, al cual dijo cuando se iba a embarcar, como era osado, Ojeda, “que juraba que si entraba en la isla de Jamaica que le había de cortar la cabeza”» [\[415\]](#).

Pronunciando este aviso, al que iba a dar el sino tan dramático mentís, Ojeda se hizo a la vela el 10 o el 12 de noviembre de 1509 con dos naos y dos bergantines, trescientos hombres y doce yeguas, mientras Nicuesa se demoraba en Santo Domingo, retenido por astutos trámites judiciales que le oponían los amigos de Don Diego Colón, hasta el punto de que cuando ya sus setecientos hombres y seis caballos y su Capitán General se habían hecho a la mar dejando solo en el puerto un bergartín para él, al punto en que iba a partirse, los ujieres del tribunal le detuvieron para que respondiese de una fianza de quinientos castellanos, ardid del que solo pudo evadirse gracias a la generosidad de un desconocido que, hallándose en la casa del juzgado e indignado ante el proceder, avanzó el dinero, con lo cual Nicuesa pudo hacerse a la vela y navegar tranquilo hacia su desdicha y muerte, no sin dejar instrucciones para que se hiciesen mil tocinos con quinientos de sus cerdos, importante detalle que consta por el testimonio siguiente del verídico Las Casas: «Yo los vide hacer en la villa de Yáquimo, y eran de los grandes y hermosos tocinos que en mi vida he visto» [\[416\]](#).

Aprovechando la ventaja que le daban sus diez días de avance, Ojeda había logrado embutir en ellos la mayor cantidad posible de desastres y desventuras. Apenas llegado a Cartagena, contra el consejo de Juan de la Cosa, que había puesto el capital para la expedición de la que era además Capitán General, decidió atacar a los feroces indios de aquella región, famosos por su pericia en el manejo de la flecha envenenada. Perdió setenta hombres, tuvo que dejar a Juan de la Cosa acribillado de heridas envenenadas y moribundo y solo salvó la vida gracias a su extraordinaria rapidez en la huida así como a su buena fortuna, pues le hallaron sus hombres escondido en una manigua con trescientos impactos de flechas en la rodela. Pero lo que más le dolió fue enterarse por su gente de que la flota de Nicuesa estaba a la vista.

El maltrecho capitán decidió permanecer oculto hasta que sus hombres explorasen la actitud que tomaría Nicuesa al saber lo ocurrido. Pero Nicuesa, que con todos sus defectos era un caballero, manifestando sorpresa ante las dudas de Ojeda, dio de lado a las pasadas rencillas y puso todas sus fuerzas a la disposición de su rival quien, así reforzado, vengó su derrota con la crueldad usual en aquellos tiempos... y en los nuestros. En el curso de esta «expedición de castigo», «toparon con el cuerpo de Juan de la Cosa, que estaba reatado a un árbol, como un herizo asaetado; y porque de la hierba ponzoñosa debía estar hinchado y disforme, y con algunas espantosas fealdades, cayó tanto miedo en los españoles, que no hobo hombre que aquella noche allí osase quedar»[\[417\]](#) .

Era, pues, natural que la primera ciudad fundada por Ojeda en su gobernación recibiese el nombre de San Sebastián, abogado contra las flechas con o sin hierba mortífera, aunque observa Las Casas que «como Dios ni sus Santos no suelen dar ayuda a las injusticias e iniquidades, San Sebastián no curaba ni curó de guardallos»[\[418\]](#). Ojeda, que no conocía las objeciones de Las Casas, fiado en la virtud del Santo más que en sus propios méritos, construyó una fortaleza en San Sebastián, como base para excursiones en busca de oro y víveres, pero los feroces indios resultaron más fuertes que él y terminaron por asediarse en la fortaleza, donde fueron poco a poco decimando sus tropas no tanto las flechas enemigas como el hambre y la enfermedad. Mucho debieron rogar a Dios en su desesperado trance pues, con ser tan pecadores, el Señor, a su modo inescrutable, les envió inesperado auxilio en la persona de un Bernardino de Talavera que, deseoso de rehuir las asiduidades de la autoridad de la isla Española, que lo consideraba como un excelente huésped para sus cárceles, desapareció un buen día con setenta compañeros en una carabela abarrotada de víveres, sin prestar atención al hecho de que la

tal carabela pertenecía a unos mercaderes genoveses cuyas ideas sobre la manera de hacerse con el bien ajeno eran algo más complejas.

Cuando la guarnición hambrienta divisó la vela blanca sobre el cielo azul y se dio cuenta de que era verdadera y no mera alucinación de sus transparentes cuerpos, y más todavía cuando Talavera se declaró dispuesto a entregar sus víveres, contra especies sonantes desde luego, revivieron todos y comenzaron pronto a tomar otra vez la ofensiva contra sus sitiadores. Los indios tenían gran deseo de herir al jefe cuya acometividad y rapidez le habían hecho hasta entonces invulnerable, y al fin, por medio de una estratagema, consiguieron atravesarle el muslo. Ojeda, que a pesar de su arrojo temerario, no había sido herido todavía en su vida, «mandó luego que unas planchas de hierro en el fuego las blanqueasen y, ellas blancas, mandó a un cirujano que se las pusiese en el muslo herido, ambas; el cirujano rehusó, diciendo que lo mataría con aquel fuego, amenazóle Hojeda haciendo voto solemne a Dios que, si no se las ponía, que lo mandaría ahorcar. Esto hacía Hojeda porque la hierba de las flechas era ponzoñosa, de frío excesivo, es averiguado. El cirujano, pues, por no ser ahorcado, aplicó las planchas de hierro blanqueadas, la una a la una parte del muslo y la otra a la otra, con ciertas tenazas, de tal manera que no solo le abrasó el muslo y la pierna, y sobrepujó a la maldad de la ponzoña de la hierba y la echó fuera, pero todo el cuerpo le penetró en tanto grado, que fue necesario gastar una pipa de vinagre mojando sábanas y envolviéndole todo el cuerpo en ellas. Esto sufrió Hojeda voluntariamente, sin que lo atasen ni lo tuviesen; argumento grande de su grande ánimo y señalado esfuerzo»[419].

Nicuesa y su flota se alejaron en busca de sus propios destinos, se rehízo Ojeda, los víveres de Talavera se acabaron y volvió el hambre, el hambre fiel, que como una sombra sigue al cuerpo humano por todas partes donde respira. La gente murmuraba, conspiraba, se amotinaba. Ojeda les propuso que él se iría a Santo Domingo a buscar socorro en el barco de Talavera y si a los cincuenta días no había regresado, quedarían ellos en libertad de hacer lo que quisieren con los bergantines que quedaban. Les dejaría como jefe interino a Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú. Se aceptó el plan y Hojeda se hizo a la vela con Talavera y sus compañeros, que decidieron acompañarle.

Eran, en efecto, gentes de baja calidad y carentes de metal heroico. Pero ¿quién sabe lo que la vida le reserva a cada vuelta del camino? De la increíble odisea de estos hombres, escribe Las Casas: «Cierto que, aunque los trabajos que en estas Indias los españoles han querido pasar por buscar riquezas han sido los más duros y ásperos que hombres en el mundo nunca pasaron, estos que aquí Hojeda y los que con él venían padecieron, fueron de los más grandes» [420]. Arribaron a la isla de Cuba, echaron a monte la carabela y decidieron ponerse en marcha hacia levante para irse acercando a la Española. No estaba todavía «poblada» aquella región y en tierra sin autoridad, la facción de Talavera se apoderó de Ojeda, hasta que, al topar con indígenas belicosos que les atacaron con brío, decidieron devolverle la libertad, porque, dice Las Casas, «valía más Hojeda en la guerra que la mitad de todos ellos»[421]. Así anduvieron rodando de aventura en aventura más de cuatrocientas millas hasta que se perdieron en una espantosa marisma que tuvieron que cruzar durante treinta días, hundidos a veces hasta la rodilla, a veces hasta el cuello, en repugnante cieno; de los veinte, la mitad perecieron de hambre o sed o ahogados en la ciénaga. Siempre que podían, trepaban a algún mango para poder dormir unas horas. En aquellos momentos de relativo descanso, Ojeda sacaba de su taleguilla, «una imagen de nuestra Señora, muy devota y maravillosamente pintada en Flandes»[422], y todos rogaban por su intercesión. Al fin, con el socorro y caridad de algunos indios de paz, pudieron hacerse con una canoa con la que enviaron a pedir auxilio a Jamaica, y al poco tiempo se vieron salvados por una carabela al mando de un capitán llamado a desempeñar más tarde importante papel en la vida de Cortés: Pánfilo de Narváez. A su llegada a Jamaica, Ojeda disfrutó generosa y

caballeresca hospitalidad en casa de Juan de Esquivel, cuya cabeza había jurado cortar. Talavera pereció en la horca y Ojeda volvió a Santo Domingo, en cuyo hospital murió exhausto, sin un maravedí para pagar su entierro.

Francisco Pizarro y su gente le esperaron cincuenta días, según convenido, y al ver que no llegaba, decidieron abandonar aquella tierra inhospitalaria. Había, no obstante, una dificultad grave para llevar a cabo tal decisión, y era que los bergantines no tenían cabida para los sesenta que eran, visto lo cual se acordó aguardar a que «la hambre y enfermedades y también los indios con sus flechas los menoscabasen hasta quedar tantos cuantos los bergantines pudiesen llevar»[423]. No fue necesario esperar largo tiempo, al cabo del cual, después de haber matado para conserva las cuatro yeguas que habían guardado por seguridad para asustar a los indios, se hicieron a la vela, seis meses después de haber desembarcado, en dos bergantines, uno de los cuales se fue a pique a poco de haberse hecho a la mar. Francisco Pizarro, al mando del que quedaba, se refugió en Cartagena del vendaval que había reducido a su mitad a aquel residuo de expedición y al entrar en la bahía vio que llegaba al mismo tiempo otro barco de otra dirección. Era la expedición de socorro al mando de Anciso, el socio de Ojeda, que llegaba con varios meses de retraso. Traía ciento cincuenta hombres, víveres, artillería, municiones, doce yeguas, algunos caballos y cerdos y, finalmente, oculto dentro de un barril, a Vasco Núñez de Balboa que así se había evadido de la isla de sus deudas en busca del Darién, del Mar del Sur que iba a alcanzar la gloria de descubrir y de la muerte que aquella gloria había de costarle.

A pesar de los ruegos repetidos de la pobre gente tan trabajada que mandaba Pizarro, Anciso, que tenía autoridad sobre todos ellos por ser el Alcalde Mayor de Ojeda, les obligó a volverse a Urabá, donde su propio navio se estrelló contra las olas desencadenadas que rompían sobre unos bajos traidores; la gente salvó el cuerpo; se perdieron yeguas, caballos, cerdos, artillería y víveres. Vuelta al hambre y a las flechas envenenadas. Pero esta vez, estaba allí Balboa quien, recordando que al otro lado del golfo había un gran río, buenas cosechas y naturales que no conocían el uso del veneno en las flechas, propuso a la expedición se dirigieran todos allá, y así la tropa más aventurera que venturosa, descubrió el Darién donde fundó una ciudad que, cumpliendo un voto solemne hecho en sus momentos de mayor necesidad (¿pues quién hace votos en buen tiempo?), bautizó Santa María del Antigua del Darién. Ya parece que comenzaba a sentir Vasco Núñez de Balboa la comezón de la ambición y no faltan indicios de que se entregó a trabajos de zapa contra la autoridad de Anciso, arguyendo que ya no estaban dentro de las fronteras del gobierno de Ojeda. El propio Anciso trabajaba contra sí mismo, prohibiendo a su gente todo rescate de oro con los naturales bajo pena de muerte, con lo cual no consiguió más que provocar una reacción democrática de su tropa que, actuando con carácter civil, le destituyó de su Alcaldía Mayor eligiendo en su lugar dos alcaldes, uno de los cuales era Balboa.

La colonia-ejército quedó así fraccionada en tres partidos: los que se consideraban todavía obligados a prestar obediencia a Anciso; los que creían que debía pasarse a la obediencia de Nicuesa, en cuyo territorio había entrado la armada al seguir el consejo de Balboa; y finalmente los que preferían seguir la dirección del propio Balboa. Una mañana se oyeron cañonazos. Contestaron con su propia artillería y a poco hicieron su aparición en la bahía dos navios nuevos. Venían al mando de Rodrigo de Colmenares, lugarteniente de Nicuesa, que llegaba de la Española con víveres y municiones y, al no hallar traza de Ojeda, había disparado sus cañones con la esperanza de que le oyese alguien. Con el ascendiente que los buenos jamones dan a su propietario y dispensador sobre una multitud hambrienta, Colmenares logró que la mayoría de los ciudadanos-soldados reconociesen la autoridad de Nicuesa.

Pero ¿dónde estaba Nicuesa? No habían sido menores sus trabajos y fatigas que los de Ojeda. Por una mala inteligencia, más o menos sincera, su Capitán General, Olano, no había acudido al punto señalado para encontrarse con su jefe después de una separación temporal, y Nicuesa se encontró con una carabela sola que perdió, como era tan corriente en aquellos tiempos, por una combinación de furia marina, bajos desconocidos y navegación defectuosa. A pie, hambriento y deprimido, siguió la costa tórrida bajo la constante amenaza de indios hostiles, yendo a parar con su gente a una isla estéril a la que había cruzado en el batel de la carabela tomándola por la costa opuesta de una bahía de la tierra firme. Cuatro marineros que le quedaban, cansados de sufrir, se escabulleron a remo durante la noche, llevándose el batel, con la esperanza de encontrarse con Olano y regresar trayendo socorro. Le encontraron en efecto, en situación casi tan desesperada como la de Nicuesa y lograron de él que enviase a la isla un barco con algunos palmitos y agua dulce para que reviviesen. Nicuesa y su gente que se arrastraban por el suelo incapaces ya de erguirse en pie. Cuando Nicuesa pudo al fin reunirse con el resto de su expedición, se había rehecho quizá demasiado, pues, incapaz de refrenar su furia, se disponía a ahorcar a Olano y lo hubiera hecho si no se hubiesen opuesto sus hombres. Pero todavía les aguardaban a todos días peores, porque al fin y al cabo los de Olano tampoco tenían víveres, salvo los que lograban en azarasas excursiones contra un enemigo tan peligroso como inasible, y así llegaron unos y otros a una situación de hambre tan desesperada que treinta de ellos que se comieron a un indio muerto hallado en la manigua perecieron envenenados.

Nicuesa decidió ir a probar fortuna a otra parte, haciéndose a la mar en una carabela que la gente había construido bajo las directivas de Olano con el maderamen salvado de la nao perdida, y en este barco improvisado, siguió la costa hacia el este hasta que divisando un lugar que le parecía adecuado para poblar, exclamó: «Quedémonos aquí en el nombre de Dios». Tal fue el origen de la colonia del Nombre de Dios, que comenzó a construir, con su fortaleza y foso, haciendo trabajar a los hombres con dura y aun cruel autoridad. «Andá, ios al moridero», contestaba airado a los que se le quejaban de agotamiento[424]. De los setecientos ochenta y cinco hombres que habían salido de la Española bajo su bandera solo le quedaban cien hacia diciembre de 1510, cuando estaba construyendo la fortaleza de Nombre de Dios. La situación iba de mal en peor y estaban todos tan débiles que ya no había quien pudiese velar de noche.

Tal era el estado del Gobernador de Castilla del Oro cuando Colmenares vino a informarle de que había sesenta hombres en Darién dispuestos a declararse súbditos suyos. Su regocijo a la vista de una gallina asada fue tal que, recordando sus días de trinchante, la trinchó en el aire. Su ánimo subió tan rápidamente que juró castigaría severamente a todos sus nuevos súbditos que rescatasen oro sin su autoridad, y como si tuviese empeño en destruirse a sí mismo, envió por delante una carabela, portadora de esta noticia, quedándose él solo con un bergantín.

Cuando llegó a Darién, la colonia estaba alzada contra él. No tuvo ni la energía ni la astucia necesarias para hacer frente a la crisis y, a pesar de los esfuerzos y del consejo de Balboa, que hizo lo posible por salvarle, la gente lo destituyó y encarceló, terminando por enviarle a la Española con diecisiete de sus partidarios en un bergantín desvencijado. No se volvió a saber de él [425].

Mientras dos de sus convecinos de la Española malgastaban así veinte mil pesos y más de mil vidas humanas en dos expediciones descabelladas, Hernán Cortés seguía en Azúa curándose las heridas recibidas en los campos de Venus. «Adurmiéndose una tarde -cuenta Cervantes de Salazar- soñó que súbitamente, desnudo de la antigua pobreza, se vía cubrir de ricos paños y servir de muchas gentes extrañas, llamándole con títulos de grande honra y alabanza [...] y aunque él como sabio y

buen cristiano sabía que a los sueños no se había de dar crédito, todavía se alegró, porque el sueño había sido conforme a sus pensamientos, los cuales con gran cordura encubría por no parecer loco». Ello, no obstante, «dijo a ciertos amigos suyos, con un contento nuevo y no visto, que había de comer con trompetas o morir ahorcado» [426].

Amor y rebeldía en La Española

El 10 de julio de 1509 una flota más vistosa y florida de gallardetes que de costumbre echó el ancla en la bahía de Santo Domingo. Don Diego Colón, segundo Almirante de las Indias, hijo y heredero del gran descubridor, había logrado al fin vindicar sus derechos hereditarios al título y cargo de Virrey, y Gobernador General de las Indias, y llegaba a desembarcar en la capital de su virreinato, «muy bien acompañado é su casa poblada de hijosdalgo». Con él venían sus dos tíos, el Adelantado Don Bartolomé, que había fundado la ciudad, y el descolorido Don Diego, que había alzado a cada punta de ella una horca para colgar a los rebeldes españoles que no se avenían al gobierno de los Colón; también traía Don Diego a su hermano bastardo Don Fernando, cronista a su manera de los descubrimientos y aventuras de su padre. Pero si Cortés se halló presente al desembarco, lo que es muy posible, es probable que prestase su mayor atención a otro aspecto más atractivo de la escena, porque en el séquito de la Virreina Doña María de Toledo, sobrina del Duque de Alba, venían «algunas dueñas é donzellas hijasdalgo, é todas o las más dellas que eran mozas se casaron en esta ciudad y en la isla con personas principales é hombres ricos de los que acá estaban, porque en la verdad avía mucha falta de tales mugeres de Castilla; é aunque algunos cristianos se casaban con indias principales, avía otros muchos más que por ninguna cosa las tomaran en matrimonio, por la incapacidad é fealdad dellas» [\[501\]](#). Si Cortés era uno de los curiosos que a uno y otro lado formaban las orillas del río de gracia y color que las naos vertían sobre la isla, entre aquellas jóvenes que desfilaban ocultando recatadamente su curiosidad bajo la timidez que las protegía de las hambrientas miradas masculinas, sus ojos verían pasar a aquella que había de ser su mujer y el motivo de más de una aventura dramática en su carrera.

Don Diego Colón, entonces de edad de treinta años «fue persona de grande estatura, como su padre, gentil hombre, y los miembros bien proporcionados, el rostro luengo y la cabeza empinada y que representaba tener persona de señor y de autoridad; era muy bien acondicionado, y de buenas entrañas, más simple que recatado ni malicioso; medianamente bien hablado y temeroso de Dios». Era tan dado al tribalismo familiar como lo había sido su padre y cuando, después de las ceremonias oficiales y sociales de la transmisión de poderes, organizó la flota para que su predecesor regresase a la metrópoli, consideró natural ponerla al mando de su hermano Don Fernando, mozalbete de veinte años apenas, en lugar del venerable anciano -decisión de tan poco tacto que provocó en la colonia comentarios harto desfavorables [\[502\]](#).

El nuevo Virrey inauguró su mando organizando la conquista y población de la isla de Boriquén, que los españoles llamaron primero San Juan y luego Puerto Rico. Esta conquista no parece haber atraído a Cortés, y eso que no careció de interés dramático, sobre todo cuando los indígenas se hubieron cerciorado de que los españoles no eran inmortales, lo que hicieron de un modo asaz científico, induciendo a un mozo llamado Salcedo a que acompañase a un grupo de ellos en un viaje en el curso del cual lograron que se dejase llevar a hombros para vadear un río, en mitad del cual lo metieron debajo del agua y lo ahogaron. ¿Lo ahogaron? De eso se trataba precisamente. ¿Era posible dar muerte a un español? Tendieron el cuerpo sobre la orilla y aguardaron. Durante dos días venían de cuando en cuando a decirle: «Señor Salcedo, levántate y perdónanos; que caímos contigo, e iremos nuestro camino»; hasta que al fin el cuerpo mismo les dio tales señales de muerte que dieron por

logrado el experimento [503].

La abstención de Cortés mientras la empresa de Puerto Rico se llevaba a cabo viene a reforzar la opinión -contraria a la usualmente adoptada- de que, en los comienzos de su estancia en la isla le satisfizo plenamente aquella vida placentera de hidalgo-leguleyo-granjero, puesto que, de haber sentido impaciencia por la carrera de las armas, este hubiera sido excelente momento para satisfacerla. Además, cuando llega el tiempo de su segunda emigración, su traslado a Cuba, le veremos nombrado a un cargo no militar sino otra vez civil, aun cuando esta vez colaborando a una empresa de índole bélica.

Cuba estaba entonces casi por explorar. Hacia el fin de su mando, Ovando había enviado a Sebastián de Ocampo para averiguar si era una isla, como casi todo el mundo creía, o parte de la tierra firme, según Colón sostenía con terquedad. Ocampo consiguió demostrar que se trataba de una isla, pero no hizo nada para afianzar el dominio español sobre ella. En 1511, Don Diego Colón decidió conquistarla y poblarla, eligiendo como jefe de la empresa a uno de los hidalgos y capitanes más conocidos de la Española, Diego Velázquez, «el más rico y estimado entre los que acá de los antiguos de esta isla estaban». Velázquez. había pertenecido a la servidumbre del Adelantado Don Bartolomé Colón. Las Casas, con su inimitable estilo y fuerte animosidad contra los conquistadores, ha dejado una descripción, agrídulce de las condiciones de este personaje: «Una era ser más rico que ninguno otro; otra era que tenía mucha experiencia en derramar o ayudar a derramar sangre destas gentes malaventuradas; otra era que de todos los españoles que debajo de su regimiento vivían era muy amado, porque tenía condición alegre y humana, y toda su conversación era de placeres y gasajos, como entre mancebos no muy disciplinados, puesto que a sus tiempos sabía guardar su autoridad y quería que se la guardasen; otra era que tenía todas sus haciendas en Xaraguá, y en aquellas comarcas, junto a los puertos de la mar los más propincuos a la isla de Cuba, que había de ser poblada. Era muy gentil hombre de cuerpo y de rostro y así amable por ello; alga iba engordando pero todavía perdía poco de su gentileza; era prudente, aunque tenido por grueso de entendimiento, pero engañolos con él» [504].

Este era el hombre que, a fines de 1511, salió de la villa de Sabana, en la isla Española, para conquistar a Cuba con trescientos hombres. La campaña no fue ni larga ni muy difícil, pues los indígenas, desmoralizados por la superioridad de los invasores en armamento y en fuerza física, no opusieron gran resistencia. De Jamaica vinieron refuerzos voluntarios al mando de un hombre destinado, como Velázquez, a importante papel en la vida de Cortés: Pánfilo de Narváez, lugarteniente de Juan de Esquivel, Gobernador de Jamaica. «Este Pánfilo de Narváez -escribe Las Casas- era un hombre de persona autorizada, alto de cuerpo, algo rubio, que tiraba a ser rojo, honrado, cuerdo, pero no muy prudente, de buena conversación, de buenas costumbres, y también para pelear con indios esforzado, y debíalo ser quizá para con otras gentes, pero sobre todo tenía esta falta, que era muy descuidado». Y añade el buen fraile, con gran oportunidad: «del cual hay harto que referir abajo» [505]. Estos refuerzos que traía Narváez no eran gran cosa -treinta españoles, arqueros, duchos en el manejo de esta arma indígena-. Velázquez nombró a Narváez su Capitán General o Segundo Cabo. Apareció entonces en escena, a requerimiento del propio Velázquez, otro personaje: el propio Bartolomé de Las Casas que, mucho más tarde, siendo ya obispo de Chiapa, iba a escribir el relato de todas aquellas conquistas con gran pena y vergüenza, pero que, en aquellos primeros tiempos, acompañaba a Narváez en su calidad de joven sacerdote, dulcificando siempre que era posible el impacto terrible de los cristianos sobre los indios, con frecuencia indefensos. Narváez, con Las Casas al codo, tuvo a su cargo casi toda la conquista, pues Velázquez era demasiado obeso para el ejercicio de la guerra, aun de

aquella, que no fue ni con mucho la más ardua y heroica que los españoles hicieron en las Indias. Gracias a Las Casas, conocemos uno de los episodios más peligrosos de esta campaña: el descuidado Narváez se despertó una noche con gran sobresalto hallando a sus veinticinco hombres poco menos que copados por varios millares de indígenas, ávidos no tanto de sangre española como de ropa española, pues desde la llegada de los europeos a la isla, los indios concibieron vergüenza de su desnudez y nada excitaba su codicia tanto como unas prendas de vestir. Al estrépito de la turba invasora y, más concretamente, al impacto de una ingente pedrada que recibió en la boca del estómago, despertó el descuidado Capitán, hizo ensillar a su yegua (que era toda su caballería) y saltó sobre ella en camión. Pero bastó el ruido de las campanillas del arnés de la yegua para hacer huir a los indígenas, presa de terror en la oscuridad nocturna [\[506\]](#).

¿Qué de Cortés? Si hemos de creer a su cronista latino, tomó parte importante en la campaña, habiendo pasado a Cuba a insistentes requerimientos de Velázquez que «le rogó muchos días que le acompañase, prometiéndole mares y montes si Cortés le ayudaba en aquella guerra. Y como él no era muy apto para la guerra a causa de su obesidad, hizo a Cortés su socio y consejero para todas sus decisiones». También añade que Cortés «se condujo tan esforzadamente en la guerra que al poco tiempo llegó a ser el más experto de todos» [\[507\]](#).

Los textos escritos por quienes vivieron más cerca de los acontecimientos no confirman tal versión. Por esta vez, existe notable concordancia entre Las Casas, que vivió este capítulo de la vida de Cortés, y Gomara, su capellán e historiógrafo, ya que ambos lo presentan en este tiempo al lado civil, y no al militar, de Velázquez: Las Casas, como uno de los dos secretarios de Velázquez, y Gomara, como «oficial del Tesorero Miguel de Passamonte, para tener cuenta con los quintos y hacienda del Rey, y aun el mismo Diego Velázquez se lo rogó, por ser hábil y diligente» [\[508\]](#). No hay, pues, razón alguna para rechazar el testimonio de Las Casas puesto que no está en juego aquí su prejuicio en favor del indígena, único que puede hacer a veces dudar de su objetividad, ya que su autoridad como testigo presencial viene avalada por la de Gomara, que escribía bajo la inspiración del propio Cortés. Además, la versión de Las Casas se adapta a los hechos conocidos mucho mejor que las leyendas doradas del cronista latino. En esta fase, debemos pues ver a Cortés como le ve Las Casas: «Era muy resabido y recatado, puesto que no mostraba saber tanto, ni ser de tanta habilidad, como después lo mostró en cosas arduas». Por una vez, podemos seguir a su cronista latino cuando dice que «después de que Cortés pasó a Cuba con Velázquez, a nada dedicaba más atención que a congraciarse con su jefe de todas las maneras posibles» [\[509\]](#).

Testimonio es este de gran valor, sobre todo por venir de un sector favorable a Cortés, y harto necesario en vista de la frecuencia con que se tiende a falsear el verdadero sentido de los primeros años de la vida de los hombres famosos para adaptarlos a la perspectiva de sus gestas ulteriores. Cortés fue gran capitán en el campo de batalla, y su bravura, dicho sea con toda frialdad y con objetividad histórica, llegó al heroísmo; pero también era astuto diplomático y sagaz negociador, verdadera artista en el arte de manejar a los hombres, y este rasgo contribuyó mucho más que el primero a elevarle en los primeros años de su maravillosa ascensión.

Tenía veintiséis cuando llegó al puesto de Secretario de Velázquez y Tesorero del Rey en la isla de Cuba. Aunque prestaba gran atención a congraciarse con el Gobernador, no olvidaba por eso el resto de la colonia, pues demasiado sabía él que los gobernadores van y vienen pero los gobernados quedan y, en las circunstancias anárquico-democráticas de aquella colectividad naciente, la suerte de un hombre osado podía venir lo mismo de abajo que de arriba. Poco a poco, Hernán Cortés llegó así a

tomar una actitud de abierta oposición al Gobernador. El juego era peligroso, y Cortés entró en él quizá precisamente por eso, haciendo frente al peligro y saliendo de él, no solo ileso, sino más fuerte y poderoso que al principio.

Esta fase de su primera enemistad con Velázquez es algo intrincada y oscura, pues los cronistas no están de acuerdo sobre motivos y hechos, no solo de unos a otros sino a veces cada uno de ellos consigo mismo. Hay dos hilos en la trama: uno político y otro, desde luego, amoroso. Juan Juárez, granadino, uno de los pobladores que habían venido de la Española a Cuba con Velázquez, se había traído a «tres o cuatro hermanas suyas, que habían ido a Santo Domingo con la Virreina Doña María de Toledo el año de 1509 con pensamiento de casarse allá con hombres ricos; ca ellas eran pobres, y aun la una dellas que había nombre Catalina solía decir muy de veras cómo tenía de ser gran señora, que lo soñase o que se lo dijese algún astrólogo. Eran hermosas, por lo cual y por haber allí pocas españolas las festejaron mucho» [\[510\]](#).

Cortés cortejó a Catalina y aun parece que con mayor éxito del que esperaba, pues tuvo que batirse en retirada cuando llegó la hora de cumplir sus promesas de matrimonio. Mas sucedió que Diego Velázquez cortejaba a otra de las Juárez, la cual, velando por los intereses de su hermana, obtuvo del Gobernador que ejerciese sobre Cortés fuerte presión oficial para obligarle a pagar en la vicaría su deuda de amor. Gomara va hasta afirmar que el amante reacio se vio reducido a prisión como consecuencia, directa o indirecta, de su obstinación, «y en fin -añade- se casó con ella, aunque primero tuvo sobre ello algunas pendencies» [\[511\]](#).

Pero Cortés parece haber dado al Gobernador motivos más plausibles, por ser de índole política, para encarcelarlo. El cronista latino y Gomara se esfuerzan ambos por hacer recaer la responsabilidad de estos hechos sobre los enemigos y envidiosos de Cortés que, según ellos, sembraron rencillas entre el Gobernador y su principal Secretario; pero no cabe dudar de que la personalidad magnética y ya autorizada de Cortés comenzaba a actuar, como en días ulteriores lo iba a hacer con más esplendor, a manera de foco para toda actividad humana que en torno suyo andaba ociosa y como en busca de dirección y de mando. El Gobernador había ido poco a poco recogiendo la cosecha que da el poder: cada uno de sus actos le hacía un amigo ingrato y nueve enemigos resentidos. Si no daba indios o tierras a Fulano, era un déspota; si las daba, era un zorro que le había dado tan pocos indios y tierra tan mala cuando Mengano se jactaba del doble de indios y de tierras más fértiles. Así se movían las lenguas, centelleaban los ojos, se alzaban los puños. Y al llegar la noche, bajo la capa de la oscuridad se reunían las espadas de la conspiración en casa de Cortés. Pronto se enteraron los conspiradores con suma satisfacción (quizá por el mismo Cortés, que a causa de su cargo oficial, sería de los primeros en saberlo) de que habían llegado a la Española los oidores de la Audiencia enviados por la Corona para investigar los actos del ejecutivo, y al punto decidieron escribirles enviándoles con todo detalle sus quejas. Pero ¿quién iba a encargarse del papel peligroso y, arrojando no solo la ira del Gobernador sino la furia del mar, llevarlo de Cuba a la Española en el precario esquife de que disponían? «Y no hallaron otro más a mano y más atrevido a cualquiera peligro, porque había de pasar a esta isla en una canoa o barquillo de los indios, en mar tan alta, y como suele ser tan brava, sino a Hernando Cortés» [\[512\]](#).

No está claro si Cortés conspiraba movido por un sentido de justicia ante los abusos que Velázquez cometía o por el resentimiento que le había causado la actitud de su jefe en el asunto de Catalina Juárez. Sea de ello lo que fuere. Velázquez, que se enteró de la conspiración en el momento en que Cortés, con su cargamento de papeles, se disponía a poner el pie en la canoa, lo hizo prender.

Su primera decisión fue ahorcar al infiel Secretario. ¿Dónde estaba la horca de donde iba a colgar el adalid más grande que España ha conocido, el destino de un continente y la epopeya más luminosa y fértil en leyendas que el mundo occidental ha vivido? Durante unos cuantos días, la suerte de Cortés y de la conquista de Méjico pendió no ya de la cuerda de aquella horca, sino del pelo del humor de Velázquez. Pero el Gobernador «era bien acondicionado y durábale poco el enojo», gracia peculiar con que la obesidad aligera el espíritu de aquellos cuyo cuerpo abruma [\[513\]](#).

Cortés salvó la vida pero perdió la libertad, y mientras había soñado con una peligrosa travesía a la Española, seguida de una hábil negociación por entre las aguas y escollos político-legales donde sabía navegar con tanto acierto, se encontró en un calabozo con grillos en los pies. No era hombre para permanecer largo tiempo en prisiones. Difícil, sino imposible, sería reconstruir las combinaciones de astucia, osadía y diplomacia que puso en juego para recobrar su libertad y que cada uno de sus cronistas refiere a su manera. Gomara las resume diciendo que «quebró el pestillo del candado del cepo; tomó la espada y rodela del Alcaide; abrió una ventana, descolgóse por ella y fuese a la iglesia». No es probable que un hombre encarcelado en una fortaleza pudiese llevar a cabo este programa sin la connivencia de su guardián, sobre todo cuando guardián y prisionero dormían en la misma habitación, y así leemos sin sorpresa en la crónica latina que el guardián «Cristóbal de Lagos, si hemos de decir la verdad, fingió no enterarse de nada ¿por miedo, no por amistad como se ha dicho falsamente» [\[514\]](#). Fuese amistad o miedo, el hecho es que Cristóbal de Lagos fue cómplice de la evasión, con lo cual resulta que Cortés contaba ya con bastante influencia sobre la colonia para contrarrestar la autoridad y el poder del Gobernador aun en el ánimo de un funcionario de confianza como hay que suponer que lo era el guardián de la fortaleza en un lugar donde no existía más que una fortaleza que guardar.

El Gobernador, indignado, «riñó a Cristóbal de Lagos, diciendo que soltara a Cortés por dineros y soborno»; e hizo lo posible por volver a apoderarse del rebelde usando ya de la persuasión ya de la fuerza, «mas -observa Gomara- Cortés entendía las palabras y resistía la fuerza» [\[515\]](#). Con todo, Velázquez era más fuerte, pues tenía de su lado el bien más ansiado por un hombre activo como Cortés: el espacio. ¿Cómo era posible que Cortés permaneciese largo tiempo encerrado mano sobre mano en una iglesia? El espacio además está lleno de cosas de toda suerte, animadas e inanimadas, por ejemplo, de mujeres, para las que Cortés no fue nunca indiferente; fuese accidente o ardid, ante los ojos aburridos del prisionero surgió entonces Catalina Juárez, la joven a quien había cortejado y con quien se resistía a casarse. Cortés acudió al cebo, y al cometer la imprudencia de salir a hablar con ella, se le echaron encima los soldados de Velázquez que ocultos aguardaban, apoderándose de él. No se dejó prender sin brava lucha cuerpo a cuerpo con el jefe de los alguaciles, un tal Juan Escudero que durante aquellos ardientes instantes, mientras tenía asido en tenaz abrazo el cuerpo rebelde del futuro conquistador de Méjico, pudo haber vislumbrado a través de un desgarrón del velo del tiempo, una escena futura en que él mismo iba a ser colgado de la horca por aquel a quien entonces prendía en nombre de Velázquez [\[516\]](#).

Esta vez, Velázquez encerró a su prisionero a bordo de un barco en la bahía, y para deshacerse de tan turbulento súbdito, decidió enviarlo a la Española.

Cuando quise, no quisiste,
y ahora que quieres, no quiero,

pudo entonces cantar Cortés.

Hubiera ido con gusto a la Española como testigo contra Velázquez, pero estaba resuelto a no ir como prisionero. Esta vez también, su evasión solo se explica por combinación de buena suerte, audacia y astucia para asegurarse los cómplices necesarios; logró descalzarse los grillos, no sin pasar agudos dolores y, ya de noche, vestido con el traje de su criado, se subió tranquilamente a cubierta y anduvo paseándose despreocupado como quien no tiene prisa, acercándose luego a un grupo de marineros que se hallaban reunidos junto al fogón; hasta que, ya seguro de que nadie lo reconocía, se dejó caer cuerda abajo al batel del barco y se alejó a remo en la oscuridad. Pero tuvo la precaución de acercarse primero al único otro barco surto en la bahía y cortar la cuerda de su batel para que la mar se lo llevase y no pudiesen disponer de él cuando viniesen a descubrir su evasión. Esto hecho se puso a remar con toda energía hacia la costa, pero la corriente del río era tan fuerte que no le dejaba acercarse, y entonces se tiró al agua decidido a salvarse a nado. Aquí brilla otra vislumbre de su personalidad de dos filos: en aquella hora de peligro, «desnudóse y atóse con un tocador sobre la cabeza ciertas escrituras que tenía como escribano de ayuntamiento y oficial del Tesorero y que hacían contra Diego Velázquez» [\[517\]](#); claro ejemplo, si los hay, del hombre de pluma y espada. Este rasgo subsistirá durante toda su vida: siempre dispuesto a combatir si es necesario, Cortés se halla siempre todavía más dispuesto a pleitear. En aquel momento angustioso, con sus legajos de papel sellado atados a la cabeza, se tiró al agua de la bahía de Baracoa infestada de tiburones para nadar hacia la costa en la oscuridad nocturna; y apenas se vio a salvo de los peligros del mar y de los tiburones, cuando ya le amenazaron los de la tierra y los hombres, pues en la noche oyó voces que daban los soldados del Gobernador; se ocultó entre unas zarzas y sin aguardar a la mañana se dirigió como pudo a casa de Juan Juárez.

No deja de parecer extraña esta decisión y más todavía la falta en los cronistas de Cortés del comentario único que puede hacerla plausible. ¿Cómo era posible que Cortés fuese precisamente a refugiarse a casa del hombre cuya hermana había ofendido, añadiendo así más leña de índole privada al fuego de índole pública que había encendido en el ánimo de Velázquez? Pero el relato de Gomara basta para indicar la solución: «Cortés se casó con la Catalina Juárez porque lo había prometido y por vivir en paz» [\[518\]](#). De donde se desprende que fue a ver a Juárez precisamente para decirle que estaba dispuesto a casarse con Catalina a fin de arreglarse con el Gobernador. Cautó hasta el fin, sin embargo, se refugió en la iglesia hasta ver qué decisión tomaba Velázquez, a quien fue a ver Juárez como amigable componedor entre los cortejos de sus dos hermanas. La tarea era ya más fácil, puesto que Cortés había consentido en casarse, y parece ser que la reconciliación entre el Gobernador y su secretario fue rápida y cordial. Velázquez se hallaba en el campo, ocupado en una expedición de castigo contra unos indios rebeldes. Una noche se presentó Cortés de improviso en compañía de Juárez, armado con lanza y ballesta para tomar parte en las operaciones. Se hallaba el Gobernador en su despacho leyendo el libro de la despensa. Cortés se acercó a la ventana, que estaba abierta y exclamó: «Hola, señores, aquí está Cortés que viene a ofrecerse a su bizarro capitán». El rebelde estaba perdonado. Se batió bien, como solía, y recibió en recompensa numerosos indios [\[519\]](#).

Velázquez no le guardó rencor, y a poco era padrino de una hija que tuvo Hernán Cortés, «no sé si en su mujer», apunta Las Casas [\[520\]](#); pero Cortés no tuvo hijos con Catalina Juárez, mientras que sabemos por Bernal Díaz que tuvo una hija «en una india de Cuba que se decía Doña Fulana Pizarro» [\[521\]](#), nombre sin duda que le fue otorgado por su propio amante al bautizarla (antes de entrar con ella en intimidad carnal, según la moral peculiar de los conquistadores), tomándolo del apellido materno,

como era costumbre de los españoles en aquellos tiempos. Este hecho prueba el éxito de los esfuerzos de Cortés para congraciarse con Velázquez: «Cortés -dice Las Casas- no se descuidaba nada de serville y agradalle y no enojalle en cosa chica ni grande, como era astutísimo de manera que del todo tornó a ganalle y a descuidalle como de antes». Y a fin de dar a su ex secretario nueva prueba de su confianza, Velázquez le hizo Alcalde de la villa de Baracoa que poco después cambió de nombre para llamarse, como hoy, Santiago de Cuba [\[522\]](#).

No hace falta gran esfuerzo de imaginación para vislumbrar en este episodio la acción de otros factores además de los observados por Las Casas. El don de gentes fue siempre una de las fuerzas más vigorosas entre las que moldearon la vida de Cortés. Tenía pico de oro y poseía la rarísima combinación de presencia de ánimo con presencia de ingenio, arma irresistible porque es arma de dos filos para las luchas de la vida cotidiana. Pero además de estas cualidades, explica su rápida vuelta al poder, por una parte el hecho de que era hombre a la vez para el gabinete y para el campo, y por otra el que Velázquez se daba cuenta de que valía más tener a Cortés por amigo que por adversario.

Ya en esta fase temprana de su carrera, el joven funcionario del Tesoro Real da prueba del buen sentido económico que inspirará más tarde sus actos de gobernante, y todos sus biógrafos se hacen lenguas de su espíritu de empresa tanto en la minería como en la agricultura y pastoreo. «Crió vacas, ovejas y yeguas y así fue el primero que allí tuvo hato y cabaña», dice Gomara; y el cronista latino añade que fue el primer prospector de oro en Cuba y también el primero en traer a la isla toda suerte de variedades de ganado que se procuró en la Española [\[523\]](#).

Este espíritu de empresa está en armonía con todo lo que se sabe de la vida ulterior de Cortés. Las Casas, desde luego, apunta su crítica habitual en términos tan intransigentes como pintorescos: «diose buena prisa Cortés, poniendo diligencia en que los indios que le había repartido Diego Velázquez, le sacasen mucha cantidad de oro, que era el hipo de todos, y así le sacaron dos o tres mil pesos de oro, que para en aquellos tiempos era gran riqueza; los que por sacarle el oro murieron, Dios habrá tenido mejor cuenta que yo». El buen Obispo, más caritativo para el indio que para el cristiano, había sido testigo de tantos malos tratos infligidos al indígena por el español ávido de oro, que daba por sentado sin previa investigación el origen criminoso de toda riqueza adquirida en las Indias. Y, sin embargo, no parece haber sido Cortés amo cruel de los indios que tenía en repartimiento. Todas sus opiniones políticas, todo su sentido económico, toda su actuación en Méjico, inclinan el ánimo a pensar que, sin ser ningún santo ni salirse desmesuradamente de la tonalidad general de la época, tenía la aversión instintiva de todo hombre superior a hacer más daño que el estricto indispensable en cada caso. En ese momento de su vida, consta un dramático episodio que parece indicar la buena opinión que de él tenían los indígenas. Había salido de Baracoa en gira de inspección de sus indios y volvía ya para la bahía en canoa cuando se levantó un fuerte viento que le hizo perder toda esperanza de llegar a tierra antes de anochecido; sobrevino la noche y se encontró no solo en el mar sino en lucha fuerte contra viento y marea, exhausto y sin fuerza para llevar su barquichuelo hacia tierra. El mar terminó por vencer haciendo zozobrar la embarcación. De este peligro mortal le salvaron unos pastores indios, y su cronista latino, siempre dispuesto a exagerar las proezas de su héroe, reconoce que debió la vida a aquellos indígenas. No parece probable que los indios se hubiesen arriesgado a salvar a un hombre que les infligía trato despiadado a ellos y a sus compañeros [\[524\]](#).

*

Esta fue para Cortés fase de crecimiento, experiencia y formación. La colonia también iba

creciendo. El Gobernador también crecía e iba adquiriendo un sentido de su propia dignidad e importancia como ápice de una sociedad autónoma de que el mar y la distancia hacían como un mundo aparte. «Cuando estaba en conversación era muy afable y humano, pero cuando era menester, y si se enojaba, temblaban los que estaban delante dél, y quería siempre que le tuviesen toda reverencia, y ninguno se sentaba en su presencia aunque fuese muy caballero» [\[525\]](#). En una palabra, Velázquez se consideraba a sí mismo y exigía que le considerasen como un Virrey o Rey local, con su Corte, sus privados y ministros, su Capitán General (Narváez), sus cortesanos y hasta su chocarrero, pues como hemos de ver más tarde en una de esas escenas llenas de vida que debemos a Bernal Díaz, Velázquez tenía un «truhán», que según la tradición de aquellos tiempos le trataba con la mayor licencia, diciéndole amargas verdades aliñadas con sal de chistes y pimienta de gracias; este truhán se llamaba Cervantes -puro capricho de la Musa de la Historia, la más socarrona de las nueve, que, bajo la máscara de una augusta gravedad, goza en permitirse tamañas jugarretas.

Es, pues, natural que Diego Velázquez moviera Roma con Santiago para asegurarse la mayor permanencia posible en cargo tan vistoso y apetitoso, pues no en vano había nacido en Castilla, donde se dice que más vale ser cabeza de ratón que cola de león. Su isla era pequeña, pero él era Rey de su isla y rico o, como también dirían en Castilla, miel sobre hojuelas. Así pues, el astuto Gobernador se puso a trabajar en la Corte por encima del Almirante Don Diego, su jefe jerárquico, el hombre además a quien debía su gobernación, a fin de hacer confirmar su propio nombramiento directamente por el Rey: «e tuvo manera e tales terceros a par del Rey Católico, con la amistad que con él tenía el tesorero de esta isla, Miguel de Passamonte, a quien se le daba un gran crédito, que aunque el Almirante quisiera remover del cargo a Diego Velázquez, no pudiera» [\[526\]](#).

Este Miguel de Passamonte era precisamente el jefe de Cortés en el servicio del Tesoro Real, dato que permite sospechar alguna relación más o menos subterránea entre las ambiciones de Velázquez y su benevolencia para con el rebelde Cortés, y hasta la posibilidad de que Cortés hubiera sido uno de los coadyuvantes de Velázquez en estas intrigas cortesanas a través de Miguel de Passamonte. El ambiente de astucia y de intriga de todo este negocio parece en efecto bastante en armonía con ciertos aspectos al menos del estilo de Cortés. Lo que no ofrece duda, es que observó todo este episodio muy de cerca y que pudo darse cuenta de sus felices resultados para el obeso y jovial Gobernador.

¿Felices? Oviedo, que relata toda esta historia, añade: «Diego Velázquez no usó de más cortesía con el Almirante Don Diego Colom, en se le quedar a su despecho con la gobernación de la isla de Cuba o Femandina, con sus cautelas y formas que para ello tuvo, de la cual usó Hernando Cortés con Diego Velázquez para le dejar en blanco y se quedar con el cargo de la nueva España». Y el honrado cronista saca esta moraleja: «Matarás y matarte han; y matarán quien te matare» [\[527\]](#).

Cortés ve fracasar a otros dos conquistadores

Hay a primera vista algo de desagradable y aun de repulsivo en esta cadena de infidelidades e insubordinaciones en que se desarrolla, al menos en sus primeros días, la conquista del Nuevo Mundo, llegando a ser hasta una especie de diseño permanente de su historia; y, sin embargo, aunque siempre valiosa como indicio del carácter de tal o cual conquistador, la insubordinación viene a revelarse como un proceso biológico mediante el cual se va extendiendo la vida europea sobre los vastos territorios indios. La célula madre de la isla Española dio de sí las células de Jamaica, San Juan o Puerto Rico, Castilla del Oro, Andalucía, Florida, Nueva España o Méjico, Perú y otras, gracias a esta tendencia del ibero a desprenderse de la autoridad central; y en su conjunto, todo ello viene a constituir un monumento impresionante del vigor que el principio monárquico tenía entonces en España, pues a pesar de las corruptelas de algunos de los altos dignatarios de la Corona, a pesar de la actitud de desvío e ingratitud de Carlos V, ni uno solo de aquellos conquistadores tan animosos como díscolos soñó en tallarse con la espada un imperio para sí mismo en las tierras distantes y vacantes que conquistaban con su propio esfuerzo.

La mayoría de las expediciones de conquista se debían a brotes de espontaneidad popular y se hallaban impregnadas de un sentido igualitario y como hoy diríamos democrático. No es que pensasen con principios democráticos. A eso no se había llegado todavía, ni falta hacía, pues la vida democrática era tan vigorosa que no había menester del apoyo de los principios ni se daba cuenta de su existencia. Yerran y pierden el tiempo los que, siguiendo a Las Casas, se imaginan que aquellas expediciones se lanzaban todas a lo ignoto y al peligro con el deseo de despojar, asesinar o captar para la esclavitud a desdichados e inermes indígenas. Brotaban directamente del ánimo de los pobladores y conquistadores y su índole dependía del

carácter de los que los habían concebido y de los que las ejecutaban: unas, lanzadas por hombres mezquinos, con la ambición estrecha de rehacer las reservas de ganado humano que en sus minas y granjerías decimaban los malos tratos, la viruela y sin duda también el dolor de la libertad perdida; otras por hombres magnánimos, en busca de honra y riqueza descubriendo nuevas tierras que, desde luego, como todas las tierras por descubrir, eran fabulosamente ricas. Es difícil imaginar hoy lo que era la imaginación de nuestros antepasados, pues la nuestra tiene ya fronteras claramente grabadas y cerradas en el mapa del conocimiento concreto, mientras la suya se abría a un continente desconocido, nunca más fascinador y preñado de promesas que durante aquellos primeros años del siglo XVI en que ya se sabía que existía pero seguía desconocido en su perfil, en su profundidad, en su naturaleza y en sus secretos. Era además el tiempo en que los libros de caballerías subían rápidamente al cénit de su popularidad, cuando desde el Emperador-Rey Carlos V en persona hasta el último de sus soldados y de sus pajes, todos los hombres y mujeres de España leían, gozaban y hasta creían las aventuras de Amadís de Gaula, de Tirant lo Blanch y de Palmerín de Oliva, los tres caballeros andantes que primero galoparon por los campos sin fin de la extravagancia.

¿Qué celaba el misterio de aquel continente que a cada conquista se revelaba más espacioso y a cada descubrimiento, más desconocido? Los hombres de aquellos tiempos no conocían límite a lo posible, como hoy lo conocemos por estar encerrados en una armazón concreta de conocimientos

generales en la que sabemos ha de encajar la naturaleza. ¿Por qué había de parecerse el Nuevo Mundo al Viejo? No solo les había llevado Colón, con su imaginación extravagante y su astuta propaganda, a esperar de las Indias una riqueza de esplendor oriental -pues el nuevo occidente era todavía una especie de super-oriente-, sino que además los hombres de aquella época estaban dispuestos a aceptar revelaciones extra, infra o sobrenaturales de toda índole, o mejor dicho revelaciones que ampliasen y transfigurasen el sentido y alcance de lo que es «natural», árboles que movían las ramas como brazos, hombres que volasen o que llevasen la cabeza en el sobaco, formas de vida no imaginadas, maravillosas o espantosas todavía ocultas al mundo viejo.

Así, en el curso de una navegación por los océanos de la fantasía, es como se descubrió la Florida. «Y entonces -cuenta Oviedo- se divulgó aquella fábula de la fuente que hacía rejuvenecer o tornar mancebos los hombres viejos: esto fue el año de mili é quinientos y doce. E fue esto tan divulgado é certificado por indios de aquellas partes, que anduvieron el capitán Johan Ponce y su gente y carabelas perdidos y con mucho trabajo más de seis meses, por entre aquellas islas, á buscar esta fuente: lo cual fue muy gran burla decirlo los indios, y mayor desvarío creerlo los cristianos é gastar tiempo en buscar tal fuente. Pero tuvo noticia de la Tierra-Firme é vídola é puso nombre á una parte della que entra en la mar, como una manga, por espacio de cien leguas de longitud, é bien cincuenta de latitud, y llamóla la Florida» [601] .

*

Todavía agitaba el epílogo de la expedición de Nicuesa a la colonia de Veragua, donde Balboa se había erguido por primera vez en silencio sobre un pico del Darién frente al ansiado Mar del Sur, premio del destino por el que el destino le iba a hacer pagar con la cabeza cuatro años más tarde, el golpe violento de su cruel suegro Pedrarias. En aquel mismo año de 1517, un puñado de hombres de los que con Balboa habían conquistado aquellas tierras, retornaban a Cuba «porque -escribe uno de ellos- no había qué conquistar, que todo estaba en paz, que el Vasco Núñez de Balboa lo había conquistado y la tierra de suyo es muy corta» [\[602\]](#). El hombre que escribía estas palabras había tomado parte en todas las expediciones organizadas para explorar y conquistar a Méjico, y sesenta años más tarde, a la edad de ochenta y cuatro, lo escribía todo con tal sencillez, sinceridad y don genial de expresión que ha quedado hasta hoy como el más grande de los cronistas españoles.

Bernal Díaz del Castillo había nacido en Medina del Campo en 1492, el mismo año del descubrimiento de América, de una familia en la cual, como él mismo lo dice con discreto orgullo, «mis antepasados y mi padre y un hermano siempre fueron servidores de la Corona Real». En 1514, porque, dice, «quise parecer en algo a ellos», se embarcó con Pedrarias para Darién, y en 1517, a su regreso a Cuba, comenzó sus aventuras en lo que había de ser Nueva España. Su carácter franco, serio, bravo, modesto pero entero, religioso y, sin embargo, irónico y sin superstición, ilumina los actos de la vida de Cortés con páginas de asombrosa vitalidad a las que acudiremos con frecuencia en busca de su verdad todavía palpitante. Escribió su relato, nos dice, porque «no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes salvo esta mi verdadera y notable relación»; pero cuando ya andaba por el capítulo XVIII vinieron a sus manos las historias dedicadas al mismo asunto por hombres tan latinos y letrados como Gomara, Illescas y Jovio, y se sintió desmayar al comparar «su policía y estas mis palabras tan groseras»; su primer impulso fue dejar de escribir, pero siguió leyendo y al ver lo que tan sabios autores escribían, «que tanto se les da poner ochenta mil como ocho mil, pues de aquellas matanzas que dicen que hacíamos, siendo nosotros cuatro cientos y cincuenta soldados, los que andábamos en la guerra, harto teníamos que defendernos no nos matasen u nos llevasen de vencida,

que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes», decidió seguir escribiendo en defensa de la verdad. No era su fuerte la gramática pero tampoco la necesitaba para hacer de su relato uno de los libros más vivos que jamás se escribieron, y tan sincero que a pesar de estar escrito en vigilante oposición contra la actitud apologética de Gomara en favor de Cortés y con los ojos siempre puestos en la fama del humilde pueblo de conquistadores que seguía las banderas del héroe, Cortés resalta todavía con mayor grandeza de las páginas de este humilde relato que de las cortesanas y pulidas de su Capellán de Cámara [\[603\]](#).

Cuenta Bernal Díaz cómo «ciento y diez compañeros de los que habíamos venido a tierra firme y de los que en la isla de Cuba no tenían indios, concertamos con un hidalgo que se decía Francisco Hernández de Córdoba, y era hombre rico y tenía pueblo de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitán, porque era suficiente para ellos, para ir a nuestra aventura a buscar y descubrir tierras nuevas para en ellas emplear nuestras personas y para aquel efecto compramos tres navios» [\[604\]](#). En estas sencillas palabras se vislumbra el proceso creador del descubrimiento y conquista. Vemos en él cómo rebosa la energía juvenil de los conquistadores en busca de actividad y de riesgo para aquella gente moza a quien pesaba la ociosidad, pues Bernal Díaz explica la expedición con estas palabras significativas: «Como se habían ya pasado tres años, así en lo que estuvimos en tierra firme e isla de Cuba, y no habíamos hecho cosa ninguna que de contar sea...» [\[605\]](#) era menester hacer cosas que fueran de contar. Pero para hacer cosas que de contar sean no bastan ciento diez jóvenes animosos. Hace falta un adalid, y en esto del adalid no acertaron hasta el tercer golpe.

Francisco Hernández de Córdoba, su primer elegido, era hombre rico, y si hemos de creer a Las Casas, tenía dos asociados que aportaron de mil quinientos a dos mil castellanos cada uno a los gastos de la expedición; ello no obstante, la mayoría de los «hidalgos y personas de calidad» que participaron en el negocio y la aventura eran pobres y tuvieron que pedirle prestado al Gobernador uno de los tres navios que reunieron. Este detalle no deja de tener su interés, pues gracias a Bernal Díaz nos permite entrever cómo se hacían -o no se hacían- las cosas en las Indias en aquellos tiempos: «El otro era un barco que hubimos del mismo Gobernador Diego Velázquez fiado con condición que primero que nos lo diese nos habíamos de obligar que habíamos de ir con aquellos tres navios a unas isletas que estaban entre la isla de Cuba y Honduras, que agora se llaman las islas de los Guanajes, y que habíamos de ir de guerra y cargar los navios de indios de aquellas islas para pagar con indios el barco para servirse de ellos por esclavos». Ya se echa de ver que Diego Velázquez procuraba resolver el problema de la mano de obra en la isla de la manera más cómoda posible para un Gobernador dado a la obesidad; pero ¿cómo recibieron su proposición aquellos soldados bravos y nada obesos? «Desque vimos los soldados que aquello que nos pedía el Diego Velázquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo manda ni Dios ni el Rey; que hiciésemos a los libres esclavos». Así aquel puñado de hombres unidos por una esperanza común de alcanzar riqueza y gloria en una conquista, constituían ya una especie de pequeña república con su opinión democrática capaz de hacerse oír y de pesar en los hechos. A pesar de su omnipotencia local, el Gobernador respetó esta opinión y ayudó a reunir los víveres, las municiones y las mercancías de rescate que necesitaban los expedicionarios, que el 8 de febrero de 1517 pudieron hacerse a la vela después de «oído misa, encomendándonos a Dios nuestro Señor y a la Virgen Santa María Nuestra Señora, su bendita madre» [\[606\]](#) .

Navegaron a su ventura, como dice Bernal Díaz, «hacia donde se pone el sol sin saber bajos, ni corrientes, ni qué vientos suelen señorear en aquella altura», guiados por el piloto Antón de Alaminos que, aunque había sido uno de los primeros compañeros de Colón, parece haberse distinguido más por su mal carácter que por su pericia. Pero, después de haber sorteado una tormenta que los sacudió

durante dos días con sus noches y una travesía sin incidente que duró diecinueve días, vieron no sola tierra, sino unas dos leguas tierra adentro, un pueblo de tal tamaño y solidez como nadie lo había visto hasta entonces en el Nuevo Mundo, y los españoles, en el colmo de la alegría, le dieron por nombre El Gran Cairo [607] .

¿Por qué el Cairo? La respuesta es clara: no era pueblo de cristianos; los que no son cristianos son infieles; los infieles son moros; y el Cairo es una gran ciudad «mora». Razón más que suficiente para unos soldados devotos de aquella nación que había luchado durante ocho siglos contra los moros y que seguía llamando mezquitas a todos los templos paganos del Nuevo Mundo.

El Gran Cairo era un pueblo grande o ciudad pequeña cerca del Cabo Catoche, en la península del Yucatán. Los indígenas acudieron en sus canoas rodeando a los tres barcos españoles y unos treinta de entre ellos subieron a bordo, donde Hernández de Córdoba los obsequió con cuentas de vidrio. Su jefe parecía deseoso de que los españoles desembarcasen para visitar la ciudad, lo que, después de alguna vacilación, terminaron por hacer, no en las canoas indígenas, como lo deseaban los naturales, sino en sus propios bateles; y con quince ballestas y diez arcabuces entraron tierra adentro, rodeados de indios. Súbitamente, cerca de unos montes breñosos, comenzó a dar voces el cacique y salieron en batalla unos escuadrones de indios que tenía en celada, atacando a los españoles e hiriendo a quince de ellos; y aun los demás lo hubieran pasado muy mal a no ser por el efecto moral de la pólvora que hizo huir al enemigo. Siguiendo adelante los españoles hasta «una placeta y tres casas de cal y canto que eran cues y adoratorios donde tenían muchos ídolos de barro unos como caras de demonios y otros como de mujeres y otros de otras malas figuras». Estaban muy contentos de haber descubierto tal tierra y mientras se batían, el clérigo que iba con ellos, para no perder el tiempo, cargó las arquillas de ídolos y oro, llevándose todo a bordo. El oro no era de mucha ley, pero en la expedición se ganó algo que valía más: dos indios que, bautizados, se llamaron Julián y Melchor, «y entrambos eran trastavados de los ojos», como si la naturaleza los hubiera predestinado a mirar a derecha e izquierda a la vez, ya que estaban llamados a ser los primeros intérpretes entre su nación y los conquistadores.

Alaminos sostenía que Yucatán era una isla. Esto de las islas había llegado a ser una verdadera manía entre los navegantes de aquellos tiempos, a comenzar por el propio Colón. Pero la flota tenía entonces otra cosa que hacer que ocuparse de Geografía. Primero vivir. Estaban sin agua dulce, a causa de la mala calidad de las pipas y vasijas que llevaban, «porque -explica Bernal Díaz- como nuestra armada era de hombres pobres no teníamos oro cuanto convenía para comprar buenas vasijas». Varias veces intentaron desembarcar para hacer pozos en la costa, pero otras tantas juzgaron prudente retirarse frente a fuerzas superiores, hasta que al fin la necesidad les obligó a arrostrar aquella batalla que venían eludiendo. Desembarcaron para llenar sus barriles y ya que estaban llenos y se iban a embarcar otra vez, vinieron del pueblo cercano unos cincuenta indios, al parecer de paz y señalando con las manos decían «castilan, castilan». Ninguno de los españoles paró mientes en el mensaje que esta palabra encubría, intuición reservada a otra inteligencia superior, como más adelante se verá. Pero por muy de paz que estuvieran los indios, ciertas ceremonias con carácter de ultimátum persuadieron a los españoles de la conveniencia de reembarcar. Al cabo de seis días navegando a vista de la costa, la sed les obligó otra vez a probar fortuna. Desembarcaron para llenar los barriles, y al alba, no sin haber observado ominosos signos de peligro, se vieron acosados a boca de jarro, al punto que del primer golpe cayeron ochenta malheridos. Hubo que batirse cuerpo a cuerpo. Hernández de Córdoba salió del combate vivo pero con diez flechazos, «corriendo sangre de muchas partes»; mataron a cincuenta e hirieron a casi todos, pues el que más y el que menos tenía dos o tres flechazos, incluso Bernal Díaz que salió con tres, «y uno de ellos fue bien peligroso en el costado izquierdo que

me pasó el hueco»; quedaron prisioneros vivos dos soldados que los indios se llevaron para sacrificar al dios de la guerra. En este trance tan grave, los españoles acordaron «con corazones muy fuertes romper por medio sus batallones» para acogerse a los bateles que tenían en la costa, y así, como mejor pudieron, asidos a los bordes y entre dos aguas medio nadando, llegaron a los navios exhaustos. La sed y las heridas, muchas de ellas en la garganta, les atormentaron en el resto del viaje; el Capitán iba tan débil que fue necesario abandonar la expedición, pero los pilotos creyeron preferible regresar por vía de la Florida donde Alaminos había estado en el viaje de descubrimiento con Ponce de León; y aunque los indios de la Florida resultaron ser apenas menos peligrosos, y aun causaron otra herida más al ya bastante perforado Bernal Díaz, los navios pudieron hacer provisiones de agua y así, no sin correr el albur usual de los mares y los sufrimientos atroces que eran cosa corriente entre navegantes en aquellos días, los españoles de Hernández de Córdoba retomaron a La Habana, si no más ricos de dinero, más ricos de fama y más todavía de esperanzas e ilusiones.

Hernández de Córdoba murió de sus heridas en Sancti Spiritus, adonde había ido desde Puerto de Carenas (como se llamaba entonces La Habana); pero cuando los navios llegaron a Santiago y se presentaron ante el Gobernador y la gente vio los ídolos y el oro, aunque bajo, «hubo gran fama dello» [608].

No tardó Diego Velázquez en armar una expedición para dejar bien sentado su derecho de prioridad como descubridor y poblador de aquellas tierras. A los dos navios que habían quedado servibles de la primera aventura, añadió otros dos de su propiedad, y aún, dice Bernal Díaz despectivamente, «cierto rescate de cuentas y cosas de poca valía y otras menudencias de legumbres»; lo grueso de los bastimentos y matalotaje de pan casabe y tocinos lo puso el Capitán de cada uno de los barcos; pero, además, cada uno de los doscientos cuarenta soldados que se alistaron, al sueldo de «casas de cal y canto» y de oro, puso también de su bolsillo, víveres, armas y municiones. Aquí también observamos el carácter hondamente democrático de la empresa, tan típico de toda la vida española de aquel tiempo, y como toque final de color castizo, he aquí un delicioso detalle que nos transmite Oviedo: «El principal rescate que los cristianos llevaban era muy buen vino de Guadalcanal; porque desde el primero viaje hecho por Francisco Fernández se había sabido que los indios de aquella tierra son inclinados á ello y lo beben de grado. Y no digo solamente en aquella tierra, pero en las más partes de las Indias que están descubiertas, donde una vez lo han probado, lo desean estas gentes más que cosa alguna que los cristianos les pueden dar; é lo beben hasta caer de espaldas, si tanto se les diere» [609].

Todos los tres capitanes que iban mandando los barcos habrían de figurar más tarde como protagonistas en la histórica aventura de Cortés y como tales los tres han merecido sendos retratos de la pluma de Bernal Díaz. El primero, Pedro de Alvarado: «sería de obra de treinta y cuatro años cuando acá pasó; fue de muy buen cuerpo y bien proporcionado y tenía el rostro y cara muy alegre é en el mirar muy amoroso y por ser agraciado le pusieron por nombre los indios mejicanos Tonatio, que quiere decir el sol. Era muy suelto é buen jinete y sobre todo ser franco y de buena conversación y en vestirse era muy polido y con ropas costosas é ricas. Traía al cuello una cadenita de oro con un joyel y un anillo con buen diamante». El segundo, Francisco de Montejo: «Fue algo de mediana estatura y el rostro alegre y amigo de regocijos e hombre de negocios y buen jinete e cuando acá pasó sería de treinta y cinco años y era franco y gastaba más de lo que tenía de renta». El tercero, Alonso Dávila «era de buen cuerpo y rostro alegre y en la plática, expresiva, muy clara y de buenas razones y muy osado e esforzado. Sería de hasta treinta y tres años cuando acá pasó e tenía otra cosa, que era franco con sus compañeros, mas era tan soberbio e amigo de mandar e no ser mandado y algo

invidioso e era orgulloso y bollicioso» [\[610\]](#). Cadauno de estos tres hombres, pintados tan a lo vivo por Bernal Díaz, mandaba un barco de los cuatro. El cuarto iba a las órdenes directas del Capitán General de la expedición, un deudo de Velázquez que se llamaba Juan de Grijalba.

Las Casas parece haber sentido cierta predilección por este Capitán, figura anhelante y bondadosa pero algo deficiente, aunque de sumo valor personal: «Era gentil mancebo de hasta veintiocho años», nos dice, añadiendo que en la ocasión a que se refiere «estaba vestido de un sayón de un carmesí-pelo, con lo demás que al sayón respondió, cosas ricas». En cuanto a sus condiciones morales, dice Las Casas que «era de tal condición de su natural que no hiciera, cuanto a la obediencia y aun cuanto a humildad y otras buenas propiedades, mal fraile. Yo lo conocí e conversé harto y entendí siempre del ser a virtud y obediencia, y buenas costumbres inclinado y muy sujeto a lo que los mayores le mandasen» [\[611\]](#).

Terminados los preparativos de Santiago de Cuba, capital entonces de la isla, benditas las banderas, reconciliados unos con otros y todos con Dios, oída la misa del Espíritu Santo, la tropa desfiló hacia el puerto para embarcar al son de pífanos y tambores. Velázquez, pese a su obesidad hizo el sacrificio de acompañarles, y en el muelle, después de un abrazo a cada uno de los capitanes, dirigió a la tropa una alocución que, de creer a Cervantes de Salazar, tomó la forma siguiente: «Señores y amigos míos, criados y allegados: antes de ahora tendréis entendido que mi principal fin y moth vo en gastar mi hacienda en semejantes empresas que esta ha sido el servir a Dios y a mi Rey natural, los cuales serán muy servidos de que con nuestra industria se descubran nuevas tierras y gente, para que con nuestro buen ejemplo y doctrina, reducidas a nuestra santa fe, sean del rebaño y manada de los escogidos. Los medios para este tan principal fin son: hacer cada uno lo que debe, sin tener cuenta con ningún interés presente, porque Dios, por quien acometemos tan arduo y tan importante negocio, os favorecerá de tal manera que lo menos que os dará serán bienes temporales». Algunos de los soldados, «señores, amigos, criados y allegados», que oyeron esta oración cambiarían guiños y sonrisas, sobre todo los que sabían que las instrucciones de Velázquez a Grijalba consistían en «que rescatase todo el oro y plata que tuviese, y si viese que convenía poblar o se atrevía a ello, poblase y si no que se volviese a Cuba» [\[612\]](#).

Así animados por las palabras del Gobernador, la armada salió de Santiago el 25 de enero, «no sin lágrimas de los que quedaban y de los que se despedían, con gran ruido de música y tiros que dispararon de los navios», bogando por la costa norte hasta Matanzas, puerto más importante entonces que La Habana, donde se proveyeron de pan casabe y carne de puerco, pues entonces, como apunta Bernal Díaz, no había todavía ni vacas ni carneros. Siguieron de allí viaje a San Antón, extremo occidental de la isla, también llamado por su nombre aborigen de Guaniguanico, donde, «después de haberse todos confesado, se tresquilaron las cabezas, que fue la primer vez que los españoles lo hicieron en las Indias, porque antes se preciaban de traer coletas. Hicieron esto porque entendieron que el cabello largo les había de ser estorbo para la pelea» [\[613\]](#).

El primero de mayo comenzaron su travesía definitiva. A los tres días, dieron vista a la isla de Cozumel, a lo largo de la costa oriental de Yucatán. Juan de Grijalba y sus tres capitanes desembarcaron, pero al tiempo que los bateles tocaron tierra, el Capitán General, deteniendo con el gesto a sus tres subordinados, saltó a tierra solo, «hizo una oración breve y secreta a Nuestro Señor», y finalmente, con gran solemnidad y a banderas desplegadas, declaró que «en nombre de los muy altos e muy poderosos serenísimos e católicos, la reina doña Juana y el rey don Carlos, su hijo, nuestros señores, reyes de Castilla y de León e para su Corona real de Castilla tomaba e aprehendía, e tomó e

aprehendió la posesión e propiedad e señorío real e corporalmente de aquella Cozumel, e de sus anexos, e tierras e mares e todo lo demás que le pertenece o pertenecer podría. E hizo su auto de posesión en forma, según lo llevaba ordenado, sin contradicción alguna» [\[614\]](#).

No vieron ni un indio. Todos habían huido, y aunque de aquí y de allá, poco después, aparecía de cuando en cuando una canoa, parlamentaba y desaparecía otra vez, Grijalba no parece haber podido o querido llegar a relación alguna, pacífica o bélica, con los indígenas de Cozumel, que acabó por dejar atrás en su deseo de explorar a Yucatán.

Diéronle vista al fin el viernes día 7, muy ufanos al divisar racimos de casas de cal y canto y hasta «un pueblo o más bien aldea tan grande que la ciudad de Sevilla no parecería mayor ni mejor y se veía una torre muy grande en él» [\[615\]](#). Pero Grijalba no permitió que el revuelo entre sus compañeros viniese a turbar su táctica cautelosa y en plena calma decidió retornar a Cozumel en busca de agua, de que andaban escasos. Sin duda le rondaba en el ánimo la desastrosa aventura de su predecesor Hernández de Córdoba, recordada al observar signos inquietantes de hostilidad y aun preparativos de guerra entre los indios, en particular la aparición sospechosa de frecuentes hogueras en puntos prominentes de la costa. Le preocupaban además a la sazón la alteración y el desafecto que observaba en su propia gente. Había dictado instrucciones severas sobre el modo de tratar con los indios, en un sentido restrictivo que centraba en él la dirección y monopolio de todas las negociaciones que se hicieren y que imponía severa disciplina a toda la armada -nociones que, por muy justas que fuesen, eran odiosas para aquellas tropas aventureras e igualitarias-. Su piloto Alaminos había reclamado el derecho de regir con autonomía todo lo concerniente a la navegación, a lo que Grijalba se avino con harta mansedumbre. Una mañana, el martes 11 de mayo, el Capitán General se dio cuenta de que le faltaba una carabela; temió al principio que hubiese varado; pero cuando, en el batel de su propio navio, fue en persona a cerciorarse de lo ocurrido, halló que la carabela se había retrasado para recoger a un cristiano que llevaba dos leguas siguiendo la costa a vista de la flota. El «cristiano» resultó ser una india de Jamaica, «de buen parecer», apunta Bernal Díaz sesenta años más tarde, con el recuerdo de sus veinte todavía fresco en su alma rozagante. Esta india les dijo que prefería los cristianos a los indios de Yucatán, donde venía viviendo desde que había ido a parar a aquellas tierras por haber dado al través una canoa de pesca con otros indios jamaicanos que los de Yucatán habían sacrificado a sus ídolos. Este episodio hizo subir de punto la cautela natural de Grijalba, sobre todo al informarle la india de que los de Yucatán habían desaparecido todos de aquella región. Cauto, Grijalba no era, sin embargo, ningún cobarde, y al ver una torre blanca en relieve sobre el azul del cielo, concibió la idea de celebrar misa en aquella «mezquita». Desembarcaron, pues, y Grijalba con sus hombres se puso en marcha hacia la «mezquita»; pero el cura, aunque debidamente avisado, se había olvidado de traer los ornamentos para el culto y Grijalba «riñóle con más cólera de la que fuera razón, diciéndole algunas palabras ásperas que a todos los de la compañía pesó y pareció mal». Como había buenos pozos cerca, Grijalba decidió acampar. Los indios entonces se acercaron y requirieron repetidamente a los españoles que se marcharan de la tierra, sin aceptar las reiteradas seguridades de Grijalba que les hablaba de paz y amistad y de una mera estancia temporal para hacer provisiones de agua. Agotada la paciencia de los naturales, presentaron a los españoles un ultimátum simbólico, encendiendo frente al campamento un brasero de gomas olorosas y explicando que en cuanto aquel fuego se hubiera extinguido comenzaría el ataque contra los intrusos. Resuelto a no dejarse rezagar en materia de simbolismos y solemnidad, Grijalba convocó al escribano público de la flota y requirió oficialmente a los indios que le dejasen acabar de tomar agua, «pues era cosa que ninguna nación la podía negar a otra no habiendo precedido enemistad». Pero ya se había apagado el brasero y los indios contestaron al requerimiento con una rociada de flechas. Hubo que dar

la batalla, que fue sangrienta por ambas partes. Los españoles tuvieron siete muertos y sesenta heridos, entre ellos el Capitán, pues, a causa de las palabras ásperas que había dirigido al clérigo el día anterior, «parece que permitió Dios que [...] le dieron un flechazo en la boca que le derribaron tres dientes, y a no llevar cerrada la boca, como él confesó, le pasara la flecha». ¿Qué hubiera ocurrido si, en lugar de haber abierto la boca sin intención, lo hubiera hecho para pronunciar todavía más palabras ásperas contra el clérigo? Aterra pensarlo. Pero, desde luego, Grijalba sabía comprender una indicación y así «entendiendo él que había sido por su pecado, como públicamente había afrentado al sacerdote, así públicamente, dando ejemplo de hombre arrepentido, le pidió perdón» [\[616\]](#). Esta abnegación le hizo recobrar bastante crédito entre su gente para que le sugiriesen que, ya que estaba tan malherido, se retirase en su navio con los demás heridos graves, mientras el resto de la armada entraría a saco en la ciudad indígena para hacerles el mayor daño posible. Agradecido, Grijalba rechazó esta proposición tan ventajosa, declarando «que él no venía a vengar injurias ni a pelear con los indios, sino a descubrir aquella tierra para que [...] se plantase la fe católica». Dicho lo cual, delante del omnipresente escribano, tomó posesión de aquella tierra, embarcó sus tropas y la dejó - para otro más fuerte y más grande que él.

Iba así siguiendo la costa del norte y del oeste de Yucatán, todavía dudoso de si era isla o no. La bahía aun hoy conocida con el nombre de Puerto de Términos atestigua con este nombre el error pertinaz del piloto Alaminos, para quien Yucatán era una isla que terminaba precisamente en aquel lugar. Pero la flota seguía mar adelante y Yucatán, pese a Alaminos, seguía también, y así descubrieron a Tabasco, donde desde las carabelas oían el ruido que hacían los naturales cortando madera para hacer fortalezas y palizadas a fin de resistir a los intrusos si se aventurasen a desembarcar [\[617\]](#). A pesar de este y de otros síntomas hostiles, Grijalba decidió ir a tierra. Fuertes contingentes indígenas observaban la operación desde sus canoas, con banderas y atambores. Pero el Capitán español, sinceramente deseoso de evitar sangre, fue atrayéndose gradualmente a los guerreros, enseñándoles cuentas verdes, espejuelos, «diamantes azules» y otras maravillas de la civilización cristiana; y cuando hubo reunido un auditorio que estimó suficiente, les explicó por las lenguas Julianillo y Melchorejo (los indios «trastavados» que había aprehendido Hernández de Córdoba) cosas tan evidentes como que él y sus hombres «venían de lejos tierras y eran vasallos de un gran Emperador que se dice Don Carlos, el cual tiene por vasallos a muchos grandes señores y caciques, y que ellos le deben tener por señor, y que les iría muy bien en ello»; mensaje extraño en sí, pero mucho más extraño sin duda en la forma en que llegaría a los asombrados indígenas a través de las dos lenguas trastavadas. Mas si las palabras de los intrusos eran oscuras, sus actos eran claros, y así los indígenas, después de haber afirmado que como ya tenían un señor no necesitaban otro, manifestaron a los españoles que estaban dispuestos a batirse si no los dejaban en paz. Hubo paz y hasta intercambio de ofrendas y los naturales explicaron a los españoles que, aunque ellos tenían poco oro, había más en Culúa, nombre que designaba la altiplanicie de Méjico. Grijalba decidió entonces hacerse otra vez a la vela «porque estaban a mucho peligro los dos navios, por temor del norte, que es travesía y también por acercamos a donde decían que había oro» [\[618\]](#).

Estaban en el mes de junio, en los trópicos, y una mañana, al entrar en una ancha bahía para explorarla, sus ojos atónitos contemplaron las nieves eternas sobre las alturas de la cordillera. Por esta señal infalible se dieron cuenta de que habían descubierto un país muy vasto. Pronto vino otra señal, no de espacio sino de fuerza y riqueza, a aumentar su asombro y su alegría: en la boca de un río vieron una flota de canoas abarrotada de indios y vistosamente engalanada con grandes banderas de algodón que pendían de altos mástiles. El Capitán envió una fuerza al mando de Francisco de Montejo, que los indígenas recibieron con cortesía. Decidió entonces Grijalba desembarcar, viéndose recibido con

no menos afabilidad, y regalado con excelente comida y ceremonias casi religiosas, acogida que los indios coronaron con generosos presentes de oro. Pero Grijalba volvió a embarcarse otra vez, sin darse cuenta del significado de lo que le había ocurrido: con todo aquel ceremonial, los enviados de Moteczuma, encargados de vigilar y estudiar la expedición para ellos tan extraña, tomaban apuntes y observaciones de su conducta para informar al Emperador de Méjico sobre la fuerza e intenciones de los extranjeros.

Estos enviados mejicanos tenían instrucciones basadas en la hipótesis de que aquellos hombres blancos y barbudos eran la vanguardia de Quetzalcoatl. Solo así puede interpretarse de un modo razonable el extraño interludio de paz, de buena acogida y humildes pero insistentes ofertas por parte de los naturales, en tan notable contraste con la actitud de constante desafío y resistencia armada en que se colocaron antes y después. Al desembarcar Grijalba, cuenta su Capellán, los indios «le trajeron muchos ramos verdes para que se sentasen, y así todos con el capitán se sentaron; e incontinentemente le trajeron cañas de perfume parecido al estoraque y al benjuí y luego le trajeron de comer, mucho maíz molido [...] y tortas y empanadas de gallina muy bien hechas»; y entonces, ¡oh ironía!, aquel dios extranjero, a quien se ofrecía alimento ritual, se abstuvo porque su propia religión se lo prohibía en aquel día: «y por que era Viernes, no se probaron», caso curioso si los hay de un cruce de dos cultos que no se entienden. Continúa nuestro Capellán: «e incontinentemente trajeron muchas mantas de algodón muy bien pintadas de diversos colores, y nos quedamos allí diez días y los indios todas las mañanas antes del alba estaban ya en la plaza haciendo enramadas para que estuviésemos a la sombra, y si no veníamos pronto se enfadaban con nosotros, pues nos tenían muy buena voluntad y nos abrazaban y nos hacían gran fiesta [...] y el cacique trajo a nuestro capitán como presente un mancebo de unos veintidós años y él no quiso aceptarlo [...] al tiempo que nos partimos, los dichos indios nos abrazaron y lloraban porque nos íbamos y trajeron al capitán una india tan bien vestida que, de brocado, no pudiera estar más rica» [\[619\]](#). Aquellas mantas pintadas de diversos colores eran los libros y memoriales de los mejicanos en los que los enviados de Moteczuma habían anotado los hechos de la vida mejicana, quizá las tradiciones y profecías especiales que se referían a Quetzalcoatl, pues tenían perfecto derecho a pensar que aquellos hombres blancos y barbudos, de ser la vanguardia del dios de los vientos, tendrían que reconocer su historia al verla pintada sobre el lienzo. La reacción de los españoles fue lamentable: «el capitán les dijo que no queríamos más que oro» [\[620\]](#). Aquel dios les parecería a los mejicanos de fácil composición, acostumbrados como estaban a ofrecer a la deidad corazones humanos todavía palpitantes. Con gran diligencia se aplicaron a recoger la mayor cantidad de oro para los dioses blancos, a pesar de que habían resultado unos analfabetos ante sus pinturas de historia sagrada. Pero es evidente que la situación se prestaba a resultados más brillantes que los que Grijalba estaba capacitado para obtener de ella.

El hecho es que Grijalba había perdido la marea. Se le había podrido el pan a bordo; los más de sus hombres estaban agotados o heridos y los que le quedaban sanos no eran bastantes para poblar aquella tierra, de seguro muy vasta. Tenía bastante oro a bordo para impresionar al Gobernador. Pensó en volverse, pero decidió solo enviar a Alvarado a Velázquez para que trajese refuerzo, decisión que parece haber sido debida a una especie de transacción con los que deseaban que la expedición entera regresase a la Española, pues a pesar de las acusaciones de Gomara, consta por el testimonio de Bernal Díaz que Grijalba «siempre mostró ánimo de muy valeroso y esforzado capitán»; y además, después de haber despedido a Alvarado, navegó a lo largo de la costa hasta que el piloto Alaminos se negó a seguir y tanto Dávila como Montejo se manifestaron opuestos a su deseo de poblar. La aventura había perdido su espíritu. Bien es verdad que los españoles habían contemplado recientemente espectáculos espantosos: muchachos todavía palpitantes a las puertas de la muerte, con el pecho acuchillado y el

corazón arrancado en ofrenda al dios de la guerra; huesos, cadáveres, sangre, todo el aparato siniestro del culto azteca que llenaban sus almas, nada tiernas, de compasión y de horror; pero, como los acontecimientos iban a demostrar, no eran hombres para arredrarse por temor a tales escenas ni a lo que implicaban en la nación que tenían en frente. Lo que les faltó entonces, no fue corazón sino la cualidad sui generis que hace de un jefe un adalid.

La tierra iba todavía a intentar retenerles con dos portentos: los indios de Coatzacoalco y distritos cercanos solían llevar al cinto y manejar unas hachuelas muy vistosas y doradas; los españoles rescataron unas seiscientas, encantados a la idea de que aunque el oro no era muy fino había mucho en cada hachuela, aparte de que tierra en que se usaba el oro para hacer hachas, por fuerza tenía que ser fabulosamente rica. La otra señal fue todavía más concreta: «En este día -escribe el Capellán- ya tarde vimos un milagro muy grande, el cual fue que apareció una estrella encima de la nave, después de tramontar el sol, y se partió siempre echando rayos hasta que se posó sobre el pueblo grande y dejó una estela en el aire que duró más de tres horas; y todavía vimos otra clara señal para que comprendiésemos que Dios quería para su servicio que poblásemos la dicha tierra» [\[621\]](#). Pero ninguna de estas señales tuvo eficacia. Sea porque, como afirma Las Casas, tenía órdenes de no poblar o porque no tuvo fuerza para resistir la oposición de Dávila y de Montejo, como sostiene Bernal Díaz, Grijalba no supo aprovechar la ventaja que le daba su esfuerzo y se volvió a Cuba envuelto en esa luz crepuscular de los que no han alcanzado el éxito ni han caído en el fracaso: «le faltó ventura para señorearse de aquella tierra» [\[622\]](#).

Segunda parte. Cortés concibe la Conquista

Cortés alcanza el mando

Adentras Grijalba iba y venía, jugueteando con su sino, como suelen hacer los más de los humanos, Velázquez cavilaba sobre la flota ausente más de lo que un hombre obeso puede soportar, pues la preocupación prefiere el cuerpo del hombre enjuto donde puede ir derecha como un huso sin verterse, como en el del obeso, de aquí y de allá. Al fin, incapaz de aguantar más tanta cavilación sin hacer nada, y como era muy pródigo con el esfuerzo de los demás, decidió enviar una carabela para averiguar el paradero de Grijalba. Al mando de esta segunda expedición nombró a un hidalgo llamado Cristóbal de Olid, que por estar llamado a desempeñar importante papel en la conquista, lo estaba también a que Bernal Díaz trazase de él uno de sus magistrales retratos: «si fuera tan sabio y prudente como era de esforzado y valiente por su persona así a pie como a caballo, fuera extremado varón; mas no era para mandar sino para ser mandado, y era de edad de hasta de treinta y seis años y natural de cerca de Baeza o Linares y su presencia e altor era de buen cuerpo, muy membrudo y grande espalda, bien entallado e era algo rubio e tenía muy buena presencia en el rostro y traía en el bezo de abajo siempre como hendido a manera de grieta. En la plática hablaba algo gorda y espantosa y era de buena conversación y tenía otras buenas condiciones de ser franco» [701] .

El Gobernador le dio por instrucciones que siguiese el rumbo de Hernández de Córdoba hasta encontrarse con Grijalba, pero el viento no fue de la misma opinión y frente a la costa de Yucatán se opuso con tal persistencia al avance de la carabela que tuvieron que cortar los cables y abandonar las anclas. Olid decidió regresar a Cuba. Por tercera vez un Capitán español probaba fortuna en la aventura de Méjico y tenía que dejarla a aquel para quien estaba destinada [\[702\]](#).

Ya había llegado a Santiago Pedro de Alvarado con los heridos y también con el oro, mucho aunque no fino; y como no era oro en barras sino en joyeles, algunos de primorosa ejecución, asombró a la colonia, dando nuevo impulso a las alas de la fama que ya designaba a la «isla» de Yucatán con el nombre de la Rica Isla. Velázquez manifestó su agrado con justas públicas y torneos de cañas; pero mientras el pueblo se divertía, no perdía él de vista su negocio: era necesario adelantarse a todo aquel que pudiera hurtarle las bendiciones en la Corte. La precaución no tenía nada de superfluo. El Rey, mozo inexperto, recién llegado de Flandes a sus reinos españoles, sin conocimiento de la lengua castellana, con más buen deseo que acierto para hacerlo eficaz, andaba distribuyendo con mano más que generosa los cargos más esplendentes del Estado y de la Iglesia a toda una hueste de amigos flamencos que con él habían llegado, dando la medida de su pasmosa ignorancia de la grave España al entregar frívolamente la rica pero venerable sede de Toledo, vacante por la muerte del gran Cisneros, a un mancebo de diecinueve años, sobrino de su Canciller flamenco. Y si Toledo, ¿por qué no Yucatán? En efecto, andaba por la Corte un ansioso potentado que, a pretexto de que era Almirante de Flandes, obtuvo del Rey la concesión de la «isla» de Yucatán «como si le hiciera merced de alguna dehesa para meter en ella su ganado». El tal Almirante, después de haber consultado a Las Casas durante una comida («que era manera y uso de flamencos cuando querían negociar»), trajo de Flandes cinco barcos cargados de campesinos para poblar a Yucatán, desembarcándolos en Sanlúcar donde, con el tiempo, se fueron muriendo los que no retomaron a su patria arruinados, porque Don Diego Colón, oportunamente avisado por Las Casas, hizo valer sus derechos, manteniendo que en las Indias no había más Almirante que el hijo de su padre con título para poblar la tierra y para arruinar o matar

gente en ella [703] .

Conocedor de estos o parecidos hechos, Velázquez envió a su Capellán Benito Martín como delegado suyo a la Corte del Rey Don Carlos, entonces en Barcelona. Acababa de ser elegido Don Carlos Emperador de Alemania, no sin fuerte sangría de sus súbditos castellanos para comprar a sus electores alemanes. La noticia de estos descubrimientos lejanos debió de parecerle al pronto algo remota de sus preocupaciones inmediatas, pero cuando el clérigo comenzó a sacar del arca pieza tras pieza del oro que Alvarado había traído a Cuba, es seguro que el corazón del Rey comenzaría a palparle con mayor emoción, pues se hallaba hartado de dineros por ser el Rey, aunque más poderoso, más necesitado del mundo. El clérigo supo aprovechar la ocasión y obtuvo para su jefe el título de Adelantado y para sí el de Abad de la Rica Isla [\[704\]](#).

Proseguía pues Velázquez con tesón su política de sacudirse la autoridad del Almirante Don Diego Colón, de quien teóricamente dependía el nombramiento de Yucatán no menos que el de Cuba. Pero en el mismo momento en que alcanzaba estas victorias sobre el Almirante, otro Gobernador de ultramar y navegante en Corte conseguía adelantársele en su avance por los mares de la intriga. Francisco de Garay, Gobernador de Jamaica, que había sido uno de los primeros compañeros de Colón, so pretexto de haber enviado una expedición exploradora a Pánuco, en la costa norte de Yucatán, siguiendo la estela de Grijalba, solicitó y obtuvo del aturdido Emperador el título de Adelantado de aquellas tierras, tan vagamente descritas como conocidas, que Carlos V le concedió el mismo año de 1519, cuando todavía se hallaba en Barcelona. Así se iban sembrando las semillas de los desórdenes que habían de hacer todavía difícil la ardua tarea de Cortés y más asombroso su éxito [\[705\]](#).

Entretanto Grijalba no daba señales de vida ni Olid tampoco, y volvía a renacer la inquietud de Velázquez. El perfil de los acontecimientos se esfuma un tanto aquí, en parte por las lagunas que presenta la memoria de Bemal Díaz, en parte también porque documentos y relatos ocultan tanta verdad como la que refieren. Dice Bernal Díaz: «Después que llegó a Cuba el Capitán Juan de Grijalba, y visto el Gobernador Diego Velázquez que eran las tierras ricas, ordenó de enviar una buena armada muy mayor que las de antes». Pero las instrucciones de Velázquez al Capitán General de esta armada -Hernán Cortés en persona- prueban que Bemal Díaz está en el error. El texto de estas instrucciones demuestra sin disputa alguna que Velázquez organizó esta expedición antes del regreso de Grijalba y del de Olid y, al menos en apariencia, para ir a socorrerlos del peligro en que se les suponía. En apartado 15 de estas instrucciones, Velázquez da a Cortés la orden de averiguar dónde andan la armada de Grijalba y la carabela de Olid. Por otra parte, es menester leer todo este documento con suma cautela, insertándolo en el contexto psicológico en el que fue redactado. En mi opinión, se trata de un papel diplomático y solapado que cela más de lo que dice, como lo prueba el hecho de que la armada para la que fue redactado, aunque ostensiblemente organizada para ir a buscar a Grijalba y a prestarle auxilio, se hizo a la vela cuando ya Grijalba había regresado, reforzada con cuatro de los navios que traía y con la mayoría de sus hombres, entre ellos el inestimable Bemal Díaz [\[706\]](#).

De no considerar este documento como una mera pantalla, sería difícil explicar el hecho apuntado así como otros rasgos extraños que presenta la histórica expedición. Hay, dicho sea de pasada, en las instrucciones un detalle pintoresco que bastaría para revelar el grano de sal con el que las dictó Velázquez a su escribano público Escalante: la segunda de las instrucciones que Cortés, el donjuanesco Cortés, recibe de Velázquez (padrino de su hija natural) reza como sigue: «ítem, porque

más cumplidamente en este viaje podáis servir a Dios Nuestro Señor, no consentiréis ningún pecado público, así como amancebados públicamente, ni que ninguno de los cristianos de vuestra compañía haya acceso ni coito camal con ninguna mujer fuera de nuestra ley, porque es pecado a Dios muy odioso y las leyes divinas y humanas lo prohíben; y procederéis con todo rigor contra el que tal pecado o delito cometiere, y castigarlo heis conforme a derecho por las leyes que en tal caso disponen». Muy dueño de sí era Cortés, pero no es probable que leyese esta instrucción sin que una sardónica sonrisa le rizase no solo el labio sino la cicatriz que en el labio llevaba de cuando andaba «en aquellas cuestiones» [\[707\]](#).

Los fines expresos de la expedición eran: hallar a Grijalba y a Olid; encontrar a seis cautivos cristianos que se creía vagamente haber quedado en manos de los naturales en un lugar no designado ni conocido, quizá como epílogo del desastre de Nicuesa; explorar la tierra e inquirir todas las noticias que pudieran haberse sobre sus habitantes, animales, plantas y riqueza mineral, sin olvidar el oro; informarse «de otras islas y de la manera y calidad de la gente della; e porque diz que hay gente de orejas grandes y anchas y otras que tienen las caras como perros, y ansí mismo dónde y a qué parte están las amazonas, que dicen estos indios que con vos lleváis que están cerca de allí»; inquirir «si los naturales de las dichas islas o de algunas dellas tengan alguna secta o creencia o rito o ceremonia en que ellos creen o adoran, o si tienen mezquitas o algunas casas de oración o ídolos o otras semejantes cosas, y si tienen personas que administren sus ceremonias, así como alfaquís o ministros»; y desde luego rescatar oro y plata y averiguar dónde se hallaba y extraía. En cuanto a poblar, es cosa sobre la que han discutido largamente partidarios de Velázquez y partidarios de Cortés. Pero aquí el documento es oscuro, quizá adrede. No existe instrucción alguna que pueda interpretarse como una orden concreta ni de poblar ni de no poblar. Cortés tomará posesión «de todas las islas que se descubriesen [...] ante vuestro escribano y muchos testigos [...] con toda la más solemnidad que se pueda»; se le recomienda la mayor cautela y vigilancia en aceptar invitaciones de desembarco y se le prohíbe que autorice a los naturales a mezclarse con los españoles, aunque ha de hacer lo posible para que acepten la fe cristiana y se hagan vasallos de la Corona de Castilla. Estas instrucciones permitían a Cortés considerarse ya como limitado a explorar y rescatar, ya como autorizado a desembarcar y poblar, según le conviniera sobre el terreno. Además, en virtud de una cláusula general se le autoriza para tomar cualquier decisión que crea conveniente «como más al servicio de Dios Nuestro Señor e de Sus Altezas convenga», con tal de que se atenga a las instrucciones y busque el consejo «de algunas personas prudentes e sabias de los que con vos lleváis, de quien tengáis crédito e confianza» [\[708\]](#).

La vaguedad de este documento y hasta su estilo escurridizo hacen sospechar que se debe a la colaboración de varias plumas con varias intenciones, no todas en armonía mutua. Hay que tener en cuenta: primero, Velázquez, temeroso de que Grijalba u Olid se le hubiesen alzado con la conquista de la fabulosa Yucatán. El ladrón se cree que todos son de su condición, dice nuestro proverbio, y Velázquez sabía perfectamente cómo se desprende uno del jefe jerárquico a quien debe el propio cargo, por haber aplicado el método más de una vez para con Don Diego Colón. Su primera idea al organizar la flota que había de mandar Cortés debió de ser sin duda salir al paso de esta posible maniobra, ya de Grijalba ya de Olid. Después, el propio Don Diego Colón: no le faltaban amigos ni en Cuba, ni en la Española, ni en la Corte. Era, pues, necesario presentar las cosas de modo que los privilegios de tan prepotente señor apareciesen respetados o por lo menos no descaradamente invadidos. Estaba a la sazón Don Diego en España y el Gobierno de la Española, con el de las Indias en general, se hallaba confiado a una junta de tres frailes Jerónimos residentes en Santo Domingo [\[709\]](#). Diego Velázquez solicitó de los tres frailes el permiso necesario para explorar y rescatar en Yucatán, y nada más [\[710\]](#). Pero esto no quiere decir que porque Velázquez no hablase de poblar tampoco

pensase en poblar, y sabemos por Bemal Díaz que mientras las instrucciones callaban discretamente esta intención, la propaganda hecha para reclutar gente la anunciaba a voz en grito. Y aún hay más: el propio Velázquez, en carta dirigida el 17 de noviembre de 1519 a Rodrigo de Figueroa, a la sazón Gobernador interino de la Española y de las Indias, quejándose de la insubordinación de Cortés, escribe: «Porque yo pensaba traer todas las gentes de aquellas partes en el conocimiento de nuestra santa fe y ponerlas debajo la real Corona con el menos mal y detrimento dellas que posible fuese» [711]. Pero ¿por qué callar en el documento lo que se pregonaba en la isla? Fácil es contestar a esta pregunta: los títulos legales de Velázquez para poblar en Yucatán no eran muy fuertes; solo adquirirían solidez al serle otorgado el título de Adelantado en Barcelona a principios del verano de 1519; mientras que, por otra parte, solo anunciando audazmente que se iba a poblar era posible reclutar bastantes soldados y capitanes, cuya ambición no hubiera satisfecho una mera expedición de comercio y rescate ni se hubiera contentado con menos de la honra y riqueza que esperaban de una expedición de conquista y colonización.

Y por último, Cortés. Por curioso que parezca, ninguno de sus biógrafos o críticos, que yo sepa, ha planteado este problema de su vida: ¿por qué permaneció pasivo durante aquellos años en que Hernández de Córdoba y Grijalba probaban fortuna y fracasaban allí donde él iba a triunfar? Las cosas que se aceptan tácitamente en la vida de los grandes hombres constituyen uno de los rasgos más curiosos de la historia. Cortés tenía entonces treinta y tres años; era vigoroso, próspero, sano de cuerpo y de ánimo, influyente, Alcalde de Santiago, uno de los prohombres de la isla. De su impulso vital, de su espíritu de empresa, de su imaginación, de su don de gentes, de su don de mando, nadie puede dudar. ¿Vamos a creer que todas estas cualidades le brotaron súbitamente al darle Velázquez el mando de la armada? La abstención en un hombre como Cortés no es más que otra de las formas que en él toma la acción, forma tan positiva y deliberada como la acción misma. Hombres de su edad, capitanes como Alvarado, Olid, Dávila y Montejo, que dos años más tarde han de servir a sus órdenes, andaban ya mandando atrevidas carabelas en aguas de Yucatán. ¿Hemos de creer que Cortés entretanto permanecía bañado en mera indolencia, ausente de espíritu y de voluntad, incapaz de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos? Sabemos que en su juventud había hecho propósito de acompañar a Ojeda y a Nicuesa. ¿Cómo vamos a creer que en su edad madura dejase de hacer propósito de acompañar a Hernández de Córdoba, a Grijalba o a Olid por mera desidia, pereza o distracción? No hay hombre en toda la historia de España con propósito más firme ni mirada más larga que Cortés. La conquista de Yucatán ha debido de ser objetivo secreto de su ambición desde el regreso de la primera expedición fracasada, y su negativa tácita participar en las aventuras de Grijalba y de Olid basta para indicar que prefirió reservarse para cuando llegase su hora.

Bien sabía él qué clase de hombres eran estos que probaban fortuna en la Rica Isla -Hernández de Córdoba, Grijalba, Olid...-. Excelente catador de hombres, colocado en el ápice del mundo oficial de lo que, al fin y al cabo, era una colectividad humana reducida donde todo el mundo conocía a todo el mundo, de seguro tenía opiniones concretas y bastante acertadas sobre el valor del personal disponible para la conquista. La conclusión se impone, por consiguiente, que permaneció deliberadamente en la sombra, reservando sus energías, su influencia y sus amigos para el momento en que todos aquellos exploradores fracasados le hubiesen abierto la brecha hacia el triunfo que solo él era capaz de alcanzar.

A buen seguro que nadie podía entonces adivinar las gigantescas dimensiones de la empresa; pero, como iban a probarlo los acontecimientos, había en Cortés tales tesoros de energía latente y de fuerza de voluntad que aun entonces debió sentir la impaciencia hervirle en el alma al regreso de Olid

derrotado por el mar y de Grijalba derrotado por su propia falta de tesón. El retorno de Grijalba le debió impresionar además profundamente por varias razones. Por lo pronto, causó gran regocijo en la isla porque las famosas hachuelas resultaron ser de cobre, «y allí hubo bien que reír y decir de la burla y del rescate» [712]. Cortés no era hombre para exponerse a tal riesgo de burla, pues estimaba su destino y sus dones mucho más alto que cualquier empresa de rescate de oro. Cuenta Bernal Díaz que en los primeros días de la expedición, para Cortés fase de mera descubierta, para sus compañeros otra de tantas aventuras para rescatar oro, su «lengua», un español que conocía aquella zona, intentó inducirle a que se adentrara en el país en busca de oro: «Y Cortés le dijo riendo que no venía él para tan pocas cosas, sino para servir a Dios y al Rey» [713]. Desde el principio, iba pues decidido a conquistar y poblar, reforzado quizá en este designio secreto por la extraña acogida que Velázquez dio a Grijalba; pues, aun satisfecho por algunos de los resultados (ya que, aunque las hachuelas eran de cobre, Grijalba le traía veinte mil pesos de oro en mano y fabulosas perspectivas en la imaginación), el Gobernador, dice Las Casas, «diole pocas gracias [...] antes riñó mucho con él, afrentándolo de palabra, porque así era su convicción, porque no había quebrantado su instrucción y mandamiento» [714]. Este hecho, que es indiscutible, merecerá debida consideración cuando hayan de examinarse las decisiones que Cortés tomó en circunstancias semejantes. La extraña conducta de Velázquez para con Grijalba en este momento crucial en que se preparaba la expedición de Cortés ha debido dar suelta en Cortés y en su gente a fuerzas psicológicas activas que contribuyeron a quebrantar los lazos del deber y de la disciplina para con el Gobernador de Cuba.

*

Todos estos factores influyeron sin duda en el ánimo de los que redactaron las instrucciones de Velázquez a Cortés y en el de los que nos han dejado opiniones tan encontradas y complejas sobre el aspecto financiero de la expedición. Prescott observa ingenuamente que «se suele hablar de la instrucción por escritores que nunca la leyeron como si se tratase de un acuerdo entre Cortés y Velázquez. En realidad, se trata de instrucciones dadas por este último a su lugarteniente que no tuvo parte alguna en ella» [715]. El gran erudito norteamericano peca aquí de candoroso y de poco experto en los negocios humanos, pues ni sospecha que los que reciben instrucciones suelen arreglárselas para redactarlas ellos mismos. No necesitaba Cortés haber sido el astuto y hábil hombre de mundo que sabemos fue para conseguir que la carta fundamental que definía sus poderes saliese, al menos en parte, como él la deseaba. Lo más probable es que tanto lo que las instrucciones dicen como lo que callan, tanto lo que formulan claramente como lo que nebulosamente dejan flotar, había sido objeto de largas meditaciones por parte de la persona a quien más importaba -persona además tan diestra en el manejo de la pluma como en el de la espada.

Cortés mantenía, desde luego, relaciones de estrecha amistad con el personal de secretaría del Gobernador. Es uno de los rasgos más dignos de atención en este hombre singular: se hallaba siempre en excelentes términos con todo el mundo, de modo que aunque era capaz de caer sobre su presa como un águila, prefería enroscarse en torno a ella como una serpiente. Obra maestra de esta táctica fue la maniobra que culminó en su nombramiento de Capitán General de la armada, hecho por el mismo Velázquez, que estaba harto de conocer su carácter turbulento y ambicioso, en el mismo momento en que el desconfiado Gobernador había rechazado otro candidato por temor a que hiciese precisamente lo que Cortés hizo más tarde: «Diré -dice Bernal Díaz- las diferencias que se hubo para elegir capitán, para ir aquel viaje; hubo muchos debates y contrariedades porque ciertos hidalgos decían que viniese por capitán un Vasco Porcallo, pariente del conde de Feria, y temióse el Diego Velázquez que se le alzaría con la armada, porque era atrevido» [716]. Esta obra maestra de intriga de Cortés se debió a la

habilidad que desempeñó Cortés en ganar para sí el apoyo de los dos funcionarios más importantes del Gobernador: el Secretario, Andrés de Duero, «tamaño como un codo, pero cuerdo y muy callado, y escribía bien» y el Contador, Amador de Lares, «hombre astutísimo, y que había gastado, yo le oí, veintidós años en Italia y llegó a ser maestresala del Gran Capitán, que es argumento de no ser de entendimiento tardo, pues el Gran Capitán se servía del de maestresala siendo aún de cuerpo harto bajo y sin saber leer ni escribir, pero la prudencia y astucia suya suplía las otras faltas». Las Casas añade un delicioso detalle de psicología internacional: observando el tejemaneje del astuto contador, «solía yo decir a Diego Velázquez: “Señor, guardaos de veintidós años de Italia”» [\[717\]](#).

Sobran pruebas de que Cortés había entrado en una especie de pacto secreto con el Secretario y el Contador. Bernal Díaz lo define tersamente: «Y fue desta manera que concertasen estos privados del Diego Velázquez que le hiciesen dar al Hernando Cortés la Capitanía General de toda la armada y que partirían entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que le cupiese a Cortés». Pero las cosas no pueden haber ocurrido con tanta sencillez; aunque Bernal Díaz era buen observador y no carecía de cierta agudeza natural, no era de talla para medir los actos de Cortés, que con suma frecuencia hilaba más delgado de lo que percibía la vista del que había de narrar sus gestas. El honrado soldado cronista añade en efecto, en guisa de explicación, «porque secretamente el Diego Velázquez enviaba a rescatar y no a poblar»; ahora bien, piénsese lo que se quiera sobre las intenciones de Velázquez -nada claras por cierto- no importaban tanto como las de Cortés y estas eran tan ambiciosas que la idea de repartir las ganancias con Duero y Amador de Lares no puede haberle pasado por el pensamiento, sin contar con que él era hombre capaz de comprarlos, y ellos de venderse, a mucho menos precio.

Cualquiera que haya sido su base, el pacto existió y dio fruto. Cortés fue elegido para el mando de la expedición y Bernal Díaz, confirmando las conclusiones que nuestra propia lectura de las instrucciones nos llevaron a anticipar, añade: «El secretario Andrés de Duero hizo las provisiones como suele decirse el refrán de muy buena tinta y como Cortés las quiso» [\[718\]](#). Por mucha astucia y agudeza que en este asunto pusiera Cortés, y aun suavizadas, como él sabía hacerlo, con el bálsamo del don de gentes, tanto éxito no podía explicarse sin otro rasgo también importante, quizá predominante, en el carácter de aquel hombre singular: su disposición a arrostrar en cada momento los riesgos del juego de la vida, una mano generosa con el grano que hay que tirar para simiente confiando en la plenitud de la cosecha. Cortés no era ni con mucho tan rico como Velázquez, pero sean cualesquiera las cifras que resulten exactas, si alguna vez llega a dilucidarse el tema, es seguro que fue más liberal y generoso en los gastos iniciales de la empresa que su jefe, tan codicioso como sedentario. Así se desprende del conjunto de los escritos y documentos de la época. Benito Martín o Martínez, agente de Velázquez, dice en una petición contra Cortés dirigida al Emperador que «Diego Velázquez envió habrá un año a Hernando Cortés por capitán de cierta gente, y con siete navios, y todo a su costo y misión»; pero el propio Velázquez, en su carta a Rodrigo de Figueroa, se limita hábilmente a dejarlo entender: «Envié una armada en la cual después de enviarla muy copiosa y proveída de todo lo necesario...»; y en el resto de su carta, larga queja contra el rebelde, no figura una sola reclamación apoyada en sus pérdidas materiales. Esto bastaría para refutar a los que como Las Casas, llevados de su prejuicio contra Cortés, se niegan a adoptar la opinión más razonable: Velázquez era un hombre de buen deseo pero comodón, muy bien dispuesto y de carácter fácil; todo ello le llevaba a intentar siempre alcanzar el mayor resultado posible para sí con el menor esfuerzo y gasto propios. Indolente y, si no precisamente avaro, al menos tardo en el gasto como en la acción, dejó que Cortés le tomase la iniciativa en ambos terrenos. A su vez, Cortés se dio rápida cuenta de que en aquellas circunstancias el hecho de ser fuerte accionista de la empresa reforzaría su situación como

Capitán General de la armada y por eso gastó con mano abierta y pidió prestado con valiente imaginación [\[719\]](#).

*

Como todos los hombres que ven hondo en las cosas, era sensible al valor de las superficies y de las apariencias. «Se comenzó de pulir y ataviar su persona -dice Bernal Díaz- mucho más que de antes y se puso su penacho de plumas con su medalla y una cadena de oro y una ropa de terciopelo sembradas por ella unas lazadas de oro, y en fin como un bravoso y esforzado capitán». No contento con ataviar al jefe, se cuidó de la bandera: «y luego mandó hacer dos estandartes y banderas labrados de oro con las armas reales, e una cruz de cada parte con un letrero que decía: Hermanos y compañeros, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera que con ella venceremos». Al prestigio de la forma, añadió el resorte de la acción: la esperanza del éxito material. Nada de discreción, nada de disimulo sobre el objeto de la aventura: «Y luego mandó dar pregones y tocar trompetas y atambores [...] para que cualesquiera personas que quisiesen ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas a las conquistar y poblar, les darían sus partes del oro y plata y riquezas que hubiere y encomiendas de indios después de pacificada». Obsérvese la sagacidad de este acto. Al hacer público el secreto de Velázquez, hace del Gobernador su cómplice para el día de mañana: o Velázquez acepta que Cortés pueble en Méjico o, si le niega autoridad para poblar, puede acusarle de haber engañado a sus hombres permitiendo que se diese tal pregón. La combinación de aquellas instrucciones tan oscuras y elásticas con este pregón público tan audaz y concreto para «conquistar y poblar»; puso en sus manos una arma potente que manejará en su día con sin igual destreza.

Esta misma energía y eficacia del nuevo Capitán General, su diligencia en hacerse con armas y municiones, sus compras de víveres y mercancías de rescate, la atención que puso en escoger a los más distinguidos capitanes y soldados como compañeros de aventura, toda esta inteligente actividad, en suma, de Hernán Cortés parecen haber producido honda inquietud en el ánimo del indolente Gobernador. Tenía Velázquez la costumbre de ir con frecuencia al puerto para seguir los preparativos de la armada, siempre acompañado como un reyezuelo de abundante séquito, a cuya cabeza figuraba Cortés, que el Gobernador llevaba «a su lado derecho por le honrar». El truhán de este reyezuelo, Cervantes, un día que iba delante de Velázquez y de Cortés «haciendo gestos y chocarrerías» exclamó súbitamente: «a la gala, a la gala de mi amigo Diego Diego, que Capitán aquí llevo, que nació en Extremadura, capitán de gran ventura, se alzará con el armada y te dejará sin nada, que es un macho muy varón, Diego escucha esta razón». Andrés de Duero, alarmado al darse cuenta de la intención que encubrían los aparentes disparates del truhán, exclamó: «Calla borracho loco, no seas bellaco, que bien entendido tenemos que esas malicias, so color de gracias, no salen de ti». Pero el truhán fue chorreando truhanerías envenenadas «por más pescozazos que le dieron» porque, como explica Bernal Díaz, le habían sobado las manos los enemigos de Cortés, y sus palabras produjeron honda impresión en el ánimo suspicaz y ya preocupado de Velázquez [\[720\]](#).

Capitaneaban el grupo de los enemigos de Cortés unos parientes del Gobernador, también llamados Velázquez, aconsejados por «un viejo que se decía Juan Millán, que le llamaban el estrólogo; otros decían que tenía ramo de locura». Bajo la influencia de este grupo fue creciendo la sospecha que ya abrigaba el Gobernador y que había crecido como consecuencia de la escena con el truhán; pero Cortés estaba enterado de todo lo que iba ocurriendo por sus dos confederados Duero y Amador de Lares, amén de que, como apunta Las Casas, «no había menester más para entendello de

mirar al gesto a Diego Velázquez, según su astuta viveza y mundana sabiduría» [\[721\]](#).

¿Cuál fue su reacción? Ni sencilla, ni impulsiva, ni inesperada, sino al contrario, sutil, compleja, meditada y tan en armonía con la línea dominante de su carácter que hemos de ver el mismo tipo de actitud volver a presentarse con notable frecuencia hasta constituir en él una especie de diseño que caracteriza su estilo en la acción. Suave en la forma, se mantuvo fuerte en el fondo. «No se quitaba de estar siempre en compañía del Gobernador, y mostrándose muy gran su servidor y le decía que le había de hacer, mediante Dios, muy ilustre señor e rico en poco tiempo» [722]. Pero mientras procuraba adormecer así las sospechas de Velázquez daba vigoroso impulso a los preparativos de marcha, habiendo ya tomado en secreto la decisión de zarpar, no solo tan pronto como fuera posible, sino de un modo abrupto e inesperado. Una noche, dio orden de embarcar inmediatamente y, con un golpe final de aquella combinación de previsión y de audacia tan típica de su carácter, obligó al encargado del suministro de carne, un tal Hernando Alfonso, a que le entregase todo el ganado que tenía -detalle que, como sucede tantas veces en la vida de Cortés, da que pensar en cierta complicidad secreta por parte de Alfonso, pues amén de que no le faltarían medios para pedir auxilio al Gobernador contra la coacción de Cortés, y de que la entrega del ganado no pudo ser ni fácil, ni rápida, ni secreta, consta que pidió compensación material por la multa que tendría que pagar al dejar la ciudad sin carne y que al punto Cortés le entregó en pago la cadena de oro que llevaba al cuello-. Esto hecho, Cortés dio orden de hacerse a la vela. Comenzaba a romper el día. El obeso Gobernador se precipitó al puerto, jadeante de emoción. Cortés se adelantó hacia él, hacia el peligro, como siempre, y como siempre dispuesto a hacer frente a lo que hubiere, en una barca provista de escopetas y ballestas (pues la artillería que menciona Las Casas parece debida al vuelo de su imaginación eclesiástica) y, obsérvense estos dos detalles significativos, con «la gente de quien más confiaba y con su vara de Alcalde»; así provisto de amigos y de las formas de la ley (armas y letras), se llegó a tiro de ballesta de tierra. Velázquez le dijo entonces: «¿Cómo, compadre así os vais? ¿Es buena manera esta de despediros de mí?». A lo que Cortés contestó con palabras fieles a su estilo y al momento: «Señor, perdone Vuestra Merced, porque estas cosas y las semejantes, antes han de ser hechas que pensadas. Vea Vuestra Merced qué me manda» [723].

Perplejo, Velázquez terminó por ceder ante lo inevitable. No fue falta de carácter. Su actitud revela bien claramente que se sentía débil ante el rebelde, lo que tiende a confirmar que no tenía suficiente influencia financiera sobre la flota. La audacia, además, y la acción positiva, siempre llevan las de ganar, y no cabe duda de que aquella mañana del 18 de noviembre de 1518, la armada, al romper las amarras no solo del puerto sino del Gobernador, se dio cuenta de que había encontrado al fin un verdadero adalid [\[724\]](#).

Este golpe de mano había obligado a Cortés a hacerse a la vela antes de haber completado su provisión de víveres y aun sus efectivos militares, riesgo que prefirió arrostrar pensando que no le sería difícil hacerse con lo que le faltaba en otros puertos de la isla, ya que cuanto más lejos estuviera de la capital más fuerte sería. Puso la proa hacia Trinidad, puerto de la costa sur de la isla, donde se alojó en casa de Juan de Grijalba. Sin perder tiempo izó banderas frente a la casa y echó pregones prometiendo fama y riqueza a todo el que se alistase bajo su mando. En Trinidad se le agregaron varios de sus capitanes más famosos, y en particular los cinco Alvarados, el entonces mancebo Sandoval, que había de llegar a ser la segunda figura de la conquista, Juan Velázquez de León, pariente del Gobernador, que iba a desempeñar en la conquista uno de los papeles más dramáticos, Cristóbal de Olid que había de ser su maestre de campo, y rebelarse contra él y morir por ello, y finalmente un ilustre capitán, Alonso Hernández de Puertocarre- ro, que gozó de la confianza más

íntima de Cortés y a quien Cortés siempre puso especial cuidado en complacer. Aquí, en Trinidad, Cortés pone ya de relieve sus mejores dotes de adalid lleno de valor y de don de gentes, tan capaz de dominar a los hombres como a las cosas, «con palabras sabrosas y ofrecimientos para traer a sí muchas personas de calidad»; y con su generosidad siempre pronta, como cuando su amigo Puertocarrero, que no tenía caballo, se encontró con una yegua que le regaló el capitán, comprándola con una de las lazadas de oro que traía en la ropa de terciopelo. La fortuna vino a ayudarlo, como suele con los audaces, haciendo aportar por Trinidad a un Juan Sedeño con un barco lleno de pan casabe y tocinos que iba a vender a unas minas de oro cerca de Santiago de Cuba; «saltó en tierra el Juan Sedeño, fue a hacer acato a Cortés, y después de muchas pláticas que tuvieron, le compró el navio y tocinos y casabe fiado y se fue con nosotros. Ya teníamos once navios y todo se nos hacía prósperamente». Piadoso, Bernal Díaz añade «gracias a Dios», pero es indudable que Cortés tuvo al menos el mérito de ser excelente instrumento en las manos divinas [\[725\]](#).

Cortés era Alcalde de Santiago. El Alcalde de Trinidad era Francisco Verdugo, cuñado de Diego Velázquez. Todavía estaba Cortés en la ciudad cuando Verdugo recibió cartas del Gobernador anunciándole que había destituido a Cortés y mandándole que se lo enviase a Santiago bajo buena guardia. A fin de reforzar su autoridad, Velázquez había escrito también a un criado suyo llamado Diego de Ordás, que había enviado como uno de los capitanes de Cortés para vigilarlo. Cortés se dio tan buena mano que utilizó a Ordás para persuadir a Verdugo de que dejase incumplidas las órdenes de Velázquez, mientras que de los dos emisarios que el Gobernador había mandado a Trinidad con sus despachos, atrajo a uno, alistándolo en la armada, y envió al otro a Santiago de Cuba con una carta muy cordial para el Gobernador, expresándole su sorpresa y asegurándole nuevamente que no tenía otro deseo que el de servir a Dios y al Rey [\[726\]](#).

Así el acero de su voluntad y el aceite de su don de gentes iba moviendo con suave energía las ruedas de su fortuna. Después de diez días de constante actividad, la armada se puso en camino para San Cristóbal de la Habana (no La Habana actual), en la costa sur de la isla. En la travesía, la nao en la que iba Cortés desapareció y durante los cinco días que duró su ausencia brotaron las intrigas sobre quién había de sucederle en el mando. Cuando hubo logrado poner a flote su nao, que había tocado en unos bajos, y reaparecer ante su gente, murieron como por encanto todas las intrigas, no sin que tomase nota tácitamente del papel de primer plano que había tomado en ellas Diego de Ordás; y, para alejarle y tenerle ocupado, le mandó con su navio a Guaniguanico a cargar cerdos y casabe y aguardar a otro barco que seguía la costa norte. Su meditada actividad atendía por igual a realidades y apariencias. Bernal Díaz refiere que en este puerto de la Habana «comenzó Cortés a poner casa y a tratarse como señor»; pero también organizó su artillería con la atención más minuciosa para con los detalles técnicos y tuvo la precaución de distribuir entre todos los barcos los dieciséis caballos que constituían toda su artillería. Bernal Díaz consigna con todo detalle la lista de estos dieciséis caballos que describe y juzga con tanta imparcialidad como si fueran personas, y como soldado de a pie y pobre no puede dejar de admirar la riqueza de Juan Sedeño, cuya yegua parió a bordo: Era, dice, «el más rico soldado que hubo en toda la armada, porque trujo navio suyo y la yegua y un negro, e casabe e tocino, porque en aquella sazón no se podía hallar caballos ni negros si no era a peso de oro» [\[727\]](#).

Cuando Diego Velázquez se enteró de que su cuñado Verdugo y su criado Ordás se le habían pasado al enemigo montó en cólera y, dice Bernal Díaz, «hacía bramuras» [\[728\]](#). Terco en su tardía oposición, mandó otro despacho a Pedro Barba, su lugarteniente en la Habana, y cartas a los amigos con quienes creía contar en la flota, en particular a su pariente Juan Velázquez de León. Cortés lo supo todo por un fraile de la Merced llamado Fray Bartolomé de Olmedo, que iba en la armada a cargo de

los intereses espirituales, a quien se lo comunicó otro mercedario al servicio -al menos nominal- del Gobernador. Cortés bandeó este temporal sin más dificultades que el de Trinidad. Supo ganarse a Juan Velázquez de León con dádivas y promesas, y en cuanto a los demás, Bernal Díaz es terminante: «Todos nosotros pusiéramos la vida por el Cortés». Pedro Barba escribió pues al Gobernador «que no osó prender a Cortés porque estaba muy pujante de soldados»; y el propio Cortés escribió también a Velázquez «con palabras tan buenas y de ofrecimientos que lo sabía muy bien decir, e que otro día se haría a la vela y que le sería servidor» [\[729\]](#).

Retrato del hombre

El 10 de febrero de 1519, después de oír misa, los nueve navios se hicieron a la vela con rumbo a San Antón (o Guaniguanico) para reunirse con los otros dos que allá se dirigían por la costa norte, uno de los cuales, a cargo de un piloto llamado Camacho, llevaba a bordo a Pedro de Alvarado con sesenta soldados, entre ellos Bernal Díaz. Camacho, sin darse cuenta, por lo visto, del Capitán con quien tenía que habérselas, siguió camino a Cozumel en contra de sus instrucciones, llegando a la isla varios días antes que el resto de la armada, tiempo bastante para que Alvarado, que tenía más sangre que juicio, sembrase el pavor entre los indígenas, arrebatándoles cuarenta gallinas y varios objetos sin gran valor, amén de dos hombres y una mujer. Entonces, entró en escena Cortés, echó grillos a Camacho por su desobediencia y, aunque no impuso castigo directo a Alvarado, quizá por no sentirse todavía bastante fuerte para afrontarse con tan influyente capitán, «reprehendióle gravemente y le dijo que no se habían de apaciguar las tierras de aquella manera tomando a los naturales su hacienda, y luego mandó traer los dos indios y la india que habíamos tomado y [...] les habló que no hobiesen miedo y les mandó volver el oro y paramentos y todo lo demás y por las gallinas que ya se habían comido les mandó dar cuentas y cascabeles». «Aquí en esta isla -añade Bernal Díaz- comenzó Cortés a mandar muy de hecho, y Nuestro Señor le daba gracias, que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verán» [801].

¿Qué hombre era y qué pensamiento le animaba? Helo aquí, en el umbral de su magna aventura, con once navios, quinientos ochenta soldados y capitanes, cien marineros contando pilotos y maestros, dieciséis caballos, diez cañones de bronce, cuatro falconetes y trece arcabuces -además de todos ellos no tanto por ley como por naturaleza, porque los había conquistado a todos e iba a probar su capacidad para volverlos a conquistar cada vez que fuere necesario ^[802]-. Era con mucho el hombre de más valía de toda la armada, tanto en armas como en letras, porque sobresalía por su inteligencia como por su voluntad, y, a la raíz de ambos, por la claridad y fuerza de su propósito. ¿Qué clase de hombre era y qué pensamiento le animaba en aquel momento decisivo de su vida? «Fue -dice Bernal Díaz- de buena estatura e cuerpo e bien proporcionado e membrudo e la color de la cara tiraba algo a cenicienta y no muy alegre e si tuviera el rostro más largo mejor le pareciera, y era en los ojos en el mirar algo amorosos e por otra parte graves, las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, e era cenceño e de poca barriga y algo estevado y las piernas e muslos bien sentados, e era buen jinete e diestro de todas armas así a pie como a caballo e sabía muy bien menearlas e sobre todo corazón y ánimo que es lo que hace el caso. [...] En todo lo que mostraba así en su presencia como en pláticas e conversación e en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tipo e usanza e no se le daba nada de traer muchas sedas e damascos ni rasos, sino llanamente e muy pulido, ni tampoco traía cadenas de oro grandes, salvo una cadenita de oro de prima hechura e un joyel con la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santa María con su hijo precioso en los brazos e con un letrero en latín en lo que era de Nuestra Señora y de la otra parte del joyel a señor San Juan Bautista con otro letrero, e también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante y en la gorra, que entonces se usaba de terciopelo, traía una medalla e no me acuerdo el rostro, y en la medalla traía figurada la letra del. Mas después el tiempo andando siempre traía gorra

de paño sin medalla. Servíase ricamente como gran señor con dos maestresalas y mayordomos e muchos pajes e todo el servicio de su casa muy cumplido e grandes vajillas de plata e de oro. Comía bien y bebía una buena taza de vino aguado que cabría un cuartillo, e también cenaba, y no era nada regalado ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veía que había necesidad que se gastase o los hubiese menester dar. Era de muy afable condición con todos sus capitanes e compañeros, especialmente con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez, y era latino e oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados o hombres latinos respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta; hacía coplas en metros e en prosas. Y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica; e rezaba por las mañanas en unas Horas e oía misa con devoción. Tenía por su muy abogada a la Virgen María Nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora e abogada, e también tenía a Señor San Pedro e Santiago e a Señor San Juan Bautista, y era limosnero. Cuando juraba decía en mi conciencia, y cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros sus amigos le decían oh mal pese a vos. E cuando estaba muy enojado se le hinchaba una vena de la garganta e otra de la frente. E aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba un lamento al cielo; e no decía palabra fea ni injuriosa a ningún capitán ni soldado; e era muy sufrido, porque soldado hubo muy desconsiderado que le decían palabras descomedidas e no les respondía cosa soberbia ni mala y aunque había materia para ello lo más que les decía calla o id id con dios y de aquí adelante ten más miramiento en lo que dijéredes porque os costará caro por ello. E era muy porfiado en especial en las cosas de la guerra. [...] E comenzamos [a] hacer la fortaleza y el primero que cavó e sacó tierra en los cimientos fue Cortés. E siempre en las batallas le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros. [...] No quiero decir de otras muchas proezas e valentías que vi que hizo nuestro marqués don Hernando Cortés porque son tantos e de tal manera que no acabaría tan presto de los relatar. [...] Era muy aficionado a juegos de naipes e de dados e cuando jugaba era muy afable en el juego e decía ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan a los dados. E era con demasía dado a mugeres e celoso en guardar sus indias [803]. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hacíamos aun de noche e muchas noches rondaba e andaba requiriendo las velas e entraba en los ranchos e aposentos de nuestros soldados e al que hallaba sin armas e estaba descalzos los alpargates le reprendía e le decía que a la oveja ruin le pesa la lana» [804].

Tal es el hombre visto por uno de sus soldados. En estas páginas resalta ante todo como uno de tantos conquistadores, uno de aquellos hidalgos de fortuna que se precipitaban en tumultuoso torrente hacia el continente desconocido con sus personas, sus bienes, su vida entera; del mismo linaje histórico que Ojeda y Nicuesa, Pedrarias y Balboa, Pizarro y Solís, vigorosos centauros del Descubrimiento-Conquista que galopaban sobre el continente al señuelo del oro y al impulso de la ambición, sin dejarse arredrar ni por la flecha indígena, ni por la naturaleza inhóspita y cruel, ni por sus propios rivales, hasta que el indígena, la naturaleza o el rival ponía trágico fin a su vida y aventura. Como ellos, Cortés se lanzaba al Nuevo Mundo movido por una ambición tácita y oculta que la mera existencia de lo ignoto provocaba en su alma, por la tensión entre la vitalidad virgen de su ser y el ámbito sin límites en qué aplicarla, tensión que actuaba en todos ellos, pues estaba en el aire, pero que solo sentía cada cual según el metal de su ánimo.

Estas tendencias naturales habían ido tomando forma histórica concreta durante los siete siglos de la Reconquista en que España había sido almaciga de guerreros. En aquellos siete siglos (que terminaron cuando Cortés tenía seis años de edad), la única profesión que un español viril creía digna era la lucha contra el infiel. Pero esta lucha contra el moro no era solo cruzada religiosa sino profesión económica también. No había hidalgo más rico de orgullo que de haberes que no supiera que más allá

del cerro vecino, a dos, diez, veinte leguas de su tierra seca y avara, aguardaban haciendas y ciudades moras que podía «ganar» con solo lanzarse a una «entrada», haciéndose de un golpe rico terrateniente y, por lo tanto, miembro de la nobleza. La epopeya del Cantar de Mió Cid es fiel reflejo de este aspecto económico de la cruzada secular que define en cuatro versos de hermosa sencillez. Desterrado y pobre, el Cid conquista a Valencia y se enriquece; después de haber instalado en sus nuevos dominios a su mujer y a sus dos hijas que había dejado en Castilla, y cuando ya está con ellas en pleno goce de su prosperidad, tiene que hacer frente a un contraataque de los moros. Monta a caballo, echa mano a su lanza, y dice:

Mis hijas e mi mugier veerme an lidiar;
en estas tierras ajenas verán las moradas commo se fazen,
afarto verán por los ojos commo se gana el pan.

Estas palabras, grabadas en el granito del castellano arcaico, expresan la tradición de la conquista como profesión que había ido formándose en España durante siglos de vida fronteriza con un pueblo ajeno a la cristiandad. De esta tradición surgen Cortés y todos los conquistadores. Fueron al Nuevo Mundo a «fazer nuevas moradas» y «a ganar el pan» con su lanza y espada, y tan lejos estaban de abrigar la menor duda sobre la ética de su profesión como el accionista de una empresa lo está hoy de abrigar dudas sobre la ética de sus dividendos o el obrero especializado sobre la de sus altos jornales. Era una forma de vida establecida y reconocida tácitamente, una ley no escrita que obligaba al hidalgo o caballero a ganarse la vida, hacerse la fortuna y fundar o mantener su linaje por medio de las armas. El trabajo no tenía nada de deshonoroso en sí; al contrario, el buen artífice era objeto de universal estima, quizá mayor que en nuestra era mecanizada. Solo era vergonzoso el trabajo para el caballero o hidalgo, porque implicaba falta de valor para ganarse la vida y la fortuna por medios más peligrosos. Por tanto, los conquistadores, vastagos de veinte generaciones de vencedores de moros, acudían al Nuevo Mundo imbuidos de la certeza absoluta de estar en su derecho y en su deber como hidalgos al ganar nuevas moradas y abundancia de pan luchando contra aquellos nuevos infieles en tierras ignotas.

Pero además sentían igual derecho e igual deber no solo como hidalgos sino como soldados de Cristo. Como Cortés solía repetir en cuanto a él concernía, «no tengo otro pensamiento que el de servir a Dios y al Rey». ¿Qué quería decir con servir a Dios? Hombre de su siglo, profundamente empapado en la fe, más todavía, de alma tejida con fibra de la misma fe, para Cortés no eran frase vana estas palabras. ¿Cómo podríamos nosotros, para quienes la fe es una lotería que se gana o se pierde según la suerte de cada alma, comprender aquella edad en que era la fe como el aire y la luz, una de las condiciones mismas de la existencia, el aliento con el que se hablaba, la claridad con que se veía? Cortés respiraba la fe de su tiempo. «Rezaba por las mañanas en unas Horas -dice Bernal Díaz- e oía misa con devoción». Era una fe sencilla, fundada sobre la roca viva de la unidad y de la verdad. Verdadera porque una; una porque verdadera. Lutero había nacido ya, pero su voz no resonaba todavía -al menos en el Nuevo Mundo-. Todos los hombres, cualquiera que fuese su nación o su color, eran o cristianos o infieles o capaces de que la luz del Evangelio los iluminara e hiciera ingresar en el girón de la cristiandad. Servir a Dios quería decir una u otra de estas dos cosas tan sencillas: traer al rebaño de la Iglesia a los pueblos ignorantes todavía ajenos a la fe, o guerrear contra aquellos infieles que, por negarse a la conversión, se declaraban enemigos de Dios y de su Iglesia. Este era precisamente el plan de acción de Cortés en aquellas tierras desconocidas que le aguardaban a Occidente: si los «indios» se declaraban dispuestos a escuchar a su fraile, a dejarse bautizar y a aceptar la soberanía del Emperador

de la cristiandad, paz; si se oponían, guerra.

Este servicio de Dios era desde luego también servicio del Rey-Emperador. Al fin y al cabo ¿no era el Emperador ministro de Dios en la tierra? Este pensamiento era la base de toda la filosofía política, no solo española sino europea, y es seguro que Cortés lo oiría definir y comentar más de una vez en las aulas salmantinas: había que obedecer al Rey no como Rey sino como ministro de Dios. Cortés serviría pues al Rey por el mero hecho de que conquistaría para la cristiandad el ánimo y la voluntad de un nuevo Imperio.

Téngase en cuenta que, en aquellos tiempos, Estado y religión, civilización y fe, eran una misma cosa, de modo que el servicio de Dios y el del Rey eran uno y lo mismo en este otro sentido de que la conversión, a ojos de aquel siglo, no era tanto un acto religioso e individual como político y colectivo. Cujns rex eius religio era el principio de aquella edad no solo entonces, cuando nadie soñaba todavía con la Reforma, sino aun más tarde cuando la Reforma vino a hacer de este principio, tan extraño para nosotros, factor de tan grave importancia para la historia de la cristiandad. Así se explica que Cortés se embarcase en su aventura con quinientos soldados y solo un fraile y que tanto él como sus compañeros tuviesen una certeza tan absoluta de la santidad de su causa, pues, una vez establecido su poder sobre la tierra conquistada y «pacificado» el pueblo, la conversión era pan comido. No había en esta actitud ni sombra de tiranía espiritual: la conversión era pan comido puesto que la fe cristiana era la única verdad, y, por lo tanto, los indios, libertados de su paganismo por las armas españolas, no podrían dejar de ver con sus ojos ya libres la luz de aquella única verdad.

No nos extrañe esta actitud: no sonriamos con sonrisa de superioridad, porque los hombres de nuestros días piensan y obran de idéntica manera con respecto a su religión, que llaman Civilización Occidental. En ella creen con fe no menos ingenua, teniéndola por la felicidad evidente para todo hombre de buen sentido, y en esta fe cobran fuerzas para imponer el progreso y la libertad a todas aquellas razas que no comparten su religión cívica. Ha cambiado la letra perora música es la misma. Pecaríamos de injustos al ver hipocresía en esta actitud, ya sea la de Cortés, ya la de nuestros contemporáneos. Hipócritas y egoístas los hay hoy y los había entonces, pero entonces como ahora, la mayoría de los hombres de acción no veía ni ve contradicción o falta de armonía alguna entre sus fines y sus métodos. Cortés era sin duda uno de estos conquistadores sinceros. Cuando hablaba de servir a Dios y al Rey decía lo que sentía, es decir, su fe como agente cristianizador y civilizador de almas paganas y de Estados bárbaros.

A buen seguro que no era cosa fácil encarnar una religión tan absoluta en sus normas. El Capitán, como sus soldados, hallaría a veces la armadura de un soldado de Cristo bien rígida para los movimientos libres que pide la vida de los humildes humanos. En tales momentos, Cortés pecaba; a no ser que hallase en su conciencia una junta elástica entre el ideal absoluto del Evangelio y la práctica relativa de la realidad. Así le veremos aceptar mujeres indias, regalo frecuente de sus amigos indígenas, no sin bautizarlas primero. Pero en cuanto a la conquista en sí, Cortés se nos presenta como un conquistador persuadido de su derecho a dominar a aquellos infieles para hacerlos entrar en el jirón de la Iglesia, pero a la vez consciente de su deber de no recurrir nunca a las armas hasta haber agotado todos los medios pacíficos de hacerse con la voluntad de los indígenas. Esta actitud no era tan solo mero deseo de economizar sus escasas tropas; era también consecuencia de su opinión teórica basada en su concepción religiosa, como lo prueba su práctica de hacer leer por el escribano público ofertas de paz tres veces repetidas antes de iniciar un ataque [\[805\]](#).

Esta ceremonia, sobre la que habrá que volver, no era para él mero trámite de leguleyo. Ni tampoco parece haberse dado cuenta de la contradicción espiritual que, al menos para nosotros, existe entre su fin y los métodos astutos que puso en práctica con insuperable sagacidad para adquirir dominio sobre los naturales explotando sus divisiones intestinas. Cortés no era en esto ni más ni menos ilógico que tanto imperialista moderno cuya fe cristiana no le iba en zaga a la de Cortés y cuyos métodos para extender el dominio de su país sobre pueblos más sencillos no han sido menos maquiavélicos. Era un genio político de gran envergadura y avanzó en su aventura creadora a pasos gigantescos de victoria en victoria que debió sin duda a su esforzado corazón, pero también a su ágil cerebro.

Cortés era además ambicioso. Sentía en sí mismo la fuerza ascensional que le obligaba a aspirar a su nivel intrínseco. Llevaba en su alma la grandeza y esta grandeza íntima exigía plasmar en formas visibles. El oro, la tierra, meros vehículos de poder para él. Una cadena de oro era sin duda señal de rango, pero también moneda para pagar la carne que su armada necesitaba con urgencia. Al tiempo en que andaba pidiendo dinero prestado para avituallar su armada, cuenta Bernal Díaz que «estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenía buenos indios de encomienda y sacaba oro de las minas, mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era recién casado, y en algunos forasteros huéspedes que se le allegaban, porque era de buena conversación y apacible» [\[806\]](#). No se ha apreciado siempre como es debido esta generosidad de Cortés, a causa del cuidado que solía poner en allegar todo el oro posible. Suelen olvidarse a este respecto dos factores importantes: el primero es que, mientras luchaba hacia su conquista, Cortés tenía que justificar los orígenes dudosos de su autoridad, lo que solo era posible hacer por el éxito; ahora bien, mientras llegaba la victoria final y la oferta de otra corona más al ya tan coronado Carlos V, no había más medida del éxito que el oro. El segundo es todavía de más peso: el oro que los soldados iban recogiendo, para su bolsa personal, de ellos era; el quinto que había que mandar al Rey iba a aplacar la sed de los insaciables acreedores del monarca más alcanzado de la cristiandad; pero el quinto de Cortés no servía solo para pagar los gastos de su casa y mantener su dignidad, sino que era también el único Tesoro del Estado naciente que iba surgiendo del mismo ejército conquistador. Cortés era el único hombre de su ejército con sentido y responsabilidad de gobernante. La época no distinguía todavía claramente entre la hacienda oficial del Estado y la personal del príncipe; pero, aunque esta distinción hubiera existido ya, la hacienda, por decirlo así, oficial de Cortés, jefe tan solo todavía de una exigua tropa de aventureros más o menos ligada en derecho a través de Velázquez con la monarquía española, no podía ser más que personal. No había para la empresa más apoyo financiero que el de su fortuna privada, y, por lo tanto, era para él cosa de vida o muerte que en todo momento la conquista se bastase a sí misma. Todos sus esfuerzos en este sentido tenían que tomar un cariz de egoísmo adquisitivo, ya que no había empresa, compañía, Estado, casa comercial, ejército, en suma institución alguna para responder de todo más que el propio Cortés. Suya era la responsabilidad; suyos tenían que ser los medios para hacerle frente. No era solo un hombre, un soldado, un Capitán: era un Estado.

Esta visión política es el don supremo que desde el principio coloca a Cortés en una categoría aparte, no solo por encima de todos sus compañeros en la conquista de Nueva España, sino de todos los conquistadores. Tanto en su estrategia como en su táctica, Cortés es constante, metódico, cuidadoso, fiel a su fin, consciente del lugar adonde va y del camino por donde va. Y desde luego, como suele suceder con los hombres de acción, se informa con avidez pero informa a los demás con avaricia; de modo que solo llegan a comprenderse sus planes cuando al irse desarrollando revelan todo su recóndito sentido. En esta obra maestra que fue la primera conquista, es decir, su rápida marcha hacia Méjico y su entrada esplendorosa en la ignota ciudad, hemos de verle ir formándose un estilo

personal suyo en el que recurren dos formas de acción con una constancia tal que vienen a constituir verdaderos diseños de su conducta: la primera de estas formas de acción es una combinación de suavidad en la forma y de energía en el fondo que ya observamos en sus relaciones con Velázquez; la segunda es un sentido de cooperación táctica con aquel su ejército tan democrático que le permitirá llevar a cabo las empresas más audaces mediante una especie de fecundación de su ejército con ideas secretamente germinadas en su fértil cerebro pero hábilmente diseminadas entre los soldados para que aparezcan como brotando de entre ellos. Una atención siempre vigilante, tanto a las cosas esenciales como a los detalles más minuciosos, una actividad siempre alerta, una actitud siempre hacia adelante sean cualesquiera los obstáculos o los peligros, actitud sostenida con maravillosa perseverancia a través de los años, cuesta abajo hacia el valle de la lucha, cuesta arriba hacia la cresta del éxito; una actitud genial para hallarse siempre presente donde más se le necesita; la negativa a inclinarse ante los obstáculos, combinada con el reconocimiento realista de su importancia, tanto en el gabinete como en el campo; y sobre todo la gracia sin igual del buen humor y de una imaginación creadora que sabe combinar la utilidad con el ingenio, tales son los rasgos que hacen de Hernán Cortés uno de los capitanes más grandes y más atractivos de la historia.

*

Bernal Díaz refiere cómo una de las ventajas más importantes de que gozó Cortés en su campaña -un intérprete competente y sobre todo de confianza- se debió a la iniciativa siempre alerta y a la intuición siempre penetrante del Capitán. Ocurrió el episodio al principio de la estancia en Cozumel: «Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí e a un vizcaíno que se decía Martín Ramos». Estos dos soldados eran de los que habían estado ya en Cozumel con Hernández de Córdoba, y Cortés deseaba saber su opinión sobre las palabras «castilan, castilan» que los indígenas les habían repetido en uno de sus desembarcos: «He pensado muchas veces en ello -añadió Cortés- y que por ventura estarían algunos españoles en aquella tierra. Paréceme que será bien preguntar a estos caciques de Cozumel si saben alguna nueva dellos». Cortés había adivinado, y consiguió salvar a uno de los dos españoles que se habían quedado entre los indígenas, mientras que el otro prefirió quedarse con ellos. ¿Por qué esta diferencia? Cherchez la femme. Aguilar, el que volvió llegando a ser intérprete de los españoles, tenía vocación eclesiástica y aun estaba ordenado de menores. En ocho años de esclavitud entre los indígenas había pasado por toda suerte de aventuras, desde estar echándose durante varias semanas en el corral de un cacique para servir de plato de resistencia en un banquete, hasta dirigir una tribu india en guerra contra otra tribu vecina, y había llegado a ganar la confianza de otro cacique resistiendo la tentación a que el astuto indio le había sometido para probar la lealtad de su esclavo cristiano mandándole a pasar una noche de verano a orillas de un lago solitario con una hermosa muchacha que llevaba instrucciones de hacer todo lo necesario para forzar la virtud del español. Aguilar salió triunfante de la prueba, abnegación que sin duda le permitió guardar contacto espiritual con la comunidad cristiana de que estaba separado, al parecer para siempre, hasta que los mensajeros de Cortés vinieron a salvarle. El cacique le dejó marchar no sin gran sentimiento; pero, como buen cristiano, Aguilar se adentró en busca de su camarada Gonzalo Guerrero, marinero de Palos: «Hermano Aguilar -contestó Guerrero-, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras, los vos con Dios que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya véis estos mis hijitos cuán bonicos son; por vida vuestra que me déis desas cuentas verdes que traéis para ellos» [\[807\]](#). Y allá se quedó, feliz en su nueva patria; tan su patria que, según Aguilar, fue este mismo Guerrero el que instigó a los indios a que atacasen a los españoles de Hernández de Córdoba -recuerdo que debió de influir no poco en su negativa [\[808\]](#).

También debemos a Bernal Díaz dos detalles de esta estancia en Cozumel que arrojan ambos luz singular sobre el carácter y modo de Cortés. Unos marineros le habían robado a un soldado unos tocinos. Quejóse el soldado a Cortés que convocó a los marineros, los cuales negaron bajo juramento. Se procedió a investigar el caso, demostrándose que los marineros habían mentido. Cortés los mandó azotar, sin dejarse ablandar por los repetidos ruegos que le hicieron varios capitanes en favor de los culpables. Lo que castigaba no era el robo, sino el perjurio.

El segundo episodio es de mayor importancia. Los españoles asistieron a un servicio religioso indígena, escuchando en silencio un sermón de un sacerdote indio, vestido con largas mantas de algodón y que llevaba el cabello, al modo ritual, sin lavar ni peinar desde que había sido ordenado, masa sólida cimentada con la sangre de sus víctimas humanas. Cortés, por medio de Melchor, el intérprete indio, explicó a los indígenas que «si habían de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos que eran muy malos y les hacían errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarían al infierno sus ánimas, y se les dio a entender otras cosas santas y buenas y que pusiesen una imagen de Nuestra Señora que les dio y una cruz y que siempre serían ayudados y temían buenas sementeras y se salvarían sus ánimas». Los indios no se atrevían por miedo a sus dioses y desafiaron a los españoles a que se atreviesen ellos, con lo que pronto verían cómo los dioses les harían perderse en el mar. Cortés mandó entonces despedazar a los ídolos y echarlos a rodar gradas abajo; hizo limpiar y purificar el templo, lavar las espesas capas de sangre seca que cubrían los muros y blanquear todo y después hizo edificar un altar sobre el que puso la imagen de la Virgen adornada con ramos y flores: «Y todos los indios estaban mirando con atención» [\[809\]](#).

Esta escena parecerá sin duda de lo más anticientífico a muchos arqueólogos y no faltarán racionalistas escépticos que, blandiendo la Inquisición, declaren la religión de Cortés tan sangrienta como la de los indígenas y, por lo tanto, el cambio de ídolos sin significación alguna para la humanidad. Pero el observador sobriamente imparcial pensará de otro modo. No hay quien lea la página en la que Bernal Díaz refiere este episodio sin sentir la fragancia de la nueva fe y de la nueva leyenda que vienen a llenar el vacío creado por la destrucción de los sangrientos ídolos: la madre y el niño, símbolos de ternura y de debilidad, de promesa y de abnegación, en vez de los sangrientos y espantosos dioses. Al realizar este acto simbólico, Cortés obedecía sin duda al impulso de una fe ingenua y sencilla -único rasgo ingenuo y sencillo en aquel carácter tan redomado- pero también a un seguro instinto del valor de los actos y de los objetos concretos y tangibles en el gobierno de los pueblos. La destrucción de los ídolos iba a transfigurarse en una de las escenas legendarias de su vida en cuanto sus inauditas hazañas hiciesen de él una figura heroica cubierta de leyendas floridas; porque, en efecto, la leyenda es un acto cuya verdad vive en la esfera de los símbolos y Cortés iba a ejecutar más de una vez este acto tan simbólico y creador, único que podía elevar a los indígenas de Nueva España de sus sórdidos ritos caníbales al nivel elevado del ritual cristiano. Los indígenas estaban por lo visto más dispuestos de lo que hubiera podido creerse para aceptar el cambio, pues cuenta Bernal Díaz que, al volver la armada inesperadamente a causa de una avería en un navio, hallaron «la imagen de Nuestra Señora y la cruz muy limpio y puesto incienso». Y añade: «Dello nos alegramos» [\[810\]](#).

De hidalgo español a dios azteca

El 12 de marzo de 1519^[901] la armada fondeó en Tabasco, en el estuario del río que Grijalba había descubierto y al que había dado su nombre. Los indígenas estaban en son de guerra. Las tribus circunvecinas les habían echado en cara su actitud acogedora y despreciado su cobardía para con los españoles de Grijalba. Cortés mandó a Aguilar para negociar con los caciques y explicarles que venía de paz, pero cuanto más hablaba Aguilar más belicosos se le ponían los de Tabasco. Se aprestó, pues, al combate y cuando todo estuvo dispuesto, y sus bateles llenos de soldados apercebidos para desembarcar por fuerza, dio orden, cuenta Bernal Díaz de «que nos detuviésemos un poco y que no soltasen ballesta ni escopeta ni tiros, y como todas las cosas quería llevar muy justificadas, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del Rey que se decía Diego de Godoy, e por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra y tomar agua y hablalles cosas de Dios y de su Majestad, y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hubiese o otros cualesquier daños, fuesen a su culpa e cargo». Este requerimiento no era ninguna improvisación de Cortés. Era expresión de una política deliberada, definida por el Consejo de Indias a fin de sentar la conquista sobre una base jurídica, no ya hispánica, sino «católica», es decir, universal. Los conquistadores llevaban en su bagaje un ejemplar del documento oficial aprobado a tal fin por el Consejo, y que había sido redactado por el Doctor Palacios Rubios, uno de sus vocales. Era un documento de encantadora sencillez. Los españoles informaban a los indios de que Dios había hecho a un hombre y a una mujer cuya progenie se había dispersado por toda la tierra; «de todas estas gentes, Dios Nuestro Señor dio cargo a uno, que fue llamado San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese príncipe, señor e superior, a quien todos obedeciesen, e fuese cabeza de todo el linaje humano; a este le llamaron Papa; uno de los Pontífices pasados hizo donación destas islas e tierra firme del Mar Océano a los dichos Rey e Reina» de las Españas; por lo tanto, se requería a los indios que aceptasen ser vasallos de los dichos Rey y Reina, puesto que a ello estaban obligados, añadiendo no obstante: «que entendáis bien esto que vos he dicho e tomes para entenderlo e deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo». Si los indios accedían, «sus Altezas e yo en su nombre, vos recibirán con todo amor y caridad; e vos dejarán vuestras mugeres e hijos e haciendas libremente, sin servidumbre, para que dellos e de vosotros hagáis libremente todo lo que quisiéredes; e no vos compelerán a que vos tornes cristianos, salvo si vosotros informados de la verdad, os quisiéredes convertir a nuestra santa fe católica». Si los indios se resistían, «certificóos que con el ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros, e vos haré guerra, e vos subjectaré al yugo e obediencia de la Iglesia e a sus Altezas, e tomaré vuestras personas e de vuestras mugeres e hijos, e los haré esclavos...»^[902].

Este documento provoca ira en Las Casas y risa en Oviedo. Después de inútiles esfuerzos de Pedrarias para hacérselo entender a los indios del Darién, Oviedo, que iba en la expedición y aún llevaba a su cargo el inestimable documento, dijo al general en presencia de todos: «Señor: paréceme que estos indios no quieren escuchar la teología deste requerimiento, ni vos tenes quien se la dé a entender: mande vuestra merced guardalle, hasta que tengamos algún indio destes en una jaula, para que despacio lo aprenda e el señor Obispo se lo dé a entender» [903]. Con todo, a pesar de su ingenuidad, el documento de Palacios Rubios prueba hasta qué punto imperaban en el Estado español las consideraciones morales y jurídicas.

En todo caso, pese a sus buenas intenciones, el requerimiento en cuestión no hizo más que

estimular la actitud belicosa de los indios de Tabasco que contestaron a las laboriosas explicaciones de Aguilar con una rociada de flechas. Desembarcaron los españoles -dejándose Cortés una alpargata en el cieno de la playa- y después de arduos combates en los que, apunta Bernal Díaz con satisfacción, los indios se batieron «como buenos guerreros [...], nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes y tenían tres casas de ídolos», Cortés creyó prudente detenerse y dejar que los adversarios huyeran. Desenvainó entonces la espada y dando tres cuchilladas en una ceiba grande que estaba en la plaza de aquel patio, tomó posesión en nombre de su Majestad y luego, mirando en derredor preguntó «si había alguna persona que se lo contradijese, que él lo defendería con su espada y una rodela que tenía embrazada». Todos sus soldados se declararon dispuestos a apoyarle en su empresa y el escribano del Rey redactó el auto. Pero, añade Bernal Díaz, «sobre esta posesión la parte de Diego Velázquez tuvo que remormurar della» [904].

El día siguiente, la armada perdió a Melchor, única de las dos «lenguas» indígenas que les quedaba, pues Julianillo había muerto. Melchor huyó al País de los Desnudos, dejando colgadas de un árbol su vestiduras de cristiano, que era todo lo que de cristiano tenía. Los indígenas seguían en actitud amenazadora. Dos columnas exploradoras que mandó Cortés tierra adentro, una con Alvarado y otra con Lugo, tuvieron que hacer frente a fuerte oposición y abundaban en toda la llanura las señales inquietantes. Cortés dio orden de desembarcar los caballos, que durante un día entero anduvieron con gran torpeza después de tanto tiempo a bordo. El personalmente se puso a la cabeza de sus trece jinetes, dando el mando de la infantería a Diego de Ordás, con sagacidad que ha de manifestar más de una vez, pues Ordás era el cabecilla del bando de Velázquez en la armada. Formados en orden de batalla, los quinientos españoles se pusieron en marcha a través de la llanura hacia un lugar llamado Ciutla, donde estaba concentrada la fuerza enemiga, que también se había puesto en marcha hacia ellos, formando una multitud impresionante de guerreros pintados y empenachados que avanzaban al son de ruidosos atambores y de caracoles sonoros como trompetas, y muy bien armados con arcos y flechas y con unos espadones de madera con filo de obsidiana, más cortantes que navajas de afeitar. En cuanto a su número, era incalculable pues cubría toda la llanura.

De la primera embestida hirieron a setenta españoles. Bernal Díaz dijo al capitán Ordás: «Paréceme que podemos apechugar con ellos, porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas y estocadas, y por esto se desvían algo de nosotros, por temor dellas, y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas y tantas piedras como granizos»; pero Ordás no creyó oportuno el consejo, pues luchaban los españoles a uno contra trescientos. Solo los caballos podían salvarles. Después de angustiosa espera, la caballería, muy rezagada por haber tenido que rodear unas ciénagas, apareció en escena, y los indios creyendo que eran nuevos seres humanos de cuatro pies, se dieron a la huida no sin herir primero a tres jinetes y cinco caballos. Esta llegada súbita y dramática de los jinetes floreció más tarde en una leyenda que Gomara puso en circulación, transfigurando a la caballería de Cortés en un jinete misterioso que para unos fue Santiago y para otros San Pedro. «Pudiera ser -comenta Bernal Díaz- que los que dice el Gomara fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo como pecador no fuese digno de lo ver. Lo que yo entonces vi y conocí fue a Francisco de Moría en un caballo castaño que venía juntamente con Cortés». Y añade que como era tarde y estaban cansados de luchar y no habían comido, enterraron a tres soldados que habían muerto de heridas en la garganta y en los oídos, curaron las heridas de hombres y caballos quemándolas con unto de un indio muerto que abrieron a tal fin, y se dedicaron al reposo ^[905].

En cuanto hubo conquistado así respeto para su fuerza, Cortés pensó en negociar. Con tal objeto, envió al enemigo algunos de los prisioneros que se habían tomado para explicarles otra vez sus buenas intenciones. Los indios le devolvieron la visita primero con un grupo de esclavos, pintados y empenachados como para el combate, que le traían presentes de gallinas, pescado asado y maíz; pero Cortés los despidió con desagrado y les hizo entender que esperaba embajadores de más calidad.

Entretanto, según refiere Bernal Díaz, «como Cortés en todo era muy avisado nos dijo riendo a los soldados que allí nos hallábamos teniéndole compañía: “Sabéis Señores que me parece que estos indios temerán mucho a los caballos y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra y así mismo las lombardas. He pensado una cosa para que mejor lo crean: que traigan la yegua de ‘Juan Sedeño, que parió el otro día en el navio, y atalla han aquí adonde yo estoy, y traigan el caballo de Ortiz el músico, que es muy rijoso y tomará olor de la yegua’». Así se hizo, preparando además y cargando una lombarda. Llegaron entonces los caciques que venían como embajadores; quemaron incienso de copal ante Cortés y sus soldados y se manifestaron arrepentidos. Cortés los acogió con rostro grave y enojado, pero les hizo explicar por la lengua que les concedería la paz por esta vez, aunque si volvían a ponérsele en frente soltaría uno de sus «hierros» matándolos a todos. Al decir esto hizo disparar la lombarda. Era un día claro y transparente y la pelota de piedra hizo reverberar el aire y retumbar los cerros con sus truenos redoblados. Los caciques no pudieron ocultar su terror; pero les aguardaba una prueba todavía más espantable. Trajeron entonces al caballo de Ortiz al lugar, detrás de la silla de Cortés, de donde acababan de llevarse a la yegua de Sedeño: el caballo, sin dársele un bledo el aroma del incienso, aspiró al instante el aroma de su hembra y se puso a patear, relinchar y hacer bramuras, «siempre los ojos mirando a los indios», que temblaban de terror. Cortés, hombre al fin y al cabo de buen corazón, se levantó de su silla «y se fue para el caballo y mandó a dos mozos de espuelas que luego lo llevasen de allí lejos, y dijo a los indios que ya mandó al caballo que no estuviese enojado pues ellos venían de paz y eran buenos». Y así salió de la escena de la historia el caballo de Ortiz el músico, en feliz ignorancia del importante papel que había representado en la conquista ^[906].

Esta estratagema que ilustra tan primorosamente el carácter regocijado e imaginativo de Cortés aun dentro de lo positivo y práctico, produjo consecuencias inmediatas: los caciques se retiraron a toda prisa volviendo al poco tiempo con nuevas y abundantes ofrendas sobre las que habrá que volver. Cortés aceptó estos presentes graciosamente pero exigió de los mensajeros indígenas dos pruebas más fehacientes de paz y de amistad: la primera, que en el término de dos días volviesen a sus hogares sus mujeres e hijos que se habían llevado al campo «y que en esto conocerá tener verdadera paz»; la segunda fue que renunciasen a sus ritos sanguinarios y viniesen a orar ante un altar de la Virgen «con su hijo precioso en los brazos». Aquí también, como en la cercana Ciutla, se hizo un altar y se alzó una cruz, y Fray Bartolomé de Olmedo dijo misa en presencia de dos caciques, cuyos pensamientos sobre el misterio de la Virgen María debieron de ser bastantes recónditos. Fueron necesarios cinco días para que se rehiciesen los heridos, durante los cuales «Cortés siempre atraía con buenas palabras a todos los caciques», explicándoles la fuerza y majestad del Emperador con tanto éxito que los hombres de Tabasco se declararon dispuestos a ser vasallos de Carlos V -pensando quizá que este señor blanco tenía la ventaja de morar mucho más lejos que el Emperador de Méjico-. «Y estos -dice Bernal Díaz- fueron los primeros vasallos que en la Nueva España dieron la obediencia a su Majestad». El día siguiente era Domingo de Ramos. Cortés hizo venir a los indios con sus mujeres a una solemne ceremonia religiosa durante la cual aquellos indígenas, hechos a identificar toda ceremonia del culto con la muerte más sangrienta y espantosa, contemplaron con ojos atónitos a sus huéspedes, aquellos hombres robustos y barbudos que les habían derrotado en lucha desigual, arrodillarse ante la imagen de una mujer y de un niño, besar el Madero con toda humildad, y desfilar después en procesión llevando cada uno en la diestra, no una espada mortífera, sino un ramo de paz recién cortado de un árbol.

Al día siguiente, lunes, por la mañana la armada se hizo a la vela ^[907].

Los caciques de Tabasco, en su arrepentimiento, habían traído a Cortés «un presente de oro que fueron cuatro diademas y unas lagartijas y dos como perrillos y orejeras y cinco ánades y dos figuras de caras de indios y dos suelas de oro como de sus cótaras y otras cosillas de poco valor [...] y no fue

nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas, una muy excelente mujer que se dijo Doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana».

Entra en escena Doña Marina, una de las figuras más importantes de la conquista. Obsérvese ese Doña. En aquellos días no era título común, como hoy. Ninguno de los compañeros de Cortés -ni siquiera Cortés mismo- llevaba el don. Era entonces signo de nobleza. El hecho de que fuese otorgado a estas Indias desde el primer momento debe pues subrayarse como es debido. Doña Marina era mejicana, y «verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona». Su padrastro la había cedido a los de Tabasco, de quienes supieron los españoles su rango y calidad. Los españoles interpretaban naturalmente las instituciones de los mejicanos en términos de las propias. Una señora, por muy india que fuese, no dejaba de ser señora. Si en España se hubiese llamado doña, al bautizarla, doña habría que llamar a la cacica. Este detalle, al parecer sin importancia, prueba hasta qué punto inspiraba a los españoles una actitud de igualdad racial y de asimilación tan honda que si se daban cuenta de su existencia. Los caciques de Tabasco les habían regalado las veinte mujeres. Cortés las hizo primero catequizar y bautizar, regalándoselas a su vez a sus capitanes, «y a esta Doña Marina, como era de buen parecer, y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puertocarre- ro», hombre que Cortés cultivaba de un modo especial.

Conocía Doña Marina las dos lenguas, la de Méjico y la de Tabasco, que era la única que sabía Aguilar. Inteligente, sagaz, enérgica y, con el pasar del tiempo, lealísima a Cortés, fue Doña Marina para la conquista un elemento tan valioso que a los ojos de los devotos españoles debió de parecer como una mensajera del Señor ^[908].

*

La armada bogaba hacia San Juan de Ulúa siguiendo la costa que iluminaba un sol de primavera en un cielo azul. Varios de los soldados que iban a bordo con Cortés conocían aquella costa palmo a palmo. «Señor -le decían señalando de aquí de allá-, allí queda la Rambla, que en lengua de indios se dice Ayagualulco». «Allí está Tonalá, que dicen Sant Antón». «Allí es el río de Guazagualco... la Roca Partida... el río de Alvarado... el río de Banderas... la Isla Blanca... la Isla Verde...». Se acercó Puertocarrero y dijo a Cortés: «Paréceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros.

Cata Francia, Montesinos,
cata París, la ciudad,
cata las aguas del Duero,
do van a dar a la mar.

Y yo digo

Mirad bien las tierras ricas
y sabeos gobernar».

Bernal Díaz, a quien debemos esta inestimable escena, añade que «Cortés bien entendió a qué fin fueron aquellas palabras dichas y respondió:

Denos Dios ventura en armas,
como al paladín Roldán,

que en lo demás, teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender, y dejémoslo y no pasemos de aquí» ^[909] .

Esta escena está tan impregnada de la vida de aquel día y del espíritu de armas y letras de Cortés que es lícito considerarla como uno de los numerosos episodios de su vida inspirados directa o indirectamente por él. A su modo envolvente e insinuante, Cortés comienza por sembrar simientes de su propio pensamiento entre los capitanes y soldados que le rodeaban. Estaba entonces rumiando su sucesión de Velázquez para fundar una autoridad española autónoma solo supeditada a la metrópoli. La operación era tanto más delicada por existir entre su gente un fuerte partido favorable a Velázquez. Era menester ir con pies de plomo, tanteando a cada paso la solidez del suelo que pisaba. Surge la idea primero a iniciativa (aparente) de un hombre de gran prestigio en la armada, a quien distinguía él con asiduidad; pero además surge la idea primero en forma vaga, hermosa y revestida del encanto de uno de los romances populares que todo español sabía entonces de memoria. Aquel lenguaje, simbólico, indirecto, pero claro, era tal que todos sus soldados lo podían entender; y, sin embargo, no se había dicho nada que pudiera considerarse como peligroso, nada que al bando contrario pudiese parecer indicio de traición. Cortés recoge la poética alusión de labios de Puertocarrero y la contesta en lenguaje también del romancero, añadiendo una expresión de su confianza en los «caballeros» que le acompañan. La serpiente con plumas iba gradualmente fascinando a sus hombres ^[910] .

¡Qué atmósfera de colaboración, de asociación, de opinión y de sugestión vemos vivir constantemente en torno a Cortés! Nada de esto se observa en los relatos de las demás expediciones, ni aun cuando llegan a nosotros trazados por la pluma siempre vivaz de Bernal Díaz. Con Cortés, sentimos desde el primer momento un continuo intercambio de influencia que circula del jefe a su gente y de su gente al jefe, de modo que ya la armada empieza a ser una ciudad.

El Jueves Santo, después de mediodía, fondearon en San Juan de Ulúa.

Ya desde el año 13-Conejos había noticia en Méjico de navios extraños en la costa norte. Pero cuando en el primer tercio del año 1-Cañas, el Emperador se enteró de que habían fondeado en varios lugares de aquella costa, sintió confirmarse los temores que ya hacía tiempo abrigaba, mientras dominaban su ánimo dos sentimientos encontrados: certidumbre de que el recién venido era Quetzalcoatl, y duda de que lo fuese; entrega fatalista al dios que retornaba, y resistencia a dejarle venir; alegría ante la vuelta de Quetzalcoatl, y miedo ante su llegada. Su vacilación y su flaqueza ante Cortés se debieron sin duda a este desorden en que cayó su ánimo ante un acontecimiento tan magno, más que a falta de carácter para arrostrarlo. Hizo preparar comida en abundancia para los recién venidos, diciendo a sus mensajeros: «Si viéredes que comen todo esto, verdaderamente es el que aguardamos, Quetzalcoatl. Y viendo que todo esto no quieren comer en esto conoceremos que no es él. Y si quiere carne humana y os comiere, mucho de enhorabuena; que yo tomo a mi guarda, cargo y amparo vuestra casa, mujer e hijos para siempre; no dudéis de ello» ^[911]. Esto cuenta el cronista Tezozomoc, añadiendo que el mensajero, Tilancalqui, recibió órdenes de llevarse consigo a Cuitlalpitoc, «y si allá se lo comieren, para eso fue comprado como esclavo que es». Este dato concuerda con lo que dice Sahagún: «Motecuzuma juntó algunos adivinos y agoreros y algunos princi-

palejos y los envió al puerto donde estaban los españoles para que procurasen que no les faltase comida, y todo lo que demandasen; y para que mirasen diligentemente para que le diesen la relación de todo lo que pasase; y envió con ellos algunos cautivos para que sacrificasen delante del dios que venía, si viesen que convenía y si demandasen sangre para beber» ^[912]. El texto de Sahagún es de gran importancia a causa del conocimiento incomparable que había adquirido el sabio fraile, de la vida mejicana en general. En su versión, se iluminan singularmente ciertos detalles, y en particular el significado de los ricos presentes que Moteczumá mandó a Cortés. De todos los cronistas que dan cuenta de estas joyas y vestiduras, sumamente complicadas, Sahagún es el único que al parecer se da cuenta de su índole religiosa: «Llevaban también los ornamentos y atavíos con que se ataviaba Tetzcatli-poca, que era una cabellera hecha de pluma rica que colgaba por la parte de atrás hasta cerca de la cintura: estaba toda sembrada de estrellas de oro [...]. Llevaron también los ornamentos y atavíos del Dios que llamaban Tlalocantecutli: que era una máscara con su plumaje y una bandera [...]. Otros ornamentos también que llevaban eran del mismo Quetzalcoatl: una mitra de cuero de tigre, y colgaba de la mitra una capilla grande hecha de plumas de cuero». Y al registrar las instrucciones que dio Moteczumá a sus mensajeros, le hace decir: «Mirad que han dicho que ha llegado nuestro señor

Quetzalcoatl: Id y recibidle y oíd lo que os dijere: Veis aquí estas joyas que le presentaréis de mi parte, que son todos los atavíos sacerdotales que a él le convienen» [913].

Cargados de presentes para Quetzalcoatl, por si el huésped de que había noticia en la costa era el dios que regresaba, los mensajeros se pusieron en marcha. Pero, del relato de Bernal Díaz, el más cercano a los hechos, y el único que recibió su impacto directo, parece desprenderse que la identidad real y efectiva de Cortés no llegó nunca a aclararse del todo para muchos de los mejicanos y en particular para Moteczuma. Cuando llegaron los cristianos a San Juan de Ulúa, los indios enviaron algunos de ellos a bordo para preguntar quiénes eran, y Cortés, en ignorancia total de la condición divina que asumía a los ojos de los indígenas, contestó modestamente, «que veníamos para vellos y contratar e que no se les haría enojo ninguno». Al día siguiente, Viernes Santo, hizo desembarcar los caballos y colocó la artillería en unos médanos cuya altura convenía para el caso. El Sábado de Gloria llegaron los mensajeros. Venía entre ellos Cuitlalpitoc, quien en el estilo inimitable de Bernal Díaz se transforma en Pitalpitoque, del que añade este delicioso detalle, «después le llamamos Ovandillo», probablemente, aunque no lo dice, porque les recordase en algo al solemne Ovando, Gobernador General de las Indias ^[914]. Este modo de disfrazar de personajes a los esclavos era ardid empleado con cierta frecuencia por los mejicanos, por razones oscuras, entre las que puede haber figurado su temor de exponer a los grandes caciques, prefiriendo actuar tras de un hombre sin importancia que los extranjeros podían hasta comerse si así les viniere en gana.

Era la situación una verdadera comedia de errores, tan compleja como otras muchas de las que hacen tan entretenida la historia del descubrimiento y conquista de América. Teuhtile, el Gobernador local, y Pitalpitoque ofrecieron a Cortés la comida preparada para él por orden de Moteczuma con el fin de averiguar si era Quetzalcoatl ^[915]. Pero una cosa piensa el bayo y otra cosa el que lo ensilla. Cortés agradeció la ofrenda a los mejicanos y les abrazó, pero antes de aceptar la comida, hizo alzar un altar y decir misa cantada por el Padre Olmedo «que era gran cantor», en presencia de Teuhtile y de Pitalpitoque, quienes, de haberles sido posible comprender, aunque mal, el Santo Sacrificio, hubieran podido comparar una religión en donde el dios se come al hombre con otra en donde el hombre se come a Dios.

Para nosotros este acto de Cortés se nos antoja más sabio de lo que el crítico superficial juzgaría, ya que es evidente que el impacto directo de aquel servicio divino de canto y símbolo sobre un pueblo cuya religión estaba empapada en sangre era el modo más eficaz, quizá el único, de hacer llegar hasta

ellos el nuevo espíritu.

Después de misa, los jefes mejicanos y Cortés almorzaron juntos y en la mesa el español habló a los aztecas sobre el Rey Emperador que hacía mucho tiempo deseaba la amistad de Moteczuma (de quien no tenía la menor noticia) y con quien quería comerciar, terminando por preguntarles a boca de jarro dónde sería Moteczuma gustoso de recibirle. Teuhtile y Pitalpito- que debían de estar ya completamente desconcertados ante este cuento de cosas extrañas y lejanas, tan fuera de sus propios pensamientos sobre Quetzalcoatl, y que además llegaba a sus inteligencias, recluidas en un país inexplorado, a través de una cascada doble de interpretaciones: las palabras de Cortés caían en los oídos de Aguilar; disfrazadas en el lenguaje de Tabasco, pasaban por la lengua de Aguilar a los oídos de Doña Marina; y redisfrazadas en mejicano por Doña Marina (Dios sabe cómo se figuraría ella a emperadores y cristianos), llegaban al fin a los oídos de Teuhtile, imprimiendo en su cerebro conceptos e impresiones que quizá no reconociera ni de lejos el propio Cortés que los pergeñó. Sea cual fuere el efecto que en su ánimo produjesen estas laboriosas conversaciones, Teuhtile parece haber llegado a la conclusión de que aquel Capitán pálido y barbudo no era Quetzalcoatl, pues al oír el deseo de Cortés de ver a Moteczuma, «respondió algo soberbio y dijo: “Aun ahora has llegado e ya le quieres hablar”». Ello no obstante, ofreció a Cortés los presentes rituales que Moteczuma le había confiado, vistiéndole, si hemos de creer a Sahagún, con algunos de los atavíos del dios. Cortés no se dio cuenta del sentido religioso de esta ceremonia, lo que no dejaría de confirmar la opinión que ya Teuhtile había formado sobre no ser aquél el Quetzalcoatl de la tradición azteca, y no como dios mejicano sino como hidalgo español, ofreció a Teuhtile para Moteczuma una silla de cadera con entalladuras de taracea, unas piedras margaritas envueltas en unos algodones perfumados con almizcle, un sartal de diamantes torcidos y una gorra de carmesí con una medalla de oro de San Jorge a caballo matando un dragón. Todo lo iba pintando cuidadosamente un pintor-escriva del séquito de Teuhtile, en el lenguaje medio pictórico medio jeroglífico de los aztecas. Observáronlo los españoles, y Cortés, dándose al instante cuenta del partido que podía sacar de la situación, tomó las medidas necesarias para hacer que aquel informe, sin duda preparado por Moteczuma, fuese lo más elocuente posible sobre la pujanza de los españoles: ante los ojos atónitos de Teuhtile y de su escriba hizo disparar los cañones, que retumbaron con eco profundo en los cerros circunvecinos, y galopar por la playa a sus jinetes al mando de Alvarado en «su yegua alazana de gran carrera y revuelta». Todo lo apuntaba el escriba y lo observaba Teuhtile, aunque, a juzgar por los ejemplares de estos escritos pictóricos que han quedado, los artistas aztecas tardaron mucho tiempo en asimilarse el caballo, que representan como híbrido monstruoso de vaca, burro y perro, mientras el bigote de los españoles suele emigrar del labio a la parte alta de la mejilla [916].

Este Teuhtile parece no haber pecado de tímido como observa Bernal Díaz, siempre atento al detalle humano; y, al ver un casco medio dorado, «aunque mohoso», que tenía un soldado, expresó deseos de verlo de cerca pues «parecía a uno que ellos tenían, que les habían dejado sus antepasados e linaje donde venían, el cual tenían puesto a sus dioses Huichilobos». Cortés le propuso que se lo llevase y que lo volviese a traer lleno de oro de la tierra, nada más que por ver si era de la misma calidad que el que sacaban de los ríos de España. Cada cual arrimaba el ascua a su sardina y mientras Cortés, con la vista en los gastos y en el éxito, procuraba hacerse con el mayor oro posible, Teuhtile, a pesar de sus experiencias negativas, dudaba todavía, al ver aquel casco, si no era el mismo que el que llevaba Quetzalcoatl.

Tal parece haber sido la opinión de Moteczuma. «Desde que vio el casco y el que tenía su Huichilobos -cuenta Bernal Díaz-, tuvo por cierto que éramos de los que le habían dicho sus antepasados que venían a señorear aquella tierra». Pero el buen soldado no parece tan bien informado como de costumbre al decir que «el gran Montezuma desde que le vio, quedó admirado y recibió por otra

parte mucho contento»^[917], pues Sahagún, cuyo contacto con la tradición azteca es incomparablemente mayor que el de Bernal Díaz, da una versión mucho más en consonancia con la situación, con el carácter de Moteczuma y con el desarrollo ulterior de los hechos: «En el tiempo que estos mensajeros fueron y volvieron, Moteczuma no podía comer ni dormir, ni hacía de buena gana ninguna cosa, sino que estaba muy triste, y suspiraba espesas veces; estaba con gran congoja; ninguna cosa de pasatiempo le daba placer [...] y decía: ¿Qué será de nosotros? [...] Estaba su corazón que padecía gran aflicción y tormento y decía: O Señor, ¿adonde iré? ¿Cómo escaparé?». Cuando regresaron los mensajeros, estaba durmiendo. Despertándole, pero el Emperador no quiso oír en su alcoba las nuevas que traían (dato este que sugiere cierto temor supersticioso, como si Moteczuma quisiera alejarse de la escena de sus pesadillas) y los recibió en uno de sus salones, no sin mandar primero que untasen de greda todo el cuerpo a ciertos cautivos para sacrificarlos delante de los mensajeros y rociar a estos con su sangre. «Hicieron esta ceremonia -añade Sahagún- porque habían visto grandes cosas y habían visto a los dioses y hablado con ellos». Entonces, los mensajeros hablaron y presentaron al Uei Tlatoani su informe pictórico sobre los extranjeros: el ruido y potencia de sus pelotas de piedra, el tamaño, rapidez y vigor de los curiosos y nunca vistos «venados» que cabalgaban, el coraje y fuerza física de los soldados, «las caras blancas y los ojos garzos y los cabellos rojos y las barbas largas; y de cómo venían algunos negros entre ellos que tenían los cabellos crespos y prietos». Añade el Padre Sahagún que cuando Moteczuma leyó y oyó esta relación, «comenzó a temer y a desmayarse y a sentir gran angustia»^[918].

Abrumado, el Uei Tlatoani se acogió al único poder que creía bastante fuerte para oponerse a aquellos seres divinos. Ni la naturaleza ni el hombre le parecían de talla para hacerles frente. Era pues necesario recurrir a los poderes sobrenaturales. «Envió Moteczuma -refiere Sahagún- a aquellos adivinos, agoreros y nigrománticos para que mirasen si podrían hacer contra ellos algún encantamiento o hechicería para que enfermasen o se volviesen»^[919]. Este dato concuerda bastante bien con la narración que da Bernal Díaz, pues el regreso de Teuhtile, como él lo cuenta, dio lugar a ceremonias cuya índole mágica es indudable. Hay incluso en Bernal Díaz un detalle que no está en Sahagún y que viene a reforzar todavía más este aspecto mágico de la maniobra que el desesperado Moteczuma intentó oponer a Cortés y su gente. El principal mensajero en esta segunda embajada era tan parecido a Cortés que los españoles le dieron como apodo el nombre de su General. Bernal Díaz le llama Quintalbor. No cabe duda de que su parecido a Cortés no fue fortuito sino deliberado^[920]. Los mejicanos eran muy dados a esta personificación mágica por el parecido. Sus sacerdotes siempre procuraban disfrazarse y vestirse con el mayor parecido al dios a cuyo culto estaban adscritos. Quintalbor, dice Bernal Díaz, «en llegando donde nuestro capitán estaba, besó la tierra, y con braseros que traían de barro, y en ellos de su incienso, le sahumaron y a todos los demás soldados que allí cerca nos hallamos». Pero los españoles no se dieron cuenta del carácter mágico de esta ceremonia, y sin darle más importancia que la de una cortesía bárbara, aguardaron con paciencia a que terminase la escena, así como los mejicanos habían aguardado a que terminase la misa; y Cortés «les mostró mucho amor».

Fracasado el hechizo, los emisarios de Moteczuma recurrieron a otras formas menos esotéricas, pero quizá más eficaces, de la magia. Quintalbor hizo tender en tierra unos petates y cubrirlos con mantas de algodón para descargar los ricos presentes que traía en nombre de su Emperador. La abundancia y esplendor de estos regalos eran medida elocuente del terror que poseía el alma de Moteczuma: primero, «una rueda de hechura de sol de oro muy fino, que sería tamaña como una rueda de carreta», es decir, un calendario mejicano; luego «otra mayor rueda de plata, figurada la luna y con muchos resplandores y otras figuras en ella», sin duda el calendario astrológico o lunar de los aztecas. Estos dos planetas, resplandecientes bajo el sol de los trópicos, deslumbraron a los españoles por su

mero valor intrínseco, asombrándoles por su maravilloso artificio. Venían rodeados de constelaciones de otros presentes menores de oro, plata, cuero, piedras preciosas, valiosas plumas y algodón, sin olvidar el casco «algo mohoso» lleno de polvo de oro -testimonios irrecusables de una civilización a la vez rica y sumamente desarrollada en las artes del lujo.

Esta revelación fue para Cortés y su gente poderoso incentivo que hizo subir de punto su impulso invasor. Pero los emisarios de Moteczuma tenían órdenes terminantes de hacer entender a los españoles que su venida a Méjico era imposible. Moteczuma esperaba sin duda que sus valiosos regalos bastarían para satisfacer a los extranjeros, en el caso en que sus hechiceros fracasasen en su misión de detenerlos en la costa. Cortés se dio cuenta entonces del valor de la tierra que había tocado, pudo apreciar el terror que poseía ya el espíritu de Moteczuma y, así reforzado en su ánimo, contestó a los emisarios que «adonde quiera que estuviera Moteczuma le iría a ver -(águila)- y a hacer lo que mandare -(serpiente)-». Dicho lo cual, habiendo correspondido a los regalos del Emperador con pequeñas ofrendas, dice Bernal Díaz, «de la pobreza que traíamos», despidió a los emisarios [921].

Cortés funda Veracruz y rompe con Velázquez

Había llegado el momento de preparar en serio la visita al gran Emperador azteca. Ahora, cuando todo ha pasado ya, nos ocurre pensar en aquel momento como si el Cortés que lo hizo granar fuese ya la gran figura histórica que, precisamente por este éxito, llegó a ser más tarde. Pero entonces no era más que un Capitán aventurero que se había hecho a la mar algunas semanas antes en contra del deseo expreso de Diego Velázquez, su jefe legítimo. Se hallaba en una playa tórrida, arenosa y estéril, en un país desconocido, del que no había ni datos ni mapas, frente a una civilización misteriosa pero que ya le había dado señales de riqueza y de poder; con once navios, de quinientos a seiscientos hombres, trece caballos, poca artillería; al pie de un muro natural de doce mil pies de alto, desafiando a un monarca que le acababa de deslumbrar con un sol de oro y una lima de plata admirados más tarde por toda Europa. ¿Cuál era su base? No tenía base. Se hallaba en territorio extraño y en cuanto a socorro de gente o víveres y municiones que pudiera venirle de Cuba, no tenía ilusión alguna ni derecho a ella: de Cuba solo podía llegarle el contragolpe de la venganza. Pronto iba a dar la medida de un valor nada cauto cuando las circunstancias exigieran más audacia que prudencia. Pero no era hombre para arrostrar riesgos evitables. Era osado sin ser temerario. En aquel momento decisivo, su espíritu metódico le inspiró dos ideas capitales: ir en persona a ver a Moteczuma y a estudiar su imperio y dejar en la costa una fuerza suficiente para que su puerta hacia el mar permaneciese abierta. Y desde luego, bajo estas dos ideas, su plan secreto de liberarse de la autoridad de Velázquez en cuanto lo permitiesen las circunstancias.

La playa en que estaban acampados no era buen sitio para una instalación permanente. Era tierra estéril e infestada de mosquitos. Cortés envió a Montejo a reconocer la costa, juntamente con el malhumorado Alaminos.

Mientras Montejo navegaba, volvió Teuhtile de la capital con más presentes todavía para el Emperador de los cristianos, y en particular valiosos chal-chivith, piedras verdes, aunque opacas, en gran estima entre los mejicanos, menos quizá por su valor intrínseco que por ser signo convencional de alto rango. Con estos presentes, el Emperador azteca quería dorar la pildora de su reiterada negativa a recibir a Cortés en su capital. Pero Cortés no era hombre que aceptase negativas de nadie, y contemplando las piedras preciosas, se volvió hacia algunos soldados que allí cerca de él se encontraban, y a su modo tranquilo y ecuánime, les dijo: «verdaderamente, debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algún día le hemos de ir a ver».

Caía la tarde y en el aire quieto sonó la campana del Ave María. Los españoles se arrodillaron y Teuhtile y sus compañeros contemplaron desconcertados a aquellos temibles guerreros blancos humillándose ante la cruz. Todavía resonaban en los oídos de todos las últimas palabras del Ave María cuando Teuhtile preguntó a los españoles a qué fin se humillaban delante de aquel palo: «Y como Cortés lo oyó y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo al fraile: “Bien es agora, Padre, que hay buena materia para ello, que les demos a entender con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fe”.». Fray Bartolomé de Olmedo, sin perder tiempo, «les hizo un tan buen razonamiento, para en tal tiempo, que unos buenos teólogos no lo dijeran mejor». Pero si hemos de juzgar por el efecto de la teología sobre nuestras mentes europeas, y en nuestra lengua, nos figuraremos el desconcierto que les produciría a Teuhtile y a sus compañeros el razonamiento del fraile, que les llegaba a través de dos lenguas, aunque una de ellas era la de un hombre ordenado de menores [1001].

No cabe negar que la fe de Cortés constituye un rasgo rebelde al conjunto en aquel hombre de acción. Por primera vez, aunque no la última, le vemos arrastrado por su deseo de propagar la fe, que para él era la única verdad, a deshacer la labor que su sagacidad y maquiavelismo habían llevado a buen fin; pues mientras todos sus esfuerzos lógicos y conscientes iban dirigidos a elevar el prestigio de los cristianos y el respeto que inspiraban en los indígenas, su humildad cristiana en el culto, incomprensible del todo a los mejicanos, tenía que terminar por destruir la impresión divina que aquellos seres extraños habían producido al comienzo sobre los ingenuos naturales.

Ya sea por esta circunstancia o por razones más recónditas (que pudieran incluir cierto cambio de táctica por parte de Moteczuma), Pitalpitoque comenzó a descuidar algún tanto el suministro de víveres para los españoles. Ya no venían los campesinos a traerles maíz y gallinas y los españoles tuvieron que resignarse a comer pescado que los marineros de la armada pescaban y les vendían contra el oro que ellos rescataban de los indios con sus campanillas y cuentas y otras bagatelas usuales. Ahora bien, el rescate de oro solía considerarse en estas expediciones como un monopolio reservado al jefe, en interés de quien lo había prohibido estrictamente a sus soldados, «Cortés se holgaba dello y lo disimulaba, y aunque lo vía y se lo decían muchos criados e amigos de Diego Velázquez, que para qué nos dejaba rescatar». El bando de Velázquez, con Juan Velázquez de León a la cabeza, estaba muy movido. Argüían ellos que no los había enviado el Gobernador para que todo el oro rescatado se lo llevaran los soldados y que era menester que Cortés mandase pregonar que quedaba prohibido todo rescate de oro. Cortés aprovechó esta excelente ocasión: se declaró inmediatamente de acuerdo, pidiendo incluso a los de Velázquez que le propusiesen un candidato para Tesorero, lo que así se hizo, quedando nombrado para este cargo impopular Gonzalo Mejía. Una vez que Cortés hubo así sacado a primer plano a los directores indiscutibles de este movimiento contra los intereses del soldado de filas, Cortés, «no de buen semblante», se volvió a los que así le habían obligado a actuar, diciéndoles: «Mirá Señores que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con qué se sustentar, y por esta causa habíamos de disimular porque todos comiesen, cuanto más que es una miseria cuanto rescatan, que mediante Dios mucho es lo que habernos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y envés; ya está pregonado que no rescaten más oro, como habéis querido y veremos de qué comeremos» ^[1002].

Cortés había maniobrado con su larga vista habitual. Cualquier capitán más sencillo, reaccionando automáticamente al impulso del hábito y de la codicia, hubiera prohibido a los soldados los rescates que hacían por su cuenta. El lo observó todo pero dejó hacer, adivinando que la situación iría a dar en ventaja suya. El bando de Velázquez cayó ingenuamente en el lazo que el astuto Capitán le había tendido. Ahora ya figuraban oficialmente como los enemigos egoístas del soldado de filas cuyos intereses y necesidades solo hallaban defensa en el generoso Cortés. Iban así madurando las cosas para el astuto Capitán, pero todavía no estaban maduras. La elección de un lugar para asentar el nuevo campamento vino a presentar otra ocasión, que Cortés no tardó en explotar.

Después de un viaje de doce días, dramático y a veces peligroso, volvió Montejo con un informe inconcluso. Había seguido la costa hasta Pánuco, y por temor a no poder capear los temporales que se le alzarán, había decidido dar la vuelta. A unas doce leguas de San Juan de Ulúa, donde a la sazón estaba Cortés con su gente, Montejo había descubierto un pueblo mejicano con una fortaleza, llamado Quiahuitlan ^[1003], cerca del cual se abría un buen puerto abrigado contra el viento norte y rodeado de tierras ricas, con ríos, abundante madera y piedra para edificar. El campamento estaba ya cansado de inacción, mosquitos y mala comida ^[1004]. El bando de Velázquez pedía volver a Cuba. Cortés entonces anunció su decisión de trasladar el campo al lugar que Montejo había descubierto. Montejo pertenecía al grupo velazquista. Con su sagacidad habitual y su atención para el detalle, Cortés lo había escogido

como jefe de la expedición exploradora precisamente por ser un prohombre de la oposición, con lo cual lo había tenido a distancia mientras preparaba su conquista del propio ejército, y al mismo tiempo había puesto a los velazquistas en la difícil postura de tener que negarse a trasladar el campo al lugar escogido por uno de sus amigos.

Pero el grupo de Velázquez expresó no obstante su oposición de un modo terminante: no había comida, habían muerto de heridas, enfermedad o hambre treinta y cinco soldados; la tierra era vasta, las ciudades populosas, belicosos los naturales; valía más hacer inventario de la ganancia hecha y volverse a Cuba con el sol de oro, la luna de plata y el casco lleno de pepitas. A todo lo cual contestó Cortés que no era de hombres valientes el retroceder antes de haber avanzado, que era corriente morir en la guerra, que era menester enterarse de las cosas de la tierra antes de abandonarla y que comerían del maíz y bastimentos que tenían los indios o mal les andarían las manos ^[1005].

Calmóse con esto la facción al menos por un tiempo, y Cortés siguió adelante con sus planes, que había madurado con los hermanos Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, y sobre todo su gran confidente Puertocarrero. Gracias a Bernal Díaz, podemos asistir a una de las escenas más pintorescas de su campaña política en el seno del ejército, digna en verdad de un período electoral de nuestros tiempos: «Una noche, a más de media noche, vinieron a mi choza el Alonso Hernández Puertocarrero y el Juan de Escalante y el Francisco de Lugo, que éramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dijeron: “Ah, señor Bernal Díaz del Castillo, salid acá, con vuestras armas a rondar, acompañaremos a Cortés que anda rondando”, y desde estuve apartado de la choza, me dijeron “mirá señor, tened secreto de un poco que os queremos decir que pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro rancho, que son de la parte de Diego Velázquez”, y lo que me platicaron fue “¿paréceos, señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos y dio pregones en Cuba que venía a poblar y agora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos, y tomarse ha el oro Diego Velázquez como la otra vez? Mirá señor que habéis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habéis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida, con tantas heridas; hacémoslo, señor, saber porque no pase esto más adelante y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced para questa tierra se pueble en nombre de su Majestad y Hernando Cortés en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad, hacedlo saber en Castilla a nuestro Rey y señor; y tenga, señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por capitán de unánime y voluntad, porque os servicio de Dios e de nuestro rey e señor”.» ^[1006].

Bernal Díaz prometió su voto, y los agentes electorales de Cortés fueron de soldado en soldado hasta que la cosa llegó a oídos de los de Velázquez. No perdió la oposición tiempo alguno en echarle en cara a Cortés que andaba con mañas para quedarse con aquella tierra, requiriéndole a que se volviese a Cuba sin andarse en «más rodeos y secretos con los soldados, pues no tenía bastimentos ni gente ni posibilidad para poblar». Cortés era demasiado astuto para hacerles frente y agotarse en una lucha a brazo partido con ellos. Siguiendo su estilo, logró hacerles salir a terreno peligroso con solo fingir que se retiraba: «Sin mostrar enojo, dijo que le placía, que no iría contra las instrucciones y memorias que traía del Diego Velázquez» (haciendo así constar indirectamente que Velázquez era contrario a poblar) «y mandó luego pregonar que para otro día todos nos embarcásemos, cada uno en el navio en el que había venido». Esta orden provocó inmediata protesta de los que deseaban poblar. Al punto se fueron a Cortés para convencerle de lo que siempre había pensado y obligarle a lo que siempre había querido. «Y aunque se hacía mucho de rogar -apunta con irónico gracejo Bernal Díaz- y como dice el refrán tú me lo ruegas e yo me lo quiero, fue con condición que le hiciésemos Justicia Mayor y Capitán General, y lo peor de todo, que le otorgamos que le diésemos el quinto de oro que se

hubiese». De este modo, el astuto capitán se arregló para que sus partidarios venciesen a la oposición velazquista y a la vez para que la oposición velazquista le pusiese en situación a él de arrancar a unos y otros poderes y privilegios que ante un ejército unido no hubiera podido alcanzar.

No quedaba más que la forma, pero la forma, pese a lo que imaginaba la gente superficial, es esencial. Aquí las letras de Cortés vinieron en auxilio de sus armas. El procedimiento que empleó lleva el sello de su estilo inimitable. Los soldados, habiendo resuelto que así convenía al mejor servicio de Su Majestad, requirieron a Cortés para que cesase el rescate del oro y se fundase una villa con autoridades para la administración de justicia y gobierno, es decir con alcaldes y regidores. Cortés se tomó un día para pensarlo, a fin de simular mejor que hacía por la fuerza de las circunstancias y bajo la presión popular lo que en realidad había ya meditado y resuelto de por sí. Al día siguiente, se inclinó como buen demócrata ante la opinión pública, no sin hacer constar, como todo buen demócrata, que al hacerlo sacrificaba sus intereses personales, pues el rescate de oro era para él compensación necesaria a sus gastos. Se resignó pues a poner en práctica su propio designio, fundando la Villa Rica de la Vera Cruz, nombre admirable que reunía lo útil del oro con lo agradable del Evangelio. Como Alcaldes nombró a su fiel Puertocarrero y a Montejo, amigo de Velázquez, comprometiéndolo así en el acto aunque sin conseguir, según más adelante se verá, ganarlo del todo a sus intereses. Con la fundación de la Vera Cruz la armada se trasfiguraba en un Municipio español gobernado democráticamente por su cabildo. Para mayor solemnidad Cortés tomó juramento a Alcaldes, Regidores y Cabildo en nombre del Rey [1007].

Pero ahora ya no era Cortés un capitán de Diego Velázquez, varado en una playa anónima. Era un ciudadano de la Villa Rica de la Vera Cruz, municipio español (más o menos) debidamente constituido. Al día siguiente, el cabildo reunido en sesión solemne, convocó a Cortés, requiriéndole a que mostrase los poderes e instrucciones que tenía de Diego Velázquez, lo que Cortés hizo al punto, pues era hombre muy respetuoso de las instituciones democráticas constituidas por sus amigos. El cabildo examinó sus papeles con la mayor atención llegando a la conclusión -no inesperada- de que ya no eran válidos, y decretó por consiguiente el cese de Cortés como Capitán General y Justicia Mayor. Esta decisión del cabildo ponía al Municipio español en situación delicada, pues es sabido que la administración de justicia y el mando de la fuerza pública son dos funciones indispensables del Estado para las que hace falta una persona de excepcionales dotes. Afortunadamente, tuvo el cabildo la feliz idea de nombrar a Cortés para llenar ambas vacantes y después de haber logrado que aceptase, lo que pudo hacer sin gran dificultad, el cabildo le tomó juramento con todas las ceremonias que se usan en casos tan poco usuales.

Así fue elegantemente eliminado Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, de la empresa de Méjico. ¿Qué, podía preguntarse el cabildo, les iba a ellos con Cuba ni a Cuba con ellos? Ellos eran regidores de un municipio español llamado Villa Rica de la Vera Cruz, tan rica (en esperanza) como piadosa (en intención), pues de otro modo se hubiera puesto un nombre menos largo, como aquel «nombre feo» que Montejo le había dado a uno de los puertos por él descubiertos, nombre que ni el mismo Bernal Díaz se atreve a estampar ^[1008]. Eran españoles libres, cuyas tradiciones democráticas les daban derecho a fundar una villa dondequiera que se les antojare, hasta en un campamento donde, aun después de fundado el Municipio, no había ni rastro de tal villa pues como los acontecimientos se habían precipitado, Cortés había fundado su república para andar por casa antes de poner ni siquiera la primera piedra de la Villa Rica, lo que no hizo sino mucho más tarde, cuando habiendo resuelto a satisfacción propia lo que hoy llamaríamos su situación constitucional, trasladó el campamento a ^[1009] Quiahuiztlan y comenzó a construir la primera ciudad de Veracruz .

Pero el partido velazquista, a pesar de la semidefección de Montejo no se dio por vencido, antes

al contrario se agitaba con evidente malhumor, y Bernal Díaz cuenta que los amigos de Cortés tuvieron hartazgo que hacer para impedir que llegasen hasta la rebelión [1010]. No parecen haberse dado cuenta los velazquistas de la diferencia que implicaba para la autoridad de Cortés el hecho de haber sido investido por la voz popular oficialmente expresada por el cabildo de un municipio constituido. Cortés ya no tenía por qué aplicar paños calientes a la situación. Era la autoridad elegida por el pueblo, y como tal actuó con mano dura, echando grillos a Juan Velázquez de León, Diego de Ordás, Escobar el Paje y Juan Escudero, los cabecillas de la oposición; en cuanto a los demás, los trató a su modo usual, anunciando que si cualquiera de ellos deseaba regresar a Cuba podía hacerlo a su antojo, pero enviando al mismo tiempo a los más de entre ellos a una «entrada» o correría al mando de Pedro de Alvarado para hacerse con municiones de boca. Desde luego, no hubo candidatos para Cuba: Cortés sabía perfectamente que si la mayoría de la armada permanecía en Méjico, los disidentes no se volverían a Cuba, aunque no fuera más que por no quedar en mala postura retomando de vacío mientras sus compañeros se cubrían de oro y de laureles. La tropa de Alvarado se encontró con numerosas trazas sangrientas de sacrificios humanos pero con pocos víveres, aunque dice Bernal Díaz que «hubo de cargar cada soldado de gallinas y de otras legumbres», profética definición del vegetarianismo tal y como se practica. Según su costumbre, es aquí Bernal Díaz inestimable coleccionador de detalles que nos permiten penetrar en las interioridades del ánimo de Cortés; así por ejemplo, cuenta que Alvarado regresó sin hacer más daño a los indios que el de privarles de sus gallinas y otras legumbres por tener órdenes expresas de Cortés, que conocía por lo ocurrido en Cozumel la manera díscola y violenta de su lugarteniente -rasgo que había de ser más tarde la causa de las mayores tribulaciones del gran conquistador ^[1011].

Cortés entretanto se dedicaba a curar las heridas de amor propio que su propia firmeza había causado a sus enemigos. Dádivas quebrantan peñas, dice nuestro proverbio, que cita aquí Bernal Díaz muy a propósito. Con dádivas y jarabe de pico, aquella singular fuerza persuasiva de sus palabras, tras de la cual actuaba desde luego su no menos singular don de gentes, Cortés fue ganando así a sus adversarios, uno de los cuales, Juan Velázquez de León, llegó a ser su amigo más fiel. Mas no es solo el don de gentes el rasgo de su carácter que hay que admirar en esta ocasión; más admirable todavía es el modo cómo supo mantenerse por encima de las luchas personales de aquella crisis y distinguir entre Cortés el hombre y Cortés el capitán. ¡Con qué constancia permaneció fiel a los fines superiores de la empresa, dando de lado a sus sentimientos personales para tomar las medidas que más convenían al conjunto con los rebeldes y adversarios del día en quienes su vista penetrante desentrañaba amigos y soldados leales para el porvenir! Este dominio de sí, esta subordinación total del ser a la obra es una de las grandes cualidades de Cortés que contribuyen a hacer de él uno de los hombres de acción más geniales que la historia ha conocido.

*

Entretanto, los españoles hacían frente sin saberlo a peligros que, de haberlos conocido, hubieran hecho cuajar en sus venas aún su sangre española tan ardiente y tan brava. Moteczuma, aterrado al ver el informe pictórico que le habían traído sus emisarios, había convocado a los ancianos de Chalco, Cuitlahuac y Mizquic para preguntarles qué clase de hombres eran los que según se decía habían venido un día a señorear a Méjico. Los de Chalco dijeron que se llamarían Tezocuiloxique, o para abreviar, Zenteycxique, «que tienen un pie solo, de una pata muy grande, con que se hacen sombra, tienen la cabeza en el pecho»; Moteczuma contestó malhumorado que esta versión no estaba de acuerdo con sus pinturas, y mandó llamar a los sabios de Xochimilco y en particular a uno llamado Quilaztli que aseguró al Emperador que los que aguardaban se llamarían Coayxeequee, y tendrían caras de culebras y caras de pescados grandes y vendrían a caballo de unas grandes culebras que

parecen cerros, y han de dormir encima de sus cabalgaduras y comer en ellas como si fueran sus propias casas; llegarían por la parte del oriente y andarían a horcajadas sobre unos grandes ciervos o venados poderosos; serían muy blancos de rostro y de muy largas barbas y los vestidos de muchas diferencias y de muchos colores. Esto ya se parecía bastante a la versión que tenía Moteczuma para que el Emperador se arriesgase a enseñar sus pinturas al sabio de Xochimilco y de la comparación de lo que uno y otro sabían, quedó arraigada en el ánimo del Emperador la convicción de que aquellos extranjeros podrían quizá no tener nada que ver con Quetzalcoatl, pero venían desde luego a conquistar su Imperio.

El infortunado Moteczuma se temía lo peor, pero no por eso abandonó la lucha. Había «muchos nigrománticos en tierra caliente, como son los pueblos de Quahnahuac, Yauhtepec, Huaxtepec, Ayacapichtlan, Xohuitotl, Ocuilan, Malinalco y Tenautzinco, grandes hechiceros y encantadores, que comen los corazones de los hombres vivos y los llevan a cuestras de noche durmiendo, que van encantados». El Emperador los hizo llamar dirigiéndoles una larga oración para que fuesen «a empecer a los venidos por la mar del cielo porque ya no quieren volverse; y el remedio de ello es que vais y hagáis vuestros poderíos en tanta manera que teman de llegar acá y se vuelvan: o sobre ellos echarles profundo sueño, que los llevéis a medianoche a cuestras y los despeñéis en unas hondas peñas o barrancas; o comedies los corazones».

Los hechiceros, que, a pesar de sus formidables poderes, eran súbditos leales y obedientes de Moteczuma, se pusieron en marcha hacia Veracruz y con el mayor sigilo, rodearon el campamento de los españoles atacándoles cada uno según su especialidad. «Los encantadores que se volvían bravos animales dijeron: “Nosotros queremos probar nuestra ventura; y si no bastare les comeremos los corazones”.». Pero en vano, porque se encontraron con que los corazones de los cristianos no tenían más que «escurana y humo». (El humo se explicaría en los que ya habían adquirido en Cuba el vicio del tabaco, pero la escurana no es de tan fácil explicación). Vino entonces el turno de los encantadores que se volvían culebras ponzoñosas y alacranes para morder a los españoles, pero también fracasaron y, aunque no lo dice el cronista, es de sospechar que de haber mordido a los españoles muriese algún encantador. Vinieron después los hechiceros que comían corbas y pantorrillas, pero les desconcertó hallar que los españoles no tenían ni pantorrillas ni corbas, sin duda por no haber preguntado el camino a los mosquitos, cuyos trompeteos de victoria vencían el ruido del mar sobre los pedernales de la costa y aun el rascar de los acribillados españoles. Finalmente llegó el momento de los hechiceros que encantaban con sueños para despeñar a los dormidos y también fracasaron, porque mientras unos españoles dormían otros velaban, «y con esta vela y centinela, jamás pudieron empecerles». En suma, los pobres hechiceros tuvieron que volverse cabizbajos a Moteczuma, para quien aquella derrota de sus magos fue señal definitiva de su próximo fin ^[1012].

*

Ya fuese consecuencia de estos esfuerzos malogrados para deshacerse de los españoles por vía de encantamiento, ya por otras causas, Pitalpito que desapareció una mañana sin previo aviso, dejando a los españoles sin las provisiones usuales de víveres y de oro. Bernal Díaz explica el hecho como debido a consejos directos dados a Moteczuma «por sus ídolos», y en particular por «Huichilobos, dios de la guerra, y Tezcatepuca, dios del infierno», lo que parece indicar alguna influencia de los magos y sacerdotes en este cambio de actitud. Cortés, sin meterse a investigar las causas, interpretó el hecho como peligro de guerra y se preparó a hacerles frente.

Un día que Bernal Díaz estaba de centinela con otro compañero en unos arenales, vio venir a cinco indios ataviados de un modo distinto al de los mejicanos: «llevaban unos grandes agujeros en los bezos de abajo y en ellos unas rodajas de piedra pintadillas de azul y otros con unas hojas de oro

delgadas y en las orejas muy grandes agujeros, en ellas puestas otras rodajas con oro y piedras». Con ademanes corteses, y en lenguaje de mudos pidieron a los centinelas que les permitiesen ir al campamento y Bernal Díaz, accediendo a ello, les acompañó, «que en aquella sazón -explica- no me pesaban los pies como agora que soy viejo». Pero al llegar al campamento se encontraron con que ni Aguilar ni Doña Marina les entendían. Doña Marina entonces les preguntó en lengua nauhatl, que era la de Culúa o Méjico propiamente dicho, si había entre ellos quien la entendiera, y entonces dos de los visitantes explicaron que eran Totonagues, enviados por el cacique de Cempoal, para informar a Cortés de cómo padecían bajo la tiranía de Moteczuma a quien tenían que pagar fuertes tributos y para invitar a los españoles a que viniesen a visitarles a Cempoal ^[1013].

Esta embajada fue una revelación para Cortés. Como le llegaba precisamente cuando intentaba persuadir a cierto contingente reacio de su ejército a que se aviniese a la ardua conquista de aquella tierra áspera y desconocida, debió de parecer a sus ojos, iluminados por la fe, como una señal venida del cielo, pues significaba que aquellos indios que se habían propuesto subyugar, en servicio de Dios y del Rey, se hallaban divididos entre sí y que, por lo tanto, Moteczuma tenía enemigos sobre quienes podrían apoyarse los españoles en su lucha contra él, si fuere menester luchar.

Cempoal estaba en el camino de Quiauiztlan; hecho que debió decidir a Cortés a trasladarse por tierra del campamento viejo al nuevo, enviando la impedimenta por mar. Se pusieron en marcha por los arenales, que ardían bajo el sol cruel de julio, con el mar azul a un lado y al otro «una gran cordillera de sierras muy hermosas, y algunas de ellas son en gran manera muy altas, entre las cuales hay una que excede en mucha altura a todas las otras, y algunas veces cuando hace muy claro día se ve por cima de las dichas nubes lo alto de ella, y está tan blanco que lo juzgamos por nieve y aun los naturales de la tierra nos dicen que es nieve; mas porque no lo hemos bien visto, aunque hemos llegado muy cerca, y por ser esta región tan cálida no lo afirmamos ser nieve» ^[1014]. Así iban admirando y dudando, entre las escenas esplendorosas de la naturaleza y las escenas horrorosas de los hombres, atravesando ya encantadores paisajes tropicales, ya pueblos vacíos, con la sangre de sacrificios humanos todavía fresca sobre la piedra de los templos, «y allí dormimos aquella noche y no hubo que

cenar» ^[1015], dice Bernal Díaz, sin más comentario. Iba haciéndose cada vez más verde el paisaje, sobre cuyas floridas praderas la yegua de Alvarado persiguió sin alcanzar a un venado grácil y veloz, y los mil aromas y colores de las tierras tropicales, fecundadas por agua abundante, llenaban de gozo a aquellos castellanos y extremeños, hijos de la sequedad. La noche siguiente acamparon en otro pueblo vacío, también ensangrentado con la traza de recientes sacrificios humanos. Al día siguiente por la mañana, después de haber avisado al cacique, la tropa se puso en marcha hacia Cempoal. Aun sabiendo que iba a ver a un amigo, Cortés no dejaba nada al azar y formó sus tropas de modo que estuviesen dispuestas para cualquier eventualidad: todo el mundo alerta y los corredores del campo siempre descubriendo. Pero cuando llegaban a cosa de una legua de la ciudad, vieron avanzar hacia ellos como un jardín ambulante -veinte principales de Cempoal salían a recibirlos con grandes ramos de rosas que ofrecieron a Cortés y a sus jinetes. Mucho regocijó a los españoles hallar una tierra tan feliz y tan pacífica, una ciudad que parecía un vergel, con calles bien trazadas y casas de elegante construcción en jardines floridos y llenos de color; y alabaron a Dios por haberles permitido descubrir tales cosas. Tan encantados estaban con Cempoal que le llamaron Sevilla, colmo del elogio: «Aquella parece a la casa del Duque de Medina», exclamaba uno, y otro decía: «Aquella, a la casa del Duque de Arcos». Con su larga estancia en los arenales de San Juan de Ulúa, traían la imaginación llena de sed, y al primer trago de color y alegría, algunos de ellos parece como que se emborracharon, pues unos jinetes que se habían adelantado hasta el centro de la ciudad, donde las casas, recién enjalbegadas, resplandecían bajo el sol, volvieron a rienda suelta a decir a Cortés que habían visto casas con paredes de plata. «Doña Marina y Aguilar dijeron que sería yeso o cal, y tuvimos bien que reír de su plata e

frenesía» [1016].

El cacique había mandado por delante aquellas rosas para excusarse por no haber salido en persona, pues era demasiado grueso para tal ejercicio. Era hombre de buen humor y de temperamento pacífico y amigo de vivir, como todo hombre obeso está obligado a ser, y dio a Cortés y a su gente alojamiento cómodo y excelente comida. Como hombre que sabe lo que es comer bien, aguardó pacientemente a que los españoles hubiesen terminado de comer para ir a visitar a Cortés. Sus huéspedes le recibieron con los abrazos y cortesías usuales y le obsequiaron con los también usuales «razonamientos» sobre la santa fe de los cristianos y el magno poder del Rey Emperador, todo lo cual escuchaba el Cacique Gordo con oídos ausentes y ojos abatidos, preocupado como estaba con sus propias tribulaciones que de cuando en cuando le burbujaban del pecho en suspiros y que terminaron por brotarle en torrente de lamentaciones y quejas contra Moteczuma, su tiranía y su codicia. Cortés le oía con la mayor atención y le prometió ocuparse de ello en cuanto se hubiese instalado en Quiauiztlan.

Al día siguiente, el Cacique Gordo puso cuatrocientos tamemes a disposición del ejército. Eran estos tamemes mozos de cuerda que solían llevar a cuestras cargas de unas veintidós libras a distancias de unas cinco leguas. Para los españoles fueron un gran descubrimiento. Los mejicanos no habían inventado la rueda ni tenían animales domesticados que pudiesen cargar; el transporte se hacía siempre a hombros humanos y todos los soldados tenían que llevar a cuestras su propio equipaje, pues solo cinco o seis de entre ellos se habían traído indios de Cuba ^[1017].

Así aliviados, comenzaron los españoles al día siguiente la subida de la cuesta abrupta de Quiauizdan, pueblo construido en un roquedo del monte, especie de fortaleza natural «y si hubiera resistencia, era malo de tomar». Pero no hubo resistencia porque los indios, asustados por la artillería y los caballos, habían huido todos, excepto unos quince que aguardaban a los invasores en una de las «mezquitas» y que los recibieron con mucho quemar de incienso y otras ceremonias mágicas. Apenas había tenido tiempo Cortés para exponerles sus dos temas favoritos -religión e imperio- cuando apareció en escena el Cacique Gordo, en litera desde luego, y allí mismo, en presencia de los de Quiauiztlan y con su apoyo moral volvió a desarrollar su propio tema, el de la tiranía y opresión de Moteczuma, ilustrándolo con lágrimas y suspiros, con escenas de hijos arrastrados al sacrificio, cosechas arrasadas, hijas y mujeres violadas por los mayordomos de Moteczuma en presencia de padres y maridos. Los soldados españoles se apiadaron de él y Cortés también sin duda; pero más que a la piedad, el discurso del Cacique Gordo le movió a la acción, sobre todo cuando le dijeron que los de Moteczuma aterrorizaban una vasta región, todo el distrito totonaque, que comprendía más de treinta pueblos, lo que, para un general siempre alerta, se traducía en muchos miles de guerreros indígenas aliados. Era, pues, indispensable obtener una alianza concreta con los de Cempoal. El tiempo era factor importante. La ficción legal de Veracruz, villa fundada en espíritu pero hasta entonces carente de cuerpo, era una forma vacía que solo el éxito podía animar. Era necesario para Cortés alcanzar éxitos tangibles antes de que Velázquez aniquilase su precaria situación maniobrando contra él en la Corte, donde tan poderosas amistades podía poner en juego.

El mayor obstáculo que se oponía a estos designios de Cortés era el terror de Moteczuma que paralizaba el corazón de los de Cempoal. Cortés parece haberse dado cuenta clara de la situación: Importaba que los de Cempoal se declarasen en rebelión abierta contra Moteczuma; pero además el astuto Capitán, que al fin y al cabo no tenía información completa sobre el poder efectivo del tan temido Emperador, salvo que era bastante fuerte para asustar a los de Cempoal con sus armas y para deslumbrar a los de España con sus tesoros, se dio también cuenta de que, al inducir a los de Cempoal a rebelarse abiertamente contra Moteczuma, era menester que los españoles salvaran sus buenas relaciones con el Emperador mejicano a fin de evitar, si posible, un duelo armado con aquel poderoso monarca, aunque preparándose para tal duelo por si fuese inevitable.

Tales eran sin duda los pensamientos que le bullían en la cabeza mientras sus capitanes y soldados escuchaban con indignación el cuento lamentable del Cacique Gordo. La escena tuvo súbito desenlace con la llegada a toda prisa de unos indios que con gestos de gran agitación revelaron noticias al parecer inquietantes al Cacique Gordo y al de Quiauiztlan. Ambos caciques palidieron y se echaron a temblar. Habían llegado cinco recaudadores de Moteczuma.

La suerte favorecía a Cortés como lo suele hacer con los audaces [1018].

Cortés «quema» sus naves

En cuanto los de Cempoal y los de Quiauiztlan se enteraron de la llegada de los poderosos calpixques o recaudadores de Moteczuma, salieron precipitadamente de la estancia, dejando a Cortés solo -solo con sus meditaciones-. ¿Qué clase de aliados eran estos? ¿Hasta qué punto le sería posible confiar en ellos? ¿Cuánto valor suyo propio tendría que infundirles para que se atreviesen a hacer frente a aquel Moteczuma, ante cuyos tiránicos recaudadores se mostraban tan obsequiosos? ¿Cómo se habían ido trocando sus lágrimas, suspiros y quejas en sonrisas, reverencias y acatos! En el momento en que él había esperado que se aprestasen a una guerra de resistencia, lo que estaban preparando era el alojamiento lujoso y el suntuoso banquete con que se disponían a recibir a sus malvenidos visitantes.

Mientras el Capitán y sin duda también sus compañeros cavilaban así sobre la situación, vieron a los cinco calpixques desfilar ante sus ojos, llenos de orgullo y arrogancia, indiferentes a la presencia de los extranjeros, revestidos de ricas mantas bordadas, con bragueros de lo mismo, el cabello lucio atado en la coronilla, oliendo rosas, aireándose con mosqueadores de pluma que movían sus criados, cada uno con un bordón como garabato en la mano, y acompañados de numeroso séquito. Con esta altiva prestancia, los calpixques mejicanos se dirigieron a su morada, disfrutando del banquete que los aterrados totonaques les habían aderezado; hecho lo cual, convocaron al Cacique Gordo, que compareció ante ellos con los ojos todavía húmedos de las lágrimas que había vertido ante Cortés. Los calpixques le amonestaron severamente por haber dado hospitalidad a los blancos barbudos, imponiéndole como castigo la entrega de veinte hombres y mujeres para sacrificar a Uitchilipochtli [1101].

El pobre Cacique Gordo se encontraba entre la pared de Moteczuma y la espada de Cortés. Apenas le habían despedido los calpixques cuando recibió aviso de que el Cacique Blanco deseaba verle. Cortés le hizo saber que de ningún modo le consentiría que cediese a las exigencias tiránicas de los agentes de Moteczuma, puesto que ya estaba bajo la protección del Rey de España. El Cacique Gordo, sin duda lento en sus movimientos morales como por fuerza lo era en los físicos, se enteró con suma congoja de que ya estaba bastante protegido para atreverse a prender a los calpixques. Cortés tuvo que repetir esta proposición, cuyo primer anuncio había aterrado a los totonaques tanto como la llegada de los calpixques. Sin embargo, envalentonados por la calma de Cortés, los totonaques osaron lo inosable, prendieron a los cinco calpixques y los metieron en sendos pies de amigo o pierde-amigos, consistentes en un palo con colleras para el pescuezo, los brazos y las piernas [1102].

Esta medida produjo efectos casi mágicos y bastó para que los españoles a quienes, según todo el mundo pudo observar, se debía, adquiriesen a los ojos de los asombrados totonaques un rango semidivino. Desde entonces, los aborígenes llamaban a los españoles teotl, dioses, palabra que los españoles transformaron en teules. Esta situación tan excelsa les duró tres años, hasta que los frailes enseñaron a los indios «que no había más que un solo Dios, y que a los españoles que los llamasen cristianos, de lo cual -añade Motolinia, uno de tales frailes-, algunos españoles necios se agraviaron y quejaron, e indignados contra nosotros decían que les quitábamos su nombre, y esto muy en forma, y no miraban los pobres de entendimiento que ellos usurpaban el nombre que solo a Dios pertenece» [1103].

Pero entretanto, los españoles gozaban de los privilegios de la naturaleza divina, que se les

atribuía por haber osado hacer frente al poder de Moteczuma. O, al menos, tal creían los totonaques. Porque en realidad las cosas eran mucho más complejas, como solían serlo con Hernán Cortés. Para los totonaques, la situación era sencilla: no quedaba otra cosa que hacer con los prisioneros que sacrificarlos inmediatamente. Esta medida tenía para ellos dos ventajas: los calpixques no podrían escaparse e informar a Moteczuma de la rebeldía de los totonaques, y los dioses les agradecerían el sacrificio de víctimas tan eminentes. Cortés opuso un veto absoluto a esta elegante solución, por tener sobre lo que había que hacer con los calpixques opiniones propias fundadas a la vez en razones terrenas y divinas; y puso guardas españolas a los prisioneros. Esta precaución del Gran Cacique Blanco salvó la vida a los calpixques, no sin gran sorpresa suya, pues nadie sabía mejor que ellos cuántas y cuan excelentes razones tenían los totonaques para darles muerte. Pero su sorpresa subió de punto cuando a medianoche los españoles se llevaron a dos de ellos en secreto a presencia de Cortés. El sagaz Capitán había pensado en todo, hasta en el detalle de dar a sus soldados por instrucciones que los dos calpixques que le trajesen fuesen «los más diligentes que os parecieren».

Al recibirlos, Cortés se mostró ignorante de todo. «¿Quién sois? -les preguntó-. ¿De qué tierra sois? ¿Por qué estáis presos?». Con rostro grave y hasta compungido, les escuchó el cuento de su prisión y les aseguró que lo sentía en el alma, instándoles a que sin tardanza se fuesen a Méjico para informar de lo ocurrido a Moteczuma, a quien les encargó reiterasen que era su amigo y que vigilaría sus intereses, en particular todo lo necesario a la seguridad de los tres calpixques que quedaban encarcelados. Muy satisfechos, los dos recaudadores libertados manifestaron no obstante el temor que abrigaban de volverse a Méjico teniendo que pasar sin protección a través del territorio totonaque, pero también aquí Cortés se manifestó dispuesto a ayudarles llevándoles por mar veinte millas a lo largo de la costa, para desembarcarlos en territorio sometido directamente a Moteczuma.

Al día siguiente, los totonaques observaron la fuga de sus dos prisioneros, lo que les decidió a sacrificar inmediatamente a los tres restantes. Al enterarse Cortés les obligó a abandonar su propósito y con grandes muestras de enojo ante la fuga de los dos calpixques que él mismo había libertado, obtuvo de los totonaques la entrega de los otros tres, para tenerlos más seguros a bordo de una de sus naves, adonde los llevó aparatosamente encadenados con una cadena del navio. Pero en cuanto hubieron desaparecido en la cala, lejos de la vista de los totonaques, Cortés hizo soltar a los prisioneros, explicándoles muy urbanamente que en cuanto le fuera posible los mandaría otra vez a Méjico.

Entretanto, los totonaques se daban cuenta de que habían roto relaciones con Moteczuma, lo que de seguro acarrearía consecuencias graves que ellos no tendrían fuerzas para afrontar sin el auxilio de Cortés. Llamaron pues a las «lenguas» y les expresaron su deseo de aliarse con los españoles y de «dar obediencia a Su Majestad». En cuanto Cortés tuvo noticia de esta decisión, les envió al escribano Diego de Godoy que, armado con papel y tinta, levantó acta solemne de todo ello.

Hubo satisfacción para todos: para los totonaques por haberse sacudido el yugo de Moteczuma y sus odiados recaudadores; para Cortés por haber obtenido el apoyo irrevocable de un poderoso aliado, sin por ello haber roto con un adversario posible ^[1104] .

*

Ya entonces debía poseer Cortés bastante información sobre los enemigos de Moteczuma. Cervantes de Salazar, siempre dispuesto a mejorar con su elocuencia propia la de los personajes de su crónica, presta al Cacique Gordo sensacionales revelaciones a este respecto: «Motezuma [...] es el más rico Príncipe del mundo, aunque tiene continua guerra con los de Tlaxcala, Guaxocingo y Cholula»; palabras que recuerdan las que el cronista hispano-azteca Ixtlilxochitl atribuye también al Cacique Gordo, fundando en ello una incitación a Cortés para que ayudase a todos los enemigos

costeros de Moteczuma a rebelarse contra el tirano: «Y que por salir del poder de tiranos se holgaría él y otros muchos de las provincias comarcanas se rebelase contra México, confederándose con el rey de Castilla; pues, aunque era gran Señor y poderosísimo Motecuhzoma, tenía muchos enemigos, especialmente Ixtlilxochitl, su sobrino, que estaba rebelado contra él; y los de Tlaxcalan, Huexotzinco y otros pueblos muy poderosos, tenían continua guerra contra él». A pesar de esta concordancia, es muy posible que todas estas noticias no llegasen entonces a Cortés con tanta claridad por ser más bien producto de ingeniosas construcciones de estos cronistas, en particular de Ixtlilxochitl, siempre deseoso de poner de relieve las gestas de su díscolo antecesor, el rebelde Príncipe de Tetzcuco. De otro modo, si los cempoaleses hubiesen puesto ante Cortés hechos de tanta gravedad para Moteczuma y tan provechosos para los españoles, es más que probable que Bernal Díaz mencionase el hecho; por otra parte el Cacique Gordo lloraba y se lamentaba ante Cortés a causa de la opresión de Moteczuma, pero es indudable que tenía demasiado miedo al emperador mejicano para haber asumido ante el Capitán español el animoso papel de rebelde que le presta Ixtlilxochitl ^[1105].

Con todo, aunque no en Cempoal ni de labios del Cacique Gordo, es seguro que Cortés supo adquirir entonces bastantes noticias e informaciones de toda suerte sobre los enemigos de Moteczuma para sentirse lleno de confianza en la ardua empresa que había iniciado. Ya resultaba al menos claro que la región de Quiauiztlan constituía una zona favorable desde el punto de vista político para establecer su base de operaciones. Así se explica que en todas las crónicas de la conquista se relata la fundación, por decirlo así, física de Veracruz inmediatamente después del relato de la alianza no solo con el Cacique de Cempoal sino con todos los totonaques ^[1106].

Da Bernal Díaz un detalle que inunda de luz el carácter de Cortés y que explica su éxito como adalid y hombre de mando: «Desde Cortés, que comentó primero a sacar tierra a cuevas y piedras, y a ahondar los cimientos, como todos los capitanes y soldados, a la continua entendíamos en ello» ^[1107]. Recuérdese que Bernal Díaz escribe en reacción contra la tendencia de Gomara a atribuir a Cortés todo el mérito de la empresa de la conquista, con detrimento de los soldados; recuérdese por otra parte que lo que menos faltaba era la mano de obra, pues el ejército blanco contaba todavía más de quinientos hombres y tenía además a su disposición un número ilimitado de naturales. Pero Cortés tenía prisa y quería que el trabajo se hiciera bien. Al arrimar el hombro a la labor, dio el ejemplo para los demás. El caudillo que, además, se había ya ganado el puesto por sus dotes de mando y por su habilidad electorera a la vez, no necesitaba buscar los favores de la multitud con este gesto simbólico. Al poner mano a la labor, manifestaba el hondo sentido de igualdad que le animaba para con sus hombres siempre que había ante ellos un obstáculo que vencer. Así como en la batalla era siempre el primero en entrar a combatir, así, en el trabajo, fue el primero en ponerse a laborar.

Y, sin embargo, pese a este sentido de igualdad, Cortés sabía en todo momento endosar las responsabilidades que solo incumben al mando. La decisión de construir la ciudad precisamente en aquel sitio es suya; el plan de la ciudad también. No difiere este plan en lo esencial del que todavía hoy puede observarse en las ciudades plantadas por la mano española en el continente americano desde Patagonia hasta San Francisco por un lado y a Savana por el otro; la iglesia y la plaza son las dos ideas primarias, los dos rasgos esenciales de esta fisonomía que primero modelan en el suelo americano los escultores de villas y ciudades a la española. Iglesia y plaza comenzaron pues a elevarse del suelo todavía virgen de aquella llanura a una media legua de Quiauiztlan; luego, la casa capitular, para alojar al Cabildo de la Rica Villa de la Vera Cruz, que hasta entonces solo había vivido vida espiritual; luego la cárcel, pues al lado de la ley convenía se alojasen sus infractores; luego «atarazanas, descargadero, carnicería y otros edificios públicos que para el buen gobierno y ornato de la villa convenía» ^[1108].

Mientras los españoles y sus amigos indios se hallaban así ocupados en la construcción de

Veracruz, llegó otra embajada de Moteczuma. El Emperador mejicano, que estaba siempre muy bien informado de cuanto ocurría en sus dominios, no tardó en darse cuenta de la nueva actitud de rebeldía que los totonaques habían osado tomar, y desde luego, de que tal actitud solo podía explicarse por el apoyo de los barbudos extranjeros. Esta situación parece haberle indignado no poco, hasta el punto de haber dado instrucciones para que se preparase una expedición de castigo contra los rebeldes, sin dejarse amilanar por la presencia de los blancos. Pero cuando ya estaba dispuesta a ponerse en marcha la fuerza mejicana, llegaron a la capital los dos calpixques que había soltado Cortés, con su desconcertante relato. No hay razón para imaginar que Moteczuma se dejase coger en las redes del astuto Cortés. En cuanto a astucia, el mejicano puede darle muchas vueltas a cualquier europeo, y Moteczuma en particular no tenía pelo de tonto. Cualquiera que fuese su opinión sobre lo ocurrido en la costa con sus calpixques, el Uei Tlatoani recurrió a una táctica idéntica a la de su adversario, enviándole a dos de sus sobrinos con presentes de oro y mantas de un valor de dos a tres mil castellanos y con un mensaje tan agridulce como el que había recibido de Cortés: gracias por haber libertado a sus recaudadores; quejas por haber apoyado a los rebeldes totonaques y amenazas de enviar un ejército contra los rebeldes, lo que por entonces no hacía por deferencia hacia Cortés.

Este era desde luego un lenguaje que Cortés manejaba a maravilla. Aseguró a los embajadores que era y siempre había sido muy amigo de Moteczuma, dando como prueba que por eso le tenía bien guardados a sus tres recaudadores, que al punto mandó traer de los navios y entregó a los embajadores con buenas mantas; pero asimismo se quejó a los sobrinos de Moteczuma de la conducta de Pitalpitoque, que había desaparecido de San Juan de Ulúa sin previo aviso, dejándoles sin provisiones, lo que había obligado a Cortés a pedir hospitalidad a los totonaques, añadiendo que era menester que Moteczuma perdonase a los totonaques el desacato que le habían hecho al no acudirle con sus tributos, pues ellos no podían servir a dos señores y a la sazón le estaban sirviendo a él, Cortés, y al Rey de España, y que este era un punto que convenía dejar hasta que cupiese a los españoles el placer y el honor de ser recibidos por el Emperador de Méjico. Dicho lo cual, despidió a los sobrinos de Moteczuma y a los cuatro viejos que los traían a cargo con profusión de regalos tan valiosos como «diamantes azules» y cuentas verdes, y para honrarles y sin duda impresionarles hizo correr sus caballos y escaramucear por aquellos prados con la yegua de Alvarado a la cabeza, «que era muy revuelta».

Obra maestra de diplomacia y de presentación fue toda esta recepción de la embajada por parte de Cortés. Cuando le anunciaron la llegada de los embajadores, se hizo traer una silla de espaldas y rodear de todos sus capitanes, descubiertos, de dos de sus pajes y de un Alférez abanderado, dando orden además de que se hiciese esperar a los embajadores hasta que él estuviera dispuesto a recibirlos. Nada de vanidad: el hombre que así hacía aguardar a los embajadores del gran Emperador de Méjico para recibirlos con majestad casi real había estado llevando piedra y arena para la construcción de la ciudad quizá aquella misma mañana; solo uno de sus toques finales de artista humano que Cortés ponía siempre en todo cuanto hacía. Su recompensa no se hizo esperar mucho tiempo, pues los totonaques, que daban por descontada una violenta venganza mejicana desde que habían encarcelado a los calpixques, vieron con honda impresión cómo, en vez de un ejército, Cortés recibía una embajada cargada de valiosos presentes, a la que además hacía esperar a su placer. Aquellos españoles eran en verdad teules [1109].

*

No dejó Cortés de darse cuenta del estado de ánimo que sus victorias tanto militares como diplomáticas habían producido en los totonaques y, como tenía por costumbre, se dispuso a explotarlo para fines a la vez positivos y amenos. El Cacique Gordo vino a pedirle auxilio contra las guarniciones

mejicanas de Cingapacinga, territorio situado a unas ocho o nueve leguas de Veracruz que hacían frecuentes algaras en territorio cempoalés llevándose víveres y mujeres. Volvió Cortés a sus compañeros y les dijo riéndose: «Sabéis señores que me parece que en todas estas tierras ya tenemos fama de esforzados [...] nos tienen por dioses o por cosas como sus ídolos. He pensado que para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos indios guerreros [...] sus enemigos, enviemos a Heredia el viejo». Este Heredia no era ningún Apolo: «Era vizcaíno y tenía mala catadura en la cara y la barba grande y la cara medio acuchillada, e un ojo tuerto, e cojo de una pierna». Cortés lo mandó llamar y le dijo: «Id con estos caciques hasta el río y cuando allá llegaredes, hace que os paráis a beber y lavar las manos, e tirá un tiro con vuestra escopeta que yo os enviaré a llamar, questo hago porque crean que somos dioses [...] y como vos sois mal agestado creerán que sois ídolo». Volviéndose entonces hacia los caciques totonaques que allí aguardaban respuesta a su petición de auxilio: «Allá envió con vosotros -exclamó- es mi hermano para que mate y eche todos los culúas dese pueblo y me traya presos a los que no se quisieren ir». Los caciques no sabían qué hacerse al oír a Cortés, «e miraban a Cortés si hacía algún mudamiento en el rostro»; pero como aquel rostro enigmático permanecía sereno y sonriente, se llevaron al teul español medio convencidos de que tenía poderes divinos. Claro es que Cortés no dejó que las cosas llegasen a punto de que quedase Heredia despojado de sus atributos de teul, pues en cuanto oyó la señal de la escopeta le envió a llamar explicando a los caciques que lo había pensado mejor y decidido tomar para sí aquella empresa, para lo cual les pidió cien tamemes que le llevasen su artillería [1110].

Era su intención ponerse en camino al día siguiente. Pero, aunque dios, no era omnipotente, pues los dioses solo son omnipotentes en sus relaciones con los hombres; de dios a dios las omnipotencias se compensan mutuamente, y los españoles eran todos dioses. Así que, cuando el ejército estaba ya a punto de ponerse en marcha, siete dioses del partido velazquista declararon en alta e insolente voz que estaban resueltos a no ir a ninguna entrada, pues lo que deseaban era volverse a Cuba a sus casas y haciendas, y requirieron a Cortés para que pusiese a su disposición un navio y matalotaje como se lo había prometido en San Juan. «Es verdad que lo prometí -respondió mansamente Cortés-, mas no hacen bien quienes dejan desamparada la bandera de su capitán». Hizo preparar un navio bien provisto de víveres y agua para los que quisieran volverse y esperó. No tuvo que esperar mucho tiempo. Los alcaldes y regidores de la Villa Rica, que habían seguido el incidente con el entrecejo fruncido, vinieron a requerirle que prohibiese la desertión a Cuba bajo pena de muerte -requerimiento que Cortés escuchó sin sorpresa puesto que lo había provocado secretamente-. Así, fiel a su estilo y no por última vez, el sagaz Capitán consiguió imponer su voluntad Ungiendo que se sometía a la voluntad de los demás [1111].

*

Ya pacificado el Olimpo hispánico, al menos en apariencia y por un tiempo, el ejército se puso en marcha hacia Cingapacinga, pasando primero por Cempoal, donde se le agregaron dos mil auxiliares indios. Al día siguiente, a la hora de Vísperas, llegaron a Cingapacinga después de una subida a pico por un camino que escalaba la cuesta entre rocas fortificadas. Los caciques y sacerdotes salieron a recibir a los españoles y explicaron a Cortés, «llorando de los ojos», que las guarniciones mejicanas habían evacuado ya su territorio cuando supieron el encarcelamiento de los calpixques y que la verdadera causa de la expedición a que le habían incitado los de Cempoal era una antigua rencilla entre ellos, por lo cual imploraban a Cortés no permitiese a los cempoaleses entrar en el territorio de Cingapacinga pues se entregarían al saqueo. Cortés dio al instante órdenes a Alvarado y al Maestre de Campo Olid para que cerrasen el paso a los cempoaleses, pero los dos capitanes no llegaron a tiempo

para impedirles que, envalentonados con el apoyo español, se dedicasen a robar las estancias de sus adversarios. Esta conducta de sus aliados causó gran enojo a Cortés, no solo por el saqueo en sí, sino porque se dio cuenta de que los de Cempoal habían hecho de él instrumento suyo, y no hay cosa más odiosa para un hombre acostumbrado a hacer de los demás su propio instrumento. Al punto obligó a los cempoaleses a devolver el botín -esclavos de ambos sexos-, que entregó de nuevo a sus dueños, y «con semblante muy furioso» les mandó que se saliesen a dormir al campo.

Esta actitud hizo subir de punto la autoridad de Cortés. Los de Cingapacinga reconocieron la obediencia al Rey de España. Él, en tanto, sin perder tiempo, reconcilió a los cempoaleses con sus adversarios de Cingapacinga, pues su política era desde luego unir a sus amigos y desunir a sus enemigos ^[1112]. Además, en Cortés, pasiones y emociones no sobrevivían nunca el instante de su utilidad, con una sola excepción.

Pronto iba a dar ejemplo de esta regla y de su excepción. Al volver hacia Cempoal, un soldado robó dos gallinas de una casa indígena. Cortés acertó a verlo e hizo inmediatamente ahorcar al ladrón en presencia de toda la tropa. Mientras todos contemplaban con emoción el nudo corredizo caer hasta la tensión fatal, Alvarado que se hallaba al lado de Cortés, desenvainó la espada y cortó la cuerda. Alvarado conocía a su jefe y se daba cuenta de que, con aquel acto de dudosa disciplina, no solo salvaba la vida del soldado sino también resolvía a Cortés una situación difícil, dándole el modo de hacer justicia sin sacrificar una vida humana [1113].

Aunque defraudados de las esperanzas de botín que habían concebido, los cempoaleses concibieron muy alta opinión de los españoles y les ofrecieron víveres, alojamiento y un presente de ocho de sus hijas, una de las cuales, hija del Cacique Gordo, estaba destinada al propio Cortés. Venían las jóvenes indias vestidas con ricas camisas de la tierra y bien ataviadas a su usanza con collares y pendientes de oro; traían otras indias como doncellas de servicio. Cortés las recibió con alegre semblante, pero en cuanto a aceptarlas, explicó primero al Cacique Gordo que era necesario que los cempoaleses renunciasen a sus ídolos, a sus sacrificios humanos, a sus costumbres caníbales y a sus sodomías. Esta era su excepción; este, el único punto sobre el que Cortés no estaba nunca dispuesto a transigir. Había llevado a cabo una obra maestra de penetración pacífica y de conquista diplomática de vastos territorios para la Corona de Castilla: todo aquello estaba dispuesto a exponerlo a la suerte de la guerra porque los de Cempoal se negaban a renunciar a sus ídolos. Los españoles, indignados ante los espectáculos espantosos que habían visto, le seguirían en todo lo que a tal fin les mandase. Cortés les pidió que se dispusiesen a morir, pues se hallaba resuelto a echar abajo aquellos ídolos. El Cacique Gordo, dándose cuenta de la situación, apercibió a su gente, pero la decisión de los españoles, los argumentos que agudamente presentó Doña Marina, recordando a los cempoaleses que les aguardaba la venganza de Moteczuma, y quizá también la tendencia apacible del Cacique Gordo, llevó a los cempoaleses a inclinarse con horror ante lo que no estaba en sus manos evitar, y en cuanto caciques y sacerdotes hubieron manifestado su aquiescencia tácita cubriéndose la faz, cincuenta soldados de Cortés subieron rápidamente las empinadas escaleras del templo y derrocaron las monstruosas figuras que fueron cayendo a tumbos y trozos gradas abajo como año tras año habían caído los sangrientos cuerpos humanos sacrificados en su honor.

Los españoles limpiaron, enjabelgaron y adornaron el templo ya vacío con rosas y ramaje, poniéndolo a cargo de un soldado viejo y de ocho sacerdotes indios a quienes se obligó a raparse y lavarse la cabeza, hasta entonces masa hirsuta cuajada con sangre de sus víctimas. Pusieron sobre el altar una imagen de la Virgen con el Niño y elevaron una Cruz alta sobre un pedestal. Enseñaron a los naturales a hacer candelas de cera y a tener siempre algunas ardiendo ante la Virgen. El Padre Olmedo dijo misa. Trajeron a las jóvenes indias de casa de sus padres, donde habían permanecido mientras seguían en estado de infidelidad, y las bautizaron. A la más hermosa de entre ellas, que llamaron Doña Francisca, la dio Cortés a su amigo Puertocarrero, a quien ya había dado Doña Marina; la hija del

Cacique Gordo, «Doña Catalina, y era muy fea, aquellas dieron a Cortés por la mano, y él la recibió con buen semblante»; Cortés dio las demás a sus capitanes; y como ya eran todas cristianas, los españoles se consideraron con derecho a vivir con ellas en pecado mortal [1114].

*

Al volver a la Rica Villa de la Vera Cruz, Cortés se encontró en el puerto con una carabela que había comprado en Santiago de Cuba y que había dejado en la isla para carenar. Venía mandada por Francisco de Salcedo, que llamaban «el polido» porque, dice Bernal Díaz, «en demasía se preciaba de galán». Traía bastimento, cosa excelente, diez soldados y un Capitán, Luis Marín, «persona que valió mucho», un caballo y una yegua, no menos valiosos, y finalmente noticias: Diego Velázquez había recibido el nombramiento de Adelantado de Cuba con poderes para rescatar y poblar en Yucatán ^[1115].

Estas noticias dieron ímpetu nuevo a la facción velazquista, todavía turbulenta, bajo la superficie al parecer tranquila, como iban a probarlos los acontecimientos. Era pues indispensable que Cortés tomase decisiones rápidas y audaces. Así lo hizo, y fueron tres, tan audaces como era de esperar de su esforzado corazón y sutil cerebro, pero según su costumbre, maniobró para que viesen la luz no saliendo de él sino de las filas de sus moldados. Fueron estas decisiones: a) ir a Méjico ya por fuerza ya por astucia ya por ambos medios; b) enviar inmediatamente a España un navio con toda la riqueza que tanto él como su gente habían ido recogiendo en forma de presentes de Moteczuma y otros caciques, o por rescate; c) «quemar» sus barcos.

Las dos primeras aparecen registradas en las páginas de Bernal Díaz con palabras que revelan su verdadero origen con encantadora sencillez: «Dijimos a Cortés todos los más soldados [...] que había ya más de tres meses questábamos en aquella tierra, e que sería bueno ir a ver qué cosa era el gran Montezuma, y buscar la vida y nuestra ventura, e que antes que nos metiésemos en camino, enviásemos a besar los pies a su Magestad y dalle cuenta y relación de todo lo acaescido desde que salimos desde la isla de Cuba, y también se puso en plática que enviásemos a su Magestad todo el oro que se había habido, ansí rescatado como los presentes que nos envió Montezuma; y respondió Cortés que era muy acordado, e que ya lo había puesto en plática con ciertos caballeros».

No contento con escuchar de labios de sus soldados exactamente lo que quería oír, Cortés, en su respeto escrupuloso por las formas democráticas organizó un plebiscito en regla para el que nombró a la vez como agentes electorales y como contadores de votos precisamente a dos de los cabecillas velazquistas, como si dijéramos a dos jefes de la oposición -pues no hay nada nuevo bajo el sol-. Diego de Ordás y Francisco de Montejo, los dos designados, fueron de soldado en soldado proponiéndoles que firmasen -desde luego si tal era su deseo- que, como otros capitanes y soldar dos que ya habían firmado antes que ellos, cedían su parte del oro a fin de aumentar el presente que se mandaba al Rey. El voto resultó desde luego unánime y el Cabildo nombró como procuradores a Alonso Hernández Puertocarrero y a Francisco de Montejo, curiosa coincidencia, ya que Puertocarrero era el amigo íntimo y confidente de Cortés mientras que Montejo, uno de los cabecillas velazquistas, acababa de recibir de Cortés un regalo de dos mil pesos de oro [1116].

Se dio a los procuradores un papel firmado por todos los capitanes y soldados [1117] -al menos todos menos los partidarios de Velázquez- dirigido al Rey y a la Reina (pues Doña Juana de Castilla, aunque incapaz de reinar, seguía siendo oficialmente la Reina de España). En esta carta, el Cabildo de Veracruz resumía la historia de los esfuerzos hechos por los predecesores de Cortés para tomar pie en Méjico; pasaba en revista los acontecimientos hasta la expedición de Cortés; refería la fundación de Veracruz y el nombramiento de Cortés como Capitán General y Justicia Mayor «hasta tanto que VV. MM. provean lo que más a su servicio convenga»; describía el país y sus pueblos, costumbres y necesidad en que se hallaban de que se les convirtiese a la Santa Fe; insistía en que Velázquez solo

había puesto una tercera parte de los gastos de la armada, y aun esto, «fue emplear sus dineros en vinos y en ropas y en otras cosas de poco valor para nos lo vender acá en mucha más cantidad de lo que a él le costó»; y rogaba a Sus Majestades no le otorgase autoridad alguna y confirmase el nombramiento de Cortés (hecho por el Cabildo) hasta que se hubiese conquistado y pacificando todo el país [1118].

Claro está que esta carta se redactó bajo la influencia de Cortés, debida sobre todo a su superioridad intelectual, pues hasta entonces se había abstenido de poner en juego el poder casi ilimitado que su doble autoridad como Capitán General y Justicia Mayor ponía en sus manos; pero aunque escrita para él, no está escrita por él, como basta para probarlo su mismo estilo. Viene a ser esta carta una especie de informe que se da al Rey, no precisamente para ponerle al corriente de lo ocurrido hasta la fecha, ya que a tal fin escribió Cortés por su parte una larga carta personal [1119], sino para dar testimonio «independiente» en su favor por parte de todo el ejército. Es, pues, probable que viera borradores de lo que se pergeñaba. Al leer los elogios que sus soldados le prodigaban, tuvo gran satisfacción y les expresó su agradecimiento, aunque declarando que hubiera preferido no se mencionase la promesa del quinto que se le había hecho ni las dos tentativas de sus predecesores Grijalba y Hernández de Córdoba; observación que no dejó pasar al vuelo uno de los dioses menores a quien se hacía y que inmediatamente replicó: «a nuestro Rey y Señor no se le ha de dejar de decir todo lo que pasa» ^[1120]. Pero el mismo Bernal Díaz, que nunca omite sombra alguna a su retrato de Cortés, apunta el detalle que prueba cómo esta indicación era debida más bien a sobra de sagacidad y de cautela que a falta de generosidad. Todos menos el grupo de Velázquez tenían interés en afianzar la situación de Cortés en la Corte. La carta no era un documento histórico escrito para fines de información científica, sino un papel político destinado a alcanzar objetivos concretos: no era, pues, tiempo oportuno para hablar de Grijalba y de Hernández de Córdoba, y Cortés tenía, por lo tanto, plena razón para decir, según cuenta Bernal Díaz que «dijo que ahora, al presente, que aquello estuviera mejor por escribir y no dar relación dello a su Magestad». Por otra parte, tampoco le dio ^[1121] importancia al asunto como para insistir y la carta quedó como estaba redactada por su gente.

Como argumentos de más peso en su favor, Cortés enviaba a España todos los tesoros acumulados por el ejército, y en particular el sol de oro y la luna de plata. No sin dificultad, obtuvo del Cacique Gordo cuatro muchachos y dos muchachas liberados de las cárceles de madera donde se estaban cebando para su sacrificio simbólico a los dioses y consumo efectivo por los fieles, ex víctimas que también remitió a España a título de curiosidad. Finalmente, entre los regalos enviados al Rey figuraban también cierto número de relatos históricos de los naturales, pintados en algodón.

Cortés dio a sus mensajeros el mejor navio, el primer piloto y tres mil castellanos de oro para gastos, con otros tres mil para su padre, Martín Cortés, que sin duda los necesitaría para maniobrar en la Corte ^[1122]. Dioles orden terminante de poner rumbo al canal de las Bahamas y de allí directamente a España, sin tocar para nada suelo cubano.

Puertocarrero y Montejo salieron de San Juan de Ulúa el 26 de julio de 1519. Tocaron en un puerto cubano. Ríos de sangre costó a Cortés esta desobediencia ^[1123].

*

Con la partida de Puertocarrero, perdió Doña Marina a su marido efectivo. Pasó entonces a ser la compañera de Cortés, a quien dio un hijo. Este hecho no parece haber causado interés alguno y Bernal Díaz lo registra sin el menor comentario ^[1124]. Era Doña Marina de buena presencia «y tenía mucho ser», como dice Bernal Díaz con vigor inimitable [1125]. Pronto alcanzó entre los españoles un puesto

de primer plano, a tal punto que los indios le dieron el nombre de Malintzin, formado del de Marina (trocando r en / según fonética mejicana) y del sufijo tzin, indicio de rango y nobleza. Pero el prestigio de Doña Marina llegó todavía más alto, pues los naturales transfirieron su nombre al de su señor, tomando la costumbre de referirse a Cortés mismo con el nombre de su intérprete-amante, Malintzin, que los españoles naturalizaron en Malinche. Y, sin embargo, Cortés no parece haberse dado cuenta de sus méritos al principio, y la cedió a Puertocarrero con apenas una mirada; y, sin embargo, en cuanto Puertocarrero salió para España, la trajo a sí, haciéndola madre de uno de sus hijos, al que dio el nombre de su propio padre; y, sin embargo, cuatro años más tarde, en 1523, la casó con uno de sus capitanes, «un hidalgo que se decía Juan Jaramillo» ^[1126].

Todos estos hechos, tan curiosos como indiscutibles, se prestan a no pocos comentarios. El primero concierne al fondo del cuadro. Mucho erraría quien pensara que la actitud de los capitanes españoles hacia aquellas muchachas indias, que les regalaban generalmente sus propios padres, se limitaron a una fácil satisfacción del placer sexual. Existía entonces en España una institución que intentaba combinar la santidad del matrimonio monógamo con las tendencias polígamas de la raza: la barraganía. La barragana venía a ser una especie de concubina reconocida y oficial. Es, pues, natural interpretar la actitud de los capitanes de Cortés para con las jóvenes cacicas que les presentaban sus padres como una especie de barraganía. Venían a ser para ellos esposas en todo menos en el sacramento. Ya hemos visto cómo les daban el doña, símbolo de nobleza que implicaba respeto y deferencia hacia ellas por parte de los soldados de filas. No eran esclavas, sino señoras. Más adelante hemos de ver cómo, cuando Cortés conquistó la amistad de Tlaxcala, el cacique principal de los tlaxcaltecas, Xicotencatl, le dio a su hija, que Cortés cedió a Alvarado. Bautizaronla con el nombre de Doña Luisa, «que así como se la dieron, toda la mayor parte de Tascalala la acataban y le daban presentes y la tenían por su señora, y della hobo el Pedro de Alvarado siendo soltero un hijo que se dijo Don Pedro e una hija que se dice Doña Leonor, muger que agora es de Don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del Duque de Alburquerque». En cuanto a Cortés, su hijo Don Martín Cortés, que tuvo en Doña Marina, fue Comendador de la Orden de Santiago ^[1127]. La actitud de los capitanes españoles para con estas cacicas era pues compleja; ni siquiera podemos asegurar que los que no se casaban con ellas lo hacían por superioridad racial, puesto que de existir este sentimiento se manifestaría por igual para con su progenie mestiza a la que, como hemos visto, y veremos todavía, distinguían y trataban con absoluta igualdad a nivel de sus hijos del todo blancos. Si procuraban permanecer solteros, era más bien por ambición, ya que esperaban que su gloria y su riqueza les abrirían las puertas de las grandes casas ducales de España, como sucedió en efecto con Alvarado y con Cortés. Pero, salvo el matrimonio, los españoles concedieron a sus barraganas indias todos los demás honores y privilegios que estaba en su mano darles, tratándolas con una igualdad absoluta social y racial.

Este es el fondo sobre el que ha de verse la actitud de Cortés para con Doña Marina. No cabe duda alguna sobre sus sentimientos hacia ella: tenía alta opinión de su capacidad pero no estaba enamorado. A decir verdad, es evidente que Cortés le concedió su intimidad precisamente en el período durante el cual le era indispensable la lealtad absoluta de la intérprete mejicana y la cedió a Jaramillo sin vacilar en cuanto dejó de ser, si no útil, al menos imprescindible.

Esta conclusión encaja perfectamente con el resto de su carácter y en particular con la verdadera índole de su vida amorosa y con su actitud para las pasiones en general. Su vida amorosa fue a la vez precoz y activa; pero, como revelan su poligamia casi ilimitada y cierta disposición a la promiscuidad, por lo menos en el decurso del tiempo, ya que le hemos visto tomar a Doña Marina de manos de Puertocarrero y pasarla después a las de Jaramillo, su actividad amorosa se nutría casi

exclusivamente de vigor animal. Cortés era en efecto un animal espléndido, sano y vigoroso, que se gozaba en toda suerte de actividad y era casi incansable. Sus campañas de amor no eran más que formas de vida, como sus campañas de guerra. La mujer sobre la que derrochaba su vitalidad importaba poco -desde luego dentro de ciertos límites de calidad y gusto-. Su poligamia era franca y abiertamente oportunista.

Estaba además severamente contenida y dominada por una voluntad de hierro. Ya le hemos visto dos veces pasar las frutas más sazonadas del vergel mejicano a su amigo Puertocarrero y recibir «con buen semblante» a Doña Catalina, la hija del Cacique Gordo, de quien dice Bernal Díaz cruelmente, «y era muy fea». En estas escenas Cortés se revela hombre de acción, con dominio absoluto de sus deseos, capaz de supeditarlos todo a la alta empresa que se ha impuesto. Este es rasgo constante de su carácter. No era ningún puritano, ningún abstemio. Amaba y odiaba, gozaba su placer y daba libre rienda a su furia -pero todas estas emociones de su alma eran como perros jugando bajo los ojos serenos del dueño, que a la menor indicación, al menor gesto venido de lo alto, reingresaban en el orden y la obediencia-. Rara o ninguna vez se vio Cortés estorbado por pasión alguna en su decisión fríamente alcanzada por una voluntad libre. Y en un caso al menos, el de su intimidad con Doña Marina, hizo de su pasión cadena para atar a su servicio a un ser cuya fidelidad le era esencial para el éxito de sus planes.

Cuatro días después de la marcha de los procuradores, a medianoche, un tal Bernardino de Coria vino a ver a Cortés y con mucho temor le confesó que quería retractarse de una conspiración formada por un grupo de velazquistas para robarle un navio y volverse a Cuba donde informarían al Gobernador de los hechos de Cortés y del envío directo a España de los procuradores y del tesoro. No poco asombrado quedó Cortés ni oír que los conspiradores tenían todo a punto para hacerse a la vela aquella misma noche. Coria le entregó una lista de los culpables, de quienes se apoderó al instante, dando inmediatas órdenes para que se desembarcase del barco robado todo el aparejo de navegar. Esta vez el castigo fue rápido y severo. Escudero y Cermeño, que parecen haber sido los cabecillas, perecieron en la horca. Escudero era aquel Alguacil que se había apoderado de Cortés cuando al señuelo de Doña Catalina salió de sagrado en los días de su juventud; Cermeño, dice Torquemada, era «hombre tan ligero que con una lanza en la mano, saltaba sobre otra, levantaba con las manos de los más altos hombres que había en el ejército; y tenía tan vivo el olfato, que andando por la mar, olía la tierra quince leguas y más», y añade mordaz: «aunque no olió esta muerte». A un piloto llamado Umbría, le hizo cortar los pies y azotar a dos marineros.

Habida cuenta de la severidad de la disciplina militar y de sus castigos, no ya en aquellos días sino hasta hace unos cien años, estas medidas de Cortés resultan más bien suaves que severas; todos los autores coinciden además en que hizo la vista gorda para con otros culpables «de más calidad, con quien por el tiempo que corría no pudo Cortés dejar de disimular», entre ellos el clérigo Juan Díaz. Este es uno de los casos en que Cortés, todo considerado, se mostró capaz de una moderación ejemplar en el uso de la fuerza ^[1128].

Pero, aun moderado, este acto de autoridad no parece haberle sido fácil. Apenas hubo firmado las sentencias de muerte «con grandes suspiros y sentimientos» ^[1129], salió al galope para Cempoal dando órdenes de que le siguiesen doscientos soldados; no está claro si fue por hacerse inaccesible en la hora de la clemencia o por otras causas. Pero como había dado además instrucciones a Alvarado para que saliese a una algará con otros doscientos soldados y volviese no a Veracruz, sino a Cempoal, es evidente que deseaba dejar en Veracruz el menor número posible de gente -todo lo más unos ochenta hombres-. Parece pues que calculó con gran cuidado esta operación, pues se acercaba el momento de poner en práctica su decisión de dar al través con los navios, lo que le sería mucho más fácil cuando

toda su gente se hallase tierra adentro.

Había llegado en efecto el momento culminante en la vida de este hombre heroico. No en vano ha hecho el mundo entero de este acto suyo el símbolo de la decisión que un hombre toma de dominar la suerte, transfigurándolo además de un modo legendario al hacer que Cortés quemase sus naves. Había concebido el propósito de apoderarse del imperio de Moteczuma. Pocos días antes, escribía al Emperador: «En la otra relación dije a Vuestra Majestad que confiando en la grandeza de Dios, y con esfuerzo del real nombre de Vuestra Alteza pensaba irle a ver [a Moteczuma] doquiera que estuviese; y aun me acuerdo que me ofrecí, en cuanto a la demanda de este señor, a mucho más de lo a mí posible, porque certifiqué a V. A. que lo habría preso o muerto o súbdito a la corona de V. M.» [1130]. A esto estaba decidido él. Pero ¿y sus tropas? Aunque castigada, la facción velazquista seguía con su querencia hacia sus granjas y sus mujeres en Cuba, y había entre los soldados muchos que pensaban ser locura meterse a conquistar un imperio rico, tan desarrollado y de tanta razón y artificio, con solo quinientos hombres. La idea de verse un día cebados «en la caponera» para la mesa de Moteczuma, como habían visto a tantos otros prisioneros cebados para mesas menores, hacía más hondas e intensas las objeciones de estos elementos tibios del ejército. Tales eran los pensamientos que bullían en la mente de Cortés al tiempo del alzamiento de Escudero. Un Capitán menos esforzado hubiera visto en este alzamiento la señal de peligro en su camino y preparado, por consiguiente, el retorno de la armada; para Cortés no fue más que un nuevo aguijón para estimularle a llevar a efecto su atrevida decisión: «Y porque demás de los que, por ser criados y amigos de Diego Velázquez, tenían voluntad de salir de la tierra, había otros que, por verla tan grande y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; creyendo que, si allí los navios dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaría casi solo [...] tuve manera cómo, so color que los dichos navios no estaban para navegar, los eché a la costa; por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra, y yo hice mi camino más seguro; y sin sospecha que, vueltas las espaldas, no había de faltarme la gente que yo en la villa había de dejar» ^[1131] .

«Tuve manera», dice Cortés. Fue en efecto una labor llevada a cabo en su estilo inconfundible, con aquella mezcla de audacia y de astucia que le era peculiar; comenzada con maniobras soterradas y tortuosas pero terminada en plena luz, pecho al obstáculo con la victoria del espíritu. Para reconstituir el cuadro completo de lo ocurrido hay que combinar los elementos que proceden de Cortés y de sus cronistas por una parte y por la otra los que aporta Bernal Díaz. Cortés empezó la maniobra induciendo a algunos de sus amigos a que le propusieran en público que sería mejor deshacerse de los navios a fin de poder echar mano en tierra del centenar de marineros que no hacían nada en el puerto. Esta idea surgió pues como por encanto en un corro que rodeaba a Cortés en Cempoal. A unos les pareció mal; otros observaron que así terminarían de una vez las intrigas y conspiraciones de los que querían retornar a Cuba. Así preparado el terreno, Cortés llamó a los pilotos y con gran sigilo, prometiéndoles mares y montes y dándoles oro, terminó por medio convencerles medio obligarles a que tomasen la responsabilidad de dar al través con los navios. Los pilotos barrenaron los barcos y vinieron a informar a Cortés de que ya no servían para navegar por estar tomados de broma. Cortés puso una cara muy triste, echó una ojeada circular a los compañeros que se hallaban presentes cuando se le anunció la noticia y aguardó a que algunos de ellos diese con la solución que él en secreto deseaba. En cuanto el instinto popular dio con esta solución y uno de los soldados la propuso en el corro, Cortés, siempre fiel a sus sentimientos democráticos, se avino a la opinión general. Juan de Escalante salió para Veracruz con órdenes para desembarcar todo lo que los cascotes tenían de útil y, una vez vacíos, dar al través con ellos.

Pero en este punto, o Cortés o Escalante cometieron un error de táctica. Ya fuese por razones técnicas, que de ser así no son conocidas, ya por esa especie de resistencia a la destrucción que vive oculta en los hombres sanos, solo dieron al través con cinco de los diez navios. La gente vio en ello

una calamidad inevitable. Pero cuando, a los pocos días, vieron echar a la costa cuatro barcos más, hubo gran emoción entre la gente: lo que se pudo haber aceptado como una calamidad mayor, de haber ocurrido todo de golpe al mismo tiempo, provocó sospechas al hacerse por entregas y no dejó de haber quien adivinase las intenciones secretas del astuto Capitán. Hubo rumores de motín y, de creer a Las Casas, hasta vientos de muerte.

Con su previsión habitual, Cortés se había dado cuenta de este riesgo. Aquella mañana, después de misa, reunió a sus hombres y les dirigió la palabra con aquella elocuencia sencilla pero elegante y eficaz que tantas veces provoca a admiración aun al mismo Bernal Díaz. Lejos de rehuir la causa del malestar, la convicción reinante entre sus hombres que al destruir los navios les había cortado la retirada no dejándoles más alternativas que vencer o morir, concentró en ella toda su atención y la de sus oyentes: les dijo que de entonces en adelante tendrían que luchar, no solo por Dios y por el Rey como siempre, sino para salvar la vida también, «y sobre ello dijo otras muchas comparaciones y hechos heroicos de los romanos». A los pusilánimes, ofreció el único barco que quedaba -y su desprecio.

Nadie aceptó ni lo uno ni lo otro y Cortés dio también al través con aquel último bajel ^[1132].

Victoria sobre Tlaxcala

No hay nada semejante en la historia, ni siquiera el cruce de] Rubicón, porque César, al cruzarlo, si bien es verdad cortaba las amarras que le unían a la Roma republicana, se dirigía no obstante hacia ella a la cabeza de sus fuerzas; si políticamente se alejaba, físicamente retornaba a la Ciudad de que era uno de los ciudadanos más influyentes y en donde disponía de numerosos apoyos; ciudad que contaba con dominar. Pero Cortés, al destruir sus naves, cortaba sus amarras, no solo con el Estado español encarnado en Velázquez, sino también con la única base de donde podía esperar refuerzos y bastimentos, poniendo cara al Imperio que, aun con ser bárbaro, le superaba cuantitativamente lo menos de mil a uno, y en un país por explorar, sobre el cual no tenía mapa alguno y solo contaba con escasa información. Su decisión fue en verdad heroica. El grupo de capitanes y soldados que la conoció a tiempo y le ayudó a imponerla al resto de su ejército tiene derecho a compartir nuestra admiración por su jefe, pero la decisión fue suya y surgió de su corazón en la tenebrosa soledad del adalid, el pico más desolado de los accesibles al alma humana.

Ahora tenían que volver todos la voluntad resueltamente hacia tierra. Hasta aquel día, tan lleno de destino para todos ellos, les había unido a Cuba ese canal subconsciente de atención y de tensión que la memoria guarda siempre abierto en la trastierra del alma y que, oculto en la oscuridad interna durante el día e iluminado por la luna de los sueños durante la noche, nos liga al pasado inmediato. Sus compañeros, aun los más decididos, pisaban con pie ligero aquella tierra en que solo se veían como huéspedes del tiempo y de la fortuna; allá a la vuelta de la esquina de sus pensamientos, les esperaba Cuba con sus granjas, sus indios mansos, sus vacas, sus casas cómodas, para algunos sus mujeres y familias, para todos la vida en calma de un colono próspero en una colectividad en que el español era rey.

Cortés había dado al través con todo esto a la par que con los diez navios. Cuba seguía desde luego posada sobre el mar azul, con sus granjas, sus vacas y sus indios mansos; pero ya para ellos el camino hacia Cuba no pasaba por aquellas olas soleadas y azules, balanceadas en ocio suave, lejos del peligro y del esfuerzo; sino a través de la capital de Moteczuma que había que conquistar por astucia, o por fuerza, o por ambos medios a la vez, cruzando un mar de indios de guerra que se comían a los prisioneros y se vestían con sus pellejos. De un golpe de la mano dominadora de su jefe, aquellos quinientos hombres habían perdido el río de recuerdos y de esperanzas que unía sus almas a la isla madre; de un golpe, se les había secado la espalda. En adelante, para ellos, toda la vida estaba de frente, hacia aquellas cumbres pavorosas que se alzaban gigantescamente en el horizonte como para cerrarles el acceso a lo que ya no era meramente una ambición, sino el único objetivo que les quedaba -Méjico, misterioso y potente, tras de una cortina de tribus rivales.

Cortés no era hombre de espalda muy sensible. Era uno de esos seres nacidos con fuerte impulso hacia adelante, cuya vitalidad se acumula en los órganos y sentidos que cortan como proa el tiempo y el espacio: ojos para ver, manos para trabajar, corazón para mover, cerebro para guiar. Estaba decidido a la conquista desde el primer día de su expedición [1201]. Para él, ya no había cordón umbilical con Cuba desde que había decidido llevar a cabo lo que tanto Grijalba como Hernández de Córdoba habían dejado por hacer, y a tal fin, había resuelto en su ánimo romper con Velázquez. El impulso que le llevaba hacia adelante era bastante vigoroso para hacerle vencer el muro de la montaña, los sangrientos campos de batalla, la red de guerras civiles indias, las artimañas del astuto Moteczuma, y

sostener su ánimo hasta haber cogido al emperador pagano muerto o vivo y hasta haber hecho ingresar al imperio bárbaro en el ámbito de la cristiandad y en el Imperio de Carlos V, dándole la luz de la fe para él santa. Su decisión de destruir las naves, heroica para nosotros, fue para él probablemente tan solo medida de prudencia, más bien obvia y ordinaria, pues ya entonces se hallaba demasiado absorto en su empresa para darse cuenta plena del tamaño de los actos que le llevaba a concebir y a realizar.

Y, sin embargo, tal es la ironía de la suerte. Cortés, único hombre de ejército para quien el pasado reciente había muerto, era también el único a quien no permitía el sino olvidar aquel mundo que quedaba a su espalda en el momento en que se preparaba a escalar las alturas que conducían a Culúa. Allí en Cuba, Diego Velázquez cultivaba su resentimiento y preparaba de seguro alguna empresa contra él. De sus dos representantes, uno le era leal, pero el otro, Montejo, le estaba unido solo con cadenas de oro y Cortés sabía demasiado que el oro siempre puede deshacer lo que el oro ha hecho, sobre todo en el caso de un hombre que gastaba más de lo que sus rentas permitían ^[1202]. Cortés no podía tener seguridad de que el mundo que quedaba atrás no se vengaría de él, por lo menos no antes de recibir noticias sobre el resultado de su embajada al Emperador. Además, Diego Velázquez no era más que uno de los agentes de la suerte que le aguardaban en el horizonte. Nadie sabía mejor que Cortés cuántos hombres había en las islas de las Indias y en los puertos de España dispuestos a jugárselo todo por cualquier imperio que anduviera disponible como tentación para conquistadores parados. Todos estaban entonces al borde del mundo. El Estado español no estaba en condiciones de organizar el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, situación análoga a la de nuestros días en que ni aun las poderosas naciones del Occidente se sintieron en condiciones de organizar la conquista del aire al descubrirse la aviación. En uno y otro caso, hubo que dejar la tarea histórica a los aventureros individuales. Ellos fueron los que entonces se precipitaron en pintoresco desorden sobre la labor. Las oficinas de Sevilla y la cancillería ambulante de la Corona de España no tenían competencia -y algunos de los funcionarios no tenían tampoco voluntad- para seguir los acontecimientos tumultuosos y lejanos de las Indias con una atención sostenida y profunda; todo se llevaba en la metrópoli de un modo superficial e incoherente, aunque imperasen a veces temporadas de competencia y seriedad a impulsos de algún hombre superior como Cisneros. Gobernadores, adelantados, capitanes, fluían hacia América con nombramientos extendidos vagamente sobre territorios nebulosamente conocidos, para fechas más o menos definidas, y mientras las cartas reales solemnes y verbosas cruzaban el océano en lentas carabelas, otros capitanes habían invadido por fuerza de armas y por propia iniciativa los cotos que el intrigante de Corte se había cerrado para sí sobre el papel. Los capitanes luchaban contra los indios con pólvora y lombardas y unos contra otros con tinta y papel; pero todos sabían que en aquellos tiempos, en las Indias, el único camino seguro para alcanzar el éxito era el éxito mismo.

*

Tal era sin duda la situación que ocupaba el espíritu de Cortés en Cempoal cuando, destruidas las naves, preparaba su marcha hacia Méjico. Había salido de Veracruz con intención de no volver. Su instinto le decía que era mejor que sus hombres permaneciesen lejos del mar que muchos de ellos no volverían a ver jamás, y que su decisión de aventurarse tierra adentro prosperaría más en Cempoal que en aquel puerto lleno de recuerdos donde yacían todavía los cascos de los navios muertos, cadáveres de sus esperanzas. Había dejado en Veracruz a uno de sus hombres de confianza, Juan de Escalante, con una guarnición de cincuenta a cien españoles, casi todos marineros o soldados inválidos, que había recomendado con insistencia a los caciques amigos para que viviesen en buenos términos con ellos y les ayudasen a construir la iglesia, la fortaleza y las casas. Tomando a Escalante de la mano: «Este es

mi hermano -había dicho a los caciques- y lo que os mande, hacedlo».

Un día, estando todavía Cortés en Cempoal, vio Juan de Escalante un navio por la costa. Hízole ahumadas y le puso mantas blancas y otras señales visibles sin obtener respuesta. Cabalgó entonces con una capa de grana colorada para que le viesen los del navio, pero aunque se quedó con la impresión de que en efecto le habían visto, no tuvo respuesta. Tamaña reserva en los intrusos le indujo a sospecha y curiosidad. Se hizo a la mar en un batel -único transporte marino que quedaba disponible- llegando así a distancia oral del navio fantasma, cuyos tripulantes le dijeron «que eran de Francisco de Garay, Teniente y Gobernador en la isla de Jamaica, y que venían a descubrir». Escalante les explicó cómo Hernán Cortés «tenía poblada esta tierra y hecha una villa allí a una legua de donde los dichos navios andaban». Pero aunque ofreció toda suerte de auxilio, y aun se prestó a servirles de piloto, y aunque los del navio fantasma se manifestaron dispuestos a seguirle, no lo hicieron, y siguieron navegando a lo largo de la costa como duendes marinos, al parecer sin objetivo concreto.

Este era el contenido de una carta que Cortés recibió en Cempoal de su lugarteniente en Veracruz. Así, pues, cuando se preparaba a iniciar su marcha hacia adelante, el mundo que había dejado a sus espaldas le daba un tirón hacia atrás. No perdió ni un minuto. Así hemos de verle en toda su vida volverse siempre al instante hacia el lugar donde el riesgo es mayor y más urgente, siempre en el ápice de la acción. Dejando a Alvarado en Cempoal al mando del ejército, se dirigió al galope hacia Veracruz con cuatro jinetes, dejando instrucciones de que le siguiesen «cincuenta soldados de los más sueltos». El detalle es de Bernal Díaz, que añade, no sin cierta satisfacción, «que Cortés allí nos nombró los que habíamos de ir con él».

Cuando llegó Cortés a Veracruz, halló que los navios, que eran tres, «estaban surtos tres leguas la costa abajo, y que ninguno no había saltado a tierra». Allá se fue al instante con su escolta, «antes que bocado comiésemos», añade Bernal Díaz. Escalante, que quizá no había comido tampoco, le aconsejó que reposase ofreciéndose a ir él en persona. «Cabra coja no duerme siesta», contestó Cortés picando espuelas. A dos tercios del camino, se encontraron con tres de los de Garay. ¿Tres soldados, tres conquistadores dispuestos a subyugar todo un imperio con sus heroicas proezas? De ningún modo: uno era el Notario, Guillén de la Loa, que, armado con un tintero mortífero y con una pluma aguda y venenosa venía a tomar posesión de la tierra en nombre del Capitán Alonso Álvarez Pineda, cuya flota aguardaba al ancla en el río de Pánuco; los otros dos eran testigos, uno Andrés Núñez, carpintero de ribera, otro, Maestre Pedro el de la Harpa, cuyo oficio no consta, pero que, de ir con el nombre, quizá fuera músico. El Notario puso en conocimiento de Cortés cómo Pineda había descubierto aquella tierra -no hay tierra desde luego que no aguante una gran cantidad de descubrimientos sin que le tiemble una ramilla- y deseaba «poblarla», requiriendo, por lo tanto, a Cortés a que partiese con él los términos de sus respectivos descubrimientos.

Cortés manifestó primero deseos de saber cuáles eran los títulos que Pineda tenía para descubrir, pues no le faltaban razones para sospechar que andaban por el Nuevo Mundo numerosos aventureros descubriendo y hasta conquistando con títulos que dejaban mucho que desear y él creía que no debían emprenderse descubrimientos y conquistas más que sobre bases jurídicas muy firmes. Guillén de la Loa, hombre de ley, estaba naturalmente al cabo sobre los títulos de su jefe y explicó a Cortés que cuando Garay, en su lejana Jamaica, tuvo conocimiento de los veinte mil pesos de oro que Grijalba y sus compañeros habían traído de Yucatán, sintió deseos tan vehementes de extender la santa fe cristiana por aquellas tierras auríferas que había enviado a España a su mayordomo Torralba, y como estaba en excelentes términos con Fonseca, el Obispo encargado de los asuntos de Indias, le habían nombrado Adelantado de todo lo que descubriese hacia el norte. Con esta autoridad, Garay había

enviado a Alvarez Pineda con tres navios, doscientos setenta soldados, bastimentos y caballos.

Como Cortés tenía quinientos hombres y dieciséis caballos, es seguro que no consideraría como muy fuertes los títulos jurídicos que Pineda ostentaba. Con su rapidez usual y su acostumbrada economía de etapas inútiles, «con palabras amorosas, les halagó y dijo que si podríamos tomar el navio». Guillén de la Loa escuchó con ecuanimidad jurídica esta proposición extraordinaria y contestó muy razonablemente que él y sus compañeros capearían a los del navio a tal fin, lo que hicieron, aunque sin éxito. Esto es lo que cuenta Bernal Díaz que se hallaba presente, pero Cortés escribe a Carlos V que ofreció sus servicios y propuso una conversación en Veracruz, pero que Guillén de la Loa contestó «que en ninguna manera el Capitán ni otra gente venía a tierra ni adonde yo estuviese»; y sospechando que esta actitud obedecía a «que debían haber hecho algún daño en la tierra» cambió de táctica. Aquí Cortés dora un tanto su papel en el episodio. Por mucho que procure presentarse ante el Emperador como la encarnación de la ley y del orden, Cortés entonces no pisaba mejor terreno que el de Pineda. Todavía estaba en el despoblado de la aventura y sabía que solo le era posible triunfar por un golpe de audacia. Es muy probable que en efecto hiciese proposiciones de negociar, pero las «palabras amorosas» de que habla Bernal Díaz, para quedarse con el barco, suenan a verdad.

Sea cual fuere el motivo, el hecho es que Cortés decidió poner en juego una estratagema. Hizo cambiar de ropas a los de Garay con tres de los suyos mientras él con sus tropas se alejó a lo largo de la costa como retornando hacia Veracruz y se escondió en el bosque hasta pasada la medianoche. Después de ponerse la luna, volvió en la oscuridad con su gente al lugar donde habían visto al navio. Al alba, los tres soldados disfrazados hicieron señales; los del barco les mandaron un batel en el que venían hasta doce soldados de Garay; pero sospechando el cariz de las cosas, solo desembarcaron cuatro, de los que prontamente se apoderó Cortés, no sin peligro, pues uno de ellos, Maestre de la nao, puso fuego a una escopeta «y matara aquel capitán que yo tenía en la Veracruz, sino que quiso Nuestro Señor que la mecha no tenía fuego». Cortés tuvo que volverse a Veracruz dejando por resolver este asunto; pero no se durmió sobre él y, dándose cuenta de que la ambición de Garay iba hacia Pánuco, dedicó especial cuidado a cultivar a los caciques de aquella zona, que parecen haberse inclinado a su partido. Con todo, Garay iba a seguir siendo uno de los peligros que le amenazaron constantemente en su retaguardia [\[1203\]](#).

*

El 16 de agosto de 1519, Cortés salió de Cempoal para Méjico a la cabeza de un ejército compuesto de cuatrocientos españoles, trece caballos, seis o siete piezas pequeñas de artillería y mil tamemes para transportar el bastimento, las municiones y la artillería, pues «para nosotros los pobres soldados -dice Bernal Díaz- no habíamos menester ninguno porque en aquel tiempo no teníamos qué llevar porque nuestras armas así lanzas como escopetas y ballestas y rodela y todo otro género dellas, con ellas dormíamos» [\[1204\]](#). Acompañaban a Cortés buen número de «principales» de Cempoal así como dos capitanes de Moteczuma «que con malicia llevaron a Cortés por la rinconada, por tierras ásperas y fragosas de diversos temples, unas muy calientes, para que con la aspereza de los caminos y destemplanzas de las tierras enfermasen y muriesen los nuestros y así se excusase su ida a Méjico» [\[1205\]](#). Es posible que Cortés vislumbrase este plan. De todos modos, dividió sus fuerzas durante los dos primeros días, pues apunta Cervantes de Salazar que al llegar a Jalapa se juntaron Cortés y Alvarado que «traían partido el ejército entre sí, por no ser molestos a los pueblos do llegaban». En este primer día de su jornada perdieron un potrillo que adoptó un rebaño de venados silvestres entre los que creció y lo hallaron los españoles a los dieciocho meses bastante crecido para ser útil, por lo que le hicieron volver a la civilización -y a la guerra [\[1206\]](#).

Se pusieron en marcha los españoles, atravesando tierras de Cempoal y otras repúblicas contrarias a Moteczuma, siguiendo un rodeo para ir ganando altura, primero hacia el noroeste, por Jalapa, luego al este, hacia Tlaxcala. Habían cruzado ya las tierras cenagosas, malas de pasar en tiempos de aguas, que es cuando ellos las pasaron, «porque -dice Torquemada-, se sumen los caballos hasta la barriga» [\[1207\]](#), y estaban ya en comarcas más secas, soleadas y alegres, donde Bernal Díaz dice que «había muchas parras de uvas de la tierra». Pero no duró mucho esta zona tan amena de su viaje, pues, cruzado un puerto al que pusieron el Puerto del Nombre de Dios, «por ser el primero que en estas tierras habíamos pasado, el cual -añade Cortés- es tan agro y alto que no lo hay en España tan dificultoso de pasar», se hallaron en un despoblado «donde hacía muy gran frío y granizo y llovió; aquella noche -apunta Bernal Díaz- tuvimos falta de comida». Algunos de los indios que venían de Cuba murieron de frío al sentir en su piel tropical el viento que soplaba de la Sierra Nevada; los españoles, aunque no tenían otro abrigo que el de las armas que llevaban puestas, resistieron con su adaptabilidad ibérica [\[1208\]](#). Se hallaban entonces a unos siete mil pies de altura, habiendo ya vencido obstáculos humanos y naturales bastantes para amedrentar el corazón más esforzado; pero seguían hacia adelante, obedientes al espíritu de su Capitán, aunque siempre «muy apercebidos y con gran concierto», hacia el Méjico enigmático de sus ensueños. Después de cruzar otro puerto menos agro que el del Nombre de Dios, vieron extenderse ante sus ojos una llanura bien cultivada; el aire era suave; la gente pareció pobre a Cortés. Pero después de unas dos leguas de marcha en busca de la ciudad, llegaron a una que les causó placer y sorpresa porque sobrepasaba a Cem- poal; las casas, dice Cortés, «eran todas de cantería, labradas y muy nuevas; e había en ellas muchas y muy grandes y hermosas salas y muchos aposentos muy bien obrados». Cortés llama a este lugar Caltanmi y Bemal Díaz, Coco- tlan; unos soldados portugueses de Cortés lo bautizaron Castilblanco por recordarles la ciudad de este nombre en su país. Los naturales lo designaban en realidad con el de Tladanquitepec [\[1209\]](#).

El Cacique Olintetl los recibió muy bien si hemos de creer a Cortés, parco en sus informes como suele serlo. Pero por otras fuentes puede vislumbrarse que la actitud de Olintetl fue algo más compleja y entreverada. Cortés había enviado de avanzada a dos cempoaleses para anunciar su llegada. Moteczuma también había enviado un mensaje a Olintetl dándole como instrucciones cortesía y hospitalidad -al menos en la forma-. Olintetl se atuvo a estas instrucciones interpretándolas según sus luces: sacrificó en efecto a cincuenta esclavos para que a la llegada de los españoles se encontrasen con la sangre todavía fresca, cosa que sin duda les causaría gran placer, pero en cambio, dice Bernal Díaz, «nos dieron de comer poca cosa e de mala voluntad» [\[1210\]](#). Es evidente que Moteczuma seguía la misma táctica que Cortés: acogedor en la forma pero hostil en el fondo, y solo sobre esta base puede comprenderse la actitud de Olintetl. Era hombre obeso, todavía más obeso que el Cacique de Cempoal, por lo cual los españoles, que vieron cómo le temblaba el cuerpo voluminoso al ritmo de la litera soportada por cuatro mozos, le pusieron por mote el Temblador. Era también sagaz y parece haberse aplicado a impresionar a Cortés sobre la pujanza y el poder de Moteczuma. «¿Sois vasallo de Moteczuma?», preguntó Cortés. Olintetl guardó silencio tanto tiempo que ya se iba agotando la paciencia del español y estaba a punto de repetir la pregunta, cuando el Cacique, seguro ya de su efecto, contestó con otra pregunta: «¿Y quién no es vasallo de Moteczuma?». Cortés tomó pie de esta respuesta para dirigir a Olintetl su alocución usual sobre el gran Emperador cristiano que tenía por vasallos a reyes y potentados mucho más poderosos que Moteczuma. Pero Olintetl no se dejó impresionar e insistió sobre la fuerza y la impregnabilidad de Méjico, describiendo cómo estaba construido en medio de la laguna, solo accesible por tres calzadas de fácil defensa, de modo que, dice Bernal Díaz, «todos nosotros estábamos admirados de lo oír, y con todo cuanto contaban su gran

fortaleza y puentes, como somos de tal calidad los soldados españoles quisiéramos ya estar probando ventura». Entretanto, el sagaz Cacique seguía pintando su cuadro con los colores más subidos, y decía «que era tan gran señor Montezuma que todo lo que quería señoreaba, y que [él] no sabía si sería contento desde que supiese nuestra estada allí en aquel pueblo, por nos haber aposentado y dado de comer sin su licencia». A lo que Cortés contestó volviendo a hablar del Rey de España y afirmando que venía a Méjico enviado directamente por Carlos V para mandar «a ese vuestro gran Montezuma que no sacrifique ni mate ningunos indios, ni robe sus vasallos ni tome ningunas tierras y para que dé la obediencia a nuestro rey y señor»; y elevándose gradualmente hasta las más altas esferas, «les declaró otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe». Olintetl y los demás caciques que le rodeaban guardaron silencio, sintiéndose quizá incompetentes ante la teología. Habían perdido el tiempo. Los extranjeros no se habían dejado impresionar por los cuentos sobre la pujanza de Moteczuma y, por razones recónditas, aquellos blancos inexplicables sentían especial repugnancia hacia los sacrificios humanos y las costumbres sodomitas. Estaban pues ante un callejón sin salida. Cortés tuvo entonces una idea, nada nueva por cierto. Volviéndose hacia sus soldados, «parésceme, señores -exclamó-, que ya que no podemos hacer otra cosa, sino que se ponga una cruz».

Los soldados se declararon de acuerdo, pero el fraile no fue del mismo parecer. «Parésceme señor -argüyó- que en estos pueblos no es tiempo para dejalles cruz en su poder, porque son desvergonzados y sin temor, y como son vasallos de Montezuma, no la quemén o hagan alguna cosa mala, y esto que se les ha dicho basta hasta que tengan más conocimiento de nuestra santa fe». Satisfizo a Cortés el consejo de su técnico en materia espiritual, pero fue menester recurrir a otros medios para dar a entender a los naturales el poder de la civilización cristiana. Los españoles hicieron correr los caballos y disparar los cañones y hasta exhibirlos un lebrél que asombró mucho a los indios por su fiereza y velocidad hasta el punto que preguntaron si era tigre o león. Por tales métodos iban estableciendo su reputación de teules, lo que les valió buen número de regalos de oro «aunque era muy bajo» y cuatro indias «que fueron buenas para moler pan». Pero, a pesar de su excelsa situación, no pocos de aquellos dioses españoles se estremecían con terror hasta los tuétanos de su cuerpo mortal al contemplar el osario en que había, cuenta Bernal Díaz, «rimeros de calabernas de muertos que se podían contar según el concierto como estaban puestas, que al parecer que serían más de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil» [1211].

*

Sin dejarse amilanar por espectáculos tan espantosos, el ejército siempre dispuesto para cualquier eventualidad y en el mejor orden y concierto, avanzó un par de leguas por el valle hasta instalarse en otro pueblo y fortaleza llamado Ixtacamaxtitlan, que Bernal Díaz humaniza en Xalacingo, en donde, bien acogido por los naturales, Cortés decidió permanecer hasta el retorno de unos mensajeros que había enviado a Tlaxcala. Sus amigos cempoaleses le habían sugerido que procurase ganarse la amistad de los tlaxcatecas, buena gente de guerra y enemigos declarados de Moteczuma; y Cortés, accediendo a la indicación, había confiado la embajada a cuatro cempoaleses que llevaron como credenciales, amén de un sombrero de Flandes todo «envedijado», una carta escrita por el pendolista de Cortés, no para que los tlaxcatecas la leyesen, sino para certificarles que los embajadores venían de parte de los teules que tales papeles escribían.

En las costumbres internacionales del mundo azteca, eran sagrados los embajadores, a cuyo fin se les distinguía mediante cierto número de insignias especiales. «Cada uno llevaba una delgada manta, de punta a punta torcida, revuelta al cuerpo, que cubría el ombligo con dos nudos a los lomos, de

manera que de cada uno sobrase un palmo de manta». Por si este aderezo no bastare a impresionar con su rango de embajador a las personas que iban con el ombligo al aire, llevaba además otra manta «de algodón grueso, de tal manera doblada que hacía un pequeño bulto enroscado; llevábala echada con un pequeño cordel por el pecho y hombros»; «en la mano derecha una flecha por la punta, las plumas hacia arriba, y en la izquierda una pequeña rodela y una redecilla en que llevaba la comida que le bastaba hasta llegar do había de dar la embajada».

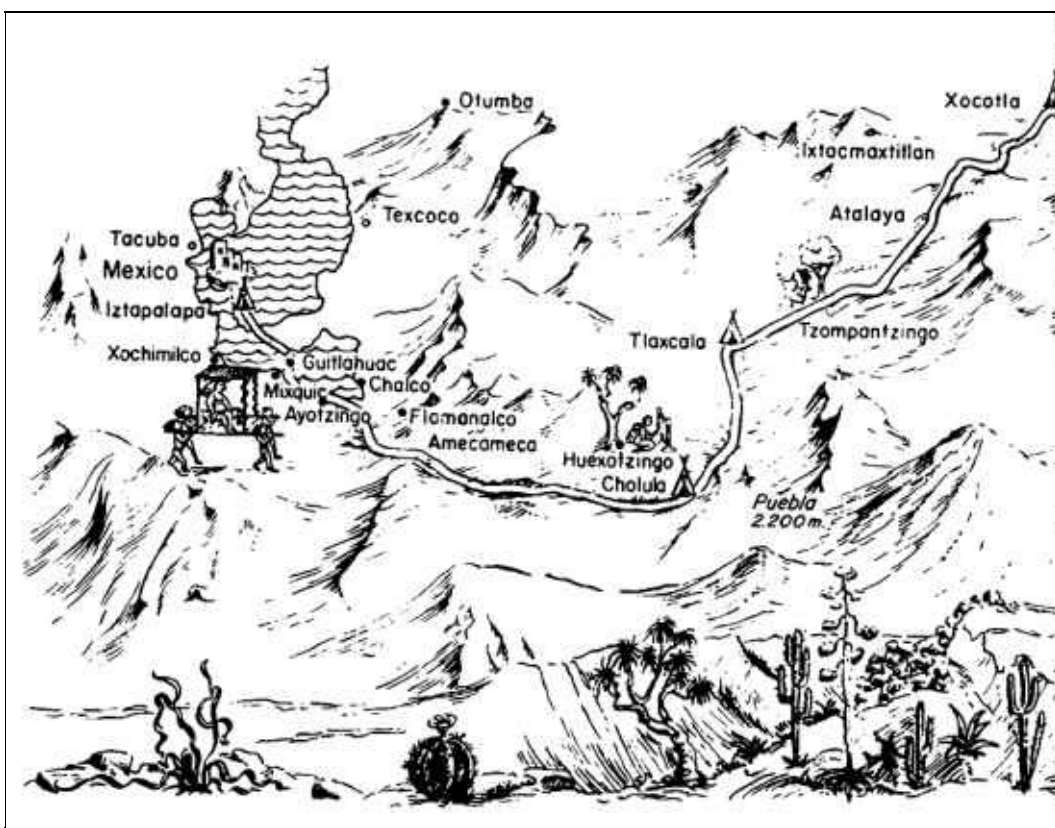
Cuando los cuatro embajadores de Cortés llegaron a Tlaxcala, todo el mundo al punto los reconoció por lo que eran y fueron naturalmente recibidos como convenía a sus funciones por los altos funcionarios de la república, que los condujeron a la casa comunal. Después de almorzar y de descansar fueron a despachar su embajada a la casa de Gobierno con gran compostura y en silencio, como repasando mentalmente el mensaje que se les había confiado, llevando ahora en la mano, en vez de la rodela y de la redecilla de co-, mida, unos ramilletes de rosas. Con paso lento y solemne, y con los ojos bajos, pues era insolencia mirar a los grandes frente a frente, entraron a presencia del Consejo de los Cuatro que gobernaba la ciudad y nación de los Tlaxcatecas, poniendo gran cuidado en cubrir todo su cuerpo con la manta delgada de algodón. Tlaxcala era una república compuesta de cuatro cantones federados, representados cada uno de ellos en el Consejo por un «orador» o tlatoani. Era una especie de Esparta de la Atenas mejicana, bloqueada por Méjico y privada, por lo tanto, de ciertas mercancías necesarias a la vida indígena, como el algodón, el cacao y la sal, pero que resistía no obstante con éxito la ambición dominadora de Méjico, sosteniendo con los mejicanos una especie de guerra permanente organizada y hasta cierto punto acordada, en interés sobre todo del dios de la guerra, para cuyos sangrientos altares suministraba un número adecuado de víctimas. Los cuatro tlatoanis aguardaban sentados en bancos bajos llamados yqyalis. Los embajadores entraron en la sala del Consejo, hicieron una profunda reverencia, avanzaron cubriendo la mitad de la distancia que les separaba de los tlatoanis y, arrodillándose en el suelo, se sentaron sobre los talones, apretando las piernas y trayendo a sí las mantas para que les cubriesen bien el cuerpo. Tras breve silencio, Majixcatzin, uno de los tlatoanis, les hizo seña de que hablasen; en voz baja, como requería la cortesía, uno de los cempoaleses, con elocuencia florida pero sobrio de ademanes y humilde de ojos, comenzó a desarrollar su embajada: habló de los nuevos hombres, barbudos, pelirrojos, de piel blanca y ojos azules que habían llegado de Oriente en grandes acatl (barcos) y que eran tan poderosos que, con su apoyo, los totonaques se habían libertado del yugo de los mejicanos; añadiendo que, por consejo de los de Cempoal, los hombres nuevos estaban dispuestos a aceptar una alianza con Tlaxcala pasando por su territorio camino de Méjico. Los cuatro tlatoanis tlaxcatecas escucharon en silencio con la mayor atención, la cabeza muy baja, de modo que casi tocaban con el rostro en las rodillas, y cuando el cempoalés hubo terminado de hablar, todavía siguieron en silencio un rato largo, por cortesía, pues ruin era el mensaje que cabía contestar sin reflexión. Al fin, Majixcatzin habló otra vez dirigiendo a los embajadores cempoaleses unas palabras de bienvenida y despidiéndolos hasta que el Consejo hubiera deliberado sobre su embajada ^[1212] .

La deliberación tuvo lugar inmediatamente. Majixcatzin inició el debate exponiendo su opinión favorable a que se concediera a los blancos barbudos el paso a través de Tlaxcala a título de amigos, pues si en verdad eran teules pasarían de todos modos, y si no lo eran, por lo menos habían hecho acto de ser enemigos de Moteczuma y como tales merecían buena acogida. Xicotencatl, otro de los tlatoanis, cuya ancianidad y experiencia le daban gran autoridad, apuntó que los hombres nuevos, de creer la voz que corría sobre ellos, no eran hombres sino monstruos que habían salido de la espuma del mar, que galopaban cabalgando venados descomunales y veloces, comían tierra, eran ávidos de oro, dormían sobre mantas de algodón y gustaban de gozar toda especie de delicias, y que por lo tanto

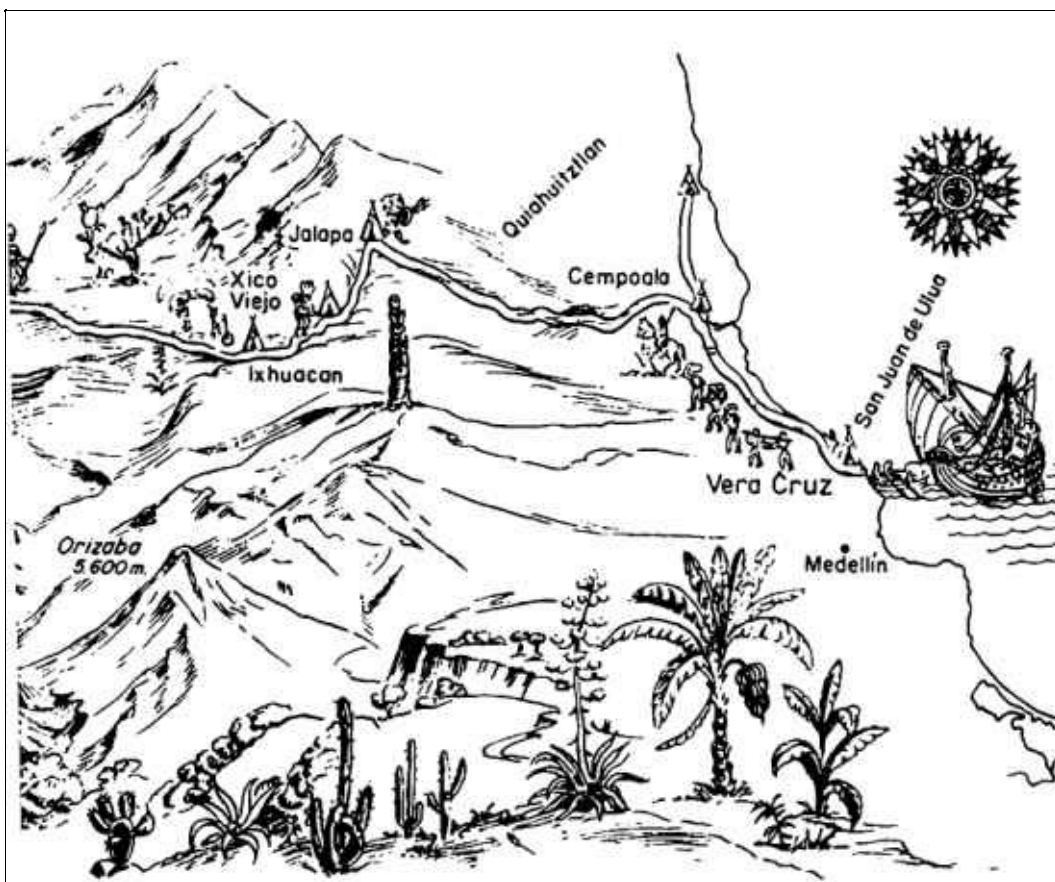
el mar, harto de ellos, los había arrojado sobre la tierra. El sabio anciano concluía, pues, que sería grave error darles acceso al territorio de Tlaxcala. Resolvió el empate un tercer tlatoani que respondía al nombre armonioso de Temilute-cutl, aunque hay autores que sostienen que solo se llamaba Tlehuexolotzin, proponiendo que se enviasen embajadores de Tlaxcala a aquellos hombres extraños, invitándoles a venir a la ciudad, donde serían bien recibidos, y entretanto Xicotencatl el joven, hijo del anciano tlatoani, y general de los ejércitos tlaxcatecas, intentaría habérselas con ellos en el campo, apoyado por los otomíes, tribu belicosa al servicio de Tlaxcala; de este modo, añadió el tlatoani, si Xicotencatl los derrota, todo será resuelto; mientras que si ganan los extraños, se le echará la culpa al impulsivo general y a los bárbaros otomíes. Este consejo, que bastaría para probar el alto grado de civilización que había alcanzado Tlaxcala, mereció al punto la unanimidad [1213].

Cortés seguía esperando, esperando, y sus embajadores no volvían. Esto era, desde luego, parte obligada en la táctica adoptada por los tlaxcatecas. Pero a Cortés no se le cocía el pan, y después de examinar el asunto con los cempoaleses que le acompañaban, los cuales le aseguraron que Tlaxcala sería un excelente aliado, dio la orden de marcha adelante. El ejército se puso en camino el 31 de agosto de 1519. No tenía más que seguir el río, pues ya estaba en el valle que constituía la única salida de la república. Iba Cortés cabalgando a la cabeza de sus tropas con seis jinetes de escolta, más de una legua a vanguardia, pues como él mismo explica, siempre le gustaba ir por delante para ser el primero en ver venir la cosas y preparar a su gente. Así, pues, fue el primero que vio el muro que Tlaxcala había construido a través del valle, para cerrarse a sí misma la única puerta que le quedaba. Era un paredón formidable, excelente obra de cantería, «que con picos de hierro era mala de deshacer»; Cortés la describe «tan alta como estado y medio, que atravesaba todo el valle, de la una sierra a la otra y tan ancha como veinte pies, y por toda ella un pe-tril de pie y medio de ancho, para pelear desde encima, y no más de una entrada, tan ancha como diez pasos: y en esta entrada doblada la una cerca sobre la otra, a manera de rebelín, tan estrecho como cuarenta pasos, de manera que la entrada fuese a vueltas y no a derechas». Paráronse los españoles a contemplarla y no ha de extrañarnos que diga Bernal Díaz «nos dio bien que pensar en ello». No dejó Cortés de observar el efecto que esta fortaleza produjo sobre sus tropas. En su elocuente lenguaje de piedra, les decía: «Aquí hay fuerza y artificio. Pasad este muro si os atrevéis, extranjeros, pero antes de pasarlo, pensad bien si podréis volverlo a pasar hacia afuera». Así, pues, al pie de la muralla que elevaba un obstáculo físico y moral tan formidable al través de su camino, el esforzado Capitán dijo a sus hombres: «Señores, sigamos nuestra bandera que es la señal de la Santa Cruz, que con ella venceremos»; y todos a una le respondieron: «Vamos mucho en buena hora, que Dios es la fuerza verdadera» [1214].

Pasaron la muralla. Cortés hizo que el alférez Corral desplegara la bandera. Iba constantemente hablando a sus hombres, instándoles a poner toda su atención en la guerra; cómo habían de entrar y salir los de a caballo a media rienda y las lanzas algo terciadas y de tres en tres, para ayudarse, y cómo, cuando rompiesen por los escuadrones, habían de llevar las lanzas por las caras y no parasen a dar lanzadas para que no les echasen mano de ellas. Alguno de los que le oían debió de apuntar que no había ni rastro de enemigo a la vista, porque Cortés, cuenta Bernal Díaz, siguió diciendo:



Ruta de Hernán Cortés en México en su viaje de Vera Cruz a la ciudad de México (Isla). Mapa reconstruido sobre el inserto en la edición inglesa de la obra de Bernal Díaz del Castillo, La verdadera historia de la conquista de Nueva España, traducida por Maudslay.



«Mira señores compañeros, ya veis que somos pocos; hemos de estar siempre tan apercebidos y avisados como si agora viésemos venir los contrarios a pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que ya estamos en la batalla con ellos». Lenguaje de capitán a soldados que son a la vez sus

amigos y compañeros, de adalid siempre alerta que sabía que sus hombres se portarían tanto mejor cuanto más tensos los tuviera siempre. Y mientras con ellos hablaba así antes de la batalla, tuvo buen cuidado de añadir: «Que ya bien he entendido que en el pelear no tenéis necesidad de avisos, porque he conocido que, por bien que yo lo quiera decir, lo hacéis muy más animosamente» [\[1215\]](#).

Iba, pues, cabalgando a vanguardia de sus tropas. ¿Había escogido el mejor camino? Mientras sus hombres contemplaban la muralla temerosa, había él ido a reconocerla media legua de camino para ver su largura y su utilidad. Yztacmichtitlan, cacique del valle, había procurado inducirle a que se dirigiese hacia el sur por vía de Cholula; pero Mamexi y los demás cempoaleses le habían prevenido contra Cholula, cuyas gentes, le decían, eran traicioneras y en liga con Moteczuma. Cortés tuvo que decidir solo ante este dilema tan grave, guiado únicamente por su instinto y por su valor, en una tierra tan extraña y desconocida, entre pueblos cuyos pensamientos e intenciones le era imposible sondear. Se decidió por Tlaxcala, según escribe al Emperador, porque tenía mejor idea de los de Cempoal que de los otros; quizá también, según apunta Cervantes de Salazar, porque de haber cambiado de camino al pie de la muralla, hubiera podido parecer que le faltaba ánimo y el efecto moral de esta decisión hubiera sido desastroso [\[1216\]](#).

Y sin embargo, mientras seguía al paso de su caballo, contemplando a cada instante tierras vírgenes para los ojos europeos, es seguro que se preguntaría qué sino le aguardaba en aquellos espacios de su porvenir que lentamente iban avanzando hacia él. Quizá fuera meditando de este modo cuando sus ojos siempre en acecho contemplaron una escena extraña: habían entrado en un espeso bosque de pinos y hallaron el camino cruzado y recruzado por hilos misteriosos de los que colgaban no menos misteriosos papeles; todo ello como una imitación de juguete de una alambrada moderna. Los españoles no le prestaron la menor atención, por lo cual aquéllos hilos y papeles, que no eran sino hechizos instalados por los hechiceros tlaxcatecas para detenerlos, no produjeron sobre ellos efecto alguno [\[1217\]](#).

Teules, al fin y al cabo, vencieron aquel peligro, tanto más fácilmente cuanto que no se dieron cuenta de él. Pero otro más de carne y hueso les aguardaba. Cuando Cortés y cuatro de sus jinetes estaban ya cerca de lo alto de una cuesta, vieron cómo los dos otros jinetes que cabalgaban en vanguardia volvían grupas a todo galope. Pronto llegaron, informándoles de que había quince guerreros indios, con espadas y rodelas y una profusión de plumas y colores sobre la cabeza y hombros, que habían estado aguardando a los españoles y habían echado a correr al verlos. Siguieron cabalgando, y al dominar la cuesta, un perro «olió espías» y se puso a ladrar; Lares, excelente jinete, metió espuela al caballo y dio en un grupo de indios que huían, ya de miedo ya para dar aviso, matando a dos de ellos, lo que parecería justificar la huida de los demás. Cortés los persiguió al galope haciéndoles señales de que volviesen, pero los indios seguían corriendo perseguidos por los seis jinetes hasta que de pronto, como se les acercasen los españoles, los quince tlaxcatecas se volvieron a ellos atacándoles con tanto denuedo y pericia que mataron a dos caballos e hirieron a tres, amén de dos hombres heridos, detalle de menor importancia que el de bajas de caballos en el ejército de Cortés. A pesar de la ventaja que los caballos daban a los españoles, se iba haciendo peligrosa para ellos aquella lucha, pues aunque habían acudido ocho jinetes más, los tlaxcatecas habían aumentado vertiginosamente en número, al punto que Cortés los estimaba en cuatro a cinco mil y Bernal Díaz en tres mil. El diminuto pelotón de jinetes españoles debió de suspirar por Santiago en su caballo blanco, pero esta vez no se dignó presentarse y solo debieron su salvación a que la infantería y el resto de los jinetes, avisados por un recado de Cortés, acudieron en su auxilio poniendo a los tlaxcatecas en retirada, aunque en buen orden y sin pánico alguno. Habían perdido diecisiete de sus guerreros,

mientras que los españoles tenían cuatro heridos, cuyas heridas curaron «con el unto de un indio gordo de los que allí matamos, que se abrió, que aceite no había». Cenaron de unos perrillos indios que hallaron en las casas despobladas, colocaron sus velas y centinelas, dejaron los caballos ensillados y enfrenados, y se dedicaron a gozar de un bien ganado descanso [\[1218\]](#).

Apenas terminado el combate, se presentaron ante Cortés mensajeros de los caciques locales en compañía de dos de los cuatro embajadores que había enviado a Tlaxcala. Venían a explicar que lamentaban lo ocurrido -lo que sin duda era rigurosamente exacto- y que se había debido a una acción independiente por parte de tribus indisciplinadas -lo que ya no era tan cierto-. Se declararon bien dispuestos hacia Cortés y ofrecieron pagar compensación por los caballos muertos. Cortés fingió creerlo todo, contestó con su habitual afabilidad y dio de lado a la compensación afirmando con admirable aplomo que aguardaba la llegada de numerosos caballos. No pasaría una noche muy tranquila. A la mañana siguiente llegaron los otros dos embajadores. Venían llorando. En contra de la costumbre establecida, los daxcatecas los habían atado a fin de darles muerte y ellos habían conseguido evadirse durante la noche. Estaba todavía Cortés escuchando su relato lamentable, cuando apareció el ejército daxcateca en toda su fuerza, masa de color y mar de sonido, con plumas y banderas ondeando al viento que desgarraba el agudo trompetear de sus cuernos de guerra y batía el terco son repetido de los teponaztles o tambores de madera. Los españoles estimaron la fuerza en unos seis mil guerreros. Ellos eran cuatrocientos, además de mil quinientos auxiliares cempoaleses, sin contar unos trescientos más de Ixtacamaxtitlan, de cuya lealtad abrigaban justificadas dudas.

Cortés comenzó por cargarse de razón con arreglo a derecho. ¿Qué derecho? El derecho de gentes, la ley que ha de regir a la colectividad internacional civilizada, ley que entonces existía y que desapareció después en el bosque virgen de las soberanías ilimitadas. Envío a los daxcatecas tres de los prisioneros tomados la víspera para explicarles que los españoles deseaban la paz y amistad de los naturales y dio instrucciones a uno de sus soldados, «que se decía Diego de Godoy, que era escribano de Su Magestad, que mirase lo que pasaba y diese testimonio dello, si se hobiese menester»; pero los tlaxcatecas, quizá por haber tomado como falta de ánimo estos escrúpulos jurídicos de Cortés, contestaron a sus explicaciones con rociadas de flechas. «¡Santiago y a ellos!», dijo Cortés, y lanzó su gente al ataque.

Del primer empuje, los españoles hicieron retroceder a los indios, aunque en muy buen orden, en mucho mejor orden que el de los españoles al avanzar, pues los astutos tlaxcatecas consiguieron meter a sus enemigos blancos en unas quebradas donde ni la artillería ni la caballería les servían más que de estorbo, y que tuvieron que pasar con hartos peligros; y al divisar al fin la llanura, después de una ardua lucha palmo a palmo, los españoles vieron ante sus ojos un ejército tan vasto que Cortés lo estima en cien mil hombres y Bernal Díaz en cuarenta mil. Tuvieron que arremeter contra ellos poniendo gran cuidado en ir siempre en grupo compacto, pues la menor dispersión les hubiera sido mortal. La espada india, arma pesada, hecha de un montante de madera de hasta tres pies y medio de largo y cuatro pulgadas de ancho, que llevaba insertos en sus bordes cuchillos de obsidiana tan afilados como navajas de afeitar, era una arma tan formidable que a Pedro de Morón le decapitaron la yegua de un solo golpe y él mismo hubiera perecido en el cuauxicalli o «jicara del águila», como víctima ofrecida a Uitchilipochdi, sin la protección de sus valientes camaradas. Los daxcatecas, a pesar de su enorme superioridad numérica, terminaron no obstante por retirarse, «ya nosotros -dice Bernal Díaz- no nos pesó dello, y no los seguimos porque no nos podíamos tener en los pies de cansados» [\[1219\]](#).

Los de Cortés instalaron el campo para pasar la noche, que fue la del 1 de septiembre [\[1220\]](#), cerca del pueblo de Tecuacincó, en torno a un teocalli que más tarde pudieron rebautizar con el nombre de Torre de la Victoria; y como tenían muchos heridos, no solo hombres sino también caballos, y necesitaban bastante atención hasta sus mismas armas, flechas y ballestas, pasaron el día en tranquila actividad. Pero a la mañana siguiente volvieron a empezar las aventuras. Esta vez tomó Cortés la iniciativa, y con su estilo de siempre, fue de dos filos: por un lado, embajada a los tlaxcaltecas para explicarles otra vez que les requería de paz y de amistad y que, en contra de lo que se temían, no era aliado de los mejicanos contra ellos; por otro lado, «por ser yo el que acometía», como él mismo explica al Emperador, salió del real al alba con los jinetes, cien de a pie y los trescientos auxiliares de Ixtacamaxtitlan -obsérvese que no llevó a los cempoaleses, puesto que salía contra los tlaxcaltecas que eran sus amigos- y corrió todo el valle quemando cinco o seis lugares pequeños y trayendo presos hasta cuatrocientos hombres y mujeres. A su retorno, Pedro de Alvarado, que había quedado al mando del real, le dio cuenta de la respuesta de los tlaxcaltecas a su embajada: «Que fuésemos a su pueblo y que halla harán las paces con hartarse de nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre». No en vano añade Bernal Díaz: «Como estábamos hostigados de las pasadas batallas e reencuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno». Cortés seguía recogiendo información sobre sus enemigos, tanto de mensajeros como de prisioneros, tan pronto con halagos como con tormentos, y así llegó a saber que Xicotencatl el joven se aprestaba a darle la batalla con todo el ejército de la confederación, lo menos cincuenta mil hombres, bien armados y formados cada uno bajo sus respectivas banderas, que dominaba la garza blanca del propio Xicotencatl. «Como somos hombres - escribe Bernal Díaz- y temíamos la muerte, muchos de nosotros, y aun todos los demás nos confesamos con el Padre de la Merced y con el clérigo Juan Díaz, que toda la noche estuvieron en oír de penitencia».

Con la conciencia aliviada pero el corazón en un puño vio el ejército de los españoles salir el sol iluminando una llanura cubierta de enemigos. «Como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho e otras tantas de largo en medio dellos cuatrocientos hombres, así era todos los campos llenos dellos». En esto se manifiesta Bernal Díaz menos generoso de lo que suele para con los contingentes indígenas que luchaban a su lado, pero aun este contingente no pasaba aquel día de dos mil hombres. Cortés había movilizado a todas sus fuerzas, hasta a los heridos que podían andar, incluso los caballos heridos. Había dado órdenes severas de que el batallón español permaneciese siempre compacto y, fiel a su estilo, tomó la iniciativa avanzando hacia el enemigo. Cubrían los tlaxcaltecas la llanura con ruidos y color: los vistosos plumajes de sus guerreros y las banderas que alzaban sobre la multitud armada se mecían en un aire que hacían vibrar tambores y caracoles de guerra; mientras que el oro y el cobre de sus armas y la obsidiana de sus navajas relucían siniestramente al sol. Fue la batalla «peligrosa e dudosa». Oscurecían el sol nubes de flechas y todavía no habían llegado al cuerpo a cuerpo las fuerzas rivales. Las filas apretadas de los tlaxcaltecas, quebradas violentamente por las balas de los cañones o por el ímpetu de los trece jinetes, volvían a rehacerse con asombroso coraje. Hubo un momento en que el batallón cristiano estuvo a punto de dispersarse y por lo tanto de morir devorado por el mar de sus enemigos. Las voces de Cortés se perdían en el ruido general y la marea de los guerreros indios se cerraba mortíferamente sobre los españoles; pero «milagrosamente a puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar con que volvimos a ponernos en concierto». Esta resistencia de la valiente tropa española provocó sin duda la agravación del mal interno hasta entonces oculto bajo la aparente unidad de sus enemigos: Xicotencatl estaba mal avenido con otro joven guerrero y jefe de las tropas que ostentaba el título de Señor de los Chichimecas (Chichimecatecuhti) y bajo la presión de los españoles, el ejército tlaxcalteca vino a dividirse por esta falla

que llevaba en sí. La defección de Chichime- catecuhtli arrastró la del contingente de Guaxocinco, con lo cual parece que Xicotencad perdió su empuje. Cargó entonces la caballería española y la fuerza daxcateca se batió en retirada, sin que los jinetes de Cortés pusieran gran empeño en perseguirla por estar ellos mismos ya muy cerca del agotamiento. Pero habían ganado la batalla [\[1221\]](#).

Victoria sobre su propio ejército

Este fue uno de los momentos decisivos de la conquista. A pesar del consejo bien intencionado de los cempoaleses, los tlaxcatecas se habían revelado inmunes a la infiltración de los halagos de Cortés, que se había visto constreñido a ganar su alianza en el campo de batalla. Si hubiera fracasado en este empeño, ello hubiera significado irremisiblemente su aniquilamiento y sacrificio en el altar de Uitchilipochdi, o, de haber podido rehuir fin tan trágico, un avance peligrosísimo a través de Cholula enemiga con Tlaxcala intacta al flanco. Ahora, vencedor de Tlaxcala, se hallaba en situación de apreciar el poder formidable del indígena en la guerra, su valor sin igual y su pericia asombrosa en el manejo de armas comparables con las españolas que de hecho poseía él, sobre todo habida cuenta de su superioridad numérica. Todavía no le era posible observar hasta qué punto se había debido su éxito a la tradición indígena que orientaba el esfuerzo del guerrero en el campo no a matar al adversario sino a apoderarse de él vivo para el sacrificio a los dioses. Cortés vio en su victoria la mano protectora del Señor cuyos intereses servía devotamente, por pecador que tuviera conciencia de ser. De modo que, sin darse cuenta aún de la índole primordial de su victoria, que ulteriores acontecimientos iban a revelar, y demasiado realista para atribuirse todo el mérito del triunfo, le concede solo ocho líneas de su larga carta al Emperador, explicando la victoria porque «quiso Nuestro Señor en tal manera ayudarnos».

Por otra parte era un capitán demasiado experto para dejar que los frutos de la victoria madurasen de por sí. A pesar de la abrumadora fatiga del día, ya estaba a caballo en el campo al alba siguiente y con sus jinetes y cien de a pie corrió diez pueblos del valle, alguno de ellos con más de tres mil casas; mientras que, siempre con su estilo de dos filos, enviaba a Tlaxcala unos prisioneros de los más principales para explicar por tercera vez que solo pedía amistad y paso a través del territorio daxcateca. Esta vez los cuatro datoanis opusieron menos resistencia a su embajada, pues les intrigaba aquella tropa extranjera tan invencible. Habían procurado hacerse con toda la información posible sobre los españoles, recurriendo incluso al método experimental: el día que siguió al de su segunda algara, Cortés recibió mensajeros de Tlaxcala que le traían buenas palabras, cinco indios cebados, incienso de copal, plumas ricas, gallinas, pan de maíz y cerezas. «Si eres dios de los que comen sangre o carne -le dijeron- cómete estos indios, e traerte hemos más; e si eres dios bueno, ves aquí encienso e plumas; e si eres hombre, ves aquí gallinas e pan e cerezas». Cortés contestó sencillamente: «Yo e mis compañeros hombres somos como vosotros; e yo mucho deseo tengo de que no me mintáis, porque yo siempre os diré verdad, e de verdad os digo que deseo mucho que no seáis locos ni peleéis, porque no recibáis daño» [1301]. Es evidente que Cortés no prestó a este mensaje la importancia que merecía por no darse cuenta de que emanaba de la duda profunda que los de Tlaxcala abrigaban sobre la verdadera naturaleza de los españoles. En su carta al Emperador, este episodio tan auténtico y seguro aparece simplificado en extremo. Los tlaxcatecas seguían intrigados sobre la naturaleza hispana, pues aunque el propio Cortés les había asegurado, con notoria modestia, que los españoles eran hombres como ellos, su proeza en el campo y su parecido con los hombres de que hablaban las profecías les hacían vacilar, sobre todo cuando los cempoaleses, en interés propio, les aseguraban constantemente que los españoles eran teules que se comían los corazones de los indios y tenían otras costumbres divinas. El consejo de los datoanis convocó a los hechiceros y nigromantes, trasladándoles el enigma. Esta consulta, a diferencia de otras similares en que Moteczuma había gastado inútilmente no poco tiempo

y riqueza, dio algún resultado positivo: los hechiceros y nigromantes declararon que los españoles eran hombres, que comían gallinas, perrillos y pan, cuando lo había, cuando no, tunas; pero que, por ser hijos del sol (lo que, al fin y al cabo, era verdad) eran invencibles de día, pero de noche perdían el ánimo y podían ser derrotados. Este consejo era contrario a la tradición militar tlaxteca, que de tiempo inmemorial vedaba luchar de noche; pero es muy posible que los técnicos militares de Tlaxcala viesen en la batalla nocturna un modo excelente de neutralizar la desventaja en que les colocaban caballos y artillería. De ser así, este resultaría ser otro de los casos en que la Iglesia viene a suministrar municiones espirituales al ejército, como suele suceder en naciones bárbaras y atrasadas.

Como consecuencia de todo ello, comenzaron a frecuentar el real de los españoles grupos de indios de inocente aspecto que traían gallinas y legumbres para vender. Una mañana, cuando andaban merodeando por el campamento hasta cincuenta de ellos, mirando aquí y metiéndose por allá, Teuch, cacique cempoalés, fiel amigo de los españoles, vino a Cortés y le avisó que aquellos indios eran espías, haciéndole que se fijase en que no hacían más que cuchichear con los de Ixtacamaxtitlan. A su modo rápido, energético, y -cuando en peligro- despiadado, Cortés obtuvo confirmación de la sospecha de Teuch, extrayéndola de los mismos visitantes espías con halagos, amenazas y tormentos. Recordó entonces a los espías su consejo de no mentirle y los envió a todos a Xicotencatl con los puños sangrando y sin manos. Hay autores que pasan como sobre ascuas sobre este episodio. Pero ¿quién que no sea romántico descabellado va a ver en Cortés una especie de Parsifal, o imaginarse que la conquista del Imperio más sanguinario que el mundo ha conocido pudo llevarse a cabo sin sangre? Por otra parte, ¿qué general competente, tomada cuenta de todas las circunstancias (su propio peligro, el carácter duro y sanguinario del enemigo) condenaría por este acto severo a un capitán que hasta aquel día había probado tantas veces su longanimidad y su constante deseo de reducir al mínimo indispensable el uso de la violencia? Apartar la vista es hipocresía; hacer aspavientos de horror es mayor hipocresía, porque en la historia, hasta en la de hoy mismo, abundan páginas mucho menos defendibles.

Aquella misma noche, Xicotencatl siguiendo el consejo de los nigromantes, se acercó sigilosamente al campamento español. Pero velaba Cortés y entre otras precauciones había hecho poner a los caballos cabezadas de campanillas para que los jinetes supieran siempre por donde andaban unos y otros. Estaba dispuesto a no dejar que los indios se acercasen demasiado, pues sabía que en la atmósfera moral fantasmagórica de la oscuridad, la iniciativa creadora es capaz de inventar una victoria antes de que las armas la hayan conseguido. Salió del real con los jinetes, atacando a los tlaxtecas antes de que se aprestasen a la lucha, haciéndolos huir a través de los maizales. Y después, según su costumbre, les mandó otra embajada ofreciéndoles la paz.

Durante algunos días permaneció cerca del real, rechazando de cuando en cuando ataques de menor importancia. Pero no era esta táctica cosa que interesase a Cortés. Estaba entonces enfermo de calenturas y probablemente dormía poco por tener mucho en qué pensar. Desde el teocalli donde se alojaba, en la cima del cerro, solía otear la llanura que ocultaba el secreto de sus destinos. Sus ojos acostumbrados a observarlo todo se paraban en el humo de los hogares que se veían en la distancia, por donde podía darse cuenta de la importancia de villas y pueblos. Llamóle la atención un lugar, hacia unas cuatro leguas de distancia, que parecía como si fuera una gran ciudad, y allá se decidió a ir en persona. Estaba la noche oscura. Salió del real con cien soldados españoles de a pie, todos los jinetes y un contingente de aliados indígenas. De la sierra cubierta de nieve soplaba fuerte viento helado que los hacía temblar. Tropezó un caballo y cayó al suelo. Cortés dio orden de que se lo llevasen al real. Siguieron andando en la noche oscura. Cayó otro caballo. Los que vinieron a decírselo

a Cortés no podían ocultar en su voz la zozobra que el hecho les causaba. Cortés dio orden de que se llevasen el caballo al real. Su voz era la de siempre, firme. Las alas del corazón se les cayeron a no pocos soldados. Cayó otro caballo. «Señor -dijo una voz en la noche- mira que es mal pronóstico, e mejor será que dejemos amanecer; luego veremos por do vamos». Pero la voz firme y tranquila del jefe volvió a elevarse de aquella alma segura de sí: «¿Por qué miráis en agüeros? No dejaré la jornada, porque se me figura que della se ha de seguir mucho bien esta noche, e el diablo por lo estorbar pone estos inconvenientes». Así refiere lo ocurrido uno de los soldados presentes; pero Cortés al Emperador: «E aunque todos los de mi compañía decían que me tomase, porque era mala señal, todavía seguí mi camino, considerando que Dios es sobre natura».

Entonces tropezó y cayó su propio caballo, y aun otro más. Los mandó al real, hizo desmontar a los jinetes que quedaban y siguió avanzando silenciosamente en la oscuridad hacia aquellos fuegos que había visto desde el teocalli. Se perdieron, retornaron al buen camino con la ayuda de dos lugareños y antes del alba cayeron sobre dos pueblos «en que maté mucha gente», escribe al Emperador. Bien claro resulta de sus palabras que no sentía escrúpulo alguno en ello. Su postura era inmovible: venía como conquistador cristiano, dispuesto a entrar de paz en todas partes para establecer la Cruz y la Bandera por conversión y persuasión. A tal fin había ofrecido la paz a los tlaxcatecas reiteradamente. Ellos habían preferido la guerra.

La guerra, pues, les daba él. Lo demás es pura hipocresía y Cortés no era nada hipócrita.

Pero aunque invariablemente dispuesto a hacer sentir el peso de sus armas siempre que fuera necesario, lo estaba todavía más a volver a la política. Al alba llegaron a Tzimpanzingo o Zimpanzingo, ciudad de unas veinte mil casas, por donde los españoles irrumpieron haciendo huir a los desgraciados naturales «que no se aguardaban padres a hijos», como pintorescamente escribe Bernal Díaz. «Comencé a hacerles algún daño», escribe Cortés al Emperador, pero, como no oponían resistencia, aceptó sus ofertas de paz y pronto toda la compañía gozaba de las delicias del descanso y de un buen desayuno cabe una fuente en las afueras de la ciudad. Cortés subió a la cumbre del cerro en cuanto salió el sol, «a descubrir tierra», y divisó a lo lejos la ciudad de Tlaxcala, relumbrando al sol entre el horizonte azul y la tierra roja: acababa de detener a un grupo de sus soldados encarnizados en perseguir a los indefensos naturales, y al contemplar aquella gran ciudad que en el horizonte se les ofrecía, «ved -exclamó- qué hiciera al caso matar unos pocos de indios en este pueblo, donde tanta multitud de gentes debe haber». Bajó otra vez de la colina adonde su gente estaba desayunando, «e así», escribe al Emperador, refiriéndose a los naturales, «los dejé pacíficos» [\[1302\]](#).

*

Ya vencidos y pacificados los enemigos, Cortés tuvo que vencer y pacificar a sus amigos. Su ausencia del real había hecho surgir temores de que le hubiese ocurrido algún desastre, quizá sobre todo entre aquellos que no deseaban otra cosa. Era tan vigoroso su impulso y de tal modo forzaba a seguirle a los favorables como a los reacios, que tenía que producir violentas oposiciones entre los que se veían así doblegados contra su voluntad. ¿Cuándo -se preguntaban para sus adentros- vendría una flecha o una espada de obsidiana indígena a libertarles de aquel jefe imperioso que les obligaba a intentar hazañas sobrehumanas en contra de su perezosa inclinación?

De retorno al real con rico botín de gallinas y de indias (de labor más que de placer) halló una situación que describe al Emperador en su estilo terso y sobrio pero que Bernal Díaz pinta con deliciosa abundancia de frase gráfica y detalle feliz. Había, dice, «corrillos y pláticas» sobre los

peligros que los españoles tenían que afrontar en aquella guerra, en país tan extraño y poderoso. Acaudillaban el movimiento los que habían dejado en Cuba sus casas y repartimientos de indios, y en particular «siete de ellos que aquí no quiero nombrar por su honor». Una noche, mientras Cortés, según su costumbre, hacía la ronda del real, oyó su nombre en una tienda.

Paróse a escuchar y oyó que decían: «Si el Capitán es loco, seamos nosotros cuerdos, y digámosle claro que mire lo que conviene, donde no, que le dejaremos solo». Y a los amigos que le acompañaban dijo entonces Cortés: «Quien tal osa decir también lo osará hacer» [1303] . Al día siguiente, ya convocados por él, ya de suyo, vinieron los cabecillas de la oposición al rancho de Cortés y uno de ellos, «que tenía buena expresiva», tomó la palabra so color de consejo: recordó a Cortés que ya faltaban cincuenta y cinco compañeros muertos, amén de muchos más heridos, enfermos, flacos y corridos; que tenían que andar todos siempre alerta de día y de noche, constantemente expuestos a verse sacrificados a los ídolos; propuso volver a Veracruz, construir allí un navio y mandarlo a Cuba en busca de socorro; se quejó de la destrucción de las naves; hizo valer que andaban los hombres «peores que bestias, porque a las bestias desde han hecho sus jomadas les quitan las albardas y les dan de comer y reposan»; y finalmente arguyó que en ninguna historia «ansí de romanos como las de Alejandro ni de otros capitanes de los muy nombrados que en el mundo ha habido» se lee que un capitán se haya atrevido a destruir sus barcos y adentrarse en tierra completamente rodeado por enemigos.

No dejó de observar Cortés el tono poco respetuoso en que esta argumentación se le exponía, pero, según tenía por costumbre, contestó con moderación y serenidad; no por cierto por falta de ánimo y de temperamento sino porque casi nunca perdía el dominio sobre sí mismo que era uno de sus rasgos más prominentes. Además, no le faltaba comprensión para con los temores así expresados. Cortés hubiera sido no ya temerario sino loco si no hubiera justipreciado la abrumadora desproporción entre sus medios y la empresa que se había propuesto llevar a cabo; en su carta al Emperador, expresa sus propios temores, muy en armonía con los de sus compañeros, con palabras que honran su sinceridad y el respeto que por ellos sentía: «Porque certifico a Vuestra Majestad que no había tal de nosotros que no tuviese mucho temor por nos ver tan dentro en la tierra y entre tanta y tal gente, y tan sin esperanza de socorro de ninguna parte».

Este estado de ánimo dulcificó sin duda el tono de su respuesta al grupo un tanto indisciplinado que había acudido ante él para protestar contra sus planes de avance. Comenzó por alabarlos. Jamás había habido españoles que hubiesen luchado mejor, y cuando recordaba los enemigos con quienes se habían encontrado y a quienes habían vencido, le ponía grima: aunque en todos aquellos peligros ninguno podría acusarle de haber andado remiso en prestar su persona, «e tuvo razón de lo decir -apunta Bernal Díaz- porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros». Cortés siguió diciendo que así como Dios les había ayudado en el pasado, así lo haría en adelante, puesto que venían a predicar su santa doctrina. Creía además que ya la guerra de Tlaxcala se terminaba, pues Xicotencatl y sus capitanes no osaban volver. Pasó rápidamente sobre lo de los barcos perdidos, no sin recordar a los quejumbrosos que había otros caballeros en el corro que pensaban de modo distinto sobre el particular y que por lo tanto valía más «que encaminemos siempre todas las cosas a Dios»; en cuanto a las historias de romanos y de Alejandro, era en efecto cierto que ningún capitán había hecho lo que ellos, pero «agora y adelante, mediante Dios, dirán en las historias que de esto harán memoria mucho más que de los antepasados». Por lo tanto, vino a concluir, no hay por qué volver atrás, pues hasta las piedras se levantarían contra ellos si lo hiciesen y de teules que eran entonces pasarían a hacer figura de cobardes. En cuanto a los cincuenta y cinco que habían muerto y a que los pocos que

quedasen estuviesen heridos o enfermos, «Dios nos da esfuerzo por muchos, porque vista cosa es que en las guerras se gastan hombres y caballos». En suma, el capitán les recordó que eran soldados y caballeros, les recomendó que se les quitase del pensamiento la isla de Cuba y les dio por conclusión «que después de Dios, vuestro socorro e ayuda han de ser vuestros valerosos brazos».

Hubo algunos soldados que insistieron todavía en los peligros de un avance hacia ciudad tan fuerte como Méjico para una tropa agotada como la española. Menos paciente esta vez que la anterior, Cortés contestó medio enojado «que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonorados»; palabras que provocaron la intervención de los soldados que le eran favorables y que lo habían alzado por capitán para decirle «que no curase de corrillos ni de oír semejantes pláticas» [\[1304\]](#).

*

Nada más oportuno que el hecho de que se deba esta escena al propio Bernal Díaz, precisamente el soldado-escriva que echó mano a la pluma para presentar la conquista desde el punto de vista del soldado de filas frente a la crónica de Gomara, que estimaba como excesivo panegírico de Cortés; porque bajo la pluma honrada del soldado, que escribe con independencia y aun con cierto antagonismo para con su jefe, Cortés se alza indiscutiblemente como el espíritu animador de toda la empresa. Los hombres que aconsejaban una prudente retirada pisaban terreno firme. Su argumentación hubiera sido irrefutable si los españoles hubiesen estado entonces en situación de poder escoger. El único argumento que Cortés podía oponerles era que, puesto que ya habían avanzado tanto, había menos riesgo en la audacia que en la cautela -aunque desde luego el riesgo de la audacia no podía ser mayor-. Cortés argüyó así ante su gente, desarrollando esta idea con toda pertinencia; pero las crisis de esta índole no se resuelven con el cerebro sino con el corazón; «E sobre todo corazón y ánimo que es lo que hace al caso», dice Bernal Díaz al enumerar las dotes de Cortés. Tenía que darse cuenta por fuerza del tamaño gigantesco de la tarea que se había trazado, y de un modo más completo y concreto que ninguno de sus compañeros. Era sagaz, observador, bien informado y cauto. Tenía la seguridad, según nos dice Bernal Díaz, de haber quebrantado la resistencia de los tlaxcatecas; pero su gente estaba exhausta; el efecto moral de cañones y caballos sobre los indígenas iba poco a poco gastándose y todos los indicios que a él llegaban venían a reforzar su convicción de que la nación mejicana difería en un todo de los indios salvajes o semisalvajes de las islas y de la costa de Veragua, constituyendo un Estado bien organizado casi comparable, menos en el canibalismo, con cualquier nación europea. Si, por consiguiente, a pesar de los rehenes abrumadores que entregaba a la fortuna, hallaba en su esforzado corazón vigor suficiente para imponer silencio a la oposición y empuje para lanzar a sus hombres hacia Méjico, es de suponer que hombre tan bien equilibrado y que, aun valiente hasta el heroísmo, no por eso era temerario hasta la locura, poseía reservas de fuerza espiritual por lo menos tan poderosas como los peligros que arrostraba. Cualquier otra conclusión haría de Cortés un monomaniaco del peligro. Con todos sus dones espontáneos, su ingenio, sus tretas, sus reacciones vivaces y llenas de recursos ante las circunstancias imprevistas de una vida rica en incidentes y accidentes, Cortés es uno de los hombres de acción más constantes, más calculadores, más cuidadosos que la historia ha conocido. Si, por lo tanto, a pesar de obstáculos que nadie había calculado mejor que él, se decidió a seguir adelante, ¿cuáles eran las fuerzas que le hacían sentirse de talla para habérselas con tan potente adversario?

Las conocemos por haberlas enumerado él mismo al relatar esta escena al Emperador. La primera era una fe sin límites en el valor de los españoles. Esta fe, que va a durar en España hasta la batalla de Rocroi, era desde luego una fuerza subjetiva inexpresable en términos de razón. El único ejemplo

similar que se ofrece a la imaginación es la seguridad de sí que posee la marina británica de nuestros días. Pero es curioso observar que mientras pudiera creerse que este sentimiento de fe en el valor español que animó a España durante siglos había surgido precisamente de las fabulosas conquistas que Cortés había llevado a cabo con un puñado de compañeros, sus propias palabras demuestran que procedía más bien de una gloria acumulada desde el año luminoso de 1492 que vio a la vez la conquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo, gloria que reflejaban con imperial esplendor los ejércitos y armadas del joven Emperador, monarca de casi todo el Mundo Viejo y de todo el Nuevo que iban gradualmente revelando sus soldados allende los mares, mientras el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba escribía con la espada en las tierras italianas brillantes páginas de nueva estrategia, de nueva táctica y hasta de nueva acometividad. «Y yo los animaba -escribe Cortés al Emperador- diciéndoles que mirasen que eran vasallos de Vuestra Alteza y que jamás en los españoles en ninguna parte hobo falta» ^[1305].

Después de esta confianza en sus hombres, fe en la victoria sin la que la victoria es imposible, Cortés sentía la vocación de conquistar vastos territorios y pueblos para el Imperio cristiano cuyo soldado tenía conciencia de ser. Para él, la propagación de la fe y la de las banderas de España eran una misma cosa, y tan evidente que no admitía ni duda ni discusión. Así escribe al Emperador cómo, para animar a sus soldados, les hizo valer que estaban «en disposición de ganar para Vuestra Majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y que demás de hacer lo que a cristianos éramos obligados, en puñar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en este conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó». Estas palabras de su pluma prueban hasta qué punto eran inseparables en su espíritu los motivos nacionales y los religiosos, lo que no ha de sorprendernos en un hombre de su tiempo, sea cual fuere su nacionalidad, y menos todavía en un español, acostumbrado por una guerra siete veces secular contra el moro invasor a ver en el extranjero al infiel y a identificar la fe con el patriotismo ^[1306].

Por último, al arrostrar tan ingentes peligros, Cortés confiaba de pleno en la ayuda divina. El relato de Bernal Díaz es aquí inestimable, en contraste con el más corto y sobrio del propio Cortés; pues mientras el soldado, a pesar de su tendencia a sacar a luz a los de filas, se ve arrastrado por la belleza misma del valor sereno de su caudillo a ensalzar los méritos de Cortés, de cuya alma inmovible hace irradiar ante nuestros ojos todo el ánimo que inunda a su ejército, Cortés se limita a apuntar al cielo como la fuente de la fuerza que él comunica a sus hombres en palabras cuya misma sencillez hacen llegar hasta nosotros el aroma de su sinceridad: «Y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte y que a Él ninguna cosa es imposible, y que lo viese por las victorias que habíamos habido, donde tanta gente de los enemigos eran muertos y de los nuestros ningunos» ^[1307]. La constancia y la firmeza de esta seguridad en el apoyo de Dios, que Cortés sentía como una fuerza siempre viva en su alma, resaltan y se confirman en una escena que debemos a Andrés de Tapia. Había procurado Cortés hacerse con toda la información y con todos los consejos posibles por parte de los indígenas en quienes confiaba, y en particular de Teuch, el cempoalés, «hombre cuerdo, e según él dicie, criado en las guerras entre ellos. Este indio dijo al marqués: “Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fui a México, y soy experimentado en las guerras, e conozco de vos y de vuestros compañeros que sois hombres e no dioses, e que habéis hambre y sed y os cansáis como hombres; e hágote saber que pasado desta provincia hay tanta gente que pelearán contigo cient mili hombres agora, y muertos o vencidos estos vemán luego otros tantos, e así podrán remudarse e morir por mucho tiempo de cient mili en cient mili hombres, e tú e los tuyos, ya que seáis invencibles, moriréis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco que sois hombres, e yo

no tengo más que decir de que miréis en esto que he dicho, e si determináredes de morir, yo iré con vos”. El marqués se lo agradeció e le dijo que con todo aquello quería pasar delante, porque sabie que Dios que hizo el cielo y la tierra les ayudarie, e que así él lo creyese» [\[1308\]](#).

Estas eran las fuerzas que alimentaban su valor. No eran nuevas en él. Le habían impulsado desde el principio, iluminando sus ambiciones más densas con una luz y elevándolas con un espíritu sin los cuales no hubiera sido capaz de mantener su dominio sobre los soldados y capitanes que impacientes se agitaban en torno suyo como abejas y avispas; pero aunque le animaron desde el principio, no cabe duda de que fueron creciendo en poder e intensidad a medida que iba pasando de prueba a prueba, elevándose de victoria a victoria, entre peligros que hubieran quebrantado el coraje de un hombre solo impulsado por una vitalidad animal.

Los acontecimientos venían a alimentar con su leña menuda el fuego de aquella fe que ardía en el alma del Capitán y que iluminaba sus tropas, todas ellas, hasta la facción de los gruñones y disidentes. En escaramuza o batalla, de día o de noche, los blancos barbudos terminaban siempre por vencer. El empuje de aquella compañía potente, aunque pequeña, de extranjeros impresionaba cada vez más a los caudillos mejicanos y tlaxcatecas, a pesar del espíritu belicoso que animaba a aquellos dos pueblos esforzados. Moteczuma seguía vacilando sobre el rumbo que más le convenía tomar. Mientras Cortés luchaba a brazo partido contra los tlaxcatecas, todo iba bien; pero si el jefe blanco acabase por derrotar a los de Tlaxcala o por llegar a composición con ellos, ¿qué iba a ser de Méjico? Este fue el problema que el Uei Tlatoani planteó a sus dos parientes, Cacama, Rey de Tetzcuco y Cuitlahuac, Rey de Iztapalapa. Pon lo tuyo en consejo y unos dirán que es blanco y otros que es negro. Este refrán español regía en Méjico ya antes de la conquista. Cuitlahuac aconsejó el envío de una embajada amistosa a Cortés, con valiosos regalos, para requerirle a que no siguiese viaje hacia Méjico; Cacama opinó que se debía recibir a los españoles en Méjico, permitiéndoles que presentasen ante Moteczuma el mensaje que decían traer para él, porque si intentasen traspasar los límites debidos a la majestad del Uei Tlatoani, los mejicanos eran hombres para darles una lección. Moteczuma siguió el consejo de Cuitlahuac, no tanto por ser su hermano, como porque este consejo armonizaba mejor que el de su sobrino Cacama con su táctica temporizadora [\[1309\]](#).

Un día, mientras que los españoles estaban todavía en lo más duro de la lucha contra los tlaxcatecas, vieron llegar al real una vistosa comitiva presidida por seis principales mejicanos seguidos de unos doscientos hombres de su servicio, que venían a traer a Cortés profesiones de amistad y ofertas de paz. Trasladadas del azteca al castellano estas ofertas le indujeron a creer que el Uei Tlatoani de Méjico aspiraba a ser vasallo del Emperador. Esta mala inteligencia a través del abismo que separaba a las dos mentalidades venía a justificarse en parte por venir las ofertas de Moteczuma sólidamente apoyadas en una promesa de pagar al Rey de España un tributo anual de oro, plata, perlas, piedras preciosas, esclavos, algodón, a condición de que Cortés no llevase a efecto su intención de ir a Méjico [\[1310\]](#).

No cabe imaginar mensaje que más estimulara a Cortés a proseguir su camino. Frente a su robusta fe en sus hombres y en su Dios, Cortés se daba cuenta de que no había más que una fe vacilante que temía arrostrar el encuentro. Cualesquiera que fuesen las fuerzas materiales que este duelo histórico ponía frente a frente, las fuerzas espirituales se manifestaban en evidente desproporción. No que Moteczuma fuese ni un cobarde ni un insensato. Había llegado a su alto puesto en un pueblo cuyas instituciones podían compararse muy favorablemente con las de nuestras autocracias y democracias en cuanto a asegurar que ni cobardes ni insensatos pudiesen alcanzar las

cumbres del poder. Pero en aquella hora grave, Moteczuma no pudo aprovechar ni su valor ni su sabiduría, porque uno y otra no son en el hombre más que ministros de la fe y el desdichado monarca la había perdido.

Cortés recibió a los embajadores mejicanos con su afabilidad de siempre, agradeciéndoles los presentes de oro y mantas de algodón que le traían; luego, con su agudeza diplomática usual, les hizo aguardar en el real hasta haber resuelto el conflicto con Tlaxcala. Así ponía a los mejicanos en situación de observar por sí mismos cómo se las habían los españoles con los guerreros del país. Entretanto, Cortés había dado instrucciones severas a su gente de que se respetase a los embajadores mejicanos como tales representantes de un gran monarca amigo [1311]. Mientras seguían residiendo estos embajadores en el real, el impetuoso Xicotencad dio un ataque al frente de tres de sus escuadrones. Cortés, que todavía estaba con cuartanas, se había purgado «con unas manzanillas que hay en las islas de Cuba y son muy buenas para quien sabe cómo se han de tomar». Ello no obstante, «pidió un caballo sin respeto de la purga, y subiendo en él, salió al campo, y peleó valerosamente por su persona haciendo oficio de capitán y de soldado». Al día siguiente, la purga hizo su efecto. Torquemada, que era ministro provincial de la Orden de San Francisco en Méjico y autoridad en cuestiones teológicas, añade: «y dijo el Médico que Naturaleza se había detenido con la nueva alteración; y yo digo que era obra de Dios, para que esta obra de la conquista se hiciese [...] para la salvación de tantas almas». Pero es obligado apuntar que Cervantes de Salazar, que era Bachiller en derecho canónico y Doctor en teología, dice taxativamente: «No fue milagro, sino retenerse naturaleza con la nueva alteración». En vista de estas diferencias de opinión entre los técnicos, este problema habrá de quedar por resolver en la vida de Cortés [\[1312\]](#).

El hecho es que, con milagro o sin él, el ataque de Xicotencad había fracasado y que la victoria de los españoles tuvo esta vez la doble ventaja de impresionar a los enviados de Moteczuma, que siguieron toda la batalla desde lo alto del teocalli, y de dar mucho que pensar a los tlaxcatecas por haber sido derrotados en presencia de sus rivales mejicanos. ¿Qué valía más para ellos? ¿Persistir en su política guerrera contra Cortés, con riesgo de impulsarle a una alianza con Moteczuma, uniendo así a su antiguo enemigo el mejicano con su nuevo enemigo el español, o adelantarse a esta alianza, para ellos mortal, aceptando las reiteradas ofertas de amistad que Cortés, aun invencible, no dejaba nunca de hacerles? Sus magos y sacerdotes se habían equivocado: los blancos eran tan invencibles de noche como de día. Tal era el hecho, según ellos lo veían, pues no estaban en situación de adivinar los espantosos temores que invadían con frecuencia el corazón de los españoles a la vista de «tanta y tal gente».

Los españoles entretanto vivían en pareja ignorancia de las intenciones de sus enemigos. «Estando en nuestro real -escribe Bernal Díaz- sin saber que habían de venir de paz, puesto que lo deseábamos en gran manera y estábamos entendiendo en aderezar armas y en hacer saetas y cada uno en lo que había de menester para en cosas de la guerra», los jinetes que guardaban el camino vinieron a anunciar que se acercaba gran tropel de indios de ambos sexos, que de cuando en cuando se paraban para descansar. «Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas porque creíamos ser de paz, como lo fue». Pero obsérvese la constante vigilancia de aquel sagaz caudillo sobre el aspecto que hoy llamaríamos psicológico de las cosas. Sigue escribiendo Bernal Díaz: «y mandó Cortés que no se hiciese alboroto ni sentimiento y que disimulados nos estuviésemos en nuestras chozas» [1313]. Era esta la primera embajada que los tlaxcatecas enviaban a Cortés con sincera intención de paz. La presidía Tolimpane- catl Tlacatecuhtli. Cortés recibió a los enviados tlaxcatecas en presencia de los enviados mejicanos. Gracias a su astucia por un lado, a su valor por el otro, se había situado en forma

tal que los dos Estados indígenas venían a disputar sus favores. Antes de que el tlaxcateca hubiese tenido tiempo de comenzar a exponer su mensaje, el embajador mejicano Atempanecatli le descerrajó el siguiente impetuoso ex abrupto: «¿A qué vienes aquí? ¿Qué embajada es la que traes? ¿Quién tiene la culpa de las desvergüenzas y contiendas que ha habido en Huitzilhuacan, Tepatlaxco, Tezmolocan, Teotlatl-zinco, Tepetzinco, Ocotepic, Tlamacazquiac, Atlmoyahuacan, Zacayalocan y en todo el contorno hasta Chololan? Veamos lo que vas a tratar con Cortés, que quiero verlo y oírlo».

Tolimpanecatli recibió la rociada sin inmutarse, y cuando su enemigo al fin se calló, volviéndose hacia Doña Marina, le dijo: «Quiero, en presencia de nuestro padre y señor capitán Cortés, responder a mi deudo el embajador mejicano». ¿Qué más podía desear Cortés que ver tanta lucha y división interna en el pueblo que se había propuesto conquistar? En cuanto a Doña Marina, ya porque viese en la mirada de Cortés alguna señal para ella clara o porque ni siquiera necesitase mirarle a los ojos para adivinar sus pensamientos, se limitó a responder al tlaxcateca: «Proseguid en vuestras demandas y respuestas». El tlaxcateca se volvió entonces al mejicano y le preguntó: «¿Tenéis más que decir?». «Harto he dicho», contestó secamente el mejicano; y entonces el tlaxcateca le abrumó con una catarata de acusaciones similares a las que de él había recibido. Cortés los miraba en silencio [1314].

Después de ajustar cuentas con su deudo -por lo menos en palabras- el tlaxcateca se volvió hacia Cortés explicándole cómo sus compatriotas se habían alzado en armas contra los españoles por creer que venían de acuerdo con Moteczuma y cómo los primeros guerreros que habían atacado a Cortés eran los indisciplinados otomíes, pero que ya Tlaxcala reconocía su error y estaba dispuesta a enmendarse ofreciendo a sus enemigos de ayer su buena voluntad y constantes suministros de víveres. Cuando el embajador principal terminó de hablar, todos los que le acompañaban tocaron la tierra con las manos bajando la cabeza. Cortés fingió seguir todavía muy enojado para poder ocultar mejor su alegría. Recordó sus repetidos esfuerzos para ganar la amistad de Tlaxcala y requirió se le enviase una embajada más importante como prueba de la sinceridad de las nuevas intenciones de la república. Tolimpanecatli Tlacatecuhtli se volvió a Tlaxcala con esta respuesta, dejando en el real buen número de criados y abundantes víveres para sus nuevos amigos [\[1315\]](#).

Al exigir una embajada de mayor importancia, Cortés pensaba a la vez en las apariencias y en las realidades: realzaba el valor de su amistad y el prestigio de su causa a los ojos de tlaxcatecas y mejicanos y por otra parte se daba tiempo para obtener y madurar más garantías de seguridad de sus nuevos amigos. No tardaron los tlaxcatecas en darle satisfacción y, adivinando lo que le bullía en la mente, nombraron como su nuevo embajador a Xicotencatl el joven, la personalidad de más viso en el estado tlaxcateca después de los cuatro tlatoanis -con lo que quedaba satisfecho el prestigio- y el Capitán General de sus ejércitos y principal abogado hasta entonces de la política belicosa contra Cortés -y así quedaba satisfecha la seguridad-. «Era este Xicotenga alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho y la cara tenía larga, e como hoyosa y rebusta, y era de hasta treinta y cinco años y en el parecer mostraba en su persona gravedad» [\[1316\]](#). Rodeado de un brillante séquito de cincuenta prohombres, explicó a Cortés cómo Tlaxcala vivía sitiada por Moteczuma, sin acceso a la sal y al algodón, lo que hacía de su país una nación pobre, pero lo que tenían lo ofrecían con buena voluntad. El joven Capitán rogó a su rival fuese a Tlaxcala para instalarse en la ciudad. Cortés recibió a su enemigo con la afabilidad más caballeresca, pero no cedió de primeras a la invitación que le hacía. Como explica al Emperador, no se atrevió todavía a otorgar su confianza a Tlaxcala. Tenía además interés en hacer subir el precio de su amistad haciéndose desear, y así permaneció en el real «hasta tanto -escribe al Emperador- que todos los señores me vinieron a rogar que me fuese a la ciudad». Los embajadores mejicanos hicieron entonces lo posible para sembrar cizaña y desconfianza en su ánimo:

«Desde se hobo despedido el Xicotenga -dice Bernal Díaz-, dijeron a Cortés los embajadores de Montezuma, medio ri- yendo que si creía algo de aquellos ofrecimientos que habían hecho de parte de toda Taxcala, que todo era burla, y que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores y engañosas»; y aunque Cortés contestó con fingida frialdad que no se le daba nada que los de Tlaxcala fuesen verdaderos o falsos, pues si le traicionasen sabría castigarles, de hecho no dejó de influir la intriga mejicana en su decisión de permanecer en el real y aun accedió a la proposición que le hicieron de no ir a Tlaxcala hasta que hubiesen regresado dos de ellos que habían enviado a Moteczuma [\[1317\]](#).

Aquella semana en el real, después de la visita de Xicotencad debió de ser para Cortés una temporada de relativo descanso que le permitiría mirar las cosas de un lado y de otro y echar sobre el campo de su acción una de esas ojeadas de conjunto con que el hombre busca a veces en el pasado refuerzo y guía para el porvenir. Se hallaba suspenso entre dos incertidumbres: allá lejos, allende el mar, Diego Velázquez, tras de quien, más lejos todavía y mucho más poderoso, se alzaba el Emperador tan temido y respetado. ¿Qué había sido de sus dos mensajeros Montejo y Puertocarrero, a quienes había confiado la difícil tarea de explicar a una Corte hostil su rebelión, tan hábilmente disfrazada de formas cívicas, contra Velázquez? Incertidumbre.

Más cerca, y frente a él, otro Emperador tan temido y respetado por los indios como Carlos V por los españoles; una ciudad y un Estado de quien todos, amigos y enemigos, le daban los informes más impresionantes, sin duda poseedores de una fuerza que aun él, a pesar de su ánimo esforzado, sentía verdaderamente formidable y fuera de toda proporción con el puñado de aventureros que le acompañaban. ¿Cuál sería el resultado de aquel paso final que iba a dar contra el consejo de muchos de sus soldados y de todos sus aliados indios? Incertidumbre.

Si, buscando alivio a esta doble ansiedad, a estos dos peligros que le cerraban sus dos horizontes, procuraba contemplar las vertientes menos sombrías de su paisaje, podía verse elevado desde su situación de aventurero descubridor, negociando precariamente con cacicuelos costeros sobre su derecho a llenar de agua fresca los barriles de sus carabelas a fin de seguir bogando hacia otras costas, hasta la de un general temido por todos los indígenas pero amado por muchos de ellos, al mando de una fuerza de cuatrocientos españoles que lo habían elegido como su caudillo, y de varios millares de indígenas que veían en él a un hombre invencible, si no a un dios. Su real era como la capital de un potentado, a la que solicitaban acceso los embajadores de Estados rivales compitiendo por sus favores; y de cuando en vez, el más temido de aquellos potentados le enviaba espontáneamente valiosos presentes de oro y mantas, reforzando así su dominio sobre sus compañeros españoles, que esperaban de él no solo gloria sino también provecho.

En este estado de ánimo, tenía derecho a considerar como uno de sus grandes triunfos el haber conseguido mantener abierta y en plena seguridad su larga línea de comunicaciones con la base de Veracruz -triunfo de sabiduría política, de pericia diplomática, quizá también de don de gentes y de atractivo personal-. Los mil detalles menores, la severa disciplina sobre sus soldados, su cuidado en tener siempre a los caciques locales satisfechos y contentos, su vigilancia sobre los inclinados a traicionarle, todo el conjunto de virtudes grandes y pequeñas que este hecho implica no ha obtenido quizá la intención que merece. Bien es verdad que su rebelión contra Velázquez y aún más todavía la destrucción de los navios habían transformado la empresa de Cortés de campaña militar en azar heroico sin base alguna; sin embargo, la seguridad de sus comunicaciones con Veracruz seguía siendo factor indispensable en su empresa, pues era Veracruz en sí una importante base de suministros para su ejército -amén de otras razones de prestigio y de otro género que el tiempo iba a revelar.

En este período pasado en el real escribió Cortés a Escalante, su lugarteniente en Veracruz, para informarle de las victorias que había conseguido. Mas no fue este su lenguaje. Leámoslo en Bernal Díaz: «En las cuales cartas les hizo saber las grandes mercedes que Nuestro Señor Jesucristo nos había hecho en las victorias que hobimos en las batallas y reencuentros desde entramos en la provincia de Taxcala, donde agora han venido de paz, y que todos diesen gracias a Dios por ello, y que mirasen que siempre favoreciese a los pueblos totonaques nuestros amigos y que le enviase luego en posta dos botijas de vino que había dejado soterradas en cierta parte señalada de su aposento...». Caída sensible, se pensará, para un caudillo que así pasa de sus consejos de política en favor de los totonaques y su devoto agradecimiento al Señor a quien atribuye su gloria y sus victorias, a pedir que le manden dos botijas de vino escondidas en su aposento de Veracruz. Pero, un momento. Sigamos leyendo: «... dos botijas de vino que había dejado soterradas en cierta parte señalada de su aposento y ansí mismo trujesen hostias de las que habíamos traído de la isla de Cuba porque las que trujimos de aquella entrada ya se habían acabado». Aquel vino no era pues para banquetes y no lo había ocultado a sus sedientas tropas para aplacar la sed del General; era para la misa y se había apartado para asegurar la continuidad del sacramento. «En aquellos días -añade Bernal Díaz- en nuestro real pusimos una Cruz muy suntuosa y alta y mandó Cortés a los indios de Qimpangingo y a los de las casas que estaban juntos de nuestro real que lo encalasen y estuviese bien aderezado» [\[1318\]](#).

*

Los tlaxcatecas entretanto veían con desmayo que Cortés seguía en su real, bien poco cómodo por cierto, aplazando su entrada en la ciudad de Tlaxcala donde se le esperaba con tanta impaciencia. Los embajadores de Moteczuma continuaban en el real. Los caciques tlaxcatecas circundantes acudían al campamento con gallinas y tunas, negándose a aceptar remuneración alguna de sus amigos españoles a quienes instaban a establecerse en Tlaxcala. Pero Cortés, según había prometido a los mejicanos, aguardaba el regreso de los dos emisarios que habían enviado a Moteczuma, y que al fin volvieron con presentes todavía más valiosos: tres mil pesos de oro en joyeles, doscientas mantas de algodón y de plumería; todo ello para dorar la pildora consistente en un mensaje de que Cortés no pusiera la menor confianza en los tlaxcatecas, que le robarían todo lo que poseía, pues eran tan pobres que no tenían ni una manta de algodón -dato absolutamente cierto que Moteczuma conocía de buena fuente puesto que era él mismo la causa de tal pobreza-. Cortés no se dejó influir por la advertencia, a pesar de venir envuelta en tan rico presente y cuando estaban en ello llegaron al real los cuatro tlatoanis que constituían el Gobierno de Tlaxcala.

Golpe maestro de la estrategia diplomática de Cortés. A fuerza de hacerles esperar a unos y a otros, había puesto a mejicanos y tlaxcatecas en tal estado de desconfianza y tensión mutuas que ya estaba en situación de obligar a los mejicanos a esperar mientras recibía, no una mera embajada, sino al mismo Gobierno de Tlaxcala que venía a invitarle a que se trasladase a su capital. Volviéndose a los embajadores de Moteczuma les rogó «que aguardasen tres días por los despachos para su señor, porque tenía al presente que hablar y despachar sobre la guerra pasada o paces que agora tratan».

Llegaron los caciques tlaxcatecas, unos a pie, otros en hamacas, presididos por Xicotencatl el viejo, Majixcatzin, Tlehuexolotzin y Citlapopocatzin y seguidos de numeroso séquito [\[1319\]](#).

Al comparecer ante Cortés, hicieron tres profundas reverencias, haciendo quemar incienso en su honor y tocando la tierra con las manos. Xicotencatl el viejo habló entonces en nombre de los demás.

«Malinchi, Malinchi, muchas veces te hemos enviado a rogar que nos perdones porque salimos de guerra, e ya te enviamos a dar nuestro descargo, que fue por defendemos del malo de Montezuma y sus grandes poderes, porque creimos que érades de su bando y confederados, y si supiéramos lo que agora sabemos, no digo yo saliros a rescebir a los caminos, con muchos bastimentos, sino tenéroslos barridos y aun fuéramos por vosotros a la mar, adonde teníades vuestros acales (que son navios); e pues ya nos habéis perdonado, lo que agora os venimos a rogar yo y todos estos caciques, es que vais luego con nosotros a nuestra ciudad y allí os daremos de lo que tuviésemos e os serviremos con nuestras personas y haciendas» [\[1320\]](#).

Cortés dio las gracias a sus visitantes y explicó con sumo tacto que hubiera ido a Tlaxcala de muy buena gana ya mucho antes si hubiera tenido transporte para sus cañones. «Desque oyeron aquella palabra -escribe Bernal Díaz- sintieron tanto placer que en los rostros se conosció»; y añade que en menos de media hora habían puesto quinientos tamemes a disposición de Cortés.

Al día siguiente, a primera hora, Cortés y su ejército se pusieron en marcha para Tlaxcala. Cortés llevaba consigo a los embajadores mejicanos que así iban a entrar en la capital de sus enemigos bajo la protección del General español [\[1321\]](#).

La matanza de Cholula

El 23 de septiembre de 1519 Cortés entró triunfalmente en la ciudad de Tlaxcala. Los tlatoanis que le habían ido a visitar al real se habían puesto en marcha hacia Tlaxcala a toda prisa en cuanto observaron las primeras señales de que iba a comenzar el traslado del campamento español hacia su ciudad, con objeto de recibir a sus huéspedes con toda la hospitalidad posible. Avanzó el ejército español en orden militar estricto, exactamente como si se hallase entre enemigos, pues tal era la regla dictada una vez para siempre por su Capitán, y a poco tiempo, cuando ya divisaban en el horizonte la ciudad, tan extensa que causaba admiración y aun temor a las tropas, los caudillos tlaxcatecas salieron a recibirles al camino, seguidos cada uno de su capitania con sus banderas y colores distintivos pintados en las mantas de henequén que constituían una especie de uniforme. Detrás de esta multitud abigarrada venían los sacerdotes, con braserillos de incienso de copal, y vestidos de hábitos largos de color blanco, con capas que «querían parecer como a las de los que traen los canónigos»; con los cabellos largos y engreñados, empapados en sangre humana reseca, las orejas sangrándoles todavía del sacrificio que en sí habían hecho aquella mañana, avanzaban con la cabeza baja en señal de humildad y las uñas de los dedos muy largas [1401].

Los españoles tenían que abrirse paso a través de una multitud curiosa y alegre que llenaba calles y azoteas para hartarse de aquella visión de ensueño: Sobre todo los caballos, no menos fabulosos para ellos de lo que para nosotros hubiera sido un desfile de unicornios o dragones; luego los hombres, con el nunca visto color de rostro, pelo y ojos; luego los cañones, las armas de fuego menores, las espadas de metal, las armaduras de acero, los cascos relucientes al sol. Venían los jinetes florecidos con ramilletes de rosas que les habían ofrecido a la entrada de la ciudad, y así a través de las calles hirviendo en comentarios de asombro y de contento, los tlatoanis fueron llevando a los guerreros españoles hasta el gran Cu o Templo donde se les había preparado alojamiento.

«La cual ciudad -escribe Cortés al Emperador- es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podía decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescado de los ríos y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas...». Cortés pasa a elogiar la abundancia de mercancías de toda clase que se encuentran en el mercado, observando entre otras cosas que hay barberías; elogia la hermosa cultura que observa en los valles en tomo a la ciudad y, como conclusión de un informe altamente satisfactorio sobre el estado de relativa civilización de sus nuevos aliados, escribe: «entre ellos hay toda manera de buena orden y policía, y es gente de toda razón y concierto; y tal que lo mejor de Africa no se lo iguala». Mucho llamó su atención el servicio de orden público, pues ocurrió que uno de los naturales había robado oro del real español; se quejó Cortés a Majixcatzin; fue hallado el culpable y entregado al punto a Cortés para que lo castigase; pero Cortés, con su sagacidad de costumbre, delegó el asunto en las autoridades indígenas locales, las cuales, después de haber paseado al ladrón a la vergüenza pública con un pregonero, lo ejecutaron en el mercado [\[1402\]](#).

Con su espíritu siempre abierto a la curiosidad, Cortés organizó inmediatamente una especie de

censo de Tlaxcala. Según esta labor de estudio, la república (incluyendo en ella a la región autónoma de Guajocingo) comprendía 150.000 vecinos [\[1403\]](#). Se hallaba pues en la capital de un Estado importante, habitado por un pueblo recio cuyo respeto y amistad había conquistado en el campo de batalla. Su primer cuidado fue asegurar que nada se hiciera por parte de los españoles que pudiera perjudicar a esta amistad. A tal fin dictó órdenes severas, y, dice Tapia, «mandó hacer señales é poner límites para donde los de su compañía llegasen, é nos mandó que de allí no pasásemos ni saliésemos, é así es verdad que lo cumplimos, é que para llegar a un arroyo á un tiro de piedra de allí le pedíamos licencia». No en vano afirma Bernal Díaz «que nunca capitán fue obedescido con tanto acato y puntualidad en el mundo». Había mandado a sus hombres que «nadie tomase más de lo que le diesen, ni se atreviese a hacer algún desabrimiento, por liviano que fuese», que era lo menos que podía hacer para corresponder a la generosa hospitalidad que le ofrecían los de Tlaxcala, que era tal que bastaba que un español diese a un indio un pedazo del sayo roto, para que el tal indio con el trozo de paño en la mano sacase de la casa de provisión de la comunidad tlaxcateca cualquier cosa que el español le encargara que pidiese. En cuanto a víveres, afirma Bernal Díaz que «en veinte días que allí estuvimos, siempre lo hobo y muy sobrado» [\[1404\]](#).

A pesar de tanta amistad y tan leal, Cortés no permitió que se relajase en lo más mínimo la disciplina militar ni la vigilancia constante que imponía a su gente y a sí mismo. El real vivía como si estuviera rodeado de enemigos: día y noche funcionaban con perfecta regularidad los corredores del campo, las velas y las centinelas. Durante un cuarto de vela, un Capitán de servicio expuso a Cortés sus dudas sobre la necesidad de tantas precauciones: «Parece señor que están muy de paz; no habernos menester tanta guarda ni estar tan recatados como solemos». Debió de decirlo en presencia de terceros, porque Cortés le contestó en plural: «Mirá, señores, bien veo lo que decís, mas por la buena costumbre, hemos de estar apercebidos, que aunque sean muy buenos, no habernos de creer en su paz, sino como si nos quisiesen dar guerra y los viésemos venir a encontrar con nosotros; que muchos capitanes, por se confiar y descuido, fueron desbaratados. Especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado avisar el gran Montezuma, puesto que sea fingido y no verdad, hemos de estar muy alerta» [\[1405\]](#).

No dejaron de observar los caudillos tlaxcatecas esta actitud de cautela y desconfianza, que les ofendía hondamente. Acudieron a Cortés en queja, atribuyendo la situación a los ponzoñosos consejos de sus enemigos mejicanos y le ofrecieron sus vidas en servicio de los españoles, declarándose dispuestos a dejar en sus manos todos los rehenes que deseara tener a fin de conquistar su confianza. «Cortés y todos nosotros -dice Bemal Díaz- estábamos espantados de la gracia y amor con que lo decían». Con tacto y dulzura intentó Cortés quitar la espina de aquella actitud, que por otra parte estaba resuelto a mantener, explicando la severa disciplina que imponía a sus tropas como una tradición inveterada de los ejércitos españoles dondequiera que se encontrasen, ya en tiempo de guerra ya en tiempo de paz. Esta respuesta vino a realzar todavía más el prestigio que ya rodeaba a los españoles a los ojos de aquel pueblo belicoso y viril [\[1406\]](#). Pero no contento con este primer éxito, el sagaz Capitán, dándose cuenta de que la rigidez de sus dispositivos militares necesitaba un constante correctivo, se dedicó durante su estancia en Tlaxcala a cultivar la amistad de los prohombres de la república que solía invitar por separado a conversar con él. En estas visitas, que pronto llegaron a ser un honor codiciado entre los caudillos daxcatecas, Cortés se hizo con numerosa información de gran utilidad tanto sobre Tlaxcala como sobre Méjico, al par que se congraciaba con sus nuevos aliados por sus presentes así como por su afabilidad y don de gentes [\[1407\]](#).

La paz y la amistad comenzaban a dar fruto. Con gran satisfacción, iban descubriendo los tlaxcatecas que aquellos hombres extraños que habían llegado hasta su país precedidos de una terrible reputación de dioses -pues los dioses indígenas eran terribles- eran al fin y al cabo gentes de buena composición y de buena conducta mientras no se les agredía. Numerosos tlaxcatecas, dice Tapia, se pasaron a vivir con los españoles y gustaban de su compañía [\[1408\]](#).

Este movimiento puede muy bien haber empezado en la parte más indefensa de la población. Bernal Díaz apunta un patético episodio que permite imaginarlo: «Hallamos en este pueblo de Tlaxcala casas de madera hechas de redes y llenas de indios e indias que tenían dentro encarcelados y a cebo hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar; las cuales cárceles les quebramos y deshizimos para que se fuesen los presos que en ella se estaban y los tristes indios no osaban ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y ansí escaparon las vidas». Sigue diciendo que lo primero que Cortés hacía por todas partes donde iba era mandar quebrar tales cárceles y echar fuera a los prisioneros; y que en Tlaxcala mostró mucho enojo a los caciques y les riñó muy enojado, haciéndoles prometer que en adelante no volverían a matar y comer hombres. Pero añade que en su opinión, «en volviendo la cabeza, hacían las mismas crueldades» [\[1409\]](#).

La gente humilde de Tlaxcala debió de sentirse atraída hacia los extranjeros por tales actos. Es probable que mujeres indias entrasen en relaciones de, intimidación con los soldados, aunque no era cosa que los capitanes y clérigos miraban con buenos ojos mientras las indias seguían sin convertir. Sea de ello lo que fuere, los tlaxcatecas hacían las cosas bien; cuando en guerra, luchaban como leones; cuando en paz, nada les parecía bastante para obsequiar a sus amigos. Una mañana, los tlatoanis vinieron a ver a Cortés trayéndole hasta trescientas mujeres de las que guardaban para el sacrificio como regalo para el ejército, y como don especial, cinco doncellas indias «y para ser indias eran de buen parecer», cada una de ellas con otra india moza para su servicio. Eran todas estas jóvenes hijas de caciques. Tomando una de ellas de la mano, Xicotencatl dijo a Cortés: «Malinche, esta es mi hija, e no ha sido casada, que es doncella, y tomadla para vos»; rogándole además que diese las otras a sus capitanes.

Cortés agradeció afablemente el obsequio y declaró que recibía a las doncellas indias como tuyas, pero añadió «que agora al presente que las tuviesen en poder sus padres». Desconcertados, los caudillos tlaxcatecas preguntaron a Cortés la causa de este aplazamiento, lo que al punto disparó al Capitán español sobre su tema favorito: era menester hacer primero lo que manda Dios; los tlaxcatecas tendrían que renunciar a sus ídolos, cesar sus sacrificios humanos y sodomías y creer en un solo Dios verdadero. Asegura Bernal Díaz que todo ello, juntamente con «otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe» les fue muy bien explicado «porque Doña Marina y Aguil- lar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertos en ello que se lo daban a entender muy bien»; pero como añade que «se les mostró una imagen de Nuestra Señora, con su hijo precioso en los brazos, y se les dio a entender cómo aquella imagen es figura como Nuestra Señora que se dice Santa María, questá en los altos cielos, y es la madre de Nuestro Señor, que aquel niño Jesu, que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia despíritu Santo, quedando virgen antes del parto y en el parto y después del parto» [\[1410\]](#), y como los españoles además declararon después de esta críptica afirmación que no aceptarían a las cinco doncellas hasta que se convirtiesen al culto de la Virgen Madre, esta escena debió de producir efectos devastadores en el ánimo de los pobres tlaxcatecas, uno de cuyos fines al ofrecer sus hijas a los capitanes blancos era obtener de ellos progenie tan invencible como la estirpe española [\[1411\]](#).

Podemos imaginar las ondas de incomprensión y de mala inteligencia que este súbito encuentro entre las dos civilizaciones haría surgir de indios a europeos y de europeos a indios. Aun dando de barato que Aguilar y Doña Marina consiguiesen trasladar sin excesiva deformación la fe y el dogma cristianos, no solo al lenguaje, sino también al ambiente mental tlaxteca, ¿cómo era posible que aquellos indios asimilasen el dogma de la virginidad sin atribuirle algún sentido inmediato y positivo como lo hacían con sus dioses? Quizá pensaran que los españoles habían sido engendrados por obra y gracia de algún espíritu -más o menos santo- lo que explicaría su pálido color y el oro de su cabello y el azul de sus ojos, tan a tono con los colores del sol y del cielo. Recuérdese que habían dado a Alvarado el apodo de Tonatiuh, el sol. Estos y otros pensamientos similares les rondarían por el ánimo mientras las lenguas seguían explicándoles que si abandonaban a sus dioses e inhumanos sacrificios, gozarían salud y bienes temporales en esta vida y al morir irían sus ánimas a los cielos a gozar de la gloria perdurable, mientras que si persistiesen en su idolatría y malas costumbres, «aquellos sus ídolos que son diablos, les llevarán a los infiernos donde para siempre arderán en vivas llamas», como con frase magnífica escribe Bernal Díaz. Esta amenaza, entonces tan aterradora para todo cristiano, no impresionó a los tlaxtecas, que eran tan devotos, valientes y leales a sus dioses como los invasores, y después de haber manifestado a Cortés que un cambio de tal naturaleza era para pensado más despacio, declararon de un modo terminante que antes morirían que abjurar de sus dioses.

Si fuera posible relatar ahora cómo Cortés, hombre prudente y sensato, decidió dejar dormir las cosas y aguardar mejor ocasión, el cuadro quedaría perfecto y lógico. Pero la vida no es ni lógica ni perfecta, antes bien se complace en la imperfección y en la falta de lógica, presentándose ante nosotros en un conjunto cuya cohesión vital nos impone para que la entendamos e interpretemos, si podemos. Terminó la escena en efecto de un modo sabio y sensato, pero no por iniciativa de Cortés, que de haberle faltado el consejo de otras personas más prudentes que él sobre este punto concreto hubiera echado a rodar meses enteros de sagacidad creadora en unos cuantos segundos de intemperancia religiosa. He aquí cómo cuenta lo ocurrido Bernal Díaz: «Y desde vimos aquella respuesta, que la daban tan de veras y sin temor, dijo el Padre de la Merced, que era hombre entendido, e teólogo, “Señor, no cure vuestra merced de más les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos, y aun lo que hicimos en Cempoal de derrocalles sus ídolos, no quisiera yo que se hiciera, hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fe. ¿Qué aprovecha quitales agora sus ídolos de un Cu y adoratorio, si los pasan luego a otros? Bien es que vayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que les damos”.». A lo cual tres de los caballeros que acompañaban a Cortés asintieron, declarando: «Muy bien dice el Padre, y vuestra merced con lo que ha hecho cumple y no se toque más a estos caciques sobre el caso» [1412].

Así los hechos, que concuerdan demasiado bien con los ocurridos antes y después en la conquista para que quepa ponerlos en tela de juicio. A primera vista, parecerían en conflicto con el perfil general del carácter de Cortés y en particular con su sagacidad, su prudencia, su pericia diplomática, su penetración natural de gentes y situaciones. Pero a buen seguro que peca de superficial quien imagina las cualidades humanas como capas uniformes que cubren sin falla alguna toda el área de la vida individual; antes al contrario, hemos de ver en las tendencias humanas, ya las que llamamos cualidades o las que consideramos como defectos, fuerzas modificadas a cada momento por el contexto de la vida en que se producen. Tal genio de las matemáticas resulta un inocente en la mesa de tresillo; tal penetrante psicólogo, a cuyos ojos críticos no escapa el menor detalle de una obra de Shakespeare o de Balzac, se desmorona en lamentable imbecilidad al tener que desentrañar las complejidades de una situación política transparente para un cacique de pueblo; tal liberal, generoso y

abierto en política y economía, reacciona en materia amorosa como un turco del antiguo régimen; y hay a veces vetas de romanticismo virginal en más de una prostituta. A Napoleón le asustaban los ratones; Goethe vibraba ante unas faldas aun al borde de la tumba; a Mozart, al exquisito y refinado Mozart, le gustaban los chistes de sal gorda; el alma austera de Carlos V iba alojada en un cuerpo de glotón. Estas fallas del carácter humano son casi siempre inevitables precisamente en hombres de gran integridad y en particular en la virtud específica que constituye su integridad, puesto que es natural que la falla ocurra donde la tensión es más alta. «No estoy loco más que norte-noroeste», hace Shakespeare decir a Hamlet, y claro está que no puede decirse mejor. El hombre que es siempre y en todo valiente, de seguro tiene un rincón de su ser por donde le sale la timidez; el hombre que es siempre y constantemente prudente tiene de seguro un norte- noroeste de locura por donde los vientos y vendavales de la naturaleza irrumpen hasta el centro de su tranquilidad interior.

Cortés estaba loco norte-noroeste. Prudente, astuto, cauto, previsor, paciente en la acción, suave en la palabra... Pero en cuanto la fe que le iluminaba el cerebro y le impulsaba el corazón se veía contrariada en su progreso triunfante, sentía un empuje que le hacía abalanzarse al acto inmediato, rompiendo abruptamente toda componenda o negociación. Era, pues, su fe la fuente de su fuerza y la causa de su debilidad, nueva confirmación, si necesaria fuere, de la sinceridad y profundidad de su impulso religioso, ya que este impulso era el único bastante fuerte para salir a luz rompiendo por la armadura de acero de su dominio de sí para oscurecer su visión siempre clara de las realidades inmediatas o lejanas.

En este caso, sin embargo, el consejo del fraile apoyado por los tres capitanes prevaleció, aunque «se mandó con ruegos» a los indios que limpiasen y encalasen un Cu que los españoles transformaron en altar donde pusieron una Cruz y una imagen de Nuestra Señora. Se dijo misa en presencia de los caciques y se bautizó a las doncellas indias. También aquí Cortés se abstuvo de tomar para sí ninguno de los graciosos y juveniles-regalos. La principal de las doncellas, la hija de Xicotencatl, ofrecida expresamente por el bravo caudillo tlaxcateca a su victorioso rival, Cortés a su vez la regaló a Alvarado. Bautizada, se llamó Doña Luisa y dio a Alvarado hijos e hijas que fueron grandes de España; una hija o sobrina de Bajixcatzin pasó a llamarse Doña Elvira, «y era muy hermosa»; Cortés la regaló a Juan Velázquez de León; otras dos gentiles doncellas pasaron a manos de Alonso Dávila y Cristóbal de Olid; finalmente la quinta de ellas fue regalo especial de Cortés para un joven capitán llamado a desempeñar en la conquista papel solo superado por el de su jefe -Gonzalo de Sandoval [1413].

*

El matrimonio en el sentido cristiano de la palabra era desde luego cosa superflua para los tlaxcaltecas y la deferencia que los capitanes españoles manifestaron para con sus concubinas indias, a las que trataron como iguales e hicieron servir como señoras no solo por sus criados indios, sino también por sus criados españoles; cimentó una amistad ya establecida sobre bases sólidas por la estima mutua nacida en el campo de batalla. Cortés aprovechó esta situación para dar a sus tropas un descanso de tres semanas cortas -vacaciones no muy holgadas para un ejército que por tales pruebas había pasado- y para adquirir todos los informes que le fueron posibles sobre su principal adversario. Decíanle sus amigos que Moteczuma podía armar fácilmente a ciento cincuenta mil guerreros, como ellos sabían muy bien, y con esta fuerza «él y sus mejicanos usurpaban los señoríos ajenos y extendían y ampliaban cada día más su imperio, usando, cuando vencían, de grandes crueldades, para que las otras gentes se rindiesen y subjectasen a su imperio, de temor de no experimentar semejante crueldad;

y que eran de tan mal corazón (ca esta es su manera de hablar), que nunca guardaban palabra, ni tenían secreto, ni se acordaban de las buenas obras rescebidas, por grandes que fuesen». Cosas eran estas que, como dice pintorescamente Cervantes de Salazar, «hicieran temblar la barba a otro»; pero «a Cortés -añade- pusieron nuevo esfuerzo y ánimo» [1414]. El general español preguntó a los tlaxcatecas cómo era que siendo tan poderoso Méjico no había conseguido dar el golpe de gracia a Tlaxca- la en cien años de guerra. Esta era precisamente la pregunta que Tapia hizo a Moteczuma en Méjico, a la que el Emperador le contestó: «Bien lo pudiéramos hacer; pero luego no quedara donde los mancebos ejercitaran sus personas, sino lejos de aquí: y también queríamos que siempre hobiese gente para sacrificar a nuestros dioses»; contestación en que se apreciará el sentido altamente desarrollado de la guerra y de la utilidad de un buen enemigo. La que los tlaxcatecas dieron a Cortés no fue tan perfecta y entre otras razones incluía la falta de entusiasmo en la batalla que a veces revelaban las tropas de Moteczuma, muchas de ellas compuestas de pueblos subyugados. Pero los tlaxcatecas se hacían lenguas del poder de Méjico, de la riqueza y majestad de Moteczuma, de la magnificencia, fuerza militar y vastos recursos de la capital, construida en medio de la laguna, solo accesible por tres calzadas con numerosos puentes (cualquiera de los cuales podía alzarse aislando completamente a la ciudad) y formada de innumerables casas con azoteas de tal modo construidas que servían de parapeto a sus guerreros; tenía servicio de agua que venía de Chapultepec a media legua de la ciudad, por acueductos especialmente construidos. Las armas de los mejicanos eran flechas que pasaban todas las armaduras (de algodón), lanzas de «pedernal» (en realidad eran de obsidiana, y muy formidables como ya los españoles sabían) y espadas para manejadas con las dos manos. Los tlaxcatecas enseñaron a Cortés sus relatos pictóricos de las batallas pasadas en que habían luchado contra los mejicanos, donde el general español pudo leer fácilmente la táctica indígena.

Cortés, con unos cuantos capitanes y soldados (entre ellos Bernal Díaz), siguió todo este relato con gran atención hasta que llegaron al armamento y a la táctica, pues entonces, como los tlaxcatecas podían enseñarle muy poco que ya no supiera, cambió súbitamente de asunto, preguntándoles cómo habían venido a establecerse en aquel lugar. Salió entonces a relucir el cuento de los habitantes anteriores que habían sido gigantes, derrotados por los primeros tlaxcatecas, en prueba de lo cual enseñaron a Cortés un «hueso o zancarrón» que tenía, dice Bernal Díaz, «tan gran altor como yo» - gigantes en verdad si el hueso hubiera sido humano-. «Sería bien -dijo Cortés- enviar este hueso a Castilla para que lo vea Su Majestad». Entretanto los tlaxcatecas, vueltos a su pasado, revelaron a los españoles la profecía de Quetzalcoatl, «ídolo en quien ellos tenían mucha devoción», que les había dicho «que vernían hombres de las partes de donde sale el sol y de lejos tierras, a les sojuzgar y señorear». Añadieron, según cuenta Bernal Díaz, «que si somos nosotros, que holgarán dello, pues tan esforzados y buenos somos, y cuando trataron las paces, se les acordó desto, que les habían dicho sus ídolos y que por aquella causa nos dan sus hijas, para tener parientes, que les defiendan de los mejicanos». Esta revelación dejó asombrados a los españoles, que se preguntaban si podía ser cierta. Cortés, con su cautela habitual, permaneció tan cercano como le fue posible a la costa de los hechos, contestando tersamente: «que ciertamente veníamos de donde sale el sol, y que por esta causa nos envió el Rey nuestro señor a tenelles por hermanos, porque tienen noticia dellos, y que plega a Dios que nos dé gracia para que por nuestras manos e intercesión se salven». A lo que todos los españoles presentes dijeron «amén» [\[1415\]](#).

*

No era Cortés hombre que hablara en vano y por consiguiente sacó inmediatamente la conclusión que implicaba la promesa formal que había dado a los tlaxcatecas. Era ahora más necesario que nunca

dejar sus cómodos cuarteles de Tlaxcala para llevar sus tropas y sus aliados hasta el mismo Méjico. No tardó en darse cuenta de la ventaja que le daba tener por delante un objetivo tan claro como aquella importante capital, pues le bastaría apoderarse de aquella cabeza evidente del Imperio para probar de modo inconfundible su victoria ante amigos, adversarios y rivales. «A Méjico» fue, pues, la orden del día.

Lo primero que hizo fue mandar una expedición de avanzada bajo disfraz de una embajada a Moteczuma. Fueron sus emisarios Pedro de Alvarado y Bernardino Vázquez de Tapia. Estos dos capitanes salieron para Méjico con la única compañía de un criado, lo que prueba que Cortés se sentía ya bastante fuerte para arriesgar así a dos de sus capitanes sin escolta alguna; con todo, fue esta embajada un fracaso porque Tapia cayó enfermo y Alvarado decidió retornar, ya fuese porque en Iztapalapa le intimaron los funcionarios de Moteczuma que no siguiese adelante por estar el Emperador con jaqueca o ya porque Cortés le hiciera volver ante las objeciones que sus soldados le habían presentado en vista del riesgo que corrían sus capitanes [\[1416\]](#).

Pronto se supo en el real la decisión que Cortés había tomado de ir a Méjico y al punto surgió la oposición que era de esperar entre los soldados ricos del partido «cubano», provocando vigorosa reacción por parte de los que siempre habían apoyado a Cortés, de quienes dice Bernal Díaz «que yo y otros pobres soldados ofrescido teníamos siempre nuestras ánimas a Dios que las crió, y los cuerpos a heridas y trabajos hasta morir en servicio de Nuestro Señor Dios y de Su Magestad». También presentaron objeciones Xicotencatl el viejo y Majixcatzin, que temían la suerte que podrían correr los españoles entre aquellos mejicanos, encarnación para ellos del espíritu traicionero. La actitud de Cortés ante estas objeciones fue hartamente sutil. Dando de lado al peligro, su oído mental tan agudo no dejó, sin embargo, de percibir cierta resonancia de desconfianza incipiente en el consejo que le daban sus amigos tlaxcatecas, y para atajarla dio a ambos caudillos ricos presentes de los que había recibido de Moteczuma, y en particular mantas de algodón, que eran lujo muy codiciado por los bloqueados tlaxcatecas, yendo hasta a indicarles que quizá fuera bueno que se hiciesen unas paces entre Tlaxcala y Méjico a fin de poder restablecer el libre comercio de la sal y del algodón.

Xicotencatl y Majixcatzin rechazaron esta idea por parecerles fuera de toda posibilidad, a causa de la falta de buena fe en los mejicanos y se quedaron pasmados al oír que Cortés había decidido no solo ir a Méjico, sino ir por vía de Cholula, la ciudad-Estado en alianza con Moteczuma de donde, como con frecuencia habían referido a Cortés, los mejicanos solían lanzar contra Tlaxcala traidores ataques. El camino por Cholula había sido aconsejado a Cortés por los embajadores mejicanos, que seguían en su real. Los tlaxcatecas aconsejaban el camino de Guajocingo, ciudad aliada a Tlaxcala. Pero Cortés decidió ir por Cholula porque era una ciudad grande y bien provista, donde podía permanecer durante algún tiempo mientras negociaba el modo de entrar en Méjico sin tener que luchar. Tan firme era su decisión que ya había fijado la fecha de su salida de acuerdo con los embajadores mejicanos. Cuando se enteraron los tlaxcatecas, acudieron presurosos a Cortés para avisarle del peligro a que se exponía: Moteczuma tenía cincuenta mil hombres en Cholula, aguardando a los españoles a dos leguas de la ciudad; el camino usual estaba cerrado y habían preparado «otro nuevo de muchos ojos y palos agudos hincados y encubiertos para que los caballos cayesen y se mancasen e que tenían muchas de las calles tapiadas, y por las azoteas de las casas muchas piedras para que después que entrásemos en la ciudad, tomarnos seguramente». Finalmente como prueba concreta de la mala voluntad de los de Cholula, los tlaxcatecas hicieron observar a Cortés que no habían venido a verle, siendo así que pueblos más alejados, como los de Guajocingo le habían enviado una embajada [\[1417\]](#).

Este último argumento dio en el blanco, Cortés propuso a los tlaxcatecas que le suministrasen emisarios para convocar a los chololtecas a su presencia. Así solicitados, los de Cholula enviaron unos mensajeros de baja calidad. Los de Tlaxcala se lo advirtieron enseguida a Cortés, alegando que era cosa de burla, pues se trataba de gentecilla indigna de que la recibiese el capitán español. Sin embargo, Cortés habló a los mensajeros que Cholula le enviaba: Hízoles valer que embajada a un representante de príncipe tan alto como el Rey de España no era para confiada a hombres como ellos y requirió a los caudillos de Cholula a que en el plazo de tres días viniesen ante él a dar obediencia a Su Majestad, previniéndoles que en caso contraria iría contra ellos y los destruiría -todo lo cual, además, les dio por escrito debidamente firmado por su escribano público-. Ante esta conminación, los de Cholula enviaron a sus caciques al día siguiente [\[1418\]](#). La explicación que dieron de su tardanza en acudir a saludar a Cortés fue plausible: el territorio de Tlaxcala, argüyeron, no era seguro para ellos. Rogaron a Cortés no diera crédito a los cuentos que los de Tlaxcala le contarían en detrimento suyo y se declararon «vasallos» del Rey de España, de quien Dios sabe la idea que se harían -todo lo cual Cortés hizo también tomar por escrito de mano de su escribano.

Así resuelto el caso, Cortés confirmó su decisión de ir a Méjico por Cholula, según escribe al Rey, «por no mostrar flaqueza» [\[1419\]](#).

*

El 13 de octubre de 1519 el ejército se puso en marcha hacia Cholula con el mayor concierto. Acompañaban a los españoles sus aliados los cem-poaleses, en número de unos quinientos, y todo el ejército tlaxcateca que Cortés estima en cien mil hombres, lo que parece apenas verosímil. Según él mismo escribe al Emperador, había hecho todo lo posible por disuadir a los tlaxcatecas de su propósito de acompañarle, arguyendo que no los necesitaba. Pero los tlaxcatecas tenían evidente interés en penetrar en territorio de sus enemigos en tan excelente compañía. No se le ocultaba este aspecto de la cuestión al astuta capitán español, y cuando llegaron a unas dos leguas de Cholula, «por mucha importunidad mía, se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía hasta cinco o seis mil de ellos». En aquel mismo lugar donde los despidió a orillas de un arroyo, decidió pasar la noche por evitar algún escándalo en la ciudad y también porque no iría muy tranquilo yendo en compañía de los tlaxcatecas que le quedaban. Los de Cholula le enviaron víveres para la cena de sus tropas y a la mañana siguiente, salieron al camino a recibirle, «con muchas trompetas y atabales y muchas personas de las que ellos tienen por religiosas en sus mezquitas, vestidas de las vestiduras que usan y cantando a su manera como lo hacen en las dichas mezquitas». Caciques y sacerdotes venían de paz y los sacerdotes traían braseros de incienso, no está claro si para honrar o para exorcizar a sus visitantes. Los caciques de Cholula rogaron a Doña Marina explicase a Cortés que no creían justo que se permitiese a los tlaxcatecas entrar armados en su ciudad. Cortés había observado en el camino más de un indicio de que los tlaxcatecas le habían dicho la verdad al prevenirle contra el peligro de una traición en Cholula. En efecto, el camino usual estaba obstruido y el que le habían dejado abierto presentaba señales inquietantes, tales como las trampas para caballos que describe al Emperador; ello no obstante, se rindió a la fuerza del argumento de Cholula y para sanear la situación decidió explicarse sobre todo ello en público: dio orden al ejército de hacer alto y allí mismo donde estaba, rodeado de los suyos y de los extraños, a caballo, dirigió la palabra a los chololtecas para que expusieran su punto de vista; explicaron los de Cholula, como ya lo habían hecho antes reservadamente a Cortés, que si no habían ido a Tlaxcala no era por falta de buena voluntad para con los españoles, sino porque Tlaxcala era para ellos una ciudad enemiga; y le rogaron que no dejase a los

tlaxcatecas entrar en Cholula. Cortés entonces dio instrucciones a su segundo cabo Pedro de Alvarado y a su maestre de campo Cristóbal de Olid para que los tlaxcatecas acampasen fuera de la ciudad y para que no permitiesen entrar en Cholula más indígenas que los soldados de Cempoal y los tames tlaxcatecas que llevaban la artillería.

Así se calmó la inquietud de los chololtecas, y Cortés, viéndoles de humor más acogedor, aprovechó la ocasión para dirigirles su mensaje de costumbre: venía enviado por un poderoso monarca a pedirles que abandonasen a sus ídolos, que cesasen sus sacrificios humanos y costumbres sodomitas y que reconociesen a los españoles como hermanos. Pidióles que le dejaran pasar hacia Méjico y que, como otros habían hecho antes que ellos, diesen la obediencia al Rey de España. Los chololtecas contestaron que apenas habían entrado los españoles en su tierra y ya les mandaban dejar a sus teules, lo que no estaban dispuesto a hacer, aun cuando en eso de «dar la obediencia a ese rey vuestro que decís» lo harían de buena gana, si bien apunta Bernal Díaz que «la dieron de palabra e no ante escribano», lo que el soldado cronista aduce con toda equidad como circunstancia atenuante de la traición después cometida por los chololtecas contra los españoles. Por esta vez Cortés se avino a dejar para mejor ocasión la destrucción de los ídolos y dio orden de que el ejército entrase en la ciudad. Obró en esto muy acertadamente, pues Cholula era una especie de Meca para todos los pueblos fieles a la religión del Anáhuac y en particular para el culto de aquel Quetzalcoad que había profetizado su retomo y que para muchos había reencarnado en el propio Cortés. Había en Cholula trescientos sesenta teocallis (tantos como iglesias hoy) y una antigua pirámide sobre la que se alzaba el Gran Teocalli dedicado a Quetzalcoatl. La ciudad estaba defendida sobrenaturalmente contra los ejércitos incrédulos, no solo por truenos y relámpagos que Quetzalcoatl descargaba siempre en caso de peligro, sino también por torrentes de agua que en tales crisis brotaban de las paredes de la pirámide, cosa nunca vista y siempre creída. Por eso, si cualquiera parte de aquellas paredes sagradas venía a caerse, era obligado que los sacerdotes la reconstruyesen al instante, lo que hacían con un cemento especial amasado con cal y sangre de niños sacrificados con tal objeto [1420].

No hubiera sido razonable exigir de los chololtecas que desamparasen el culto de una deidad tan poderosa. El ejército español, sin embargo, aunque sin duda incrédulo desde el punto de vista chololteca -pues por desgracia no hay nada más relativo que la incredulidad- no avanzaba sobre Cholula como agresor, sino como huésped y como tal fue recibido no por truenos y relámpagos, sino por los rumores y sonrisas de una multitud ansiosa de contemplar hombres tan extraños y animales más extraños todavía. Mientras así avanzaban abriéndose paso a través de aquel río humano hacia su alojamiento, los jinetes españoles, desde lo alto de sus monturas, observaron que había calles cortadas y otras con agujeros de mal cariz y barricadas sospechosas. Observó además Cortés que había en la ciudad nuevos mensajeros de Moteczuma aunque no para él, pues no vinieron a verle, limitándose a hablar con los embajadores mejicanos que venían en su séquito desde Tlaxcala, aquellos precisamente que le habían aconsejado que pasase por Cholula; y tomó buena nota de que los nuevos mensajeros, al volverse de Cholula a Méjico, se llevaron con ellos al principal de aquellos embajadores que hasta entonces le habían acompañado.

Todo esto produjo en Cortés gran inquietud, que subió de punto cuando, ya desaparecidos los mensajeros mejicanos, comenzaron a escasear los víveres y servicios hasta entonces puntualmente ofrecidos por los chololtecas a los españoles. Un día, acabando de comer, comentaba Diego de Ordás todas estas señales de mal agüero: «Señor, no me parecen bien estos y creo que no me engaño, como otra vez a vuestra merced dije en la Torre de la Victoria». Dando con la mesa en el suelo, fingiendo enojo, exclamó Cortés: «¡Vélame Dios, Diego de Ordás, y qué de miedos tenéis! ¿Qué nos han de

hacer estos ni los otros por muchos más que sean?» [1421]. Con todo, solo había improvisado esta respuesta airada para que no desmayasen los circundantes. Estaba preocupado. Hizo todo lo posible por informarse de los caciques de Cholula, pero se negaron a venir, a pesar de que intentó trabar negociaciones con ellos por medio de dos sacerdotes a quienes sobornó con chalchivites. Tres cempoaleses vinieron a verle, revelándole que habían hallado agujeros con estacas puntiagudas ocultos en las calles que rodeaban al real; que las azoteas estaban parapetadas y llenas de piedras y que en una calle cercana habían erigido una albarrada con gruesas vigas de madera. Mientras esto explicaban, irrumpieron en la estancia ocho tlaxcatecas y dijeron a Cortés: «Mira Malinche questa ciudad está de mala manera, porque sabemos questa noche han sacrificado a su ídolo, que el de la guerra, siete personas y los cinco dellos son niños, porque les dé victoria contra nosotros e también habernos visto que sacan todo el fardaje e mujeres e niños». Cortés se limitó a hacerles volver al campo tlaxcateca con un recado a sus capitanes de que se tuviesen bien aparejados por si los mandaban llamar.

Aquella noche Cortés tomó precauciones especiales en torno al real, haciendo que todos los hombres estuviesen armados y los caballos ensillados y enfrenados, porque se temía que el ataque combinado de mejicanos y chololtecas tendría lugar antes de que saliera el sol. Reunió para un cambio de opiniones a sus capitanes y a alguno de los soldados distinguidos, como Bemal Díaz. Unos opinaron que era mejor renunciar a la vía de Cholula, yendo a Méjico por Guajocingo; otros, que era más prudente volver de todos modos a Tlaxcala; pero la opinión que prevaleció fue la de atacar a los chololtecas en su propia ciudad, pues si retrocedían una sola vez ante tales traiciones, estaban perdidos para siempre.

Mientras deliberaban los soldados, una india vieja, mujer de un cacique, acompañada de un mancebo que era su hijo, ambos de aspecto que revelaba riqueza y poder social vinieron a ver secretamente a Doña Marina. Era ella la mujer de uno de los caudillos chololtecas y venía a ver a Doña Marina porque al verla moza y de buen parecer y rica, había concebido el propósito de casarla con su hijo, y deseaba avisarla de que se pusiera en salvo, pues aquella noche y a la mañana siguiente, según estaba mandado y concertado por Moteczuma, todos los españoles quedarían muertos o prisioneros para alimentar la piedra de los sacrificios a Uitchilipochtli. «O madre -exclamó Doña Marina- que mucho tengo que agradecer eso que me decís. Yo no fuera agora con vos, sino que no tengo aquí de quien me fiar para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco, vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que agora ya veis questos teules están velando y sentirnos han». Quedóse la vieja y desde luego siguió hablando. El plan databa ya de tres días y Moteczuma había enviado a su marido un atambor dorado como regalo por la parte que iba a tomar en él, así como otros presentes de ricas mantas y joyas de oro a otros capitanes. «Aguardad aquí -dijo Doña Marina-, comenzaré a traer mi hacienda porque no la podré sacar todo junto». Y como su corazón pertenecía a Cortés fue a contárselo todo a Aguilar.

Cortés no perdió un minuto: se apoderó discretamente de uno de los caciques de Cholula que le pareció andar excesivamente activo por la ciudad y poniéndole la punta de la daga al pecho, le preguntó qué es lo que había. El cacique confesó de plano. Se guardó bajo estrecha vigilancia a la vieja, a su hijo y al cacique confeso y entretanto, mientras quebraba el alba, observaban los soldados agitación y movimiento especial entre los caciques, los sacerdotes y un espeso enjambre de chololtecas armados que habían invadido el campamento alegando que el mismo Cortés les había pedido dos mil hombres para que le acompañasen a Méjico. Pero los españoles no se habían dormido; a cada una de las puertas del real vigilaban soldados con espada y rodela para impedir que saliesen

vivos los traidores que habían entrado. Cortés había convocado a los caciques, encerrándolos a todos bajo seguro y esto hecho, a caballo, rodeado de sus tropas en el patio del real, echó una mirada circular sobre la multitud de guerreros chololtecas cuya actitud sarcástica y displicente revelaba bien el peligro en que se hallaban los españoles, y dijo a sus soldados: «¡Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará Nuestro Señor». Sin apearse, dirigió entonces la palabra a los chololtecas; les dijo que lo sabía todo; que había deseado ser su amigo, pero ellos habían hecho plan de matarle a él y a todos sus compañeros y voto de sacrificar veinte de ellos a su ídolo, como ya habían sacrificado siete de los suyos para que les diese victoria como les prometió; «e como es malo y falso, no tiene ni tuvo poder contra nosotros y todas estas maldades y traiciones que habéis tratado y puesto por obra han de caer sobre vosotros». Quedaron espantados los chololtecas al oír este discurso traducido por Doña Marina y se apresuraron a echarle toda la culpa a Moteczuma. Pero Cortés no admitió la excusa y les dio una respuesta característica de su preocupación jurídica: «Tales traiciones, mandan las leyes reales que no queden sin castigo. Por vuestro delito, moriréis». Dio orden de que se disparase una escopeta, señal convenida, y, como él mismo escribe al Emperador, «dímosles tal mano que en dos horas murieron más de tres mil hombres».

El combate fue rudo, pues los chololtecas no tenían nada de cobardes y aunque «como los tomamos de sobresalto fueron buenos de desbaratar, mayormente que les faltaban los caudillos, porque los tenía ya presos», estaban muy bien preparados y habían fortificado calles y torres «donde se defendían y nos ofendían». Duró el combate cinco horas, durísimas las tres últimas para los chololtecas por haber sobrevenido sus enemigos los de Tlaxcala, cuyo celo destructor tuvo que refrenar Cortés con la mayor energía, enviando a Olid para que le trajese a los capitanes tlaxcatecas a quienes ordenó se llevasen inmediatamente a sus tropas a las afueras y devolviesen los cautivos que habían hecho, ya se sabe para qué. «Mas ellos -escribe Bernal Díaz- quedaron desta vez ricos ansí de oro e mantas e algodón e sal e esclavos».

Entretanto, ciertos caciques de Cholula en desacuerdo con la política que había adoptado la ciudad en época reciente, vinieron a presentarse a Cortés para pedirle clemencia, explicando que la política tradicional de Cholula había sido la alianza con Tlaxcala y Guajocingo contra la Tríplice mejicana (Tenochtitlán o Méjico propiamente dicho, Tetzcuco y Tlacopán) mientras que últimamente, a impulsos del partido contrario, Cholula había cambiado su alianza pasándose a Méjico. Cortés aprovechó al instante la ocasión para poner paz no solo dentro de Cholula, sino también entre Cholula y Tlaxcala. Los nuevos caciques, nombrados por él, hicieron regresar a los vecinos a la ciudad, que a los pocos días había recobrado su vida normal, y Cortés logró restaurar las buenas relaciones que habían reinado entre las dos ciudades hasta que Moteczuma había sembrado la discordia entre ellas.

Esta rápida labor de Cortés encaminada a curar las heridas que su propia llegada infligía al país ha de tenerse en cuenta al discutir los días trágicos de Cholula. Es posible, y aun probable, que los tlaxcatecas contribuyesen a crear una mala inteligencia entre Cortés y Cholula; pero obsérvese que el primer aviso no le vino de los tlaxcatecas sino de los cempoaleses, indiferentes y neutrales ante el duelo Tlaxcala-Cholula. También es posible que otro capitán en idénticas circunstancias hubiera dado con mejor solución. Pero parece difícil figurarse cuál hubiera sido esta solución ni qué otra cosa pudo haber hecho Cortés, una vez aceptada la premisa de la conquista. Bien es verdad que Sahagún, cuyo conocimiento de las cosas indígenas exige respeto, dice taxativamente que «los cholultecas no llevaron armas ofensivas ni defensivas» y da a entender que aunque su actitud para con los españoles fue fría y hostil, no hubo traición por su parte. Pero Sahagún llegó sobre el terreno mucho más tarde y

su información sobre este punto, en que los mismos indígenas estaban tan divididos, por fuerza tenía que tomar el color de la fuente en que había bebido. Bernal Díaz, al defender a sus compañeros contra las acusaciones de Las Casas, recuerda que los franciscanos hicieron una investigación sobre estos hechos en cuanto llegaron a Nueva España y después de haber hablado sobre ello con sacerdotes de Cholula que habían tomado parte en los acontecimientos, hallaron que todo había ocurrido según él, Bernal Díaz, lo refiere, mencionando en particular a Motolinia, cuya santidad y tendencias favorables a los indios son proverbiales [\[1422\]](#).

Cortés era perfectamente capaz de caer sobre una ciudad desarmada y «hacerle mucho daño» como él mismo lo relata más de una vez y en particular al referir al Emperador su famosa algaría nocturna en territorio de Tlaxcala. Pero, por eso precisamente, tanto él como sus compañeros Tapia y Bernal Díaz merecen crédito cuando, escribiendo por separado y sin conocimiento mutuo de sus escritos, concuerdan en bloque sobre los hechos: hubo conspiración y los chololtecas estaban armados. Este es uno de los casos en que Las Casas, en su deseo apasionado de pintar como sanguinarios a los conquistadores, se deja coger con la mano roja, aunque no de sangre sino de tinta nada más. Niega la conspiración y atribuye a Cortés la actitud más cruel y despiadada, todo ello de oídas. «La matanza de Cholula -escribe una autoridad norteamericana contemporánea- fue una necesidad militar para un hombre que guerreaba como Cortés» [\[1423\]](#).

Es además característico del legalismo de Cortés y de su escrúpulo casi pedante que mientras se consideraba con derecho a entrar de guerra en toda aldea desarmada si el Estado a la que pertenecía se había negado a aceptar sus ofertas de paz, se creía no obstante obligado a respetar la hospitalidad de Cholula, hasta el punto de excluir de ella a sus propios aliados los tlaxcatecas, hasta que hubo adquirido la convicción de que Cholula le traicionaba; y ya seguro de la traición, que creyese necesario anunciar solemnemente a los traidores que su crimen no podía quedar sin castigo según las leyes reales. Con todo, las cosas tienen su lógica, y por muy justificada que estuviese a sus ojos, la matanza de Cholula iba a germinar en el seno del ejército, resurgiendo en su día en otro acto del mismo estilo: temerario acceso de violencia preventiva por parte de Alvarado, que iba a ser una de las dos grandes tragedias de la conquista.

A las puertas de la ciudad de Méjico

Cortés manejó el episodio de Cholula con sutileza característica en cuanto concernía a Moteczuma. No podía abrigar la menor duda sobre la responsabilidad del Uei Tlatoani en los sucesos; pero por otra parte no creía prudente entrar en Méjico como enemigo y por lo tanto se abstuvo de adoptar pública y oficialmente la actitud de ofendido ante la traición del Emperador mejicano. Cuando los caciques de Cholula vinieron a implorar su piedad, convocó a los embajadores de Moteczuma e hizo que los chololtecas repitiesen ante los mejicanos que la conspiración había sido hechura de Moteczuma; pero no dedujo las consecuencias que se desprendían de esta confrontación y contestó a los chololtecas «que puesto que toda aquella ciudad merecía ser asolada, que teniendo respeto a su señor Moteczuma, cuyos vasallos son, los perdona». Luego, ya pacificada la ciudad, volvió a llamar a los embajadores de Méjico, les echó en cara la traición de su amo y les declaró que, cambiando de opinión, entraría en Méjico, no como amigo, sino como enemigo y les haría todo el daño que pudiese [1501].

Los mejicanos pudieron y obtuvieron permiso para que uno de ellos fuese a la capital a informar al Uei Tlatoani y volviese con la respuesta. La distancia de Cholula a Méjico es de unas veinte leguas. Moteczuma se obstinaba todavía en aspirar a que Cortés no siguiese camino a Méjico, haciendo valer que el país era casi inaccesible -palabra sin sentido para un español- y pobre y estéril -opinión que desmentía la riqueza y abundancia de los presentes que constantemente enviaba a Cortés-. Un día en Cholula, los embajadores mejicanos, sin saber a que argumento acudir, dijeron a Cortés «que en Méjico tenía su señor muchos y muy bravos tigres, lagartos. Icones y otros fieros y espantosos animales, que echándoselos, bastarían en una hora a matar a todos los que con él venían». Cortés se rió y disimuló el enojo, por no quebrar con Moteczuma [1502].

Ocurría esto antes de su victoria sobre Cholula, que tanto aumentó su prestigio sobre todo el Anáhuac. Los caciques de Tepeaca le enviaron un presente de treinta esclavos y algún oro, lo que decidió a seguirle a Méjico a aquellos españoles que todavía vacilaban [1503]. La destrucción del gran templo de Quetzalcoatl en Cholula había quebrantado la fe de los naturales en el poder de sus dioses [1504]. Los mensajeros de Moteczuma volvieron a Cholula con más presentes y con explicaciones cojas sobre el episodio de Cholula y la participación que en él había tenido Moteczuma, ítem más, la repetición del refrán ya conocido que Cortés renunciase a su ida a Méjico.

La respuesta de Cortés se ajustó a su modo de siempre, firme en el fondo y suave en la forma: «Yo le respondí que la ida a su tierra no se podía excusar, porque había de enviar de él y de ella relación a Vuestra Majestad, y que yo creía lo que él me enviaba a decir: por lo tanto, que pues yo no había de dejar de llegar a verle, que él lo hobiese por bien y que no se pusiese en otra cosa, porque sería mucho daño suyo e a mí me pesaría de cualquiera que le viniese» [1505]. Este segundo mensaje de Cortés produjo efectos devastadores en el desdichado Emperador que, sin saber qué hacer, acudió a los auxilios de la religión, ordenando se hiciesen numerosos sacrificios humanos y encerrándose durante días enteros en el Teocalli grande, en ayuno, oración y sacrificio personal de sangre de las orejas, los brazos y las piernas, aguardando la inspiración de lo alto. Parece que la recibió, y concreta, aunque nos quede a nosotros alguna duda sobre los caminos por los que dice Torquemada que vino

hasta él: «Le habló el Demonio, con el cual solía comunicar sus cosas; y que le dijo no temiese, que los cristianos eran pocos y él señor de muchos y valientes hombres, y hacía de ellos lo que quisiese; que no cesase en los sacrificios de hombres porque no le sucediese desastre alguno; y que procurase tener propicios a sus ídolos Huitzilopochtli y Tez- catlypuca» [\[1506\]](#).

Este estímulo de su propia subconciencia o diablo familiar puede haber sido consecuencia de una emoción muy otra de la que en este lugar refiere Torquemada. Representaba a Moteczuma en la costa norte de sus dominios una especie de Gobernador, hombre de noble estirpe llamado Quauhpopoca, señor de Coyohuacán, que residía en una ciudad cercana a Veracruz, llamada Nauhda por los mejicanos y Almería por los españoles. Las tropas de Quauhpopoca tuvieron un encuentro con los españoles de Veracruz, cuya causa parece haber sido el deseo del leal Gobernador de enviar a Moteczuma un ejemplar vivo de la nueva fauna humana arribada a sus costas. En el curso del combate, los mejicanos se apoderaron en efecto de dos españoles, uno vivo y otro malherido, que enviaron ambos al Emperador; pero como el herido murió en el camino, los mensajeros (recuérdese que no había otro medio de transporte que la espalda humana) cortaron la cabeza al vivo y al muerto y dejando que los cuerpos se pudrieran en el camino, las enviaron a Méjico. Una de estas dos víctimas españolas, que se llamaba Argüello, «tenía la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa, y era muy rebusto de gesto y mancebo de mucha fuerza». Cuando le presentaron las dos cabezas, Moteczuma «mirándolas por gran rato», se le mudó el color y dijo «estos no son hombres inmortales, pero a juzgar por los rostros deben de ser muy valientes». La escena le confirmó en su creencia de que aquellos blancos barbudos eran los hombres que según antiguas profecías habían de venir de oriente para transformar la vida del país, señoreándose de él [\[1507\]](#).

Esta revelación le llevó a un cambio de táctica: envió a Cortés seis mensajeros invitándole a que viniese a Méjico donde sería bien recibido. Cortés le dio muy buena respuesta y muy amorosa que envió a Méjico con tres de entre ellos, quedándose con los otros tres como guías para el viaje; no muy seguros, a decir verdad, y, como los sucesos iban a revelar, desastrosos si Cortés no hubiese adivinado los planes de su astuto adversario. La insistencia que pusieron los mejicanos en que cogiese para su ruta la que ellos le recomendaban le provocó a sospecha, pero en este momento, según él mismo escribe a Carlos V, «como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de Vuestra Majestad desde su niñez, e como yo y los de mi compañía íbamos en su real servicio, nos mostró otro camino, aunque algo agro, no tan peligroso como aquel por donde nos querían llevar» [\[1508\]](#).

Desde tiempo inmemorial, cuando el Señor se propone comunicar a los hombres algo importante, suele recurrir a una columna de humo. Este es precisamente el medio que empleó para señalar el camino de su salvación a Cortés en peligro, cuando se hallaba ocupado en Su servicio y en el de Su principal ministerio en la tierra, Carlos V. Durante su estancia en Tlaxcala, los españoles habían observado salir de la cumbre de la montaña que los naturales llamaban Popocatepetl «tan grande bulto de humo como una gran casa y sube encima de la sierra hasta las nubes tan derecho como una vira, que según parece es tanta la fuerza con que sale que aunque arriba en la sierra anda siempre muy recio viento, no lo puede torcer» [\[1509\]](#). No dejaron los españoles de observar estos hechos naturales con la curiosidad de hombres de su tiempo y de preguntar a los indígenas su opinión sobre ellos. Para los indígenas era natural que una montaña que llevaba por nombre «La montaña que fuma» echase humo. Tenía además todo un conjunto de prejuicios y temores religiosos sobre el volcán así como sobre su mujer Iztaccihuatl o la Mujer Blanca, el pico que con majestad casi igual se alza frente al Popocatepetl, frecuentados ambos por los espíritus de los difuntos. Muchos de ellos relacionaban aquella fase de actividad del volcán con la llegada de los teules blancos. Para los españoles desde

luego el hecho de que el monte echase humo era signo evidente de que el Señor preparaba alguna cosa que redundaría en gloria para El así como para Sus servidores blancos.

Pero los designios del Señor son inescrutables y en este caso decidió que Cortés viniese en conocimiento de Su importante mensaje por el rodeo de la curiosidad científica: «Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas de esta tierra poder hacer a Vuestra Alteza muy particular relación, quise de esta que me pareció algo maravillosa, saber el secreto». Ocurrió entonces que Diego de Ordás deseaba hacer ver a los indios que no había cosa que un español no se atreviese a intentar, y solicitó de Cortés permiso para subir a la cumbre de la montaña que fuma. Cortés le dio nueve compañeros «tales cuales para semejante negocio eran necesarios» [\[1510\]](#), con algunos guías y tamemes. La ascensión no era nada fácil pues el Popocatepetl se yergue a cerca de dieciocho mil pies sobre el nivel del mar. Tuvieron primero que abrirse paso a través de espesos bosques; subir después por entre las quebradas y precipicios con que los gigantes de la tierra defienden sus altivas soledades, y cuando ya se hallaban muy alto, los naturales que les acompañaban, y que les habían advertido que no les sería posible pasar de la mitad de la altura a causa de las llamas, piedras y cenizas que el enorme cráter arrojaba, y que ellos de todos modos no pasarían de unos Cues erigidos en un lugar de la falda del volcán en honor de unos dioses locales, allí se les quedaron, atados por un imperioso tabú. Siguieron adelante los españoles y pronto se hallaron caminando por entre nieve, más tarde sobre hielo, luchando con todas las dificultades y peligros hoy familiares para los escaladores de montañas. Pero cuando, ya cerca del cráter, creyendo que el éxito iba a coronar sus esfuerzos, el Popocateped, con horrisono estruendo, expulsó de su boca nubes de humo ardiente y sulfuroso que interpusieron negra y ponzoñosa cortina entre su cumbre y los intrusos que pretendían asaltarla.

Ordás y sus compañeros se resignaron a emprender el descenso, trayendo nieve y carámbanos para probar a sus compañeros la altura a que habían alcanzado, así como detalles y cuentos bastantes para satisfacer, si no la curiosidad objetiva de su jefe, al menos la curiosidad no tan crítica de los soldados y de los auxiliares indios. Cortés escribe al Emperador que no pudieron llegar a la cumbre, lo que, claro está, dejó insatisfecho su espíritu siempre abierto a la curiosidad, llevándole a organizar otra expedición en tiempos más favorables dos años más tarde. Bemal Díaz refiere que Ordás y sus compañeros (cuyo número rebaja a dos) al ver las llamas y el fuego, «estuvieron quedos, sin dar más paso adelante, hasta de allí a una hora que sintieron que había pasado aquella llamarada y no echaba tanta ceniza ni humo y subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha y que habría en el anchor un cuarto de legua»; y añade que todos lo tuvieron a mucho atrevimiento «como en aquella sazón no lo habíamos visto ni oído, como agora que sabemos lo que es y han subido encima de la boca muchos españoles y aun frailes franciscos» [1511].

De todo ello parece desprenderse que Cortés se guardó para sí el secreto del fracaso relativo de la expedición, considerando que las jactancias de Ordás y sus compañeros, amén de la nieve y los carámbanos, servían para impresionar a los naturales sobre la pujanza de los españoles, lo que ya en sí valía la pena de haber intentado la ascensión; pero Ordás le traía además otra excelente noticia, precisamente el mensaje que el Señor se proponía comunicarle llamándole la atención con aquella columna de humo. A la subida, Ordás y sus compañeros «toparon un camino y preguntaron a los naturales de la tierra que iban con ellos que para do iba, y dijeron que a Culúa [es decir a Méjico] y que aquel era buen camino». Añadieron que el otro, el recomendado por los mejicanos, no era bueno. Siguiéronlo los españoles hasta encumbrar las sierras y desde lo alto del puerto descubrieron los llanos de Culúa y el esplendoroso espectáculo de las lagunas sobre las cuales se posaba la Venecia azteca bañada en cristalinas aguas, en cuyo derredor otras ciudades menores repetían el diseño de

casas, puentes y calzadas. Ordás y sus compañeros no cabían en sí de gozo [1512].

Cortés entretanto estaba sirviendo activamente al Señor que tan celosamente velaba sobre sus peligros. Empezó por romper las jaulas de madera en que los chololtecas guardaban sus «caponeras» de hombres y muchachos cebándolos para el sacrificio, ordenando a los cautivos regresasen a sus respectivas ciudades y obligando a los chololtecas a que prometiesen renunciar a su costumbre de comer carne humana -promesa que provoca según costumbre el escepticismo de Bernal Díaz sobre su cumplimiento-. Llamó después a su presencia a los sacerdotes y caciques de la república, requiriéndoles en forma acostumbrada a que renunciasen a sus falsos ídolos, sobre lo cual se sentía ya más fuerte que la víspera de su entrada en la ciudad, puesto que ahora podía hacer valer que los tales ídolos no habían sido capaces de impedir la derrota de sus fieles. Sin embargo, no alcanzó gran éxito en su predicación y el Padre Olmedo volvió a intervenir diciendo a Cortés «que era por demás a los principios quitalles sus ídolos hasta que vayan entendiendo más las cosas». En vista de lo cual se llegó a una transacción, consistente en transformar en iglesia el Gran Teocalli, alzando sobre la cumbre del montículo en que se elevaba, una cruz de cantería que se veía desde todo el valle y bastaba para indicar que un espíritu nuevo se cernía sobre aquel país [1513].

Todo estaba expedito para la marcha final hacia Méjico. Los tlaxcatecas se enteraron con desmayo de que Cortés había tomado en firme la decisión de salir hacia la capital. Temían que los españoles no pudieran escapar vivos de la tierra de Moteczuma. Pero la consecuencia de sus temores fue altamente honrosa para ellos: ofrecieron a Cortés diez mil hombres con valientes caudillos y abundante bastimento. Cortés les respondió que lo agradecía pero no creía justo entrar en Méjico con tanta gente de guerra y solo aceptó mil hombres para llevarle la artillería y ayudar a abrir los caminos. Esta respuesta no era tan solo caballeresca sino también sagaz. Desde los sucesos de Cholula, Cortés se daba cuenta de lo difícil que era refrenar un gran contingente de guerreros indígenas en territorio enemigo. En apariencia al menos, iba hacia Méjico como amigo, pues las amenazas en contrario que había hecho a los embajadores de Moteczuma al afearles el papel que los mejicanos habían desempeñado en la emboscada de la ciudad, no pasaban de ser una maniobra diplomática. Al rechazar el contingente tlaxcateca, le preocupaba ante todo el deseo de evitar la suspicacia de Moteczuma, aun arrojando evidente riesgo para sí y para su gente [\[1514\]](#).

Los tlaxcatecas pusieron inmediatamente a su disposición los mil hombres que había aceptado; pero el mismo día Cortés perdió a sus fieles cempoaleses, que vinieron a explicarle que, en su opinión, si iban a Méjico, morirían todos y Cortés con ellos. Parece haberles abrumado su propia responsabilidad como iniciadores del alzamiento contra Méjico. Cortés les aseguró que, puesto que iban en su compañía, nada podía sucederles; les prometió que los haría ricos. Pero los hombres de Cempoal no querían ser ricos; querían solo vivir. «Nunca Dios quiera -exclamó Cortés- que nosotros llevemos por fuerza a estos indios que tan bien nos han servido»; y los mandó a su tierra cargados de presentes, en particular para el Cacique Gordo que allá les esperaba [\[1515\]](#). Por aquel entonces había recibido de Escalante una carta comunicándole la muerte de los cuatro españoles cazados por Quauhpopoca, carta que guardó para sí y que contestó, enviando la respuesta por conducto de los cempoaleses. El primero de noviembre de 1519 se puso en marcha para Méjico, a la cabeza de cuatrocientos cincuenta españoles y de cuatro mil auxiliares indígenas.

*

Salieron pues de Cholula con gran concierto y, como dice Bernal Díaz, «la barba siempre sobre el

hombro» [\[1516\]](#), yendo a acampar la primera noche a Calpán, en tierras de Guajocingo, aliada de Tlaxcala. Se les recibió cordialmente y se les ofrecieron humildes regalos, pues la tierra era pobre, aunque rica en consejos: los naturales explicaron a Cortés que de los dos caminos que había hacia Méjico uno estaba cerrado por orden de Moteczuma con albarradas de troncos de árboles, mientras que el otro estaba abierto y barrido pero iba a dar a unas quebradas donde los mejicanos estaban emboscados para acabar con ellos. Cortés tomó nota.

Al día siguiente, pasaron entre el Popocatepetl y el Iztaccihuatl, donde pudieron confirmar lo que sus amigos de Calpán les habían dicho sobre los dos caminos, el barrido y el cerrado. Cortés preguntó a los embajadores mejicanos que le acompañaban la causa de aquel estado de cosas, y respondieron que el camino barrido iba por Chalco, mientras que el cerrado lo estaba por ser más largo y no pasar por ninguna ciudad bastante grande para alojar a tamaño ejército. Cortés no les manifestó desconfianza ninguna -pero tomó el camino cerrado-. No era nada fácil desde luego, pues mientras ya la naturaleza de suyo lo había hecho empinado y retorcido, el arte de los mejicanos había multiplicado los obstáculos con albarradas de árboles gigantes; y el invierno vino a complicar las cosas cubriéndolo de espesa nieve. Desde su altura pura y fría los españoles vieron por primera vez la Meca de su azarosa peregrinación: de pronto, la llanura con sus dos lagos y sus treinta ciudades, surgió a la vista bajo el sol brillante de Méjico, evocando en ellos visiones de las ciudades encantadas de los libros de caballerías. Al lado de lo que vino a ser bajo la égida española, no pasaba entonces Méjico de aldea grande; pero sus casas de adobe de un blanco inmaculado relucían como plata en el aire puro de la altiplanicie, y sus teocallis se erguían sobre el resto de los edificios con severa majestad de sus líneas cúbicas. La impresión dominante era de poder y grandeza, fuera de toda comparación con todo lo hasta entonces revelado por el Descubrimiento. Por vez primera venían a encarnar los sueños de Colón. Los ansiosos y los hambrientos expresaron sus esperanzas inmediatas en lenguaje que no podía ser más castizo: «esta es la tierra prometida», decía uno, y otro exclamaba, sin dejarse amilanar por la grandeza de la ciudad y el número de enemigos que argüía: «cuánto más moros más ganancia». Pero la oposición velazquista también elevó sus rumores y, aterrada ante la inmensidad de lo que veía, exclamaba: «es tentar a Dios dejarnos exponer a tal peligro siendo tan pocos entre tanta gente». Cortés observó al instante el estado de ánimo de esta minoría, apresurándose a calmar sus temores y estimular corajes con promesas y llamamientos al valor español, para lo que daba por cierto que si el riesgo era grande el triunfo sería glorioso [\[1517\]](#).

Aquella noche durmieron los españoles en un alojamiento mucho más cómodo de lo que se esperaban, en un lugar llamado Quauhtechatl que bautizaron con el nombre de El Patio y que resultaba ser una especie de hostería para mercaderes ambulantes. Aquí recibió Cortés una extraña embajada, que llegó al Patio precedida de ola sobre ola de rumores sensacionales afirmando que era Moteczuma en persona quien venía a saludar a Cortés para probarle su buena voluntad y el agrado con que lo recibía en su capital. La pompa y majestad de los visitantes y la riqueza de los presentes que traían, la deferencia que todos manifestaban hacia el personaje principal de la embajada, todo convergía para prestar color de realidad a tan sensacional rumor. Reinaba en el campamento español la agitación que es de imaginar, pero Cortés no se dejó impresionar por lo que ocurría y, adivinando que una visita de tal índole no cuadraba ni con la dignidad de Moteczuma ni con la actitud reservada que había mantenido siempre, tomó medidas discretas por donde se cercioró de que el visitante no pasaba de ser uno de los cortesanos del Emperador, que se llamaba Tzioacpopoca. Pero el rumor en sí siguió siendo objeto de curiosidad para su espíritu siempre en actitud interrogante hacia las cosas. Vislumbraba y no se equivocaba que había emanado de los mismos mejicanos. Recibió a su altivo visitante con su gracia usual y, observando la importancia que se concedía a sí mismo, le preguntó si era Moteczuma; el

mejicano contestó que sí, y entonces Cortés volviéndose a sus amigos tlaxcatecas, les preguntó: «¿Es este Moteczuma?» y contestaron: «No. Es Tzioacpopoca, uno de sus hombres». Cortés despidió al embajador con el ceño fruncido.

Este curioso episodio suele explicarse como una especie de experimento de Moteczuma para sondear las intenciones de Cortés sobre su propia persona. A pesar de los informes favorables de sus mensajeros, que al volver del real de Cortés solían decirle que el extranjero venía con buen deseo de llegar a un acuerdo amistoso con él, y que, lejos de abrigar designios de muerte o prisión contra él, venía a Méjico temiéndose perecer a sus manos, como así era en efecto, el Emperador, poseído de temor ante los blancos, decidió, se nos dice, simular esta visita suya para que los españoles, creyendo tener en sus manos a Moteczuma, revelasen con sus actos sus intenciones secretas hacia él. Es posible que tal fuese lo ocurrido en el ánimo del Uei Tlatoani. Sin embargo, la escena se me antoja presentar todas las características de uno de aquellos actos de magia a que era tan aficionado el Emperador-Sacerdote. Tzioacpopoca, especialmente enviado de Moteczuma por su parecido con el Emperador, recuerda a aquel Quintalbor enviado a Cortés por su parecido con Cortés. Aunque no idénticas, ambas escenas tienen cierto aire de familia y es posible que hayan obedecido a consideraciones mágicas cuya significación sigue oculta [\[1518\]](#).

¿Quién sabe los encantos y hechizos que Tzioacpopoca llevaba y traía entre su amo imperial y el indeseado huésped blanco? De todos modos, no deja de tener significación el hecho de que, según las dos autoridades sobre el que este episodio se apoya, Moteczuma al oír el informe que le traía su representante (nunca fue más exacta esta palabra), convocó a sus hechiceros y nigromantes para que proveyesen medios de detener el avance de los invasores. Así lo prometieron, y para cumplirlo salió un fuerte contingente de magos a cerrar el paso a los españoles. Pero en camino, al subir la cuesta de Tlalmanalco, vieron venir a ellos una visión que les llenó de terror santo. 1 Para los no iniciados, no pasaba de ser un campesino de Chalco, «dominado por los cuatrocientos conejos», es decir borracho. El espíritu del pulque y en general de toda bebida fermentada llevaba en la lengua nauatl el nombre de Centzontochtli, es decir cuatrocientos conejos. La visión bajaba la cuesta bajo la influencia de los cuatrocientos conejos que le corrían por todas partes, manos, dedos, boca, ojos, nariz y hasta el cabello; llevaba el pecho al aire y la cintura ceñida con ocho cuerdas de heno, e iba gesticulando con una vehemencia natural en quien tantos conejos llevaba encima. En cuanto vio venir a los hechiceros y nigromantes, se plantó en mitad de su camino. Los pobres magos se arrojaron a sus pies, mascullando oraciones y rebuscando febrilmente en sus saquillos las espinas de maguey para sangrarse en sacrificio, porque habían reconocido al instante a Tetzcatlipoca, dios de los dioses de Anáhuac.

«¿Para qué porfiáis vosotros otra vez de venir acá? -exclamó todo enojado dominando los cuatrocientos conejos de un solo golpe de su voluntad omnipotente-. ¿Qué piensa Moteczuma de hacer? ¿Ahora recuerda a despertar? ¿Ahora comienza a temer? Ya ha errado; ya no tiene remedio, porque ha hecho muchas muertes injustas, ha destruido a muchos; ha hecho muchos agravios y engaños y burlas». Abrumados, los hechiceros y nigromantes hicieron un montón de tierra a guisa de altar, echando encima heno verde para que se sentase el dios; pero seguía enojado y no quiso sentarse ni aun mirarles. Para los no iniciados, parecía como que, agotado por aquel su primer esfuerzo oratorio había sucumbido a un segundo asalto de los cuatrocientos conejos. Pero si así fue, pronto supo dominarlo, e irritado por las pueriles ceremonias de sus adoradores, volvió a tronar contra ellos: «No tendré más cargo de vosotros, ni os ampararé; apartaos de mí; lo que queréis no se puede hacer; volveos y mirar hacia Méjico».

Volvieron los ojos hacia la ciudad y se quedaron suspensos de sorpresa y de terror. Méjico ardía. Los cues, los calpules, los calmecaques, todos los nobles edificios que conocían tan bien eran pasto de las llamas. Incapaces de soportar por más tiempo aquel desolador espectáculo, volvieron otra vez los ojos en súplica hacia el dios. Tetzcatlipoca había desaparecido.

A paso triste y lento regresaron para contar a Moteczuma lo que les había ocurrido. El Uei Tlatoani les escuchó cabizbajo y en silencio. Más que ensimismado parecía fuera de sí. Todos callaron largo rato y luego el Emperador habló al fin lentamente: «¿Pues qué hemos de hacer, varones nobles? Ya estamos para perdernos. Ya tenemos tragada la muerte. No hemos de subirnos a alguna sierra ni hemos de huir. Mejicanos somos. Ponernos hemos a lo que viniere por la honra de nuestra generación mejicana. Pésame de los viejos y viejas y de los niños y niñas, que no tienen posibilidad ni discreción para valerse. ¿Dónde los escaparán sus padres? ¿Pues qué hemos de hacer? Nacidos somos: venga lo que viniere» [\[1519\]](#).

*

Mucho debió de intrigar a Cortés la embajada que había recibido de Moteczuma. Capitán español y Uei Tlatoani azteca vivían en perenne mala inteligencia como personas que viven en dos planos distintos. A la superchería de Tzioacpopoca había reaccionado desde el punto de vista de sus categorías, prestigio, caballerosidad, honor, todas ellas probablemente extrañas a Moteczuma, quien a su vez vivía en un mundo de fuerzas mágicas y de hechizos igualmente extraños a Cortés. La resultante de todo ello en hombre tan cauteloso como Cortés por fuerza tenía que ser mayor desconfianza todavía de la que ya abrigaba en cuanto a las intenciones del Emperador mejicano. Tapia cuenta que preocupó a Cortés entonces la abundancia de gente que observaba en el bosque en torno al real, y que sospechó alguna celada. Llamó a algunos de los principales mejicanos y les dijo: «Sabed que estos que conmigo vienen no duermen de noche, e si duermen es un poco cuando es de día; e de noche están con sus armas, e cualquiera que ven que anda en pie o entra do ellos están, luego lo matan; e yo no basto a lo resistir; por lo tanto, haceldo así saber a toda vuestra gente, e decidles que después de puesto el sol ninguno venga do estamos, porque morirá, e a mí me pesará de los que murieren» [\[1520\]](#).

Dio en efecto órdenes a sus velas y centinelas para que así se hiciese, y a la mañana siguiente aparecieron en los alrededores del campamento varios muertos, entre los cuales pudo muy bien haberse hallado el mismo Cortés, pues en su deseo de no dejar nada al azar que él pudiese dominar con su constante vigilancia y voluntad, se había acercado a uno de sus centinelas en la noche oscura, el cual al oírle venir, le encaró con la ballesta y ya iba a apretar la llave, cuando oyó la voz de su capitán que decía «¡Ah la vela!». El soldado, que resultó ser Martín López, el que después hizo los bergantines, aterrado al darse cuenta de cuán cerca había estado de matar a su capitán, le amonestó, con la libertad igualitaria de los españoles: «Otra vez señor, hable de más lejos, no le acaezca una desgracia» [\[1521\]](#).

Seguía todavía en Calpán cuando recibió otra embajada más del abatido Moteczuma, con los regalos de siempre y los ruegos de siempre para que se volviera atrás, pretextando esta vez que Méjico era pobre en víveres, como construido sobre el agua. Moteczuma ofrecía un tributo anual que se declaraba dispuesto a pagar en la costa. Cortés resume a Carlos V la contestación que dio a estas propuestas del Uei Tlatoani con su acostumbrado y asombroso candor: «Yo les rescibí muy bien e les di algunas cosas de las de nuestra España [...] e a su embajada le respondí: que si en mi mano fuera

volverme que yo lo hiciera por hacer placer a Motecguma; pero que yo había venido en esta tierra por mandado de Vuestra Majestad, y que de la principal cosa que de ella me mandó le hiciese relación, fue del dicho Muteccuma y de aquella su gran ciudad, de la cual y de él había mucho tiempo que Vuestra Alteza tenía noticia; y que le dijesen de mi parte que le rogaba que mi ida a le ver tuviese por bien, porque de ella a su persona ni tierra ningún daño, antes pro se le había de seguir; y que después que yo le viesse, si fuese su voluntad todavía de no me tener en su compañía, que yo me volvería; y que mejor daríamos entre él y mí orden en la manera que en el servicio de Vuestra Alteza él había de tener que por terceras personas, puesto que ellos eran tales a quien todo crédito se debía dar». Todo esto va escrito a Carlos V, cuyo conocimiento de la mera existencia de Moteczuma venía de las cartas de Cortés[1522].

Los mejicanos se volvieron con esta respuesta y los españoles se quedaron meditando sobre la embajada. Era para ellos prueba elocuente del tesón con que Moteczuma intentaba resistirse a su avance, signo de una perseverante oposición que ellos iban comprimiendo con su avance y que en cualquier momento podría hacer explosión, destruyéndolos a todos. El 3 de noviembre de 1519 comenzaron el descenso hacia el valle de Méjico, camino de Amecameca; «y como somos hombres», escribe Bernal Díaz, «y temíamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello, y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas y encomendándonos a Dios y a su bendita madre Nuestra Señora» [1523].

En Amecameca hallaron buena acogida y alojamiento. Precedía ya entonces al Gran Cacique Blanco tan alto prestigio que acudieron a esperarle delegaciones de Chalco, Chimalhuacán, Tlalmanalco, Ayotzingo y otros lugares, allí congregadas para asegurarse el apoyo de los blancos contra las exacciones de Moteczuma. Traíanle modestos presentes a fin de verse bien recibidos y «Cortés los recibió con grande amor y se les ofresció que en todo lo que hobiesen menester les ayudaría, y desde los vio juntos dijo al Padre de la Merced que les amonestase las cosas tocantes a nuestra santa fe, e dejasen sus ídolos y se les dijo todo lo que solíamos decir en todos los más pueblos por donde habíamos venido e a todo respondieron que bien dicho estaba e que lo verían adelante». Así Bernal Díaz, aunque tan devoto como el que más, apunta discretamente la protesta del sentido común contra el espíritu quijotesco a lo divino de su jefe, con un sentido humorístico recóndito y aun quizá subconsciente o inconsciente que realza lo que sigue: «También se les dio a entender el gran poder del Emperador Nuestro Señor, e que veníanos a deshacer agravios e robos, e que para ello nos envió a estas partes -e como aquello oyeron todos aquellos pueblos que dicho tengo, secretamente que no lo sintieron los embajadores mejicanos, dan tantas quejas de Montezuma, e de sus recaudadores que les robaban cuanto tenían y sus mujeres e hijas si eran hermosas las forzaban delante dellos y de sus maridos y se las tomaban, e que les hacían trabajar como si fueran esclavos [...] y les tomaban sus tierras» [\[1524\]](#).

Cortés se iba dando cuenta de que el poder de Moteczuma descansaba sobre la tiranía y la opresión, y como no era solo Capitán sino también hombre de Estado, es seguro que se sentiría reforzado y estimulado en su ánimo por esta observación. A estos delegados de los pueblos que venían a quejarse a él, «los consoló con palabras amorosas que se las sabía muy bien decir con Doña Marina, y que agora al presente no puede entender en hacelles justicia, e que se sufriesen, qué les quitaría aquel dominio»; pidióles después que fuesen secretamente dos de ellos con unos tlaxcatecas auxiliares suyos a ver si en efecto el camino barrido por los mejicanos estaba cortado por albarradas y si había en él escuadrones de guerra emboscados, pero los caciques contestaron: «Malinche, no hay necesidad de illo a ver porque todo está agora muy llano y aderezado [...]. Hemos sabido que su Vichilobos,

ques el dios que tienen de la guerra, les aconsejó que os dejen pasar e desque entréis en Méjico, que allí os matarán». Los caciques amigos ofrecieron a Cortés como solución que se quedase con ellos en Amecameca, pero él respondió: «Ni los mejicanos ni ninguna otra nación tiene poder de nos matar, salvo Nuestro Señor, en Quién creemos» [\[1525\]](#).

No contento con decidir así en favor de la osadía, el dilema entre osadía y prudencia que le planteaban los caciques, les pidió veinte de entre ellos para que le acompañasen en su viaje a Méjico. Esto en Cortés no era ningún capricho sino al contrario rasgo constante de su política. Por todas partes donde pasaba, añadía a su séquito cierto número de caciques. Parece incluso haber confirmado esta costumbre en el caso de los cempoaleses, pues cuando decidieron retirar su contingente a la salida de Cholula, algunos debieron de quedar en su séquito puesto que todos los autores concuerdan en mencionarlos hasta la entrada en Méjico. Era sin duda su intención dar a entender a Moteczuma que todos los pueblos y Estados por donde había pasado en su marcha hacia la capital estaban con él. No dejarían de comunicárselo así a Moteczuma los numerosos mensajeros que había enviado a Amecameca, ostensiblemente para atender al bienestar de los españoles, pero sin duda sobre todo para informarle de lo que ocurría.

El 6 de noviembre de 1519, el ejército, saliendo de Amecameca, se puso en marcha hacia la laguna de Chalco. Moteczuma al saberlo volvió a convocar su consejo de guerra, pero la opinión de cada cual seguía siendo la misma: su hermano Cuitlahuac volvió a opinar que era menester impedir a los españoles la entrada en la ciudad, mientras Cacama, el joven Rey de Tetzcuco, volvió a afirmar que había que recibirlos como tales embajadores y, por lo tanto, como hombres sagrados, ya que si intentasen abusar de su situación el poder de Méjico bastaba para aniquilarlos. Como siempre, Moteczuma terminó por adoptar una postura media, que esta vez consistió en enviar a Cacama en persona para que intentase convencer a Cortés de que volviese atrás y, de fracasar esta embajada, recibir al extranjero [\[1526\]](#).

Cortés entretanto había llegado a Ayotzingo, ciudad situada a orillas de la laguna de Chalco y a la que solo el espolón de Iztapalapa, que avanzaba entre las dos lagunas, cortaba la perspectiva de la capital. Era Ayotzingo un pueblo pequeño construido en parte sobre la orilla y en parte sobre el lago mismo, con casas de madera sobre estacas. Cortés observó señales inquietantes de que se les preparaba una traición aquella misma noche, «excepto que según parecía, quisieran facerlo muy a su salvo y tomarnos de noche descuidados». Así escribe Cortés al Emperador, añadiendo con frase felicísima: «E como yo iba tan sobre aviso, fallábanme delante de sus pensamientos» [\[1527\]](#).

A la mañana siguiente, temprano, al punto en que el ejército iba a ponerse en marcha para Méjico, uno de los corredores del campo vino a anunciar que se acercaba una brillante comitiva de mejicanos ricamente vestidos. Cortés dio orden de que el ejército se estuviese quedo, y a poco tiempo aparecieron cuatro principales mejicanos y con profundas reverencias le rogaron aguardase la llegada de Cacamatzin, sobrino de Moteczuma y Rey de Tetzcuco. «Y no tardó mucho». Pudieron los españoles contemplar entonces un espectáculo de fausto y grandeza que les compensaría de sus peligros y trabajos pasados. El Príncipe, de «fasta veinticinco años» venía hacia ellos en unas andas que llevaban a hombros ocho mejicanos cuyo aderezo y apostura manifestaba a la vez riqueza y autoridad. Eran las «andas muy ricas, labradas de plumas verdes y mucha argentería y otras ricas pedrerías engastadas en arboledas de oro». Cuando se acercaron al alojamiento de Cortés, los ocho principales ayudaron al Príncipe a bajar de las andas y se apresuraron a limpiar de piedras y pajas el suelo que había de pisar, conduciéndole con ademanes de gran deferencia y respeto hasta el Capitán

español. Llegado que fue ante Cortés, el Rey de Tetzcucó se expresó así: «Malinche, aquí venimos yo y estos señores a te servir e hacerte dar todo lo que hubieres menester para ti y tus compañeros y meteros en vuestras casas, que nuestra ciudad, porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma; y dice que le perdones, porque él mismo no viene a lo que nosotros venimos, y porque está mal dispuesto lo deja y no por falta de muy buena voluntad. Pero ya la ciudad está cerca y pues estás resuelto a ir a ella, allá te verás con él y conocerás de él la voluntad. Pero todavía te ruego que si fuese posible no vayas allá, porque padecerás mucho trabajo y necesidad, y Montezuma tiene mucha vergüenza de no poder proveerte como él desea». Ahincaron en esto mucho y porfiaron no solo Cacamatzin sino los que le acompañaban, «tanto -comenta Cortés- que no les quedaba sino decir que me defenderían el camino si todavía porfiase ir». Pero desde luego el que se había negado a prestar atención a tales mensajes cuando se hallaba todavía en la costa, mal iba a volverse atrás cuando ya tenía su presa brillándole al sol, plácidamente posada sobre el agua azul, como quien dice, ante los ojos. Firme en su decisión, estuvo, sin embargo, suave y cortés en sus palabras y modales y envió al Príncipe a Méjico con unos cuantos obsequios y con seguridades de que nada se haría por los españoles en perjuicio de su señor y país [1528].

En cuanto se hubo vuelto Cacama, Cortés se puso en marcha a la cabeza de su gente en dirección a Iztapalapa. El camino seguía primero la costa del lago de Chalco. Los españoles pasaron por Mizquic, diminuto Venecia sobre el lago, adentrándose a través de la laguna hacia el istmo en que Iztapalapa se erguía frente a la misma Méjico. Era una calzada «tan ancha como una lanza jineta» admirablemente construida de piedra y cemento. La multitud que había acudido a verlos entrar era tan espesa que venía a serles siempre obstáculo y a veces, así al menos lo pensó Cortés, peligro. Ahora que ya habían entrado en la calzada, los curiosos habían asaltado las canoas que de un lado y otro cubrían el agua, acercándose todo lo más posible... después de que habían pasado los caballos. Reinaba el asombro por todas partes; entre los indígenas desde luego, pero también entre los españoles. «Y desde que vimos -escribe Bernal Díaz- tantas ciudades y villas pobladas en el agua y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a Méjico, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían si era entre sueños, y no es de maravillar, que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello y no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas ni aun soñadas como vimos...». Muy española, esta actitud de duda si es la vida sueño o el sueño vida. ¿Y quién sabe? [\[1529\]](#).

Así, pues, aquel puñado de españoles se soñaron a sí mismos entrando en una ciudad que resplandecía como una joya, plata sobre turquesa, entre la costa y el istmo: Cuitlahuac, «la más hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habíamos visto». Recibieron con buena acogida a los españoles los caciques locales y aun rogaron a Cortés que pasara allí la noche, pero los representantes de Moteczuma que iban en su séquito le aconsejaron siguiera su camino hasta Iztapalapa, capital del hermano de Moteczuma, también llamado Cuitlahuac, el que siempre había opinado contra la entrada de los españoles en la capital [\[1530\]](#). Esta primera calzada había conducido a los españoles a la tierra firme al otro lado de la laguna de Chalco, sobre un istmo que separaba casi del todo la laguna salada de la dulce. Rodeando primero la orilla sur del istmo, el camino cruzaba después al lado norte yendo hasta Iztapalapa, ciudad de hasta doce a quince mil casas, construida parte en tierra parte sobre el agua. El asombro y la admiración crecían constantemente en los españoles. ¡Era tan hermosa aquella ciudad! Cuitlahuac, que vino recibir a Cortés con el Cacique de Coyoacán, tenía en Iztapalapa palacios donde aposentaron a los españoles, que Bernal Díaz no se cansa describir elogiando lo bien labrados

que eran «de cantería muy prima y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios e cuartos, cosas muy de ver y entoldados con paramentos de algodón»; sin olvidar las huertas y jardines «y un estanque de agua dulce y otra cosa de ver que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha sin saltar en tierra, e todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas que había harto que ponderar». Nada tiene pues de extraño que el soldado de Medina del Campo exclame: «digo otra vez que lo estuve mirando que creí que en el mundo hobiese otras tierras descubiertas como estas». Nótese el «descubiertas», revelación de la vasta reserva de maravillas que era entonces para los hombres todo lo no descubierto de la tierra [\[1531\]](#).

Cuitlahuac y sus compañeros dieron a Cortés excelente acogida, regalándole «fasta tres mil o cuatro mil castellanos y algunas esclavas y ropa». Pero aunque Iztapalapa era cosa buena, Méjico era cosa mejor, y a la mañana siguiente los españoles se pusieron en marcha para su última etapa. Era el 8 de noviembre de 1519. La calzada atravesaba la laguna todo derecho hacia Tenochtitlán, que se elevaba en medio del lago, solo accesible por tres calzadas artificiales. Aquella que entonces seguían los españoles era «tan ancha como dos lanzas y muy bien obrada, que pueden ir por toda ella ocho de a caballo a la par». Pero a pesar de su anchura estaba atestada de gente congregada para contemplar lo que iba a ser una de las escenas más famosas de la historia humana; pues, torres y azoteas eran hormigueros de gente; el lago había desaparecido bajo una masa sólida de canoas. «Y desde vimos cosas tan admirables -dice Bernal Díaz- no sabíamos que nos decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra, había grandes ciudades y en la laguna otras muchas e vímoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México, y nosotros aún no llegábamos a cuatrocientos soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas e avisos que nos dijeron los de Guaxocingo e Tlaxcala y de Tamaulaco, y con otros muchos avisos que nos habían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habían de matar [...]. Miren los curiosos lectores si esto quescrivo, si había bien que ponderar en ello, qué hombres ha habido en el universo, que tal atrevimiento tuviesen» [\[1532\]](#).

Encuentro de los dos mundos

Avanzaban los españoles tenso el ánimo, suspendidos en el aire de sus almas, entre el asombro y el temor, envuelto el espíritu en fe y esperanza, inmerso el cuerpo en el aliento de extrañas multitudes, punzado el ser por el impacto de millares de miradas que como flechas agudas les disparaba la indiada. Era el 8 de noviembre y el Padre Olmedo pensaría quizá en los cuatro hermanos soldados Severo, Severiano, Carpóphoro y Victorino sacrificados por el Emperador Diocleciano, cuyo martirio conmemora la Iglesia en tal fecha con el nombre de los Cuatro Santos Coronados. ¡Qué bien había calculado la providencia el día de su llegada! El ejército de hermanos cristianos que venía a plantar la Cruz en aquel suelo infiel llegaba a la Roma azteca el día del aniversario de los cuatro hermanos soldados que habían muerto por la Cruz en la Roma de los Emperadores. Y, sin embargo, prudente como sabemos que era, es seguro que el buen Padre de la Merced tendría la discreción de no aludir a esta coincidencia sabiendo que sus hombres se hallaban en peligro tan inminente de martirio como el de sus santos predecesores.

Para los mejicanos aquel 8 de noviembre de 1519 era el segundo día del mes del Francolín o Flamenco, en su calendario civil o astronómico, y el octavo del signo del Viento, en el religioso o astrológico. El mes de Quecholli (así llamado por el nombre azteca del pájaro, en nuestra lengua conocido por flamenco o francolín, en azteca Teodquechol o pájaro de los dioses, que en aquella parte del año solía transmigrar de la Florida al Anáhuac) era el mes de los amantes. En el mes de Quecholli se sacrificaba a numerosas doncellas en honor al amor y las mujeres desvergonzadas salían a ofrecerse al sacrificio o a acompañar a los soldados al campo de batalla, arrojándose en medio del combate a buscar la muerte, aullando maldiciones sobre sí mismas e injurias a las mujeres honradas. Era también el mes de los hombres afeminados [1601].

Los españoles llegaron a Méjico el segundo día del mes, uno de los primeros cinco durante los cuales «no se hacía ceremonia ninguna ni fiesta en los cues; todo estaba en calma lo que toca al servicio de los dioses» [\[1602\]](#). A los cuatro días, estaría todo el mundo cortando cañas para ofrecer a Uitchili- pochtlí. En el calendario astrológico correspondía aquel día al octavo del mes del Viento o Ehecad, reputado como de mal agüero por estar bajo la autoridad de Quetzalcoatl, Señor de los vientos y torbellinos. La llegada del Quetzalcoatl blanco en un día del mes gobernado por el dios que encamaba para los mejicanos, ha debido de ser uno de los factores sobrenaturales que contribuyeron a dar forma a los acontecimientos de aquel día histórico. Los hombres que nacían bajo el signo de Ehecatl estaban predestinados a la hechicería, la nigromancia y toda suerte de artes mágicas. Los temidos ladrones brujos llamados Temacpalitotique o Tepupyjcaqueirique solían lanzarse a sus correrías nocturnas enarbolando el signo de Ehecad y la imagen de Quetzalcoatl. Así protegidos, quince o veinte de ellos iban bailando en la oscuridad nocturna al mando de uno que blandía el brazo izquierdo de una mujer muerta de parto. Cuando llegaban a casa de la víctima que se habían propuesto expoliar, el cabecilla golpeaba el atrio y luego el umbral con el brazo de la muerta, lo que inmediatamente ponía a los habitantes de la casa en un trance tal que les impedía toda acción o movimiento en propia defensa; los ladrones abusaban entonces de las mujeres, llenaban los sacos de oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas de algodón y se volvían con toda seguridad, a no ser que durante su regreso alguno de ellos se sentase, en cuyo caso no podía levantarse otra vez y todo

quedaba descubierto [\[1603\]](#).

Este era el mes, el año, el signo, que estaban viviendo los miles de ojos que en aquella mañana soleada bebían ávidamente el espectáculo insoñado de la llegada de Quetzalcoatl. Entretanto, Quetzalcoatl en persona, cabalgando a la cabeza de sus cuatrocientos hombres con los doce jinetes de su escolta, avanzaba por la ancha calzada que cruzaba el lago desde Iztapalapa a Tenochtitlán en un sueño vivido de victoria. A cosa de media legua de la ciudad venían a converger las calzadas de Coyuacán y de Iztapalapa en un lugar fortificado con dos torres que dominaban una puerta estrecha. En aquel lugar aguardaba a Cortés una vistosa y escogida multitud de hasta un millar de prohombres mejicanos. Sobre el cobre de sus cuerpos esbeltos resaltaban los rojos, azules, verdes y amarillos de sus maxtatl o bragueros y de sus lujosas mantas mientras que de sus cabellos atados en lo alto de la cabeza, al modo militar, pendían cascadas de plumas decoradas con hilos de oro, y cuerdas de chalchivites brillaban en torno a su cuello y muñecas; algunos, los de más riqueza o distinción, llevaban también ornamentos de piedra y plumas pendientes de las orejas, de la nariz o del labio inferior. Paró el ejército durante una hora para que todos aquellos guerreros y altos funcionarios tan decorativos desfilasen ante Cortés haciendo el ademán tradicional de reverencia y amistad que consistía en tocar el suelo con la mano llevándose después los dedos a la boca [\[1604\]](#).

Terminada la ceremonia, los españoles pasaron por la puerta estrecha del fuerte entrando así de paz en el recinto fortificado de Méjico. Es natural imaginar que en aquel momento los pensamientos del adalid se volverían hacia aquel día, apenas unas semanas antes, en que había decidido pasar la estrecha puerta de la muralla de Tlaxcala hacia un misterio semejante al que entonces iba a abrirse ante él. Pero la suerte estaba echada y en todo caso era la última vez -así al menos tenía derecho a imaginarlo- que iba a jugar con su sino. Ya más cerca de la ciudad pasaron un puente largo, «de diez pasos de ancho», dice al Emperador, con la exactitud de un hombre atento a los detalles de importancia militar, añadiendo además que no solo es necesario para dejar pasar por debajo las aguas de un lago a las del otro, por tener el salado un movimiento regular como de marea, sino además «por fortaleza de la ciudad, porque quitan y ponen unas vigas muy luengas y anchas de que la dicha puente está hecha, todas las veces que quieren». Y observa, con evidente preocupación: «Y de estas hay muchas por toda la ciudad».

Pasado este puente, el camino se transformaba en una calle «que es muy ancha y muy hermosa y derecha que de un cabo se parece el otro, y tiene dos tercios de legua, y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas así de aposentamientos como de mezquitas» [\[1605\]](#). Dos largas hileras de hasta doscientos «señores mejicanos» avanzaban hacia los españoles arrimados a la pared, todos descalzos, vestidos de colores vistosos y ricos, con distintivos especiales como de librea. Venían precediendo al Emperador en persona, cuya litera se veía en la distancia acercándose con solemne lentitud a hombros de nobles caballeros, bajo un palio tejido de plumas verdes, cuyo ritmo, pompa y riqueza de oro y joyería por fuerza tenía que traer a la memoria de los españoles el recuerdo de las procesiones religiosas del país natal. Venía Moteczuma ricamente vestido y calzado con cótaras de suelas de oro. Cuando hubo llegado la litera al lugar donde esperaba Cortés, Moteczuma se apeó, poniendo el pie sobre finas mantas de algodón que en el suelo habían tendido sus cortesanos, y dio unos pasos hacia su huésped, mientras que su personal limpiaba cuidadosamente hasta de las pajas más insignificantes aquel suelo tapizado que pisaba el sacrosanto Emperador. Tres heraldos le precedían con varas de oro que llevaban en alto como símbolo de la autoridad imperial. El Emperador avanzaba entre sus dos parientes, Cacama, Rey de Tetzcuco, a su derecha, y Cuitlahuac, Rey de Iztapalapa, a su izquierda, detrás de quienes venían los señores de Tlacopán y Coyoacán, todos ellos

vestidos con gran esplendor, pero descalzos.

Cortés se apeó del caballo y avanzó sonriente hacia el gran Emperador. Y entonces, por primera vez, se miraron en los ojos.

*

Eran las dos puntas de lanza de dos civilizaciones mutuamente extrañas, frente a frente por primera vez después de siglos enteros de historia separada. Tras de cada uno de aquellos dos hombres se extendía un mundo de espíritu humano apartado del otro mucho más hondamente que por el mero accidente del lenguaje, viviendo, pensando, esperando, tejiéndose en la trama del tiempo y del espacio por hilos de vidas y muertes individuales en diseños tan diferentes de los diseños del otro como si hubiesen encamado en planetas diferentes del vasto cielo que sobre ambos se extendía. Nada tenían de común salvo la carne -pues, por diferentes que fuesen en forma y color, los cuerpos animales de ambas razas se buscaban con el ansia del amor fértil, como lo hacen siempre los cuerpos de la misma especie. Pero en cuanto las miradas del uno, cesando de recorrer las paredes corporales del otro, intentaban penetrar hasta las cámaras íntimas a través de las etéreas ventanas de los ojos, todo era nuevo, extraño, inescrutable e inexplicable: en el vasto océano que se extendía tras los ojos del hombre blanco, los pensamientos del mejicano se iban al fondo como canoas corroídas por los gusanos; en los lagos elevados y recónditos de los ojos del Emperador, las carabelas cruzadas del español quedaban paralizadas y sucumbían al influjo de un hechizo maligno.

Hechizos, encantos, sortilegios y brujerías centelleaban en las negras pupilas de Moteczuma. Su pueblo estaba todavía en el periodo de evolución colectiva en el que todavía no ha nacido en el hombre el sentido abstracto del bien y del mal, de modo que no hay más trabas al capricho individual que las del agüero, el sacrificio o el tabú. Por encima de la vida cotidiana, los mejicanos sentían fluir otra vida gobernada por los dioses, espíritus que apenas cabía distinguir de los caudillos pasados, ya de la tribu, ya de otras tribus circunvecinas. Era creencia tradicional que estos dioses exigían ciertos sacrificios a cambio de ciertas ventajas que de ellos se esperaban: se ofrecían corazones humanos a Uitchilipochtli para obtener la victoria en el campo de batalla (aunque en realidad se obtenía la victoria en el campo de batalla para ofrecer corazones a Uitchilipochtli); se sacrificaban niños a Tlaloc, dios de la lluvia, para que lloviese cuando era necesario, y cuanto más lloraban los niños camino del sacrificio, más lluvia se creía obtener en aquel año. En un mundo sin bien ni mal, no era posible que hubiese noción del juicio final. Los que se morían iban al infierno -«lugar sin luz ni ventanas», al paraíso, vergel siempre verde cuyo verano era perpetuo, o al cielo, morada del sol, donde se tornaban pájaros de brillantes colores, no según sus méritos o culpas sino según la causa de su muerte: los que habían muerto de enfermedades corrientes o vejez iban al infierno; los que mataba el rayo, o morían ahogados, o de enfermedades contagiosas como la lepra, iban al paraíso; los que caían en el campo de batalla o entregando el corazón ensangrentado sobre el altar del dios enemigo iban al cielo-. Los nacidos bajo un signo maligno eran desgraciados; felices los que nacían bajo un signo benigno. El espacio estaba poblado de duendes y fantasmas, el tiempo tejido de presagios y malos agüeros. Por la noche perseguían al transeúnte fantasmas sin pies ni cabeza que hacían correr de espanto hasta a los soldados más aguerridos; la enana Ciudadapantón se aparecía al anochecer a aquellos a quienes deseaba anunciar su muerte cercana; duendes en forma de calavera se pegaban a la pierna del que se descuidaba en la noche y le seguían con tesón por más que corriese, repiqueteando contra las piedras del camino sin dejar que el pobre perseguido pudiera deshacerse de su maligna compañía. Los agüeros se multiplicaban, impidiendo que la gente pudiera dormir en paz; el rugido de una fiera

en el bosque, el llanto de una vieja, la llamada del búho en la noche, la visita inesperada de un conejo que se entraba aturdimiento en una casa (entre nosotros, mal agüero para el conejo), la presencia de cierta especie de ratón llamado *Tetzauhouimichtin*, y otros muchos incidentes para nosotros igualmente triviales, hacían palidecer de espanto al mejicano [\[1606\]](#).

Los tonalpouhque o hechiceros y los sacerdotes eran, por lo tanto, los guías, por decirlo así, espirituales, de aquella sociedad. No les era dado interpretar una ley humana consistente, ya fundada en razón ya en revelación, y, por lo tanto, les era imposible guiar a su pueblo conscientemente por una vía de progreso trazada e iluminada por tal ley. Ello no obstante, había en la sociedad mejicana dos aspectos que tarde o temprano hubiera elevado a la civilización azteca de la era premoral a la era moral: uno, el conocimiento que habían adquirido del orden maravilloso de las estrellas; el otro, el avance que ya habían realizado para establecer un orden social y que gradualmente tendría que irles elevando hacia la razón en virtud del orden inmanente en todas las sociedades humanas [\[1607\]](#).

Los conocimientos de astronomía de los mejicanos que revela el estudio científico de su calendario son asombrosos. Una de las mejores autoridades sobre la materia calcula en 0,01136 de día, es decir, muy poco más que un centésimo de día, el error que con respecto al movimiento del sol acumula el ciclo sagrado de los mejicanos en los doscientos sesenta años que duraba [\[1608\]](#). Ya debiesen esta ciencia del cielo a otras razas, ya la hubiesen adquirido sus sacerdotes astrónomos en el curso del tiempo, el caso es que tal exactitud en la percepción de la realidad estelar permite la profecía retrospectiva que los mejicanos se hubieran elevado por encima de la civilización premoral en que los encontró Cortés. Esta profecía se confirma con la observación de sus instituciones. Es verdad que tales instituciones se fundaban casi exclusivamente en un concepto bélico de la vida, pero ya nos agrade o no su modo de hacer las cosas, los mejicanos comprendieron perfectamente el principio fundamental de toda sociedad bien organizada, pues en ellos la aristocracia se fundaba no en la herencia sino en el servicio a la colectividad, y la educación de los jóvenes así como sus criterios de prestigio social concedían la debida importancia al carácter.

Y, sin embargo, aquel pueblo belicoso, valiente y hasta sanguinario, que vivía en constante familiaridad con la sangre y con la muerte, se entregaba en aquel día histórico a un puñado de extranjeros que iban a hacer violencia a su evolución natural. ¡Cuántas veces se nos ha dicho que la victoria de Cortés se debió a la superioridad de sus armas, a su pólvora y a sus caballos! Ya sabemos que esta explicación no corresponde a los hechos. Ya sabemos cómo, al primer encuentro, los indios decapitaron al caballo de Morón de un solo golpe con una espada de obsidiana, y a buen seguro que los mejicanos no se iban a quedar toda la vida asustados por mero ruido. La razón verdadera de la derrota mejicana fue que su fe sucumbió ante una fe más firme.

Aquel hombre que se inclinaba ante Moteczuma con ademán afable y ojos sonrientes era la encarnación de la fe cristiana. También él procedía de un pueblo que en su pasado remoto había practicado sacrificios humanos, según Torquemada recuerda con humildad cristiana [\[1609\]](#). Pero entre aquel pasado atroz y el glorioso presente que entonces estaba viviendo, y aun crean

do, había muerto en Palestina el Hijo del Hombre en cuya luz avanzaba con paso firme y seguro. Aquel sacrificio divino había lavado los pecados del mundo y abolido los demás sacrificios; había hecho del hombre un espíritu universal y de la Tierra un hogar humano; había borrado las barreras del color entre los hombres y abierto a todos las puertas de la igualdad por la conversión a la fe. Esta fe había llegado hasta él a través de Roma, la ciudad sagrada, universal, supranacional, dos veces

metrópoli del mundo, como sede del Padre Santo entonces, pero más atrás, como sede del Emperador Romano cuyo descendiente espiritual era Carlos V, su augusto monarca. El lenguaje de Roma había sido durante siglos la sangre vital no solo de la fe de Cristo, que hacía a todos los hombres uno solo de corazón, sino de la razón de Sócrates, que hacía a todos los hombres uno solo de cerebro. En Salamanca había recibido el primer impacto directo de aquella tradición secular de razón, transmitida por las centurias escolásticas y transfigurada en doctrina ortodoxa por los Padres de la Iglesia y por los grandes monjes y obispos de Europa: San Isidoro de Sevilla, Rogelio Bacon, Santo Tomás de Aquino. Cortés era un europeo típico, hombre de fe en todo lo de tejas arriba, hombre de razón en todo lo de tejas abajo: en la acción, frío, objetivo, imparcial, desinteresado; en el pensamiento, curioso, deseoso de aprender y de anotar todo lo posible sobre el hombre, el animal, la planta, el mar, el río, la montaña, el camino, con la mente siempre abierta al conocimiento verdadero; en la pasión, disciplinado, dueño de sí, generoso y sometido a sus más altos fines. Detrás de aquella figura singular, sus tropas eran la vanguardia del gran avance europeo hacia el conocimiento del hombre y del planeta, los precursores en acción de la gran aventura del Renacimiento, los verdaderos apóstoles de aquel Renacimiento in partibus infidelium. En sus almas ávidas y valerosas, vivían todas las fuerzas que estaban entonces moldeando a Europa: primero su ambición y su sed de oro y tierras, manifestación inmediata del capitalismo colonial que va a dominar tres o cuatro siglos de historia europea actuando como el factor más potente de los que extenderán por el mundo entero la civilización occidental. Después su fe, fe sencilla que arrastraba todavía numerosas creencias supersticiosas de la era premoral y antropomòrfica de Europa, puentes psicológicos entre la fe fundada en agüeros y sacrificios de los mejicanos y la puramente espiritual del cristianismo cuya luz más alta iba pronto a brillar en su compatriota San Juan de la Cruz. Su empuje y su espíritu emprendedor eran los del renacimiento europeo vueltos hacia la acción: la misma comezón de ir a ver, de descubrir, de poblar, es decir, de extender la vida de una Europa renacida hasta los confines de la tierra.

Así, pues, en aquel día tan lleno de destino, el martes 8 de noviembre de 1519, segundo día del mes de Quecholli, octavo del Ehecatl del año 1 -Cañas de la octava gavilla, aquellos dos hombres se erguían el uno frente al otro, mirándose a los ojos: pero los ojos del mejicano eran lagos cerrados que iba pronto a secar el sol de otro saber, mientras que en los de Cortés vivía el mar insondable y sin orillas.

*

Dio el español unos pasos hacia adelante y abrió los brazos. Era el gesto que aquel momento tenso dictaba a su cuerpo, encamación de un espíritu humano que frente a otro espíritu humano reaccionaba en armonía con su propio sentido íntimo, que era universal. El mundo cristiano abría sus brazos a lo desconocido en ademán a la vez de fraternidad y de absorción. Pero el abrazo no pudo consumarse porque los dos príncipes que custodiaban a Moteczuma extendieron el brazo formando barrera entre el cristiano y el azteca. El Uei Tlatoani era demasiado sagrado para que nadie lo tocara. El mundo mejicano era demasiado rígido y vigoroso para dejarse absorber tan fácilmente. Pero, aunque trabado por la etiqueta y la ceremonia, aquel mundo estaba dispuesto a la cortesía y aun a la reverencia para con los misteriosos extranjeros; los dos príncipes primero, el mismo Emperador después, tocaron la tierra con la mano, llevándose después los dedos a la boca. «Oh, Señor nuestro -exclamó el Emperador-, seáis muy bien venido; habéis llegado a vuestra tierra, a vuestro pueblo y a vuestra casa, Méjico. Habéis venido a sentaros en vuestro trono y en vuestra silla, todo lo que yo en vuestro nombre he poseído algunos días; otros señores (ya son muertos) lo tuvieron antes que yo. El uno que se llamaba Ytzcoad, el otro Motezuzo- ma el viejo, y el otro Axayacad, y el otro Tigocic, y el

otro Avitzutl. Yo, el postrero de todos he venido a tener cargo y regir este vuestro pueblo de Méjico; todos hemos traído a cuestras a vuestra república y a vuestros vasallos. Los difuntos ya no pueden ver ni saber lo que ahora pasa. Pluguiera a aquel por quien vivimos que alguno de ellos fuera vivo, y en su presencia aconteciera lo que ahora acontece en la mía. Ellos están ausentes. Señor nuestro, ni estoy dormido ni soñando; con mis ojos veo vuestra cara y vuestra persona. Días ha que yo esperaba esto. Días ha que mi corazón estaba mirando aquellas partes donde habéis venido. Habéis salido de entre las nubes y de entre las nieblas, lugar a todos escondido. Esto es por cierto lo que nos dejaron dicho los reyes que pasaron; que habíades de volver a reinar en estos reinos y que habíades de sentaros en vuestro trono y en vuestra silla. Ahora veo que es verdad lo que nos dejaron dicho. Seáis muy bien venido. Trabajos habréis pasado viniendo tan largos caminos. Descansad ahora. Aquí está vuestra casa y vuestros palacios. Tomadlos y descansad en ellos con todos vuestros capitanes y compañeros que han venido con vos».

Cortés dijo a Doña Marina: «Decidle a Moteczuma que se consuele y huelgue y no haya temor, que yo le quiero mucho y todos los que conmigo vienen. De nadie recibirá daño. Hemos recibido gran contento en verle y conocerle, lo cual hemos deseado muchos días ha y se ha cumplido nuestro deseo. Hemos venido a su casa, Méjico. Despacio nos veremos y hablaremos» [\[1610\]](#). Llevaba Cortés puesto un collar de «margaritas», cuentas de vidrio con diseños de colores enhilado en oro y perfumado con almizcle. Quíteselo del cuello y lo echó al del Emperador. Todos los principales mejicanos que venían acompañando a Moteczuma desfilaron entonces ante Cortés haciendo la ceremonia de besar la tierra. Terminada la ceremonia, el Uei Tlatoani inició la marcha hacia la ciudad llevando a su lado a Cacama su sobrino, mientras que, siguiendo instrucciones de Moteczuma, su propio hermano Cuitlahuac se quedó atrás para acompañar a Cortés. Así se pusieron en marcha, el Emperador y su sobrino delante, Cortés, a poca distancia, detrás, de la mano de Cuitlahuac, quien no consentía «que castellano ni indio se llegase; y esta fue la mayor honra que Moteczuma (siendo tan gran príncipe) pudo dar a Cortés» [\[1611\]](#). Llegó entonces un mensajero con un envoltorio que entregó al Emperador. Volviéndose hacia atrás. Moteczuma echó al cuello de Cortés «dos collares de camarones que eran hechos de huesos de caracoles colorados que ellos tienen en mucho; y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un gemo». Estos collares eran insignias de Quetzalcoatl, cuya estatua adornaban en el Gran Teocalli que le estaba dedicado. Es evidente, como también resulta de su discurso, que Moteczuma al ver a Cortés se ratificó en su presentimiento de que era el dios de la Serpiente Alada [\[1612\]](#).

Así iban ambos hombres construyendo gradualmente a la vista de aquel inmenso público, con aquellos sus gestos y ademanes que tan directamente se entraban por los millares de ojos ávidos de acción, el prestigio y el poder moral del Capitán blanco. El encuentro, las reverencias, el cambio de collares y sobre todo el hecho simbólico de que Moteczuma, que había salido a recibir a Cortés llevado a hombros en suntuosa litera, se volviera a pie, todo este cuadro de conjunto debió producir honda impresión en aquel pueblo acostumbrado menos a razonar que a beber la vida por los sentidos. Nadie era entonces osado de mirar al Emperador (admirable costumbre que no pocos monarcas envidiarían a Moteczuma), pero una vez que había pasado, la multitud se agolpaba en calles y azoteas para admirar a los extranjeros: «Dioses deben de ser estos -exclamaban los jóvenes- que vienen de donde el sol nace»; mientras que los viejos, suspirando, decían: «Estos deben de ser los que han de mandar y señorear nuestras personas y tierras, pues, siendo tan pocos, son tan fuertes que han vencido tantas gentes» [\[1613\]](#). Esta admiración de la multitud subiría a su ápice cuando Moteczuma guió a los extranjeros al edificio más espacioso, lujoso y venerado de la ciudad, que les destinaba como alojamiento: el palacio o, como decían los españoles, «las casas» de su padre el Emperador Axayacatl,

entonces dedicadas a templo, convento de sacerdotisas y tesorería imperial. Este edificio o más bien conjunto de edificios era tan vasto que pudieron instalarse en él con toda comodidad los cuatrocientos a quinientos españoles con sus dos mil auxiliares indígenas amén de una hueste de mujeres que traían a su servicio. Había estancias tan amplias que en ellas cabían hasta ciento cincuenta españoles cada uno en su cama; «y lo que era mucho de ponderar, que con ser tan grande la casa, estaba toda ella sin quedar rincón, muy limpia, lucida, esterada y entapizada, con paramentos de algodón y pluma de muchos colores, con camas de esteras, con sus toldillos encima; porque a nadie se daba más cama, por gran señor que fuese; porque no la usaban». En todos los aposentos había fuego con perfumes, cosa que en noviembre en Méjico no es nada desagradable en cuanto al fuego, y en cuanto al perfume puede muy bien haberse debido no solo a inveterada costumbre de los mejicanos sino quizá también a la delicadeza de su olfato al recibir una numerosa soldadesca trasusada con tantas marchas y combates. Por todas partes abundaban los hombres de servicio, de modo «que se mostraba bien la grandeza de aquel príncipe» [\[1614\]](#).

Tomando a Cortés de la mano, Moteczuma lo llevó hasta la sala principal del palacio, que hacía frente al patio de entrada, y haciéndole sentar en un rico escaño todo labrado y ornado de oro y piedras preciosas, del que dice Cortés al Emperador que se había hecho para Moteczuma mismo, le dijo: «En vuestra casa estáis. Comed, descansad y habed placer, que luego vuelvo». Cortés le hizo una profunda reverencia y el Emperador con todo su séquito salió del palacio [1615].

Pero no era Cortés hombre para comer, descansar y haber placer antes de haber atendido a su negocio. Inmediatamente se puso a estudiar su alojamiento y el de sus tropas desde el punto de vista militar. Sin duda le daría gran satisfacción observar que el palacio con sus edificios y tapias constituía excelente base para una defensa, con tal de tenerlo bien proveído de víveres y municiones. Distribuyó en las diferentes casas sus capitanías y emplazó la artillería de modo que dominase los accesos importantes; dio órdenes severas de que toda la gente estuviera siempre sobre aviso y dispuesta a servir a la menor indicación, y solo después de todas estas operaciones y medidas, permitió a sus hombres que se entregasen a gozar de la suntuosa comida que se les había preparado por sus generosos huéspedes. «Y fue esta -escribe Bernal Díaz- nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitán Méjico a ocho días del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesu Cristo de mil e quinientos y diez y nueve años, gracias a Nuestro Señor Jesu Cristo por todo, e puesto que no vaya expresado otras cosas que había que decir, perdónenme sus mercedes que no lo sé mejor decir por agora hasta su tiempo» [\[1616\]](#).

Todavía se hallaban los españoles disfrutando su bien ganado banquete cuando se sintió una agitación general y vinieron a anunciar que llegaba Moteczuma. Cortés y sus capitanes salieron a recibirle. Venía el Emperador con gran pompa y majestad y acompañado de numeroso séquito. «Trujeron unos como asentaderos, fechos a su usanza e muy ricos y labrados de muchas maneras con oro»; sentáronse Cortés y el Emperador, «y luego comenzó el Montezuma un muy buen parlamento». Se declaró muy satisfecho de tener en su casa y reino a unos caballeros tan esforzados como Cortés y sus compañeros y manifestó a su visitante cómo había tenido noticia de las dos expediciones anteriores, que le habían provocado a gran curiosidad. Las pinturas que le habían enviado sus agentes describiendo las batallas ganadas por Cortés en su marcha hacia Méjico le habían confirmado en su sospecha de que eran los de Cortés aquellos hombres que, según las profecías mejicanas, vendrían de las tierras por donde sale el sol para señorear las del Anáhuac. Cortés aseguró entonces al emperador que en efecto él y los suyos venían de donde sale el sol, lo que desde luego podía decir sin faltar a ningún mandamiento, añadiendo después, con algo más de osadía, que venía enviado por el emperador

Carlos V para verle y rogarle que se hiciese cristiana y para explicarle cómo y de qué manera ha de ser «e otras muchas buenas cosas que oirá». Moteczuma entonces mandó traer los suntuosos regalos que dedicaba a los españoles, ricas joyas para Cortés, oro para los capitanes y numerosas cargas de algodón para los soldados, presentes que entregó, «con una alegría e en todo bien parecía gran señor» [\[1617\]](#).

Gran señor pero también sin duda hombre sagaz, el Emperador azteca preguntó entonces a Cortés si todos los españoles presentes eran hermanos y vasallos del mismo Emperador; a lo que contestó el capitán que eran todos hermanos en amor y amistad, y personas muy principales y criados del Rey. La pregunta no tenía nada de ociosa. Revelaba, ya en esta primera fase de las relaciones entre Moteczuma y Cortés, las dudas que Moteczuma abrigaba sobre la unidad de aquella fuerza que venía a imponérsele, duda que hemos de ver resurgir en él de cuando en cuando. Por el momento, pareció aceptar la respuesta vaga y general de Cortés y, después de haber dado a sus hombres la orden de tener siempre a los españoles proveídos de todo lo necesario, se retiró, acompañado hasta las puertas del palacio por los españoles [\[1618\]](#).

Al día siguiente, 9 noviembre de 1519, después de haber enviado recado al Emperador, Cortés fue a devolverle la visita. Escogió para acompañarle a cuatro capitanes: Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León, Diego de Ordás y Gonzalo de Sandoval, y a cinco soldados, pues su ejército era una institución hondamente democrática y aquel era el momento culminante de la conquista. Entre estos cinco soldados tuvo el acierto de llevar a Bernal Díaz, con lo que aseguró a la posteridad una excelente reseña de la entrevista. Moteczuma se adelantó para recibirles hasta la mitad de la noble estancia en que les esperaba. Vivía el Emperador en un palacio de construcción más moderna que el que había asignado a Cortés. Veinte puertas daban acceso a esta mansión desde las cuatro calles que limitaban su recinto; tres vastos patios le daban aire y luz; una hermosa fuente ornamental centralizaba además el servicio de sus aguas; tenía numerosas salas de ceremonia, cien aposentos de veinticinco a treinta pies cuadrados de superficie; cien baños. Todo el maderamen era de riquísima labor y de maravillosa construcción, y asombraba a los españoles por no tener ni un solo clavo; las paredes eran de canto, mármol, jaspe, pórfido «piedra negra con unas vetas coloradas como sangre», piedra blanca y alabastro; los techos de cedro, palma, ciprés, pino y otras maderas, labradas y entalladas en figuras de animales; las cámaras pintadas y esteradas, muchas paramentadas de ricas telas de algodón, de pelo de conejo y de pluma. Maravillábanse los españoles de todo este esplendor y les asombraba el contraste con la pobreza y falta de comodidad de las camas; mantas sobre esteras o heno, o esteras solas, las más delgadas, puestas sobre las más gruesas [\[1619\]](#).

Acompañaban al Emperador algunos de sus numerosos sobrinos, únicas personas con acceso a sus aposentos particulares. Moteczuma tomó a Cortés de la mano y lo llevó a sentar a su lado derecho, rogando después a los demás españoles que se sentasen también. Esta vez creyó Cortés necesario desarrollar su tema favorito y explicarle «que éramos cristianos e adoramos a un solo dios verdadero que se dice Jesu Cristo, el cual padeció muerte y pasión por nos salvar, e que aquesta muerte y pasión, que permitió que así fuese por salvar por ella todo el linaje humano questaba perdido, y que aqueste nuestro Dios resucitó al tercero día y está en los cielos y es El que hizo el cielo y tierra y la mar y arena, e crió todas las cosas que hay en el mundo, y da las aguas y rocíos, y ninguna cosa se hace en el mundo sin Su santa voluntad, e que aquellos que ellos tienen por dioses que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas y cuales tienen las figuras que peores tienen los fechos, e que mirasen cuan malos son e de poca valía que a donde tenemos puestas cruces, con temor dellas no osan parescer delante».

El estilo y el lenguaje son los del soldado-cronista, ingenuos aunque vividios; pero bien claramente transparentan el esfuerzo grave y persistente del capitán cristiano. Apunta Bernal Díaz que al llegar aquí Cortés rogó al Emperador le estuviese muy atento, y pasó entonces a explicarle, «muy bien dado a entender -comenta el soldado- la creación del mundo e cómo todos somos hermanos, hijos de un padre e de una madre que se decían Adán y Eva, e como tal hermano, nuestro gran Emperador doliéndose de la perdición de las ánimas que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden a vivas llamas, nos envió para questo que había oído lo remedie [¡qué mentira en plena homilía!] y no adorar aquellos ídolos ni les sacrifiquen más indios ni indias, pues todos somos hermanos, ni consienta sodomías, ni robos, y más les dijo, quel tiempo andando enviaría nuestro Rey y Señor unos hombres que entre nosotros viven muy santamente, mejores que nosotros [¡qué humildad en medio de su triunfo!] para que se lo den a entender».

Al llegar aquí, Cortés volviéndose a sus compañeros, al ver que Moteczuma parecía querer responderle, dijo: «con esto cumplimos, por ser el primer toque». Así revelaba lo serio de su preocupación de considerar siempre como su primer deber el plantear el problema de la fe. El Emperador, que le había escuchado en silencio, contestó: «Señor Malinche, muy bien tengo entendido vuestras pláticas y razonamientos. Antes de agora, que a mis criados antes desto les dijistes en el arenal. Eso de tres dioses y de la Cruz, y todas las cosas que en los pueblos por donde habéis venido habéis predicado, no os hemos respondido a cosa ninguna dellas porque desde ab inicio acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos. Ansí deben ser los vuestros, e no curéis más al presente de nos hablar dellos». Estas palabras eran bastante terminantes. Ni el Emperador mejicano ni el capitán español podían darse cuenta entonces de que estaban debatiendo desde dos períodos diferentes de la evolución humana, como quien dice haciendo esgrima en dos diferentes pisos del Círculo de Esgrimidores. Para Cortés, Dios era la luz que todo lo revela, el creador uno y único, alfa y omega de todas las cosas, rodeado de los hermosos misterios de la Trinidad, de la Encarnación y de la Virginidad como el sol se rodea de nubes no para lucir menos, sino para lucir más y con mayor majestad. Para Moteczuma los dioses eran espíritus del pasado y de la naturaleza, ateo como lo eran para griegos y romanos, hombres que se habían quedado en una vida invisible pero omnipresente, moviéndose por encima, y no muy lejos, del pueblo que los soñaba. La religión, siempre anhelante y abierta a todos, del cristiano era tan incomprensible para la religión cerrada del azteca como el mar infinito lo hubiera sido para los dos lagos reclusos en la altiplanicie de Méjico.

Cortés tuvo el buen sentido de no insistir por el momento y el Emperador siguió hablando con gran dignidad, con ademanes sobrios y nobles, pero con rostro alegre y de buen humor. Fue entonces quizá cuando Bernal Díaz tomaba el croquis mental que nos ha trasmitido: «Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura e bien proporcionado, e cenceño, e pocas carnes, y la color ni muy moreno, sino propia color e matiz de indio, y traía los cabellos ni muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas, prietas y bien puestas e ralas, y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera, e mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor, e cuando era menester gravedad». Siguió, pues, hablando el Emperador cosas que Doña Marina traducía.

Volvió a referirse a los dos capitanes que habían precedido a Cortés, Grijalva y Hernández de Córdoba. También ellos decían que eran servidores del gran Rey y Moteczuma quería saber «si sois todos unos». Cortés le dijo que sí y que aquellos dos capitanes habían venido primero para ver el camino y facilitar su propia venida -lo que era verdad de hecho, si no de intención-. Explicó entonces el Emperador por qué había enviado siempre a decir que no quería que entrasen en su ciudad: «No era

de su voluntad, sino porque sus vasallos tenían temor que les decían que echábamos rayos e relámpagos, e con los caballos matábamos muchos indios, e que éramos teules bravos, e otras cosas de niñerías; e que agora que ha visto nuestras personas e que somos de hueso e de carne y de mucha razón, e sabe que somos muy esforzados, y por estas causas nos tiene en mucha más estima que le habían dicho». Su deseo de justificarse sobre este aspecto de su actitud era bien natural, pero sus explicaciones no cuadraban bien con los esfuerzos de magia y hechicería que había hecho para oponerse al avance de Cortés. Riéndose francamente, «porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor», exclamó entonces Moteczuma: «Malinche, bien sé que te han dicho esos de Taxcala con quién tanta amistad habéis tomado, que yo, que soy como dios e teul, e que cuanto hay en mis casas es todo oro e plata y piedras ricas. Bien tengo conocido que, como sois entendidos, que no lo creeríades y lo terníades por burla. Las casas, ya las veis que son de piedra y cal y tierra». Entonces, alzó las vestiduras y mostró el cuerpo, diciendo: «Veisme aquí que soy de carne y hueso como vos y como cada uno y que soy mortal y palpable», y al decir esto se asía con sus manos de los brazos y del cuerpo. «Ved como os han mentido. Verdad es que yo tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos, mas no las locuras e mentiras que de mí os han dicho. Ansí que también lo teméis por burla, como yo tengo de vuestros truenos y relámpagos». También riendo le respondió Cortés: «Enemigos siempre dicen cosas malas e sin verdad, de los que quieren mal. Bien he conocido que otro señor más magnífico no lo espero ver en estas partes. No sin causa es tan nombrado delante de nuestro Emperador, que es aquel a quien vuestro pueblo espera».

Volvieron a traer entonces presentes de oro y de algodón que Moteczuma daba «con una alegría y semblante de grande y valeroso señor». Y porque ya pasaba la hora más de mediodía y por no ser importuno, dijo Cortés: «Señor Montezuma, siempre tiene por costumbre de echamos un cargo sobre otro en hacemos cada día mercedes. Ya es hora que coma». Y el Emperador contestó que la verdadera merced era la que Cortés le hacía visitándole. «E ansí nos despedimos con grandes cortesías dél, y nos fuimos a nuestros aposentos, e íbamos practicando de la buena manera e crianza que en todo tenía, e que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato e con las gorras de armas colchadas quitadas, cuando delante del pasásemos» [\[1620\]](#).

*

Siguiendo instrucciones severas de su caudillo, los españoles permanecieron acuartelados en las casas de Axayacatl, lo que no era ningún sacrificio ya que entre aquellas cuatro tapias se extendían vastos jardines y huertas para su esparcimiento. Con su cautela habitual, Cortés deseaba evitar los incidentes de toda suerte que hubieran podido producirse por mutua inexperiencia entre ambas naciones, al par que se daba tiempo a sí mismo para tomar el aire de la ciudad e ir poco a poco descubriendo aquel nuevo mundo que tan fácilmente había conquistado. Cuatro días pasaron en aquel régimen de abstención, al cabo de los cuales creyó oportuno dar signos de vida y hacer algún acto de presencia. Mandó, pues, a las lenguas, Doña Marina, Aguilar y un paje que los soldados llamaban Orteguilla, a decir a Moteczuma que había hecho intención de visitar el Gran Teocalli de la capital. No debió de acoger esta noticia Moteczuma con mucho agrado, pues ya sabemos lo devoto que era y con qué severidad despiadada tenía costumbre de castigar las menores faltas al culto. Pero, aplicando el refrán de sus huéspedes, puso a mal tiempo buena cara y tomó las medidas necesarias para que se diera acceso al templo a los españoles, acompañados, según él dispuso, de personas de su séquito y de sacerdotes del Teocalli, mientras él, temiéndose quizá alguna violencia o insulto a Uitchilipochtli, se hacía conducir con toda ceremonia al templo, precedido de sus tres heraldos portadores de las varillas de oro, símbolo de su soberanía.

Con no menos ceremonia y además con toda suerte de precaución militar, Cortés salió de su cuartel general a caballo con todos sus jinetes y casi toda su infantería, en formación de desfile. Volvieron hacia el norte, en dirección de Tepeyac (hoy Guadalupe), siguiendo una de las grandes avenidas de la ciudad hasta que, no lejos de su extremo norte, los guías tomaron por una avenida orientada ligeramente hacia el oeste, y a poco trecho los españoles vieron con asombro el Tianquiztli o Tianguiz, mercado de la ciudad de Méjico, colmena donde hervía un enjambre de abejas humanas. Jamás hubiesen esperado encontrar tanta vida con tanto orden. No había ofició ni mercancía que no tuviese su calle especializada, exactamente como en Medina del Campo, patria de Bernal Díaz, en las épocas de gran feria; y téngase en cuenta que las ferias de Medina eran entonces las más grandes de España. Oro, plata, piedras ricas, plumas y mantas de algodón, indios esclavos y esclavas «que traían tantos dellos a vender a aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, e traíanlos atados en unas varas largas con colleras a los pescuezos porque no se les huyesen y otros dejaban sueltos»; cacao, cuerdas, cótaras, raíces muy dulces cocidas, cueros de tigres, de leones, de nutras, de adives, de venados y otras alimañas, tanto curtidos como sin curtir, frisóles y otras legumbres y yerbas, gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados, anadones, perrillos, fruta cruda y cocida, todo género de loza, desde tinajas grandes a jarrillos chicos, miel y otras golosinas, madera, tablas, cunas, vigas, tajos y bancos, así como leña para quemar o para alumbrar en teas, «e otras cosas desta manera, ¿qué quieren más que diga, que hablando con acato también vendían muchas canoas llenas de yenda de hombres que tenían en los esteros cerca de la plaza y esto era para hacer sal o para curtir cueros, que sin ella dicen que no se hacía buena»; papel, canutos de olor con liquidámbar, llenos de tabaco, y otros unguentos amarillos, grana, yerbas de todas clases, sal, pescado, cuchillos de obsidiana, hachas de latón y de cobre o de estaño -no de hierro, que era desconocido en el Anáhuac-, todo este activo comercio se movía y vivía en orden perfecto bajo la vigilancia de alguaciles y el gobierno permanente de tres jueces del mercado siempre presentes, dentro de una plaza cuadrada rodeada de soportales en un todo parecida a la plaza mayor de cualquiera de las ciudades de España.

Del Tianguiz que tanto les había asombrado pasaron los españoles al teocalli cuya plaza no menos anchurosa era contigua. En el camino del uno al otro, vieron a los mercaderes de oro que traían el oro en polvo de las minas a vender en el mercado con muestras metidas dentro de unos canutillos delgados de plumas de ansarones. Ya estaban en el atrio del Cu «que me parece que era más que la plaza que hay en Salamanca», todo; empedrado de losas blancas, grandes y muy lisas. Admiraron los españoles cómo estaba todo «encalado y bruñido y muy limpio, que no hallaron una paja ni polvo en todo él». Era el Gran Teocalli de Tlatelolco, distrito norte de la ciudad, templo por lo menos tan grande como el de Tenochtidán que se erguía en el centro de Méjico, frente al cuartel general de los españoles, y construido sobre el mismo modelo, en forma de pirámide truncada cuya base tenía trescientos cincuenta pies en cuadro mientras la plataforma superior medía ciento cincuenta. Dos capillas de altura desigual coronaban la pirámide y ciento veinticuatro escalones muy empinados conducían a las dos capillas, una de las cuales estaba consagrada a Uitchilipochtli y la otra a Tetzcatlipoca.

En cuanto vio llegar a los españoles al atrio del Teocalli, Moteczuma, que en lo alto se hallaba entregado a sus devociones, envió al instante a seis sacerdotes y dos de su séquito escaleras abajo para que trajesen a Cortés a hombros, como se hacía con él mismo para evitarle la fatiga de los ciento catorce escalones; pero Cortés rehusó el honor y el auxilio y, precedido de los mejicanos y seguido de su gente, subió los escalones a paso ligero, ejercicio agotador por ser en extremo empinada la pendiente. Llegados que fueron a las capillas, los españoles vieron los cuauhxicallis o piedras para el

sacrificio, todavía cubiertas de sangre fresca, recién vertida. El Emperador salió de una de las capillas y con gran cortesía dijo a Cortés: «Cansado estaréis, Señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo». Cortés, con una jactancia fríamente calculada le contestó: «Ni yo ni los que conmigo vienen nos cansamos en cosa ninguna».

Moteczuma le tomó de la mano y le rogó que mirase a la gran ciudad que a sus pies se extendía. Asombroso espectáculo; mapa viviente, tablero de ajedrez blanco y amarillo sobre los canales ya azules ya cenagosos que cortaban multitud de puentes; las tres calzadas: al norte la de Tepeyac, al sur la de Iztapalapa, por donde habían entrado en la ciudad, al este la de Tacuba, que un día iba a ser para unos sangrienta vía de escape, para otros tumba; el ir y venir de las canoas; los miles de casas con sus azoteas almenadas; los cues y fortalezas tan fáciles para la defensa, tan formidables como bases de ataque; la multitud extraña que en la ciudad hervía, «que solamente el remor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua»; los lagos, tan placenteros en la paz, tan peligrosos en la guerra... Todo lo miraba y admiraba el capitán, pensativo. Demasiado lo conocemos para dudar de lo que entonces pensaba: estaba midiendo para sus adentros los increíbles peligros de su situación, la trampa en que su fe en el destino y en la protección del Señor le había encerrado con todos sus hombres. Tal era el pensamiento que le rondaba por la imaginación; pero lo que dijo fue esto: «¿Qué os parece caballeros, cuánta merced nos ha hecho Dios? Después de habernos dado en tantos peligros tantas victorias, nos ha puesto en este lugar de donde vemos tan grandes poblaciones. Verdaderamente, me da el corazón que desde aquí se han de conquistar grandes reinos y señoríos, porque aquí está la cabeza donde el demonio principalmente tiene su silla; y rendida y sujeta esta ciudad, será fácil conquistar todo lo de adelante» [\[1621\]](#).

Cuarta parte. Cortés echa a perder su conquista

Cortés se apodera de Moteczuma

Volviéndose al Padre Olmedo, dijo Cortés: «Parésceme, señor Padre, que será bien que demos un tiento a Moteczuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia». Era constante en su línea de conducta: conquistar para convertir, convertir para conquistar. El fraile, más sabio y prudente que él en lo de la conversión, le contestó con cortesía: «Bien sería, si aprovechase; más me parece que no es cosa conveniente hablar de ello ahora, pues no veo a Montezuma de arte que en tal cosa conceda». Cerrado el paso en esta dirección, Cortés buscó otra salida a su actividad, preguntando al Emperador si le permitiría ir a ver a los dioses mejicanos. Moteczuma consultó con sus sacerdotes, que se avinieron a ello, y los españoles pudieron al fin penetrar en la capilla de Uitchilipochtli. Bernal Díaz, que era uno de ellos, ha dejado una página de asombrosa fidelidad sobre sus impresiones: «En cada altar estaban dos bultos como de gigante, de muy altos cuerpos, y muy gordos; y el primero que estaba a man derecha, decían que era el de Vichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes, e espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería, e oro y perlas, e aljófara pegado con engrudo (que hacen en esta tierra de unas como raíces) que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro e pedrería; e en una mano tenía un arco, e en otra unas flechas. E otro ídolo pequeño que allí cabél estaba, que decían que era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro e pedrería; e tenía puestos al cuello el Vichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y estos de oro, y dellos de plata con mucha pedrería, azules; y estaban allí unos braseros con encienso, que es su copal, y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio, y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y ansí mismo el suelo, que todo hedía muy malamente».

Pasaron después los españoles a la capilla de Tetzcatlipoca que Bernal Díaz describe con no menos vigor: «Luego vimos a otra parte de la mano izquierda estar el otro gran bulto del altar del Vichilobos, y tenía un rostro como de oso e unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice tczcat, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Vichilobos porque según decían, entrambos eran hermanos, y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos y tenía cargo de las ánimas de los mejicanos, y tenía ceñido al cuerpo unas figuras como diablillos chicos, las colas dellos como sierpes; y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor; e allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados».

Había en lo más alto del Cu un tercer dios, el de las simientes y los frutos. Su cuerpo, medio hombre medio lagarto, estaba amasado con simientes de la tierra y sangre humana; y tenían allí los sacerdotes «un atambor muy grande en demasía, que cuando le tañían, el sonido del era tan triste y de tal manera, como dicen, instrumento de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía». El espectáculo de aquellos corazones todavía sangrando, la carnicería, el hedor, eran tales que los soldados «no veíamos la hora de salimos afuera». Dijo entonces Cortés al Emperador, medio en broma medio en veras: «Señor Montezuma, no sé yo cómo un tan gran señor e sabio varón como vuestra merced es no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses sino cosas malas que se llaman diablos, y para que vuestra merced lo conozca y todos sus papas lo vean claro,

haceme una merced: que halláis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, e en una parte destes adoratorios donde están vuestros Vichilobos e Tezcatepuca haremos un apartado donde pongamos una imagen de Nuestra Señora, y veréis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados». Los sacerdotes que rodeaban a Moteczuma no podían ocultar su enojo, y el propio Emperador, con hondo disgusto replicó a Cortés: «Señor Malinche, si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses». No juzgó prudente Cortés proseguir el diálogo por el mismo humor y camino, y así le dijo con semblante alegre: «Hora es que vuestra merced y nosotros nos vayamos»; a lo que Moteczuma se avino de buena gana en lo concerniente a la marcha de los españoles, que vivamente deseaba, expresando no obstante su decisión de permanecer en el templo para hacer ciertos sacrificios en penitencia de la ofensa que había inferido a sus dioses al permitir que los infieles españoles se les acercasen deshonorándoles como lo habían hecho de palabra. «Pues que así es -dijo Cortés-, perdone, señor». Y despidiéndose del Emperador se dispuso a bajar las ciento catorce escaleras con todos sus compañeros. «Algunos de nuestros soldados -apunta Bernal Díaz- estaban malos de bubas o humores; les dolieron los muslos del abajar» [1701].

*

Mucho debió de dar que pensar esta escena a Cortés, pues había venido a ponerle ante los ojos toda la complejidad, todo el peligro de la situación en que se hallaba. Moteczuma era el monarca de un país rico y poderoso. Los españoles no dejaban de admirar la abundancia y el lujo en que vivía: el populoso harén de nobles damas; las antecámaras atestadas de gente de calidad; la etiqueta y humildad a que se sometían los que comparecían ante su presencia; los platos innumerables de manjares varios y exquisitos, todos servidos sobre braserillos, que se ponían a su disposición en cada comida a fin de que escogiese a su fantasía; las cuatro hermosas doncellas que le servían a la mesa; las cincuenta jarras de cacao espumoso que se le traían para que las gustase y que iban a beberse después sus truhanes y jorobados; los millares de comidas que se servían diariamente a sus mujeres, amigos y deudos (y cuyo carácter comunal no habían podido observar todavía); su armería, llena de artefactos de guerra de gran valor artístico y material; sus pajareras, enjambres de las aves más variadas que la imaginación o el ensueño pudiera crear, alimentadas con pescado, carne o simientes según los gustos de cada cual; su casa de fieras, admirablemente instalada, donde los animales recibían el trato y alimento que a cada cual convenía (incluso, para algunos, las partes del cuerpo de las víctimas humanas sacrificadas a los dioses que no aceptaban para su mesa ni príncipe ni sacerdote); sus orfebres, plateros y joyeros, artífices de plumas preciosas, pintores y tallistas; tejedores y sastres; danzarines, juglares y titereros; carpinteros y albañiles; sus jardines y sus huertas y vergeles, que cuidaba todo un ejército de jardineros, con sus parques, parterres y rincones floridos donde dejar pasar en feliz olvido los momentos más gratos de la vida -todos aquellos espectáculos de lujo, riqueza y aun molición, que se iban revelando gradualmente a los austeros españoles, les impresionaban hondamente, no solo como indicios de prosperidad, sino sobre todo como síntomas de fuerza. «E había tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder» [1702].

Con su penetración usual, Cortés meditaría muy especialmente en la persona que por entonces encarnaba todo este poder. Moteczuma no abrigaba ya duda alguna sobre la índole humana y mortal de los españoles, pero seguía convencido de que eran los hombres que habían de retornar del oriente según todos los presagios del cielo de profecías en torno a Quetzalcoatl. Este nombre, por otra parte, evocaba una de esas figuras que permanecen flotando indefinidamente en una zona vagamente fronteriza entre la historia, la leyenda y la fe: dios para sacerdotes y pueblo, héroe legendario para los

poetas, hombre quizá para los estudios capaces de leer e interpretar los anales pictóricos del país. Al principio, también los españoles se movían en esta zona intermediaria, a la vez sobrenatural, legendaria e histórica, de donde salieron a causa de su conducta humana, quizá demasiado humana, para entrar de lleno en la mera historia. Cortés, por lo tanto, sobre todo desde su última entrevista, se daría cuenta de que ya no le era posible seguir representando un papel divino, pero que todavía le era posible explotar la profecía que hacía de Carlos V el verdadero señor del Anáhuac regresando a reclamar lo que le pertenecía.

Su fe intensa y sencilla le inspiraba un sentido racional y universal para esta profecía, en la que solo podía ver un designio expreso del Señor para abrirle paso entre los infieles. Este pensamiento tenía que realzar su celo religioso, la más exaltada de sus pasiones, la única bastante fuerte para desviarle a veces del claro sendero de su buen juicio. Ocurría que la fe religiosa era también la pasión dominante de Moteczuma, por donde surge un curioso paralelo entre los diseños mentales del conquistador y del conquistado, ya que también en Moteczuma vemos cómo el celo religioso viene a veces a trastornar la lógica y armonía de su actitud. Es por demás extraño que el Emperador, que pocos días más tarde iba a dar al mundo prueba tan dramática de haber rendido la voluntad a Cortés como el hombre profetizado por Quetzalcoatl, permaneciese aquel día en el Teocalli tan obstinadamente fiel a los dioses que el hombre profetizado por Quetzalcoatl le instaba a abjurar. Esta contradicción, dictada por su fe religiosa, era todavía más ilógica en Moteczuma que en Cortés; pues el capitán español, llevado por su fe de victoria en victoria, tenía alguna excusa si en momentos de impaciencia o exaltación tendía todas las velas de su alma al viento de la fe, mientras que Moteczuma había saboreado más de una vez la amargura de ver a sus dioses derrotados en sus propios templos y derrocados por el hombre mismo que uno de ellos había anunciado.

Estos pensamientos brotan en nosotros a través de la perspectiva del tiempo; pero en aquella mañana de noviembre de 1519, Cortés no podía ni soñar en establecer un paralelo entre las dos fes. Lo único que le quedaría en el pensamiento de la escena bárbara y exótica del Teocalli sería una sensación de honda repugnancia física que vendría a reforzar su firme propósito de arrancar de raíz el culto de los demonios mejicanos para plantar en su lugar el de la santa Trinidad y el de la Madre y el Niño. Esta ambición espiritual encarnaba en una ambición material encaminada a apoderarse de aquel país que permitía a Moteczuma vivir con tal esplendor. La osadía del capitán español al lanzarse desde Veracruz al asalto de Méjico quedaba justificada por el éxito. Cortés era el primer conquistador que había conquistado algo digno de ser conquistado.

Pero este algo todavía estaba por conquistar. La resistencia tenaz que Moteczuma oponía a las indicaciones religiosas de Cortés era mala señal: significaba que las seguridades que el Emperador le daba sobre ser Méjico en realidad la casa y reino de Cortés eran insinceras u ocultaban peligrosas reservas. Cortés tenía que recordar los avisos reiterados de tlaxcatecas y cempoaleses sobre el carácter traicionero de los mejicanos, avisos que venía a reforzar el incidente de Cholula. Sus soldados le aseguraban que venían observando señales inquietantes, parecidas a las que habían precedido a la conspiración de Cholula: los mayordomos de Moteczuma encargados de suministrar víveres a los españoles venían disminuyendo las raciones y aumentando la insolencia; dos tlaxcatecas dijeron a Aguilar el intérprete que la actitud de los mejicanos les parecía poco tranquilizadora. Cortés, por otra parte, conocía demasiado bien a su propia gente para sentirse muy seguro de su buena conducta en una ciudad tan tentadora, y no le faltarían razones para temer las consecuencias de cualquier incidente. Téngase en cuenta además que en su pensamiento, empapado en las ideas monárquicas de su época y continente -pues en esto pensaba no solo como español, sino como europeo- vivía el convencimiento

de que, una vez dominado el monarca, quedaba dominado el país entero, pues ¿qué cosa era un país sino un cuerpo político cuyo monarca es la cabeza? De todas estas meditaciones surgió la decisión más atrevida y dramática: apoderarse de la persona, del Emperador [1703].

*

Detengámonos un momento a contemplar este acto. Veremos al punto cómo se ajusta al estilo inconfundible de Cortés: cuando en peligro, arrostrar el riesgo mayor, evitando así este riesgo y todos los demás también; ¡ cuando menos fuerte que el adversario, atacar directamente a la cabeza. Tal fue su estilo al «quemar» las naves; tal será su estilo frente a Narváez. Esto en cuanto a la sustancia misma de su acción; pero en cuanto a la forma, la! fidelidad a su estilo es la misma. Como en casos anteriores y en otros que quedan por relatar, Cortés toma, sus decisiones en la soledad del mando, y luego se las arregla, para que parezcan surgir de entre las filas de sus soldados. Así en este caso. Los españoles habían construido una iglesia dentro del recinto de su cuartel general. El día siguiente al de su visita al Teocalli, cuatro capitanes, Velázquez de León, Ordás, Sandoval y Alvarado, y doce soldados del círculo íntimo de Cortés, se llevaron a su jefe a la iglesia para exponerle sus temores, sobre la situación. Fácil es vislumbrar por entre las líneas del honrado relato de Bernal Díaz (que se hallaba presente) que toda la escena, a pesar del papel pasivo que al parecer representa Cortés, había sido objeto de cuidadosa preparación por parte del astuto capitán, pues tanto los argumentos como la conclusión que sus soldados y capitanes le presentaron eran precisamente los que habían germinado en su fértil pensamiento: «No creáis, caballeros -replicó Cortés a sus amigos-, que duermo ni estoy sin el mismo cuidado, que bien me lo habréis sentido. Mas ¿qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento, prender a tan gran señor?». Y entonces sus capitanes, los que conocían sus pensamientos secretos, le propusieron su propio plan: «Con buenas palabras, sacar a Moteczuma de su sala y traerlo a nuestros aposentos y decille que ha de estar preso, que si se altera o diere voces, que lo pagará su persona» [\[1704\]](#).

Cortés lo tenía pensado todo, hasta el pretexto para abordar tan inaudita conversación ante el Emperador. Más de uno de sus biógrafos e historiadores ha creído necesario pronunciar solemnes sermones morales sobre este pretexto: «Para engañar a su propia conciencia», dice Orozco y Berra; y el puritano Prescott, frunciendo el entrecejo: «La acción más descarada necesita cubrirse con un velo de decencia» [\[1705\]](#). Pero Cortés no necesitaba para nada de justificación moral. Lo único que andaba entonces buscando era una base diplomática y psicológica para abordar el tema. Toda esta tinta que se ha gastado en defenderle y atacarle a este respecto es tinta perdida, ya que él mismo nos ha dejado el análisis más claro y sincero de sus motivos en su carta-informe al Emperador: «Pasados seis días después que en la gran ciudad de Temixtitán entré, e habiendo visto algunas cosas de ella, aunque pocas según las que hay que ver y notar, por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra había visto, que convenía al real servicio de Vuestra Majestad y a nuestra seguridad que aquel Señor estuviese en mi poder y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir a Vuestra Alteza; mayormente, que los españoles somos algo inoportunos y importunos, e porque, enojándose, nos podría hacer mucho daño y tanto que no hubiese memoria de nosotros, según su gran poder; e también porque, teniéndole conmigo, todas las otras tierras que a él eran súbditas venían más aína al conocimiento y servicio de Vuestra Majestad». Obsérvese que no menciona para nada el cambio ocurrido en la actitud de los mejicanos, según otros relatos, como el de Bernal Díaz, cambio quizá exagerado por historiadores ulteriores para «justificar a Cortés». Su informe es conciso, claro y franco. Su decisión fue de índole puramente política y en su ánimo no entraron para nada las preocupaciones morales que la hubieran hecho hipócrita [\[1706\]](#).

Lo que no parecen haber comprendido sus críticos moralizadores, como Orozco y Berra y Prescott, es que no había razón alguna para que Cortés abrigase la menor duda sobre su derecho a apoderarse del Emperador si así lo creía conveniente. En cuanto al pretexto, vino a hallarlo a mano con una oportunidad que probablemente juzgaría providencial. Las cartas de Juan de Escalante que había recibido en Cholula señalaban a Moteczuma como el iniciador de la celada en que Quauhpopoca había hecho caer a los españoles de la costa con pérdida de cuatro de ellos. Cortés pasó la noche «pensando todas las formas y maneras porque en su prisión no hobiese algún escándalo ni alboroto»; y a tal fin se acordó de este incidente. Tenía pues la vía expedita para una de aquellas operaciones de osadía diplomática en que era maestro. Esta iba a ser sin duda la más atrevida de cuantas intentó y sus fieles soldados estuvieron toda la noche «rogando a Dios que lo encaminase para su santo» servicio» [\[1707\]](#).

A la mañana siguiente, todavía temprano, vinieron a Cortés dos cempoaleses con gran sigilo, a traerle nuevas de Veracruz que acabaron de confirmarle en su resolución y aun le llevaron a ver en ellas como una indicación especial de la providencia: Juan de Escalante había perecido en una batalla contra los aliados de Moteczuma y toda la costa se había alzado contra los españoles. Se echó estas cartas al colete y después de mandar aviso al Emperador se puso en marcha hacia palacio.

Llevaba en su compañía a cinco de sus capitanes, Alvarado, Sandoval, Velázquez de León, Lugo y Dávila, así como buen número de soldados, entre ellos Bernal Díaz y Tapia que nos han dejado sendos relatos de la escena. Iban todos armados y además Cortés había tomado las precauciones que solía en estos casos «dejando buen recaudo en las encrucijadas de las calles». Cortés entró a ver a Moteczuma con unos treinta españoles, dejando otros más en las puertas y en el patio principal. Moteczuma no las tenía todas consigo, pues parece que ya tenía noticias, aunque no completas, de lo ocurrido en la costa, y recibió a Cortés con menos aplomo que de costumbre, si bien de buen humor. Ofrecióle algunas joyas de oro y una hija suya, y a sus capitanes otras muchachas nobles; y después de algunas escaramuzas verbales, Cortés se fue derecho al bulto. Se guardó muy bien de aludir a la segunda batalla, pues una derrota no es nunca buena recomendación, y concentrando su artillería dialéctica sobre los sucesos de Nauhtla o Almería, hizo observar que Quauhpopoca se sacudía toda responsabilidad alegando que había obrado cumpliendo órdenes de Moteczuma; y que aunque él, Cortés, no creía tal cosa, era necesario traer a Méjico a los culpables a fin de averiguar lo ocurrido y dar el castigo a quien lo mereciera. Moteczuma se avino a esta idea sin dificultad y al punto envió mensajeros provistos de su sello personal, piedra pequeña que llevaba atada al brazo, para que trajesen a Méjico a Quauhpopoca y a sus cómplices.

En cuanto hubieron salido los mensajeros, Cortés, después de agradecer al Emperador su diligencia en complacerle, pasó a explicarle que, puesto que le era menester responder ante Carlos V de aquellos españoles muertos por Quauhpopoca, era necesario que hasta tanto que la verdad se aclarase Moteczuma pasase a morar con él, rogándole mucho que no recibiese pena de ello porque no había de estar preso sino en toda su libertad. Muy espantado, replicó Moteczuma que no era persona la suya para que tal le mandase y que aunque a ello accediera, su pueblo no lo toleraría. Dióle Cortés nuevas explicaciones asegurándole «que en el servicio, ni en el mando de su señorío no le ponía ningún impedimento, y que escogiese un cuarto de aquel aposento donde yo estaba, cual él quisiese, y que allí estaría muy a su placer; y que fuese cierto que ningún enojo ni pena se le había de dar, antes, demás de su servicio, los de mi compañía le servirían en todo lo que él mandase». Cruzáronse entre ambos hombres pláticas y razones durante cuatro horas, pero Cortés era tan paciente como testarudo.

No así Velázquez de León, que, más testarudo que paciente, se interpuso en la discusión con aquella su voz «espantosa»: «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso o dalle hemos de estocadas». Al ver alterados a los capitanes, Moteczuma preguntó a Doña Marina «qué decían con palabras tan altas», pero la sagaz mejicana se limitó a contestar: «Señor Moteczuma, lo que yo os aconsejo es que vayáis luego con ellos a su aposento, sin ruido ninguno, que yo sé que os harán mucha honra como gran señor que sois, y de otra manera aquí quedaréis muerto». Todavía intentó el desdichado Moteczuma un último esfuerzo: «Señor Malinche, ya que eso queréis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimas: tomadlos en rehenes y a mí no me hagáis esta afrenta». Pero Cortés se mantuvo firme y al fin el Emperador se resignó a ceder.

Moteczuma mandó a sus domésticos a prepararle un aposento en el palacio de su padre, cuartel general entonces de los españoles, y a poco tiempo, varios «señores» de su Corte, quitadas las vestiduras y puestas por bajo de los brazos, y descalzos, pusieron al Emperador en unas andas «no muy bien aderezadas», y en ellas se lo llevaron con Cortés y los españoles al cuartel general. Iban en mucho silencio y llorando [\[1708\]](#).

*

La ciudad «se comenzó a mover», escribe Cortés a Carlos V. Pero Moteczuma mismo dio órdenes para que se calmase. A su vez Cortés había tomado medidas para que se tratase al prisionero con el mayor respeto, y daba en esto mucho ejemplo, porque siempre que entraba a visitarle le hacía una y muchas, reverencias, hasta el suelo, con que pareció que sosegó mucho su ánimo. Moteczuma se instaló en su nueva morada con tanto lujo y esplendor como en su casa gastaba; sus mujeres, sus baños, sus comidas suntuosas e interminables; su séquito, con un mínimo de veinte grandes señores y consejeros y capitanes siempre en la antesala, toda la vida en fin ostentosa y solemne de potentado oriental a la que estaba acostumbrado, así que «se hizo a estar preso sin mostrar pasión en ello». Pero apenas, hace falta añadir que desde el día en que aceptó ir a ser huésped obligado de su propio huésped, perdió toda la autoridad moral; desde aquel día fatal para él, a pesar de los episodios trágicos que el destino reservaba todavía a los españoles, el verdadero Emperador del Anáhuac fue Hernán Cortés [1709].

Uno de los factores que más contribuyeron a crear tan extraordinaria situación fue sin duda la confusión que produjo en el ánimo de Moteczuma la profecía de Quetzalcoatl. Pero Cortés no podía imaginar que la famosa profecía le rindiese a él tal cosecha de resultados cuando había tomado la decisión de detener al Emperador. Su acto sigue siendo uno de los más osados de concepción y uno de los más hábiles de ejecución que la historia ha conocido. Esta obra maestra de política militar se distingue en particular por el tacto y la deferencia que -salvo una excepción cuidadosamente calculada- mantuvo Cortés constantemente en la forma para con aquel monarca que en esencia decapitaba. Uno de los soldados españoles puestos por Cortés para guardar al Emperador echó de menos dos indias de su servicio, y se las reclamó a Moteczuma, que tuvo a bien prometerle hacer investigar el asunto; dos días después, volvió a repetir el soldado su solicitud y esta vez el Emperador le escuchó con menos paciencia. Respondióle el soldado insolentemente. Moteczuma calló procurando olvidar el incidente, pero llegó el cuento a oídos de Cortés que condenó al soldado a la horca. Magnánimo, el Emperador prisionero salvó la vida al soldado, pero no consiguió de Cortés que le concediese el indulto de la pena del azote [1710].

Iba ya instalándose Moteczuma en su nueva vida de Rey encadenado, cuando veinte días después

de su prisión, llegó Quauhpopoca a Méjico. Venía con gran pompa, como correspondía a un personaje de su importancia, en una litera a hombros de sus criados y con un séquito en que figuraban su hijo y otros quince principales de su región. Ante las puertas del palacio, se apeó, cambió sus vistosas vestiduras por mantas pobres y raídas, se descalzó las sandalias, y así vestido de humildad, entró a presencia de Moteczuma con los ojos bajos. Como suele suceder, las formas de la sumisión y del respeto ante el poder sobrevivían al poder cuya presencia honraban. Nada se sabe de cierto sobre aquella entrevista, que debió de ser dramática. Torquemada atribuye a Moteczuma la ofensiva: el Uei Tlatoani reprende severamente a Quauhpopoca por haber muerto a los españoles y por haberle echado la culpa a él, añadiendo que tal acción merecía el castigo indicado para los traidores, a lo que Quauhpopoca contestó disculpándose sin que el Emperador consintiera en escuchar sus razones [1711]. Aunque puede ser cierta, esta versión más bien parece interpretación española de modos de pensar y de sentir aztecas muy distintos de los nuestros. Mucho más probable es que Moteczuma, después de haber escuchado el relato de Quauhpopoca, le dijera: «Te agradezco que me hayas tomado a esos cuatro prisioneros españoles, y aún más, que me mandases las dos cabezas, pues fueron de gran utilidad como piezas para mi información. Desearía recompensarte como mereces, y a tal fin, como el Barbudo Blanco está furioso con nosotros y es muy probable que necesite hacer algún sacrificio humano para aplacar a su dios de la furia, he pensado darte el honor de ser la víctima para tal sacrificio». Y Quauhpopoca saldría de la presencia imperial con el corazón inundado por la gratitud, dispuesto a morir diez veces por tan magnánimo monarca.

Esa «versión» de la entrevista entre Moteczuma y Quauhpopoca me parece, a pesar de ser mía, mucho más cercana a la realidad que la que nos ha transmitido Torquemada; por lo menos, se ajusta mucho mejor al modo de ser azteca. Para interpretar la mente india, los españoles adolecen del defecto de su mejor cualidad, que es, a mi entender, su fe en la unidad fundamental de los hombres, fe que fluía a su vez de su fe en el Antiguo Testamento y en nuestra común descendencia de Adán y Eva. Puesto que todos descendemos de Adán y Eva, todos somos hermanos -no precisamente en un sentido sentimental, ni siquiera caritativo, pues no está probado, ni mucho menos, que los españoles se entienden con sus hermanos mejor que los hombres de otras naciones- sino meramente en el sentido de que todos los hombres, sea cualquiera su color, vienen a ser poco más o menos lo mismo. De donde se desprende que sus procesos mentales y reacciones han de ser semejantes, o de lo contrario, tiene la culpa el otro. Así se explica la muerte de Quauhpopoca.

Moteczuma lo entregó a Cortés, juntamente con su hijo y los quince de su séquito, juzgados todos responsables de la muerte de los españoles. Fueron procesados; confesaron su culpa, y se les condenó a muerte. Al preguntarles si habían recibido órdenes de Moteczuma para que atacasen y matasen a los españoles, contestaron que no, «aunque después -añade Cortés en carta a Carlos V- al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia, todos a una voz dijeron que era verdad que el dicho Moteczuma gelo había enviado a mandar, y que por su mandado lo había hecho». A pesar de esta afirmación de Cortés, es difícil creer que tal cosa fuera cierta, pues no concuerda con la nobleza y la valentía que parecen desprenderse de toda la actitud de Quauhpopoca. Pero tampoco es necesario caer en el otro extremo, figurándose que Cortés erige aquí una pantalla de falsas confesiones para ocultar lo despiadado de su acción. Téngase en cuenta que todo lo que los acusados decían en su lengua, con mayor o menor claridad, pues cosas y gentes y sucesos se prestaban todos a confusión, llegaba además hasta Cortés a través de dos lenguas, es decir, de dos seres; y que los sucesos mismos eran de suma complejidad, sobre todo en lo concerniente a la responsabilidad de Moteczuma, pues sobran indicios para sospechar que los gobernadores locales tenían instrucciones permanentes del Emperador para apoderarse de españoles vivos, lo menos por tres razones: a) la costumbre tradicional del mejicano de

hacerse así con prisioneros para el sacrificio; b) defensa mágica; c) información; añádase la actitud subconsciente de Cortés, deseoso de hallar responsable a Moteczuma para tenerle más encadenado en su poder y se verá cómo todo convergía para hacer que las respuestas más o menos embrolladas de los prisioneros viniesen a resolverse en afirmaciones de la responsabilidad del Emperador [\[1712\]](#).

No caigamos, además, en el error de atribuir a Cortés normas éticas de conducta pública entonces desconocidas. Hernán Cortés no era un hombre de nuestro tiempo, o más exactamente, no era un intelectual liberal de nuestro tiempo. Yerra quien mida sus actos con normas o reacciones emanadas del alma sensitiva de los contemplativos. Cortés era ante todo un Capitán metido de hoz y de coz en una obra maestra de acción creadora. Las normas por las que hay que medirle son las del arte de la creación pública político-militar. Lo que a la sazón se preguntaba no era: «¿Cómo voy a llevar adelante este negocio a fin de complacer a mis biógrafos y a sus lectores?», sino «¿Cómo voy a explotar este incidente para echarle otro nudo más al dogal que le he puesto a este imperio, teniendo en cuenta que solo tengo en mi favor cuatrocientos soldados y unas cuantas profecías?».

Desde este punto de vista -el suyo y no el nuestro- tenemos que ver la situación. Cortés tenía que considerar: a) la costa alzada contra los españoles; b) la capital, «movida» y en estado de disgusto ante la excesiva prudencia de Moteczuma y su flaqueza frente a Cortés; c) el poderoso armamento que había descubierto almacenado durante su visita al Teocalli así como en Tlatelolco; d) su propia situación en una ciudad completamente rodeada de agua. Para hacer frente a este último aspecto de la cuestión, decidió construir dos bergantines con el aparejo que había desembarcado de las naves antes de echarlas a la costa. Uno de sus soldados, Martín López, que Bemal Díaz mismo da como «bueno para la guerra», era también carpintero de armar. Cortés pidió a Moteczuma madera y mano de obra que puso a disposición de Martín López [\[1713\]](#). Pero, claro está, se trataba de obra a largo plazo, mientras que la situación en la costa exigía acción rápida, efectiva y dramática. Era necesaria la muerte de Quauhpopoca y de sus quince cómplices. Solo un acto tan fulminante podía producir efecto suficiente en un pueblo tan familiarizado con la sangre y con la muerte. Pero ¿cómo habían de morir? Una mera decapitación significaba bien poco para los mejicanos, que veían arrancar corazones todavía palpitantes del pecho de sus víctimas como quien ve al cura comulgar en misa. La imaginación de Cortés dio la respuesta: morirían en la hoguera, en la plaza frente al palacio de Moteczuma, de modo que toda la ciudad viese el castigo ejemplar. Pero si era necesaria una hoguera bastante grande para consumir a dieciséis o diecisiete víctimas, ¿por qué no apiñarla con el arsenal de arcos, flechas, lanzas y espadas de madera armadas de obsidiana que había visto en el Teocalli? Y así vino a completarse el plan: «Hizo sacar de los almacenes de armas que hemos dicho todas las que hubo, que eran arcos e flexas; e varas e tiraderas e rodela e espadas de palo con filos de pedernal, e serían más que quinientas carretadas, e hizo quemarlas e con ellas a Qualpopoca, e para esto dijo que las quemaba, para quemar aquel». Esto escribe Tapia, Capitán de su confianza, en frase estudiosamente equilibrada que deja en pie si la verdadera causa del fuego fue el jefe culpable o el arsenal peligroso [\[1714\]](#).

La ciudad contempló el espectáculo en silencio, espantada ante tal afirmación de poder soberano por parte de un extraño que pasaba por ser su huésped. Para mayor precaución, mientras duraba el castigo, Cortés mandó echar grillos a Moteczuma, «de que él no rescibió poco espanto», último toque de audacia, no el menos asombroso en Cortés. Pero en cuanto terminó la ejecución, se presentó ante su humillada víctima con gran ceremonia y cortesía, acompañado de cinco de sus capitanes. Estaba el Emperador rodeado de parientes y amigos, tristes, llorosos, algunos arrodillados ante él intentando meter pañizuelos de algodón entre los grillos y sus tobillos. Cortés, que le había dejado hacía poco con los grillos puestos, dando grandes señales de indignación, volvió con cara afable y cordial, y en aquel

momento de emoción, el corazón, sin duda al sentirse libertado de la rígida disciplina que le imponía el cerebro, le dictó el gesto que cura y alivia el dolor moral: él, vencedor, se arrodilló ante el vencido y le soltó los hierros deshonrosos [\[1715\]](#). El águila había hecho su labor; era la hora de la serpiente. Cortés aseguró a Moteczuma que lo consideraba, no solo como su hermano, sino como el señor y Rey de muchas tierras y pueblos y que, si en su mano estaba, le conquistaría más para su corona; yendo incluso hasta ofrecerle que regresara a su palacio si así lo deseaba. Pero ya entonces estaba Moteczuma desengañado de las ofertas de Cortés; y sabía además que esta última no era más que un ardid para salvar el prestigio de Moteczuma ante el público, pues en secreto, Cortés había indicado a Aguilar que revelase a Moteczuma que si Cortés viniese a proponerle su regreso a palacio, no aceptase la oferta, porque los demás capitanes y soldados impedirían que llegase a realizarse. De modo que el desdichado monarca a quien, escuchando a Cortés «parecía se le saltaban las lágrimas de los ojos», «respondió con gran cortesía que se lo tenía en merced, empero bien entendió que todo era palabras de Cortés y que ahora al presente que convenía estar allí preso». Cortés le abrazó (sin que esta vez nadie osara impedirle tan sacrilego ademán) y exclamó: «No en balde, señor Montezuma os quiero tanto como a mí mismo». Lo que, si no me equivoco, es uno de los diez mandamientos [\[1716\]](#).

*

Quedaba la costa. La ejecución de Quauhpopoca actuó como un freno potente contra toda acción violenta que pudiera amenazar a los españoles que quedaban en Veracruz -aunque no pasaban de un puñado de hombres-. Pero con la muerte de Escalante había perdido Cortés un amigo leal y un Capitán esforzado. Parece que entonces pasó Cortés por uno de los accesos de excesiva confianza en sí mismo que vinieron de cuando en cuando a oscurecer su claro juicio, aunque solo por breves temporadas. Escogió como sucesor de Escalante en Veracruz a un tal Alonso de Grado, «porque -escribe Bernal Díaz- era hombre muy entendido y de buena plática y presencia, y músico e gran escribano»; ninguno de cuyos talentos, salvo quizá el primero, parece muy apropiado para el puesto en cuestión. Pero Bernal Díaz añade otro detalle que hace todavía más extraño este nombramiento: «Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fue contrario de nuestro Cortés para que no fuésemos a Méjico y nos volviésemos a la Villa Rica; cuando hobo en lo de Tascala ciertos corrillos, el Alonso de Grado era el que lo movía». Tan seguro está ya Cortés de su éxito que manda a Veracruz a uno de sus adversarios. Bien es verdad que ya le hemos visto más de una vez confiar cargos y misiones importantes a los cabecillas del bando contrario; pero en este caso, como iban a demostrarlo pronto los sucesos, se excedió en su confianza. Bernal Díaz pinta una escena deliciosa que revela las intenciones secretas de Cortés al mandar a Alonso de Grado a Veracruz; el buen soldado cronista que sabe decir las cosas sin sacrificar ni la caridad ni la claridad, dice de Alonso de Grado que «si como era de buenas gracias fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto». Y con este intencionado preámbulo, comienza su cuento: «Cuando nuestro Cortés le dio el cargo, como conocía su condición que no era hombre de afrenta y Cortés era gracioso en lo que decía, le dijo: “He aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos, que iréis agora a la Villa Rica como lo deseábades y entenderéis en la fortaleza; y mira no vayáis a ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten”. Y cuando se lo estaba diciendo, guiñaba el ojo, porque lo viésemos los soldados que allí nos hallamos y sintiésemos a qué fin lo decía, porque conocía dél que, aunque se lo mandara con pena, no fuera» [\[1717\]](#).

Esta pequeña comedia abunda en detalles instructivos. No solo confirma el carácter ingenioso y regocijado de Cortés y el ambiente de amena camaradería que sabía mantener entre los suyos, sino que prueba que, al escoger a Alonso de Grado para el mando de Veracruz, lo que Cortés buscaba era la paz entre la guarnición y la zona indígena circundante; a su vez esto viene a reforzar la sospecha de que la

«sangre en el ojo» de Escalante (que sabemos tenía, por Bernal Díaz) tuviese algo que ver con el incidente que le costó la vida tanto a él como a Quauhpopoca.

Pero desde luego, la ingenuidad del hombre para el error es tan rica, varia e irreprimible que, aunque el nuevo gobernador de Veracruz no se metió a saquear aldeas indias, como Escalante lo había hecho, halló en cambio otros modos de dar libre rienda a sus defectos. Hay indicios de que se despidió de Cortés con cierto resentimiento, pues estimuladas su vanidad y su ambición al verse elevado desde filas para suceder a Escalante como Gobernador de Veracruz, solicitó de Cortés sucederle también como Alguacil Mayor, cargo de suma confianza que Cortés había dado ya muy sabiamente a su Capitán favorito Sandoval. Alonso de Grado salió para Veracruz de muy mal humor y no tardó mucho en demostrar que no era hombre para desempeñar aquel puesto: irguióse sobre los vecinos de aquella villa democrática con ínfulas de gran señor y en lugar de dedicarse a las tareas militares y políticas que le había confiado Cortés, «en lo que gastaba el tiempo era en bien comer y en jugar» y en mandar a las aldeas circunvecinas «a les demandar joyas de oro e indias hermosas». Y aun añade Bernal Díaz que «sobre todo esto, que fue peor que lo pasado, secretamente convocaba a sus amigos e a los que no lo eran, para que si viniese a aquella tierra Diego Velázquez de Cuba o cualquier su capitán, de dalle la tierra» [1718].

Al enterarse de la conducta de Alonso de Grado, Cortés sintió gran enojo no solo con él sino, lo que es mucho más significativo, consigo mismo. Se daba cuenta de que había obrado de ligero. Destituyó al Gobernador fracasado, y dando esta vez al asunto mayor atención, confió aquel mando tan importante a su Capitán más joven, su amigo de confianza Gonzalo de Sandoval. «Fue capitán muy esforzado -escribe de él Bernal Díaz con quien parece haberle unido buena amistad-, y sería cuando acá pasó de hasta veinte e cuatro años. Era del cuerpo y estatura no muy alto, sino bien proporcionado y membrudo, el pecho alto e ancho y ansí mismo tenía la espalda; de las piernas era algo estebado y muy buen jinete; y el rostro tiraba algo a rebusto; e la barba y el cabello que se usaba, algo crespa y a castañada, e en la voz no la tenía muy clara sino algo espantosa y ceceaba tanto cuanto. No era hombre que sabía letras sino a las buenas llanas, ni era codicioso sino solamente tener fama y hacer como buen capitán esforzado; e en las guerras que tuvimos en la Nueva España siempre tenía cuenta con los soldados que le parecía a él que lo hacían como varones y los favorecía y ayudaba. No era hombre que traía ricos vestidos sino muy llanamente; tuvo el mejor caballo y de mejor carrera y revuelto a una mano y a otra que decían se había visto dos ni en Castilla ni en otras partes; e era castaño y una estrella en la frente y un pie izquierdo calzado. Decíase Motilla y cuando agora hay diferencia sobre buenos caballos se suele decir: “en bondad es tan bueno como fue Motilla”. [...] Deste Gonzalo de Sandoval fue por quién dijo el marqués Cortés a Su Magestad que demás de los fuertes soldados que tuvo en su compañía que fueron tan esforzados que se podían contar entre los muy nombrados que hobo en el mundo; y que entre todos que Sandoval era ya su coronel de muchos ejércitos y para decir y hacer; fue natural de Medellín, hijodalgo; su padre fue Alcalde de una fortaleza» [\[1719\]](#).

Moteczuma entrega su soberanía a Cortés

Poco a poco, Cortés se fue instalando como gobernante de hecho del Anáhuac. Moteczuma era su prisionero. Al principio, los súbditos del Emperador apresado intentaron por toda suerte de medios hacerle recobrar la libertad, y el propio Moteczuma colaboró por lo menos en uno de estos intentos, quizá el más desesperado: «Si no fuera por el particular cuidado que se tuvo -escribe Torquemada- se lo hubieran sacado, porque muchos horadaban las paredes y usaban de otras diligencias; y un día se quiso echar de una azotea de diez estados en alto para que los suyos le recibiesen, si no le detuviera un castellano de los que le guardaban, que se halló cerca» [\[1801\]](#).

De este humor deseoso de escapar parece haber pasado el Emperador a otro más resignado que, como sucesos posteriores iban a demostrar, emanaba de una fe tan arraigada como la del propio Capitán que lo tenía prisionero. Cortés hizo todo lo que en su mano estuvo para hacerle la situación más llevadera, y en particular veló siempre porque los españoles observasen las formas de la deferencia más respetuosa para con el soberano azteca. El mismo Uei Tlatoani parece haberse esforzado en buscar compensación para lo humillante de su estado en una distribución generosa de regalos entre sus carceleros y hasta en cierta ostentación de sus atributos regios. Todos los cronistas españoles pintan abundantes detalles de esta generosidad del monarca caído, pero ninguno puede rivalizar con el inimitable Bernal Díaz en la gama de su colorido que va de lo cortesano a lo tosco y aun a lo grosero. Cortés con algunos de sus capitanes solía visitar al Emperador por las mañanas después de la oración matinal (pues ya entonces no decían misa por haberse acabado el vino, «que como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tascala, dieron prisa al vino que teníamos para misas») [\[1802\]](#). Pasaban la mañana en conversación con el Uei Tlatoani, con frecuencia sobre cuestiones religiosas, que solían girar en torno a los méritos respectivos de sus dioses. Moteczuma seguía firme en su fe azteca a pesar de los esfuerzos que los españoles hacían para darle el ejemplo de la devoción cristiana. «Cada día -cuenta Bernal Díaz- estábamos en la iglesia rezando de rodillas, delante del altar e imágenes, lo uno por lo que éramos obligados a cristianos e buena costumbre, y lo otro porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesan y se inclinasen a ello». Otras veces, Cortés y sus capitanes se entretenían jugando con Moteczuma y sus allegados a juegos mejicanos, uno en particular llamado totoloque, que consistía en tirar «unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían, hechos de oro, para aquel juego, y unos tejuelos que también eran de oro». Se jugaban valiosas joyas por ambas partes. Llevaba los tantos de Moteczuma un sobrino suyo, y los de Cortés, Pedro de Alvarado. No tardó el Emperador en observar que, de cuando en cuando, Alvarado le apuntaba una raya de más a Cortés, y «como lo vio, decía con gracia y risa» que el Tonatio le hacía trampa. «Todos nosotros los soldados, que en aquella sazón hacíamos guarda, no podíamos estar de risa». Las trampas de Alvarado se resolvían en cortesía, ya que era costumbre que las joyas y preseas se distribuyeran, si el ganancioso era Cortés, al séquito de Moteczuma y si el ganancioso era Moteczuma, al séquito de Cortés. A pesar de que estas ganancias del juego solían caer con relativa frecuencia entre los soldados españoles, refiere Bernal Díaz, que «aun no por lo que nos daba del juego dejaba cada día de darnos presentes de oro y de ropa». Bernal Díaz se hace lenguas de la generosidad afectuosa del Uei Tlatoani: «Era tan bueno que a todos nos daba joyas, a otros mantas e indias hermosas. Como en aquel tiempo yo era mancebo, y siempre questaba en su guarda o pasaba delante del con muy gran acato, le quitaba mi bonete de armas y aun le habían dicho el paje Ortega que vine dos veces a descubrir esta Nueva

España primero que Cortés, y yo le había hablado al Orteguilla que le quería demandar a Montezuma que me hiciese merced de una india muy hermosa, y como lo supo el Montezuma me mandó llamar, e me dijo: “Bernal Díaz del Castillo, hanme dicho que tenéis motolína de ropa y oro, y os mandaré dar hoy una buena moza. Tratalda muy bien, ques hija de hombre principal. Y también os darán oro y mantas”. Yo le respondí con mucho acato que le besaba las manos por tan gran merced y que Dios Nuestro Señor le prosperase; y paresce ser preguntó al paje que qué había respondido, y le declaró la respuesta, y dizque le dijo el Montezuma: “De noble condición me parece Bemal Díaz”.» [1803].

Pero, desde luego, todos los soldados españoles no eran de condición tan noble como la del soldado cronista, y bien le vino a la compañía de Cortés que Orteguilla estuviese al lado del Emperador para darle «a entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cual era caballero o cual no», porque había alguno que otro en la rueda que no honraba gran cosa a los demás. «Me acuerdo -escribe fielmente nuestro cronista cumpliendo con su obligación de decirlo todo lo mejor que puede- que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo y bien dispuesto y de muy grandes fuerzas, que se decía Hulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabía el cuarto de noche de la vela, era tan mal mirado que, hablando con acato de los señores leyentes, hacía cosas deshonestas que lo oyó el Montezuma; e como era un rey destas tierras tan valeroso, túvolo a mala crianza y desacato que en parte que él lo oyese se hiciese tal cosa y sin miramiento de su persona, y preguntó a su paje Orteguilla que quién era aquel malcriado e sucio; y dijo que era hombre que solía andar en la mar y que no sabe de pulida e buena crianza. [...] Desque fue de día, Montezuma lo mandó llamar y le dijo que por qué era de aquella condición que, sin tener miramientos a su persona, no tenía aquel acato debido; que le rogaba que otra vez no lo hiciese. Y mandóle dar una joya de oro que pesaba cinco pesos. Y el Trujillo no se le dio nada por lo que le dijo, y otra noche adrede, creyendo que le daría otra cosa», repitió la suerte. Este ingenioso explotador de sus propias flaquezas fue objeto de castigo, aunque leve, por parte de Juan Velázquez de León, Capitán de la guardia que se limitó a quitarle del servicio del Emperador. Es seguro que Cortés no llegó a enterarse de lo ocurrido, pues de otro modo le hubiera costado la vida al indiscreto marinero [1804].

Impresionaba mucho a Cortés el tren imperial y lo que fácilmente se imaginaba que debía de costar. No parecía existir límite alguno a los gastos de aquella casa derrochadora. Además de los corrientes, la administración de Moteczuma tenía que hacer frente a los de la tropa de Cortés, cada uno de cuyos soldados españoles tenía además dos o tres naborías o esclavos indígenas para su servicio personal, todo ello a cargo del tesoro imperial. Cortés intentó aliviar este peso decretando que ningún español podría tener a su servicio más de una india encargada de su cocina; pero al enterarse Moteczuma se lo reprochó como un atentado a su dignidad y dio órdenes de que se diese mejor alojamiento y doble ración a las naborías de todos los soldados españoles. No parece posible explicar esta decisión de otro modo que como un esfuerzo de su espíritu deprimido para mantenerse enhiesto en su grandeza imperial. Cortés le dio las gracias por ello y sin duda también tomó nota del hecho en sí como nueva prueba de la riqueza de una tierra que tales derroches podía permitirse [\[1805\]](#).

Estaban a la sazón Capitán y Uei Tlatoani en excelentes términos, y Moteczuma, aunque siempre estrechamente vigilado por fuerzas españolas, gozaba de plena libertad de movimientos. La primera vez que manifestó deseo de comunicarse con «su Vichilobos», Cortés le dio autorización para trasladarse al Teocalli, avisándole, sin embargo, de que irían con él bastantes capitanes y soldados para hacerle pagar con la vida el menor intento de escapada o desorden. También le rogó que se abstuviese de sacrificios humanos. Salió el Emperador del cuartel general con toda pompa y majestad. Le precedían sus tres heraldos, llevando las varillas de oro tan en alto como de costumbre, y le seguían

cuatro capitanes españoles al mando de ciento cincuenta soldados, sin olvidar al fraile de la Merced, para impedir sacrificios humanos. Pero cuando los españoles llegaron al Teocalli, se encontraron con cuatro víctimas ya sacrificadas durante la noche en espera de la visita imperial.

Terminados y lanzados al agua los bergantines, Moteczuma pudo gozar de otra distracción, nueva para él, que le hacía olvidar su destino sin porvenir. El Uei Tlatoani vio con verdadera delicia las velas veloces rasgar el viento y el agua sobre su laguna, otrora perezosa y soñolienta, solo rizada por las canoas lentas y los rítmicos remos, y al punto expresó el deseo de ir en una de las nuevas canoas aladas al peñón de Tepepolco, donde tenía un coto de caza. Accedió Cortés de buena gana y Moteczuma se entregó a su deporte favorito, en compañía de doscientos soldados al mando de Velázquez de León, Alvarado, Olid y Dávila, «todos de sangre en el ojo», para vigilarlo. Los marineros deseosos de lucirse, «mareaban las velas de arte que iban volando», dejando atrás las canoas en que iban los monteros del Emperador. Volvió Moteczuma muy contento. Estas expediciones de caza eran a ojos de los españoles uno de los atributos de la grandeza real, parejo a la liberalidad que ya habían observado en el Emperador. Cuenta Bernal Díaz un episodio en que se combinan felizmente estas dos características reales. Hallábanse tres capitanes y unos cuantos soldados en compañía de Moteczuma, cuando vino a abatirse un gavilán en unas salas o galerías persiguiendo a una codorniz de las muchas aves mansas que en las casas y palacios de Moteczuma se criaban «por grandeza». El gavilán llevó presa. Viéronlo los capitanes, y uno de ellos, Salcedo el polido, que había sido Maestresala del Almirante de Castilla exclamó: «¡O qué lindo gavilán, y qué presa hizo y qué buen vuelo tiene!». Todos hicieron coro y se pusieron a conversar sobre las buenas aves de caza y de volatería que había en el país. Mirábales Moteczuma y preguntó a Orteguilla de qué hablaban. Le explicaron que aquel gavilán era muy bueno y que si tuviese otros como aquel, les enseñarían a venir a la mano y aprenderían a cazar cualquier ave. Entonces, el Emperador dio orden de que trajesen a los españoles aquel mismo gavilán. «Todos nosotros, los que allí nos hallamos, le quitamos las gorras de armas por la merced» [\[1806\]](#).

*

Así iban las cosas moviéndose gradualmente hacia un estado de pacífica colaboración y goce de la vida entre el Uei Tlatoani y sus secuestradores. Pero esta situación había minado la autoridad moral de Moteczuma en el país, y la oposición contra su política resignada vino a encarnar en Cacama, el rey de Tetzcuco [\[1807\]](#). Este joven príncipe no parece haber escogido con acierto a sus secuaces. Su primer error consistió en asociarse a dos de sus hermanos, más ambiciosos que leales. Obtuvo también promesas firmes de los caciques de Coyohuacán y de Matlatzinco, ambos deudos de Moteczuma, así como de Tocoquiuhatzin, señor de Tlacopán, y de Cuitlahuac, hermano de Moteczuma, que reinaba en Iztapalapa. La conspiración, que ya flaqueaba a causa de disensiones internas, llegó a oídos de Moteczuma y de Cortés. El Emperador confió a Cortés lo que sabía, que era más de lo que había llegado a conocimiento del capitán español. Cortés aconsejó a Moteczuma que le diese bastantes fuerzas mejicanas para ir a Tetzcuco a apoderarse del rebelde, pero Moteczuma daba largas. Entonces intentó Cortés negociar con Cacama, instándole repetidas veces a que cesase en sus rebeldías «en deservicio a nuestro rey y señor», con lo cual, naturalmente, quería decir Carlos V; pero el fogoso Cacama le contestó «que ni conocía a rey ni quisiera haber conocido a Cortés» [\[1808\]](#).

Reunió Cacama un consejo de guerra en el que se declaró dispuesto a acabar con los españoles en cuatro días, pues, dijo, no eran inmortales ni ellos ni sus caballos, y todos habían visto la cabeza de un teul muerto y el cadáver de un caballo. Los destruiría a todos «e con nuestros cuerpos temían buenas

fiestas y hartazgas; que el tío era una gallina», a no ser que los blancos le hubiesen helado el corazón con sus hechizos y con aquella mujer que ponían en los altares. En una palabra la guerra [\[1809\]](#).

Entonces, por consejo de Cortés, según Bernal Díaz, por iniciativa de Moteczuma, según Cortés, quedó decidido apoderarse del rebelde por un ardid apenas honrado, pues, según escribe Cortés a Carlos V, Moteczuma «tenía en su tierra del dicho Cacamacín muchas personas principales que vivían con él, y les daba su salario» [\[1810\]](#). Aconsejado por estos falsos amigos a sueldo de Moteczuma, Cacama acudió a una entrevista en una de sus casas construidas sobre el lago, «de tal manera edificada que por debajo de toda ella navegan las canoas». Allí precisamente tenía Moteczuma emboscadas canoas con gente armada que se apoderaron de su imprudente sobrino, salieron a la laguna y se lo llevaron a Méjico, «en unas andas como su estado requería, o lo acostumbraban, y me lo trujeron - escribe Cortés, y añade-: al cual yo hice echar unos grillos y poner a mucho recaudo». Destronado Cacama, Cortés de acuerdo con Moteczuma, dio el trono de Tetzcuco a un su hermano llamado Cuicuitzcatl, o Golondrina. Bautizado este pájaro, recibió el nombre de Don Carlos, «y él fue obediente en todo lo que yo, de parte de Vuestra Majestad le mandaba». Obtuvo además Cortés de Moteczuma el encarcelamiento de los cómplices de Cacama, en particular, de To- coquihuatzin, Cuitlahuac y el señor de Coyohuacán. Al mandar a Grado a Veracruz, había enviado instrucciones a sus herreros que le forjasen una cadena de hierro muy gruesa y pesada, detalle que arroja curiosa luz sobre su sentido previsor, pues ahora vino a revelarse el porqué de aquellas tempranas instrucciones: la cadena sirvió para trabar a ella a los reyes encarcelados, y entre ellos a Cacama y a Cuitlahua [\[1811\]](#).

*

«Miren qué gran señor era -exclama Bernal Díaz- quedando preso, así era tan obedecido» [\[1812\]](#). Pero ¿cómo explicar que, contando implícitamente con tanta obediencia más allá de los muros de su cárcel dorada, Moteczuma consintiese en tan miserable estado de sumisión hasta sacrificar a su propio sobrino Cacama y a su propio hermano Cuitlahuac?

La causa está fuera de duda: el prejuicio religioso. Moteczuma no era solo el jefe supremo del ejército azteca; era además el sacerdote supremo de la religión nacional. Sabemos por Bernal Díaz, testigo de vista y de oído, que la razón por la que siguió prisionero aun después de que Cortés le brindase, más o menos sinceramente, oferta tras oferta de libertad, fue su convicción de que la situación en que se hallaba le había sido prescrita por sus dioses. El proceso que siguió su ánimo hasta llegar a tal convicción, tal y como puede seguirse paso a paso en las páginas de Bernal Díaz, se resuelve en una autosugestión, que en un sacerdote supremo resulta ser, a juzgar por este ejemplo, singularmente fácil. Moteczuma comenzó por echar mano de Uitchilipochtli a modo de pantalla para ocultar su impotencia el día en que Cortés le impuso su secuestro por la fuerza de voluntad. Apenas había consentido en ello, tras cuatro horas de tenaz discusión, cuando, a indicaciones de Cortés, contestó a sus parientes y allegados, inquietos al verle marchar, «que él holgaba de estar algunos días allí con nosotros de buena voluntad y no por fuerza [...] y que no se alborotasen ellos ni la ciudad, ni tomasen pesar dello, porque aquesto que ha pasado, de estar allí, que su Vichilobos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos papas que lo saben que hablaron con su ídolo sobrello». Fue pasando el tiempo, y cuando pidió a Cortés permiso para ir al Teocalli a hacer sus devociones, explicó que no era solo para cumplir con sus dioses, sino también «para que conozcan sus capitanes y principales, especial ciertos sobrinos suyos que cada día le vienen a decir le quieren soltar y darnos guerra, y qué les da por respuesta qué se huelga destar con nosotros porque crean que como se lo ha dicho e se lo ha

mandado su dios Vichilobos, como ya otra vez selo ha hecho creer». Finalmente, cuando intentó calmar al impetuoso Cacama, le mandó un recado para decirle que «de su prisión, que no tenga él cuidado; que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello, y que Malinche le ha dicho dos veces que se vaya a sus palacios, y qué no quiere, por cumplir el mando de sus dioses, que le han dicho que sesté preso, y que si no lo está, que luego será muerto, y questo que lo saben muchos días ha de los papas questán en servicio de los ídolos»[1813].

Así, pues, lo que empezó como pretexto plausible culminó en una especie de inspiraciones, ya fuese a causa de haber intervenido alguno de sus sacerdotes o en virtud de una especie de proyección externa de su decisión íntima de no resistir. Sea de ello lo que fuere, Moteczuma concibió su prisión como un hecho ordenado por los cielos. De aquí, que pasara sin dificultad a aceptar no solo la prisión sino sus consecuencias, incluso el sacrificio de su hermano y de su sobrino, y aun el suyo propio, puesto que terminó por reconocer en forma solemne la abdicación de su soberanía ante la del rey de España.

Este acto de sumisión ante una asamblea solemne y oficial de los notables mejicanos, y en presencia de un escribano público oficial, representante de la Corona de España, fue extraña ceremonia que lleva todo el sello de las cosas de Cortés. Sus días salmantinos, el lado «letras» de su doble personalidad, su modo de ser legalista, su fe implícita en la colectividad universal de los hombres de razón, en cuyo seno las cosas han de pasar con arreglo a normas generalmente aceptadas, todas estas tendencias tan típicas de Cortés se ven vivir en el consejo que dio a Moteczuma y que Bernal Díaz nos transmite con su habitual candor: «Dijo a Montezuma que dos veces le había enviado a decir antes que entrásemos en Méjico que quería dar tributo a su Majestad y que [...] será bien qué y todos sus vasallos le den la obediencia, porque así se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia que dan las parias o tributos» [\[1814\]](#). De igual modo que se negaba siempre a aceptar una india hermosa para su cámara sin primero bautizarla, así sentía escrúpulo en «aceptar» la riqueza y el poder de aquel imperio que había conquistado hasta que la cabeza visible del imperio firmase oficialmente la cesión de su soberanía ante el escribano público del Emperador cristiano cuya Corona simbolizaba la unidad de los hombres de razón y de su ley.

Tal es el fondo psicológico sobre el que ha de imaginarse aquel día histórico a fin de percibir su verdadero significado. Aquel día el mundo cristiano extendió sus dominios a un imperio nuevo. La Edad Media, o en otros términos, el Imperio Romano bautizado en el Jordán, abrió una ventana sobre un paisaje distinto de la humanidad y comenzó el Renacimiento en la acción. Aquel día el cristiano abarca todo el ámbito del hombre. Tal avance en la experiencia humana no podía producirse sin tristeza y dolor, pues no le es dado al hombre elevarse un solo paso por el empinado Teocalli de la historia sin cubrir de sangre y lágrimas la grada que acaba de dejar atrás. Nada más conmovedor quizá en todo el vasto libro de la historia que el relato de esta escena singular por uno u otro de los dos testigos presenciales: Bernal Díaz y el propio Cortés.

Cuando Moteczuma supo el deseo de Cortés, convocó a los notables del Anáhuac a una conferencia a la que no se halló presente más español que el paje Orteguilla. El Emperador mejicano expuso a la asamblea los mismos argumentos con los que había intentado justificar su pasividad ante sí mismo y ante sus compatriotas: los hombres que habían de venir de oriente; su identidad con los españoles, punto sobre el cual dice Bernal Díaz «qué tiene entendido por lo que sus dioses le han dicho que somos nosotros, e que se lo han preguntado a su Huichilobos los papas que lo declaren, y sobre ello les hacen sacrificios y no quieren respondelles, como suelen, y lo que más les da a entender

el Huichilobos es que lo que les ha dicho otras veces, aquello da ahora por respuesta, e que no le pregunten más». Moteczuma, interpretando sobre esta base, tan insuficiente para nosotros laicos, la voluntad de Vichilobos (pues para eso era sacerdote supremo) continuó diciendo: «e que ansí bien dan a entender que demos la obediencia al rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos teules que son, y porque al presente no va nada en ello, y el tiempo andando veremos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros dioses». Aquí volvió a repetir Moteczuma que la causa de avenirse a estar secuestrado era «e si agora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces que mi gran Vichilobos me lo ha mandado»[1815].

Con excepción de unos cuantos notables que se habían negado a acudir a la convocatoria del Uei Tlatoani, el acuerdo, aunque no entusiasta, fue general, quedando fijada la ceremonia para el día siguiente, no conocido con exactitud, del mes de diciembre de 1519. Tuvo lugar en una de las grandes salas del palacio de Axayacatl donde a la sazón vivían Moteczuma y Cortés. Rodeaba a Moteczuma brillante séquito de notables. Cortés se hallaba presente con todos sus capitanes y gran número de sus soldados. Su secretario, Pero Hernández, actuó de escribano real. Moteczuma dirigió a sus compatriotas una alocución que conocemos, por la carta de Cortés al Emperador, y por lo tanto, inevitablemente refractada al pasar de un ambiente mental a otro tan distinto: «Hermanos y amigos míos, ya sabéis que de mucho tiempo acá vosotros y vuestros padres y abuelos habéis sido y sois súbditos y vasallos de mis antecesores y míos, e siempre de ellos y de mí habéis sido muy bien tratados y honrados; e vosotros asimismo habéis hecho lo que buenos y leales vasallos son obligados a sus naturales señores; y también creo que de vuestros antecesores teméis memoria cómo nosotros no somos naturales de esta tierra, e que vinieron a ella de otra muy lejos, y los trajo un señor que en ella los dejó, cuyos vasallos todos eran; el cual volvió dende a mucho tiempo y halló que nuestros abuelos estaban ya poblados y asentados en esta tierra, y casado con las mujeres de esta tierra, y tenían mucha multiplicación de hijos, por manera que no quisieron volverse con él, ni menos lo quisieron recibir por señor de la tierra; y él se volvió y dejó dicho que tomaría o enviaría con tal poder que los pudiese constreñir y atraer a su servicio. [Este “constreñir y atraer”, armas y letras, águila y serpiente, es toque de color que Cortés añade subconscientemente a las palabras de Moteczuma]. E bien sabéis que siempre lo hemos esperado, y según las cosas que el capitán nos ha dicho de aquel rey y señor que le envió acá, y según la parte de do él dice que viene, tengo por cierto, y así lo debéis vosotros tener, que aqueste es el señor que esperábamos; en especial que nos dice que allá tenía noticia de nosotros. E pues nuestros predecesores no hicieron lo que a su señor eran obligados, hagámoslo nosotros, y demos gracias a nuestros dioses porque en nuestros tiempos vino lo que tanto aquellos esperaban. Y mucho os ruego, pues a todos os es notorio todo esto, que así como hasta aquí a mí me habéis tenido, y obedecido por Señor vuestro, de aquí adelante tengáis y obedezcáis a este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengáis a este su capitán, y todos los tributos y servicios que fasta aquí a mí me hacíades, los haced y dad a él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare; y además de facer lo que debéis y sois obligados, a mí me haréis en ello mucho placer».

«Todo lo cual -añade Cortés a Carlos V- les dijo llorando, con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podía manifestar». Las lágrimas caían también por las mejillas de los viriles mejicanos presentes, que durante algún tiempo, dice Cortés, no le pudieron responder. Pero aún hay más: sigue escribiendo el capitán español tan valeroso y frío: «Y certifico a Vuestra Sacra Majestad que no había tal de los españoles que oyese el razonamiento que no hobiese mucha compasión»; a lo que añade Bemal Díaz: «E queríamoslo tanto e de buenas entrañas que a nosotros, de velle llorar, se nos enternecieron los ojos, y soldado hobo que lloraba tanto como Montezuma, tanto era el amor que le temamos». Oviedo, que no peca de tierno para con los derechos de los indios siempre que se trata de

extender los dominios de la cristiandad, comenta esta escena con las palabras siguientes: «Las obediencias que se suelen dar a los príncipes, con risa e con cantares e diversidad de música e leticia en señales de placer se suele hacer, e no con lucto ni lágrimas e sollozos, ni estando preso quien obedece; porque, como dice Marco Varron “lo que por fuerza se da, no es servicio, sino robo”.» [\[1816\]](#).

Esta crítica franca y honrada de Oviedo prueba la riqueza de opinión que desde sus comienzos distingue al imperio español como concepto intelectual. Más lejos todavía del conquistador, Las Casas sostenía el punto de vista intransigente del cristiano: solo la predicación del Evangelio, hecha por medio de amor y no por medios de guerra puede justificar la invasión del Nuevo Mundo por los españoles. «Hablando con él en Méjico -escribe, refiriéndose a Cortés- en conversación, diciéndole yo con qué justicia y conciencia había preso aquel tan gran rey Moteczuma y usurpándole sus reinos, me concedió el cabo todo y dijo: “Qui non intrat per ostium fur est et latro”. Entonces le dije a la clara, con palabras formales: “Oigan vuestros oídos lo que dice vuestra boca” y después todo se pasó en risa, aunque yo lo lloraba dentro de mí, viendo su insensibilidad, teniéndole por malaventurado» [\[1817\]](#). Tres españoles de la conquista; tres voces; tres actitudes: el conquistador, el fraile, el historiador-capitán-granjero. Cada uno intenta darse cuenta de los sucesos que cree estar viviendo, pero que en realidad le están viviendo a él. Cortés y Las Casas, los absolutos mutuamente incomprensibles, se ponen al parecer de acuerdo en que «el que no entra por la puerta es un malhechor y un ladrón»,.porque, de los dos, Cortés es el más mundano y sabe cómo ceder en la conversación; pero todo termina en risa, el viento alegre que se lleva las rígidas espadas, permitiendo así que las manos ya vacías puedan unirse en amistad. Oviedo no va al fondo de lo que comenta, pues Moteczuma no estaba prisionero de Cortés por presión militar de los españoles, y pudiera casi decirse que no era prisionero de Cortés sino de sí mismo. Era su fe, o quizá su falta de fe, la que le había entregado atado de pies y manos a los españoles; y la fe de sus compatriotas fue la que les hizo aceptar la proposición inaudita de Cortés. Si lo hubieran querido, o mejor dicho si su fe les hubiera permitido quererlo, los mejicanos hubieran podido hacer picadillo de los españoles (jamás fue más exacta esta metáfora); pero les paralizó, no como suele decirse superficialmente, la fuerza militar de Cortés, sus caballos y cañones, sino su propio «Vichilobos».

Frente a ellos, una fe semejante en su integridad, si bien muy distinta en su esencia, daba a los españoles tanta firmeza en su derecho a exigir la obediencia de los mejicanos como la que los mejicanos tenían en su deber de concederla. Pero unos y otros eran hombres; unos y otros se daban cuenta de la honda tragedia que siempre es para un hombre el tener que entregarse en manos de un extraño; unos y otros sentían la gravedad del momento y tenían conciencia de ser instrumentos de fuerzas por encima de todos ellos. Cuando Moteczuma entregaba su trono a Cortés con los ojos arrasados de lágrimas, lloraba por sentirse impotente ante los dioses; y cuando los españoles lloraban por amor de él, vertían lágrimas por la miseria del hombre, juguete de altos poderes ocultos.

Solo así podemos explicarnos la compasión que hacia su víctima sentían en aquel instante, no solo los soldados entristecidos de que habla Bernal Díaz, sino todos los soldados y capitanes españoles y aun el mismo Cortés. Era todavía entonces Cortés hombre de ojos secos. Todavía no le había penetrado hasta la fuente del llanto el dolor de la experiencia humana; pero nadie que lea su relato de la escena al Emperador dejará de percibir el aroma de sincera compasión que mana de su corazón viril -¿hacia quién? Hacia el hombre de cuyo dolor era causante-. Descartemos la hipocresía, pues no conoce la historia hombre menos hipócrita que Cortés. Solo queda que, en plena lucha, seguía capaz de sentir la unidad superior que une a todos los hombres por encima del plano en que sus destinos temporales los dividen.

Y por ultimo, impregnaba la escena ese dolor universal emanado del dolor personal que tan maravillosamente expresa Otelo: «¡Qué lástima, Yago, qué lástima!». La vida humana malgastada, no solo la vida que fluye en la sangre y se pudre en la carne muerta, sino la vida del espíritu, echada a perder en un duelo frontal entre dos civilizaciones sembradas, crecidas y granadas en dos suelos distintos, bajo dos climas distintos, y sin embargo, nacidas de la misma simiente y bajo el mismo cielo; dos civilizaciones que no acertaban a vivir en compañía y a fecundarse mutuamente más que mediante aquella opresión espiritual trágica, humana, demasiado humana. Aquella escena en la Méjico azteca moribunda, en que los hombres de Cortés lloraron por Moteczuma, es uno de los momentos de más emoción en la historia del descubrimiento del hombre por el hombre; momento de unidad profunda, alcanzada, no como afirmaban dogmáticamente los cristianos, por la creencia en un origen común, sino por la experiencia común de un mismo dolor y de una misma vergüenza ante la incapacidad humana frente a la vida. En aquel día el hombre lloró por el hombre y la historia lloró por la historia. La honda tristeza de aquel día trágico pero noble parece inspirar, con otras formas del dolor perenne de los hombres, este verso inolvidable de Camoens:

O tempo, o mesmo tempo, de sí chora.

Cortés entrega su conquista al azar

El reconocimiento de la soberanía de Carlos V por el Magistrado Supremo del Estado mejicano dio a Cortés la seguridad completa que ansiaba sobre su derecho a ejercer poder absoluto sobre el país. Por increíble que parezca aún hoy, cuando ya podemos darnos cuenta de la influencia ejercida sobre los sucesos por los prejuicios religiosos de Moteczuma, Cortés había conquistado el Imperio mejicano con poco más de cuatrocientos hombres, trece caballos, y unos cuantos cañones pequeños; pero además sin combatir casi, pues la campaña de Tlaxcala, aunque muy peligrosa, había sido muy corta. Es, pues, esta su primera conquista de Méjico obra maestra de economía de medios militares insuperada en toda la historia. Sin duda quedaban peligros, pero la pericia y la audacia que habían vencido peligros muchos mayores en el pasado podrían hacer frente en el porvenir a todo lo que la suerte le deparase. Cortés era sin disputa dueño absoluto de todo el Anáhuac.

Con aquella mirada serena y creadora que le distingue, comenzó inmediatamente a hacer inventario de la situación. Su actividad se concentró al principio en tres direcciones: oro, estudio económico y estratégico del país; cuestiones religiosas.

Lo más importante era el oro. Para un conquistador usual, la explotación económica del país conquistado es sin duda la actividad más beneficiosa. Pero este es fruto que tarda en madurar. Cortés era un conquistador cuya aventura había comenzado de un modo irregular y que, por lo tanto, necesitaba resultados inmediatos para justificar su conducta lo antes posible. Tenía que hacer frente primero a sus soldados, que le habían seguido en espera de hacer fortuna; después a su propia ambición, pues ya tenía que satisfacer los gastos de una casa de gran señor; además, a los capitanes y otras personas de viso a quienes había hecho tales o cuales promesas durante las crisis por que había atravesado su empresa ya desde antes de salir de Cuba; finalmente a los tributos que había que mandar al Tesoro Real, así como a otras cargas menos oficiales para tener bien dispuesto el mundo de los poderosos que rodeaban a Carlos V. Mucho oro hacía falta para satisfacer tantas necesidades.

Una noche, cavilaba Cortés su plan de apoderarse de Moteczuma, yendo y viniendo en su morada, como león en jaula, cuando se le presentaron Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo para contarle que Alonso Yáñez, «carpintero de lo blanco» del ejército, que andaba buscando en palacio una pared bastante fuerte para adosar sobre ella el altar de la Virgen, había observado un lugar con signos evidentes de haberse tapiado una puerta, dejándolo todo encalado y cubierto de estuco. Sospechaban carpintero y capitanes que tras de aquella puerta podría hallarse el famoso tesoro de Axayacatl. Cortés decidió que se abriese secretamente aquella puerta; «y Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro y vieron tanto número de joyas de oro, e en planchas y tejuelos muchos y piedras de chalchivis, y otras muy grandes riquezas, quedaron enlevados y no supieron qué decir de tanta riqueza». Los españoles pusieron por nombre a aquel lugar secreto la Joyería, pero, también contenía grandes cantidades de objetos de algodón, en arcas que se elevaban hasta las vigas del techo y eran tan anchas que, cuando más adelante, gracias a la generosidad de Moteczuma, se fueron vaciando, podían alojarse dos soldados españoles en cada una de ellas. Cortés permitió a todos sus soldados que fuesen a ver todo aquel esplendor oculto y después volvió a hacer tapiar la puerta[1901].

Claro está que no por eso abandonaba toda esperanza de apoderarse de aquel tesoro de cuento de hadas. No era Cortés mismo ningún capitán de cuento de hadas. Al volver a tapiar la puerta, lo único que hacía era manifestar su puntilloso respeto de la forma. Apoderarse inmediatamente y por la fuerza de aquel tesoro, cosa que algunos de sus capitanes y soldados -hombres como Velázquez de León o Alvarado, aunque no ciertamente Bernal Díaz, hubieran hecho- era para él acto de poca hidalguía. Prefirió esperar «hasta ver otro tiempo», como dice Bernal Díaz, «por no escandalizar a Moteczuma, y porque aquello en casa se estaría», como agudamente apunta Gomara [1902].

Así pues, un día, según cuenta Tapia, conversando tranquilamente con Moteczuma, Cortés le dijo «que los castellanos eran traviosos y que, como nunca andaban quedo, escudriñando la casa, habían tomado cierto oro y otras cosas que hallaron en unas cámaras; que viese lo que mandaba hacer de ello». A lo que Moteczuma respondió: «Eso es de los dioses de la ciudad; pero dejen las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo demás tomadlo para vos y para ellos, y si más queréis más os daré»[1903].

A pesar de que esta versión viene a nosotros avalada por Tapia, que fue testigo presencial, y por Torquemada, que explícitamente declara debérsela a otro testigo presencial, Alonso de Ojeda, este don espontáneo del tesoro a los españoles debe rechazarse en mi opinión como uno de tantos intentos para excusar de culpa a los conquistadores. Es curioso cómo ha sido aceptado sin discusión aun por los autores más inclinados a censurar a Cortés. Las razones para rechazar esta versión son varias. La primera es que no concuerda con lo que sabemos sobre la profunda piedad del Uei Tlatoani, en quien sería inverosímil que tan a la ligera entregase a los extranjeros el tesoro de los dioses; la segunda es que la idea de separar las plumas y llevarse el oro, es decir, de destruir bellas obras de arte para extraerles el metal, natural en los rudos soldados españoles, no ocurriría ni por asomo al gusto refinado del Emperador azteca, de modo que las palabras que le prestan Tapia y Ojeda parecen debidas al deseo de endosar a Moteczuma la responsabilidad del vandalismo al que se entregó la tropa española con los tesoros artísticos de la joyería, salvo los que logró salvar Cortés; la tercera es que Bernal Díaz, tan testigo presencial como Tapia y Ojeda, da una versión distinta de este acto de «liberalidad» del Emperador que él suele llamar «el gran Montezuma». Según esta versión, el regalo del tesoro de Axayacatl fue a modo de tributo personal de Moteczuma al Emperador Carlos V. Después de haber ofrecido a Cortés todo el oro que pudo recoger por las provincias, y de haberse excusado de la poca cantidad así reunida por falta de tiempo, Moteczuma añadió: «Lo que yo tengo aparejado para el Emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre, questá en vuestro poder y aposentado, que bien sé que luego que aquí venistes, abristes la casa y lo mirastes todo y la tornastes a cerrar como de antes estaba»[1904]. Estas palabras, dichas en presencia de Bernal Díaz, bastan para indicar que la versión de Tapia y Ojeda (repetida por Torquemada) no puede ser exacta, ya que según estos dos autores, Cortés había informado a Moteczuma del descubrimiento de la Joyería por unos soldados «traviosos».

En mi opinión, es necesario ligar dos sucesos que hasta ahora van sueltos en todos los relatos de la conquista: de un lado, el descubrimiento de la Joyería; de otro el secuestro de Moteczuma. Todas las crónicas originales, tanto las que atribuyen el descubrimiento de la Joyería al propio Cortés como las que refieren que fue primero observada por el carpintero Yáñez, presentan un rasgo curioso, siempre el mismo: en todas ellas el relato del descubrimiento de la Joyería precede inmediatamente al de la decisión de secuestrar a Moteczuma con tal precisión que equivale a una confesión subconsciente por parte de los autores de que en su ánimo hay entre uno y otro suceso una relación de causa a efecto [\[1905\]](#). No cabe mejor prueba para demostrar que el descubrimiento del tesoro de

Axayacatl fue uno de los factores que decidieron a Cortés a secuestrar a Moteczuma. Pero, cuando de las motivaciones de Cortés se trata, hay que proceder siempre con suma cautela, ya que suelen ser sutiles y complejas. A mi ver, es menester dar todo su peso a otro rasgo de todas las crónicas, quizá con la única excepción de la de Bernal Díaz, y es que todas nos presentan a Cortés hondamente preocupado con la seguridad de su ejército y, por lo tanto, rumiando ya el secuestro de Moteczuma, antes del descubrimiento de la Joyería; de modo que en todas las crónicas el orden de los sucesos viene a ser: preocupación de Cortés y germinación en su ánimo de la idea de secuestrar a Moteczuma; descubrimiento del tesoro de Axayacatl; secuestro de Moteczuma.

Ahora bien, todo esto concuerda perfectamente con el carácter y con el estilo de Cortés y nos permite reconstituir la corriente vital de sus motivaciones, decisiones y actos. Con su cautela y su previsión de siempre, comienza por cavilar sobre la situación en cuanto llega y se instala; como consecuencia de sus meditaciones solitarias, y en su estilo de «quemar las naves», se decide a secuestrar a Moteczuma; pero necesita la aquiescencia y el apoyo de toda su gente, de lo que no se siente muy seguro por hallarse la tropa impresionada ante el poder y majestad del Emperador, temerosa de lo que pudiera ocurrir si la ciudad se movía y hasta ganada a Moteczuma por los generosos regalos que solía hacer a altos y bajos con tanta prodigalidad. Cuando sus capitanes vinieron a anunciarle el descubrimiento del tesoro, pudo darse cuenta, por el efecto que en su propio ánimo causaría tal acumulación de oro y de joyas, del que a su vez produciría entre sus soldados, y al instante concebiría la idea de utilizar este efecto como resorte para contrarrestar las fuerzas que entre su gente se hubieran podido oponer a los planes que abrigaba contra la libertad de Moteczuma. Con su sagacidad característica, hizo pasar a sus soldados ante el tesoro tentador, limitándose a dejar que actuase sobre ellos el magnetismo diabólico del metal y de la gema, y después, volvió a tapiar la puerta del tesoro, aumentando así todavía más por la inaccesibilidad la fuerza de atracción de lo que ya no era más que un recuerdo y un ensueño. Entretanto, había sembrado argumentos en favor del secuestro de Moteczuma entre sus capitanes íntimos, desde luego por razones puramente militares. Y así la relación soterraña que el sagaz adalid había establecido tácitamente entre dos sucesos al parecer sueltos, resurge de sí misma en todas las crónicas sin que ninguna de ellas llegue a reconocerla explícitamente.

Siempre hay en Cortés mezcla de cautela y de azar. En este caso, corrió el albur de apoderarse del monarca cuyo huésped era (pues al fin y al cabo se hacía pasar oficialmente como el embajador enviado por Carlos V en misión especial de amistad) y también el de haber despertado la codicia de sus capitanes y soldados, ofreciéndoles el espectáculo de cosas de las que dice él mismo al Emperador que «demás de su valor eran tales y tan maravillosas que, consideradas por su novedad y extrañeza, no temían precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticias las pudiese tener tales y de tal calidad». Al correr del tiempo, cuando ya Moteczuma parecía más resignado con su suerte, la tropa española se fue haciendo cada vez más impaciente, terminando por asaltar la Joyería [\[1906\]](#).

No faltan indicios, antes sobran, para revelar los efectos desmoralizadores del poder ilimitado que a la sazón padecieron los conquistadores españoles. ¿Qué otra cosa podía esperarse de las circunstancias? Todos los trabajos pasados, sus temores, sus hambres tanto tiempo sufridas, todas las estrecheces y paciencia que habían reprimido durante su marcha heroica hacia Méjico abrían ahora ávidas las bocas y extendían ávidas las manos hacia el increíble botín que consideraban suyo, puesto que por él habían luchado y padecido. Para nosotros, que lo leemos todo en calma, bañados en el clima suave de nuestros hogares, invernaderos donde se crían las flores más delicadas de la época, el

espectáculo de aquellos rudos soldados, despedazando con mano febril y ojos ardientes las joyas de oro y plumas de Moteczuma para echarse el oro al bolsillo y tirar las plumas por los suelos, arrojando en el crisol en mezcla confusa obras maestras inestimables de artefacto azteca junto con lingotes de oro, es una de las escenas más tristes de la historia... Pero ellos no pensaban en nuestros museos, sino en sus mujeres y en sus hijos, los que los tenían, y en su porvenir los jóvenes con toda la vida por delante.

Más triste todavía que el fracaso de los soldados ante la prueba del éxito, es el de alguno de los capitanes, y en particular el de Pedro de Alvarado, aquel capitán de pelo dorado y ojos azules que los mejicanos llamaban Tonatiuh, el sol, y de quien dicen los españoles que era alegre y que siempre se estaba riendo. Alvarado no parece haber gozado del desinterés que suele distinguir a las almas alegres, antes al contrario, padecía una rapacidad singular, a primera vista incompatible con la risa. Cuenta Torquemada que trescientos auxiliares indígenas (probablemente tlaxcatecas, aunque no lo dice) entraron en un almacén de cacao de Moteczuma, llevándose al cuartel carga tras carga durante toda la noche, y téngase en cuenta que cada carga entonces valía cuarenta castellanos. Se enteró Alvarado y dijo a Alonso de Ojeda, que aquella noche guardaba a Moteczuma, que en acabando su cuarto le avisase porque quería tener parte en el cacao. Hízolo así y fue allá con cincuenta personas llevándose todo lo que pudo. Al día siguiente se descubrió el hurto y mandó Cortés hacer pesquisa, pero, añade Torquemada, «si no hubiera en ello Pedro de Alvarado, hiciera rigurosa demostración; aunque a solas le dijo su parecer reprehendiendo el caso». Como tantas otras veces, vemos a Cortés enojado ante la conducta de Alvarado, pero refrenado en su autoridad por consideraciones que no son claras. Hubo otro caso todavía más grave. Cortés envió a Alvarado a buscar oro que le había «ofrecido» Cacama, rey de Tetzcuco; por considerar que el oro entregado no era suficiente, Alvarado hizo atormentar a Cacama con brea ardiente vertida sobre el cuerpo desnudo. Todos estos hechos, importantes sobre todo en vista de más graves sucesos ulteriores, plantean la cuestión de las relaciones de Cortés con sus capitanes, y en particular con Alvarado a quien implícitamente consideraba como su lugarteniente. Alvarado no merecía esta confianza por cualidad alguna, salvo la bravura, rasgo que apenas podía distinguirlo en la compañía en que se hallaba. Todo parece indicar que Cortés no se sentía con bastante fuerza moral para imponerse a este capitán, pero no conocemos las causas de esta inhibición de su autoridad [\[1907\]](#).

Esta relativa flaqueza de Cortés, no solo para con Alvarado, sino para con todo su ejército, que era a la vez, no lo olvidemos, su cuerpo electoral, será rasgo permanente e importante de la conquista a través de todas sus vicisitudes. Conviene hacerlo constar al abordar el momento de la distribución del botín, a la que se vio obligado Cortés por la avidez de su tropa. El valor en dólares de oro de este botín, contando el tesoro de Moteczuma y el oro reunido de las provincias, se calcula en seis millones trescientos mil dólares, equivalentes a más de doce mil dólares de oro por cabeza [\[1908\]](#). Pero es evidente que no, era posible una distribución tan sencilla e igualitaria. Los sentimientos hondamente monárquicos de aquellos días se echan de ver en la unanimidad con que todos conceden el quinto real, que fue lo primero en separarse del conjunto. Cortés reclamó después el quinto que se le había prometido en Veracruz. Luego, gruñe Bernal Díaz, apartó Cortés para sí los gastos que había hecho para la empresa y los que había que devolver a Diego Velázquez, y los que se habían entregado a los procuradores mandados a Castilla, y la parte de la guarnición de Veracruz, y doble parte para los jinetes... De modo que en total el soldado de filas se encontró con que su parte era tan chica que muchos protestaron a voces y se negaron a aceptarla [\[1909\]](#).

Hasta aquí, Bernal Díaz, quien, según costumbre, refleja el pensamiento de la gente de filas, y en

este caso particular, se manifiesta muy resentido contra Cortés. Pero no es posible aceptar su testimonio más que como uno de los elementos en un cuadro de conjunto cuya complejidad rebasaba con mucho su perspectiva y su visión. Es fácil darse cuenta de que Cortés organizó la distribución del botín con arreglo a un criterio mixto en el que cabe discernir los elementos siguientes: a) su deseo de salvar la mayor cantidad posible de objetos de alto valor artístico, separándolos como regalo especial para el Emperador, aparte del quinto real, especie de museo regio que Cortés estimó en cien mil ducados; b) sus propias atenciones, que eran considerables, y en particular la de apuntalar la defectuosa estructura política de su autoridad, tanto en Méjico como en España, con discretos puntales de oro; c) sus acuerdos más o menos secretos con sus capitanes, y en particular con Velázquez de León; d) su temor de que el oro fácil desmoralizase a la tropa, como ya podía observar que lo venía haciendo el que muchos de ellos se habían procurado a derecha e izquierda de mil maneras [\[1910\]](#).

Así ocurrió efectivamente no solo entre soldados, sino aun entre capitanes. Bernal Díaz refiere que un tal Pedro Valenciano hizo unos naipes muy bien hechos con el cuero de un tambor y en el real no se hacía más que jugar; mientras que Velázquez de León tuvo un incidente grave con Mejía, el tesorero, por reclamarle este el real quinto de un oro que el capitán sostenía haber recibido de Cortés; de las palabras pasaron a los hechos y, como los dos eran de sangre en el ojo, se hirieron mutuamente; intervino Cortés y les echó grillos a ambos. Si hemos de creer a Bernal Díaz, cuyo relato lleva todo el aroma de la verdad, Cortés manejó el asunto a su modo sinuoso y serpentino: mandó un recado discreto a Velázquez de León para decirle que tuviera paciencia y puso en libertad a Mejía, cuyo cargo de tesorero real pedía especial cuidado; pero Moteczuma oyó un día en su cámara el ruido que hacía la cadena que arrastraba Velázquez de León, encerrado pared por medio del aposento imperial, y preguntó quién era el prisionero. Cuando vino Cortés a «tenerle palacio», Moteczuma le preguntó por qué había puesto en cadenas a un capitán tan bravo, a lo que Cortés contestó «porque es tabalilo», que quiere decir loco, según explica Bernal Díaz, «y porque no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades a demandallo a los caciques». Moteczuma rogó a Cortés que lo soltase y que le mandaría buscar más oro y que le daría de lo suyo. Después de resistirse algún tiempo, Cortés aceptó como transacción mandarlo desterrado a Cholula, no sin reconciliarle primero con el tesorero.

Síntomas eran estos del proceso de desintegración y reconstrucción por que tuvo que pasar el ejército para digerir su riqueza. El descontento producido por la distribución del oro seguía fermentando en las filas. Cortés se dio cuenta de que era necesario afrontar la situación con entera franqueza. Se dirigió a sus soldados para decirles que todo lo que él tenía era de ellos; renunció en el acto al quinto que le correspondía, quedándose tan solo con su parte como Capitán General; apuntó que todo aquel botín no era más que «un poco de aire» cuando tantas ciudades había y ricas minas para que todos ellos fuesen prósperos y ricos; prometió que si cualquier soldado hubiese menester algo, se lo daría, y en fin les dijo «razones muy bien dichas, que las sabía bien proponer» y con dádivas secretas al uno y grandes promesas al otro, el mismo Bernal Díaz, que en este episodio le es tan contrario, confiesa que volvió a conquistarse a todo su ejército. Ahora bien, una compañía de soldados endurecidos por tantas campañas y defraudados en su esperanza de botín no se deja convencer fácilmente «con palabras muy melifluas». No cabe duda de que en las palabras de su adalid aquellos soldados percibieron el peso de la razón y de la justicia[1911].

*

El oro fue también el señuelo que le sirvió para enviar a un lado y a otro del territorio grupos de soldados y capitanes españoles con el objeto que describe minuciosamente en su carta al Emperador

en palabras que expresan admirablemente su actividad siempre alerta: «en esta gran ciudad estuve proveyendo las cosas que parecía que convenía al servicio de Vuestra Sacra Majestad y pacificando y atrayendo a él muchas provincias y tierras pobladas de muchas y muy grandes ciudades y villas y fortalezas, y descubriendo minas, y sabiendo e inquiriendo muchos secretos de las tierras del señorío de este Motecuma, como de otras que con él confinaban». Completa Gomara esta información diciendo que «tenía Cortés mucha gana de saber cuán lejos llegaba el señorío y mando de Motecuma y como se habían con él los reyes y señores comarcanos y allegar alguna buena suma de oro para enviar a España del quinto al Emperador, con entera relación de la gente y tierra y casas hechas; y, por lo tanto, rogó a Moteczuma le dijese y mostrase las minas de donde él y los suyos habían el oro y plata. El dijo que le placía, y luego nombró ocho indios, los cuatro plateros y concedores del minero y los cuatro que sabían de la tierra» para que acompañasen a los españoles [\[1912\]](#).

Cortés puso el oro por delante, pero pidió a su gente que le trajesen «entera relación de la gente y tierra y casas hechas». Moteczuma le había dicho que traían el oro de Zozolla o Zulula, distrito que hoy pertenece al Estado de Guajaca y, allá mandó a Umbría, el piloto al que había cortado los pies por su rebeldía, detalle que no deja de observar el perspicaz Bernal Díaz, quien al relatar el regreso de la expedición, añade «e a lo que sentimos e vimos el Umbría y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro y bien aprovechados, que a este efecto le envió Cortés para hacer buen amigo del por lo pasado que dicho tengo». Había otro distrito aurífero más al norte, en las tierras habitadas por los chinantecas y los zapotecas, al suroeste de la capital. Moteczuma indicó a Cortés que estos pueblos no le obedecían, pero Cortés envió allá no obstante una expedición que mal pudo haber impresionado a aquellos rebeldes montañeses. Bien es verdad que iba al mando de un joven capitán, «mancebo de hasta veinte e cinco años, que se decía Pizarro, y a este Pizarro trataba Cortés como pariente». Hoy bastaría el nombre para intimidar a todo un imperio, pero, como apunta Bernal Díaz, «en aquel tiempo no había fama del Perú ni se nombraban Pizarros». Además, por toda tropa, el aprendiz de conquistador llevaba a su mando cuatro soldados, dos de los cuales eran Heredia el viejo, aquel «cojo de una pierna y tuerto de un ojo» que por feo quiso Cortés hacer pasar por ídolo ante los indios de la costa, y Cervantes el chocarrero. Esta selección parece indicar en Cortés un alto grado de confianza en la virtud de su prestigio. El cacique de la región recibió a Pizarro declarándose dispuesto a dejar entrar en sus tierras a los blancos barbudos pero no a la escolta mejicana que traían; y Pizarro, después de una ojeada a sus cuatro soldados de tan varia calidad, decidió arrostrar el riesgo, adentrándose solo con ellos en aquel territorio desconocido. Tratáronle bien y le ofrecieron presentes de oro con promesas de amistad y colaboración, reforzadas con quejas vehementes contra los mejicanos. Pizarro regresó con un soldado solo para informar a Cortés de todo ello. Cortés se declaró encantado del presente de oro y más todavía de la perspectiva de una alianza poderosa que el día de mañana pudiera venir a serle útil contra Moteczuma; y luego preguntó a Pizarro por los otros soldados. Pizarro le explica que, como la tierra era rica, los había dejado allá con instrucciones de que instalasen granjerías de cacao, maíz, algodón y gallinas, y entretanto que explorasen los ríos por si llevaban oro. Cortés le escuchaba en silencio, ya que la idea en sí era excelente aunque desde luego prematura y hasta peligrosa, pues necesitaba todos los soldados para fines de guerra, así que, en secreto, riñó a su pariente por haber tomado aquella decisión y, característicamente le dijo «que era de poca calidad querer entender en cosas de criar aves e cacaguatales», mandando al instante a otro soldado para que se trajese a sus compañeros [\[1913\]](#).

A pesar de lo cual, dándose cuenta del valor de la idea de su pariente, obtuvo de Moteczuma, según él mismo refiere al Emperador, que en la provincia de Malinatepec, también explorada por Pizarro, se hiciese una estancia para el Rey de España; el Uei Tlatoani puso tanto empeño en

complacerle que en menos de dos meses se habían plantado sesenta fanegas de maíz y diez de frísoles, amén de dos mil plantas de cacao; y se habían construido numerosas casas de granjería y un estanque con quinientos ánades para la explotación de la pluma, de quinientas gallinas y de otras riquezas agrícolas cuyo total se estimaba en veinte mil pesos de oro [\[1914\]](#).

Tenía Cortés gran deseo de hallar un puerto bueno en la costa y procuró informarse de Moteczuma sobre el particular. El Uei Tlatoani confesó su ignorancia, pues aquel curioso imperio que tan exactamente conocía el curso de los cuerpos celestes, o por lo menos tan excelente calendario poseía, no parece haber sentido la menor curiosidad sobre el mar. Con todo, le prometió que le haría pintar la costa sobre una tela de algodón. No se trataba desde luego de nada que pudiera compararse con un mapa, pero Cortés pudo darse cuenta por aquella tosca pintura de que valdría la pena ir a explorar el río de Coatzacoalco. Allá mandó pues a Diego de Ordás con diez soldados y algunos pilotos, que reconocieron la costa de Chalchiuh- cuecan desde San Juan (la Veracruz actual) hasta Coatzacoalco. Allí también, el cacique local, Tochintecuhtli, cerró el paso a la gente de Moteczuma pero recibió bien a Ordás y a sus españoles, dándoles toda suerte de apoyo. El informe de Ordás a su regreso fue tan favorable que Cortés envió a aquella zona a Velázquez de León con ciento cincuenta españoles para que construyese villa y fortaleza [\[1915\]](#).

El período que media desde el 8 de noviembre de 1519 hasta principios de mayo de 1520 fue pues para Cortés una fase de verdadera felicidad creadora como gobernante y estadista. Aunque preocupado por los problemas cotidianos que le planteaba su situación precaria en medio de un imperio extraño e intacto en su fuerza material, su mirada no pierde nunca el poder de acomodación a distancia que la distingue, su previsión, aquel su cuidado en desarrollar creaciones permanentes que le elevan tan por encima de todos sus compañeros. En medio de sus tareas urgentes y de sus inminentes peligros, Cortés se revela siempre ante todo como estadista seguro y como gobernante creador.

*

Todo parecía ir tomando forma del modo más favorable, y aunque subsistían obstáculos y peligros, nada había en el horizonte mejicano para que hombre de sus recursos tuviese que temer por el porvenir. Cortés era señor del Anáhuac. Era rico y podía ya construirse una flota, mandar a por socorro de gente y material a Santo Domingo y aun a Cuba; impresionar a la Corte de España con el poder y el esplendor de su conquista. Vivía como un potentado. Tenía casa puesta con domesticidad a la española y a la india. Se había reunido una especie de harén, compuesto casi todo de hijas naturales de Moteczuma que el Uei Tlatoani le había regalado. «Mira, Malinche -le decía Moteczuma-, que tanto os amo que os quiero dar a una hija mía para que os caséis con ella y que la tengáis por vuestra legítima mujer. Cortés le quitó la gorra por la merced y dijo que era gran merced la que le hacía, mas que era casado y que tenía mujer, e que entre nosotros, no podemos tener más de una mujer y qué la ternía en aquel grado que hija de tan gran señor meresce, y que primero quiere se vuelva cristiana, como son otras señoras hijas de señores, y Montezuma lo hobo por bien» [\[1916\]](#).

Es curioso que Bernal Díaz pasa inmediatamente de esta escena a referimos cómo «Montezuma no cesaba sus sacrificios y de matar en ellos personas y Cortés se lo retraía». Este es otro de los rasgos constantes en Bernal Díaz: la oferta de indias jóvenes va siempre a parar, pasando por la necesidad de bautizarlas para que los españoles puedan aceptarlas carnalmente como suyas, a los sacrificios humanos y a la prédica para la conversión general de los indios. Parece como si existiera en él, y en todos los españoles, un deseo de unión entre la estirpe conquistadora y la estirpe conquistada que se

quiebra ante el obstáculo de la diferencia de fe y en particular del aspecto más repugnante del culto indígena.

Cortés hizo repetidos esfuerzos para convertir a Moteczuma. No es posible que correspondiesen a lo arduo de la tarea. La distancia espiritual que los separaba era demasiado grande, aparte de que le faltaban los elementos mentales y lingüísticos necesarios para construir el puente sobre aquel abismo, acercándose al ser recóndito y remoto del Emperador azteca. Es significativo que, aunque Cortés en persona se daba cuenta de la vanidad de los ídolos mejicanos, sus soldados, sin exceptuar a Bemal Díaz, y no pocos de sus cronistas, entre ellos Torquemada, Cervantes de Salazar y Gomara, creían a pies juntillas en su existencia y en su poder para aconsejar directamente y «hablar» a Moteczuma y a sus sacerdotes, con no menos fe (quizá con más fe) que los mismos mejicanos. Así resulta que la religión, si no de Cortés, al menos de la mayoría de los españoles que en su órbita giran, era tan capaz como la de Moteczuma y los suyos de absorber otros dioses, gracias a la virtud proteica del diablo, la creación más activa, ingeniosa, inteligente, ubicua e imaginativa de la mitología humana. Para los cristianos sencillos de aquellos días, para todos los soldados y para gran número de los frailes, aun de los más cultos, era el diablo el que se hacía pasar por Vichi-lobos, Tetzcatlipoca y demás figuras monstruosas que adoraban los mejicanos; con lo cual aquellos «bultos» cesaban de ser meras figuras de piedra o de simientes amasadas con sangre, meros apoyos materiales de los ensueños vacuos de una estirpe atrasada, para transfigurarse en criaturas vivientes, dotadas de una voluntad y de un lenguaje propios -hecho que hacía de la conversión de los indígenas una especie de conquista espiritual, una cruzada de los soldados de Dios contra el espíritu del Malo.

Puede compararse la actitud mental popular en estas materias con la del propio Cortés cotejando el relato de Cortés sobre su famosa destrucción de los dioses del Gran Teocalli con la página en que Andrés de Tapia refiere la misma escena. Cortés escribe con su concisión usual y con su elegancia positiva y concreta. Al referirse a los dioses indígenas y al Dios universal de los cristianos, habla un lenguaje claro, inteligente, casi pudiera decirse que moderno y racionalista. «Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen -escribe al Emperador- son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos, vivos, y les sacan el corazón, y de aquella sangre que sale de él, amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para facer aquellas estatuas grandes. E también, después de hechas, les ofrescía más corazones, que asimismo les sacrifican, y les untan las caras con la sangre. A cada cosa, tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles que antiguamente honraban sus dioses, por manera que para pedir favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro, y así para cada cosa de las que ellos quieren o desean que se hagan bien, tienen sus ídolos a quien honran y sirven». Estos fueron los ídolos, bien claro lo dice y bien claro lo ve, que creyó necesario derrocar: «los más principales de estos ídolos y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los fice echar por las escaleras abajo, e fice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Moteczuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese porque si se sabía por las comunidades, se levantarían contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales y que, dejándoles maltratar, se enojarían y no les darían nada y les secarían los frutos de la tierra y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuan engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos que eran hechos por sus manos de cosas no limpias; e que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había criado el cielo y la tierra y todas las cosas, y hizo a ellos y a nosotros, y que este era sin

principio, y inmortal, y que a El habían de adorar y creer y no a otra criatura ni cosa alguna» [\[1917\]](#).

Lenguaje de hombre inteligente y claro, muy por encima no solo del de sus soldados, que no habían pasado por Salamanca, sino también del de muchos frailes educados en la Universidad y que, en punto a erudición, sobrepasaban a Cortés. En estas palabras, Cortés mide la religión de los mejicanos como hombre del Renacimiento, si bien devoto creyente de los dogmas de la Iglesia entonces universal para todos los europeos. Pero, al lado de esta transparencia intelectual, vibraba en él otra calidad que no deja pasar tan fácilmente en sus cartas, fríamente objetiva, al Emperador; bajo su mente clara ardía un corazón religioso que explica su acción violenta contra los dioses indígenas, referida con tanta sencillez en su informe al Emperador. Este Cortés vibrante y trepidante es el que nos transmite Tapia en su relato, si bien algo desfigurado por la visión personal del narrador. Refiere Tapia cómo, cuando Cortés fue a visitar el teocalü, había en Méjico poca gente española por andar casi todos en busca de oro por las provincias; «e andando por el patio me dijo a mí: “sobid a esa torre e mirad que hay en ella”; e yo sobí [...] e llegué a una manta de muchos dobleces de cáñamo, e por ella ha- bía mucho número de cascabeles e campanillas de metal; e queriendo entrar, hicieron tan gran ruido que me creí que la casa se caía. El marqués subió como por pasatiempo, e ocho o diez españoles con él; e porque con la manta que estaba por antepuerta, la casa estaba oscura, con los espadas cuitamos de la manta; e quedó claro. Todas las paredes de la casa por de dentro eran hechas de imaginería de piedra [...] eran de ídolos, e en las bocas des- tos e por el cuerpo a partes tenían mucha sangre de gordor de dos e tres dedos; e descubrió los ídolos de pedrería e miró por allí lo que se pudo ver, e sospiró, habiéndose puesto algo triste, e dijo, que todos los oímos: “¡Oh Dios! ¿Por qué consientes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra?”. E: “Ha, Señor, por bien que en ella te sirvamos”.».

Tal fue sin duda el estado de ánimo en que se puso Cortés, mas no su lenguaje, que ya conocemos directamente por sus cartas al Emperador. El soldado cronista empaña con sus propias supersticiones el cristal claro en que Cortés reflejaba la realidad. Al ruido de los cascabeles habían acudido sacerdotes y otros circunstantes. Cortés mandó llamar a los intérpretes y les dijo: «Dios que hizo el cielo y la tierra os hizo a vosotros y a nosotros e a todos, e cría lo con qué nos mantenemos, e si fuéremos buenos nos llevará al cielo, e si no, iremos al infierno, como más largamente os diré cuando más nos entendamos; e yo quiero que aquí donde tenéis estos ídolos esté la imagen de Dios y de Su Madre bendita, e traed agua para lavar estas paredes, e quitaremos de aquí todo esto». Aquí ya refleja Tapia con alguna mayor fidelidad el estilo de su jefe, y sigue diciendo: «Ellos se reían, como que no fuera posible hacerse, e dijeron: “No solamente esta ciudad, pero toda la tierra junta tienen a estos por sus dioses, y aquí está esto por Uchilobos, cuyos somos; e toda la gente no tiene en nada a sus padres e madres e hijos, en comparación deste, e determinarán de morir; e cata que de verte subir aquí se han puesto todos en armas y quieren morir por sus dioses”. El marqués dijo a un español que fuese a que tuviesen gran recaudo en la persona de Motecguma, e envió a que viniesen treinta o cuarenta hombres allí con él, e respondió a aquellos sacerdotes: “Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada”; y antes de que los españoles por quien había enviado viniesen, enojose de palabras que oíe, e tomó con una barra de hierro que estaba allí, e comenzó a dar en los ídolos de pedrería; e yo prometo mi fe de gentilhombre, e juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, e se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo, e así le quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: “A algo nos hemos de poner por Dios”.» [\[1918\]](#).

Este admirable relato confirma en un todo el carácter de Cortés analizado en nuestras páginas. En

aquel momento era el dueño de hecho y sin disputa de un imperio que había conquistado por una obra maestra de previsión, cautela, sagacidad, paciencia y astucia. Y una mañana, «por pasatiempo», va de visita al Gran Teocalli, ve los ídolos y las trazas repugnantes del cruel culto y sacrificio; se entristece, interroga a Dios, ofrece servirle para libertar aquella tierra y gente de tales abominaciones; predica a los sacerdotes como puede; oye su resolución de morir por sus dioses y cauto como Capitán, adopta rápidamente ciertas precauciones tácticas, pero ¿cambia su estrategia? ¿Da ni un segundo de atención a la idea de que en un instante puede destruir el éxito espléndido de todo un invierno de trabajos, de bravura y de inteligente perseverancia? ¿Recuerda que tiene cantidades ingentes de oro en sus arcas? ¿Piensa en su potencia, ya seguramente establecida? Ni un segundo. Echa mano de una barra de hierro y, sin esperar siquiera a que hayan llegado los treinta o cuarenta españoles que ha mandado llamar, se abalanza sobre los ídolos y los destroza, dándoles primero en lo alto de los ojos en presencia de los sacerdotes espantados.

Tapia, y sin duda también sus compañeros presentes, le vieron entonces «saltar sobrenatural», elevarse en el espacio tan alto como los ídolos gigantescos que iba a desafiar y a destruir. Era en efecto sobrenatural y se elevaba más alto que sí mismo. «Considerando que Dios está sobre natura» - había escrito poco antes al Emperador-. Así ahora alzado hacia Dios por su fe, se elevaba sobrenatural. La marcha que había comenzado unas semanas antes en las marismas de Veracruz, hacia lo alto, elevándose paso a paso, lucha a lucha, victoria a victoria, por los escalones gigantescos de la cordillera hasta la altiplanicie de la capital misteriosa y recóndita, tenía que terminar en la más alta de las ascensiones hasta aquella cúspide del Teocalli más empinado donde Cortés dio un golpe de barra histórico entre los ojos del feroz Uitchilipochtli. Aquel fue el momento culminante de la conquista, la hora en que el anhelo del hombre por alcanzar lo más alto triunfa sobre su querencia a contentarse con disfrutar de lo ya conseguido; la hora en que la ambición y el esfuerzo vencen al éxito, en que la fe vence a la razón. Si Cortés hubiera sido un hombre menos razonable, aquel acto hubiera podido descontarse como una temeridad por bajo de las normas que todo hombre debe alcanzar para que se le considere como en plena madurez; pero Cortés encarnaba la razón y la cautela. Su acto no puede pues interpretarse como caída por bajo de la razón, sino al contrario, como subida por encima de la razón. Por eso ha entrado de lleno en la leyenda, como todos los actos en que el hombre se eleva por encima de los hombres.

Llega Narváez para vengar a Velázquez

Días después de aquel en que Cortés derrocó a los dioses con sus propias manos e hizo colocar en los dos altares una imagen de la Virgen y otra de San Cristóbal -«porque», según cuenta Tapia, «no había entonces otras imágenes»- vinieron al Teocalli unos indios y enseñando a los españoles con cara de reproche unos puñados de maíz anémico y miserable, exclamaron: «pues que nos quitastes nuestros dioses a quien rogábamos por agua, hace al vuestro que nos la dé, porque se pierde lo sembrado». Cortés les aseguró que llovería pronto -cosa no insólita después de larga sequía- y rogó a todos los españoles pidiesen a Dios que no defraudase sus esperanzas. Al día siguiente, todos los españoles fueron en procesión al Teocalli, donde se dijo misa bajo un sol espléndido; pero al volver al cuartel general cayó tal lluvia que tuvieron que atravesar el patio del Teocalli con agua hasta los tobillos, ante los ojos de los indios atónitos'.

Este milagro no era cosa que Huichilobos estuviera dispuesto a tolerar. Ya era mucho que un Capitán extranjero, hirsuto y de tez descolorida, le hiciese trizas la máscara de oro con una barra de un metal vil que le era desconocido; pero que además una mera mujer con un niño en brazos, sin siquiera exigir una gota de sangre en sacrificio, igualase y aun rebasase sus poderes sobre el tiempo y la lluvia era cosa que ningún dios respetable podía permitir. Así, pues, Orteguilla vino una mañana con cara muy larga a decirle a Cortés de parte de Moteczuma que viniese a verle porque deseaba comunicarle noticias de importancia. Orteguilla explicó a Cortés que Moteczuma había pasado toda la noche y parte del día encerrado con unos sacerdotes y capitanes hablando cosas que el paje-intérprete, aunque presente, no logró llegar a entender. «No me agrada esta novedad», exclamó Cortés, que tenía la intuición viva. «Plega a Dios sea por bien». Se llevó consigo a Cristóbal de Olid y otros cuatro capitanes así como a sus dos lenguas, Doña Marina y Aguilar, y se puso en camino para oír lo que el Emperador deseaba decirle [\[306\]](#).

«O Señor Malinche y señores capitanes -les dijo Moteczuma en cuanto entraron a verle-, cuánto me pesa de la respuesta y mando que nuestros teules han dado a nuestros papas e a mí e a todos mis capitanes; y es que os demos guerra y os matemos e os hagamos ir por la mar adelante. Lo que he cogido dello y me parece [es] que antes que encomiencen la guerra, que luego salgáis desta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí. Y esto, Señor Malinche, os digo que hagáis en todas maneras que os conviene; si no, mataron han, e mirá que os va las vidas» [\[307\]](#).

Hay copia de razones para explicar este cambio en la situación. Gomara da tres, dos de las cuales pueden desde luego descartarse: la presión de la opinión mejicana contra la flaqueza de Moteczuma ante Cortés y la condición variable del propio Uei Tlatoani. Sin negar que una y otra hayan contribuido hasta cierto punto a facilitar la nueva coyuntura, es evidente que ni una ni otra pueden considerarse como su causa. La verdadera causa es la tercera razón que da Gomara, la única que da Bernal Díaz: «y fue que, como habíamos puesto en el gran Cu, en el altar que hicimos, la imagen de Nuestra Señora y la Cruz, y se dijo el Santo Evangelio e misa, parece ser que los Vichilobos, e el Tezcatepuca hablaron con los papas y les dijeron que se querían ir a su provincia, pues tan mal tratados son de los teules, e que adonde están aquellas figuras y Cruz, que no quieren estar, o que ellos no estarían allí si no nos mataban, e aquello les daban por respuesta e que no curasen de tener otra». No faltan indicios de que el tal Vichilobos y su compañero Tetzcatlipoca eran emanaciones del

demonio cristiano (doy por sentado que nuestro demonio tiene derecho a llamarse cristiano) pues Torquemada apunta que uno y otro, al discutir el caso con los sacerdotes mejicanos, fundaron su negativa a permanecer en el mismo Cu con la Virgen y la Cruz alegando que «dos contrarios no pueden vivir en una casa» y agrega el sabio teólogo: «aprovechándose el maldito demonio de la sentencia de Cristo, que dice de él, a los hombres, que ninguno puede servir a dos señores» [\[308\]](#).

Ya la apoyasen tan excelentes argumentos o no, la cólera de los dioses no podía ser más evidente, y en todo caso viene a confirmar nuestro análisis de la actitud de Moteczuma ante el invasor cristiano. El Emperador azteca había permanecido fiel a Cortés en medio de los episodios más dramáticos y penosos para él -la muerte de Quauhpopoca en la hoguera, la deposición y el encadenamiento de Cacamatzin, y otros- sostenido por la creencia, más o menos elaborada en su ánimo, de que así lo mandaban los dioses, por ser Cortés el representante del verdadero dueño y señor de Méjico que anunciaban las profecías. Pero el día en que Cortés, alzándose sobre sí mismo para abatir a los dioses, echó abajo toda la fábrica psicológica que Moteczuma había construido en su imaginación, destruyó con su propia mano la base de su dominio sobre el Uei Tlatoani. Desde aquel día el resentimiento de toda la nación mejicana contra las invasores pudo manifestarse en plena libertad. Los dioses le eran ya favorables y Huichilobos decretó el exterminio de los extranjeros.

Mucho inquietó a Cortés este cambio tan dramático en la situación. Observando sin duda en las palabras de Moteczuma el acento de firmeza con que las decía, sus reacciones inmediatas fueron no obstante dignas de su carácter de siempre: sin manifestar la menor preocupación, escuchó el consejo del Emperador como si fuera la cosa más natural del mundo; dio órdenes discretas para que se «fuese a avisar a los compañeros que se apercibiesen, por cuanto se trataba con el de sus vidas» 5 ; y contestó a Moteczuma que, como las naves echadas a costa en Veracruz estaban inservibles y era necesario construir otras, le rogaba que refrenase la impaciencia de sus sacerdotes y capitanes hasta que estuviesen contruidos los barcos nuevos, pues de lo contrario morirían todos si intentasen guerrear contra los españoles. Esta amenaza era uno de tantos casos de jactancia en frío para impresionar a los mejicanos con su calma aparente cuando le faltaban fuerzas efectivas; pero es seguro que en aquel momento no se hacía la menor ilusión sobre el grave peligro en que se hallaba. Con aquel magnífico dominio de sí que era su principal cualidad como hombre de acción, se puso a explicar a Moteczuma que, si bien estaba dispuesto a volverse, era menester poner en claro que Moteczuma le acompañaría a España para que lo conociera el Emperador cristiano, palabras que inundaron de tristeza el alma del desdichado Uei Tlatoani.

No estaban los españoles de ánimo mucho más sereno que el propio Moteczuma. Cortés había hecho prometer al Emperador que los sacerdotes y capitanes recibirían órdenes de tener tranquila a la ciudad, y Moteczuma lo había conseguido y hasta ofrecido ir a calmar al propio Uitchilipochtli con sacrificios, aunque no humanos, añade Bernal Díaz sin gran convicción. Pero todos andaban angustiados en el cuartel general, triste despertar de su breve sueño de señores del Anáhuac; y aunque el pobre Orteguilla era el único a cuya corta edad se permitía el alivio de las lágrimas, todos sentían en su ánimo honda preocupación. Cortés mandó a Martín López a Veracruz para que comenzase inmediatamente a construir tres barcos [\[309\]](#).

¿Qué había ocurrido en suma para cambiar de tal modo la situación? Nada absolutamente en el mundo material. Nada en lo militar, nada en lo económico. Lo único que había ocurrido era que Cortés había dado un golpe de barra de hierro en la frente enmascarada de Uitchilipochtli -y aquellos hombres que hasta entonces les habían dado su oro y sus hijas, su territorio y su Estado, declararon la

guerra en cuanto sintieron amenazados a sus dioses. Así es el hombre. Nada pesa en él más que lo imponderable. Cortés no tenía derecho a sorpresa, pues ¿quién mejor que él sabía cómo se destruye una brillante situación material a impulsos de una ambición que se yergue por encima de la materia?

Demasiado sabía, además, que el responsable de la nueva situación era él. Cabe suponerlo así, ya que no solo poseía el arte de penetrar en la entraña de las situaciones sino que además guardó discreto silencio sobre todo el episodio en su carta al Emperador, prueba de que no lo consideraba como una de las cosas que convenía contar, pues como dirá más tarde Don Quijote, «las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia» [\[310\]](#).

Era Cortés demasiado hombre de acción para darse de buena gana al análisis de sí mismo y por lo tanto es probable que solo meditaría sobre estos hechos en cuanto requirieran nuevos esfuerzos y nueva vigilancia -pero no más-. Sin embargo, por curiosa coincidencia del destino, los dos puntos flacos de su situación, debidos ambos a su carácter más bien que a las circunstancias, vinieron a revelárseles entonces simultáneamente, provocándole a manifestar sus admirables dotes para hacer frente al peligro: su entusiasmo religioso le había hecho precaria la estancia en la capital; su actitud indisciplinada para con Velázquez, simiente de tormenta que había sembrado al principio de su camino, dio súbito fruto que tuvo que comer con lágrimas y sangre.

*

A los quince días de haber enviado a Martín López y a sus carpinteros a cortar madera para las naves, Cortés fue según costumbre a ver a Moteczuma, «para tenerle palacio», como dice Bernal Díaz [\[311\]](#). Estaba el Uei Tla-toani de humor más alegre y animoso que de costumbre. Cambiadas las habituales urbanidades, pues de uno y otro lado se respetaban con toda etiqueta las ceremonias de la Corte mejicana, Moteczuma aguardó en silencio. Parecía esperar a que Cortés le comunicase alguna nueva importante, sobre todo por ser aquella la segunda visita que le hacía en el día. Pero al ver que Cortés no hablaba, Moteczuma, después de pensarlo un rato, dio órdenes de que se trajese a su presencia un rollo de tela de algodón que extendió ante Cortés. Era una carta o informe pictórico donde se veían dieciocho naves, cinco de ellas echadas a monte y maltrechas sobre la costa. «Señor Malinche -exclamó Moteczuma-, agora en este punto me han llegado mensajeros de cómo en el puerto a donde desembarcaste han venido dieciocho e más navios y mucha gente y caballos, e todo nos lo traen pintado en unas mantas, y como me visitastes dos veces, creí que me veníades a dar nuevas dellos. Ansí que no habrás menester hacer navios. Y porque no me lo decíades, por una parte tenía enojo de vos [por] tenérmelo encubierto, y por otra me holgaba porque vienen vuestros hermanos para que todos os vayáis a Castilla e no haya más palabras» [\[312\]](#).

Cortés miró atentamente las pinturas y mostrando gran satisfacción exclamó: «Gracias a Dios, que al mejor tiempo provee». Sus soldados, engañados por su admirable dominio de sí, «no podían estar quedos, y de alegría escaramucearon los de a caballo e tiramos tiros». Todos los españoles se entregaron al pronto sin reserva al regocijo por lo que estimaban ser al fin su libertad. Pero en cuanto Cortés se vio a su vez libre de la presencia de los mejicanos, su silencio y su preocupación llamaron pronto la atención de capitanes y soldados y gradualmente fueron invadiendo y poniendo de humor grave y serio a toda la tropa de los españoles.

No era hombre para perder tiempo en palabrería. Preguntó enseguida por Andrés de Tapia,

hombre de su confianza, y le contestaron que acababa de volver de Cholula y Tlaxcala, donde había ido a arbitrar conflictos de intereses entre caciques locales -pues tal era ya la autoridad del Estado español naciente en Méjico-. Sin darle un punto de reposo, Cortés envió a Tapia a Veracruz, encargándole que viajase lo más rápidamente posible, pero evitando el camino usual. A pie de día y a hombros de indio de noche. Tapia hizo el camino de Méjico a Veracruz en tres días y medio, y habló con Sandoval que había enviado ya a Cortés un informe completo, juntamente con tres españoles de la flota recién llegada, de quienes se había apoderado lü .

Venía aquella armada a las órdenes de «un hidalgo que se decía Pánfilo de Narváez, hombre alto de cuerpo y membrudo, y hablaba algo entonado, como medio de bóveda, y era natural de Valladolid y casado en la isla de Cuba con una dueña ya viuda que se llamaba María de Valenzuela y tenía buenos pueblos de indios y era muy rico» [\[313\]](#). Narváez venía como lugarteniente de Diego de Velázquez, quien aunque ya no obeso, pues había adelgazado con los disgustos que le daba Cortés, conservaba desde los tiempos de su plenitud su tendencia a preferir que otros se moviesen antes que él, aunque fuera en su beneficio. El desdichado Gobernador de Cuba había recibido la noticia del éxito de su rival en rebeldía, gracias a la desobediencia de Montejo. Los dos procuradores llevaban en efecto órdenes de Cortés de no tocar en ningún puerto de Cuba, pero parece que Montejo no pudo resistir a la tentación de visitar su hacienda de El Marién, cerca de San Cristóbal de la Habana, e hizo que el piloto los llevase sigilosamente a San Cristóbal donde fondearon el 23 de agosto de 1519. Embarcaron cerdos, pan de casabe y agua y enseñaron algo del oro que llevaban, impresionando tanto a los que lo vieron que más tarde declararon bajo juramento creer que la carabela llevaba oro por lastre. Cuando Velázquez se enteró, «estando a cabo de siete meses con tantas congojas esperando la nueva dél» [\[314\]](#), entró en cólera sin límites e intentó cortar el paso a la nave, mandando a su encuentro dos veloces carabelas bien provistas de artillería; pero Alaminos, que conocía bien aquellas aguas, consiguió escabullirse por las Lucayas y el canal de las Bahamas, fondeando finalmente en Sanlúcar en octubre de 1519 [\[315\]](#).

*

Los procuradores cayeron en plena guerra civil de covachuelistas. La Casa de Contratación, especie de ministerio de Colonias, Comercio y Marina Mercante, estaba en manos de las criaturas de Fonseca, casi todos, como su jefe, enemigos jurados de Cristóbal Colón, y por lo tanto de su hijo el nuevo Almirante Don Diego. Por aplicación del axioma psicológico «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», eran todos partidarios de Velázquez, pues Velázquez, por conveniencia propia, estaba muy a mal con Don Diego Colón, cuyos derechos hereditarios como Gobernador y Virrey de todas «las Indias» eran obstáculo a sus ambiciones. Velázquez además había cultivado asiduamente esta predisposición en favor suyo con frecuentes concesiones de indios a funcionarios altos y bajos no solo de la Casa de Contratación sino también del Consejo de Indias, y Fonseca le era tan afecto que se decía había pensado en casarlo con una de sus sobrinas [\[316\]](#). La lógica, tirana del hombre, pues no en vano es un ser racional, exigía que puesto que Fonseca y sus criaturas de la Casa de Contratación, eran velazquistas, fuesen también anti-cortesistas. De modo que en cuanto los dos procuradores de Veracruz desembarcaron en Sevilla, tuvieron que atravesar una barrera de enemigos antes de poder llegar al Rey.

Benito Martín (o Martínez), el clérigo que Velázquez tenía en España como su agente, se hallaba a la sazón en Sevilla y presentó una solicitud al Rey reclamando el barco como perteneciente a Velázquez para hacerlo carenar, tripularlo con gente nueva, cargarlo y mandarlo a Cuba. Los funcionarios de la Casa de Contratación más papistas que el Papa, lo confiscaron todo: el barco, el presente de oro y joyas para el Rey y hasta los tres mil castellanos que los procuradores traían para el padre de Cortés y los otros tres mil que traían para sus gastos [\[317\]](#). Entretanto, Benito Martín había escrito a Fonseca, que estaba en La Coruña preparando la armada en que Carlos, elegido Emperador, iba a retornar a Flandes después de una estancia de dos años en sus reinos españoles. Sin perder tiempo, Fonseca escribió al Rey dándole su dictamen. Era el obispo hombre bélico y ejecutivo y sus conclusiones olían más a brea y a pólvora que a incienso: según Las Casas, el caritativo prelado aconsejó a Carlos V que ahorcase a los dos procuradores, pues Cortés era un traidor. Pero tampoco Fonseca se salía siempre con la suya, pues Las Casas andaba entonces por la Corte, defendiendo valientemente el derecho de los indios a vivir en paz, y aunque enemigo no menos acérrimo de Cortés que de los demás conquistadores, era fiscal severo de la explotación despiadada de los indígenas del Nuevo Mundo por parte de Fonseca, a quien perseguía con su incansable actividad. Su dramático discurso ante el Rey y el Consejo sobre los sufrimientos de los indios tuvo lugar cuando Carlos V se hallaba residiendo en Molín del Rey, en las cercanías de Barcelona, durante la epidemia que afligió a la capital catalana en diciembre de 1519 [\[318\]](#). Fue precisamente en Molín del Rey donde firmó Carlos V la orden fechada el 5 de diciembre de 1519 haciendo registrar el regalo que Cortés le enviaba por su guardajoyas Luis Veret ^{1?}. Estaba entonces, según costumbre, sumido en urgentes preocupaciones, de modo que las cartas y regalos de Cortés debieron parecerle como cuentos de hadas o romances de caballerías. Pero, a pesar de las insidias de Fonseca, la hazaña del conquistador no dejó de hacer mella en su ánimo. «Estando en Barcelona tuvo una de las más felices nuevas que jamás recibió Príncipe, del descubrimiento de la Nueva España gran ciudad de México, por Hernán Cortés, varón digno de eterno renombre» [\[319\]](#).

Cubiertos de fama y privados de dinero, Puertocarrero, Montejo y Alaminos salieron de Sevilla para Medellín, a visitar al padre de Cortés, «y todos ellos con harta pobreza» se pusieron en camino desde Medellín hacia Barcelona para presentarse al Rey. En camino, se enteraron de que el Rey se había puesto ya en marcha hacia La Coruña. Al fin, Martín Cortés y los emisarios de su hijo fueron recibidos por el joven monarca en marzo de 1520 en Tordesillas, donde Carlos V había venido a despedirse de su madre Doña Juana. Todavía no les fue posible presentar al Rey las espléndidas joyas y la carga de oro que le traían, pero como testigos vivientes de la victoria de Cortés, le presentaron a dos caciques y a dos indias vistosamente ataviadas. Ya entonces había aprendido Carlos V la lengua castellana, desconocida para él dos años antes, al desembarcar en España, pero que pronto iba a ser el lenguaje en que más espontáneamente vertía su espíritu. Es seguro que escucharía con poca atención las peticiones minuciosas que los emisarios de Cortés le presentaron, pues llevaba el ánimo distraído y absorto en los problemas europeos y le desconcertaban en extremo las intrigas enrevesadas y las encontradas opiniones que se disputaban el campo de los asuntos de Indias. Poco después, a principios de abril, volvió a recibir a los procuradores y a Martín Cortés en Valladolid. Esta vez el quinto real y las joyas habían llegado; la labor delicadísima de las piezas, mantas de algodón y cortinas, que parecían más ricas que si estuvieran hechas de seda, las plumas, las piedras preciosas, la plata y el oro maravillosamente trabajados, impresionaron a la Corte todavía más que el valor intrínseco de piedras y metales, con ser tan alto; y Las Casas, testigo de la escena, escribe: «Quedaron todos los que vieron aquestas cosas tan ricas y tan bien artificiadadas y hermosísimas, como de cosas nunca vistas y oídas [...] en gran manera como suspensos y admirados» [\[320\]](#).

Pero el Rey tenía prisa y después de una ojeada a tantos esplendores se puso en camino hacia La Coruña, donde, después de muchas rémoras de cortesanos y de muchos trámites de leguleyos, lo único que los procuradores pudieron conseguir fue que les reembolsaran sus gastos a cargo del oro que habían traído. La táctica dilatoria de Fonseca había triunfado. Nada se había decidido sobre el punto esencial planteado por el cabildo de la Villa Rica: ¿quién estaba investido en Méjico de la autoridad constitucional?, o en otros términos, ¿quién de los dos, Cortés o Velázquez, era en Méjico el representante auténtico del Rey de España? Carlos, el representado, se hizo a la vela en La Coruña el 16 de Mayo de 1520 sin haber contestado a esta pregunta [\[321\]](#).

Mientras los emisarios de Cortés en España iban de Herodes a Pilatos, Velázquez ponía toda su furia en preparar una armada vengadora. Tenía entonces entre manos un grave problema local -la epidemia de viruela que asoló a la Isla en aquel año- [\[322\]](#). Sin dejarse amilanar por tan formidable obstáculo, el iracundo Gobernador movió Roma con Santiago para organizar su venganza con el nombre de «justicia», «deber» y otros dictados maravillosos que los hombres han inventado para designar sus pasiones e intereses. La audiencia de Santo Domingo, que veía las cosas con más imparcialidad, trató de calmarle, enviándole al licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, con instrucciones de impedir el despacho de la armada de Velázquez a Méjico, a fin de que los españoles no diesen a los indígenas el triste espectáculo de una guerra civil entre cristianos. Ayllón fue a Cuba, negoció con Narváez y con Velázquez, a quien halló en Guaniguanico, extrema punta occidental de la isla, y finalmente, al ver que no conseguía vencer la terquedad del Gobernador, se avino a dejar zarpar a la flota a condición de que Narváez llevase instrucciones concretas de intentar un acuerdo pacífico con Cortés [\[323\]](#).

Narváez se hizo a la vela a principios de marzo; pero Ayllón, que no las tenía todas consigo sobre la sinceridad de la nueva actitud pacífica de Velázquez, decidió seguir a bordo. La travesía hacia Yucatán y la costa de Culúa fue borrascosa y en ella perdieron seis naves y cincuenta hombres; se perdieron unos a otros, y finalmente, parte de la flota con el navio en que iba Ayllón fondeó en San Juan de Ulúa, donde Cortés lo había hecho un año casi exacto antes. Un español de tierra vino a bordo y dio a Ayllón un resumen de la situación, que el propio licenciado condensa diciendo: «Este sojuzga muy gran parte de tierra, e se hace e cumple por los indios todo lo que el dicho Cortés les manda». A su vez rogó el español que explicase a los indios «que no se alterasen, que toda era gente enviada por Vuestra Alteza e que todos eran unos, así los que allí estaban como los que al presente iban» 23 .

Al día siguiente llegó Narváez con el resto de la flota. Le gustó el sitio tanto que decidió fundar allí una ciudad, en lo que no hacía más que imitar a Cortés. Esta manía de los capitanes españoles de fundar ciudades no dejaba de tener su intención, pues una ciudad necesita un cabildo y alcaldes y regidores, magistrados cívicos revestidos de la vara que simboliza la autoridad real y que, si a mano viene, pueden desposeer de la suya a cualquiera otro magistrado que ande estorbando entre ellos. Así pues, después de haber explicado a Ayllón las excelentes razones que tenía para fundar allí una ciudad española, y de haber rebatido las objeciones que el honrado jurista le opuso, Narváez fundó la ciudad, es decir, nombró alcaldes y regidores que, apenas empuñada la vara, sintieron tan vehementes dudas sobre la legitimidad de los poderes de Ayllón que al instante le obligaron a reembarcarse con sus secretarios y tinteros, mandándole con buen viento a la Audiencia de Santo Domingo 24 .

Andaban por la vecindad en busca de minas tres soldados de Cortés -entre ellos, Cervantes el chocarrero, cuyas gracias surgen y resurgen a cada vuelta de esta verídica historia- y sin perder tiempo vinieron a San Juan y subieron a los barcos, ávidos de sacudirse la autoridad de su caudillo. «Mira si

es mejor estar aquí bebiendo buen vino -decía el chocarrero guiñando un ojo-, que no cativo en poder de Cortés que nos traía de noche y de día tan avasallados que no osábamos hablar, y aguardando de un día a otro la muerte al ojo». Y dirigiéndose a Narváez, el truhán añadía so color de gracias «¡Oh Narváez, Narváez, qué bienaventurado que eres e a qué tiempo has venido, que tiene ese traidor de Cortés allegados más de setecientos mil pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabía!» [\[324\]](#). Estos tres soldados habían aprendido lo bastante la lengua del país para servir de intérpretes a Narváez, y por este conducto, el segundo español informó a Moteczuma de que el primero y sus compañeros eran unas gentes malas, ladrones que venían huyendo de Castilla sin licencia del Rey, y que Narváez, enviado por el Rey en cuanto supo los males y robos que hacían los de Cortés, venía para libertar a los mejicanos de su tiranía. Moteczuma hubiera sido sobrehumano si no hubiera sentido gran satisfacción al recibir tales noticias. Dio, pues, orden de que se proveyese a los nuevos españoles de todo cuanto pudieren necesitar y envió a Narváez presentes de oro y mantas. Parece incluso haberle ofrecido que le mandaría también a Cortés vivo o muerto, y hasta que le hizo esta oferta por conducto de uno de sus notables que los españoles llamaban «Cortés», quizá aquel Quintalbor cuyo parecido a Cortés habían observado ya el año antes tanto ellos como Moteczuma. Este episodio tiene, pues, todo el aire de las maniobras mágicas que ya hemos podido apuntar varias veces en el Uei Tlatoani [\[325\]](#).

Narváez, entretanto, se había enterado por los tres españoles de que a una legua de distancia de San Juan de Ulúa había ya un pueblo español conocido por Veracruz, en donde residían en guarnición setenta españoles, los más de ellos viejos o inválidos, al mando de Sandoval. Si Narváez hubiera sido Cortés, se hubiera puesto en marcha inmediatamente para Veracruz. Pero como Narváez era Narváez, mandó allá a un clérigo, Juan Ruiz de Guevara, a un escribano, Alonso de Vergara y a un deudo de Velázquez que se llamaba Pero de Amaya con tres hombres más para actuar como testigos. Llegaron estos seis a Veracruz, donde Sandoval, después de haber mandado fuera de la ciudad a la parte menos vigorosa de la población -o sea de la guarnición, que era todo uno- esperando un ataque inmediato, había hecho prometer a todos sus soldados lealtad a Cortés, promesa que había reforzado alzando una horca sobre un cerro vecino. Por orden de Sandoval, las calles estaban desiertas. Los seis de Narváez fueron primero a la iglesia a orar, y de allí a ver a Sandoval. Trabóse entre ellos el diálogo de siempre sobre sus respectivos poderes, primero fríamente cortés, luego cada vez más acalorado. «¿Qué hacéis con estos traidores? ¡Sacad esas provisiones y notificádselas!» -exclamó Guevara con enojo-. Sandoval, que tenía el temperamento vivo y la mano fuerte, le replicó: «Mentís como ruin clérigo» y los mandó prender a todos.

Apenas lo hubo dicho, cuando unos indios que aguardaban la orden, «pescaron» al clérigo, al escribano y a los otros cuatro en hamaquillas de redes, y antes de que se dieran cuenta de lo que les ocurría, ya iban camino de Méjico a hombro de unos tamemes. «Iban espantados desque vieron tantas ciudades y pueblos grandes y les traían de comer y unos los tomaban y otros los dejaban [...] Dizque iban pensando si era encantamiento o sueño» [\[326\]](#).

Derrota de Narváez

Cortés, entretanto, había pasado dos semanas de duda y de angustia, mientras volvían los mensajeros que había enviado para enterarse de quiénes eran los recién venidos. También mandó un aviso a Juan Velázquez de León, que se hallaba a la sazón explorando la región de Coatzacoalco en busca de un buen río y puerto. Este capitán, que era pariente de Diego Velázquez, recibió también recado de Narváez procurando ganárselo para su causa. Pero a pesar del parentesco, Velázquez de León decidió permanecer leal a Cortés, circunstancia que bien pudo haber sido decisiva en la vida del conquistador de Méjico, pues a la sazón, tan crítica para todos ellos, tenía Velázquez de León a sus órdenes casi la mitad de la fuerza de Cortés, y se hallaba situado en la costa, más cerca de Narváez que de Cortés. No ha de considerarse, sin embargo, este episodio como mero regalo de la suerte para Cortés, pues Velázquez de León tomó su resolución en pleno conocimiento de toda la situación, dominada por la superioridad notoria de Narváez, en hombres, caballos y artillería, a pesar de lo cual decidió seguir fiel a Cortés, lo que arguye que en su juicio independiente era Cortés el hombre a quien procedía apoyar en aquel caso.

Como no volvían sus mensajeros, Cortés se veía reducido a los informes que sobre Narváez le daba Moteczuma. Así se enteró de que Narváez había detenido a sus emisarios y de que el nuevo ejército se componía de ochenta jinetes, ochocientos hombres y diez o doce cañones. Era por consiguiente una fuerza formidable pero ni le precipitó a la acción ni le acobardó a la sumisión. Según su costumbre, se dispuso a negociar, pero con voz vigorosa y ánimo fuerte. A tal fin, mandó al Padre Olmedo con cartas para Narváez así como para los alcaldes y regidores de Veracruz, cuyas togas salieron súbitamente de debajo de las armas ante la amenaza de una nueva autoridad. En estas cartas, Cortés preguntaba a los recién venidos quiénes eran, les ofrecía auxilio si lo necesitaran, les prohibía desembarcar con armas y hasta les amenazaba con los castigos de la ley si no daban obediencia inmediata a los magistrados elegidos en nombre de Su Alteza, en cuyo servicio real, así desde luego, como en el de Dios, se venía haciendo todo

Pocos días después de haberse puesto en marcha el fraile, llegaron a Méjico, Guevara, Vergara y Amaya, los tres delegados de Narváez presos por Sandoval, bajo la guardia de Pedro de Solís «que agora llaman Solís tras de la puerta». (Bernal Díaz nos ha dejado con el deseo de saber por qué) [\[327\]](#). Traía además Solís más de un centenar de cartas que Narváez había escrito a los españoles de Veracruz instándoles a alzarse contra Cortés. Casi al mismo tiempo llegó a Méjico un correo enviado por Velázquez de León para informar a Cortés de su decisión de permanecerle fiel. A pesar de esta noticia que le confirmaba en su fuerza, al menos relativa, Cortés siguió dando pruebas de tacto y de diplomacia. Aun antes de que llegasen a Méjico los tres prisioneros que le mandaba Sandoval, ya se vieron gratamente sorprendidos al encontrarse en las afueras con sendos caballos que Cortés les enviaba para que entrasen en Méjico como hombres libres y de calidad. Con los caballos, venían cartas expresando el sentimiento de Cortés por la actitud autoritaria de Sandoval (de la que sin duda estaba encantado en el fondo). El propio Cortés salió a recibirles y les acompañó a su entrada en la ciudad, de modo que con tan afable recibimiento, el espectáculo de la gran ciudad, la riqueza y esplendor del tren de vida de Cortés, su don de gentes y generosos regalos de oro, los tres emisarios de Narváez, que habían venido en son de enemigos, quedaron como admiradores y pronto se volvieron a

Veracruz como partidarios del único conquistador de Méjico [\[328\]](#).

Narváez recibió la primera carta de Cortés con gran desprecio y, según pintoresca expresión de Bernal Díaz, «no quiso responder a la carta ni nos tenía en una castañeta» [\[329\]](#). Pero el real de Narváez comenzó pronto a cambiar de aspecto. Llegaron de Méjico, Guevara y sus compañeros, felices y prósperos, hablando maravillas de Cortés y su conquista y poniéndoles a todos los dientes largos y los ojos brillantes con sus cadenas de oro y sus pepitas de asombrosas dimensiones. Guevara insinuaba que había tierra para todos y que podía dividirse entre los dos capitanes. A su vez, Olmedo mostró a Narváez otra carta de Cortés, disgustado por la actitud bélica de Narváez, pero siempre afable y diplomático, y mientras Narváez la leía, se fue por el real enganchando amigos hacia el partido que tenía más oro. Así, pues, la facilidad con la que Cortés sabía tener siempre sueltos los cordones de la bolsa hacía milagros; sobre todo en vista de que Narváez, que carecía del don divino de la generosidad, vigilaba estrechamente todos los regalos que le mandaba Moteczuma «y no daba cosa dello a ningún capitán ni soldado, antes decía con voz que hablaba muy entonado medio de bóveda a su mayordomo: “Mira que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria”.» [\[330\]](#).

Vinieron cartas a Cortés de que Narváez se había trasladado a Cempoal, donde, de creer a Bernal Díaz, había despojado al Cacique Gordo de todos los presentes de oro y mantas que Cortés le había mandado desde Tlaxcala con el contingente cempoalés, y hasta tomado posesión de las jóvenes indias que los caciques de Cempoal habían dado a los capitanes de Cortés y que estos habían dejado «en casa de sus padres porque eran hijas de señores e para ir a la guerra muy delicadas». Cortés, no obstante, pinta un cuadro algo distinto de la situación en su informe al Emperador, donde dice que «toda la gente de los naturales de la tierra estaban levantados y hechos con el dicho Narváez, en especial los de la ciudad de Cempoal y su partido». Sandoval creyó prudente salir de Veracruz para hacerse fuerte en un lugar más alto. Cortés se dio cuenta de la gravedad de estas noticias y, muy contra su deseo, pues bien comprendía el riesgo que arrostraba en dejar entonces la capital, se decidió a ponerse en marcha hacia la costa, donde por el momento le amenazaba el mayor peligro [\[331\]](#).

Fue a despedirse de Moteczuma. Nunca había dado la menor señal por donde Moteczuma pudiera inferir que estaba al tanto de la colusión entre él y Narváez. En aquella entrevista, Moteczuma parece haberse entregado a cierto humorismo socarrón al que sin duda tenía derecho, dadas las circunstancias. «Señor Malinche, a todos vuestros capitanes e soldados os veo andar desasosegados, e también he visto que no me visitáis sino de cuando en cuando; e Orteguilla el paje me dice que queréis ir sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navios e queréis dejar aquí en mi guarda al Tonatio. Haceme merced que me lo declaréis, para que si en algo os pudiese ayudar, que lo haré de buena voluntad. E también, señor Malinche, no querría que os viniese algún desmán, porque vos tenéis muy pocos teules, y esos que vienen son cinco veces más, y ellos dicen que son cristianos como vosotros, e vasallos e criados dese vuestro Emperador, e tienen imágenes e ponen cruces e les dicen misa, e dicen e publican que sois gente que venistes huyendo de vuestro Rey e que os vienen a prender e matar. Yo no os entiendo. Por eso, mira lo que hacéis».

Cortés debió de necesitar todo su maravilloso dominio de sí mismo para contestar «con un semblante de alegría» a zumba tan deliciosa pero tan cruel. Comenzó con palabras en que se trasluce una ironía no menos cruel: «Que si no le había venido a dar relación dello es como le quiere mucho e por no dalle pesar con nuestra partida»; explicó después que tanto los suyos como los de Narváez eran vasallos del gran Emperador y cristianos; negó en redondo que hubiese salido huyendo de los reinos del Rey Emperador y volvió a repetir que era el Rey el que le enviaba para hablar con el Uei Tlatoani

de Méjico; y en cuanto a las fuerzas de Narváez, «Nuestro Señor Jesu Cristo en Quien creemos, Nuestra Señora Santa María, Su bendita Madre nos dará fuerzas y más que no a ellos, pues que son malos»; y finalmente, para explicar una situación que Moteczuma mal podía entender, dijo que el gran Emperador tenía muchos reinos y señoríos y que mientras ellos, los de Cortés, eran castellanos, «el capitán que está ahora en Cempoal y la gente que trae es de otra provincia que llaman Vizcaya, e se llaman vizcaínos, que hablan como los otomíes». Ingeniosa manera de evadirse de tan enfadoso problema, aquella de llamar vizcaínos (para sugerir que eran distintos y que hablaban otro lenguaje) a los soldados de Narváez que, al menos de jefe a jefe, eran más castellanos que él. Pero Cortés no estaba entonces en situación de pararse en tales distingos.

Después de haber contestado lo mejor que pudo a todas estas dudas de Moteczuma, y de haberle asegurado que pronto retornaría victorioso, Cortés pasó a explicar que dejaba a Alvarado en Méjico con ochenta españoles y que advertía al Emperador que era menester evitase el menor desorden o alzamiento durante su ausencia, pues de otro modo, los revoltosos pagarían con las vidas; «también dijo que mirase que la imagen de Nuestra Señora e la Cruz, que siempre lo tuviesen enramada y con candelas de cera que tuviesen siempre encendidas de noche y de día, e que no consintiesen a ningún papa que hiciesen otra cosa, porque en aquello conocería su buena amistad». Esta fue su última recomendación. Abrazáronse el Emperador y el Capitán y se separaron, al parecer con buena amistad, después de un intercambio de promesas y presentes en que Cortés vino a devolver a Moteczuma para él y para su hijo algunas de las joyas y mantas más delicadas que del propio Moteczuma había recibido [\[332\]](#).

Antes de salir de Méjico, Cortés prestó la mayor atención a la seguridad de la pequeña guarnición que dejaba atrás. Tuvo la suerte de hallarse a la sazón bien provisto de víveres, pues como la cosecha de aquel año en Méjico había sido mediana, había importado grandes cantidades de maíz de Tlaxcala ⁸. Hizo reforzar las casas de Axayacatl hasta convertirlas en una verdadera fortaleza, dejando en ella quinientos hombres armados, de los que ochenta eran españoles, entre ellos catorce escopeteros y cinco de a caballo ⁹. Quedaban estos hombres en una situación harto peligrosa, ya que si Cortés salía derrotado de su aventurada expedición contra un adversario que le era tan superior en número, la guarnición que quedaba en Méjico podía temer lo peor de una ciudad que bajo su aparente calma ocultaba hondo y justificado resentimiento. Así se explica que Cortés dejase a Alvarado al mando de esta guarnición, pues con arreglo al código de honor de aquellos tiempos, no hubiera podido nombrar a otro para el puesto de mayor peligro sin ofender a su segundo. Y, sin embargo, como iban a demostrarlo los sucesos, el juicio de Alvarado no estaba a la altura del cargo que Cortés le había confiado, y este nombramiento vino a ser uno de los errores más graves cometidos por Cortés en toda su carrera.

Salió Cortés de Méjico muy poco después del 4 de mayo de 1520. Otra vez en camino, en el mismo camino que hacía seis meses había emprendido en sentido contrario, y sin embargo, en circunstancias que el destino hacía muy semejantes. En aquel noviembre que vio su salida de Veracruz, Cortés, rostro a Méjico, dejaba en la costa una fuerza de setenta hombres para hacer frente a los peligros que pudiera provocarle la ira de Velázquez, mientras allá arriba, sobre la altiplanicie de Méjico, el poder misterioso de Moteczuma era para él imán, señuelo, inspiración y estímulo. Osado hasta el borde de la temeridad, había hecho subir a sus hombres grada a grada aquel gigantesco Teocalli que era la tierra mejicana, hasta llegar a establecer su dominio sobre el imperio del Anáhuac, victoria más allá de la esperanza más razonable y aun de los sueños más descabellados. Y ahora, dejando atrás una fuerza igualmente pequeña bajo Alvarado, se veía otra vez en camino a la cabeza de

su ejército, bajando grada a grada el gigantesco Teocalli de Méjico, para ir al encuentro del peligro cubano, que al fin había encarnado en Narváez, y después, si la suerte le sonreía, volver a emprender la ascensión de su dramática fortuna otra vez desde el mar hasta la altiplanicie de la capital. Bien podía pensar el esforzado capitán que el destino le era tan duro como lo había sido al que más. Pero arrostró su destino sin murmurar.

A la salida de Méjico, camino de Cholula, Cortés solo llevaba setenta hombres, menos de la décima parte del contingente de Narváez. Antes de llegar a Cholula, envió emisarios a los tlaxcatecas para pedirles cinco mil guerreros, pero sus amigos de otrora le contestaron que, si se hubiera tratado de una guerra contra otros naturales, se los hubieran mandado gustosos, pero como iba a luchar contra otros teules y cañones, se limitaban a enviarle como regalo veinte cargas de gallinas -lo que en aquellas circunstancias, no dejaría de hacer gracia a los españoles-. Como compensación, llegaron entonces dos importantes refuerzos: Velázquez de León le trajo de Coatza-coalco ciento cincuenta españoles y Rodrigo de Rangel, de Chinantla, ciento diez. Todos se reunieron en Cholula. Cortés hizo retornar a Méjico a algunos de sus soldados en quienes vio flaquear la lealtad hacia él, y sin más tardanza, se puso otra vez en camino. A las doce leguas de Cholula, se encontró con el Padre Olmedo, que le traía las nuevas del real de Narváez: fundación de la ciudad; prisión y envío a Santo Domingo del licenciado Ayllón; contactos entre Narváez y Moteczuma; firme propósito de Narváez de tomar posesión de toda la tierra conquistada [\[333\]](#).

Siguieron caminando y cuando ya estaban entre Tepeyac y Quecholac, los corredores del campo toparon con un español que dijo llamarse Alonso de Mata, escribano de Narváez y que, armado de papeles y reforzado con testigos, venía a reducir a Cortés por la tinta. Cortés era hombre que sentía siempre la mayor deferencia ante un tintero, así que al ver a Mata se apeó del caballo. Pero sin dejarle leer sus papeles, le requirió a que enseñase los que le acreditaban como escribano real, lo que dio al traste con la serenidad del improvisado hombre de ley. «Denles algo de comer» -dijo el general, y todos se sentaron para satisfacer el hambre-. Hecho lo cual, cuando el ánimo, ya satisfecho el cuerpo, se abre a su vez al apetito, Cortés se llevó aparte a Mata y a sus testigos y, poniendo sumo cuidado en no decir palabra contra Narváez, «habló con ellos e les tomó las manos e les dio cierto oro». Volviéronse los de Narváez, bien doradas las manos, y la imaginación ocupada con las maravillas que habían visto; «e como muchos de nuestros soldados, por gentileza, en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro e cadenas e collares al pescuezo, e aquellos que venían a notificar los papeles las vieron, dicen en Cempoal maravillas de nosotros, e muchos había en el real de Narváez, personas principales, que querían venir a traer paces y tratar con Cortés» [\[334\]](#).

Llegaron a Ahuilizapan (hoy en el Estado de Orizaba) donde tuvieron que demorar dos días a causa de un temporal de aguas. Cortés aprovechó el tiempo para redactar y despachar una carta a Narváez, ofreciéndole cualquier provincia que desease para poblar él con su gente; requiriéndole a que presentase sus cartas credenciales, y si no las tenía, a que se volviera a Cuba sin alterar el país; y amenazándole con la fuerza de la ley si se resistía ante la autoridad del único Capitán General y Justicia Mayor de Nueva España reconocido como tal por el dicho Capitán General y Justicia Mayor. Firmado Hernán Cortés. Y debajo, las firmas de varios capitanes y soldados. «Iba allí mi firma», escribe ufano Bernal Díaz. Llevó la carta el Padre Olmedo, a quien acompañaba un soldado llamado Usagre, hermano del maestro de artillería que traía Narváez. Tanto el fraile como el soldado iban bien provistos de oro [\[335\]](#).

En Cempoal, el Padre Olmedo se puso a sembrar oro discretamente a derecha e izquierda. Lo hizo

tan bien que Narváez comenzó a sospechar de él y hasta resolvió prenderlo. Pero ya el astuto fraile había ganado la voluntad de Andrés del Duero, que, a pesar del papel que había desempeñado en el nombramiento de Cortés como Capitán de la primera Armada, venía en la segunda como secretario de Narváez. Duero consiguió fácilmente persuadir a Narváez a que invitase a Olmedo a almorzar en lugar de prenderle. El fraile se presentó como el mejor amigo de Narváez, asegurándole que nada era más fácil que apoderarse de Cortés, pues muchos eran los que en su compañía querían desprenderse de él; y explicó al incauto Narváez que la carta fuerte y autoritaria que para él traía de Cortés solo era un ardid de los soldados de Cortés para prepararle una celada. Con este preámbulo, entregó la carta, que enfureció a Narváez y a los suyos. Duero fingió no saber qué pensar. Un tal Bermúdez, Alguacil Mayor de Narváez, intervino en la comedia al lado del fraile, que ya lo había comprado, asegurando a Narváez que el Padre Olmedo le había dicho en secreto que Cortés le pediría una entrevista en cuanto recibiese emisarios de Narváez para negociarla. A distancia, la serpiente se iba ya enrollando en torno a su poderosa pero torpe presa IJ .

Pero el águila tampoco se dormía. Cortés había prestado suma atención al armamento. Dándose cuenta de que su gran inferioridad frente a Narváez estaba en la caballería, mandó a uno de sus soldados, un tal Tovi- 11a (que había estado en las guerras de Italia, «bien diestro de todas armas, y más de jugar de una pica») al país de los Chinantecas, para que le hiciesen trescientas lanzas de longitud excepcional de las que ellos solían usar, pero con puntas de cobre en lugar de las navajas de pedernal que solían ponerles. Entretanto, Cortés proseguía su marcha hacia aquel su adversario que sedentario le esperaba, y llegó a Cuautochco (hoy Huatusco, en el Estado de Veracruz) donde recibió otra embajada de Narváez, compuesta de Guevara, otro clérigo llamado Juan de León y su antiguo amigo y cómplice en la conspiración para elegirle Capitán General de la Armada, Andrés de Duero. Estos tres embajadores venían a presentarle la proposición de Narváez, tan sencilla como elegante: para Narváez toda la tierra conquistada; para Cortés y los suyos cualesquiera barcos y bastimentos que desearan para marcharse de Méjico [\[336\]](#). No hace falta otro dato para juzgar de la ineptia de Pánfilo de Narváez. No era aquella proposición de las que se podían hacer a un hombre como Cortés; pero los delegados que se la traían eran hombres a quienes podía conquistar. Quedó pues convenido que Narváez y Cortés se entrevistarían, cada uno con un séquito de diez hombres, después de canjear salvoconductos que, en cuanto a Cortés concernía, redactó y firmó al instante. Pero a la etapa siguiente en su marcha hacia la costa, en Tampecanita, con el salvoconducto firmado por Narváez, llegó un aviso secreto de Olmedo y de Duero advirtiéndolo a Cortés que la entrevista era una celada para asesinarle [\[337\]](#).

Cortés entonces se irguió con toda su dignidad oficial, enviando a Narváez un requerimiento en regla para que se abstuviera de todo ejercicio de autoridad en la Isla; y a todos sus secuaces, sendos requerimientos para que se abstuvieran de obedecer la autoridad ilegítima de Narváez. Pero cuando Rodrigo Álvarez Chico y Pero Hernández, secretario y escribano de Cortés, llegaron a Cempoal con estos requerimientos, Narváez les dio al instante tiempo ilimitado en la cárcel para que meditasen sobre la autoridad y su verdadera fuente y origen [\[338\]](#).

En Tampecanita, Cortés se reunió con Sandoval, seguido de aquellos soldados de la costa que no eran demasiado viejos o inválidos para combatir. Camino de Mictlancuauhtla (que Bernal Díaz, con maravillosa alquimia lingüística transfigura en Mitalaguita), se encontró con Tovilla, que volvía de Chinantla con las trescientas lanzas largas, «muy extremadas de bueñas»; y Cortés comenzó enseguida a ejercitar a sus soldados en el manejo de aquella arma, en la que veía sobre todo el modo de contrarrestar la superioridad de los jinetes de Narváez [\[339\]](#).

A pesar de que seguía negociando y mandando a Cempoal ola tras ola de exploradores bien provistos de oro, no descuidaba detalle para preparar a su compañía a la batalla que quizá fuese necesaria. Hizo alarde de sus tropas y halló que tenía «dozientos e sesenta e seis contados a atambor e pífano, sin el fraile, e con cinco de a caballo e dos tirulos e pocos ballesteros y menos escopeteros». Se decidió, no obstante, a atacar a Narváez, decisión de que informa al Emperador con palabras características a la vez de su espíritu jurídico y su ánimo militar: «E visto que por ninguna vía yo podía excusar tan gran daño y mal, y que la gente, naturales de la tierra, se alborotaban y levantaban a más andar, encomendándome a Dios y pospuesto todo el temor del daño que se me podía seguir, considerando que morir en servicio de mi Rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, a mí y a los de mi compañía se nos seguía farta gloria, di mi mandamiento a Gonzalo de Sandoval, Alguacil Mayor, para prender al dicho Narváez, y a los que se llamaban Alcaldes y Regidores, al cual di ochenta hombres, y les mandé que fuesen con él a los prender; y yo, con otros ciento y sesenta (que por todos éramos dozientos y cincuenta hombres, sin tiro de pólvora, ni caballo, sino a pie) seguí al dicho Alguacil Mayor, para le ayudar, si el dicho Narváez y los otros quisiesen resistir su prisión» [\[340\]](#).

Hasta aquí el águila. En cuanto a la serpiente, andaba entonces atrayendo a Andrés de Duero, quien había venido otra vez a visitar a Cortés, so máscara de negociaciones pero en realidad para recordarle el pacto de Cuba y reclamar su parte en el botín. Cortés le prometió que sería pingüe, cargándole entretanto de oro a dos indios cubanos que traía Duero a su servicio, mas no sin que Duero a su vez le prometiese su ayuda contra Narváez, así como también la ayuda de Bermúdez, el Alguacil Mayor de su adversario. Concluida la conversación, montó Duero a caballo y vino a despedirse de Cortés: «¿Qué manda Vuestra Merced, que me quiero partir?». -«Que vaya con Dios -contestó Cortés- y mire señor Andrés de Duero que haya buen concierto de lo que tenemos platicado, si no, en mi conciencia, que antes de tres días con todos mis compañeros seré allá en vuestro real y al primero que le eche la lanza será a Vuestra Merced». Duero se echó a reír (quizá con risa de conejo) y exclamó: «No faltaré en cosa que sea contrario de servir a Vuestra Merced» [\[341\]](#).

Ya entonces debía de darse cuenta Cortés de que Narváez no era adversario de talla para él. Había hecho todo el trayecto desde Méjico a la costa para afrontarse con Narváez, mientras que este, con sus tropas frescas, permanecía gozando de las delicias de Cempoal, sin otra causa que su indolencia y descuido usuales. Se hallaba al corriente de lo que pasaba en el real de Narváez por los emisarios que iban y venían enviados por él, así como por los de Narváez que acudían a su real al olor del oro, o que desertaban, como un tal Villalobos que se pasó a Cortés con otros siete soldados en son de protesta por el trato infligido a Ayllón, En este estado de ánimo, llamó a Velázquez de León, «y como Cortés hablaba algunas veces muy meloso, y con la risa en la boca, le dijo medio riendo: “A lo que al señor Juan Velázquez le hice llamar es que me ha dicho Andrés de Duero que dice Narváez, y en todo su real hay fama, que si Vuestra Merced va allá que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con él Narváez, y a esta causa he acordado que por mi vida, si bien me queréis, que luego vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro y la Fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro) y otras cositas que yo le daré que dé allá por mí a quien yo le dijese; y su Fanfarrona, que pesa mucho, llevará a un hombro, y otra cadena que pesa más que ella llevará ceñida con dos vueltas: y allá verá qué le quiere Narváez. Y en viniendo que se venga luego, irá el señor Diego de Ordás, que le desean ver en su real, como mayordomo que era del Diego Velázquez”.» [\[342\]](#).

Esta escena es Cortés pura cepa: flor de vida espontánea, graciosa y un si es o no es jactanciosa,

tallo de voluntad y de valor, raíz de fría y calculada cautela. Para Cortés era esencial poner a prueba la lealtad de sus dos capitanes que habían sido un tiempo caudillos del grupo velazquista dentro de su compañía; pero ponerla a prueba antes de la batalla y no en plena lucha. Si habían de abandonarle, era mejor que lo hicieran por sí mismos, como individuos sueltos, si bien importantes, y no como jefes de fuerzas en un ejército ya bien escaso de hombres. La decisión osada pero también prudente era, pues, confiarles su libertad hasta el extremo límite y aun más allá del límite del peligro, dándoles toda suerte de facilidades para que desertasen, de modo que no les quedase más traba que la de su honor. Por eso Cortés insistía tanto en que Velázquez de León fuera al campo de Narváez con todo su oro y aun con algún oro más del propio Cortés. Esta generosidad tan sagaz hizo su efecto en el ánimo caballeroso de Velázquez de León, quien aceptó la idea de la visita a Narváez, pero se negó a ir con todo su oro. Cortés le dio como escolta uno de los criados de su casa -por si acaso.

Jinete en su yegua rucia, Velázquez de León llegó al alba ante la casa del Cacique Gordo. Los cempoaleses reconocieron al instante al voluminoso y simpático capitán y se fueron a avisar a los españoles. Acudió Narváez, muy contento, y reprochó al deudo de Diego Velázquez que no hubiese ido directamente a su alojamiento, a lo que Velázquez de León contestó que se volvía otra vez pronto, pues solo había venido a besarle las manos y a procurar que entre Narváez y Cortés hubiese paz y amistad. «¿Paz y amistad con un traidor?» -exclamó Narváez muy airado-; y Velázquez replicó: «Cortés no es un traidor, sino un buen servidor de Su Majestad, y suplico a Vuestra Merced que delante de mí no se diga tal palabra». Ante tal firmeza, Narváez cambió de táctica, y procuró atraerse a Velázquez de León, «prometiéndole con juramentos que sería en todo su real el más preminente Capitán, y en mando segunda persona». Pero Velázquez declaró su firme propósito de permanecer fiel a Cortés.

Acudieron capitanes y soldados a ver al recién venido, «y le abrazaban con gran cortesía porque Juan Velázquez era muy del palacio, y buen cuerpo, membrudo, y buena presencia y rostro y la barba bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba dos vueltas debajo del brazo; parecíale muy bien, como bravoso y buen capitán». Azuzado por algunos de los más encarnizados enemigos de Cortés, Narváez se decidió a prenderle, pero Duero, Bermúdez y los dos clérigos, que tenían los dedos bien untados de oro por Cortés, hicieron ver a Narváez que cuando iban al otro real los emisarios, Cortés los recibía siempre muy bien (demasiado lo sabían ellos) mientras Narváez metía en la cárcel a todos los emisarios que Cortés le mandaba, por lo cual le aconsejaban que en lugar de prender a Velázquez de León, lo convidase a comer.

Narváez siguió este consejo y aun también el de Olmedo, que parece haber sido algo bromista, y que le propuso hiciese desfilar sus tropas ante el visitante para impresionarle con la fuerza que traía. «Gran pujanza trae Vuestra Merced; Dios se lo acrecienta», dijo Velázquez de León al ver pasar la tropa. Y Narváez «Ahí verá Vuestra Merced que si quisiera haber ido contra Cortés le hubiera traído preso, y a cuantos estáis con él». Pero a esto, Velázquez de León replicó: «Téngale vuestra merced por tal, y a los soldados que con él estamos, que sabremos muy bien defender nuestras personas». A pesar de cuyos dimes y diretes, la comida tuvo lugar el día siguiente, o al menos tal era la intención de unos y otros comensales. Mas acaeció que uno de ellos era sobrino y tocayo del Gobernador General de Cuba, joven Capitán de la compañía de Narváez. Este Diego Velázquez segundo, sin perder tiempo, declaró desde el principio de la comida que Cortés y los suyos eran unos traidores. Apenas lo hubo oído Velázquez de León cuando «se levantó de la silla en que estaba y con mucho acato dijo: “Señor Capitán Narváez, va he suplicado a vuestra merced que no consiento que se digan palabras tales como estas que dijo de Cortés ni de ninguno de los que con él estamos, porque verdaderamente son

mal dichas”». El joven Diego Velázquez respondió que eran bien dichas y que, pues volvía por un traidor, Juan Velázquez no era un Velázquez de los buenos. Echó mano a la espada Velázquez de León, le dijo que mentía y que era mejor caballero que no él y mejor Velázquez que él o su tío, y que al punto se lo haría conocer si el señor Capitán Narváez le daba licencia; y no parece que la hubiera aguardado mucho tiempo pues, a no ser porque se entrometieron capitanes y amigos de unos y otros, le diera ya una estocada. Quedó decidido hacer salir del real a Velázquez de León y enviárselo a Cortés al galope de su yegua rucia. La estratagema de Cortés había alcanzado pleno éxito [\[343\]](#).

Entretanto, saliendo al alba de Mitalaguita, Cortés se había puesto en camino con sus tropas hacia Cempoal y Veracruz. Era el día bochornoso y pesado y la tropa se había parado a descansar a orillas del río de las Canoas, en el lugar donde más tarde vino a construirse la segunda Veracruz. Allí los encontró Velázquez de León de regreso de su dramática excursión al campo adversario; y mientras el Padre Olmedo, que había vuelto con él, entretenía a los soldados con chascarrillos y habladerías del real de Narváez, el Capitán daba a Cortés un informe detallado de la situación militar. Narváez había hecho acampar a su ejército en las afueras de Cempoal. Todo el día llovió fuerte, y sus capitanes, aburridos y un tanto humillados al verse mano sobre mano esperando una fuerza que consideraban inferior -como en efecto lo era en número- hicieron presión sobre él para que se instalasen otra vez las fuerzas en la ciudad, esperando al enemigo en lugar más cómodo. Cedió Narváez y después de haber colocado sus veintitrés cañones en batería frente al Teocalli, se dispuso a aguardar al enemigo. «¿Qué hacéis, que estáis muy descuidados? -le reprochó el Cacique Gordo-. ¿Pensáis que Malinche y los teules que trae consigo son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catáredes, será aquí y os matará». Se reían de él, pero con todo tomaron algunas precauciones; Narváez hizo pregonar una promesa de dos mil pesos a quien matase a Cortés o a Gonzalo de Sandoval, y luego, después de haber puesto espías al río, colocado centinelas en las gradas del Teocalli por donde se subía a su propia posada, y dado como santo y seña a su ejército las palabras Santa María, el descuidado e indolente Narváez se echó a dormir [\[344\]](#).

Aquella misma tarde que Narváez había malgastado, Cortés, después de oír el informe de Velázquez de León, hizo avanzar el real al río Chachalacas, a cosa de una legua de Cempoal, y en cuanto hubo trazado el campamento y colocado sus escuchas y centinelas, reunió a su compañía y desde su caballo como tribuna, les dirigió «un parlamento por tan lindo estilo y plática tan bien dichas, cierto otra más sabrosa y llena de ofertas que yo aquí sabré escribir». Comenzó recordándoles cómo habían hecho propósito de conquistar y poblar, en lugar de limitarse a rescatar, según quería Velázquez; y cómo le habían elegido por su Capitán General y Justicia Mayor; entró después a relatar los trabajos, batallas, heridas y muertes que habían padecido hasta alcanzar la victoria; se venía la noche encima y era menester abreviar. Ahora venía este Pánfilo de Narváez y aún no había desembarcado y ya los llamaba traidores y enviaba «a decir al gran Montezuma no palabras de sabio capitán sino de alborotador»; se atrevía a prender a un oidor de Su Majestad, gran delito digno de castigo, y pregonaba «en su real guerra contra nosotros a ropa franca como si fuéramos moros». Era pues necesario luchar por la honra y por la vida, pues no solo les venían a prender y a echar de sus casas y haciendas, sino que además, si perdían la batalla y por ventura caían en manos de Narváez, todos sus servicios a Su Majestad se tomarían en deservicios, y harían procesos contra ellos, diciendo que habían muerto y robado y destruido la tierra (sagaz interpretación de las relaciones entre la espada y la ley), de modo que (fue su conclusión) «como buenos caballeros somos obligados a volver por la honra de Su Majestad y por las nuestras y por nuestras casas y haciendas, y con esta intención salí de Méjico, teniendo confianza en Dios y en vosotros. Todo lo pongo en las manos de Dios primeramente, y después en las vuestras. Veamos que os parece» 23 .

Tal es la versión de Bernal Díaz, pero por esta vez confieso que hallo un acento más lozano, y un espíritu y aroma de más verdad en la versión de Tapia. Conturbado ante las nuevas que le traía Velázquez de León, dice Tapia, Cortés se dirigió a su compañía con las palabras siguientes: «Yo soy uno, e no puedo hacer por más que uno: partidos me han movido que a sola mi persona estaban bien; e porque a vosotros os estaban mal, no los he aceptado: ya veis lo que dicen y pues en cada uno de vos está esta cosa según lo que en sí sintiese de voluntad de pelear o de querer paz, aquello diga cada cual, e no se le estorbará que haga lo que quisiere. Veis aquí me han dicho en secreto estos nuestros mensajeros cómo en el real de los contrarios se platica e tiene por cierto que vosotros me lleváis engañado a me poner en sus manos: por ende, cada uno diga lo que le parece». Todos a una le dieron inmediata satisfacción sobre este punto, rogándole después, de modo insistente, que fuese el primero en dar opinión. Entonces, con irritación real o fingida, exclamó: «Dígoos un refrán que se dice en Castilla, que es: “muera el asno e quien lo aguija”; y este es mi parecer». Todos le aclamaron y le llevaron en hombros hasta que les pidió que le dejaran [\[345\]](#).

Es posible que tanto Tapia como Bernal Díaz tengan razón, pues ambos estaban presentes y un mismo discurso puede dejar impresiones muy distintas en distintas personas, amén de que uno puede fijarse en una parte y otro en otra de lo que oye, pero sea cualquiera la versión preferida, queda en pie que si Cortés hubiese dejado en su compañía una impresión real y efectiva de mezquindad y ruin egoísmo en la hora dramática de la distribución del botín de oro en Méjico, ninguna de estas dos versiones reflejaría para nada la realidad y Cortés habría perecido aquella misma noche en Cempoal.

Aquellos soldados que le aclamaban estaban empapados de lluvia, muertos de hambre y fatigados de tanto marchar. Después de esta escena, se dispusieron a asar unos venados que los jinetes habían muerto, pero Cortés les prohibió que encendiesen fuego. Soplaban de la sierra un viento frío y no había nada que hacer. Llamóles otra vez a sí el General en la oscuridad nocturna y les dijo: «Señores, ya sabéis que es muy ordinario en la gente de guerra decir “al alba, dar en sus enemigos”; e si hemos sido sintidos, a esta hora nos esperan nuestros contrarios; e si no nos han sentido, pues no podemos dormir, mejor será gastar el tiempo peleando, e holgar lo que nos quedare de que hayamos vencido, que gastallo con la pasión que el frío nos da» [\[346\]](#). Aceptada la idea, dio órdenes para su ejecución. Pizarro, al mando de sesenta hombres, se encargaría de apoderarse de los cañones de Narváez, y Sandoval de prender a Narváez muerto o vivo. Volvió a dirigirles la palabra, tomando esta vez por lema «más vale morir por buenos que vivir afrentados». Y Bernal Díaz pensaba en su vejez al referirla qué cuerdo había sido el Capitán en guardarse el secreto de que tenía amigos en el real de Narváez, para que los suyos no dejaran de batallar con el mayor empeño, sin otra esperanza de victoria que la de su propio coraje.

En la noche oscura se pusieron en marcha hacia Cempoal, y a cosa de una milla del pueblo dieron con dos espías de Narváez. Cogieron a uno, pero el otro logró escapar y dio la alarma en su real. Los de Cortés avanzaron a toda prisa, llevando por santo y seña Espíritu Santo, de modo que, en aquella curiosa batalla entre cristianos, que se disputaban el honor de propagar la fe de Cristo entre los infieles, el Espíritu Santo oponía sus fuerzas a las de Santa María. Narváez se despertó súbitamente a las voces que daban sus capitanes. Pizarro, sin otra pérdida que la de tres de sus sesenta hombres, que cayeron a los primeros disparos de la artillería, se había apoderado de todos los cañones tras breve lucha cuerpo a cuerpo; Bernal Díaz, uno de los sesenta, había prometido a Sandoval seguirle al Teocalli, de sobrevivir al primer combate. Con sus setenta hombres, Sandoval subió a paso ligero las gradas del Teocalli, y después de una lucha breve pero animosa por ambas partes, logró alcanzar la

plataforma superior a tiempo para oír a Narváez que exclamaba: «Santa María, váleme, que muerto me han, e quebrado un ojo». Los de Cortés que esto oyeron se pusieron a dar voces: «¡Victoria, victoria por los del nombre del Espíritu Santo, que muerto es Narváez! ¡Victoria, victoria por Cortés, que muerto es Narváez!». Pero a pesar de estas voces no consiguieron entrar en el Cu hasta que Martín López, el de los bergantines, que era muy alto de cuerpo, puso fuego al tejado que era de pajas, y los de Narváez salieron rodando gradas abajo. Con ellos bajaron rebotando por los aires oscuros los gritos de victoria de los del Espíritu Santo, que resonaban de eco en eco en las calles de la ciudad jardín de Cempoal, donde los gusanos de luz que irradiaban sus inocentes luminarias entre las flores aumentaban todavía más el espanto de los de Narváez que los tomaban por otras tantas mechas de escopeta; mientras que los ochenta jinetes del indolente Capitán galopaban sin saber dónde por el campo circundante [\[347\]](#).

La matanza de Méjico

/aquellos gritos de victoria, aquellos galopes bajo la lluvia en la noche oscura, espiados de aquí, de allá por alguna que otra mirada furtiva de la luna curiosa, no eran más que los precursores de la victoria efectiva. Todavía quedaban por tomar otros cues donde seguían defendiéndose bravamente algunos capitanes de Narváez. Cortés, con los veinte hombres que se había reservado a sus órdenes directas, iba de un lado a otro en la noche, buscando enemigos. En la distancia vio a un hombre que enarbolaba, como bandera de fuego, un haz de paja ardiendo. Era un caballero mancebo de los de su compañía que al topar con ocho barriles de pólvora y uno de alquitrán, y creyendo que los contrarios tenían todavía la artillería, se había metido entre los barriles diciendo a sus compañeros: «Haceos fuera e quemaré esta pólvora»; y con el fuego que en la mano llevaba, procuraba quemar los barriles. Como no podía, por estar la pólvora encerrada, «con la espada, desfondó uno de ellos, encomendándose a Dios, metió el fuego dentro e dejóse caer en el suelo porque la furia de la pólvora no lo tomase. E acaeció que el marinero que sacó los barriles de pólvora del navio, sacó siete barriles de pólvora, e uno de alpargatas, creyendo que fuese de pólvora, porque tenía la marca que los otros, e como metiese las pajas e fuego en el barril e no ardiese, procuraba de abrir otro; a esta sazón, el marqués vino por allí, que quedaba peleando, y ya no hallaba con quién, e preguntó: “¿Qué es eso?”. E yo le dije lo que pasaba, e dijo: “Oh hermano, no hagáis eso, que moriréis, e muchos de los nuestros que por aquí cerca están”, e así se entró entre los barriles de pólvora e con las manos e pies mataba el fuego»

Volvió a desaparecer en la noche. Aquí daba órdenes militares, allá dictaba a su Secretario-Escribano pregones de leguleyo requiriendo a los «rebeldes» a que se sometiesen a la autoridad «del Rey», y «en su real nombre», a la de su Justicia Mayor, Hernán Cortés. Estaba la noche cálida y bochornosa y el General iba y venía revestido de su pesada armadura. «¿Qué es de Narváez? ¿Qué es de Narváez?», preguntó a Sandoval. «Sudando e cansado, y tan que no le alcanzaba un huelgo a otro». -«Aquí está, aquí está, e a muy buen recaudo», le contestó el Alguacil Mayor. Y Cortés, con el tono afectuoso que siempre empleaba para con Sandoval, «tornó a decir muy sin huelgo: “Mira, hijo Sandoval, que no os quitéis del, vos y nuestros compañeros, no se os suelte mientras yo voy a entender en otras cosas”», y siempre jadeante y sudando volvió a desaparecer. Vino un soldado a pedirle si daría permiso para que Maestre Juan, el cirujano de Narváez curase a su jefe que tenía un ojo muy malherido, y se lo dio de buena gana. Había salido la luna, y mientras Maestre Juan operaba, se acercó Cortés disimuladamente, quedando oculto en el corro. Dijéronselo a Narváez y al punto, el vencido, con su voz campanuda exclamó: «Señor capitán Cortés, tené en mucho esta victoria que de mí habéis habido, y en tener presa a mi persona». Y Cortés le respondió: «Doy muchas gracias a Dios que me la dio y a los esforzados caballeros y compañeros que tengo, que fueron parte para ello; una de las menores cosas que en la Nueva España he hecho, ha sido prendelle y desbaratalle». Y luego, con la mama legalista que le rondaba el magín, le preguntó: «¿Le parece bien tener atrevimiento de prender a un oidor de Su Majestad?». Y sin escuchar la respuesta, le volvió la espalda y desapareció en la oscuridad [\[348\]](#).

Vinieron a decirle que el Cacique Gordo estaba herido en el Teocalli donde habían apresado a Narváez, y al punto dio órdenes de que se le tratase bien y de que fuese a curarle el cirujano. La

caballería de Narváez le preocupaba. Muchos habían huido al galope y unos cuarenta de entre ellos, que se habían situado para interceptar a los de Cortés, no lo habían conseguido y se ignoraba su paradero. Cortés encargó a dos de sus capitanes, Olid y Ordás, que buscasen toda esta gente de a caballo y procurasen atraérselos a la causa del vencedor, lo que hicieron sin dificultad, probablemente con la ayuda del poder soberano del oro. Cuando retornaron al real, ya de día claro, lo hallaron en el ruido y confusión más espantosa: el atabalero, que era medio loco, como por fuerza ha de serlo quien lleva años redoblando a voluntad sobre un tambor, tañía los atabales a más no poder para celebrar la victoria de Cortés aunque era atabalero de Narváez (pero ¿no vale tanto una derrota como una victoria cuando de hacer ruido se trata?) -mientras que un negro truhán que traía Narváez gritaba a grandes voces «¡mirá que los romanos no han hecho tal hazaña!»-. Ni ruegos ni órdenes, ni voto-a-tales conseguían del negro que se callara ni del atabalero que renunciase a derramar rítmicas energías sobre el cuero de sus tambores, hasta que vino Cortés y ordenó que lo metiesen en el calabozo [\[349\]](#).

Ya brillaba el sol sobre el primer día de su victoria, 29 de mayo de 1520. La caballería, conquistada por Ordás y Olid, estaba ya en su real; los capitanes de Narváez que se habían resistido habían capitulado ya; Juan Velázquez de León tuvo la profunda satisfacción de tomar interés personal en el bienestar de su joven pariente, Diego Velázquez, de quien se había apoderado tras breve lucha durante la noche. Cortés, sentado sobre una silla de cadera, con una ropa larga color naranja, rodeado de sus fieles capitanes y soldados, recibía el homenaje de sus nuevos amigos, que iban pasando delante de él para besarle las manos: «pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba - exclama Bemal Díaz- y las palabras de tantos cumplimientos que les decía era cosa de ver. E qué alegre estaba, y tenía mucha razón, de verse en aquel punto tan señor y pujante» [\[350\]](#).

Pujante, sí, pero prudente. Seguro como estaba de que si Narváez le hubiera vencido, lo hubiera ahorcado [\[351\]](#), no adoptó medida alguna contra él más que la de tenerle estrechamente vigilado, y tomó las precauciones más minuciosas para que se respetase en un todo el bienestar y la propiedad de su rival vencido. Pedro de Maluenda, mayordomo de Narváez, recibió a tal fin toda suerte de facilidades y hasta de ayuda pecuniaria [\[352\]](#). Esta actitud por parte de Cortés revela algo más que mera generosidad para con un adversario caído; también implica que Cortés se sentía muy seguro de la justicia de su causa, pues Narváez, a quien dejó en vida, y más tarde en libertad, dentro de la Nueva España, iba a ser testigo independiente y no muy benévolo de los acontecimientos de Méjico. Sean cuales fueren los motivos que determinaron la actitud de Cortés en este dramático instante de su vida, subsiste el hecho de que no creyó que valía la pena de llevar su duelo con Narváez hasta condenarle a muerte, aunque le hubiera sido entonces cosa fácil.

Al día siguiente hizo alarde de sus tropas. Cuando los de Narváez se dieron cuenta de que los habían derrotado apenas doscientos cincuenta veteranos, mal vestidos y peor armados, «quedaron muy corridos y afrentados, y los más de ellos, que eran hombres de suerte, se pelaban las barbas». El Cacique Gordo estaba arrobado en admiración e hizo hacer una pintura de todo ello que mandó a Moteczuma; mientras su hija Doña Catalina, aquella cacica fea que Cortés había aceptado con buen semblante, tuvo la gran satisfacción de ver al teul español instalarse en su casa y aceptar su mesa y lecho durante una estancia que sin duda le parecería breve [\[353\]](#).

No hay luz como la de la victoria, que ahora iluminaba a los de Cortés. Mal vestidos y peor armados todavía hacía unas horas, ya eran prósperos, poderosos y respetados. Vino entonces a realzar su júbilo el desfile pintoresco y marcial de los mil quinientos chinantecas que habían acudido al llamamiento de Cortés al mando de un soldado llamado Barrientes, y aunque llegaron tarde para

influir sobre la suerte de las armas, su prestancia y disciplina -a su paso por las avenidas de Cempoal en filas de tres en tres, dos lanceros y un balletero, al sonido ritmado de sus tambores de madera y sus trompetas de concha, al brazo unas rodelillas, vistosos plumajes en la cabeza, banderas desplegadas, dando gritos y silbos y diciendo a voces: «¡Viva el Rey nuestro señor y Hernando Cortés en su real nombre!», produjeron hondo placer en los veteranos y dieron mucho que pensar a los soldados nuevos. Cortés les habló «amorosamente» y los despidió con regalos de cuentas de vidrio [\[354\]](#).

Pero no era Cortés hombre para demorarse en una actitud pasiva de contemplación y goce de sus victorias pasadas, y al instante comenzó a consagrar su atención a las tareas urgentes que la misma victoria le imponía. Hizo desembarcar de la flota de Narváez velas, timones y brújulas y obligó a todos los maestros y pilotos a jurarle obediencia, dándoles por Almirante a un hombre de su confianza, llamado Pedro Caballero, cuya lealtad reforzó con presentes de oro. Envió a Velázquez de León con doscientos hombres a explorar la región de Pánuco y a Diego de Ordás con otros doscientos a poblar la de Coatzacoalco, dando a cada uno de estos dos capitanes dos navios para su servicio; a Velázquez de León, para que explorase la costa; a Ordás, para que los enviase a Jamaica a buscar yeguas y otros animales domésticos. Así pues, apenas recobrado su poder como Capitán, ya estaba laborando como estadista para promover el estudio científico y el desarrollo económico del país que había ganado. En cuanto a Veracruz, dejó una guarnición de doscientos hombres para que, al mando de Rodrigo de Rangel, vigilase los navios e hiciese frente a posibles amenazas nuevas de Diego Velázquez [\[355\]](#).

Para organizar todas estas fuerzas, Cortés necesitaba más capitanes de los que tenía en su ejército antiguo. Aunque victorioso en el campo de batalla, seguía a la cabeza de un ejército algo mezclado, donde quizá estuviesen sus secuaces en peligrosa minoría. Diose pues asiduamente a cultivar a los nuevos capitanes con palabras de amistad apoyadas por hechos positivos, nombramientos a puestos de confianza y honra, y también desde luego presentes de oro. Los veteranos, que se habían apropiado a la usanza militar el botín del ejército de Narváez, tuvieron que devolver su presa a sus propietarios primitivos y Bernal Díaz cuenta, no sin amargo disgusto, que tuvo que devolver «un caballo que tenía ya escondido, ensillado y enfrenado, y dos espadas y tres puñales e una daga». Los del ejército veterano consideraron esta actitud de su jefe como una especie de traición, y uno de los capitanes, Dávila, orgulloso y díscolo, expresó a Cortés el disgusto de sus tropas en términos escasos de amenidad y de respeto. Cortés, no obstante, recibió la protesta con paciencia y la refutó sin pasión. Les dijo que todo cuanto tenía, así persona como bienes, era de ellos, explicándoles cómo a la sazón tenía que atraerse a los de Narváez con dádivas y palabras, «porque son muchos e nosotros pocos». Dávila persistió en su soberbia actitud y entonces Cortés le dijo: «Los que no quieran seguirme, que se queden. Las mujeres en Castilla han parido y paren soldados». «Así es verdad, y capitanes y gobernadores», replicó Dávila insolentemente. Pero Cortés juzgó prudente callar y disimular, calmando a su agresivo Capitán al que fue poco a poco atrayéndose. Y así, a fuerza de paciencia, fue Cortés haciendo con oro y palabras la segunda conquista de aquel ejército que había conquistado primero con hierro y con actos lü .

Al fin podía sentirse verdadero dueño de Méjico. Contaba con un ejército de mil doscientos españoles, noventa caballos, veinticinco a treinta cañones, amplias municiones de boca y guerra, dieciocho navios, un tesoro de guerra de cerca de un millón de pesos de oro -todo ello aureolado por un éxito sin sombra-. Estaba pues en situación de retornar paso a paso a la capital y de ponerse a organizar el nuevo reino que había conquistado para la Corona ya tan rica de Carlos V.

Pero el destino no había cobrado de su alma viril toda la suma de trabajos con que le iba a hacer pagar sus glorias. En aquella hora de su más alto triunfo, descargó sobre él quizá el golpe más rudo de toda su carrera, condenándole a perder toda su conquista y a comenzar otra vez desde la nada sobre un camino más largo y más sangriento que nunca. Había enviado un emisario a Moteczuma informándole de su victoria sobre Narváez. Poco después vinieron dos tlaxcatecas con un mensaje de Alvarado: la ciudad se había alzado contra él; estaba asediado con toda su guarnición y en peligro de verse exterminado. Otros tlaxcatecas llegaron más tarde con una carta de Alvarado y finalmente un mensajero español; todos confirmaban la desastrosa noticia [\[356\]](#).

Otra vez, los dioses habían bajado a mezclarse con los hombres, bañándolos en sangre. Mientras Cortés iba al encuentro de Narváez, los mejicanos preparaban la fiesta de Toxcatl, la más importante de sus festividades religiosas, en honor del Rey de los dioses Titlacaoa o Tetzcatlipuca. El rasgo central de esta fiesta era el sacrificio de un joven especialmente escogido por la belleza de su cuerpo, que no había de tener defecto alguno, para lo cual la designación se hacía con todo cuidado un año antes. La víctima presunta pasaba los últimos doce meses de su vida entre las delicias más delicadas, y, si no lo sabía ya, se le enseñaba a tocar instrumentos de música, a cantar y a bailar. Llevaba el cabello largo, colgándole por la espalda hasta la cintura e iba y venía siempre con flores en la mano y seguido de ocho pajes ricamente ataviados, saludando graciosamente a los transeúntes, que a su vez se inclinaban ante él por tenerle como la viva imagen de Tetzcatlipuca. Veinte días antes de la fiesta, le cortaban el cabello a usanza de los capitanes, y cuatro muchachas escogidas por su belleza y especialmente preparadas le hacían compañía colmándole de todos los goces del amor carnal. Llegado el día de la fiesta, las cuatro jóvenes le abandonaban. Los sacerdotes lo llevaban al Teocalli, cuyas gradas iba subiendo, al par que rompía sobre cada una de ellas una de las flautas que habían florecido de melodías durante el año divino. Con su último paso y su última flauta, exhalaba su último suspiro: cinco sacerdotes se apoderaban de su cuerpo perfecto, lo tendían de espalda sobre la piedra del sacrificio, le abrían el pecho con una navaja de pedernal y, cuando el corazón todavía palpitante había cesado de elevar su vaho hacia la máscara feroz de Tetzcatlipuca, se llevaban el cuerpo ya vacío gradas abajo hasta el atrio donde le cortaban la cabeza clavándola en un poste del Tzonpantli. A la fiesta religiosa seguían bailes en que participaba siempre lo más granado de la nobleza mejicana [\[357\]](#).

Mas no por eso quedaba olvidado Uitchilipochtli, en cuyo honor se celebraban también ceremonias numerosas y complejas, y entre ellas una procesión en la que llevaban la imagen del dios capitanes y soldados. Las doncellas mejicanas se pintaban el rostro con cremas coloradas, y se cubrían brazos y piernas con plumas rojas y ornamentos de cañas y papel, y así ataviadas, bailaban con los sacerdotes, que llevaban la cabeza decorada con plumas blancas de gallina y los labios y mejillas lustrosos de miel. Uitchilipochtli, desde luego, no se dejaba engañar por estos bailes, y exigía también se le ofreciera un joven especialmente escogido. Esta segunda víctima se llamaba Yxteucalli, y acompañaba a la encamación de Tetzcatlipuca durante las fiestas, y aun después de ellas, ya que, sacrificado ante Uitchilipochtli como su compañero lo era ante Tetzcatlipuca, iba su cabeza a coronar otro de los postes del Tzonpantli, al lado de aquel en que ya estaba clavada la cabeza de su compañero.

Moteczuma había pedido permiso a Cortés primero y a Alvarado después para celebrar esa fiesta, y los españoles se lo habían otorgado, con la reserva de costumbre en cuanto a los sacrificios humanos. Los mejicanos desde luego dieron este veto por nulo y los dos jóvenes circularon entre la multitud como de costumbre, preparándose para el sacrificio a los dioses, que sus fieles considerarían aquel año más necesario que nunca. Acaeció que los preparativos de la fiesta (que normalmente

implicaban cierta «movilización», ya que capitanes y soldados tomaban siempre parte importante en las ceremonias) tenían lugar precisamente cuando el crédito de Cortés estaba más bajo que nunca a ojos de Moteczuma; de modo que si procuramos ver las cosas como las vería Alvarado, el cuadro no podía ser más inquietante. Sabía que Moteczuma tenía el propósito de destruirle a él y a sus hombres en cuanto recibiera noticia de la victoria de Narváez ^[358]; veía preparativos que serían muy religiosos pero que parecían muy militares; tenía conciencia de estar en desastrosa inferioridad numérica; y los mejicanos cesaron entonces de abastecerle de víveres y aun maltrataron a ciertos naborías que los españoles mandaron para procurárselos 1 ' 1 . No eran estas circunstancias como para mejorar el juicio de un hombre que no lo tenía muy sereno. Sobre este fondo, y cuando al pobre Alvarado se le antojarían los dedos huéspedes, observaron los españoles que en el atrio del Teocalli habían alzado los mejicanos unos postes de mal cariz. Eran los postes del Tzonpantli, para las cabezas de las víctimas que iban a ofrecerse a los dioses. Alvarado preguntó qué era aquello. Es muy posible que algún sacerdote mejicano, hartado de los intrusos, para descargar su mal humor y deshacerse del curioso contestase: «Para plantar vuestras cabezas cuando os hayamos matado a todos»; pues al fin y al cabo, no está uno siempre contestando preguntas bajo juramento, y además los sacerdotes mejicanos sentían honda irritación contra los cristianos, entre otras causas por su oposición a los sacrificios humanos. De todos modos, una respuesta de este tipo llegó a oídos de Alvarado, quien desde luego la tomó al pie de la letra, tanto más por caer ya sobre un suelo mental removido por el temor.

Para hacerse con rehenes, Alvarado se apoderó de uno de los príncipes de la casa de Moteczuma, a quien los españoles, extendiendo sus dignidades a los demás según tenían por costumbre, llaman «el Infante». En cuanto se supo en la ciudad, estalló la rebelión que se preparaba, y que, como se recordará, el propio Moteczuma había anunciado a Cortés. Alvarado se precipitó al Teocalli donde una multitud selecta estaba bailando las danzas rituales y mientras los dos jóvenes, con el pelo cortado, aguardaban el sacrificio; se apoderó de estas dos presuntas víctimas, se las llevó al cuartel general y se puso a interrogarlas. Ambos se negaron a contestar. Dieronles tormento, asegurándoles que si hablaban no les pasaría nada; y al soltarlos, ambos declararon que se les iba a sacrificar a los dioses, lo que les causaba gran placer, y que terminadas las fiestas, que durarían veinte días, los mejicanos caerían sobre los españoles. Francisco Álvarez, procurador de los cristianos, requirió entonces a Alvarado a que se adelantase al ataque de los indios. Un cuadrillero del ejército español, llamado Juan Álvarez, que andaba al día siguiente, miércoles 16 de mayo de 1520, recogiendo los ranchos para sus camaradas, vio salir del Teocalli un golpe de indios, muchos de ellos heridos, y después otro torrente de cristianos corriendo hacia el cuartel general, y finalmente Alvarado que le gritó: «Retraeos y da al diablo la comida». -«¿Qué es esto, señor?», preguntó Álvarez; y Alvarado le contestó todo agitado: «Voto a Dios que hemos dado en estos bellacos. Pues que ellos nos querían dar, comenzamos nosotros los primeros». Álvarez oyó a su jefe calcular en dos a tres mil indios que habían muerto, y terminar su comentario diciendo: «De ruin a ruin el que primero acomete vence». Estos detalles merecen notarse, primero porque confirman la tendencia de los capitanes españoles a exagerar en materia de cifras: Alvarado habla de dos a tres mil, cuando está hoy averiguado que el número total de personas que había en el templo (muchas de las cuales escaparon con vida) no pasaba de seiscientas a mil; y después por la confesión de su propia humillación que hace Alvarado al decir «de ruin a ruin», con lo que, sin quererlo, da a entender que el hecho no era honorable a sus propios ojos.

La consecuencia inmediata fue el asedio de la fortaleza española por los mejicanos. El primer asalto duró hasta anochecer y fue tal que los españoles creyeron perder todos la vida. Moteczuma salió a una azotea para calmar a la multitud y después aconsejó a Alvarado que soltase al Infante, cuya prisión había sido la causa de todo lo ocurrido. Siguió este consejo Alvarado, pero el Infante, en

lugar de calmar al pueblo, volvió al día siguiente, jueves 17, con fuerzas mucho mayores que llenaban calles, terrazas y canoas. Duró el combate tres o cuatro horas. Los españoles hicieron otra vez salir a Moteczuma a la azotea, pero la multitud pedía la libertad del Uei Tlatoani como condición de paz, y entonces Alvarado, temerario como siempre, sacó la daga y amenazando el corazón de Moteczuma, le requirió a que calmase a su gente o de lo contrario moriría él con todos los suyos. A partir de aquel momento la situación tomó un cariz de guerra de sitio [\[359\]](#).

*

Moteczuma, siempre bien informado de lo que ocurría en la costa, se enteró con sorpresa y quizá con desmayo de que Cortés había derrotado a Narváez, y en su consecuencia tomó dos decisiones: atenuar la presión de sus guerreros sobre Alvarado, pues aunque prisionero de la guarnición española, seguía dirigiendo él las operaciones y la política; y mandar mensajeros a Cortés para quejarse de Alvarado. Cortés recibió a estos mensajeros con sequedad y les contestó que pronto volvería a Méjico y todo se arreglaría. Táctica, enojo, seguridad de sí mismo, arrogancia -el tiempo dirá-. Lo cierto es que desde aquel momento las relaciones entre Cortés y Moteczuma toman un tono de desprecio por parte de Cortés y de resentimiento por parte de Moteczuma, de donde saldrán la desgracia para el español y la muerte para el mejicano [\[360\]](#).

Al oír las noticias lamentables que le llegaban de Méjico, Cortés adoptó rápidas medidas: envió un emisario a Alvarado, anunciándole su victoria sobre Narváez y diciéndole que se ponía en marcha hacia Méjico por etapas forzadas; hizo volver a Velázquez de León y a Ordás; y dirigió la palabra a los soldados de Narváez, instándoles a que olvidasen pasadas rencillas para afianzar la unidad de los españoles contra el enemigo común. La marcha hacia Méjico fue penosa y difícil sobre todo a causa del hambre y sed que pasaron al cruzar el largo desierto antes de llegar a Tlaxcala. Solo se evitó el desastre frente a estos terribles adversarios naturales del hombre por la energía y abnegación de Ojeda y de Márquez, los dos oficiales encargados del suministro, y la cooperación de los tlaxcatecas. El sitio se iba haciendo cada vez menos duro a medida que iba acercándose Cortés. Cuando los españoles llegaron a Tetzcuco, hallaron la ciudad desierta, y en ella esperándoles a dos enviados de Alvarado (uno de ellos, Pero Hernández, el Secretario de Cortés) para explicar al General los sucesos infaustos de Méjico. Estos españoles dijeron a Cortés que desde hacía trece días habían cesado los combates. Con tales noticias, Cortés escribió una carta muy animosa a los españoles que habían quedado en Cempoal, y llegó a creer que había bastado su llegada para que las cosas volviesen a su cauce [\[361\]](#).

Sin embargo, siguió avanzando, aunque con menos prisa, dando la vuelta a la laguna, y cuando los jinetes de la vanguardia iban entrando por la ciudad de Tepeyac, uno de ellos, Solís Casquete, cayó al agua, por haber metido su caballo el pie entre dos vigas de un puente, rompiéndose la pata. Botello, el astrólogo, «al parecer muy hombre de bien y latino y había estado en Roma y decían que era nigrumántico, otros decían que tenía familiar, algunos le llamaban astrólogo», lo juzgó de mal agüero, pues entraban con mal pie [\[362\]](#). Al día siguiente, Ojeda y Márquez en busca de indígenas para transportar el fardaje, no hallaron más ser humano que un naboría ahorcado muerto colgando de una viga de una casa desierta; más adelante, los españoles toparon con un gran montón de pan y hasta quinientas gallinas, sin duda destinadas a ellos, en mitad de la plaza, pero seguía todo desierto de gente humana. Todos sintieron ante estos signos honda preocupación, que Cortés no dejó de observar. «Ea, señores y amigos míos -exclamó, con tranquilidad quizá forzada, quizá sentida-, que ya se han acabado nuestros trabajos, y si los indios no han parecido es de temor y vergüenza de haberse atrevido contra los nuestros; con enmienda los reconciliaremos y nos serán nías amigos, y todos seréis

de buena ventura».

Palabras de General animoso, pero quizá también de hombre envanecido por excesiva confianza al volver cargado con los laureles de la victoria [\[363\]](#).

La fuerza de Cortés entró en la capital el día de San Juan, habiendo dado un rodeo por la punta norte de la laguna para entrar por Tepeyac. Los indios los miraban pasar en cuclillas a las puertas de sus casas, inmóviles, con una sonrisa enigmática en sus labios delgados. Cortés observó que habían levantado algunos puentes, pero todavía en su tono confiado, escribe al Emperador: «que no me pareció bien, aunque pensé que lo hacían de temor de lo que habían fecho, y que entrando yo, los aseguraría». Siguió camino derecho al cuartel general donde esperaba Alvarado; las puertas estaban cerradas. Los soldados se subieron al pretil del muro a ver aquella fuerza que venía a libertarles. Después de un breve diálogo en que Alvarado preguntó a Cortés si volvía tan libre y pujante como antes (pues parece haberse temido que volviera como Lugarteniente de Narváez), se abrieron las puertas y Alvarado, haciendo una profunda reverencia, entregó las llaves de la fortaleza a Cortés [\[364\]](#). Las explicaciones entre el General y su Lugarteniente debieron de ser bastante poco amenas. No satisfizo nada a Cortés la versión que Alvarado le dio, a pesar de que era plausible y de que, en su conjunto, merece aceptarse como una descripción exacta de los hechos, aun cuando quepa condenar a Alvarado por su parte de responsabilidad en ellos. Hubo conspiración para atacar a los españoles. Cortés objetó a Alvarado: «pues hanme dicho que le demandaron licencia para hacer el areito y bailes», y Alvarado contestó: «así es verdad; pero fui por tomalles descuidados, e porque temiesen y no viniesen a darnos guerra». «Pues habéis hecho muy mal -replicó muy enojado Cortés- y ha sido gran desatino» [\[365\]](#).

Alvarado mereció esta censura y es sin duda el principal responsable de los sucesos del 16 de mayo de 1520, y, por lo tanto, de todos los desastres que de ellos fluyeron. Es probable que si hubiese quedado en Méjico otro Capitán, por ejemplo, Sandoval, hubieran ocurrido las cosas de un modo muy distinto. Además, a juzgar por el conjunto de las crónicas, si bien es absurdo imaginar, como se ha hecho a veces, que Alvarado organizó y preparó el ataque al templo deliberadamente para apoderarse del sinnúmero de joyas que en aquel día solían ostentar los naturales en la ceremonia, una vez lanzado el ataque hubo fuerte saqueo de muertos y heridos por parte de los soldados, lo que causó hondo disgusto a Cortés. En suma, en la actitud severa de Cortés para con Alvarado, había un elemento de resentimiento justificado frente a una acción descabellada desde el punto de vista militar y llevada a afecto además en condiciones deshonorosas para los españoles.

Pero una vez admitido todo esto, quedan otros aspectos más complejos que dilucidar en el estado de ánimo de Cortés. Estaba enojado con Alvarado, y con razón, pero también lo estaba por causas menos objetivas. Hubiera sido Cortés un ser sobrehumano si no hubiera entonces encarnado en Alvarado aquel destino que tantas veces había sembrado de obstáculos su camino y que en aquel momento amenazaba arrebatarle de las manos la ansiada presa que desde la victoria sobre Narváez tenía derecho a soñar como ya suya. Durante su regreso de Cempoal a Méjico, se sentía ya seguro de su triunfo completo. «En el camino -cuenta Bernal Díaz- había dicho Cortés a los capitanes de Narváez alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenía, e que por los caminos le saldrían a rescibir y hacer fiestas, e le darían oro, y que en Méjico mandaba tan absolutamente así al gran Monte- zuma como a todos sus capitanes, e que le darían presentes de oro como solían, y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente despañoles que traía, y muy triste y mohíno» [\[366\]](#).

Este era el resentimiento personal que descargó sobre Alvarado junto con el otro resentimiento legítimo; pero además, estaba enojado consigo mismo. Por fuerza tenía que darse cuenta del impacto de los sucesos de Méjico sobre el punto sensible de su memoria en que vivía el recuerdo de los sucesos parecidos de Cholula -día que no le era posible olvidar-. De este modo sutil, sentía probablemente entonces ser él mismo si no el autor, al menos el inductor del error de Alvarado. De aquí, humillación a su orgullo y amargura a su espíritu, pues en su visión mental los sucesos de Cholula se le aparecían ahora no como hasta entonces a la luz siempre favorable que nuestros ojos dan a nuestros actos, sino a la luz escrutadora y fría con que acababa de juzgar el acto similar de Alvarado. Por último, sin duda pensaba en su responsabilidad por haber confiado a Alvarado aquel puesto tan difícil de ejercer, por necesitar mezcla tan rara de buen juicio y de coraje [\[367\]](#). Y, pensamiento más amargo de todos, que no debió haber dejado en Méjico a noventa hombres entre tanta gente enemiga. Bien es verdad que allá quedaban el oro y otro tesoro todavía más valioso, la persona de Moteczuma. Pero si iba a privarse de noventa hombres al marchar a hacer frente a Narváez, bien pudo haberlos dedicado a guardar ambos tesoros en alguna otra ciudad más segura que la capital -aunque para ello hubiese sido necesario obligar a Moteczuma a salir de Méjico.

Para completar el cuadro psicológico hay que apuntar que en esta fase de su carrera, vino a obnubilar el claro juicio de Cortés un acceso de vanidad que le llevó a atribuir a sus méritos personales lo que en días más duros había reconocido como don de la protección divina. Su asombrosa victoria sobre Narváez parece habersele subido a la cabeza, tanto como signo de su invencibilidad como por ser indicio de fuerza material con la que podría en adelante alcanzar mayores empresas que las hasta entonces conseguidas con tan poca gente. «Señores y amigos míos -cuenta Cervantes de Salazar que decía a los tlaxcatecas cuando estos le refirieron los sucesos de Méjico-: si estando yo en México con la gente que vistes, no se osaron desmandar, ¿qué pensáis que podrán hacer ahora viniendo como vengo con tan pujante ejército?», palabras que el buen canónigo de Méjico comenta diciendo: «Cierto, el confiar tanto Cortés, como David, de la mucha gente que llevaba en su ejército, fue causa que después lo sucediese la desgracia que en su lugar diremos». Todas las crónicas de la época concuerdan en esta exaltación del propio valer que afligió a Cortés momentáneamente entonces, de modo que podemos dar pleno crédito a Cervantes de Salazar cuando apunta la opinión del propio Cortés sobre esta curiosa fase de su vida: «E así dixo muchas veces, que yo se lo oí en Corte de su Magestad, que cuando tuvo menos gente, porque solo confiaba en Dios, había alcanzado grandes victorias, e cuando se vio con tanta gente, confiando en ella, entonces perdió la más della y la honra y gloria ganada» [\[368\]](#).

*

Cabe imaginar que ocupasen a la sazón el espíritu de Cortés tales o parecidas reflexiones; pero en todo caso sabemos de cierto que pasó entonces por un período de malhumor, de irritabilidad y de excesiva confianza en sí mismo, aspectos desagradables de su carácter que se manifestaron especialmente en su actitud para con Moteczuma. Bien es verdad que el Uei Tlahtoani había procedido para con él de un modo que tenía que parecerle desleal. Suele interpretarse a Moteczuma desde un punto de vista en exceso dominado por nuestros criterios de conducta ética, que Moteczuma no conoció. Ni él ni sus compatriotas obraban al impulso de nociones de bien o de mal, de justo o injusto; guiábales tan solo un empirismo inmediato auxiliado por reglas mágicas e interpretaciones religiosas de sacrificios. Esta diferencia en la actitud mental y moral tras de las palabras debió añadir un obstáculo casi insuperable a la comprensión mutua, ya difícil a causa de las diferencias de

gramática y vocabulario entre el español y el nauatl. A su vez Cortés interpretaba las acciones de Moteczuma y sus palabras desde el punto de vista de un general español frente a un monarca extranjero, un monarca europeo y cristiano del siglo XVI, es decir, una especie de supercaballero. La mala inteligencia tenía que ser por fuerza permanente y fundamental.

Cuando todavía se hallaba en Tetzcuco, camino de Méjico, Cortés recibió un mensaje de Moteczuma con intención de aplacar la cólera que imaginaba que traería Cortés en vista de lo ocurrido (lo que, dicho sea de paso, confirma la opinión aquí sostenida de que existió conspiración para deshacerse de Alvarado y de sus tropas y de que Moteczuma se sentía responsable de ella ante Cortés). En este mensaje, el Uei Tlatoani aseguraba a Cortés que, en cuanto entrase en la ciudad, sería dueño absoluto de ella, como solía serlo antes de su marcha. Cortés disimuló según costumbre, contestándole que no traía cólera alguna contra él y que era su intención hacer exactamente lo que el Emperador le indicaba ²⁵. Ya sabía entonces que hasta que llegaron a Moteczuma noticias de su victoria sobre Narváez, la guarnición al mando de Alvarado había estado a diario en peligro mortal, y que solo después de tales noticias habían empezado las cosas a ir algo menos mal. Bastaba este dato para establecer la prueba del poder de Moteczuma y, por lo tanto, de su responsabilidad. Cortés pudo entonces haber comprendido que el mensaje de Moteczuma tenía por objeto encerrarle en Méjico a fin de destruirlo mejor, pero o no lo pensó o se creyó con fuerzas para hacer frente a este peligro.

Esta es, sin embargo, la única interpretación razonable de los hechos, y la única que da consistencia a los actos de Moteczuma desde el día en que advirtió a Cortés que se marchase de Méjico para siempre. ¿Qué había ocurrido desde aquel día para que el Uei Tlatoani cambiase de intención? Nada absolutamente; pues la victoria sobre Narváez no podía influir sobre una decisión tomada por Moteczuma por razones mágico-religiosas, y los refuerzos que traía Cortés no eran suficientes, como lo demostraron los hechos, para arredrar a los mejicanos en el cumplimiento de los deseos de sus dioses. Una interpretación sentimental de la figura dramática de Moteczuma, grotescamente deformada a través de los anteojos europeos, ha impedido a la historia ver hasta ahora este hecho tal como es. Moteczuma no era un «rey» noble, desdichado y débil, lleno de buena voluntad para con los españoles; ni tampoco un villano de alma negra, un traicionero mejicano, conspirando en la sombra contra los españoles bajo la máscara de una sonrisa enigmática: era el sacerdote supremo de una religión mágica, haciendo frente a los acontecimientos con una táctica empírica, de común acuerdo con sus colegas al servicio de los dioses; dispuesto, si le era posible, a deshacerse de la peste de los españoles por medios de fuerza; y le hubiera sido completamente imposible comprender que hacía mal alguno en ello puesto que no tenía concepto de lo que era hacer mal.

Moteczuma no podía hacer mal en el sentido en que lo hizo Alvarado. Si hubiera tenido alguna vislumbre de lo que era el bien y el mal, es seguro que hubiera hallado un refuerzo «moral» a sus planes contra los españoles en el hecho que Alvarado había muerto a varios centenares de sus mejores guerreros; pero lo más probable es que pensó que Alvarado había obrado así al impulso de alguna inspiración mágica que le imponía tal acto.

Tal es el fondo sobre el que debemos intentar comprender la actitud de Cortés para con Moteczuma en este momento crítico de la conquista.

La huida de Méjico

Circula por todas las crónicas de la conquista una curiosa opinión reiterada constantemente que atribuye el ataque de los mejicanos contra Cortés a la altivez con la que se negó a recibir a Moteczuma a su regreso de Vera- cruz. «Cortés, como venía tan pujante, paresciéndole que todo el Imperio mejicano era poco, enojado de lo que había pasado, no hizo cuenta del ni le quiso entrar a ver, lo cual fue la principal causa de la destrucción de los suyos». Esto escribe Cervantes de Salazar, añadiendo que Cortés envió al Padre Olmedo a ver a Moteczuma al día siguiente y que Moteczuma le dijo: «Si el capitán no está enojado yo le daré un caballo con su persona, de bulto, sobre él todo de oro» *.

Esta leyenda vino a florecer sobre un tallo de realidad: la actitud de resentimiento contra todo y contra todos, sin excluir a Moteczuma, y de excesiva confianza en sus propios dones, que temporalmente obcecó a Cortés; a su vez exagerada y acusada como la causa de todo el mal por aquellos entre los suyos a quienes no se les daba un bledo la conquista con tal de salvar su oro y que por tal motivo eran enemigos encarnizados de Cortés. Porque no ha de imaginarse -en contra de lo que tal leyenda implica- que la idea de Moteczuma consistía en hacerse perdonar la guerra con Al- varado a fuerza de regalos de oro, y pelillos a la mar. Lo que el Emperador tenía pensado era ofrecer más oro a los españoles a condición de que se marchasen sin tardanza no solo de Méjico, la ciudad, sino de todo el país.

Esta es, a mi ver, la única actitud compatible con la línea de conducta que Moteczuma había adoptado desde el día en que Cortés dio con la barra de hierro en la frente de Uitchilipochtli; así lo viene a confirmar la declaración de testigos presenciales, amén de que es lo único que concuerda con el relato de los hechos que debemos a Bernal Díaz y al propio Cortés [\[369\]](#).

Moteczuma, cuenta Bernal Díaz, envió dos «principales» a rogar a Cortés viniese a verle, y Cortés, airado, contestó: «Vaya para perro, que aun tiánguez no quiere hacer, ni de comer no nos manda dar». Se daba cuenta de que el Uei Tlatoani conservaba todavía bastante autoridad para que una palabra suya bastase a despejar el ambiente, y por lo tanto, interpretaba la negativa de Moteczuma a abrir el mercado al modo usual como prueba patente de su mala voluntad. Que este resentimiento justifique la actitud intransigente que entonces adoptó, o que hubiera hecho mejor en reprimirlo, es harina de otro costal. Según Bernal Díaz, la escena continuó con amonestaciones que le hicieron algunos capitanes: «Señor, temple su ira y mire cuanto bien y honra nos ha hecho este rey [...] que hasta las hijas le ha dado». A lo que Cortés se indignó todavía más, exclamando: «¿Qué cumplimiento he yo de tener con un perro que se hacía con Narvéez secretamente, e ahora veis que aun de comer no nos dan?». Y en este estado de ira y resentimiento le mandó una especie de ultimátum exigiéndole que mandase hacer tiánguez y mercados y si no, haría y acontecería [\[370\]](#).

Conviene tener en cuenta ciertas circunstancias para justipreciar esta situación. La primera es la falta de tiempo. Cortés llegó el día de San Juan (24 de junio) y los mejicanos le atacaron el 25. No hubo, pues, espacio para que su actitud personal bastase a dar tales frutos. Tenía además pleno derecho a considerar que su fuerza de ochocientos españoles y ochenta jinetes bastaría para intimidar a un monarca de quien se había apoderado otrora con cuatrocientos infantes y ocho caballos. Por último,

Cortés puso en libertad a Cuitlahuac. Cuando Moteczuma recibió su ultimátum, le contestó que, como era su prisionero y sus parientes lo eran también, sería bueno que uno de ellos al menos recobrase su libertad para que pudiera adoptar las medidas que Cortés deseaba. Cortés accedió entonces a soltar a Cuitlahuac. Por no conocer las costumbres, por decirlo así constitucionales de los mejicanos, no se dio cuenta de que Cuitlahuac, hermano de Moteczuma y gobernante de Iztapalapa, poseía autoridad suficiente para convocar el Tlatocan o asamblea, que inmediatamente destituyó a Moteczuma, nombrando Uei Tlatoani a Cuitlahuac. Era esta una maniobra de gran peligro para Cortés, pues a partir de entonces, los poderes mágicos que la magistratura suprema llevaba consigo encarnaban en un adversario ya libre, mientras los españoles se quedaron entre manos con un prisionero que no era más que la concha vacía del poder supremo [\[371\]](#).

Hay que dar, pues, todo su peso a la observación que hace Bernal Díaz, cuando después de haber insistido sobre la actitud, que él considera descomedida, de Cortés, pasa a decir: «Los principales bien entendieron las palabras injuriosas que Cortés dijo de su señor [...] y segund y de la manera que lo entendieron se lo dijeron al Montezuma, y de enojo, o porque ya estaba concertado que nos diesen guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado a gran priesa, muy mal herido, que venía de un pueblo que está junto a Méjico, que se dice Tacuba, que traía unas indias que eran de Cortés, e la una hija del Montezuma, que parece ser las dejó a guardar allí al señor de Tacuba cuando fuimos a lo de Narváez; y dijo aquel soldado questa- ba toda la ciudad y camino por donde venía lleno de gente de guerra, con todo género de armas, y que le quitaron las indias que traía y le dieron dos heridas, que si no se las soltara, que le tenían ya asido para le meter en una canoa y llevalle a sacrificar». Había empezado la guerra [\[372\]](#).

*

Cortés mandó a Diego de Ordás con cuatrocientos soldados y unos cuantos jinetes para ver lo que sucedía; pero apenas se habían adentrado en la ciudad cuando tuvieron que batirse precipitadamente en retirada, rodeados de enemigos que les mataron a no pocos de entre ellos e hirieron a los más, incluso a Ordás con tres heridas. Cuando llegaron a la fortaleza, Ordás y sus hombres se la encontraron asediada por una multitud estrepitosa y furiosa de guerreros a través de la que tuvieron que tallarse paso a mandobles y estocadas, no sin grandes pérdidas por ambos lados. En cuanto a los sitiados, Cortés escribe al Emperador: «Y eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro en la fortaleza que no parecía sino que el cielo las llovía, e las flechas y tiraderas eran tantas que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas». Los mejicanos prendieron fuego al edificio, y a fin de impedir que ardiese todo, los españoles tuvieron que derrocar un pedazo de pared, abriendo así peligrosa brecha en sus defensas, que Cortés mandó proteger por escopeteros y artillería. Duró el combate todo el día y durante la noche los españoles se prepararon para el que auguraban al día siguiente, teniendo además que atender a sus heridos, que pasaban de ochenta [\[373\]](#).

Entre ellos estaba Cortés. Le habían herido una mano de una pedrada. Es seguro que pasaría aquella noche con dolor de corazón, a pesar de la febril actividad que consagró a planes y detalles. Decidió tomar la ofensiva a la mañana siguiente, para que, como dice Bernal Díaz, «sintiesen más nuestras fuerzas y esfuerzo mejor quel día pasado»; pero la muchedumbre mejicana era tal que los españoles disparaban los cañones a bulto, sin apuntar, abriendo en la masa enemiga con las enormes balas de piedra brechas momentáneas que los valerosos mejicanos volvían a rellenar. Contra un mar de tan resueltos guerreros, los españoles no tenían defensa, puesto que ellos eran pocos y los mejicanos tantos que podían permitirse pérdidas ilimitadas en sus filas, y «unos tres o cuatro soldados

que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos y contra la artillería del Rey de Francia ni del Gran Turco» [\[374\]](#).

Después de otro día más de lucha tan desigual, Cortés tenía ante sus ojos un ejército que había perdido ya más de diez muertos y cincuenta a sesenta heridos, más los ochenta heridos y cuatro a diez muertos del primer día. Su situación se iba haciendo cada vez más precaria. Intentó primero alguna idea nueva en su material de guerra. Decidió construir tres ingenios de madera, a modo de carros de asalto, que llevaban cada uno veinte hombres dentro, ballesteros y escopeteros, y otros con picos y azadones y varas de hierro para horadar las casas y derrocar las albarradas. Los españoles dedicaron toda la noche y todo el día siguiente a esta labor, sin prestar atención a las injurias que le lanzaban los mejicanos porque no salían a combatir. Mientras proseguía este trabajo de ingeniería militar en el atrio» grande del teocalli-fortaleza, los mejicanos lanzaban asalto tras asalto contra los muros, y aunque muchos morían en la demanda siempre venían más para llenar los huecos. Los españoles, alguno de los cuales había adquirido ya ciertas nociones de ñauad, oían a sus enemigos dar por descontado el sacrificio de los blancos a Vichilobos y el banquete que los fieles del sanguinario dios se darían después con las carnes de los españoles.

Durante la batalla, se asomó Moteczuma al pretil que salía fuera de la fortaleza, como queriendo hablar a la gente. Prodióse un silencio y el destronado monarca dirigió la palabra a los suyos, pidiéndoles que cesasen la guerra. Cortés dice, o al menos da a entender, que lo hizo de suyo, cosa que apenas parece creíble, pero entonces tenía interés en prestar este papel al ex Emperador, ya que entre sus hombres y capitanes reinaba cierta tendencia a reprocharle su excesiva dureza para con Moteczuma. Parece más probable el relato de Bernal Díaz. Los españoles eran entonces los que estaban en peligro. Era, pues, natural que la idea de utilizar en pro de la paz la influencia de Moteczuma (que creían intacta) viniese de ellos. Aunque en el lenguaje de las instituciones europeas, el sentido de las palabras que Bernal Díaz presta en esta ocasión a Moteczuma, armoniza perfectamente con la situación: «Yo tengo creído que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, e han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida, e ansí creo que todos vosotros habéis de morir» [\[375\]](#). Después de varias conversaciones, no directamente con Cortés, a quien se negó a ver, sino con Olid y con el Padre Olmedo, el ex Emperador se avino entonces a salir a hablar a los suyos. Sus palabras carecían de convicción y de todos modos emanaban ya de un hombre sin autoridad no solo moral, sino oficial. El fogoso Cuauhtemoc, o a la española Guatemo- cín, se hallaba entre los que abajo le escuchaban con ira, desprecio y dolor. Tenía dieciocho años, era príncipe de sangre real, hijo de Ahuitzod, predecesor de Moteczuma, y de Tlillacapantzin, princesa que descendía de Acama- pitl, primer rey de Méjico. Sin poder aguantar más la actitud de Moteczuma, Guatemocín exclamó: «¿Qué es lo que dice este bellaco de Motecuzuma, mujer de los españoles? Como a vil hombre le hemos de dar el castigo y pago», y le asestó un flechazo. Llovieron piedras y varas sobre el desdichado ex Emperador, que los españoles protegían con sus rodela, pero no tan bien que no le alcanzasen tres pedradas, una en la cabeza, otra en un brazo y otra en una pierna. Cayó herido y durante tres días fue bajando hacia la muerte, no tanto por la sangre perdida como por la fe y el espíritu que le habían abandonado, y cuando al fin murió, «Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, e hombre hobo entre nosotros de los que le conocíamos y le tratábamos de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillarlo viendo que tan bueno era» [\[376\]](#).

El jueves 28 de junio de 1520 salieron a la plaza los tres ingenios o carros de asalto, con gran

asombro de los mejicanos. Cortés había decidido abandonar a Méjico y hasta escogido el camino de salida: la calzada de Tlacopán o Tacuba que salía de la ciudad hacia el oeste, porque aunque más estrecha, era más corta que las otras dos. Su táctica, pues, consistió en ir apoderándose, a favor de los nuevos ingenios, de los puentes del camino y azoteas que lo dominaban; pero, aunque sus tropas, apoyadas por tres mil tlaxcatecas, combatieron toda la mañana, no pudieron avanzar gran cosa frente a la masa hirviente de sus enemigos, y hacia mediodía «nos volvimos con harta tristeza a la fortaleza». Este éxito dio tanto ánimo a los mejicanos que en atrevido golpe de mano se apoderaron del Gran Teocalli frontero al cuartel general, volviendo a colocar a Uitchilipochtli y Tetzcatepuca en las capillas de donde los había expulsado Cortés. Este Teocalli venía a constituir para ellos una posición militar de gran importancia, que dominaba el cuartel general español. Los mejicanos hicieron acopio de víveres y agua para quinientos de sus guerreros más esforzados, «personas principales», dice Cortés, pero ya sabemos que en el belicoso imperio solo se podía adquirir el rango de persona principal probando el valor personal en fieras batallas. Cortés se dio cuenta de que, por razones tanto militares como morales, era indispensable dar asalto a aquella posición. Mandó, pues, a su camarero, Escobar, con cien hombres, para que intentase tomarla. Tres veces procuraron abrirse camino escaleras arriba y tres veces consiguieron los mejicanos rechazarlos bajo una granizada de piedras y saetas. Avisaron a Cortés, que a la sazón andaba manco de la mano izquierda de una herida que le habían dado el primer día, y, liada la rodela al brazo, fue a la torre con algunos españoles que le siguieron, la hizo cercar desde abajo, y a la cabeza de sus españoles tomó la posición, forzando a sus defensores a arrojarlos de la plataforma abajo «a unas azoteas que tenía al derredor, tan anchas como un paso». «Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fue», escribe Bernal Díaz, que era uno de los que siguieron a Cortés en este combate, del que el propio Cortés escribe al Emperador: «y crea Vuestra Sacra Majestad que fue tanto ganalles esta torre que si Dios no les quebrara las alas, bastaban veinte de ellos para resistir la subida a mil hombres, como quiera que pelearon muy valientemente, hasta que murieron» 10 .

Añade Cortés, no sin satisfacción, que «algo perdieron del orgullo, con haberles tomado esta fuerza»; y con su táctica usual, procuró sacar partido de su ventaja dirigiéndose a los caudillos mejicanos desde una de las azoteas de su cuartel general; pero, aunque impresionados, los mejicanos no se hallaban deprimidos, y le dieron a entender que estaban dispuestos a deshacerse de los españoles por todos los medios, pues aunque muriesen a razón de veinticinco mil por uno, le dijeron, se acabarían primero los españoles que ellos. Además sabían perfectamente que ya escaseaban en el cuartel general español el agua y los víveres. No quedaba otra cosa que hacer que luchar, y por lo tanto, aquella misma noche, Cortés en persona hizo una salida con unos cuantos de sus compañeros quemando unas trescientas casas a la ida y muchas más a la vuelta. Entretanto reparaban los ingenios que habían quedado malparados en el primer combate, y al alba, el mismo Cortés, que era incansable, volvió a salir otra vez para asegurarse el dominio de la calzada de Tacuba, única vía de salvación. Había en esta calzada ocho «puentes», o más bien ocho cortes sobre los que se pasaba por medio de puentes. Después de durísimos combates, se apoderó de cuatro de ellos, llenando los cortes con los materiales de las casas destruidas y de las barricadas tomadas, quemando además todas las casas que bordeaban la calzada a uno y otro lado desde los puentes tomados hasta el cuartel general. Pero a la mañana siguiente, una multitud innumerable de guerreros habían vuelto a tomar posesión de la calzada. Hubo que volver a comenzar la labor. Los españoles lucharon tanto y tan bien que, no solo volvieron a apoderarse de todos los puentes perdidos, sino que algunos jinetes llegaron hasta Tacuba en tierra firme, mientras Cortés se quedaba sobre los puentes vigilando los trabajos de relleno. Allí estaba todavía, con la vista siempre puesta en lo importante, cuando Alvarado y Saridoval, con hasta ocho o diez más de a caballo, regresaron de Tacuba, muy alegres y enramados con flores en las manos,

diciendo cómo habían salido a tierra firme sin que nadie se lo contradijese. «Ramos y rosas -exclamó Cortés enojado- no son plumas y penachos para guerra, sino para fiestas y bodas. Mejor fuera estarse quedos, como lo he mandado, que no enojar más con liviandades a los enemigos» n .

Apenas había terminado de hablar cuando llegó un mensajero a anunciarle que los indios pedían la paz. Cortés dejó a sus tropas bien armadas a cargo del puente y en compañía de dos jinetes acudió al trato. Ofrecióle paz completa a condición de que pusieran en libertad a dos sacerdotes que tenía prisioneros. Accedió a ello de buena gana y, después de haber observado alguna que otra señal de que en efecto los mejicanos estaban de paz, se retiró a comer a la fortaleza. Pero vinieron a llamarle muy pronto para proseguir la lucha, pues aquella oferta de paz no había sido más que una estratagema para obtener la libertad del sacerdote titulado Teotecuhtli, especie de arcepreste cuya autoridad eclesiástica era indispensable para consagrar a Cuitlahuac [\[377\]](#). Volvió, pues, a salir para reconquistar los cuatro puentes que había perdido. Uno a uno, tuvo que ganarlos a brazo partido con su caballería, y no solo los cuatro primeros, sino los otros cuatro también, hasta llegar otra vez a tierra firme. Pero a la vuelta, halló que su infantería no había podido defender lo ganado, y que los indios con admirable tesón y paciencia, habían vuelto a cortar la calzada que los españoles habían rellenado en sus ocho huecos. Los jinetes tuvieron, pues, que abrirse paso hacia el cuartel general, y Cortés tuvo que defender el último puente, absolutamente solo (mientras sus jinetes luchaban en el agua donde habían caído) y saltar sobre el corte «aunque con farto trabajo, porque había de la una parte a la otra casi un estado de saltar con el caballo; los cuales [los mejicanos] por ir yo y él bien armados no nos hirieron más de atormentar el cuerpo» [\[378\]](#).

Aquella noche, dejó fuertes guarniciones en todos los puentes. Aleccionado por la experiencia de tanto combate estéril, pensó en construir un puente portátil que llevarían cuarenta hombres. Botello, el soldado astrólogo, iba recordando a unos y otros su profecía, hecha cuatro días antes, que si no se marchaban aquella misma noche, perecerían todos [\[379\]](#). Aunque a algunos disgustaba esta idea, la mayoría de los soldados le era favorable: «De todos los de mi compañía -escribe Cortés al Emperador- fui requerido muchas veces que me saliese, e porque todos, o los más, estaban heridos, y tan mal, que no podían pelear, acordé de lo hacer aquella noche» [\[380\]](#). Acento de hombre a quien no gusta la idea de salir huyendo aun en circunstancias tan desesperadas. No era solo el aspecto militar de la huida lo que entonces le preocupaba. También pensaba en su tesoro de guerra y en las joyas tan valiosas que había apartado para el Emperador, municiones para la conquista de la Corte española. Esta preocupación le llevó a uno de sus graves erro

res: hizo traer el tesoro a una de las grandes salas del palacio en que residía y entregó el quinto real a los tesoreros del Rey, Alonso Dávila y Gonzalo Mejía, a quienes dio, según Bernal Díaz, «siete caballos heridos y cojos y una yegua y muchos amigos tascaltecas, que fueron más de ochenta» para que los transportasen; y en cuanto al resto, dejó que cada cual cargase con lo que quisiera. Imaginemos la escena en aquella noche tensa, que para los más de entre ellos iba a ser la última de su vida: los rostros pálidos, emaciados por la falta de sueño y alimento; todos entrapajados con mal curadas heridas, súbitamente encendidos con la sangre que afluía del corazón batido por la codicia, al olor de la riqueza instantánea; los ojos febriles clavados en el montón de joyas y lingotes que centelleaban al tembloroso fuego de las antorchas que iluminaban la sala; las manos ávidas, dedos alargados como tentáculos, apoderándose de aquel tesoro fabuloso; las bolsas que se hinchan, las camisas, que se vuelven alforjas, los cascos y las armaduras transformados en equipaje... Así que, mientras los más prudentes, como Bernal Díaz, se contentaron con poco, «apañar unas cajuelas que allí estaban, unos cuatro chalchuis, que son piedras, entre los indios muy presciadas, que de pronto me

eché en los pechos entre las armas, que me fueron después buenas para curar mis heridas y comer el valor dellas», para los más

El diabólico metal
fue a sus cuerpos tan fatal
como a sus almas lo fuera [\[381\]](#).

Cortés confió la vanguardia a Sandoval y a Ordás; él en persona, con Olid, Dávila y un centenar de soldados jóvenes, tomó el centro, dispuesto a acudir adonde fuere necesario; en la retaguardia iban Alvarado y Velázquez de León. Dos capitanes de los de Narváez y treinta soldados llevaban a su cargo los prisioneros (un hijo y dos hijas de Moteczuma, Cacamatzin y su hermano Golondrina, entonces Rey de Tetzcuco por la gracia de Cortés), así como Doña Marina, Doña Luisa y el oro [\[382\]](#).

La noche (treinta de junio de 1520) era oscura y empapada en neblina. El suelo empapado en agua, lo bastante para hacerlo resbaladizo a los caballos. Poco antes de medianoche, Sandoval y los suyos salieron sigilosamente hacia la calzada, protegiendo a los cuarenta tamemes que llevaban el puente portátil. Todos ellos pasaron al primer corte sin incidente, pero antes de que hubieran llegado al segundo, ya habían dado la alarma los centinelas mejicanos llenando la laguna de la gritería de una multitud de guerreros que desde sus canoas acosaban a los fugitivos. Sandoval y Cortés rompieron por toda aquella resistencia y a nado por los cortes y a galope por la calzada, se abrieron paso hasta la tierra firme. Pero apenas la habían pisado, cuando oyeron que «otros de caballo de los que pasaron delante decían a voces: “Señor Capitán, aguardemos, que dicen que vamos huyendo y los dejamos morir en las puentes”.». «Hemos salido por milagro», replicó Cortés, y volviendo riendas al caballo, se adentró otra vez por la calzada hacia Méjico con los soldados que no estaban heridos. Españoles, tlaxcatecas, caballos, cañones, prisioneros y oro habían caído al agua, rellenando uno de los cortes con la masa de sus cuerpos. Cortés fue reuniendo como pudo los desmedrados restos de su ejército, haciéndolos salir cuanto antes hacia Tacuba mientras protegía la retaguardia luchando paso a paso con tres o cuatro jinetes y unos veinte de a pie que le rodeaban. Al varado, herido, a pie, con una lanza en la mano, porque su yegua alazana se la habían muerto, era el único capitán que quedaba a retaguardia. Velázquez de León, con su fanfarrona al hombro, yacía, inerte tablón humano, puente entre dos secciones de la desastrosa calzada de Tacuba 18 .

Pero al fin y al cabo, aquella Tacuba que durante la noche había sido Meca de sus esperanzas no era tampoco lugar seguro. Cortés se encontró a los restos de su compañía en medio de la plaza de la ciudad, pegados unos a otros, sin luz ni espíritu, como ganado sin pastor. Al punto les dio un objetivo, guiándolos hacia el Teocalli que su ojo militar había escogido como fortaleza provisional. Constantemente acosados por un enemigo implacable, los fugitivos avanzaron hacia aquel lugar, defendiéndose como podían y no era mucho, «porque ya no había caballo, de veinte y cuatro que nos habían quedado, que pudiese correr, ni caballero que pudiese alzar el brazo, ni peón sano que pudiese menearse». Y cuando allá llegaron, lo más que pudieron hacer fue curar los heridos y reconfortarse todos con muchas lumbres que hicieron, «pues de comer -escribe Bernal Díaz- ni pensamiento» 19 .

Al día siguiente, contaron las pérdidas. Les faltaban unos seiscientos españoles, entre ellos los que se habían quedado en el cuartel general, dicen unos que porque no quisieron salir sin cargarse primero de oro, y otros, lo que es más probable, porque al ver que no podían abrirse paso hacia

Tacuba, prefirieron hacerse fuertes en el cuartel. Todos terminaron sacrificados a Vichilobos [\[383\]](#). «Pues olvidado me he -añade Bernal Díaz al cuento de sus desdichas- de escribir el contento que recibimos de ver viva a nuestra Doña Marina y a Doña Luisa, la hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tascaltecas, y también una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla en México sino aquella» [\[384\]](#).

Día tras día, aquella sombra de ejército fue avanzando hacia Tlaxcala. Los que se hallaban todavía bastante fuertes para poder luchar iban a vanguardia o a retaguardia; los heridos que podían andar, aun cojos, iban en el centro; los que no podían andar iban a lomo de los caballos demasiado malheridos para llevar jinetes de combate. En esta guisa, guerreando casi todo el día y descansando con un ojo abierto por la noche, pasaron por la laguna Zumpango y Xaltocan hacia Citlaltepec que encontraron deshabitado, aunque bien provisto de víveres. Allí descansaron el 4 y el 5 de julio, llegando en esta segunda fecha a Xoloc, donde el 6 tuvieron que habérselas con una importante fuerza de mejicanos en encarnizada lucha que costó a Cortés dos heridas en la cabeza, amén de la pérdida de un caballo, lo que sintió mucho más, «que aunque Dios sabe cuanta falta nos hizo y cuanta pena rescebimos con habérsenosle muerto porque no teníamos, después de Dios, otra seguridad si no la de los caballos, nos consoló su carne, porque le comimos, sin dejar cuero, ni otra cosa de él, según la grande necesidad que traíamos» [\[385\]](#).

Cortés veía que cada vez sobrevenía más gente y más recia, de modo que iba empeorando la situación. Dio órdenes de que los heridos se transportasen sin ayuda de los caballos, pues se temía que pronto habría de necesitar a todos los caballos, aun los heridos, para fines de guerra. Y así fue en efecto, pues al día siguiente 7 de julio, divisaron la llanura de Apam, a vista de Otumba, cubierta de tropas mejicanas. Cortés se dirigió a sus tropas, dándoles primero instrucciones tácticas, prácticas y positivas y después el estímulo de la fe, «nos encomendar a Dios, e a Santa María muy de corazón e invocando el nombre del Señor Santiago». Aquel pelotón de sombras y de heridos tuvo que hacer frente a una multitud de guerreros armados hasta los dientes, frescos y animosos. Salvó la situación el instinto que siempre llevaba a Cortés a dar el golpe en la cabeza visible del enemigo. Iba y venía entre los mejicanos un cacique admirablemente ataviado, «con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería», rodeado de muchos otros vistosos guerreros. Era el Ciuacoatl o Mujer-Serpiente, Capitán General de los mejicanos, que blandía el gran estandarte de guerra o Tlahuizmatlaxopilli. Según cuenta Bernal Díaz, Cortés fue derecho al Ciuacoatl y le hizo abatir su estandarte, y otro capitán, Juan de Salamanca, le dio una lanzada, le quitó el rico penacho que traía y se lo dio a Cortés caballeramente. Cortés se limita a decir al Emperador que «con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios que murió una persona de ellos que debía ser tan principal que con su muerte cesó toda aquella guerra». No era de los que se vestían penachos ajenos, lo que viene a confirmar el propio Bernal Díaz al contar cómo a pesar de que Juan de Salamanca, al entregarlo a Cortés, argüía que aquel penacho pertenecía a Cortés por haber sido él el que había hecho abatir la bandera y perder el brío al Ciuacoatl, el tal penacho fue concedido por Su Majestad a Salamanca por armas «y lo tienen sus descendientes en sus reposteros», concesión que sin duda se haría con aquiescencia de Cortés [\[386\]](#).

Ganada así la batalla que hoy se llama de Otumba, los españoles echaban miradas anhelantes a las sierras de Tlaxcala que desde el campo se divisaban, con esperanza de largo descanso turbada por temores de que su añeja amistad con los tlaxcatecas se hubiera quebrado ante sus desventuras. Sin duda ante este temor, Cortés rogó a sus soldados «que en Tascalala no les hiciésemos enojo ni se les tomase ninguna cosa, y esto dio a entender a los de Narváez porque no estaban acostumbrados a ser

sujetos a capitanes en las guerras, como nosotros, y más dijo que tenía esperanza en Dios que los hallaríamos buenos y muy leales» 2-4 . Este era su modo de expresar una intuición de la actitud de los tlaxcatecas que resultó ser acertada.

Al día siguiente, 8 de julio, llegaron a Hueyotlipan (que Cortés en su carta al Emperador llama Galipán) ya en territorio tlaxcateca. Fueron bien recibidos y provistos de víveres, aunque tuvieron que pagarlos en oro; y Cortés tuvo la satisfacción de recibir la visita de Maxixcatzin y de Xicotencatl el viejo, que vinieron a darle seguridades sobre su constancia. A requerimiento de ambos tlatoanis tlaxcatecas, los españoles se pusieron en marcha hacia Tlaxcala el 12 de julio. La capital los recibió con suma cordialidad. Maxixcatzin dio a Cortés alojamiento en su propia casa, mientras Xicotencatl abrió la suya a su yerno Alvarado a quien acompañaba su hija Doña Luisa. En aquella ciudad amiga, la tropa huida y malparada de los españoles pudo descansar y rehacerse en merecida tranquilidad [\[387\]](#).

Renacimiento después de la derrota

Para Cortés, la estancia en Tlaxcala fue una pausa harto necesaria para re- hacerse y dar lugar a la meditación. Tenía que atender primero a sus heridas, sobre todo las de la cabeza que se le habían empeorado con el ajetreo y el abandono en que las había dejado. Tlaxcala no disfrutaba de gran abundancia de medicinas y material sanitario. Muchos eran los soldados que morían o permanecían inválidos para toda la vida a causa de esta escasez; y el mismo Cortés perdió el uso de dos dedos de la mano izquierda'. Vino entonces a poner en peligro su salud un fuerte ataque de ira que le produjo el capitán Juan Páez o Pérez que había dejado en Tlaxcala con ochenta soldados, probablemente poco aptos, por salud u otras causas, para arrostrar los combates de Méjico. A su regreso a Tlaxcala, Cortés se enteró de que Maxixcatzin había ofrecido a Páez cien mil tlaxcatecas si se atrevía a ir en socorro de Cortés y que Páez le contestó que tal general y tal ejército no necesitaban socorro. Con estas palabras, es menester reconocerlo, Páez no hacía más que imitar a Cortés, tanto en su confianza en sí mismo como en su reserva para emplear auxilios tlaxcatecas en territorio mejicano. Sin embargo, Cortés montó en cólera desahorada y disparó contra el desdichado capitán un torrente de improperios, acusándolo de cobarde y de capitán para liebres y no para hombres, y amenazándole con la horca si se atreviese a decir palabra. Con la ira, cayó enfermo, y hubo que operarle las heridas de la cabeza, lo que, habida cuenta del estado de la ciencia quirúrgica en aquellos días, puede bien haber sido el peligro más mortal a que tan esforzado capitán se expuso en toda su azarosa vida [\[388\]](#).

Bien tratado por los tlaxcatecas, tuvo entonces lugar para examinar la situación con relativa seguridad. Había perdido muchos capitanes y soldados, y, en cuanto a número, se encontraba otra vez donde al principio, antes del refuerzo que había debido a la victoria sobre Narváez, si bien estaba peor dotado en cuanto a material por haber perdido toda la artillería y haberse quedado sin pólvora. Había perdido además mucho prestigio entre la parte de su ejército que procedía del de Narváez, aunque parece haber conservado intacto el que por él sentían los que, como Bernal Díaz, se decían, con cierto aire de orgullo, «los hombres de Cortés». Había perdido toda su autoridad moral de otrora sobre los mejicanos, mientras que los tlaxcatecas, si bien todavía fieles, sentían en su amistad hacia él ciertos ribetes de conmiseración que sin duda percibiría con gran amargura el que hacía poco era todavía para ellos un teul. Pero todas estas pérdidas parecen haberle puesto en el camino para retornar de su petulante confianza en sí mismo a aquella confianza en Dios que había sido hasta su derrota el manantial de su fuerza. «Y Cortés nos dijo -escribe Bernal Díaz- que, pues éramos pocos (que no quedábamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teníamos pólvora, y todos heridos y cojos y mancos) que mirásemos muy bien cómo Nuestro Señor Jesu Cristo fue servido de escaparnos con las vidas, por lo cual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores, y que volvimos otra vez a disminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasamos y que primero entramos en Méjico, cuatrocientos soldados» [\[389\]](#).

Esta reducción de su fuerza al número original debió de trabajarle el ánimo como una indicación directa de lo alto para significarle que los favores divinos pueden retirarse tan fácilmente como concederse -aviso que pudo haber desanimado a hombre menos bravo y menos religioso-: a Cortés le estimuló a la acción, como si el Señor en Quien había puesto su fe hubiera querido indicarle que, al retirarle toda aquella fuerza militar que temporalmente le había extraviado hacia una confianza

excesiva en sí mismo, volvería a dar a sus armas el favor divino de que hasta entonces habían gozado.

*

Pronto le dieron lugar las circunstancias a aprovechar esta nueva fuerza espiritual. A pesar de la sincera amistad de los dos viejos caciques, las cosas no iban bien en Tlaxcala. El altivo teul de antaño había vuelto derrotado; ya sus hombres no podían aventurarse tierra adentro sin temer el ataque de los naturales, y muchos habían perecido asesinados por los caminos hasta entonces seguros tan solo por el nombre mágico de Cortés. Una expedición que había mandado de Tlaxcala a Méjico, con enseres que le pertenecían, de un valor total de cincuenta mil pesos, había perecido a manos de los mejicanos, que se habían apoderado de todo lo que llevaba. Estaba roto el encanto de su antigua autoridad [\[390\]](#). Xicotencatl el Chico creyó llegado el momento de despachar a los españoles, aliándose con Cuitlahuac. No cabe dudar que desde el punto de vista de las naciones indígenas, era la política más sabia en aquel momento, y Xicotencatl el Chico se alza por encima de los demás tlaxcatecas como el caudillo de más vista y vigor, algo así como lo que entre los mejicanos había sido Cacamatzin. Los viejos, sin embargo, y su anciano padre entre ellos, eran de opinión contraria y la cuestión vino a debate con motivo de la llegada de una embajada de Méjico proponiendo precisamente aquella alianza en que pensaba el joven caudillo para echar del territorio común a los blancos. El Consejo de los cuatro tla- toanis recibió a los embajadores con el ceremonial de costumbre, y en presencia de Xicotencatl el Chico que era Capitán General de las tropas tlaxcatecas. Como requería el uso, los embajadores se retiraron después de haber presentado su mensaje y el Consejo entró a discutir la situación. Xicotencatl el Chico habló con fuego en favor de la proposición mejicana, pero Maxixcatzin discutió en contra con fuerza no menor y el debate se fue acalorando al punto que el joven general se vio violentamente arrojado escaleras abajo de la plataforma en que deliberaba el Consejo, destrozadas las mantas con que cubría su cuerpo -y aun su cuerpo mismo hubiera sido destrozado de no haber intervenido su anciano padre [\[391\]](#).

Este episodio da prueba dramática del ascendiente que Cortés había logrado alcanzar sobre los de Tlaxcala, triunfo de su habilidad política. Sea cualquiera el efecto que tal o cual de sus actos de entonces deje hoy en nuestro ánimo, la línea general de su conducta y actitud debió de parecer a los naturales no ya aceptable sino altamente beneficiosa, ya que con tanto calor secundaban su causa. Dos principios elementales regían aquella actitud: fuerza y justicia. Ambos pueden percibirse en una frase de Bernal Díaz en que resume el fruto alcanzado por Cortés como resultado de su prudencia y de su espíritu durante aquellas semanas de convalecencia: «Y dende en adelante tenía Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva España, lo uno de muy justificado en lo que hacía, y lo otro de muy esforzado, que a todos ponía temor [...] y tanta era la autoridad y ser y mando que había cobrado Cortés que venían antél pleitos de indios de lejos tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos, como en aquel tiempo anduvo la viruela tan común en la Nueva España, fallecían muchos caciques, y sobre a quien pertenecía el cacicazgo, y ser señor, y partir tierras o vasallos o bienes, venían a Cortés como a señor absoluto de toda la tierra para que por su mano e autoridad alzase por señor a quien le pertenecía». Bien claro se desprende de este testimonio contemporáneo que Cortés se había ganado la confianza de todo el país por su sentido de la justicia, precisamente en el momento en que había caído a su mínimo la fuerza militar, tanto material como moral de que disponía [\[392\]](#).

*

Pero el hombre que había salido de Méjico huido en la noche, embozado en vergüenza y dolor, no

logró empujarse otra vez a posición de tal eminencia sin lucha dura. El primer obstáculo que tuvo que vencer surgió de su propio ejército. Después de veinte días de reposo, creyó necesario emprender una operación militar para rehacer el espíritu de la tropa, y a tal fin, escogió como enemigo el Estado de Tepeaca, donde habían muerto a unos españoles que iban camino de Méjico, y donde además se alojaba una fuerza considerable de mejicanos [\[393\]](#). Esta decisión dividió a la tropa por la línea que siempre los separaba: los soldados ricos y capitanes que habían venido con Narváez se elevaron contra la idea, manifestando su vehemente deseo de volver a Cuba, la cómoda y segura Cuba. Sobraban argumentos para presentar en forma dialéctica aquel hondo dñiseo de su corazón; pero Cortés los refutó todos, primero «amorosamente», luego con terquedad, negándose incluso a considerar un requerimiento en regla que le presentaron, redactado en verboso lenguaje de leguleyo por el escribano real. Con su maña de siempre, organizó discretamente una poderosa oposición contra los protéstanos entre las filas de sus propios veteranos, y aunque tenía poca gente, escasos caballos y ninguna artillería ni pólvora, consiguió que todos se aviniesen a emprender nuevas campañas, aunque prometiéndoles que, en cuanto hubiera ocasión, permitiría volver a Cuba a todos cuantos quisieran [\[394\]](#).

¿Cuáles eran sus razones para oponerse con tanto tesón a volver entonces a Veracruz? «E yo - escribe a Carlos V- viendo que mostrar a los naturales poco ánimo, en especial a nuestros amigos, era causa de más aína dejamos, y ser contra nosotros, acordándome que siempre a los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios que no permitiría que del todo pereciésemos y se perdiese tanta y tan noble tierra como para Vuestra Majestad estaba pacífica y en punto de se pacificar, ni se dejase de hacer tan grande servicio como se hacía en continuar la guerra, por cuya causa se había de seguir la pacificación de la tierra como antes estaba, me determiné de por ninguna manera bajar los puertos hacia la mar: antes, pospuesto todo trabajo y peligros que se nos pudiese ofrecer, les dije que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me parecería que, de más de ser vergonzoso a mi persona, y a todos muy peligroso, a Vuestra Majestad hacíamos muy gran traición» [\[395\]](#).

Esta campaña de Tepeaca tuvo lugar durante el verano de 1520, con el auxilio de dos mil tlaxcatecas, que llegaron en magnífico orden de batalla, espléndidamente ataviados, todos de blanco, con cascos y rodela adornadas con ricas plumas, desfilando en filas de a veinte, desplegadas las banderas de la república, entre las que ondeaban la de Xicotencatl, garza blanca bordada de plumería, y la de Chichimecatecuhtli, águila de oro y plata en cerco de plumas verdes, cuando este brillante ejército, centelleando al sol, llegó al real, Cortés lo recibió con gran gozo y afecto, abrazando a los capitanes. Ellos a su vez, sin duda agradecidos, correspondieron a su hospitalidad con una vistosa y rara ceremonia, la recepción del hijo de Maxixcatzin como guerrero, o en el lenguaje de los españoles, la de armarle caballero. Hicieron una rueda con las banderas, y en torno a ella, se agruparon españoles y tlaxcatecas. En medio de la rueda con gran ruido de tambores y caracoles, se colocaron ciertos guerreros y sacerdotes, armados con las navajas de obsidiana que servían para el sacrificio de los espías. Algo apartado, también dentro de la rueda, aguardaba el guerrero novel, ricamente vestido y armado. Sacrificáronse en la misma rueda unos espías y un guerrero advirtió a voces al mancebo que se cubriese con la rodela. Al punto, el guerrero le arrojó fuertemente el corazón de uno de los sacrificados, que el mancebo paró con la rodela. Acercóse después el guerrero y con la mano llena de sangre le dio una recia bofetada en el carrillo, dejándole los dedos sangrientos señalados en el rostro, lo que el joven aguantó sin demudarse. Había terminado la ceremonia, y aunque no agradó a Cortés, la intención había sido inmejorable [\[396\]](#).

La campaña terminó con la rendición completa de Tepeaca y la expulsión de las fuerzas mejicanas que en su territorio residían. Desde el punto de vista estratégico, tuvo su importancia como preliminar indispensable de las operaciones finales contra Méjico que Cortés estaba decidido a dominar. Pero es quizá más importante todavía en la historia de la conquista por haber dado pretexto para establecer la esclavitud.

Este episodio de la vida de Cortés suele tratarse con poco discernimiento porque el problema de la esclavitud, gran provocador de emociones, no se considera siempre con la debida referencia a su contexto histórico. Es menester partir de la base que en aquellos días los prisioneros de guerra, de no ser cristianos, se consideraban automáticamente como esclavos. Por lo tanto, en lugar de condenar acaloradamente a Cortés por haber iniciado la esclavitud en su campaña de Tepeaca, habría que elogiarle por no haber iniciado la esclavitud en Méjico hasta la campaña de Tepeaca. ¿Cuáles fueron sus razones para este cambio de política? Tres da él mismo al Emperador: «Porque demás de haber muerto a los dichos españoles, y rebelándose contra el servicio de Vuestra Alteza, comen todos carne humana, por cuya notoriedad no envió a Vuestra Majestad probanza de ello; y también me movió a hacer los dichos esclavos, por poner algún espanto a los de Culúa, y porque también hay tanta gente que si no se ficiese grande y cruel castigo en ellos, nunca se enmendarían jamás» u . Ninguna de estas razones es convincente: el primer crimen quedaba ya bastante castigado con la expedición militar misma; el segundo no podía cargarse en cuenta a los naturales de Tepeaca más que a cualquier otro pueblo del país, a comenzar por los mismos tlaxcatecas, aliados de Cortés, que hacían banquetes con la carne de sus prisioneros ante los ojos mismos de los españoles; sobran pruebas de que Cortés hizo la vista gorda ante aquella costumbre de sus aliados al ver que le era imposible desarraigarla hasta haber vencido del todo la resistencia de Méjico [\[397\]](#). El tercer motivo parece más plausible y aun puede ser que haya contribuido a confirmarle en su decisión. Pero, a mi ver, la verdadera causa que le llevó a establecer la esclavitud precisamente entonces fue que su tesoro de guerra yacía en el fondo del lago de Méjico y que necesitaba fondos para sus gastos así como cierta esperanza de pronta ganancia para sus soldados descontentos e impacientes.

Dominaba en efecto su pensamiento la reconquista de Méjico. No parece haber dudado ni un instante en considerarse como el fundador y el poblador de un reino nuevo que añadir a la Corona de España. Desde este punto de vista estratégico y político, decidió fundar una villa en territorio de Tepeaca, en un lugar que dominaba los dos caminos que venían de la costa, uno por Xicochimalco y el otro por Ahuilitzapan, así como los dos caminos hacia Méjico, uno entre los dos volcanes y el otro por Río Frío. La ciudad quedó fundada a principios de septiembre de 1520 con el nombre de Segura de la Frontera 13 .

*

Por esta vez la fortuna obedeció al proverbio y vino a socorrer al osado. Fueron viniendo a las aguas de Veracruz barco tras barco, unos para imitar las hazañas de Cortés, otros para hallar y auxiliar a los primeros, y unos y otros terminaban por aportar su esfuerzo fracasado al esfuerzo logrado del único conquistador. El primer cuidado de Cortés en Tlaxcala había sido cerciorarse si la base de Veracruz seguía segura. Mandó a Gonzalo de Sandoval con unos cuantos indígenas por caminos fuera de los usuales, y al regreso de su fiel mensajero, tuvo la satisfacción de saber que todo iba bien en Veracruz y su contorno 14 . Tuvo después que ocuparse de regiones más cercanas a Tlaxcala, pues las ciudades indígenas de aquellos contornos parecían preferir el dominio de los españoles al de los mejicanos y seguían acudiendo a Cortés para que viniera a auxiliarles contra la tiranía de Mo-

teczuma. Las campañas de Cuauhquechollan (Guacachula), Ocuituco (Ocupatuyo) e Itzocan (Izzuacan) se emprendieron por lo menos tanto a iniciativa de los naturales como de Cortés. De Cuauhquechollan vinieron mensajeros a pedir la protección de Cortés contra los mejicanos, declarándose dispuestos a caer sobre los capitanes mejicanos que ocupaban la ciudad a condición de que Cortés les prestase auxilio contra los treinta mil mejicanos que acampaban en las alturas cercanas. Cortés envió a Ordás con soldados, casi todos ellos de Narváez; pero pronto retornaron sin combatir porque en Guaxocingo les dijeron que todo ello era una celada organizada por los mejicanos en connivencia con los de Cuauhquechollan y los de Guaxocingo. Ordás detuvo a los gobernantes de Guaxocingo, a pesar de que habían sido siempre aliados de los españoles. A su regreso al real, Ordás se encontró con que los soldados de Cortés le recibían con gran hilaridad, y como era un capitán de valor bien reconocido, que podía permitirse el lujo de reír a su propia costa, rió en la rueda con los demás, jurando que otra vez no volvería a salir al mando de soldados ricos, y que solo llevaría a los pobres, como eran los de Cortés, a quienes no asustaba el peligro. Cortés, cuya penetración de las cosas indígenas calaba más hondo que la de sus capitanes, y que además tendía siempre a poner confianza en aquellos a quienes había conquistado una vez, puso en libertad a los caciques de Guaxocingo, fue a Cuauhquechollan en persona y, no sin tener que combatir duramente, echó de la zona a los mejicanos [\[398\]](#).

Esta victoria le valió la sumisión espontánea de Ocuituco importante ciudad a causa de su situación al pie del Popocatepetl. Los mensajeros de Ocuituco acudieron a él temblando de miedo, pues la ciudad había aguardado a que los mejicanos desapareciesen de su horizonte expulsados por Cortés para venir a reconocer la autoridad de los blancos; pero Cortés, capaz de ser despiadado con el enemigo, no rechazaba nunca la mano de la amistad, aunque fuese tarde, y recibió a los de Ocuituco con magnanimidad. Deseaba además dejar resuelto el caso de esta ciudad lo antes posible a fin de seguir camino a Itzocan, donde también había una guarnición mejicana que expulsar. En su camino hacia Itzocan, seguían a su ejército multitudes de naturales que estima en cien mil. Halló a la ciudad desierta en cuanto a su población civil, pero habitada por una guarnición de cinco mil hombres, y después de rudos combates les ofreció la paz y buen trato bajo la soberanía española. Aceptaron los naturales y Cortés, después de oír su opinión sobre quién había de suceder a su caudillo, huido a Méjico, dio el gobierno a un muchacho de diez años, descendiente directo del fugitivo, con un Consejo de Regencia compuesto de dos principales de Itzocan y uno de Cuauhquechollan [\[399\]](#).

Así iba recobrando gradualmente su prestigio y echando a los mejicanos de sus puestos avanzados. De cuando en cuando recibía el estímulo de nuevos refuerzos que le llegaban, casi pudiera creer, del cielo. Todavía en Tepeaca, vio venir a él un antiguo conocido, aquel Pedro Barba, lugarteniente de Velázquez en La Habana, que tan flojamente había intentado obedecer las instrucciones del Gobernador para impedir que Cortés se hiciera a la vela para Yucatán. Quedó Cortés muy complacido en verle, y más aún en saber que traía un caballo y una yegua, amén de trece soldados. Barba había traído a Veracruz una carta de Diego Velázquez a Narváez mandándole que le enviase a Cortés prisionero enseguida; pero Caballero, el almirante de Cortés en Veracruz, había subido a bordo de la carabela de Barba con un puñado de soldados armados y, después de los saludos de costumbre y preguntas mutuas sobre los amigos, había contestado serenamente a la pregunta de Barba: «¿Cómo está el Señor Capitán Panfilo de Narváez, y cómo le va con Cortés?» -«Muy bien. Cortés anda huyendo e alzado con veinte de sus compañeros. Narváez está muy próspero e rico». Satisfecho con estas noticias, Barba se avino a ir a tierra en el esquife de Caballero, y no hubo saltado en tierra cuando se vio preso en nombre de Cortés [\[400\]](#). Pero Cortés no tardó en curar las heridas morales causadas por esta estratagema en su antiguo amigo, colmándole de toda suerte de honores y

favores. Dentro de la misma semana, llegó a Veracruz otro barco que Velázquez enviaba con refuerzos de boca y guerra para Narváez. Traía ocho soldados, seis ballestas, cuerdas (inestimable material para el ejército) y una yegua. Por procedimientos análogos fue todo ello a parar a manos de Cortés. Y aún llegaron tres barcos más, todos enviados por Garay desde Jamaica al socorro de la primera expedición que mandaba Pinedo, y que por lo visto se había perdido: el primero traía sesenta hombres, en su mayoría enfermos, verde la color, hinchado el vientre: el segundo comprendía más de cincuenta soldados vigorosos, recios y gordos, así como treinta y siete caballos; el tercero venía bien provisto de armas y traía diez caballos, gran número de ballestas y unos cuarenta hombres que traían unas armas de algodón de tanto gordor que no las pasaba ninguna flecha. Tanto refuerzo puso a la tropa de buen humor y así surgieron los pintorescos apodos de estos tres batallones noveles: los panciverdetes, los lomos recios y los de las albardillas [\[401\]](#).

La fundación de una ciudad era siempre para Cortés grata ocasión de manifestar su tendencia a las letras, reprimida durante su constante actividad al servicio de las armas. Para él era la pluma como una espada más sutil. En Segura de la Frontera, comenzó por montar la maquinaria política de la ciudad según la tradición municipal española: Gobernador, Alcaldes, Regidores, escribano, todos los funcionarios en fin que constituían el pequeño Estado Municipal. El pregonero avisó a todos los que aspiraban a ser vecinos de la ciudad para que viniesen a inscribirse en el registro y Cortés promulgó inmediatamente unas ordenanzas muy sabias en las que, entre otras disposiciones, se prohibían severamente la blasfemia y los juegos de naipes. Pero su intención al fundar Segura de la Frontera no podía limitarse al intento, que sabía vano, de poner coto a las dos costumbres favoritas de los soldados de todos los países. Cortés era ante todo un hombre de Estado, es decir, un hombre que se da cuenta de la importancia primordial de la ley y del orden; y además, un soldado de fortuna cuya carrera había comenzado por un acto de insubordinación, es decir, por un acto de anarquía. Esta contradicción en el diseño interno de su vida le trabajaba el ánimo continuamente al punto de incitarle a exorcizarla en todo momento favorable con documentos jurídicos. En los episodios dramáticos de su huida de Méjico, escribe al Emperador, «se perdieron todas las escrituras y autos que yo había hecho con los naturales de estas partes»; frase en que se echa de ver el sumo cuidado que ponía este, conquistador en que la ley, es decir, la opinión oficial de la cristiandad, o en otras palabras de la razón universal, viniese siempre a justificar sus actos. Para Cortés, hombre de dos filos, armas-letras, era siempre necesario que la pluma jurídica firmase en el papel lo que la espada había escrito en la tierra [\[402\]](#).

Apenas fundada Segura de la Frontera, vinieron, pues, a enriquecer sus archivos varios documentos nacidos de esta preocupación jurídica de su fundador. Un agente de Cortés, Juan Ochoa de Lejalde pide a Pedro de Ircio, Alcalde de la ciudad, que abra información sobre quién había pagado los gastos de la expedición de Méjico, si Cortés o Velázquez; y otra para probar que Cortés hizo lo que pudo por salvar el oro y las joyas del quinto real en la noche de la huida de Méjico. Curiosos documentos que Cortés cree necesarios por haberse perdido los papeles y cartas de pago en la noche fatal: él, caudillo indiscutible, fuente y origen del poder que ostentan todos aquellos magistrados a quienes acude -Alcalde, escribano y demás- solicita el finiquito de la ley, encarnada en sus propios subordinados, que él mismo eleva a una majestad cívica mayor que la suya propia. Hay desde luego cierta maña artera en esta actitud, una como sutileza legalista; pero todo ello se apoya en el vivaz sentido cívico que entonces animaba todavía a la vida española y cuya decadencia en años ulteriores fue fatal tanto para la metrópoli como para su Imperio de Ultramar. Cortés el conquistador comparece ante un tribunal civil en una ciudad española brotada allende el mar en suelo del Nuevo Mundo - testimonio del vigor de las instituciones municipales españolas- [\[403\]](#). Pero el episodio prueba también que Cortés sabía utilizar estas instituciones municipales en ventaja propia, como más adelante se verá.

Entretanto, organizó otro plebiscito en su favor, en forma de petición enviada al Rey por todos sus vasallos de Nueva España y firmada por quinientos cincuenta y cuatro de ellos en Segura de la Frontera, en octubre de 1520. Suele llevar este documento el título inexacto de «Carta del Ejército de Cortés al Emperador». No hay tal cosa. El ejército no podía escribir al Emperador más que sobre la firma de su jefe. Trátase de un papel civil, en el cual se expresan opiniones no de capitanes y soldados, sino de vecinos, o como hoy se dice, ciudadanos, del reino de Nueva España. Vayamos a las firmas y allí veremos desde luego los nombres que ya conocemos como capitanes y soldados, pero revestidos de sus togas civiles: «Pedro de Alvarado, Alcalde; Diego de Ordás, Regidor...» [\[404\]](#).

Esta carta era uno de los documentos que creyó necesarios para afianzar su situación en la Corte, en vista de que seguía sin noticias de su primer embajada, la que se había enviado a España a raíz de la fundación de Vera-cruz. Los dos emisarios entonces elegidos, Puertocarrero y Montejo, no eran solo sus agentes personales, puesto que iban también investidos de la dignidad de procuradores de la Villa Rica, algo así como los diputados de un parlamento moderno. Esta vez, la fundación de Segura de la Frontera le permitió mandar dos mensajeros, Diego de Ordás y Alonso de Mendoza, revestidos de igual dignidad [\[405\]](#). Llevaban una larga carta o informe escrito por Cortés, relatando los acontecimientos ocurridos entre las fundaciones de Veracruz y de Segura; así como otra carta en la que Cortés rogaba al Emperador «mande enviar una persona de confianza que haga inquisición y pesquisa de todo y informe a Vuestra Sacra Majestad de ello [...] porque en tan señalada merced lo terne como en dar entero crédito a lo que escribo» [\[406\]](#).

En esta carta, firmada el 30 de octubre de 1520, Cortés propone al Emperador que el país que ha conquistado se llame la Nueva España del Mar Océano, «por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equipara a ella» 2 ' 1 .

Fue adoptada su propuesta por el Emperador. Por otra parte Cortés no se limitó a cultivar el Estado metropolitano en España, pues conocía por experiencia la fuerza que en los Consejos de España ejercía la administración colonial centralizada en Santo Domingo. La Corona había hecho frecuentes esfuerzos para purificar el Gobierno de las Indias, purgándolo al menos de los males que emanan de la ambición personal, a cuyo fin lo había confiado a tres frailes. Cortés envió a Alonso Dávila y a Francisco Álvarez Chico para que hiciesen valer su punto de vista ante estos tres covirreyes. Sabía que en aquel lugar podía contar en su abono con la indignación producida por el acto arbitrario de Narváez para con Ayllón. Por el mismo barco en que iban Dávila y Chico, Cortés escribió a su mujer y a su cuñado, mandándoles noticias de sus aventuras y presentes de joyas y oro 25 .

Al propio tiempo, con la vista puesta en lo militar, envió un barco a Jamaica para comprar caballos. «Bien sé -dice Bernal Díaz- que dirán algunos curiosos lectores que sin dineros que ¿cómo enviaba a Diego de Ordás a negocios a Castilla? Pues está claro que para Castilla y para otras partes son menester dineros». La respuesta está en que se había salvado bastante oro del desastre, sobre todo por parte de los tlaxcatecas, pero también de la tropa española, y como el oro y el amor son muy difíciles de ocultar, Cortés hizo pregonar que todo el que tuviera oro lo declarase so pena de perderlo todo, mientras que si lo declaraba se le dejaría un tercio. Mucho desagradó esta orden al ejército, pero ¿quién duda que Cortés hizo bien en dictarla? 26 .

Tenía además entonces Cortés otra fuente de ingresos: la esclavitud. Ahora que ya había fundado una ciudad, sarmiento de la añeja viña española, era tiempo de regularizar la adquisición de esclavos

hechos en las campañas contra tribus «rebeldes». Cortés y los oficiales del Rey hicieron pregonar que se presentasen todos los esclavos en la Casa Municipal para marcarlos a fuego con la letra G (guerra) que significaba el origen del título legal a su propiedad por parte de los soldados que los poseían. Los españoles se encontraron ya la esclavitud como un rasgo general y permanente en todo el Anáhuac, y no había mercado donde no estuviesen a la venta hombres, mujeres y niños, ya sueltos ya atados a palos con colleras. Desde el punto de vista de los naturales, los españoles no aportaban por consiguiente ninguna innovación. Desde el punto de vista de los cristianos, al menos de los de hoy, aquel marcar a fuego de hombres, mujeres y niños con un estigma de esclavitud impuesto por la guerra es triste espectáculo. Pero en aquellos días los cristianos lo consideraban tan natural como mu-

chas cosas que hoy lo son para nosotros y que en siglos venideros parecerán monstruosas. Los soldados trajeron, pues, a la Casa Municipal sus esclavos, mujeres, niños y niñas, porque, dice Bernal Díaz, «hombres de edad no curábamos dellos, que eran malos de guardar y no habíamos menester su servicio, teniendo a nuestros amigos los tascaltecas». Pero cuando al día siguiente vieron los soldados que las indias buenas habían desaparecido y todo lo que quedaba para ellos eran «las viejas y ruines», dice Bernal Díaz que «hobo grandes murmuraciones contra Cortés». «El pobre soldado que había echado los bofes y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habían dado naguas y camisas» montó en cólera al verse defraudado. Cortés tuvo que prometer que, en el porvenir, se percibiría el quinto del Rey y el suyo propio sobre la esclavitud vendiendo las piezas humanas en almoneda 27 .

No le fue difícil bandear este temporal. Ya se sentía otra vez bastante fuerte para dejar marchar a los que todavía tenían querencia hacia sus granjeras cubanas. Dioles, pues, su libertad diciendo a aquellos de sus soldados que se lo reprochaban que más valía estar solo que mal acompañado puesto que «para la guerra, algunos de los que se volvían no lo eran» 28 .

Esta abnegación le permitió volverse con el ánimo más libre hacia su objetivo principal, que era y seguía siendo la reconquista de Méjico. Se observará que en su carta al Emperador, escrita desde Segura de la Frontera, al proponerle que la tierra conquistada se llame Nueva España del Mar Océano, da por sentado, casi sin darse cuenta, que aquella tierra es ya suya. Es decir, que ya da como un hecho que volverá a apoderarse de la capital. Prueba significativa de la firmeza de su propósito, que ya ni siquiera expresa. Maltrecho, herido, expulsado de Méjico en una noche desastrosa por una multitud aterradora, ni un momento piensa en abandonar la empresa, y en cuanto ha recobrado la salud en el reposo, y la confianza por las llegadas repetidas de refuerzos providenciales, polariza toda su voluntad hacia la reconquista.

Hizo venir a Martín López, su carpintero de ribera, dándose cuenta de que para esta labor le era indispensable dominar el lago con una buena flota. Decidió, pues, construir trece bergantines de diferentes dimensiones, concebidos de tal modo que pudiesen navegar siempre en grupo de tres o cuatro; y hacerlos construir en Tlaxcala y transportar en piezas sueltas a hombros de tamemes hasta la laguna, en cuya orilla se montarían y lanzarían al agua. A esta labor dedicó el período de Navidades, que pasó en Tlaxcala [\[4071\]](#). Aquí, el 26 de diciembre de 1520, promulgó sus famosas ordenanzas militares, que aunque sin diferir gran cosa de lo que solían ser estos documentos, al menos en cuanto a sus fines concretos, poseían no obstante un sello muy especial del caudillo que las redactaba. Hallamos en ellas su preocupación de siempre sobre las base jurídica que desea dar a todos sus actos. Así, por ejemplo, la atención especial que consagra a la conversión de los indios, que subraya fuertemente como el principal objetivo de la conquista el artículo primero, revela su origen jurídico en

las palabras que añade en guisa de explicación: «porque -dice- si con otra intención se hiciese la dicha guerra, sería injusta, todo lo que en ellas se hobiese, obnoxio e obligado a restitución». Así, pues, protesta vigorosamente de la sinceridad y seriedad que deben poner sus tropas en considerar la conversión de los naturales como el fin a la vez inmediato y supremo de la conquista.

Hay en el preámbulo de estas ordenanzas un pensamiento que no puede ser más típico de Cortés; después de haber recordado que en la Antigüedad tales ordenanzas fueron siempre necesarias para prevenir los desastres a que arrastran siempre el desorden y la indisciplina, y antes de apuntar qué necesarias han de ser para sus tropas, alejadas como están de su patria y de todo socorro humano contra un adversario tan astuto y tan numeroso, Cortés inserta un toque de luz intelectual que brilla como un diamante de pensamiento en esta cadena de razones de metal: «E porque la orden es tan loable que, no tan solamente en las cosas humanas, mas aun en las divinas, se ama y sigue, y sin ella, ninguna cosa puede haber cumplido efecto, como que ella sea un principio, medio y fin para el buen regimiento de todas las cosas...» [\[408\]](#).

Así, mientras estaba sumido en cuidados militares tan graves, afilando la espada que iba a hacer de él al fin el verdadero señor del Anáhuac, Hernán Cortés dejó echar a volar su espíritu por breve espacio sobre las aulas y plazas soleadas de Salamanca por donde había andado en su estudiosa juventud.

Cortés prepara el sitio de Méjico y siembra la leyenda

La huida de los españoles y la capitulación de los que habían quedado en el palacio de Axayacatl, después de tres días de asedio, fueron la señal para una breve guerra civil que estalló entre los mejicanos que habían apoyado a los españoles y los que les habían sido contrarios. Esta lucha terminó con la derrota de los primeros y la muerte de sus caudillos '. Los mejicanos creían que los españoles habían huido para siempre, y que, sin atreverse a retornar, irían a embarcarse a Veracruz. Se dedicaron, pues, a restaurar el orden interior, instalando formalmente a Cuitlahuac como Uei Tlatoani el 7 de septiembre de 1520, día dedicado en su calendario a la muerte (miquiztli), en el mes de las Barreduras (Ochpaniztli). Un primo del nuevo monarca, aquel Cuauhtemoc o Guatemocín cuyo violento apostrofe y aguda saeta habían dado la señal para la muerte de Moteczuma, fue elevado al cargo de Sumo Sacerdote. Otros príncipes del partido antiespañol pasaron a ocupar los tronos de Tepaneca y Tetzcuco. Las fiestas celebradas con ocasión de estas elecciones y coronaciones fueron de especial brillantez a causa de la abundancia de víctimas españolas para ofrecer a los dioses, y es de creer que Vichilobos recibió plena satisfacción entonces de las ofensas que los teules blancos le habían inferido. Los mejicanos clavaron las cabezas de las víctimas sobre los postes del Tzonpantli, alternando cada cabeza de hombre con una de caballo a fin de intimidar a los cuadrúpedos como a los bípedos si hubiesen tenido intención de retornar [\[409\]](#).

Pero los dioses desagradecidos correspondieron a tantos favores de sus fieles infligiéndoles un espantoso desastre. Vino entonces a asolar la tierra mejicana el azote de la viruela, que en menos de dos meses causó más víctimas que todas las guerras españolas. Uno de los primeros en sucumbir fue el Uei Tlatoani, que falleció en el mes de Quecholli, o del Flamenco, habiendo reinado solo ochenta días [\[410\]](#). Las interpretaciones que el hombre hace de la deidad son sin duda tan remotas para Dios como los designios de Dios lo son para el hombre: los españoles vieron en la epidemia un grato y oportuno socorro que les venía del cielo cuando se preparaban a su conquista, segunda y definitiva, de Méjico; en cuanto a los mejicanos, es indicio significativo de las relaciones que mantenían con sus dioses el que designasen a aquella plaga, nueva para ellos, con el nombre de Teozahuatl o Grano Divino [\[411\]](#).

Al regresar a Tlaxcala desde Segura de la Frontera, Cortés tuvo la pena de enterarse de que su fiel amigo Maxixcatzin había sucumbido también a la epidemia. Los tlaxcatecas le aseguraron que desde el día en que cayó enfermo, no hizo más que mencionar el nombre de su gran amigo español y anhelar su presencia, y Cortés, al oírlo, no pudo ocultar su emoción. El hijo primogénito de Maxixcatzin, aquel mismo que había visto recibir de guerrero con tan extraña ceremonia al principio de la campaña de Tepeaca, había muerto en una batalla. Cortés confirió la sucesión a un hijo más joven: «Mandó llamar al muchacho, que sería de doce años, y que bien en su arte y manera mostraba ser hijo de tal padre. Armóle delante de toda la Señoría caballero al modo hispánico, de que aquellos Señores mucho se maravillaron y alabaron la buena manera y gentiles ceremonias de armar caballero. Bautizaronlo luego, porque también fuese caballero de Jesucristo. Llamáronle Don Lorenzo Magiscacín, no poniéndole otro apellido de nuestra nasción, teniendo respeto a la nobleza e virtud de su padre» [\[412\]](#).

El anciano Xicotencatl siguió este ejemplo y fue solemnemente bautizado por el Padre Olmedo,

pero en su caso se siguió más fielmente la costumbre española, de modo que el octogenario tlaxcateca quedó transfigurado en Don Lorenzo de Vargas. Así iba Cortés ensanchando y ahondando su dominio espiritual, no menos que material, sobre el país de Tlaxcala que era para él sólida base con vistas a su asalto final a Méjico. Por medio de expediciones militares al mando de Sandoval, Ordás y Dávila, fue extendiendo el campo de su autoridad de modo que, mientras Martín López trabajaba en los bergantines, el general español podía contemplar con confianza en Navidades de 1520 un inmenso territorio que iba desde los volcanes hasta la costa del golfo de Méjico, sobre el cual imperaba sin disputa su autoridad. Este resultado verdaderamente asombroso, alcanzado cuando aún no había transcurrido medio año desde su huida de la capital, se debía a su perseverancia, a su estrategia, tanto militar como política, a su don de gentes, tanto para con los suyos como para con los naturales y por último al cuidado que siempre ponía en reducir al mínimo indispensable el uso de la fuerza.

Al morir Moteczuma quedaban un hijo y una hija que, por ser legítimos, podían aspirar a la sucesión. Eran demasiado jóvenes para reinar, y Cuitlahuac, su tío, al ser elegido Uei Tlatoani, había tomado por mujer a su sobrina Tecuichpoch, aunque sin consumar el matrimonio por tener la princesa diez años de edad. El hermano de Tecuichpoch, Axopacatzin, era paralítico y no estaba en todo su juicio. Al morir Cuitlahuac, Cuauhtemoc o Guatemocín fue elegido Uei Tlatoani (a principios de diciembre de 1520) y como no era hombre a quien le gustase perder tiempo, se casó con Tecuichpoch e hizo matar a Axopacatzin [\[413\]](#). Su advenimiento al trono tuvo lugar durante los «días vacíos» o Nemotemni, que en aquel año cayeron del 25 al 29 de enero. Su nombre, Cuauhtemoc, quiere decir: «El águila que se desplomó», lo que sin duda parece revelar penetración poco usual en los magos y astrólogos que oficiaron en su nacimiento. Era, nos dice Bernal Díaz, «mancebo de hasta veinte e cinco años, bien gentilhombre para ser indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera que todos los suyos temblaban del, y era casado con una hija de Montezuma, bien hermosa mujer para ser india» [\[414\]](#).

El joven monarca se dispuso inmediatamente a preparar sus fuerzas para hacer frente al asalto de los españoles, pues las ideas optimistas que habían prevalecido en Méjico al principiá sobre los planes de Cortés se habían desvanecido al recibir noticias concretas de Tlaxcala, no solo sobre lo que preparaba el adalid español, sino sobre el número creciente de territorios que iba reconquistando para el Rey de España. Cortés entretanto tampoco perdía el tiempo. Había dado órdenes de que se trajesen de Vera- cruz todo el aparejo y partes metálicas disponibles para los bergantines, y téngase en cuenta que ya entonces abundaba en Veracruz el material marítimo, con tanta llegada de naves que absorbía Cortés. Por aquel entonces arribó además otra, esta vez no al azar o creyendo que era Narváez el dueño de Méjico, o en socorro de Pinedo, sino deliberadamente al olor de la ganancia posible. Cortés compró con avidez armas, pólvora, tres caballos y cierta cantidad de material de guerra. También supo atraerse a su servicio a los trece soldados que venían a bordo [\[415\]](#).

El 26 de diciembre de 1520 hizo alarde de sus tropas y halló que tenía cuarenta de a caballo y quinientos cincuenta de a pie, de ellos ochenta ballesteros y escopeteros y el resto soldados de espada y rodela; también tenía ocho o nueve cañones pequeños y alguna pólvora. En suma, un ejército que venía a ser la mitad del que había perdido en Méjico tan desastrosamente aunque un poco mayor del que la había conquistado por vez primera. La diferencia la llenaba el espíritu. Cortés se dirigió a sus tropas durante el alarde, recordándoles los sucesos pasados y pidiéndoles que se alegrasen y esforzasen puesto que luchaban por una causa justa, para propagar la fe entre aquella gente bárbara y para servir a Su Majestad. Y todos, escribe al Emperador, «prometieron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querían morir por nuestra fe y por servicio de Vuestra Majestad o tornar a

recobrar lo perdido» [\[416\]](#).

A Dios rogando y con el mazo dando, Cortés había preparado también un poderoso ejército auxiliar de tlaxcatecas ejercitados y organizados por Ojeda y Márquez, parte del cual iba a acompañarle hacia Méjico y el resto quedaría para venir más tarde escoltando a los bergantines. Era su plan tomar primero a Tetzcuco, para que le sirviese de base de operaciones sobre la laguna. En Tetzcuco se montarían y lanzarían al agua los bergantines. Pero la elección del camino a tomar desde Tlaxcala a Tetzcuco era cosa de suma importancia. Cortés sabía perfectamente que el enemigo estaba al tanto de sus menores movimientos, pues el espionaje era un arte consumado entre los naturales; y que desde luego se preparaban activamente contra él. Por esa razón, decidió ir a Tetzcuco por el camino más agro y difícil de los tres disponibles, pensando que sería el menos vigilado por el enemigo. El 28 de diciembre de 1520 salió de Tlaxcala a la cabeza de sus tropas, yendo a pernoctar a Tetzmulocan (Tezmuluca), en la llanura al este de la sierra que lo separaba de la laguna. Al día siguiente, «habiendo oído misa y encomendándonos», siguieron camino puerto arriba, pasando una noche muy fría, ya en territorio mejicano; y el treinta, que era domingo, comenzaron el descenso tan difícil y peligroso, que iba a exigir toda su paciencia, y valor, así como el arte de sus jinetes, pues el camino, agro y fragoso como el que más por naturaleza, se hallaba además cortado y recortado por el enemigo con barricadas de troncos de árboles. Hubo cierta vacilación, aun en los más bravos, al ver que el terreno se prestaba tan mal a la lucha, pero Cortés hizo pasar palabras de estímulo y de ánimo hasta la retaguardia, y poco después se hallaron ya en terreno abierto. Parece ser que Guatemocín no los esperaba por aquel lado, pues de otro modo quizá no hubieran podido salir con vida de un puerto tan estrecho y de tan fácil defensa [\[417\]](#).

En cuanto salieron de aquel mal paso, Cortés hizo un alto, tanto para descanso corporal de la tropa como para uno de aquellos momentos de meditación y retorno sobre sí con que de cuando en vez hacía que su ejército tomase conciencia de su ser y de su obra. Allí rogó a sus soldados que diesen gracias a Dios por haberles traído a salvo donde ya se hallaban, a vista de la laguna que todos contemplaron con gran placer y con la melancolía de tantos amigos y bienes como en ella habían perdido. De esta contemplación surgió espontánea promesa «de nunca de ella salir sin victoria o dejar allí las vidas. Y con esta determinación -escribe Cortés a Carlos V- íbamos todos tan alegres como si fuéramos a cosa de mucho placer» [\[418\]](#).

Después de algunas escaramuzas sin gran importancia, llegaron a pernoctar a Coatepec, a tres leguas de Tetzcuco, lugar que hallaron desierto, y al día siguiente, mientras marchaban hacia Tetzcuco, con la barba sobre el hombro, vinieron a ellos unos naturales sin armas enarbolando una bandera de oro. Era una embajada de paz. Pero cuando Cortés y sus tropas entraron a Tetzcuco y lo encontraron desierto, dieron en sospechar que aquella embajada, que tanto les había alegrado al pronto, no era más que una maniobra dilatoria para permitir al Rey de Tetzcuco evacuar su capital con todo su tesoro y sus mejores armas para refugiarse en Tenochtitlán. La táctica de Cortés era según él mismo la define al Emperador, «siempre que quisiesen venir de paz, rescebirlos, y todos tiempos requerirles con ella» [\[419\]](#). En este caso se mantuvo fiel a esta táctica a pesar de que las circunstancias no se prestaban a ello, pues no podía abrigar duda alguna sobre los sentimientos de Coanochtzin, el Rey de Tetzcuco nombrado por los mejicanos frente al que Cortés había alzado por tal, su hermano Golondrina (Cuicuit-zatzin) ya bautizado con el nombre de Don Carlos. Coanochtzin era enemigo jurado de los españoles y había descuartizado a uno de sus capitanes, llamado Huitzacamatzin, porque se había prestado a llevarle un mensaje a Cortés. El propio Don Carlos-Golondrina, que Cortés envió como su segundo mensajero para averiguar lo que al primero había sucedido, halló la misma

suerte despiadada a manos de su sanguinario hermano

A pesar de estos dramáticos precedentes, nada inquietante ocurrió durante la estancia del ejército en Tetzcuco. Antes al contrario, algunos de los principales de menor importancia del reino vinieron a rendir homenaje a Cortés y cuando los mejicanos les enviaron emisarios para reprochárselo, los prendieron y se los entregaron a Cortés. Siempre deseoso de paz, Cortés se apresuró a soltarlos con un mensaje proponiendo que se olvidase lo pasado y que le evitasen los mejicanos la pena que le causaría tener que arrasar sus tierras y ciudades [\[420\]](#).

Para darles una indicación de la suerte que les esperaba si no se avenían a la paz, dio un asalto a Iztapalapa. No le fue difícil entrar en la ciudad. Cuando a la cabeza de sus tropas se abrió paso lanza en mano, observó que habían abierto una brecha en el dique que separaba las dos lagunas; mas con la codicia de la victoria que llevaban los españoles, siguieron su alcance, «y murieron de ellos más de seis mil ánimas, entre hombres y mujeres y niños, porque los indios nuestros amigos, vista la victoria que Dios nos daba, no entendían en otra cosa sino en matar a diestro y siniestro». El sol, mera natura, y por lo tanto imparcial, interrumpió el combate al cesar de iluminarlo, sin dársele un bledo que todas estas muertes se cometían para propagar el Evangelio entre las naciones bárbaras, y al ver que le abandonaba la luz (la del sol), Cortés recogió a su gente, no sin poner fuego a algunas de aquellas casas, «y estándolas quemando -escribe al Emperador- pareció que Nuestro Señor me inspiró y trajo a la memoria la calzada o presa que había visto rota en el camino, y represénteseme el gran daño que era; y a más andar con mi gente junta, me tomé a salir de la ciudad, ya noche bien oscuro» [\[421\]](#). Cuando llegaron a la presa, corría con tanto ímpetu que la pasaron a volapié. Se ahogaron bastantes indios de los amigos, se perdió el botín (cosa que sin duda el Señor no tenía interés en proteger), pero se salvaron todos los españoles de aquella celada, una de las más arteras y peligrosas a que jamás les habían expuesto los mejicanos. «Y nos volvimos a Tezcuco -concluye Bernal Díaz- medio afrentados de la burla e ardid de echamos el agua, y también como no ganamos mucha reputación en la batalla postrera que nos dieron porque no había pólvora» [\[422\]](#).

*

Cautos en su estrategia, si a veces temerarios en su táctica, Cortés se iba familiarizando poco a poco con la nueva situación que reinaba en Tenochtitlán. Los caciques de Otumba parecen haber augurado su victoria, pues vinieron espontáneamente a darle la obediencia. Él a su vez mandó a Gonzalo de Sandoval para que por buenas o por malas obtuviese la obediencia de los de Chalco, ciudad importante por ser la llave del mejor camino entre Tetzcuco y Tlaxcala, y de la que sospechaba seguía fiel a Guatemocín, en parte por temor a represalias. Sandoval, no sin lucha dura en pleno campo contra fuerzas mejicanas que le obstruían el camino, obtuvo la obediencia de Chalco, logrando someter y pacificar definitivamente aquel importante territorio [\[423\]](#).

Pero velaban los mejicanos y amenazaron a Chalco con su venganza. Chalco apeló a Cortés, que escribe al Emperador, «allende de nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que tenía era no poder ayudar y socorrer a los indios nuestros amigos, que por ser vasallos de Vuestra Majestad eran molestados y trabajados de los de Culúa». Tuvo entonces la buena fortuna de recibir la visita de mensajeros de Cholula. Guaxocingo y Cuauhquechollan, que por no tener noticias de él venían a preguntarle si deseaba socorro, pues habían visto numerosas señales de guerra, y en particular, muchas hogueras en las montañas. Cortés aprovechó la ocasión para negociar una alianza entre los recién llegados y los de Chalco, despidiéndolos a todos sumamente satisfechos [\[424\]](#).

Durante su estancia en Tetzcuco, Cortés fue a visitar el Teocalli, donde halló «los cueros de los cinco caballos, con sus pies y manos y herraduras cosidos y tan bien adobados como en todo el mundo lo pudieran hacer». Se refiere a los caballos de la expedición que le habían desbaratado, matándole cinco jinetes y cuarenta y cinco peones, en el pueblo de Zultepec, donde habían sacrificado a sus soldados a Vichilobos. Cortés dio instrucciones a Sandoval de que fuese a Zultepec, camino de Tlaxcala a buscar los bergantines, y de pasada infligiese a aquel pueblo el castigo consiguiente. Sandoval se encontró con que casi todos los habitantes habían huido. Dio alcance a algunos fugitivos, mató a tres o cuatro hombres e hizo prisioneras a unas cuantas mujeres. En el Cu del lugar, «halló dos caras que habían desollado y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenían con sus barbas puestas y ofrescidas en uno de sus altares». En una pared de mármol de una casa donde habían estado presos los españoles, hallaron escrito con carbón: «Aquí estuvo preso el sinventura de Juan Yuste con otros muchos que traía en mi compañía». Al ver todas aquellas trazas de sus desdichados compañeros «el Sandoval y todos sus soldados hobieron mancilla y les pesó», escribe Bernal Díaz, y luego añade: «Mas ¿qué remedio había ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo?». Y así Sandoval soltó a todos los presos y llamó a los fugitivos; la ciudad pidió perdón al piadoso capitán y sin imponerles castigo alguno, Sandoval siguió camino después de haber obtenido su obediencia al Rey de España, dejándolos en paz y de paz [\[425\]](#).

Camino de Tlaxcala tuvo la satisfacción y el sosiego de ver venir hacia él la fuerza expedicionaria organizada en Tlaxcala por la república bajo la dirección de Ojeda y Márquez, escoltando los trece bergantines en piezas cuidadosamente clasificadas y numeradas, que llevaban a hombros ocho mil tamemes, «que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra [\[426\]](#). Diez mil soldados los precedían y otros diez mil cerraban la marcha, y “certifico a Vuestra Majestad que dende la ayanguardia a la retroguarda había bien dos leguas de distancia”.». Entraron en Tetzcuco hacia fines de febrero, llevando en la delantera ocho españoles de a caballo y cien de a pie, con gran alegría y ruido de tambores. El desfile duró más de seis horas. Cortés los recibió con gran placer y afabilidad y tuvo que calmar con promesas de prontas operaciones el vivo deseo que traían de lanzarse inmediatamente al asalto de sus enemigos tradicionales, los mejicanos [\[427\]](#).

Las páginas espaciosas de Bernal Díaz nos permiten vislumbrar otras razones que las meramente políticas para explicar la campaña de algaras que entonces comenzó y que vino a ocupar varios meses. «Como habían venido allí a Tetzcuco sobre quince mil tascaltecas con la madera de los bergantines y había cinco días questaban en aquella ciudad sin hacer cosa que de contar sea, y no tenían mantenimientos, antes les faltaba, y como el capitán de los tascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces que se decía Chichimecatecle, dijo a Cortés que quería ir a hacer algún servicio a nuestro gran Emperador y batallar contra mejicanos» [\[428\]](#). Aquí está todo explicado junto. Quiere decir que, en cuanto con

cernía a los naturales, la guerra era una necesidad económica. La expedición organizada por Cortés contra Xaltocán y Tacuba debe, pues, considerarse como una especie de subsidio a los tlaxcatecas por servicios recibidos. Cortés dirigió la campaña con un fuerte contingente de sus propias tropas, entrando en Xaltocán y Tacuba con ímpetu destructor. El ejército permaneció seis días en Tacuba, batallando continuamente, y los españoles, como maestros en el arte, contemplaron con sumo agrado el espectáculo de numerosos combates singulares entre caudillos mejicanos y tlaxcatecas. Cortés intentó como siempre negociar con los adversarios, pero los de Tacuba replicaban con rociadas

de injurias. «Os estáis muriendo de hambre y no os dejaremos salir de aquí a buscar de comer», les gritó un español, y contestaron ellos: «No tenemos necesidad, y cuando la tengamos, de vosotros y de los de Tascaltecal comeremos», y arrojando a los españoles unas tortas de pan de maíz: «Tomad y comed si tenéis hambre, que nosotros ninguna tenemos» [\[429\]](#). Bien se echa de ver en esta pintoresca escena el aspecto económico de las guerras mejicanas, que por otra parte ilustra el siguiente comentario de Bernal Díaz a una de las algaras venideras de Cortés: «Después que en la Nueva España entré, nunca tanta gente de guerra de nuestros amigos fueron como agora en nuestra compañía. Ya he dicho otras veces que iba tanta dellas a causa de los despojos que habían de haber, y lo más cierto, por hartarse de carne humana, si hobiese batallas, porque bien sabían que las había de haber, y son a manera de decir como cuando en Italia salía un ejército de una parte a otra y le siguen cuervos y milanos y otras aves de rapiñas que se mantienen de los cuerpos que quedan en el campo desde se daba una muy sangrienta batalla. Así he juzgado que nos seguían tantos millares de indios» [\[430\]](#).

No por estar libre de este espantoso canibalismo, era el impulso que llevaba a la guerra a los propios españoles menos económico que el indígena. El ejército de Cortés no era mera formación de soldados; más exacto sería definirlo como una colectividad ambulante. A cada capitán o soldado seguía una especie de «casa» propia, compuesta de naborías o criados tlaxcatecas o cubanos, así como una o varias mujeres, especie de hogar o harén privado, amén de cierto número de esclavos, mujeres y muchachos, ya para servicio, ya para intercambio y rescate. Así, pues, los seiscientos hombres de Cortés implicaban unas tres mil personas. Esta cantidad de gente tenía que pesar económicamente sobre cualquier país donde viniera a instalarse, y no había otro modo de aliviar la presión que hacer de cuando en cuando una salida a territorio enemigo.

Cuenta Bernal Díaz un episodio que ilustra a maravilla no solo este aspecto económico de la guerra mejicana, sino también el carácter socarrón y humorístico de Cortés. Había trabado la tropa duros combates para apoderarse de una fortaleza natural casi inaccesible donde se habían refugiado unos mejicanos, y aunque rechazados con fuertes pérdidas, los españoles habían obligado a los mejicanos a capitular por falta de agua. Cortés envió un grupo de capitanes y soldados a ver la fortaleza y qué clase de gente se había refugiado en ella. «Mirá, señores -les dijo-, que no les toméis ni un grano de maíz». ¿Qué guiño, ademán, inflexión de voz pondría en sus palabras? El caso es que Bernal Díaz entendió que Cortés «quisiera que nos aprovecháramos e para aquel efecto nos envió». Cuando el buen soldado llegó a la fortaleza desde donde tantas y tan mortíferas piedras le habían lanzado hacía unas horas, y vio «todo su hato y hacienda hecho fardos y otros muchos líos de mantas que eran del tributo que daban a Guatemuz», dándose por justificado ante su jefe, intentó aprovecharse y comenzó «a cargar cuatro tascaltecas mis naborías que llevé conmigo y también eché a cuestras de otros cuatro indios de los que lo guardaban otros cuatro fardos». Uno de los capitanes, Ircio, recordó a Bernal Díaz la orden de Cortés, que había entendido al pie de la letra, obligándole a dejar todo donde estaba, y al regreso, informó a Cortés de cómo había impedido a Bernal Díaz que se llevase las mantas. «¿Pues por qué no las trujo? -preguntó Cortés medio enojado-. Mirá cómo me entendieron, que los envié porque se aprovecharsen y a Bernal Díaz que me entendió quitaron el despojo que traía destos perros que se quedarán riendo con los que nos han muerto e herido». Sutil hasta el fin, se opuso del modo más terminante a que Ircio retornara, ya con los ojos abiertos, a «aprovecharse» por la fuerza. Una cosa era llevarse la propiedad del adversario vencido, en un incidente, al parecer al menos, espontáneo, y otra cosa un expolio deliberado explícitamente autorizado por el jefe [\[431\]](#).

Y sin embargo, andaba por entonces entre ellos un fraile recién llegado de España con todo lo necesario para calmar los escrúpulos de los españoles en esta materia. Era un Fray Pedro Melgarejo de

Urrea, natural de Sevilla, que «trujo unas bulas de señor San Pedro y con ellas nos componía si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos, por manera que en pocos meses el fraile fue rico y compuesto a Castilla, y dejó otros descompuestos» [\[432\]](#).

*

Ya por razones económicas ya por razones militares, se hacía entonces indispensable una constante actividad bélica, pues Guatemocín seguía preparando la guerra implacablemente. Tres veces intentó destruir los bergantines que iban poco a poco alzándose en unos astilleros improvisados sobre una zanja cavada al borde de la laguna en Tetzcuco. De quince indios apresados en uno de estos intentos para poner fuego a los bergantines, extrajo Cortés bastantes datos para poder cerciorarse de la decisión y de las dotes de mando del joven Uei Tlatoani. Se le había ocurrido la misma idea que a Cortés para neutralizar el efecto de la caballería, la lanza larga, y estaba montando en la punta de astas mejicanas buenas espadas españolas de acero toledano de las que habían caído muchas en manos aztecas durante la huida de Méjico. Constantemente iban y venían emisarios y fuerzas armadas a las ciudades circundantes para mantenerlas fieles a la causa mejicana [\[433\]](#).

Las campañas entonces emprendidas ya por Cortés ya por Sandoval (de quien Cortés hacía su alter ego, desde el desastre de Méjico, con preferencia a Alvarado) eran todas muy semejantes. En todas, los españoles se movían cautelosamente entre la paz y la guerra: cuando en condiciones de negociar la paz, así lo hacían sin tardanza, asegurándose la obediencia de los indígenas por el buen trato y la mejor promesa; mientras que, si tenían que habérselas con gente de guerra, combatían bravamente aun en las circunstancias más peligrosas, y después de haber triunfado, arrasaban los pueblos, echaban a los hombres al campo, a no ser que los abandonasen a sus auxiliares indígenas, y se llevaban a las mujeres y a los muchachos como esclavos.

La más importante de estas campañas fue la que Cortés mismo dirigió poco después de Pascuas de 1521, a fin de darse cuenta de la situación política y militar en torno a la laguna y de asegurarse un fondo de tranquilidad para lanzar su asalto definitivo a Méjico. Comenzó, a su modo usual, por ofrecer la paz a los mejicanos. «Yo buscaba siempre, muy poderoso Señor -explica al Emperador-, todas las maneras y formas que podía para atraer a nuestra amistad a estos de Temixtitán; lo uno porque no diesen causa a que fuesen destruidos, y lo otro por descansar de los trabajos de todas las guerras pasadas» [\[434\]](#). El Miércoles Santo, 27 de marzo de 1521, envió a la capital unos mejicanos cautivos con un mensaje de paz; pero solo alcanzó con ello que los Chalco acudiesen otra vez a pedirle auxilio, trayén- dole una tela pintada con todas las ciudades armadas que avanzaban contra ellos. Esta noticia terminó por decidirle a la campaña que ya meditaba, y el 5 de abril de aquel año de 1521 salió de Tetzcuco con trescientos españoles de a pie y veinte de a caballo, mas los auxiliares tlaxcatecas.

Seguíanle estos en gran multitud por los motivos que crudamente describe Bernal Díaz. Después de un primer día de paz en Tlalmanalco, sobre la punta suroeste de la laguna, y una breve estancia en Chalco, el ejército emprendió la marcha a la mañana siguiente (sábado 6 de abril) en dirección sur, yendo a pernoctar en Chimalhuacán, donde se le reunieron más batallones de indígenas aliados. Al día siguiente tuvieron que pasar puertos agros y fragosos donde les aguardaban fuertes contingentes de mejicanos, a través de los cuales se abrieron paso, no sin grandes pérdidas y sin tener que vencer el sufrimiento de una sed atroz. Aquella noche, el estruendo de los instrumentos bélicos indígenas no les dejó dormir. Todo el resto de la semana lo pasaron combatiendo a través de los territorios de Huaxtepec, Xiutepec y Yautepec, cuyos caciques vinieron a pedirle perdón y a reconocer la obediencia

al Rey de España: «yo les recibí de buena voluntad, porque en ellos se había hecho ya buen castigo» [435].

En la mañana del sábado 13, se dirigieron hacia Cuauhnauc (águila de los Nauacs) que los españoles convirtieron en Cuemavaca. El lugar merece su noble nombre azteca más que el humilde que los españoles le impusieron, pues es uno de los hermosos que hay en el mundo, al borde de una terraza natural que en la ladera de la alta sierra contempla los valles de la tierra caliente. Hallábase defendido por una fuerte guarnición mejicana y no parecía permitir acceso alguno ni siquiera a los soldados de a pie, por estar rodeado de una barranca a pico que lo separaba de sus agresores. Pero mientras Cortés mandaba unos cuantos jinetes a que buscasen un rodeo de penetración que le habían dicho existía media legua abajo, un indígena de pie ligero consiguió atravesar la barranca sobre unos troncos de árbol que formaban un a modo de puente natural, por donde le siguieron otros indígenas y españoles, entre ellos Bemal Díaz, venciendo entre otros obstáculos el del vértigo. La guarnición, sorprendida, terminó por huir después de un breve combate al ver llegar a los jinetes y Cuauhnauc sufrió el destino reservado a las ciudades que se resistían al invasor, siendo víctima de saqueo e incendio. Mientras los españoles descansaban en las casas del cacique local, vinieron unos principales de la ciudad a ponerse bajo la autoridad del Rey de España }0 .

Dos días necesitó el ejército para volver a cruzar la sierra en dirección al valle de Méjico, y el lunes 15 de abril de 1521 a las ocho de la mañana, se hallaba frente a Xochimilco, sobre el lago, que es hoy uno de los pocos lugares donde subsiste la antigua laguna. Combates por la mañana para disputarse calzadas y puentes que hallaron bien defendidos por los naturales y combates todavía más fuertes por la tarde, en los que Cortés, y sus jinetes tuvieron harta dificultad en rechazar los ataques de los bravos mejicanos, bien armados con espadas españolas. El caballo de Cortés cayó al suelo, exhausto, y allí hubiera terminado la vida de Cortés si los mejicanos hubieran tenido menos arraigada la costumbre de coger a sus prisioneros vivos para honrar a Vichilobos; pero sus tercios esfuerzos para arrastrar vivo al Capitán dieron tiempo a que un bravo soldado, llamado Cristóbal de Olea, acudiese a salvarle, no sin pagar caro su esfuerzo con tres heridas graves. En cuanto a Cortés, tornó a cabalgar aunque herido en la cabeza 31 .

Estas batallas de Xochimilco, que duraron tres días sin descanso ni siquiera por la noche, con su táctica anfibia, sus ataques y defensas ya por tierra ya por agua, en canoas, calzadas, puentes y tierra firme, sus emboscadas, su lucha pie a pie, sus peligros mortales y a veces pérdida de camaradas conocidos arrastrados al terrible sacrificio, dieron a los españoles un antegusto del sitio increíble que pronto iba a empezar. El oro y la codicia que despertaba en ellos les fueron a veces más peligrosos que las piedras y saetas del enemigo. Unos cuantos soldados españoles que, siguiendo a unos tlaxcatecas, se habían entrado a saquear una casa rica, estaban acumulando fardos de mantas de algodón cuando sobrevino fuerte flota de canoas llenas de guerreros mejicanos que hirió a muchos de ellos, puso en fuga a los más, tan pobres como antes, y logró llevarse a cuatro, vivos, para el sacrificio. Guatemocín extrajo de los prisioneros todo lo que pudo, logrando saber «como éramos muy pocos los que veníamos con Cortés y que muchos estaban heridos», y ya bien informado de todo «mandó cortar pies y brazos y las cabezas a los tristes nuestros compañeros y las enviaron por muchos pueblos de nuestros amigos de los que nos habían venido de paz y les envía a decir que antes que volvamos a Tetzcuco, piensa no quedará ninguno de nosotros a vida; y con los corazones y sangre ofresció a sus ídolos» 32 .

Permanecieron en Xochimilco tres días, «dejándola toda quemada y asolada, y cierto era mucho

para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos, de cal y canto» 33 ; el 18, jueves, se pusieron en marcha para Coyohuacán (Cuyoacán en Cortés). Mientras organizaba su columna, Cortés observó que el peso del botín añadía no poco a la impedimenta; por lo que dijo a sus soldados que sería bien dejasen tanto hato y fardaje, pues podría estorbarles para pelear, «y desde aquello le oímos todos a una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas, e la suya, e que sería gran poquedad si tal hiciésemos, y desde que vio nuestra voluntad y respuesta, dijo que a la mano de Dios lo encomendaba».

Y ¿qué mano ha llevado jamás pesos más extraños? Cuyoacán estaba desierto. Mientras la tropa atendía a sus heridas y aderezaba saetas para las batallas que se aguardaban, Cortés se dedicaba a estudiar el lugar con ojos militares, y al día siguiente (sábado 20 de abril de 1521), después de haber explorado la calzada, sacando en consecuencia que sería menester poner fuerte guarnición en ella durante el sitio, se puso en camino para Tacuba }4 .

Las tropas mejicanas, que se habían retirado a la laguna y a Méjico mientras estuvo en Cuyoacán, salieron a acosarle por el flanco que llevaba expuesto hacia el agua. Impaciente, Cortés con diez de a caballo y cuatro de sus mozos de espuelas, se alejó para preparar una celada a los agresores, pero se le volvió la suerte, siendo él y los suyos quienes cayeron en peligrosa trampa tendida por el astuto enemigo, de la que logró evadirse no sin que quedasen malheridos todos sus caballos y presos dos de sus mozos de espuelas para alimentar al sangriento Vichilobos. Cuando al paso lento de sus caballos cojos, retornó Cortés hacia su tropa, ya inquieta por su larga ausencia, todos pudieron observar su rostro triste y como lloroso por la pérdida de sus mozos. En este estado de ánimo ensombrecido por la desgracia personal, llegaron a Tacuba, y Cortés con unos cuantos capitanes y soldados subió a la cumbre de un alto Teocalli. Con él subieron también el fraile alquimista que transmutaba pecados en oro y un Julián de Alderete, recién llegado como Tesorero de Su Majestad, y cuando vieron la vasta laguna azul, tan llena de vida y constelada de ciudades, «mucho más se espantaron y dijeron que nuestra venida en esta Nueva España que no era cosa de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios es que nos tenía y amparaba, e que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leído en ninguna escritura que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios a su Rey como son los nuestros». Pero Cortés seguía triste, y al contemplar aquel maravilloso espectáculo, ya arraigado en su corazón por tantas raíces de dolor, suspiró con gran tristeza «muy mayor que la que antes traía por los hombres que le mataron». «Señor Capitán -le dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Pérez-, no esté vuestra merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuestra merced:

Mira Ñero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía...».

El fiel soldado no dijo más; pero todos los españoles de aquellos tiempos se sabían de memoria los romances de Castilla, y todos completaron mentalmente:

Gritos dan niños y viejos,
y él de nada se dolía.

«Ya véis -dijo Cortés- cuántas veces he enviado a Méjico a rogalles con la paz. La tristeza no la tengo sino por solo una cosa: pensar en los grandes trabajos en que nos hemos de ver hasta tornalla a señorear. Con el ayuda de Dios, presto lo pornemos por obra» [\[436\]](#).

Esta escena no es solo una de las más vivas que nos han quedado de la vida de Cortés sino también una de las de más valor en esta o cualquier otra vida para el estudio de la historia y de la leyenda como flores gemelas del espíritu humano. La confluencia de una emoción (tristeza de Cortés) con una forma (romance) da lugar a dos corrientes de leyenda que ambas dejan traza en la historia de España: una es la distorsión de la figura de Cortés, operada por la pasión enemiga que transfiere la escena al día aciago de la matanza de Cholula, invirtiendo el sentido en que se trae a cuento el romance de Nerón. Esta leyenda negativa se debe a Las Casas, que, en su celo por la defensa de los indios, olvidaba con excesiva frecuencia todo sentido de justicia y no tuvo jamás ni por asomo idea de los deberes objetivos del historiador. En su libelo La Destrucción de las Indias escribe: «Dícese que estando metiendo a espada los cinco o seis mil hombres en el patio, estaba cantando el capitán de los españoles: Mira Nero de Tarpeya a Roma cómo se ardía; gritos dan niños y viejos, y él de nada se dolía». Solo la obsesión del apasionado fraile podía obcecar aun al más lerdo hasta admitir que escena tan absurda fuera posible. Afortunadamente, la otra rama de la leyenda nacida en la escena del Teocalli de Tacuba es más generosa. Cortés es uno de los hombres de la historia de España que llegó a inspirar a la musa popular, dando ocasión a romances épicos que enriquecen la literatura española; y ya al tiempo en que Bernal Díaz escribía, la escena de que había sido testigo era objeto de un romance popular que él mismo cita:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado.

Triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado;
una mano en la mejilla
y la otra en el costado... *

*

Por falta de bastimentos, de pólvora en particular, los españoles tuvieron que resignarse a no explorar Tacuba como quisieran, y siguieron avanzando al día siguiente, pasando por Azcapotzalco, la ciudad de los plateros, y por Tenayocán, ambas desiertas, y terminando su etapa en Cuauhtitlán, también desierta, donde llegaron calados por la lluvia persistente, y donde pernoctaron. Al día siguiente, domingo 21 de abril, se pusieron en marcha hacia Citlaltepec, donde llegaron después de un día igualmente lluvioso, que pasaron con algún que otro combate y poco de comer. A mediodía del lunes 22, llegaron a Acolmán, ya en el Estado de Tetzcuco, donde Sandoval les esperaba. Parecía que Cortés podría ver por delante unos cuantos días de reposo antes de emprender la dura prueba del asalto a Méjico que se había impuesto a sí mismo [\[437\]](#).

Pero en aquel momento, como ya le había sucedido más de una vez, tuvo que hacer frente a un grave peligro interior, el de una conspiración dentro de su propio ejército. A los dos días de su llegada

a Acolmán un soldado que estaba en el secreto vino a descargarle su alma declarándole que el cabecilla de la conspiración era un tal Antonio de Villafaña, cuyo plan consistía en asesinar a Cortés y a sus mejores capitanes, dando el mando a un cuñado de Diego Velázquez, Francisco Verdugo, que según parece no estaba al tanto de la conspiración. Se entregaría a Cortés una carta cerrada y sellada, diciéndole que venía de su padre, y cuando la estuviera leyendo, los conspiradores caerían sobre él. Cortés, con un grupo de capitanes y soldados de su confianza, se fue derecho al alojamiento de Villafaña, a quien halló rodeado de otros conspiradores; echó mano de él y le arrancó del pecho un papel donde tenía la lista de sus cómplices. Eran tantos, y entre ellos tantos de calidad, que el sagaz Capitán hizo correr el rumor de que Villafaña se había tragado el papel, prefiriendo que la tropa creyese que no conocía a los conspiradores. Se organizó una guardia especial al mando de un Capitán de su confianza, no ahorcó más que a Villafaña, y en cuanto a los demás conspiradores, los trató con deferencia externa si bien con la debida distancia interior }8 .

Sitio y caída de Méjico

Ei 28 de abril de 1521, después de misa y comunión, se lanzaron al agua los trece bergantines, vistosamente engalanados con gallardetes que ondeaban al viento, entre salvas que reverberaban con ecos de dolor en el corazón de los mejicanos amenazados y con ecos sonoros en las sierras impasibles que en perenne calma contemplaban la turbulencia humana. Cortés hizo alarde de sus tropas: tenía ochenta y seis de a caballo, ciento dieciocho ballesteros y escopeteros y algo más de setecientos peones de espada y rodela; tres cañones grandes de hierro, quince pequeños de bronce y diez quintales de pólvora. Después del alarde, se dirigió a sus hombres, como siempre ponía cuidado en hacerlo a fin de mantener viva la comunión y camaradería que, a pesar de frecuentes conspiraciones, había sido siempre la fuerza principal de su compañía.

A los pocos días, le llegaron sendos auxiliares de Tlaxcala, Cholula y Guajocingo, la tríplice antimejicana cuya tradición había restaurado él mismo al reconciliar a las dos primeras ciudades que las intrigas de Moteczuma habían separado momentáneamente. La fuerza tlaxcateca en particular, que dirigían los dos jóvenes caudillos mal avenidos, Chichimecatecuhtli y Xicotencatl, llegó tan brillante como siempre, y como siempre hirviendo en entusiasmo bélico. Cortés salió a caballo a recibir a los capitanes en cuanto se enteró que venía entre ellos Xicotencatl, precaución que los acontecimientos ulteriores hacen más significativa. El ejército de los auxiliares indígenas tardó tres horas en desfilar por las calles de Tetzcuco.

Por orden de Cortés, se hizo un sondeo cuidadoso de la laguna, a fin de que los bergantines pudiesen navegar sin peligro por toda ella. Hubo serias dificultades para encontrar bastantes remeros, pues si todo el mundo quería combatir, nadie quería remar. Cortés hizo frente al obstáculo con medios enérgicos y expeditivos, obligando al remo, primero a todos los marineros, luego a todos los que habían visto ir a pescar, luego a los que eran «de Palos, o de Moguer, o de Triana, o del Puerto o de otro cualquier puerto o parte adonde hay marineros», dice Bernal Díaz con la serenidad de un hombre nacido sobre el roquedo de Medina del Campo -y no les valió alegar que eran hidalgos-. Resuelto este detalle, Cortés dio a cada bergantín una fuerza de doce hombres, de los que seis eran ballesteros o escopeteros, doce remeros y un capitán, tomando él en persona el mando de toda la flota. El resto del ejército, lo dividió en tres compañías: la primera, al mando de Pedro de Alvarado, compuesta de treinta jinetes, dieciocho ballesteros o escopeteros y ciento cincuenta hombres, auxiliada por veinticinco mil tlaxcatecas, que situó en Tacuba; la segunda, al mando de Olid, con treinta y tres caballos, dieciocho ballesteros y escopeteros y ciento sesenta peones, más veinte mil auxiliares indígenas, que situó en Cuyoacán; y la tercera con Sandoval y veinticuatro caballos, cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento cincuenta peones y treinta mil indígenas, a la que encargó pasase por Iztapalapa, destruyese esta ciudad y avanzando por la calzada principal hacia Méjico, se encontrase con Olid, que avanzaría desde Cuyoacán.

Camino de Tacuba, Alvarado y Olid tuvieron unas palabras fuertes sobre el alojamiento de sus tropas respectivas en Aculmán; ya habían desenvainado y algunos de sus soldados estaban a punto de imitarles, cuando prevaleció la voz del sentido común; Cortés llegó a enterarse de lo ocurrido y reprendió severamente a sus capitanes por su insensata inflamabilidad ^[438]. Poco después observó Alvarado que había desaparecido Xicotencatl. Subsiste cierta oscuridad sobre este episodio, y las

versiones de los cronistas difieren. Se informó a Cortés, que mandó al desertor un mensaje para que regresara a ponerse al mando de sus tropas. Es evidente que, cualquiera que haya sido la causa de su deserción, Xicotencatl sentía fuerte repugnancia hacia la política de apoyo a los españoles que hacía su país, actitud en la que le asistía perfecto derecho. Cortés mandó a Ojeda a Tlaxcala con un recado significativo: que el crimen cometido por el joven caudillo solía castigarse en España con la pena de muerte; a lo que la república contestó que así sucedía también en Tlaxcala. Al oír esta respuesta, dijo Cortés: «Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor». Alvarado, cuya barragana Doña Luisa era hija del desertor, intervino insistentemente, pero Cortés, dándole buenas palabras mandó a un alguacil con cuatro de a caballo y cinco indios principales de Tetzcuco con orden de que le ahorcasen. Así pereció el enemigo más perseverante y valeroso que tuvieron los españoles en todo el país, con la única excepción de Guatemocín \

*

El plan de Cortés era sencillo: cercar la ciudad. Ello no obstante dejó abierta una calzada -la que salía hacia Tepeyac- con la esperanza de que los mejicanos, bajo la presión del sitio, evacuarían la ciudad [\[439\]](#). Esto le hubiera complacido mucho por dos razones que revela al Emperador con su candor de siempre: «Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban tanta determinación de morir o defenderse, colegí de ello dos cosas: la una que habíamos de haber poca o ninguna de la riqueza que nos habían tomado; y la otra, que daban ocasión y nos forzaban a que totalmente los destruyésemos». Y añade, con palabras en que se transparenta la sinceridad de sus sentimientos: «e de esta postrera tenía más sentimiento, y me pesaba en el alma» [\[440\]](#).

Pero había visto claro que los mejicanos estaban resueltos a resistir a toda costa y a perecer antes que ceder. El dilema guerra o paz se había planteado ante el Tlaloc o Consejo Tribal por iniciativa de Guatemocín, quien, a la cabeza del partido de los jóvenes, apoyado por los sacerdotes, había conseguido vencer a una minoría moderada que deseaba negociar después de haber luchado unos cuantos días para cubrir las formas. Guatemocín celebró su triunfo sobre los moderados sacrificando a cuatro prisioneros españoles y a un número de tlaxcatecas que Torquemada calcula en cuatro mil.

En Guatemocín habían hallado los mejicanos un adalid no solo de indomable espíritu sino también de viva inteligencia militar, en suma, digno de erguirse en la historia frente a su rival español. Su defensa de Méjico contra los españoles fue una obra maestra de valor y de abnegación prodigiosos, de perseverancia tesonera, de una iniciativa y adaptabilidad siempre renacientes, de una pericia técnica, de una agilidad táctica y en general de un espíritu directivo que hacen de Guatemocín un gran caudillo militar. Su puesto de mando era la torre del Gran Teocalli, desde donde dirigía las operaciones por medio de un sistema de señales que parece haber funcionado con suma eficacia [\[441\]](#).

Comenzó el sitio con una acción ofensiva confiada por Cortés a Olid y Alvarado y dirigida contra el acueducto de Chapultepec que alimentaba de agua a la ciudad. Los españoles quebraron las tuberías de barro y, muy ufanos de su éxito, se aventuraron a lo largo de la calzada de Tacuba en peligroso ataque a la ciudad. Los mejicanos, indignados contra los auxiliares tlaxcatecas, les arrojaban piernas y brazos de los prisioneros sacrificados, gritando a los españoles: «Malos hombres, pagaréis vuestra locura. Aplacaremos a los dioses con vuestra sangre y la beberán nuestras culebras y de vuestra carne se hartarán nuestros tigres y leones» [\[442\]](#). Durante todo el sitio subsistió este tono agudo de guerra mental y personal, esta sombra de sacrificio y muerte, esta amenaza de caníbales, que daba un carácter sombrío a la lucha -lucha sin descanso ni cuartel, sin cesar ni de día ni de noche, cuya tensión

mantuvieron ambos lados con increíble coraje y asombrosa tenacidad.

La táctica iba cambiando en uno y otro lado a medida que los días aportaban su cosecha de experiencia. Los sitiados comenzaron en actitud de defensiva estratégica pero de ofensiva táctica; los españoles adoptaron al principio una estrategia puramente militar, consistente en continuos asaltos a la ciudad por las calzadas de acceso, y en una acción ofensiva con sus bergantines, tanto sobre las calzadas mismas como sobre los enjambres de canoas armadas que bullían en la laguna. Esta fase comenzó con la destrucción del acueducto de Chapultepec (26 de mayo de 1521); el 31 de mayo, Sandoval se instaló en Iztapalapa, evacuada precipitadamente por los mejicanos, y Cortés salió de Tetzcuco con sus trece bergantines para prestarle ayuda; pero de camino, le tentó el peñón de Tepopolco, roca fuerte que surgía en medio de la laguna, y cuyo aspecto rebarbativo le incitó a atacarla al instante; su empuje y su tesón vencieron los formidables obstáculos que le oponían la naturaleza y la valiente guarnición: «E entrárnoslos de tal manera -escribe a Carlos V- que ninguno de ellos se escapó, excepto las mujeres y niños; y en este combate me hirieron veinte y cinco españoles, pero fue muy hermosa victoria» [\[443\]](#).

La salida a escena de los bergantines cruzando y recruzando las aguas de la laguna a plena vela fue gran acontecimiento para ambas partes; pero los animosos mejicanos les hicieron frente sin dejarse amilanar ni por su imponente tamaño ni por su asombrosa velocidad, y Cortés, desde lo alto del Peñón recién conquistado, divisó más de quinientas canoas avanzando a remo hacia sus naves. Al instante, hizo reembarcar a sus soldados, sin darles punto de reposo, pero dio órdenes estrictas a los maestros para que no se moviese ni un bergantín hasta que las canoas mejicanas creyesen que los españoles permanecían pegados a tierra por temor a su número. Siguieron avanzando las canoas en apretada masa hasta que, al llegar a obra de dos tiros de ballesta de los bergantines hicieron alto. Era deseo ardiente de Cortés que el primer ataque de los bergantines produjese honda impresión en los mejicanos, y en aquel momento dramático en que por primera vez se afrontaban unos y otros sobre el agua de la laguna, «plugo a Nuestro Señor que estándonos mirando los unos a los otros, vino un viento de la tierra, muy favorable para embestir con ellos». Así escribe al Emperador, revelando su constante contacto con aquella fe que era su inspiración suprema, y añade «Y luego mandé a los capitanes que rompiesen por la flota de las canoas y siguiesen tras ellos, fasta los encerrar en la ciudad de Temixtitán; y como el viento era muy bueno, aunque ellos huían cuanto podían, embestimos por medio de ellos, y quebramos infinitas canoas, y matamos y ahogamos muchos de los enemigos, que era la cosa del mundo más para ver» [\[444\]](#).

Estas dos victorias conseguidas en el mismo día le animaron para emprender una tercera operación, quizá la más importante de las tres. Ya iba cayendo la tarde, «vísperas», dice él mismo en su carta a Carlos V, cuando con treinta de sus trescientos hombres desembarcó en Xoloc, el fuerte donde se venían a unir las calzadas de Cuyoacán y de Iztapalapa; después de un combate duro, se apoderó, del fuerte, hizo desembarcar tres cañones y con esta artillería barrió de enemigos aquella magnífica avenida por donde, hacía siete meses, había visto avanzar hacia él a Moteczuma sobre sus andas de oro. Este éxito le determinó a instalarse con su real en Xoloc, de que hizo también la base de sus bergantines, con lo cual se hacía inútil la ocupación de Iztapalapa, ya que Olid, desde Coyuacán, podía defender también aquel sector, dejando libre a la fuerza de Sandoval para cerrar el cerco de Méjico ocupando la calzada de Tepeyac, hasta entonces abierta [\[445\]](#).

Pero Xoloc no era lugar muy seguro. Lejos de ello. A decir verdad, uno de los rasgos más curiosos de este sitio singular fue la fluidez que parecía imitar del agua sobre que estaba construida la

ciudad asediada: las posiciones se tomaban o perdían en un constante fluir y refluir y las dos fuerzas anfibas se atacaban la una a la otra como dos mareas distintas luchando por apoderarse del mismo lugar. La lucha por Xoloc duró seis días, en combates que se eternizaban en inextricables nudos humanos de día y aun, en contra de la costumbre indígena, de noche, entre canoas, bergantines, calzadas y hasta en el agua donde los guerreros luchaban nadando entre ondas que la sangre venía a teñir de rojo.

Esta primera fase del sitio culminó en un ataque combinado que hicieron Alvarado y Cortés el 9 de junio. El modelo de las dos líneas de ataque era el mismo: había que avanzar a fuerza de persistencia y tesón frente a obstáculos continuamente renovados. Los más peligrosos eran los cortes abiertos en las calzadas por los mejicanos que levantaban o destruían los puentes, y los ataques de flanco que hacían innumerables canoas. Los bergantines fueron arma poderosa para hacer frente a uno y otro peligro, y gracias a ellos, pudo Cortés llegar hasta el Gran Teocalli del centro de la ciudad, no sin tener que batirse horas y horas en persistentes combates pie a pie; pero la fuerza del número de sus enemigos obligó a los españoles a soltar a los daxcatecas contra sus cordiales enemigos los mejicanos. Hubo un flujo y reflujo, que originó en los daxcatecas un movimiento de pánico y pudo haber llegado a convertirse en desastre con pérdida de muchas vidas y de un cañón, a no haber llegado sobre el terreno tres soldados de a caballo que la imaginación mejicana multiplicó en Vichilobos sabe cuántos. Mas no hubo milagro, pues si los jinetes pudieron penetrar hasta el mismo corazón de la ciudad, fue porque Cortés había puesto tesón especial en que se fuesen cegando todos los cortes de la calzada a medida que iban quedando en la retaguardia. Con todo, esta batalla no dio resultado permanente alguno, como no fuera la destrucción de numerosas casas a ambos lados de la calzada, para guardarse contra ataques futuros, y una valiosa cosecha de experiencia táctica [\[446\]](#).

La segunda fase del sitio se extiende sobre el resto del mes de junio, en el que se desarrollaban continuos combates sobre las calzadas, a fin de rellenar los cortes con los escombros de las casas derribadas. Caracteriza esta fase el bloqueo de la ciudad, que viene a estrecharse mediante operaciones concretamente encaminadas a tal fin, y en particular la designación de dos bergantines para perseguir y apresar las canoas que sigilosamente traían agua y víveres a la ciudad bajo la protección de la oscuridad nocturna. «No había día -escribe Bernal Díaz- que no traían los bergantines que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas» [\[447\]](#). Guatemocín imaginó ingeniosas estratagemas para cazar a los bergantines y hundirlos pero, aunque consiguió causar la muerte a dos maestros, no se perdió ningún barco.

Durante esta fase, comenzó a bajar en el valle de la laguna el prestigio de los mejicanos. Cortés escribe con satisfacción al Emperador dándole cuenta de la llegada de treinta mil soldados bien armados que le enviaba «Don Fernando», el nuevo Rey de Tetzcuco. También tuyo sumo placer en recibir la obediencia de la ciudad de Xochimilco y la de los otomíes, ambos factores importantes de la situación estratégica, por poder ambos ayudar a estorbar en gran medida los planes de la ciudad y distrito de Coyuacán 1} . El movimiento se extendió a Iztapalapa, Churubusco, Mexicalcingo, Culhuacan, Mixquic y Cuidahuac, ciudades y pueblos de la laguna que vinieron todos a ofrecer su obediencia. Cortés aceptó estas amistades cordialmente, pidiéndoles que le ayudasen con canoas armadas y que le construyesen chozas para sus tropas en Xoloc, lo que hicieron con gran satisfacción de todos, al menos de los de Cortés, mas no de Bemal Díaz que estaba en Tacuba con Alvarado, y que apunta, con una gota de vinagre: «Nuestros ranchos donde estaba Pedro Dalvarado nunca se hicieron, que así nos estábamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado que por junio, julio y agosto son en estas partes cotidianamente las aguas» [\[448\]](#).

El tiempo pasaba en un combate continuo, monótono aunque peligroso siempre, para recobrar y rellenar los cortes ganados y rellenados el día anterior y perdidos y vueltos a cortar durante la noche por los perseverantes mejicanos; «Y crea vuestra Majestad que era sin comparación el peligro en que nos víamos todas las veces que les ganábamos estas puentes, porque para ganallas era forzado echarse a nado los españoles, y pasar de la otra parte, y esto no podían ni osaban facer muchos, porque a cuchilladas y a botes de lanza resistían los enemigos que no saliesen de la otra parte». Y después pasa a explicar al Emperador por qué, a pesar de lo que pudieran pensar las personas ausentes, no podían sostenerse los puentes conquistados sino que había que ganarlos de nuevo cada día, dando dos razones: la primera que no podía encerrarse en la ciudad con un enemigo muy superior en número y la segunda, que para guardar las puentes, «quedaban los españoles tan cansados para pelear el día que no se podía sufrir poner gente en guarda de ellos» [\[449\]](#).

Y, sin embargo, le era mucho más fácil encontrar gente para conquistar los puentes que para rellenarlos, «porque entre todas tres nuestras capitanías -cuenta Bernal Díaz- teníamos por deshonor que unos batallásemos e hiciésemos a los escuadrones mejicanos y otros estuviesen cegando los pasos y aberturas y puentes» [\[450\]](#). Alvarado tuvo que establecer un turno entre sus tres capitanías para calmar este malhumor. Aun así, la gente se iba impacientando. Ya varias veces había sido posible tanto a Cortés como a Alvarado penetrar hasta el centro de la ciudad, sembrando el pavor en las filas enemigas, y estas hazañas habían estimulado cierta rivalidad entre las dos fuerzas españolas sobre cuál de ellas, la de Cortés o la de Alvarado, iba a llegar primero al Tianquiztli o plaza del mercado, lo que para los españoles significaba el fin de toda resistencia. Incapaz de ceder a la presión de sus soldados, Alvarado se dejó llevar a una operación temeraria, cebado por los mejicanos que simulaban una retirada en desorden, y olvidando repetidas órdenes de Cortés de no dejar nunca en retaguardia ningún corte por rellenar. Súbitamente, se produjo el reflujo de la fuerza mejicana que arrojó a Alvarado y sus tropas hacia Tacuba; pero el camino por donde habían avanzado estaba cerrado y el único que les quedaba conducía a un largo corte impasable, y que la tropa tuvo que atravesar a nado bajo los ataques encarnizados de un enjambre de canoas. Cinco españoles cayeron prisioneros vivos y perecieron víctimas ofrecidas a Uitchilipochtli. Bernal Díaz se salvó de milagro [\[451\]](#).

Mucho enojó a Cortés este episodio que consideró como resultado directo de la desobediencia de su lugarteniente a las órdenes reiteradas sobre el relleno de los cortes. Pero en la visita que con tal motivo hizo al real de Alvarado, quedó asombrado al ver cuánto había avanzado hacia la ciudad y el número de puentes que poseía de modo permanente. Así lo dice él mismo con toda lealtad al Emperador. Su disgusto ante el incidente quedó casi desvanecido, y es más que probable que los resortes subconscientes que le impulsaron poco después a su propio descalabro quedaron tensos en su ser íntimo durante aquella visita al real de su victorioso subordinado ,8 .

Sin embargo, los éxitos de Alvarado habían sido harto costosos y los implacables mejicanos pudieron ofrecer al dios de la guerra buen número de víctimas españolas sin contar multitudes de auxiliares indígenas. Torquemada cuenta no menos de diez y ocho víctimas españolas de la fuerza de Alvarado y cincuenta y tres de la de Sandoval [\[452\]](#). Desde su campamento y barricadas, los españoles veían a sus infelices camaradas subir las gradas del Teocalli hacia la piedra del sacrificio y a los mejicanos, después de la ceremonia, distribuir los cuerpos como carne para los que los habían capturado. Este espectáculo tan horrendo para ellos era para los mejicanos una especie de comunión en honor de su victoria militar. Los sacerdotes, guardianes del calendario e intérpretes de las estrellas, mostraban los cuerpos de los blancos sacrificados como prueba tangible del éxito de sus armas en

aquel mes de Tecuilhuitontli, y en particular, en aquel aniversario del 30 de junio, día de la huida de los españoles por la misma calzada que ahora iba poco a poco conquistando y rellenando Alvarado.

Pero cuando los dioses se empeñan en descargar un desastre sobre los hombres, siempre pueden contar con que los hombres se prestarán a ayudarles. Cortés halló su real inquieto y conturbado, no por la resistencia de Guatemocín, sino por los éxitos de Alvarado. Los de Cortés estaban resueltos a llegar al Tianquiztli antes de que los de Alvarado les arrebatasen tal honor. A su vez los de Alvarado ejercían sobre su capitán una presión idéntica. Cortés procuraba ganar tiempo: «Yo disimulaba por todas las vías que podía -explica al Emperador-, por no lo hacer, aunque les encubría la causa, y esto era por los inconvenientes y peligros que se me representaban; porque para entrar en el mercado, había infinitas azoteas y puentes y calzadas rompidas, y en tal manera que cada casa por donde habíamos de ir estaba hecha como isla en medio del agua» 20 .

Pero al fin terminó por ceder. ¿Por qué? Sobre el haz de las cosas, cedió, desde luego, porque era hombre muy sensible a lo que hoy llamamos opinión pública, y también porque el portavoz de la opinión pública en esta ocasión era Alderete, a quien, como Tesorero Real, ponía cuidado en complacer. Pero aunque estos factores contribuyeron a su decisión, no la determinaron, pues Cortés era capaz de resistir la opinión pública, y aun solía hacerlo, ya abiertamente (como con motivo del segundo ataque a Méjico), ya por medios más tortuosos y maquiavélicos, como en numerosos incidentes y crisis de la conquista. Lo que determinó a atacar la ciudad fue sin duda la fuerte impresión que había hecho en su ánimo el avance notable de Alvarado y el consecuente temor de que su lugarteniente le arrebatase la gloria de la primera entrada.

Ello no obstante, supo dominarse, negándose a una competencia con su lugarteniente, y se puso a estudiar cuidadosamente un plan combinado entre los dos, dando instrucciones a Sandoval para que se trasladase con sus fuerzas a la calzada de Tacuba, dejando solo diez jinetes (con los auxiliares indígenas) en Tepeyac, con lo cual pudo Alvarado mandarle a él setenta a ochenta hombres. A impulsos de su tendencia política, nombró para uno de los mandos importantes al Tesorero Alderete, error por el que iba a verter lágrimas aquel mismo día. El ataque combinado tuvo lugar el domingo 30 de junio después de misa, y la orden suprema fue la de rellenar todos los puentes a retaguardia. El primer asalto alcanzó gran éxito. Sandoval y Alvarado llegaron al borde del Tianquiztli y las tres capitanías que mandaba Cortés alcanzaron igual victoria. Pero, en circunstancias que no resultan claras ni en Bernal Díaz ni en Cortés, se inició una retirada en la vanguardia, que degeneró en desastre por no haberse cumplido las órdenes de Cortés sobre el relleno de los puentes. La tropa había atravesado un corte sobre un puente improvisado con madera y cañas, que se encontraron destruido cuando la retirada lo hacía elemento de vida o muerte. Perecieron numerosos españoles muertos o ahogados y cayeron prisioneros muchos, pagando con su sangre aquel trágico error. Cortés que había acudido al lugar desde la retaguardia fue impotente para detener el torrente de los que huían: «Tened, tened, señores -les apostrofaba-, tened recio. ¿Qué es esto que así habéis de volver las espaldas?» [453]. Mientras voceaba, se vio rodeado de enemigos, herido en una pierna y apresado por varios guerreros mejicanos, vibrantes de felicidad ante la idea de poder ofrecer el corazón más valiente de todos ante Uitchilipochtli. Pero Cristóbal de Olea, el mismo soldado que ya le había salvado la vida en Xichimilco, cortó de un golpe con la espada la mano del mejicano que mejor asido tenía a Cortés y después de un rápido combate en el cual perdió la vida el fiel Olea, rompió Cortés el nudo de sus enemigos, evadiéndose del peligro de los hombres, de las aguas y del cieno. Ofreciéronle un caballo y saltando en silla se adentró en lo más espeso de la batalla [454].

El lúgubre redoble del tlapanhuehuetl o tambor sagrado, que los españoles conocían bien, vino a decirles que se estaba sacrificando a sus compañeros. Alvarado se batía corajudamente en retirada contra una turbamulta de guerreros mejicanos exaltados hasta el frenesí por las trompetas de Guatemala que sonaban lucha a muerte; algunos de ellos arrojaron a los cristianos las cabezas de cuatro españoles, que llevaban en la mano colgadas de la barba, gritándoles que habían muerto a Malinche. Los mejicanos que con furia no menor luchaban frente a Cortés lanzaron también a sus soldados cuatro cabezas de españoles, gritándoles que Alvarado y Sandoval habían caído muertos. Cortés, presa de honda emoción dejó a Olid el mando y envió a Tapia con tres jinetes por tierra a Tacuba, para saber la verdad. Sandoval entretanto, herido tres veces, y objeto del mismo espectáculo y análogas noticias por parte de los mejicanos, recibía en sus filas seis cabezas sangrientas de españoles y voces de que había muerto Malinche. Este empleo metódico del terror y de la falsa noticia prueba hasta qué punto era sistemático -así como heroico- el espíritu que Guatemocín había puesto en la defensa de la ciudad.

Después de haber extraído a sus tropas de la situación difícil en que se encontraban, Sandoval, dejando el mando a Luis Marín, «ansí herido y entrapajado como estaba», se echó al galope para ir a ver a Cortés. «Señor Capitán -preguntó al ver a Cortés-, ¿qué es esto? ¿Aquestos son los consejos y ardides de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desmán?». Cortés, que sentía por el joven capitán un afecto paternal le contestó, saltándosele las lágrimas de los ojos: «Oh hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, y no soy tan culpable en ello como me ponen todos nuestros capitanes y soldados, sino es el Tesorero Julián de Alderete a quien encomendé que cegase aquel paso donde nos desbarataron y no lo hizo, como no es acostumbrado a guerra ni aun a ser mandado de capitanes».

Protestó el tesorero pero Sandoval, dejando a su capitán herido discutir este punto con el culpable, volvió a Tacuba al galope de su caballo a tiempo para prestar ayuda a Bernal Díaz y a otros seis soldados españoles que, con el agua a la cintura luchaban por salvar un bergantín que habían hecho varar los mejicanos. Luego se batió en retirada, difícil no solo porque los mejicanos atacaban con valentía, volviéndole a herir dos veces, y todavía peor, hirieron a su caballo, sino también porque los soldados no querían obedecer las voces que les daba para que se retrajesen. «Por amor de mis hermanos queridos», les gritaba, queriendo decir Alvarado y sus jinetes, a la sazón en gravísimo peligro. Pudieron al fin retirarse. ¿Descanso? El tlapanhuehuetl vino otra vez a helarles la sangre con su lúgubre redoblar. Fenecía aquel día aciago, pero quedaba bastante luz flotando sobre los cielos ominosos para que Sandoval, Alvarado y sus tropas viesan a sus compañeros, tocados con plumas, obligados a bailar sobre la cumbre del Teocalli, y luego clavados a la piedra del sacrificio, y luego descuartizados al pie de las gradas ensangrentadas. Pero los mejicanos no pensaban en venganza alguna. Estaban celebrando tranquilamente la fiesta de la diosa Vixtocioatl, diosa de la sal, que caía en aquel mes [\[455\]](#).

Esta derrota, que por un capricho de la suerte ocurrió el día aniversario de la desastrosa huida de México, vino a ser uno de esos males de los que dice el proverbio que no lo hay que por bien no venga. Los mejicanos se habían apresurado a volver a abrir todos los cortes de las calzadas y habían enviado a los pueblos circundantes las cabezas de los caballos muertos caídos en su poder, como piezas elocuentes de propaganda. Pero, en parte quizá por fatiga, en parte por hambre, se abstuvieron de toda operación activa durante unos días, lo que permitió a los españoles prestar atención a sus heridas y a Cortés echar una ojeada de conjunto a la situación. Su primer pensamiento fue mejorar las armas de que disponía. La espada resultaba demasiado corta para aquella guerra anfibia [\[456\]](#). Hizo distribuir lanzas a la infantería, y en aquella sazón llegó a Veracruz de refugio un navio de la desastrosa expedición de Ponce de León a la Florida, trayéndole grato refuerzo de ballestas y pólvora [\[457\]](#).

Tácticamente, por tanto, su situación no era tan mala como a primera vista parecía. Estratégicamente, a pesar de la propaganda vigorosa de Guatemocín, el dominio de Cortés sobre todo el valle seguía intacto, pues aunque poco después de su derrota, el anuncio de que numerosos españoles y tlaxcatecas iban a perecer sacrificados a Uitchili- pochtlí produjo muchas deserciones en el real de Alvarado, es probable que fuesen de menor importancia de la que Bernal Díaz les concede [\[458\]](#), puesto que, mientras los españoles cuidaban sus heridas, Chichimecatecuhtli, a petición propia, dio un vigoroso asalto a la ciudad al mando de sus tlaxcatecas. Además, los de Cuernavaca y los otomíes vinieron precisamente en aquel momento a pedir socorro a Cortés para luchas locales, y Cortés, aun temblando por la seguridad de su propio ejército, tuvo el valor político y la sabiduría de mandar respectivamente a Tapia y a Sandoval con contingentes españoles para apoyar a sus amigos, viéndose recompensado con el regreso de sus dos capitanes victoriosos y la satisfacción de sus aliados indígenas [\[459\]](#).

Pero este período de descanso y recuperación no significaba tampoco una pasividad completa. «Porque los de la ciudad no tomasen más orgullo, ni sintiesen nuestra flaqueza, cada día algunos españoles de pie y de caballo, con muchos de nuestros amigos, iban a pelear a la ciudad, aunque nunca podían ganar más de algunas puertas de la primera calle antes de llegar a la plaza» [\[460\]](#). Estas expediciones se fueron haciendo cada vez más atrevidas y frecuentes, a medida que las tropas iban recobrando su salud y se iba rehaciendo el arsenal de Cortés. Pero bien se daba cuenta el general español de que eran necesarias medidas más vigorosas para vencer la tenaz resistencia de Guatemocín. Cortés llegó a la conclusión de que tendría que ir destruyendo la ciudad manzana a manzana a medida que la fuese conquistando, aunque le dolía hacerlo pues, dice al Emperador que era «la más hermosa cosa del mundo». A tal fin hizo llamar «a todos los señores y principales nuestros amigos» pidiéndoles que le mandasen labradores con sus coas, «que son unos palos de que se aprovechan tanto como los cavadores en España de azada» para ayudarle en esta obra de destrucción avanzando a retaguardia de sus soldados, y no le fue difícil obtener de los enemigos indígenas de Moteczuma aquel auxilio «para que la ciudad se asolase, lo cual todos ellos deseaban más que cosa del mundo» 29 .

Una celada dramática, cuidadosamente preparada por Cortés después de haber observado la avidez con la que perseguían siempre los mejicanos a cuantos jinetes españoles veían en peligro, culminó en el exterminio de quinientos de los más esforzados y valientes caudillos enemigos, «y aquella noche -escribe Cortés a Carlos V sin el menor temblor del pulso-, tuvieron bien que cenar nuestros amigos, [los auxiliares tlaxcatecas] porque todos los que se mataron tomaron y llevaron hechos piezas para comer» Jü . Tal fue el espanto y admiración de este desbarato que el prestigio de la caballería española subió de punto con gran detrimento del espíritu de los secuaces de Guatemocín, aunque no, como iba pronto a verse, del del caudillo mismo.

Una noche, llegaron hasta el real de los españoles, bajo el manto de la oscuridad, unos cuantos guerreros mejicanos, vencidos por el hambre. Los sitiados hacían todo lo posible por buscar alimento, yendo a pescar de noche o vagando como almas en pena en la oscuridad por la parte de la ciudad ya ocupada por los españoles, con esperanza de hallar raíces o yerbas que comer. Cortés mandó que se les persiguiese al alba, pero halló que era la parte más débil y miserable de los asediados, gentes sin armas, muchos de ellos mujeres y niños. Esta es una de las escenas más penosas que registra la vida de aquel hombre complejo, pues era sincero en su deseo de evitar todo el daño posible a la gente enemiga y, sin embargo, escribe al Emperador: «E fecimos tanto daño en ellos, por todo lo que se podía andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron más de ochocientas personas; e los bergantines tomaron también mucha gente y canoas que andaban pescando, y ficieron en ellas mucho estrago. E como los capitanes e principales de la ciudad nos vieron andar por ella a hora no acostumbrada, quedaron tan

espantados como de la celada pasada, y ninguno osó salir a pelear con nosotros; y así nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos» J1 .

Entretanto, se iban rellenando los cortes de las calzadas, labor de albañil para la que Cortés mismo daba el ejemplo llevando y trayendo tablones y tierra con sus propias manos. Día tras día, continuaba el sitio con arreglo a un programa constante: batallas, cierre de los cortes de la calzada durante el día, destrucción de las casas y edificios a derecha e izquierda de las calzadas y fortificación del camino hasta el límite de lo conquistado. Un día, la fuerza al mando de Cortés vio salir humo de las torres del Teocalli de Tlatelolco, y al punto adivinaron todos que lo habían tomado por asalto los de Alvarado [\[461\]](#). Aquel día debió sentir Cortés fuerte presión de sus soldados para que apretase el paso hacia adelante, pero aleccionado por la triste experiencia, y aunque solo le quedaban un puente y un canal para entrar en la plaza del mercado, se mantuvo fiel a la prosaica tarea de ir haciendo segura y sólida la calzada de acceso. Al día siguiente, sus tropas tuvieron la alegría de tomar contacto con la vanguardia de Alvarado ya dentro de la ciudad y Cortés entró a caballo en la plaza del mercado seguido de una escolta. La plaza estaba vacía, pero las azoteas circundantes estaban cuajadas de enemigos, que se mantenían a respetuosa distancia de los caballos. Los españoles subieron al Teocalli, donde hallaron numerosas cabezas de sus compañeros, que pudieron reconocer fácilmente, ofrecidas a Uitchilipochtli. «E yo miré desde aquella torre -escribe Cortés al Emperador- lo que teníamos ganado en la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete. E viendo que tanto número de gente de enemigos no era posible sufrirse en tanta angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas, y puestas cada una de ellas sobre sí en el agua, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles, acordé de los dejar de combatir por algún día y movelles algún partido por donde no pereciese tanta multitud de gente; que cierto me ponía mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacía, y continuamente les hacía acometer con la paz; y ellos decían, que en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase, había de morir peleando» [\[462\]](#).

Cortés trasladó su cuartel general y los de las otras capitanías al Tlatelolco * y desde aquel momento inicia un período oscilante, de ofertas de paz inspiradas por la compasión de ver las calles llenas de mujeres y niños hambrientos, e infestadas por la pestilencia de miles de muertos insepultos, a órdenes de guerra al ver que sus ofertas de paz, o se estrellaban ante el tesón del adversario, o se desvirtuaban por su astucia utilizándose como ardides para preparar algún nuevo ataque o celada. En esta sazón, tuvo harta dificultad en refrenar la crueldad de los daxcatecas para con sus enemigos los mejicanos, como más de una vez lo refiere al Emperador: «Muertos y presos pasaron de doce mil ánimas -escribe una de tantas veces-, con los cuales usaban de tanta crueldad nuestros amigos que por ninguna vía a ninguno daban la vida, aunque más reprehendidos y castigados de nosotros eran» 35 ; y también: «aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil ánimas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrase el corazón; e ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni ficiesen tanta crueldad que no en pelear con los indios; la cual crueldad nunca en generación tan recia se vio ni tan fuera de todo orden de naturaleza como en los naturales de estas partes» 36 .

*

Para evitar mayores sufrimientos, y sin duda también para salvar el tesoro que sabía estar todavía en manos de Guatemocín 37 , Cortés hizo lo posible por obtener la rendición de la ciudad, pues tal es el sentido en que hay que comprender su expresión «ofertas de paz». No ansiaban este resultado sus

tropas menos que él. Aun los más bravos de sus soldados tenían que recurrir a todas las fuerzas de su espíritu para resistir a los espantosos espectáculos que un enemigo tan artero como cruel les imponía a diario, y el propio Bernal Díaz, con delicioso candor, confiesa el angustioso temor a la muerte que le sobrecogía el corazón al contemplar a sus compañeros sacrificados a Uitchilipochtli: «En aquella sazón, presumía de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación. Cosa era que había de hacer lo que los más osados soldados eran obligados. Y como cada día vía llevar a sacrificar mis compañeros, y había visto cómo les aserraban por los pechos, y sacalles los corazones bullendo, y cortalles pies y brazos y se los comieron a los sesenta y dos que he dicho, e de antes habían muerto diez de los nuestros compañeros, temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para me llevar a sacrificar y quiso Dios que me escapé de su poder; y acordándoseme de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán que cantarillo que muchas veces va a la fuente etc., y a este efecto, siempre desde entonces temí la muerte más que nunca, y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y ayunaba una vez o dos, y encomendándome a Dios y a su bendita Madre y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba aquel pavor» 38 .

Era Bernal Díaz bastante valiente para permitirse esta confesión, y los que le rodeaban eran casi todos de un espíritu no menor; pero la prueba a que tenían que someterse a diario era espantosa, y para hacer frente a ella, los víveres escasos y medianos, el descanso precario y corto, roto a cada momento por ruidos, alertas, fuegos, y de todos modos siempre terminado al alba cuando los batallones de los madrugadores mejicanos comenzaban su ciclo diurno de agresiones. Ya habían podido instalarse los españoles en el Tlatelolco, pero esta ventaja les costaba cara, pues tenían que pagarla con el tormento de la pestilencia que causaban los miles de muertos insepultos que yacían hacinados en calles, plazas, azoteas y edificios. Era, pues, natural que reinase entre los sitiadores un ardiente deseo de paz.

¿Pero y los sitiados? El relato de Cortés parece indicar que el obstáculo más fuerte a la rendición era el propio Guatemocín; pero Cortés, hombre de acción, inclinado a la sobriedad de estilo, claro, clásico y cauto, suele a veces simplificar en exceso situaciones que hallamos más fielmente descritas en el pintoresco desorden de la crónica de Bernal Díaz. Cortés había enviado a Guatemocín a tres prisioneros de guerra, hombres de calidad para negociar la paz. Estos tres emisarios fueron al campo mejicano aterrados por su misión, por conocer la firme decisión de su caudillo de negarse a hablar de paz con los españoles, y presentaron su embajada con los ojos arrasados de lágrimas; pero Guatemocín, después de haber dado muestras de gran indignación, convocó al Consejo de Guerra, pues dice Bernal Díaz, «según después alcanzamos a saber, tenía voluntad de hacer paces» [\[463\]](#). Valiente en los consejos como lo era en la guerra, el joven Uei Tlatoani expuso a sus capitanes y sacerdotes el estado de la situación y la argumentación que cabía hacer en pro de la paz; los bergantines mandaban en la laguna, los jinetes cabalgaban por toda la ciudad; no había víveres ni agua y los muertos se pudrían en las calles. Pero el Consejo no fue de su opinión, arguyendo que los blancos les harían esclavos y les atormentarían para sacarles el oro y que más valía morir. «Pues que ansí queréis que sea -exclamó Guatemocín medio enojado-, guardad mucho el maíz y bastimento que tenemos y muramos todos peleando; y desde aquí adelante, ninguno sea osado a demandarme paces, si no, yo le mandaré matar» [\[464\]](#).

Esta escena explica la actitud de los sitiados frente a las ofertas de paz que reiteradamente les hizo Cortés. Un día vinieron a Cortés unos españoles con gran júbilo para decirle que unos mejicanos, al parecer principales, deseaban hablarle desde una albarrada. Cortés acudió al instante, pero no oyó oferta de paz, sino un llamamiento apasionado de sus desesperados enemigos: «Os tenemos por hijo

del sol -exclamó el portavoz de los mejicanos- y el sol en tanta brevedad como es un día y una noche da vuelta a todo el mundo. ¿Por qué así brevemente no acabáis de matarnos quitándonos de penar tanto, pues que tenemos deseo de morir?». Cortés les exhortó a la paz, pero no consiguió hacer mella en su ánimo indomable [\[465\]](#).

Esta escena le impresionó tanto que decidió enviar a Guatemocín otra oferta de paz, confiada a uno de sus prisioneros de más prestigio. Fiel a su palabra, Guatemocín lo sacrificó a Uitchilipochtli, replicando a la oferta de paz con un asalto vigoroso a las posiciones cristianas que costó a los españoles un caballo y a los mejicanos muchos guerreros [\[466\]](#). Al día siguiente, Cortés se adentró en la parte de la ciudad donde todavía se resistían los mejicanos, pero dio órdenes de no combatir, con la esperanza que el enemigo se rindiera. Se acercó a caballo a una albarrada y llamó a unos capitanes mejicanos a quienes explicó que estaba en su mano exterminarlos a todos en el espacio de una hora, pero que no quería llegar a tal extremo, y así les rogó que le trajesen a Guatemocín, prometiéndoles que no se le haría daño alguno ni al Uei Tlatoani ni a sus súbditos: «Y pasé con ellos otras razones que los provoqué a muchas lágrimas, y llorando me respondieron que bien conocían su yerro y perdición, y que ellos querían ir a hablar a su señor, y me volverían presto con la respuesta, y que no me fuese de allí». Volvieron los mejicanos, explicando que ya aquel día era tarde, pero que al día siguiente a mediodía vendría Guatemocín a hablar a Cortés en la plaza del mercado. Con su atención usual para con los menores detalles, Cortés mandó hacer un estrado en medio de la plaza para recibir dignamente a su adversario, y también que le tuviesen aderezado de comer. Pero aunque él acudió a la cita, no sin tomar precauciones por si se trataba de una celada. Guatemocín no se presentó, enviando en su lugar a cinco mensajeros con varias excusas juntas para cubrir su ausencia. Cortés los recibió afablemente, les dio de comer y los mandó a Guatemocín con víveres para él y otro amistoso requerimiento para una entrevista, y los emisarios retornaron a Cortés con un presente de mantas y una promesa de que al día siguiente vendría seguramente a verle el propio Guatemocín. Pero llegó el día siguiente, acudió Cortés a la cita, y Guatemocín volvió a faltar 45 .

Agotada la paciencia. Cortés dio órdenes para el ataque final. Durante uno de los asaltos que entonces se iniciaron, Bernal Díaz y otros soldados de la capitania de Alvarado se apoderaron de un Teocalli de barrio, en donde hallaron una fila de cabezas de españoles sacrificados, «y tenían los cabellos y barbas crecidas mucho mayor que cuando eran vivos y no lo habría yo creído si no lo viera» [\[467\]](#). Espectáculos tales y aún peores que se les ofrecían a diario, así como el hedor insoportable de los muertos, hacía imperioso el rendimiento de la ciudad por la fuerza. Guatemocín se había trasladado a la laguna, instalándose en una canoa. Apenas quedaba ya sitio en la parte de la ciudad todavía por conquistar para que los miserables sitiados arrastrasen su desmedrada vida en la compañía pestilente de sus propios muertos.

El 13 de agosto de 1521, Cortés lanzó el último ataque de aquel sitio tesonero comenzado a fines de mayo. Alvarado dirigía el ataque desde Tacuba; Cortés desde la calzada principal, la de Iztapalapa; Sandoval desde el agua. Aun en aquel último momento, Cortés intentó salvar lo que quedaba de Méjico del último desastre que le esperaba, a manos de miles de fieros tlaxaltecas: subió a una azotea y se dirigió con palabras de paz a sus enemigos. El Ciuacoatl en persona le contestó que Guatemocín no vendría ante Cortés en ninguna manera, antes bien quería morir. «Vuélvete a los tuyos -replicó Cortés- y preparaos para morir» [\[468\]](#).

Se llenaron las calles de naturales no combatientes que huían en bandadas hacia el real de los españoles y Cortés tuvo que colocar soldados suyos en las encrucijadas para impedir que los

tlaxcatecas les diesen muerte, a pesar de lo cual, escribe al Emperador, «no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel día no mataron y sacrificaron más de quince mil ánimas» [\[469\]](#).

El rápido avance de los dos ejércitos españoles obligó a los restos de la guarnición a refugiarse en las canoas, y Sandoval, que lo observó al punto, puso a sus bergantines en persecución de los fugitivos dando órdenes de que se procurase coger a Guatemocín y de que se le tratase bien. Uno de los maestros, García Holguín, observó una canoa algo distinta de las demás, y como sus ballesteros se aprestaban a disparar, vio que los mejicanos hacían señas, apuntando al Uei Tlatoani que iba a bordo. Así quedó apresado Guatemocín, provocando violenta discusión entre Sandoval y García Holguín sobre quién tenía derecho a llamarlo su prisionero. Cortés cortó el debate reclamándolo al instante.

Al borde de la laguna, Cortés aguardaba a su real prisionero, que desembarcó entre Sandoval y García Holguín, seguido de numeroso séquito. Guatemocín se inclinó ante Cortés con profunda reverencia. Cortés le abrazó y le hizo sentarse a su lado. «Malinche -dijo a su vencedor el vencido-, he hecho todo lo que de mi parte era obligado para defenderme a mí y a los míos, hasta venir en este estado. Ahora haz de mí lo que quieras». Echó mano a un puñal que llevaba Cortés y dijo: «Dame de puñaladas y mátame», y el desdichado rompió a llorar. Cortés le contestó «muy amorosamente» que por haber sido valiente y defendido su ciudad tenía en mucho más su persona, aunque hubiera deseado evitar tanta destrucción y tanta muerte, y que pues ya era pasado lo uno y lo otro, descansase su corazón y el de sus capitanes. Preguntóle dónde estaba su mujer y las demás señoras, las hizo buscar y atender, y luego, como comenzase a llover, los llevó a todos a su cuartel general en Cuyoacán [\[470\]](#).

Quedaron los soldados solos y entonces sintieron caer sobre ellos un silencio abrumador, como si, de súbito, se hubiesen quedado sordos. Llevaban noventa y tres días en estrépito continuo de explosiones, llamadas al arma, órdenes, golpes, gritos de las víctimas, y el lúgubre redoble del tambor sagrado; y de un solo golpe todas aquellas vociferaciones estentóreas de Vichilobos, el feroz dios de la guerra, habían caído en el silencio. La paz les colgaba de las manos ociosas y les abrumaba el pecho con su quietud. Los soldados españoles se quedaron solos con sus pensamientos en las aulas silenciosas de sus almas [\[471\]](#).

El conquistador conquistado por su conquista

Aquella noche debió de ser para Cortés la primera de verdadero descanso desde que había tendido el ánimo hacia la conquista de Méjico. Pero no lo sería de satisfacción honda y sin mezcla. Había perdido a muchos amigos, y la sinceridad de su dolor se trasparentea aun en los informes prácticos y positivos que manda al Emperador, como cuando relata la muerte de un mancebo criado suyo que se decía Cristóbal de Guzmán, «la muerte del cual puso a todo el real en tanta tristeza que fasta hoy está reciente el dolor de los que lo conocían». Había tenido que ir además endureciendo sus sentimientos al tolerar el canibalismo de sus auxiliares indígenas, él que había comenzado la conquista como una cruzada contra los sacrificios humanos. Se había visto obligado a destruir aquella hermosa ciudad que un día soñara conquistar a fuerza de arte político y de ciencia maquiavélica. Había visto compañías enteras de sus soldados sacrificadas a Vichilobos. Había tenido que abrirse paso hacia la victoria por entre montones de cadáveres... Cortés no era hombre para gozar de un triunfo comprado a tal precio. En la noche de su segunda conquista de Méjico, debió de soñar con añoranza en aquella su primera conquista, en que bañado en el esplendor de oro y plumería que rodeaba a Moteczuma, y entre nubes de incienso de copal, había encamado al dios de la Serpiente Alada.

Tuvo la suerte de que viniera a salvarle de la tortura de la introspección el vigoroso apetito de acción que animaba en su alma, solicitado además por las múltiples tareas que su propia conquista le iba creando. Su primer cuidado fue el de sanear la ciudad caída, dando instrucciones a Guatemocín para que hiciese reparar los acueductos y enterrar a los muertos primero, y después reparar las calles y puentes y reconstruir las casas; hecho lo cual ordenó al pueblo que retornase a sus hogares en el espacio de dos meses, dejando libres ciertas zonas para los españoles [\[472\]](#). Después de debatir con sus capitanes y soldados dónde habría de hacerse la nueva ciudad de las lagunas se decidió en favor de la misma Tenochtitlán, «que era cosa tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha fecho»; hizo en persona la reparación de los solares y nombró alcaldes y regidores «en nombre de Vuestra Majestad, según en sus reinos se acostumbra», y pocos meses más tarde tenía la satisfacción de poder escribir al Emperador: «la dicha ciudad de Temixtitán se va reparando; está muy hermosa; y crea Vuestra Majestad que cada día se irá ennobleciendo en tal manera que, como antes fue principal y señora de todas estas provincias que lo será también de aquí adelante» [\[473\]](#).

Esta labor constructiva y creadora le compensaba de los disgustos mezquinos que a cada momento le producía la hora del botín, siempre triste para los hombres. Guatemocín vino a quejarsele de que los soldados españoles habían robado a muchos mejicanos sus mujeres y sus hijas. Cortés le dio al instante poderes para que registrase los tres campamentos españoles a fin de recobrarlas. Cuenta Bernal Díaz que se encontraron las mujeres robadas, pero que, salvo tres de ellas, todas prefirieron quedarse con sus captores, lo que apenas parece creíble. Pero el botín humano era mucho más fácil de distribuir que el oro. Había llegado la hora por la que sus hombres venían luchando, la hora que iba a elevarles de la pobreza y de la vida dura a la riqueza y al bienestar. En la economía elemental de aquel tiempo, y quizá de todos los tiempos para los hombres de presa, el símbolo de la riqueza era el oro, y con el oro todos soñaban. Había ofrecido Cortés un banquete a sus tropas para celebrar la victoria, «y para ello tenía ya mucho vino de un navio que había venido de Castilla al puerto de la Villa Rica, e tenía puercos que le trujeron de Cuba». Bernal Díaz critica esta fiesta con alguna severidad, no solo

porque no había asientos y mesas puestas más que para la tercera parte de los convidados, sino también «por muchas cosas no muy buenas que en él acaescieron»; y en su manuscrito hay un largo párrafo, después tachado, en el que desarrolla con algún detalle las causas de su censura: «Y también por questa planta de Noe hizo a algunos hacer desatinos; y hombres hobo en él que anduvieron sobre las mesas después de haber comido, que no acertaban a salir al patio; otros decían que habían de comprar caballos con sillas de oro; y ballesteros también hobo que decían que todas las saetas y gujaderas que tuviesen en su aljava, que las habían hacer de oro de las partes que les habían de dar» 4 . Esta escena, que pinta Bernal Díaz con el entrecejo fruncido, ilumina el mundo subterráneo de deseos sencillos y de ambiciones ingenuas que rodeaba a Cortés en la hora de su triunfo.

Pero no era solo la ambición sencilla y descarada de sus tropas ansiosas de bienestar y riqueza lo que entonces vino a complicar su situación, ya que siempre se había revelado capaz de bandear los temporales que agitaban a su compañía, mediante una mezcla sagaz de táctica democrática y de don de mando. También tenía entonces al codo la mano ávida y entrometida del Tesorero Real, Alderete, velando por el quinto que correspondía al Rey, y sin duda también por la parte no oficial pero sí efectiva que de hecho era menester pagar a los altos funcionarios de la Corona de cuya buena voluntad dependía todo. Era además Alderete uno de los secuaces y hechuras de Fonseca⁵ y por lo tanto andaba siempre ojo avizor atento al menor error de Cortés. Todos estos factores tenían que pesar en el ánimo del adalid, que aunque victorioso, no había alcanzado todavía del Rey la aprobación explícita de sus actos y en particular que lo absolviese de su sublevación contra Velázquez, pecado original de su vida histórica.

Así se explica el procedimiento solemne y formalista que siguió para recobrar el tesoro que había dejado en Méjico el día de su derrota y huida. El ejército entero de los españoles, con todo concierto y orden se puso en marcha; venía detrás Guatemocín, llevando a derecha e izquierda a los reyes de Tetzcuco y Tacuba y seguido de la Mujer-Serpiente y de numerosos caudillos mejicanos. Principales mejicanos y capitanes españoles se reunieron en el palacio de Coyohuehuetzin, única morada bastante rica y amplia que quedaba para alojar a tal asamblea; se habían cubierto las azoteas con toldos de ricas cortinas y tapices y se había erigido un dosel para Cortés. El conquistador hizo sentar a Guatemocín a su derecha y a los otros dos reyes a su izquierda; la azotea estaba cuajada de españoles y de mejicanos. Al lado de Cortés, en pie, Doña Marina.

La primera pregunta que se hizo al Rey fue: ¿qué ha sido del tesoro perdido por los españoles el año pasado? Al instante trajeron los mejicanos gran cantidad de oro y de joyas que depositaron en medio de la azotea, ante los ojos, bien abiertos por el cuidado y por el asombro, del Tesorero Real. Pero aunque mucho, era menos de lo que había quedado, y Cortés pidió con insistencia que se trajese lo que faltaba. Los mejicanos explicaron que lo que faltaba había ido desapareciendo durante el sitio, ya por agua ya por tierra. Mas los españoles no se contentaron con la gran riqueza que tenían a la vista, pensando en la riqueza todavía mayor que a su vista se ocultaba. Por entonces, sin embargo, pretirieron aguardar; y la asamblea terminó con un examen de los métodos en uso en el Imperio azteca para cobrar tributo de las provincias a fin de sostener los gastos del Estado. Cortés anunció a la asamblea su decisión de dividir la provincia de Tenochtitlán, dejando a Guatemocín al mando de la mayor parte, pero dando el de Tla-telolco a un principal llamado Ahuelitoczin, que adoptó más tarde el nombre de Donjuán

Cortés comenzó por apartar todas las joyas y demás piezas con valor artístico destacado y obtener consentimiento de todos sus compañeros para que se enviasen al Rey como regalo especial que llevarían los procuradores de los Municipios de la Nueva España

^[2] . El resto se fundió dando un valor de oro de ciento treinta mil castellanos, el quinto de lo cual se entregó a Alderete; Cortés tomó su quinto; hubo las reclamaciones usuales por parte de los que habían perdido caballos (no sin derecho, si se considera el alto valor, tanto militar como económico, que un caballo tenía en la conquista) y finalmente la parte del soldado de filas quedó reducida a ochenta pesos para los jinetes y sesenta o cincuenta para los peones.

Este resultado tan mezquino produjo hondo disgusto, creando dos corrientes de oposición muy amenazadoras contra Cortés: uno venía del soldado de filas, podrido de deudas, pues las ballestas le costaban a cincuenta y a sesenta pesos, y una espada valía cincuenta, amén del dinero que le llevaban los cirujanos, un maestro Juan, «que curaba algunas malas heridas, y también un medio matasanos que se decía Murcia, que era boticario y barbero»

^[3] ; pues no todos los heridos tenían la sabiduría de contentarse con llevar sus heridas a Isabel Rodríguez, excelente mujer que las lavaba con agua, las ataba, y las bendecía en nombre de la Santísima Trinidad, curándolas así mucho más a prisa que el matasanos despachaba a los suyos al otro mundo

^[4] .

Más peligrosa todavía era la corriente de oposición creada por Alderete, a quien apoyaban las facciones de Narváez y Fonseca en el ejército de Cortés, y que señalaban la lenidad de Cortés para con Guatemocín como prueba de colusión entre ambos sobre la ocultación del oro que faltaba. Cortés no tenía por costumbre ejecutar a sus enemigos vencidos, como lo prueba su actitud generosa para con Xicotencatl el Chico y para con el propio Narváez, y aun, habida cuenta de las normas de su tiempo, para con Cacamatzin. Era pues natural que, ya libre de todo cuidado en cuanto a su dominio sobre Méjico, permitiese a Guatemocín ir y venir en libertad, al menos aparente, y hasta que le otorgase cierta autoridad nominal sobre Tenochtitlán. Pero al nacer en las filas de la facción Fonseca-Narváez entre sus tropas la sospecha de que Guatemocín ocultaba el tesoro de Moteczuma, esta actitud generosa de Cortés tomaba un cariz peligroso para él, y el sagaz caudillo se dio cuenta de este aspecto de las cosas en cuanto Alderete le requirió públicamente a que diese tormento a Guatemocín a fin de obligarle a declarar la verdad sobre el tesoro desaparecido.

Sin embargo, Cortés daba largas y sobre las paredes blancas de su residencia en Coyuacán, comenzaron a aparecer escritos al carbón, ya en prosa ya en verso, a manera de pasquines. «Más conquistados de Cortés que conquistadores de la Nueva España», decía uno, y otro: «No le basta el quinto como general y quiere el quinto del Rey». Aun la prosa pudo haber pasado, todo lo más quizá con un ademán despectivo del labio superior y un hinchársele las venas de la garganta y de la frente, que, como había observado Bernal Díaz, era en él signo seguro de ira ¹⁰ ; pero aquellos versos maliciosos le tentaron en su flaco como hombre tan hábil en el manejo de la pluma como en el de la espada; y cuando salía de su aposento por las mañanas y los leía, «como Cortés era algo poeta, respondía también por buenas consonantes y muy a propósito». Ya se adivina que con este estímulo se avivó cada vez más el duelo de carbón sobre yeso y se fueron haciendo «más desvergonzados los metros e motes que ponían» hasta que Cortés, todavía polemista, no todavía caudillo, escribió en la pared: «Pared blanca papel de necios»; y amaneció al día siguiente: «y de sabios y verdades, e Su

Majestad lo sabrá de presto». Finalmente, Cortés se vio precisado a poner coto a aquella «campana de prensa» con un acto de autoridad.

Pero el incidente le debilitó todavía más para resistir la presión de Alderete y al fin consintió en que se diera tormento a Guatemocín y al rey de Tacuba, quemándoles los pies. Escena que ha dado la vuelta al mundo en relatos más dramáticos que exactos. Créese, a base de Gomara y otros, que el rey de Tacuba, quebrantado en el tormento, dirigió a Guatemocín una mirada de súplica a lo que Guatemocín exclamó: «¿Estoy yo en algún deleite o baño?». El perfil de lo ocurrido no fue tan claro como este cuento sugiere, pues consta que, aunque el tormento de los dos reyes no bastó para revelar dónde se hallaba oculto el tesoro de Moteczuma, Guatemocín dejó caer nuevas indicaciones que permitieron el descubrimiento de algunas piezas de sumo valor, y en particular de un disco de oro, «sol» o calendario, que se halló en el fondo de una alberca en el jardín de su propia casa. Este descubrimiento y otros de menor valor debieron de contribuir a limpiar a Cortés de toda sospecha ante los ojos de los malpensados de su tropa.

No cabe duda del desagrado de Cortés al tener que inflingir tal indignidad a Guatemocín. «Cortés -escribe Torquemada- contradecía afirmando que no convenía irritar a Dios que les había dado tan gran victoria». Pero Alderete «le imputaba que había escondido aquellas riquezas y abiertamente le pedía que le hiciese dar el tormento; y con insolencia lo solicitaba por ser criado de Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos, Presidente del Consejo de las Indias, a quien Fernando Cortés no tenía por amigo». Añade además Torquemada que «Cortés mandó quitar a Quauhtemoc del tormento, con imperio y despecho, teniendo por cosa inhumana y avara tratar de tal manera a un rey».

Esta versión concuerda perfectamente con lo que sabemos por Bernal Díaz y otros cronistas y nos permite apreciar la parte que corresponde a Cortés en este sórdido episodio. Su disgusto venía primero por haber obrado no como hubiera querido sino como venía obligado a hacerlo por la flaqueza de la situación en la que se encontraba, pues por faltarle todavía la unción de la autoridad real, era un gigante con pies de arcilla. Pero cometeríamos un anacronismo moral si imaginásemos que su disgusto ante el tormento de Guatemocín surgía de una sensibilidad humana que es más de nuestro tiempo que del suyo, pues de ser así, se hubiera adelantado a su época de un modo inexplicable. Su disgusto no procedía de que aquella acción a la que había consentido fuera censurable según nuestras normas, sino de que lo era según las normas de su siglo, aunque vivía en una época en que toda Europa consideraba el tormento como cosa común y corriente. Lo que le causaba ira y humillación no era el dolor físico del tormento, sino la ofensa hecha al Rey y la que de rebote recaía sobre su propio nombre. De aquí el despecho de que habla Torquemada, y que ha de contarse como uno de los pasos de su calvario -de aquel calvario que iba entonces a empezar para él

▣

.

*

Mas no imaginamos tampoco a Cortés como a un hombre por encima de toda ambición material. Ya en su juventud había predicho que comería al son de trompetas o moriría en la horca. En todas las crisis que atravesó por el disgusto de sus soldados al reparto del botín, hubo por parte de la tropa un elemento de resentimiento justificado, puesto que era evidente que Cortés se quedaba para sí con el quinto del botín. A nuestros ojos, tenía indudable derecho a hacerlo: conocemos su grandeza bastante bien para saber que era hombre que haría fructificar el oro incomparablemente mejor que los soldados

humildes que lo jugaban a los naipes o se lo bebían en vino. Pero aquellos soldados humildes que habían luchado por él hubieran sido nobles hasta lo sobrehumano si no hubieran padecido amargura de corazón al contemplar el esplendor regio en que vivía el general, cuando todo lo que se les daba en parte del botín no alcanzaba el precio de una ballesta o de una espada. Cortés era ambicioso, es decir, sediento de poder; conocía pues el valor del oro como instrumento de poder, y como tal lo deseaba.

Hay un episodio en su victoria que prueba que, aun generoso como lo era para sus hombres, sabía salvaguardar sus propios derechos en cuanto a honores. García Holguín y Sandoval habían venido a él para que les resolviese su querrela sobre quién de ellos tenía derecho a llamarse vencedor de Guatemocín. «Cortés -cuenta Bemal Díaz- les contó un cuento que los romanos tuvieron otra contienda ni más ni menos questa, entre Mario y Comelio Sila, y fue cuando Sila trujo preso a Yugurta, questaba con su suegro el rey Bocos; y cuando entraban en Roma triunfando de los hechos y hazañas que hacían, pareció ser Sila metió en su triunfo a Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le había de meter sino él»; declaró entonces Cortés que llevaría el caso ante el Rey para averiguar quién de los dos capitanes recibiría el honor de inscribir el hecho en sus armas; pero como apunta Bernal Díaz agudamente, sin más comentario, Guatemocín fue uno de los siete reyes cuyas cabezas figuraron en las armas del propio Cortés, por concesión expresa de Carlos V [\[474\]](#).

*

Cortés se puso a gobernar el país que había conquistado, comenzando por establecer un programa de exploración y conquista como consecuencia de su dominio de la capital. En esta tarea, puso toda su energía infatigable, estimulada por la necesidad de tener a su tropa ocupada y lejos de Méjico.

Estas expediciones abrían siempre ante sus soldados perspectivas de más botín, esperanzas, por lo tanto, de compensaciones futuras a pasados desengaños; pero además tenía para Cortés otro interés más hondo y más permanente que el meramente militar, pues le permitían ir estableciendo la base económica de su dominio sobre aquel país, desde el doble punto de vista del mantenimiento de la población en general y del acopio de ciertas materias primas esenciales. El oro y la plata eran desde luego objeto cuidadoso de su atención; pero también pensaba en el cobre para el bronce de sus cañones y en el azufre para la pólvora. Mediante una alza juiciosa en el valor de trueque del cobre, consiguió reunir bastante para fundir unas culebrinas, pero andaba muy escaso de estaño para transformar su cobre en bronce y este problema le preocupó algún tiempo. Consiguió hacerse con ciertas cantidades de metal, comprándoselo a alto precio a personas que tenían vajillas de estaño; pero tuvo la suerte de que llegase a su conocimiento que en la provincia de Taxco circulaban monedas de estaño y al instante mandó allá a obreros y maestros españoles que no solo dieron con los yacimientos sino que descubrieron también unas minas de hierro^{1}}.

Las aventuras de Montano y de Mesa, dos artilleros que mandó al Popocatepetl a buscar azufre merecen un lugar preeminente en los anales de la exploración

[iii](#). Cortés les persuadió a que hiciesen la ascensión del volcán y la exploración del cráter con el argumento, para él sencillamente irrefutable, de que los que había enviado antes (se refería a la expedición de Diego de Ordás) se habían vuelto sin conseguir su objeto «como si hubiese cosa en el mundo tan dificultosa que hombres de seso y esfuerzo no la puedan acabar». ¿Quién expresó jamás de moda más claro y con más erguida voluntad el espíritu del renacimiento humanista?

Pero, si bien tan atento como el que más al valor de los metales, Cortés tenía un sentido general y orgánico de la economía, y desde la primera hora se ocupó de la tierra y de la agricultura, lo mismo que cuando joven granjero en Cuba, y aun antes en Santo Domingo, había sido el primero en guiar a la colonia hacia formas de explotación agropecuarias nuevas en el país. Debemos a Bernal Díaz el relato de los esfuerzos que hizo Cortés para indicar el camino de la verdadera economía a sus soldados obsesos por el oro: «En los libros de la renta de Montezuma mirábamos de donde le traían los tributos del ora y donde había minas y cacao y ropa de mantas, y de aquellas partes que víamos en los libros y las cuentas que en ellos tenía Montezuma que se lo traían, queríamos ir [...] Y como víamos que en los pueblos de la redonda de México no tenían ni oro ni minas de algodón, sino mucho maíz y magueyales de donde sacaban el vino, a esta causa la teníamos por tierra pobre y nos fuimos a otras provincias a poblar, y todos fuimos muy engañados. Acuérdomé que fui hablar a Cortés que me diese licencia para ir con Sandoval y me dijo: “En mi conciencia, señor Bernal Díaz del Castillo, que vivís engañado, que yo quisiera que quedárades aquí conmigo; mas es voluntad de ir con vuestro amigo Sandoval, id en buena hora. Yo siempre terne cuidado de lo que se os ofreciere, más bien sé que os arrepentiréis por me dejar”.» 16 .

Tenía, pues, idea clara de lo que había que hacer: desarrollar la riqueza natural de la tierra. Para ello, era menester dar concesiones de tierra a los conquistadores, así como a los principales de entre los indígenas; y también hallar una solución general al problema de la mano de obra. La distribución de tierra a los conquistadores fue el primer acto cívico de los nuevos cabildos o municipios que se iban creando. Una ciudad era ante todo un cabildo, es decir, un Estado en miniatura hecho a imagen y semejanza del Estado español. Cortés creó varias ciudades en el período que siguió inmediatamente a la victoria y en particular las de Méjico en Tenochtitlán, Medellín en Guajaca y otra Segura de la Frontera que creó en Tututepec. En cada una de ellas se distribuyeron solares urbanos y fincas campestres a los conquistadores. En Méjico, los mejores solares fueron para Cortés, Alvarado, Sandoval y otros capitanes 17 .

También se distribuyeron extensas y valiosas fincas a personas de viso entre los mejicanos. Cortés ha dejado una clara definición de su política a este respecto, que arroja no poca luz sobre sus ideas económicas. Explica al Emperador el empeño que había puesto siempre en que se reconstruyese rápidamente la ciudad de Méjico, a cuyo fin había confiado a la Mujer-Serpiente la tarea de hacer retornar a los indígenas a la ciudad destruida por el sitio, y añade: «Y para que más autoridad su persona tuviese, tórnele a dar el mismo cargo que en tiempo del Señor tenía, que es Ciguacoat, que quiere tanto decir como Lugarteniente del Señor; y a otras personas principales, que yo también así mismo de ante conocía, les encargué otros cargos de gobernación de esta ciudad, que entre ellos se solían hacer; y a este Ciguacoat y a los demás les di Señoría de tierras y gente en que se mantuviesen, aunque no tanto como ellos tenían, ni que pudiesen ofender con ellos en algún

cristiano, que caía en sus manos al azar de los encuentros veleros, y a buen seguro que no faltaban entre los soldados de Cortés quienes tuviesen parientes, hermanos quizá, esclavos en África. Una victoria ganada tan duramente, contra un pueblo mucho más «infiel» que moros o turcos debió de haber arrastrado como consecuencia normal la esclavitud para todos los mejicanos, y solo el prejuicio o la incapacidad para acomodar nuestra visión histórica a la perspectiva de aquel siglo pueden explicar que haya dejado de verse hasta ahora la grandeza de Cortés ante este problema. En efecto; no hay más que una razón para que, con excepción de un número relativamente corto de prisioneros que se

marcaron a fuego como esclavos, la caída de Méjico no hubiese arrastrado la pérdida de la libertad para todos los vencidos. Cuando Fernando el Católico tomó a Málaga, después de un sitio largo y duro, pero que no puede compararse con el de Méjico, el Rey muy católico condenó a esclavitud a toda la población de la ciudad vencida 19 . ¿Por qué adoptó Cortés una política distinta? Porque era un hombre distinto y más grande que Fernando el Católico.

Con todo sus guerras habían producido cierta cantidad de esclavos que contribuían, por lo menos como un paliativo, a resolver el problema de la mano de obra. Pero precisamente por ser tan pocos, la esclavitud no podía considerarse como una solución general de este problema. Cortés se resistía a adoptar una forma cualquiera de trabajo obligatorio para los naturales, pues según explica al Emperador «como los naturales de estas partes eran de mucha más capacidad que no los de las otras islas, que nos parecían de tanto entendimiento y razón cuanto a uno medianamente basta para ser capaz; y que a esta causa me parecía cosa grave por entonces compelerles a que sirviesen a los españoles de la manera que los de las otras islas, y que también cesando aquesto, los conquistadores y pobladores de estas partes no se podían sustentar». Le recuerda entonces que ya había propuesto se socorriese a los conquistadores con las rentas de la Corona que producía la Nueva España; y luego pasa a pintar el cuadro de la situación que le lleva a resignarse a una solución semejante al repartimiento, de que tenía experiencia desde sus días de Cuba y Santo Domingo: los numerosos gastos de la Corona; los largos servicios y las deudas de los conquistadores; la dilación que inevitablemente produciría el tener que esperar una solución dada por la metrópoli; «y sobre todo, la mucha importunación de los oficiales de Vuestra Majestad y de todos los españoles, y que ninguna manera me podía excusar». Estas son las causas por las que se declara al Emperador «casi forzado» a depositar a los naturales en manos de los españoles. Vocabulario nuevo. Ni repartimiento ni encomienda, sino depósito, con lo que quiere decir que los naturales «sirvan y den a cada español a quien estuvieran depositados lo que hobieren menester para su sustentación»

iii

Cortés defiende este plan como un mal menor; pues por un lado declara explícitamente que se ve «casi forzado» a adoptarlo, mientras que por otro arguye que lo adoptó «con parecer de personas que tenían y tienen mucha inteligencia y experiencia de la tierra», y aun añade que «no se pudo ni puede tener otra cosa que sea mejor que convenga más, así para la sustentación de los españoles, como para conservación y buen tratamiento de los indios». Bien se echa de ver en esta abundancia de razones que no le satisface del todo la solución. En su cuarta carta, expresa al Emperador el interés que le inspira la población indígena, en palabras que llevan el sello inconfundible de la sinceridad: «Como a mí me convenga buscar toda la buena orden que sea posible para que estas tierras se pueblen, y los españoles pobladores y los naturales de ellas se conserven y perpetúen, y nuestra santa fe en todo se arraigue, [...] hice ciertas Ordenanzas y las mandé pregonar [...]. De algunas de ellas, los españoles que en estas partes residen no están muy satisfechos, en especial de aquellas que los obligan a arraigarse en la tierra, porque todos, o los más, tienen pensamientos de se haber con estas tierras como se han habido con las Islas que antes se poblaron, que es esquimarlas, y destruirlas y después dejarlas; y porque me parece que sería muy gran culpa a los que de lo pasado tenemos experiencia no remediar lo presente y porvenir, proveyendo en aquellas cosas por donde nos es notorio haberse perdido las dichas Islas, mayormente siendo esta tierra, como yo muchas veces a Vuestra Majestad he escrito, de tanta grandeza y nobleza, y donde tanto Dios Nuestro Señor puede ser servido y las reales rentas de Vuestra Majestad acrecentadas, suplico a Vuestra Majestad las mande mirar»

Esta página es clara muestra del hondo sentido de gobernante que animaba a Hernán Cortés. El conquistador ha sido conquistado por su conquista. «Tierra grande y noble» la llama, y estas palabras, grandeza y nobleza, volverán constantemente bajo los puntos de su pluma al referirse a Méjico, país de su adopción. Instalado en Coyuacán, en el palacio mejicano blanco inmaculado que había escogido para su residencia, más tarde en la misma capital, en el suntuoso palacio que los ojos biliosos de la envidia van a ver todavía más grande y suntuoso de lo que era, el dueño de la Nueva España contempla con ojos políticos sus dominios, no por el vano placer de gozarse en su mera posesión, sino para divisar en el vasto paisaje las nuevas avenidas de acción donde va a verter su siempre juvenil energía. Ya en los primeros días de su dominio, cuando ejercía el poder efectivo tras del poder imperial de Moteczuma, había intentado explorar la costa en busca de buenos puertos y estudiado las pinturas indígenas que, sin gran sentido de distancia o perspectiva, procuraban reproducir toscamente sobre telas de algodón los perfiles de la tierra. Ahora, en posesión más plena de sus medios de acción, se puso a dedicar atención preferente a este punto, y no contento con organizar una expedición a Pánuco, la única parte de la costa norte donde creía hallar buenos puertos ²², mandó otras dos a descubrir la costa del Mar del Sur. «Descubrir» es un modo de hablar, pues la costa sur, sueño de todos los descubridores, había sido descubierta en 1513 por Balboa, como de seguro sabía Cortés, y redescubierta en 1520 por Magallanes, lo que quizá Cortés no supiera todavía. Lo que entendía por descubrir era hallar un camino desde Méjico al Mar del Sur, pensando, y con razón, que en ello «Vuestra Majestad ha de ser muy servido» ²³. Tuvo la buena fortuna de ver retornar ambas expediciones, una de las cuales había tomado posesión del Mar del Sur en nombre del Rey de España, dejando como señal cruces erigidas en la costa. Este descubrimiento le estimuló a buscar aquel Estrecho que el hombre se empeñaba en encontrar un día por la zona donde hoy se abre el canal de Panamá; y se hallaba metido de hoz y de coz en preparar con toda su energía aquella noble tarea cuando vino a distraerle y a malgastar tan excelente inteligencia y tan fuerte voluntad otra fútil intervención de los funcionarios reales.

Llególe noticia de Veracruz de que un Cristóbal de Tapia, Veedor de las fundiciones de oro de La Española, había llegado a la Villa Rica con autoridad de Gobernador de la Nueva España. Cortés conocía a Cristóbal de Tapia, y sabía que era un funcionario débil, sin virtudes militares y accesible a las tentaciones del oro. Adoptó, por consiguiente, una táctica dilatoria y legalista, oponiendo a las pretensiones del recién llegado barreras sucesivas de procuradores, alcaldes, regidores y demás encarnaciones de la autoridad cívica. Era un arte que ya conocía bien por haberlo practicado más de una vez y siempre con éxito. Demasiado sabía él que los papeles que Tapia traía, aunque escritos en nombre del Rey Don Carlos y de su madre Doña Juana, emanaban en realidad de su implacable enemigo Fonseca, el Obispo de Burgos que ejercía en la práctica funciones de Ministro de las Indias. Era pues necesario hacer frente a aquellos papeles con la resistencia pasiva de las instituciones democráticas de España, arma excelente, sobre todo en manos de un autócrata sagaz. El pobre Tapia no sabía qué hacerse frente a los argumentos y argucias de aquellos capitanes -Sandoval, Alvarado y demás- transfigurados en alcaldes y regidores. El Padre Melgarejo, alquimista del pecado, argüía también con él a su modo sutil y sabio. Y el mismo Narváez (contra quien, no menos que contra Cortés, por inspiración maquiavélica del Obispo, venían redactados los papeles de Tapia) con su voz «como de bóveda» donde resonaba con tono entre lúgubre y solemne su propia triste experiencia, le decía: «Señor Cristóbal de Tapia, parésceme que tan buen recaudo debéis de traer y llevaréis como yo. Mira en lo que he parado, trayendo tan buena armada. Mirad por vuestra persona y no curéis de más perder tiempo, que la ventura de Cortés no es acabada. Entendé para que os den alguna de oro e idos a

Castilla, ante Su Majestad, que allá no os faltará favor, y quien os ayude, y diréis lo que acá pasa; en especial teniendo como tenéis al Señor Obispo de Burgos, y esto es lo mejor». Entre tantos consejos y entre tantos obstáculos, Tapia enfermó de enojo, pero los capitanes de Cortés le escribían que todo se arreglaría con tejuelos y barras de oro y que con ello amansarían las furias de Tapia. Finalmente «le compraron unos negros y tres caballos y el un navio, y se volvió a embarcar en el otro navio a la Isla de Santo Domingo». Los frailes que desde Santo Domingo gobernaban a las Indias, y que habían censurado su ida a Nueva España, por considerarla poco beneficiosa en aquella sazón, observaron cómo volvía rico, lo que aumentó su enojo, y el episodio fue una de las causas que contribuyeron a la caída final de la facción Fonseca-Velázquez en la metrópoli

iii

.

*

Cortés había derrotado a Tapia, como antes a Narváez, a Garay y a otros; pero su victoria seguía siendo un hecho de fuerza, sin aquella sanción de la ley que para un espíritu como el suyo era elemento indispensable para el goce del poder y de la autoridad. Sus tretas legalistas, sus requerimientos y sus actas notariales no eran más que síntomas de la ansiedad profunda en que vivía en una especie de extramuros a causa de su rebeldía inicial, aquel pecado original que manchaba su conquista hasta que viniera a lavarla la única fuente de poder legítimo que había en España, el Rey en persona. Tenía plena conciencia de que nadie todavía en la historia de España había hecho al Rey un servicio tan glorioso como él y, por consiguiente, le animaba pleno derecho a sentirse defraudado en sus esperanzas ante aquel silencio real que durante dos años venía siendo muro impenetrable contra el que se estrellaban sus inauditos esfuerzos e increíbles victorias. Ya su fama se había extendido a lo lejos, pero lo único que recibía en retomo del país que inundaba de gloria y poder era, de cuando en cuando, un mezquino y casi ridículo intento de arrebatarle su conquista, sustituyéndole por hombres cuya misma falta de talla era un insulto más a su valer.

Fiel, no obstante, a su táctica de dos filos, un filo de oro y otro de acero, seguía perseverando en la Corte, a la que enviaba emisario tras emisario, todos bien provistos de fondos y regalos, así como en la propia Nueva España, donde multiplicaba su actividad en toda suerte de empresas económicas y militares para extender su dominio moral y material sobre el país. Desde el principio, había prestado especial importancia a la región de Pánuco, esforzándose en mantener buenas relaciones con los caciques locales. Era una costa donde pensaba hallar buenos puertos y sobre la que, además, mantenía Francisco de Garay una especie de pretensión permanente que le había inducido a intentar ocuparla varias veces, aunque siempre sin éxito. Cuando llegó Cristóbal de Tapia a distraerle de sus planes, se hallaba precisamente Cortés preparando una incursión a Pánuco a fin de establecer su autoridad sobre la región. La empresa hubo de aplazarse mientras seguía su proceso el episodio Tapia, pero volvió a renacer en cuanto se hubo resuelto la crisis [\[475\]](#). Por entonces se enteró Cortés de que Don Diego Colón, Diego Velázquez y Francisco de Garay andaban conspirando para impedirle que penetrase en Pánuco; y aunque parece que Don Diego Colón no tomó en realidad parte alguna en tal intriga, el poder de sus tres enemigos, reales o imaginarios, actuó como siempre para estimularle a la acción, haciendo que se encargase en persona de dirigir la expedición a Pánuco. Cortés entró así en la primera de las arduas y peligrosas campañas a que se expuso con su avidez de siempre después de haber alcanzado el ápice de su ambición: se batió como un león, negoció como un zorro y venció como un águila, dejando toda la región de Pánuco en posesión efectiva de sus lugartenientes, y como sello de su éxito fundó una ciudad española, Santisteban del Puerto, adornada con sus alcaldes y regidores y todos

los demás atributos de nuestra vida municipal [\[476\]](#).

Era el momento oportuno para enviar a España otra embajada. Cortés tenía en mano todo lo necesario para hacerla eficaz: el botín de su segunda conquista, que, si bien no tan rico como esperaba, alcanzaba 44.979 pesos, sin contar las obras de arte inestimables, de oro, piedras preciosas, plata y plumería que destinaba como regalo especial al Rey; un número ya notable de ciudades españolas, que en el gris de la distancia podrían alzarse ante los ojos de la Corte como dignas bases de su autoridad, o mejor de la autoridad de los procuradores que a la Corte llegarían representándolas; dos excelentes candidatos para ir a España como tales procuradores, elegidos con la atención usual que ponía Cortés para atraerse a la oposición y su maña para manejar a los hombres: uno, Antonio de Quiñones, Capitán de su guardia personal; y otro, Alonso Dávila, «hombre atrevido y no estaba muy bien con él, siempre le quería tener lejos de sí». Quiñones no había menester de cuidados especiales, pero Dávila, que acababa de volver de una misión análoga a Santo Domingo, fue objeto de trato especial, y, para asegurarse su lealtad, Cortés le concedió tierras e indios.

Ambos se embarcaron para España revestidos de la dignidad democrática de procuradores de la Nueva España y bien provistos de fondos

[\[1\]](#)

También iban, desde luego, bien provistos de argumentos, tanto en el estilo claro, inteligente y ejecutivo de Cortés como en el más mezclado e ingenuo de sus soldados, y unos y otros yendo a parar a que Cortés habría de quedar como única autoridad en la Nueva España y a que se concedieran ciertos privilegios exclusivos a los conquistadores. Una de las peticiones de aquellos leales y valientes vasallos debió iluminar con fugaz sonrisa el rostro caviloso del joven Emperador: «Y le suplicamos que ríe enviase letrados, porque en entrando en la tierra la ponían en revuelta con sus libros, y habría pleitos y disensiones»

[\[2\]](#)

.Los procuradores se hicieron a la vela en Veracruz el 20 de diciembre de 1522. Perseguidos por unos piratas, que venían al olor del oro, tuvieron que refugiarse en la isla de Santa María, una de las Azores, donde hirieron gravemente a Quiñones en un duelo por cuestión de faldas, aunque, en contra de lo que dice Prescott, apoyado en Bernal Díaz, no murió de sus heridas. En Santa María se encontraron con sus dos predecesores, Ordás y Mendoza, que seguían allí por falta de navios de escolta que les protegieran en el resto de su viaje. La Casa de Contratación envió dos carabelas a buscarles, al mando de Don Pedro Manrique; pero Fonseca aprovechó aquella excelente ocasión de hacer daño a Cortés, confiscando todo el oro y joyas que traían los procuradores para privarles de su influencia sobre la Corte.

Poderoso es un Obispo, pero, aun para los obispos, los designios de la Providencia son inescrutables y en este caso tuvieron por desenlace, si bien por vía virtuosa, un reconocimiento mucho más amplio de los esplendores del tesoro de Cortés que el que Fonseca había intentado estorbar: un corsario francés, Jean Florín, que como devoto protestante sentía serias objeciones de índole estrictamente religiosa a que cualquier oro del que pudiera él echar mano llegase jamás a las del Rey de España, creyó de su deber caer sobre las carabelas, apoderarse del tesoro -causando la muerte de Quiñones- y llevar a Dávila a La Rochelle, prisionero, para entregar después el espléndido tesoro en las manos delicadas de Francisco I. «Tout est gagné, sauf l'honneur», exclamó sin duda el Rey de Francia, y se quedó con todo [\[477\]](#).

Este descalabro atrajo a Cortés la atención directa del Emperador mucho mejor que todas sus

hazañas anteriores. Pero cuando Dávila salió de Veracruz, ya había ganado Cortés un gran triunfo político, del que, claro está, no tenía noticia. Carlos V había regresado a España de sus dominios españoles (16 de julio de 1522); Juan de Rivera, Secretario de Cortés, que, en compañía de Ordás, había salido de las Azores para España en una carabela portuguesa antes que los demás procuradores, había traído buenas noticias al padre de Cortés y a los dos primeros procuradores, Puertocarrero y Montejo, que todavía andaban como almas en pena, abogando por Cortés en la Cancillería. El poderoso Duque de Béjar, pariente de Puertocarrero, era activo aliado de todos estos colaboradores del conquistador. Pero la fuerza mayor de Cortés era la vastedad y el esplendor de la conquista en sí, que poco después venía a aureolar el asombroso tesoro de Moteczuma, no a la Corte de Carlos V, sino a la de su rival Francisco I.

Durante aquel verano, el Emperador remitió el asunto Cortés a una Junta que presidía su propio Canciller Gattinara, y compuesta de los hombres más eminentes a su servicio, tanto flamencos como españoles. La mera constitución de esta Junta era ya una derrota contundente del Obispo Fonseca. Sus conclusiones fueron una evidencia completa de Cortés. Fonseca sale de la escena mundial que tan tiránicamente usurpara y muere poco después entristecido por el fracaso, 0 .

Capitán general y gobernador de la Nueva España

El 15 de octubre de 1522, Cortés logró al fin lo que tanto tiempo había anhelado: su reconocimiento oficial como gobernante legítimo de la Nueva España. Aventurero impávido, explorador del desierto, al borde del mundo nuevo en el que todo le estaba permitido a los fuertes y a los osados, era Cortés, no obstante, quizá mucho más de lo que él mismo creía, ciudadano de aquel fantasmático Imperio Romano, hijo de aquella cristiandad espiritual, que por doquier surgía en el fondo del alma europea para exigir respeto a la forma, al orden, al derecho, común heredad de reglas de conducta por todos aceptadas. A pesar de sus triunfos, Cortés se había sentido como un forajido, hasta aquel día de fines de 1522 en que al fin tuvo en sus manos las dos cartas reales, una oficial, nombrándole Gobernador y Capitán General de la Nueva España, la otra, personal, manifestándole el interés con que el Rey Emperador había puesto su atención en las cosas de Nueva España en cuanto había regresado a la Península, y reconociendo los buenos servicios del conquistador

^[1] .Estas cartas le llegaron a tiempo para deshacer el daño del último de los alfilerazos con que le venía atormentando Fonseca: la llegada de un Juan Bono de Quexo, enviado por el Obispo para reforzar a Tapia en su labor de sembrar discordia y cizaña en el ejército de Cortés

^[2] . Las cartas del Emperador fueron mano de santo para curar el mal, y Cortés refiere el incidente a Carlos V en palabras que iluminan su propio carácter generoso: «Con la merced que Vuestra Excelcitud tuvo por bien de me mandar hacer con sus reales provisiones, han estado [sus soldados] y están tan contentos y sirven con tanta voluntad cual el fruto de sus servicios da testimonio; y por ellos merecen que Vuestra Majestad les mandase hacer mercedes; pues tan bien lo han servido y sirven y tienen voluntad de servir; y yo por mi parte muy humildemente a Vuestra Majestad lo suplico porque, no en menos merced yo recibiré la que a cualquiera de ellos mandare hacer que si a mí se hiciese, pues yo sin ellos no pudiera haber servido a Vuestra Alteza como lo he fecho» \

¡Feliz Majestad! Los trabajos y penalidades habían sido para ellos. Pero el Rey, en las salas doradas de Flandes y en los austeros palacios de Castilla, no había hecho otra cosa que esperar, en bendita ignorancia de aquellas tierras lejanas que no vería jamás, a que sus fieles vasallos, exponiendo la vida a cada instante, las conquistasen y viniesen «con los pechos en tierra» a ponerlas a sus pies; para que luego una sola palabra suya, el mero reconocimiento y aceptación de sus servicios, hiciese brotar de aquellos leales corazones el manantial de la gratitud. ¿A qué se debía este dramático contraste? En parte, desde luego, a la tradición feudal, pero en mucho también a que el Rey no era tan solo el Señor y el soberano; para aquellos aventureros, era ante todo la ley, la colectividad encarnada en un hombre; ley y colectividad tanto más anheladas por ser ellos hombres que venían luchando y viviendo en la anarquía de un mundo allende la ley.

Las mercedes reales que recibió Cortés venían un tanto mezcladas de agridulce. El Emperador rodeaba a su nuevo Gobernador y Capitán General con un grupo de altos funcionarios escogidos entre los de su casa real: Alonso de Estrada venía como Tesorero; Rodrigo de Albornoz, como Contador; Alonso de Aguilar, como Factor; y Peramil de Cherino, como Veedor. Todos ellos van a llenar las páginas de uno de los períodos más turbulentos de la historia de la Nueva España.

Entretanto, el nuevo Gobernador, ya tranquilo en cuanto a la legitimidad de sus poderes, seguía prestando una atención incansable a la organización del país que le tocaba gobernar. Los funcionarios reales le habían traído unas instrucciones dictándole reglas para el gobierno de la Nueva España. Cortés las recibió según la costumbre ya establecida entre los gobernadores de Ultramar y los conquistadores: las obedeció, pero en cuanto a su cumplimiento apeló primero al Rey para deshacerse de la mayoría de ellas. Sus famosas Ordenanzas de 20 de marzo de 1524 son en un todo independientes, y casi siempre incompatibles, con las instrucciones recibidas de la metrópoli. Pero esta discrepancia no se debía a indisciplina por parte suya. Era honrada diferencia de opinión y convicción por su parte de que, de las dos opiniones, la suya era la que valía más. El 15 de octubre de 1524, firma una carta al Emperador en que discute punto por punto los temas sobre que hay diferencia, formulando un programa de gobierno a la vez prudente y audaz.

Casi toda la carta viene a constituir una refutación de las instrucciones reales pues, como dice con suma franqueza al Emperador: «las cosas juzgadas y proveídas por ausencia no pueden llevar conveniente expedición». El primer punto sobre que difiere del Rey es el de las relaciones entre naturales y españoles: las instrucciones reales mandan que sean lo más fáciles posible, a fin de estimular la conversión de los naturales; pero él mantiene su decisión, que prohíbe a los españoles salir de las ciudades españolas para entrar en territorio indio sin licencia especial de la autoridad, alegando que «es notorio que la más de la gente española que acá pasa, son de baja manera, fuertes y viciosos, de diversos vicios y pecados; y si a estos tales se les diese libre licencia de se andar por los pueblos de los indios, antes por nuestros pecados se convertirían ellos a sus vicios que los atraerían a virtud»

iii

Examina después el repartimiento, punto sobre el que la Corona reaccionaba siempre con gran sensibilidad, por entrar en juego la responsabilidad personal del monarca ante Dios, que era sentimiento vivaz en la dinastía desde Fernando e Isabel hasta Felipe IV. Los clérigos indiófilos, como Las Casas, venían constantemente repitiéndolo en la Corte con singular valentía. En sus instrucciones a Cortés, Carlos V le recordaba los abusos cometidos con los indios y añadía: «Visto los dichos daños que del repartimiento de los dichos indios se sigue, queriendo proveer y remediar lo susodicho y en todo cumplir principalmente con lo que debemos al servicio de Dios Nuestro Señor [...] mandamos platicar sobre ello a todos los de nuestro Consejo, juntamente con los teólogos, religiosos y personas de muchas letras y de buena y de santa vida que en nuestra Corte se hallaron; y pareció que nos, con buenas conciencias, pues Dios Nuestro Señor crió los dichos indios libres y no sujetos, no podemos mandarlos encomendar ni hacer repartimiento dellos a los cristianos, y así es nuestra voluntad que se cumpla». A lo cual Cortés francamente contesta que esta prohibición de repartir indios no solo ha quedado en suspenso sino en secreto, por su orden y bajo su responsabilidad, pues un solo anuncio hubiera sido desastroso entre los pobladores, y la tierra se habría perdido para España y para su santa fe, por ser el repartimiento la única base económica de la colonia.

Arguye el caso con gran fuerza, que vienen hasta cierto punto a apoyar las circunstancias de la nueva realidad a la que él y no el monarca, tiene que hacer frente. En cuanto a libertad, hace valer que, bajo el sistema social que prevalecía a su llegada, los naturales no eran libres, sino que, al contrario, vivían bajo el yugo de caciques tan tiránicos que «ha acaescido, e cada día acaesce, que para espantar algunos pueblos a que sirvan bien a los cristianos a quien están depositados, se les dice que si no lo

hacen bien, que los volverán a sus señores antiguos, y esto temen más que otra ninguna amenaza ni castigo que se les puede hacer».

A los argumentos basados en las deplorables consecuencias que el sistema de la encomienda había tenido en las Antillas, contesta: «Tengo experiencia de los daños que se han hecho e de las cabsas dellos; tengo mucha vigilancia en guardarme de aquel camino y guiar las cosas por otro muy contrario, porque se me figura que me sería aun mayor culpa, conociendo aquellos yerros, seguirlos, que no a los que primero los usaron; y por esto yo no permito que saquen oro con ellos, aunque muchas veces se me ha requerido, y aun por algunos de los oficiales de V. M.; porque conozco el gran daño que dello vendrá, y que muy presto se consumirían y acabarían los indios».

En suma, su plan consiste en prohibir se obligue a los naturales «depositados» a sacar oro de las minas así como a trabajar en tierras que no sean aquellas en que viven. Por lo tanto, liga el campesino a la tierra, y a fin de guardarse contra los malos tratos, propone que el depósito sea perpetuo a fin que el amo tenga un interés personal en el bienestar del criado.

Como se echa de ver por sus ordenanzas, aspiraba a organizar el país bajo un sistema feudal. Todo español que recibiera indios, venía obligado a tener cierto número de armas especificadas, para servir en la infantería, si los indios eran menos de quinientos, y en la caballería si eran más. Los españoles tomaban a su cargo la conversión de los indios depositados y se obligaban a velar porque hiciesen vida cristiana; ellos mismos adquirían la obligación de permanecer en la tierra ocho años por lo menos; si eran casados, venían obligados a hacer venir sus mujeres en el plazo de dieciocho meses; si solteros, tenían que casarse en el mismo plazo «porque conviene así para salud de sus conciencias de los tales, por estar en buen estado, como para la población e noblecimiento destas partes». En el mismo período de tiempo, se obligaban a construir y ocupar sus casas, y a plantar mil pies de viña por cada cien indios depositados, así como todas las plantas españolas disponibles en el distrito. Para Cortés, aquellos españoles a quienes se confiaban indios en depósito estaban destinados a ser los jefes naturales y directores del desarrollo económico, religioso y militar del país. Mas no por eso establecía diferencia específica de una raza a otra, antes al contrario, admitía explícitamente a las filas de la clase directora a los naturales que ya habían probado sus dotes para ello y que por otra parte merecían su confianza, y a tal fin también les «depositaba» indios en condiciones idénticas a las impuestas a los conquistadores. Tal fue, por ejemplo, el caso del Cihuacoatl o Mujer-Serpiente y de otros magnates mejicanos que Cortés menciona en su carta al Emperador, así como el de las hijas de Moteczuma, que recibieron extensos repartimientos en Tula y Tacuba

iii

.

*

Un día de verano de 1522, mientras Cortés residía en Cuyoacán, su lugarteniente Sandoval, que a la sazón exploraba, «poblaba» y «pacificaba» la región de Coatzacoalco, recibió noticia de que había entrado «en el río de Ayagualulco, que puerto aunque no bueno», un barco que traía numerosas mujeres y entre ellas Catalina Juárez, la mujer de Cortés, «y otra señora, su hermana, y Villegas el de Méjico, y su mujer la Zambrana, y sus hijos y aun la abuela». Sandoval y sus compañeros acudieron inmediatamente al puerto y escoltaron galantemente a la mujer de su Capitán hasta Méjico. Según cuenta Bernal Díaz, corrían rumores de que no agradó nada a Cortés aquella llegada, aunque, añade, no mostró sus sentimientos a nadie, y recibió a su mujer con regocijos y juegos de cañas. Desde luego, no

parece haber solicitado que viniera, y no la esperaba. Es evidente que Doña Catalina no le inspiraba ningún interés y que, aparte un breve período inmediato a su boda, no había ejercido nunca sobre él ascendiente alguno.

Ello no obstante, guardador de las formas, Cortés trató a su mujer con toda deferencia, vivió con ella en intimidad marital y le concedió numerosos indios. Pero Doña Catalina era celosa y el donjuanesco Cortés le dio frecuentes ocasiones para estarlo con motivo. Su salud no era nada buena. Padecía de asma y es seguro que hallaría difícil aclimatarse a la altura de Méjico después de tantos años al nivel del mar en Santiago de Cuba. Un día de octubre, a los tres meses de su llegada, tuvo con su marido una escena que le afectó profundamente. Parece que el instigador había sido esta vez su hermano, y el motivo, el de siempre, una intriga amorosa de Cortés. Los cónyuges hicieron las paces, de modo que ya reinaba el mejor humor cuando, a la hora de la cena llegaron los invitados. Ya en la mesa, Doña Catalina dijo al Capitán Solís: «Vos, Solis, no queréis sino ocupar a mis indios en otras cosas de las que yo les mando, e no se face lo que yo quiero». «Yo, Señora -replicó Solís-, no los ocupo. Ahí está su merced, que los manda y ocupa». Doña Catalina entonces, al parecer con cierta agresividad, disparando por banda a su marido, dijo a Solís: «Yo os prometo que antes de muchos días haré de manera que no tenga nadie que entender con lo mío». «Con lo vuestro, Señora -replicó Cortés, medio en serio medio “por pasatiempo”-, yo no quiero nada». Las señoras presentes procuraron aclarar el ambiente tornándolo a risa, pero solo consiguieron hacer la situación más tirante. Doña Catalina se puso colorada, se levantó y con una profunda reverencia a su marido salió de la sala en silencio, toda corrida.

Cortés siguió conversando durante un rato y, ya cumplidos sus deberes de anfitrión, se retiró para desnudarse. Al entrar en su cuarto, halló a su mujer arrodillada en la capilla privada donde se había refugiado, rezando en silencio y llorando. «¿Por qué lloráis?», le preguntó. «¡Dejadme! Que estoy por dejarme morir». Cortés la consoló como pudo y llamó a las doncellas para que la desnudasen. Una de ellas, Ana Rodríguez, al verla salir de la capilla, demudada la color, le preguntó: «¿Qué hay Señora?». «¡Dios me lleve de este mundo!», contestó la triste. Poco después todo había caído en el silencio y la oscuridad.

Pasaron una o dos horas. Una de las doncellas indias, que dormía cerca, oyó la voz de Cortés. Obedeciendo sus órdenes, la muchacha india fue a despertar a las doncellas españolas, Ana y Violante Rodríguez. «Haced lumbre -dijo Cortés-. Creo que es muerta mi mujer». Trajeron velas las doncellas y vieron a Doña Catalina, reclinada sin vida sobre el brazo de su marido. El collar de cuentas de oro que llevaba al cuello se había roto y Doña Catalina tenía sobre la piel del cuello cardenales negros.

Cortés se levantó del lecho y se retiró al cuarto de vestir donde sus criados y pajes le hallaron más tarde «dando gritos e que andaba dando golpes consigo por aquellas paredes». Su mayordomo, Diego de Soto mandó a llamar al Padre Olmedo y envió recado a Juárez, hermano de la muerta, dándole cuenta de lo ocurrido y rogándole que no viniera, pues sus importunidades habían sido la causa de todo. Cortés llevó luto por su mujer durante muchos años [\[478\]](#).

Ya entonces vivía Cortés como un monarca tanto en cuanto al esplendor y comodidades de su casa como en cuanto al poder y al ámbito de su voluntad indiscutida. Era la encarnación viva del éxito. Pero sucede que el carácter español, que tantos rasgos admirables posee, adolece de una de las más tristes enfermedades del alma humana: no puede tolerar el éxito... en el vecino. El español viene a ser el antitipo del alemán en buen número de sus tendencias naturales, y en particular en esta, pues mientras el alemán padece *Schadenfreude*, o gozo al contemplar el fracaso de su vecino, el español

padece tristeza al contemplar el éxito de su vecino. Cortés había subido a la cumbre. Estaba, por lo tanto, condenado ante los ojos de sus compatriotas. Y para nada servía que intentase exorcizar los espíritus malignos que esta envidia hacía surgir contra él, poniendo en juego su don de gentes, su cordialidad, su simpatía. En Cortés animaban estas generosas cualidades porque sí, no porque las movilizase deliberadamente para conseguir ciertos fines, aunque, como todo hombre de acción, sabía en efecto utilizar el «gancho» que le había dado la naturaleza. Vivía como un príncipe y se portaba como un príncipe, porque tal era su natural, dotado como estaba de grandeza, de sensibilidad para lo hermoso y de sentido creador. Su ambición y su gusto le llevaron a reconstruir a Méjico como una hermosa capital a la española, y con tanto estilo que aun hoy sigue siendo, con Lima, y quizá todavía más que Lima, la ciudad más hermosa de todo el continente americano gracias a lo que le queda de la época imperial. Entre los grandes edificios que construyó, se hizo un palacio, del que observa Bernal Díaz con agrídulce humorismo: «Cortés estaba haciendo sus casas y palacios y eran tamaños y tan grandes y de tantos patios como el laberinto de Greta»

^u. Bien se echa de ver el toque de envidia, aunque tan solo leve, en estas palabras del soldado-cronista. Pero había otros en torno a Cortés que no llevaban su envidia con tanta ligereza y buen humor y el conquistador de Nueva España tuvo hartito que hacer el resto de su vida con defenderse contra la ponzoña de los envidiosos, ya pasivos, débiles e incompetentes, ya agresivos, fuertes y emprendedores.

Narváez es típico ejemplo de la primera categoría. Un adversario menos generoso que Cortés lo hubiera ahorcado en la misma noche de su derrota, o despachado de cualquier manera, pues una noche de batalla es momento favorable para cualquier operación de este género. Cortés se limitó a tenerlo prisionero en Veracruz hasta 1522, año en que lo mandó a buscar cuando todavía residía él en Cuyoacán. Narváez quedó asombrado ante el espectáculo de la laguna y sus ciudades, y todavía más, ante el de la fortuna y grandeza de Cortés. Magnánimo, su vencedor lo recibió hasta con deferencia. Narváez cayó a sus pies e intentó besarle las manos, pero «Cortés no lo consintió y le hizo levantar y le abrazó y le mostró mucho amor y le mandó sentar cabe sí. Entonces dijo el Narváez: “Señor Capitán, agora le digo de verdad que la cosa que menos hizo vuesa merced e sus valerosos soldados en esta Nueva España fue desbaratarme e prenderme a mí, aunque truxera mayor poder del que truxe; pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado e sujetado a servicio de Dios y de nuestro Señor Emperador; y puédese vuesa merced alabar y tener en tanta estima, que yo ansí lo digo y lo dirán todos los capitanes muy nombrados que el día de hoy son vivos, que en el universo se puede anteponer a los muy afamados e ilustres varones que ha habido”.». «No éramos nosotros bastantes -le contestó Cortés- para hacer lo que hemos hecho, sin la gran misericordia de Dios que siempre nos ayudaba y la buena ventura de nuestro César» 8 .

Estos modestos pensamientos eran sin duda sinceros en Cortés, mas no más sinceros que la satisfacción que a veces manifiesta. En esta ocasión, su modestia le venía de instinto ante la envidia reprimida que adivinaba bajo la humildad de Narváez; y también se daba cuenta quizá de que esta envidia de su adversario derrotado iba a fermentar todavía con más amargura cuando los ojos biliosos de Narváez contemplasen los esplendores de la nueva capital que el conquistador estaba entonces levantando sobre las ruinas de la antigua 9 .

*

Aquella figura ociosa, yendo y viniendo como alma en pena en un mundo de esplendores que pudo haber sido suyo, estaba destinada a ser espejo viviente donde iban a verse reflejados más de uno

de los aventureros que más tarde intentarían arrancar a Cortés la presa y el galardón de la Nueva España. Ya había desempeñado este papel Narváez para con Tapia y pronto volvió a hacerlo para con Francisco de Garay.

Cortés preparaba entonces dos expediciones que ocupaban su pensamiento por encima de todas las demás; una, al mando de Alvarado, para explorar a Guatemala; la otra, al mando de Olid, para explorar a Honduras, conocida entonces por el nombre de Las Hibueras. Una y otra tenían por último objeto descubrir el anhelado estrecho que, en opinión de tantos pilotos, existía entre los dos mares, «que es la cosa que yo en este mundo más deseo topar, por el gran servicio que se me representa que de ello Vuestra Cesárea Majestad recibiría»

^[1] . Pero cuando se hallaba absorto en esta labor, y los capitanes elegidos estaban ya en vísperas de marcha, vino a echar por tierra sus planes el intruso de siempre. Esta vez era Francisco de Garay, que llegaba a la región de Pánuco con trece navios y dos bergantines, ciento veinte jinetes, cuatrocientos peones y buen golpe de artillería “. Para las fuerzas que entonces se estilaban entre conquistadores españoles, era esta de Garay formidable. Hallábase a la sazón Cortés en cama con un brazo roto de una caída de caballo y hacía dos meses que no dormía; pero, según era ya en él costumbre para estos casos, tomó la resolución de ir en persona, aunque por el mal estado en que se hallaba, mandó a Alvarado por delante. Ya tenía hecho el equipaje, y aun parte de él en camino, incluso la cama (pues los españoles en América solían viajar con sus camas auestas), cuando le llegó de Veracruz un emisario con documentos de España, y entre ellos una carta del Rey ordenando a Garay que no interviniese en las partes de la Nueva España ya sojuzgadas por Cortés

^[2] .Este papel valía un ejército para Cortés. Seguía tan dado como siempre a preferir la tinta a la sangre como solvente de los conflictos. Decidió seguir en cama, y despachó a Pánuco a su Alcalde Mayor, Diego de Ocampo, no solo por ser, por decirlo así, el Tintero Mayor de la Nueva España, sino también porque resultó tener un hermano entre los lugartenientes más influyentes de Garay

^[3] . El resto se desarrolló con arreglo a la tragicomedia usual para estos casos, cuya tramoya tenía Cortés admirablemente ensayada y montada. Garay no parece haber sido capaz de ganarse la lealtad de sus capitanes y soldados. Muchos desertaban de él, ya para pasarse a Cortés por ser el sol que más calentaba, ya para andar sueltos tierra adentro haciendo su agosto sin respeto a Rey ni roque. Los lugartenientes de Cortés, Vallejo, Alvarado y Ocampo, hicieron frente a Garay con hábil táctica de amenazas y negociaciones, no sin oponerle de cuando en vez imponente barrera de papel sellado, requerimientos, investigaciones, actas, que manejaban con impecable seriedad judicial. De todo enteraban a Cortés con frecuencia correos, que volvían con instrucciones para que llegasen si posible a un acuerdo amistoso; y así, después de verter mucha tinta y alguna sangre, Garay aceptó venir a Méjico como huésped de su rival y negociar directamente con él un acuerdo mutuamente ventajoso. Cortés puso especial empeño en que se le atendiera, y desde luego, la mera grandeza y riqueza de la tierra que se iba revelando a sus ojos atónitos durante su viaje hacia la capital de su adversario, impresionaron a Garay con el poder y la magnanimidad de Cortés. En carta fechada en Otumba el domingo 8 de noviembre de 1523, rezuma en cada palabra este sentimiento de admiración por la conquista y el ya vencido Garay se dirige a Cortés llamándole «Muy magnánimo Señor» [\[479\]](#).

Era en efecto magnánimo. Dio órdenes de que se tratase a Garay con la mayor deferencia y le hizo ofrecer un gran banquete en Tetzcuco. Él mismo en persona salió a recibirlo a caballo con brillante séquito de capitanes, llevándole a ver las casas y palacios que estaba construyéndose en

Méjico. La admiración de Garay subía de punto. Comenzaron enseguida las negociaciones, que terminaron en un tratado por el cual Cortés se quedó con Pánuco y dio a Garay como esfera de influencia el río de las Palmas. Al modo de los monarcas, los dos potentados convinieron casar a un hijo de Garay con una hija que Cortés había tenido en una india de Cuba, y que llevaba el nombre de su propia madre: Doña Catalina Pizarro.

Paseándose por Méjico a su placer, Garay tuvo todo el ocio que quiso para encontrarse con el otro paseante en Méjico, Narváez. El Capitán desocupado vino a verle, y con su voz entonada y como de bóveda, se puso a comentar la fortuna de Cortés. Medio riendo medio de veras, dijo Narváez a Garay: «Señor Adelantado Don Francisco de Garay, hanme dicho ciertos soldados de los que se han venido huyendo y amotinados que decía v. m. a los caballeros que traía en su armada: “Mirad que hagamos como varones y peleemos muy bien con estos soldados de Cortés, no nos tomen descuidados como tomaron a Narváez”. Pues Señor Don Francisco de Garay, a mí peleando me quebraron este ojo y me robaron y quemaron cuanto tenía, y hasta que me mataron al alférez y muchos soldados y prendieron mis capitanes nunca me habían vencido tan descuidado como a v. m. le han dicho. Hágole saber que otro más venturoso hombre en el mundo no ha habido que Cortés [...] en ventura [...] en lo que tuvo entre manos como Octaviano y en el vencer como Julio César y en el trabajar y ser en las batallas más que Aníbal». A lo que Garay contestaba que no había menester decirle nada sobre la ventura de Cortés pues bastaban los ojos para verlo. Encantadora escena que pinta Bernal Díaz, y en la que vemos a los dos fracasados boquiabiertos de admiración ante el éxito de su rival [\[480\]](#).

Hay francmasonería en el fracaso, sobre todo si une a los fracasados la envidia hacia el mismo rival. En su luna de miel con Cortés, Garay obtuvo de él que permitiese a Narváez regresar a Cuba, a su mujer rica, a sus minas y a sus indias, y Cortés lo concedió de buena voluntad y aun dio a Narváez dos mil pesos de oro para ayuda de gastos. «Desquel Narváez tuvo la licencia, se humilló mucho a Cortés con prometimientos que primero le hizo que en todo le sería servidor», cuenta Bernal Díaz

[\[1\]](#). Como todos los hombres de acción, Cortés perdía pronto interés en las cenizas de los hechos pasados. En Narváez, solo veía las cenizas de un adversario y no le prestaba bastante atención para darse cuenta de que, bajo aquellas cenizas, todavía ardían las ascuas de un añejo resentimiento prontas a llamear otra vez.

Entretanto, el tratado entre Garay y Cortés pereció a manos de la suerte. Era parte integrante del tratado que Cortés haría uso de su autoridad para obligar a los desertores de Garay a volver a la obediencia, pero no le fue posible hacer efectiva esta promesa, pues la mayoría de los soldados de Garay, antes que volver a sus banderas

[\[2\]](#), se alejaron todavía más tierra adentro, causando numerosos daños a los naturales, y provocando así alzamientos y desórdenes que no solo causaron el exterminio de las bandas de Garay, sino que llegaron a poner en peligro a Santisteban del Puerto, ciudad fundada por Cortés, la cual, disciplinada y fuerte, resistió el ataque indígena. Cortés recibió estas noticias con el consiguiente disgusto, al ver que sus pacientes esfuerzos para conquistarse la buena voluntad de los naturales quedaban destruidos por la intrusión de los incompetentes. En cuanto a Garay, le afectó tanto esta situación que, habiendo cogido un resfriado la noche de Navidad, después de cenar con Cortés, le dio una pulmonía y murió tres días más tarde.

La muerte de Garay era la segunda que se producía en dramáticas circunstancias cerca de Cortés en poco más de un año. Ya tenía pábulo la envidia. Ya podían guiñarse los ojos biliosos y agitarse las lenguas emponzoñadas: Garay había muerto envenenado por su rival

Es probable que Cortés fuera el último en darse cuenta de todo este ambiente de calumnia, pues su ánimo estaba siempre activo y sus ojos y pensamientos puestos en altas empresas, por encima del nivel de la murmuración. El 6 de diciembre, había despachado a Alvarado con ciento sesenta jinetes y trescientos infantes a Guatemala; el 11 de enero de 1524, despachó a Olid para Las Hibueras con cinco grandes navios y un bergantín, cuatrocientos infantes y ocho mil pesos de oro para comprar caballos en Cuba. «Y tengo por muy cierto -escribe a Carlos V-, según las nuevas y figuras de aquella tierra que yo tengo, que se han de juntar el dicho Pedro de Alvarado y Cristóbal Dolid, si estrecho no los parte» [\[481\]](#).

Constantemente pensaba en aquel estrecho, cuyo secreto anhelaba arrancar a la naturaleza, trabajando en ello con incansable perseverancia. «Y se descubrirán hartos secretos», escribe al Emperador con lenguaje que recuerda el de Colón cuando habla de los secretos de la naturaleza que ansia descubrir. Es el lenguaje del hombre del Renacimiento, pues el concepto de «descubrir» de navegantes y exploradores era una de las formas de aquel anhelo universal de abrir nuevos reinos a la experiencia humana que enciende con luz de acero los ojos del siglo XV y con luz de oro los ojos del siglo XVI.

En los ojos de Cortés brillaban a la vez oro y acero. Era duro pero imaginativo. En cuanto posó la planta sobre la costa del Mar del Sur, comenzó a construir una flota que, con típica perseverancia, tuvo que hacer contra formidables obstáculos naturales, trayendo de la costa norte toda la madera a través de doscientas cincuenta leguas de montaña y mal camino. Cuando todo estaba ya listo y los barcos dispuestos a navegar, el fuego lo devoró [\[482\]](#); pero había previsto la mala suerte y el fuego, hasta el punto de haber traído de Castilla reservas de todo lo que necesitaba para hacer otra flota, excepto alquitrán que podía procurarse sobre el terreno, y al fin, en el verano de 1524, pudo contemplar sus primeros navios flotando sobre la Mar del Sur. Era su ambición descubrir un paso mejor que el que Magallanes había encontrado [\[483\]](#), pero los navios que había preparado a tal fin en Zacatula, después de grandes demoras, tuvieron que navegar a otros cometidos. Cortés, no obstante, seguía fiel a la exploración y al descubrimiento, y más de una vez expresa al Emperador su intención de explorar toda la costa del continente desde el extremo norte, que él llama «Los Bacallaos», hasta el extremo sur, es decir, al Estrecho de Magallanes. Así, por ejemplo: «Viendo que otra cosa no me quedaba para esto sino saber el secreto de la costa que está por descubrir entre el río de Pánuco y la Florida, que es lo que descubrió el Adelantado Juan Ponce de León y de allí la costa de la dicha Florida por la parte del norte hasta llegar a «Los Bacallaos»; en cuya frase recorre mentalmente toda la costa oriental de los Estados Unidos

[\[4\]](#). En cuanto al oeste, escribe al Emperador que la expedición que ha mandado al Mar del Sur le había traído noticias de perlas, de un buen puerto, y de «una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres con los cuales ellas han acceso; y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan; y si hombres los echan de su compañía». Cortés toma nota de todo y añade: «yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer de ello larga relación a Vuestra Majestad»

^[2]

. Esta «isla» era California, cuyo nombre y leyenda proceden de *Las Sergas de Esplandián*, libro de caballerías publicado en 1510. Aunque ya no es isla, sigue tan legendaria, algunos hombres, a pesar de su sexo masculino, han conseguido insinuarse en ella y ha llegado a ser la patria natural de los nuevos libros de caballerías, que para su mayor difusión, ya no se escriben sobre papel, sino que se proyectan sobre la pantalla.

*

Ya en esta época, era Cortés de hecho, sino de nombre, el más potente e importante de los virreyes españoles de allende el mar. El ámbito y esplendor de su conquista habían reducido a relativa insignificancia los establecimientos de Santo Domingo y de Cuba; todavía no estaba descubierto el Perú; la costa de tierra firme solo entonces comenzaba a emerger del caos de la imaginación. Méjico era la más vasta y la mejor organizada de las adquisiciones españolas en el Nuevo Mundo. Con justificada satisfacción, Cortés escribía al Emperador que, en cuanto Alvarado y Olid retornasen de sus respectivas empresas, Carlos tendría bajo su imperio cuatrocientas leguas de tierra en la costa norte (es decir, este) y otras quinientas en la costa sur (u oeste), quitando solo las regiones fragosas que habitaban los zapo- tecas y mixtecas, contra quienes a la sazón organizaban una campaña al mando de Rodrigo Rangel

^[3]

.
Con razón se quejaba, por lo tanto, de que no se había apreciado en la Corte el valor de sus servicios, a pesar de que ya no lo estorbaba Fonseca. Los cuatro funcionarios enviados por el Emperador para cooperar con él en el gobierno de la Nueva España se negaban a que se cobrase a cuenta del quinto real las deudas que había contraído para organizar sus empresas de descubrimiento y exploración, y Cortés puso el caso en manos del Emperador, a pesar de sus frecuentes desengaños anteriores en cuanto a la atención y buena voluntad de Carlos V para con sus intereses

^[4]

. Al enterarse de que el oro y joyas que Quiñones y Dávila habían llevado al Emperador estaba en manos del Rey de Francia, reunió otro lote de regalos, no tan brillantes como el primero, y entre ellos una culebrina de plata cuyo metal solo le había costado, según él mismo dice, veinticuatro mil quinientos pesos de oro. Era un arma de lujo admirablemente labrada por artífices mejicanos sobre el tema del Fénix y llevaba grabada una inscripción altiva, quizá demasiado altiva, dirigida al Emperador:

Esta ave nació sin par.

Vos sin igual en el mundo.

Yo en serviros, sin segundo 26 .

¡Pobre culebrina! ¡Pobre Cortés! El Emperador, distante, indiferente en grado sumo hacia aquella aventura, con mucho la más esplendorosa de su imperio, regaló la culebrina-Fénix a su ministro Francisco de los Cobos que la hizo fundir quedándose con los veinte mil ducados de plata y oro que dio de sí. Y ¿quién se atrevería a decir que esta muerte tan triste y utilitaria del Fénix de plata no fue al fin y al cabo la que más convenía a Cortés? ¿Qué hubiera ocurrido de haber continuado volando aquel pájaro altivo con sus metálicos destellos en la envidiosa imaginación de los cortesanos que

rodeaban al César? No faltaron duques y marqueses en la Corte a quienes ofendió profundamente el terceto que traía la culebrina entre sus arabescos, y que aseguraban conocer a más de un súbdito de Su Majestad que la habían servido mejor que Cortés, aun cuando guardaban discreto silencio cuando le pedían nombres uno u otro de los tres poderosos abogados que Cortés tenía en la Corte: el Almirante de Castilla, el Conde de Aguilar y el Duque de Béjar. Ya entonces se estaba negociando el matrimonio de Cortés con Doña Juana de Zúñiga, hija del Conde y sobrina del Duque. La llegada del Fénix de plata y de los sesenta mil pesos de oro que Cortés había reunido para el Rey, había venido a reforzar tanto a los amigos como a los enemigos de Cortés, pues todo es cuestión del signo que se pone al suceso, y unos le ponen el más y otros el menos. Entre los últimos, figuraban dos de los fracasados que, después de rebotar sobre el muro de éxito de Cortés, habían venido a parar a la Corte como pelotas corridas: uno era Cristóbal de Tapia y el otro Pánfilo de Narváez, ya libre de manifestar su envidia biliosa sin tener que cubrirla con la máscara de la obsequiosidad

[1]

Se preparaba otra tormenta contra Cortés. Pero él no sabía nada y seguía dedicado a su labor de gobernante, ensanchando y ahondando su dominio sobre el país. Consciente de su superioridad, intelectual y moral, escribe al Rey informándole de la tendencia de sus cuatro oficiales a rebasar los límites de sus respectivas atribuciones, usurpándole las suyas. Es una página admirable que ilustra el equilibrio y la prudencia de aquel hombre singular. En ella explica al Emperador que trata a los cuatro oficiales con toda la honra y deferencia a que tienen derecho y aun expresa satisfacción por el modo cómo cumplen sus propias funciones; pero después de haber indicado que intentan sobrepasarlas interviniendo en el gobierno, que a él corresponde, ruega al Emperador mande órdenes reales para impedirlo pues, dándose cuenta de la importancia de que todos ellos sigan en amistosas relaciones, no quiere echar a perder la situación haciéndolo él mismo

[2]

.En esta actitud, Cortés se revela tanto más moderado y dueño de sí cuanto que, por una oscura mezquindad que se había deslizado Dios sabe cómo en las cartas reales reconociendo sus grandes servicios, el sueldo anual que se le había concedido como gobernador de la Nueva España era solo de trescientos mil maravedís, mientras que a cada uno de los cuatro oficiales reales que le rodeaban se le habían otorgado quinientos diez mil. Como con razón hace observar al Emperador, debía habersele concedido a él un sueldo lo menos cuatro veces mayor que al de cualquiera de los demás oficiales. Es prueba elocuente de su rectitud y magnanimidad que al exponer esta irritante situación, como cuando escribe sobre otras de igual índole, lo hace siempre en términos de la mayor dignidad y objetividad

[3]

.Cortés no parece abrigar muy alta opinión de los hombres que está llamado a gobernar, al menos en lo político. En las Instrucciones de Carlos V se le ordenaba nombrase Alcaldes y Regidores de las ciudades por listas de candidatos presentadas por las ciudades. Cortés ruega al Emperador le permita atenerse a su propio sistema, pues de lo contrario las ciudades presentarán «más a personas amigos e parientes suyos por el provecho e interese dellos, que no a personas que mejor mirasen al bien de la república [...] e el Gobernador, como cualquiera orden y concierto que haya en los regimientos redunde en honra suya, e si por el contrario, en infamia, es notorio que tendrá más especial cuidado de lo que conviene, pues es todo a su cargo». Como medida adaptada a las condiciones de un Estado todavía naciente, la idea de Cortés puede defenderse con este argumento. Pero él va más lejos, mostrando que, en el fondo, no es demócrata, sino al contrario, monárquico casi absolutista: «e aun es otra cosa que se me figura de más inconveniente, que como el Gobernador

representa su real persona e jurisdicción, dando aquella mano a los pueblos e a otras personas, parecería derogar su preeminencia real y aun por tiempo la extendería a más, haciéndolo uso y costumbre» }0 .

Otras de sus opiniones se hallan más en armonía con nuestro modo de pensar. Así, por ejemplo, presenta objeciones a la idea de Carlos V de imponer un impuesto a cada indio, creyéndolo forma ruinosa de servicio, ya que el Rey percibe un quinto del oro, plata y beneficio de todo otro metal, y que los naturales tenían ya sobre sí la obligación de trabajar para los españoles a cambio de la obligación que los españoles aceptaban de asegurar la defensa del país [484]. Recomienda al Emperador el libre cambio entre las islas y la tierra firme, elevándose contra la prohibición de exportar animales hembras a Nueva España que las islas habían adoptado para asegurarse altos precios a su ganado, y con razón apunta que el desarrollo y establecimiento de los españoles en la Nueva España había contribuido poderosamente a la prosperidad y bienestar de las islas [485]. En toda la correspondencia de este período, Cortés se manifiesta, pues, objetivo, sensato y siempre atento al bienestar de los más, liberal en economía, aunque autócrata ilustrado en política.

Hasta cierto punto, se acercaría bastante al tipo del déspota ilustrado que florece en Europa durante el siglo XVIII de no haber sido hombre de fe tan honda y ferviente. Reiteradamente pide al Emperador le mande hombres de buena y santa vida que vengan a encargarse de la dirección espiritual de la Nueva España. En su carta del 13 de octubre de 1524, hay todo un párrafo consagrado a este tema en el que expresa sus opiniones con una sinceridad no exenta de cierto humorismo subconsciente; recuerda que primero había pedido obispos, pero ahora prefiere frailes porque, dice, «habiendo obispos y otros prelados, no dejarían de seguir la costumbre que, por nuestros pecados, hoy tienen en disponer de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios, en dejar mayorazgos a sus hijos o parientes, y aun sería otro mayor mal, que como los naturales de estas partes tenían en sus tiempos personas religiosas que entendían en sus ritos y ceremonias, y estos eran tan recogidos, así en honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera de esto a alguno se le sentía, era punido con pena de muerte, e si agora viesen las cosas de la Iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos o otras dignidades, y supiesen que aquellos eran ministros de Dios, y los viesen usar de los vicios y profanidades que agora en nuestros tiempos en esos reinos usan, sería menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla; y sería a tan gran daño, que no creo aprovecharía ninguna otra predicación que se les hiciese»

iii

A este testimonio verbal viene a añadirse otro más elocuente todavía, que dan sus actos, para probar la sinceridad de esta convicción suya. El 18 de mayo de 1524, la primera misión, compuesta de frailes franciscanos, llegó a San Juan de Ulúa ³⁴. Eran doce, como los apóstoles, y venían animados del más santo celo para la conversión de los naturales. Cortés recibió la noticia con el mayor contento, y al instante despachó a un caballero de su casa, Juan de Villagómez, para que se encargase de la seguridad y del bienestar de los recién llegados durante todo su viaje. Villagómez se encontró con doce hombres a quienes no se les daba un bledo ni seguridad ni bienestar y que, después de breve descanso para rehacerse de una travesía de cerca de cuatro meses, se pusieron en marcha hacia Méjico a pie y descalzos, negándose a todo favor, protección o buen trato.

Cortés había dado instrucciones a todos los pueblos del camino, ya de naturales, ya de españoles, para que recibieran a los frailes con todo respeto y cariño, y «por donde viniesen les barriesen los

caminos y donde posasen les hiciesen ranchos, si fuere en el campo, en poblado, cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, que les saliesen a rescibir y les repicasen las campanas, que en aquella sazón había en cada pueblo, y que todos comúnmente después de les haber recibido, les hiciesen mucho acato y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas y con las cruces que hobiese, y con más humildad, y porque los indios lo viesan, para que tomasen ejemplo, mandó a los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos». Los doce apóstoles seguían andando. Llegaron a Tlaxcala y se quedaron una noche a descansar. Fueron al Tianquiztli, que estaba abarrotado de gente. Aquellas doce extrañas figuras causaban el asombro de los naturales. Ellos a su vez, «maravilláronse -escribe Fray Jerónimo Mendieta- de ver tanta multitud de ánimas cuanta en su vida jamás habían visto así junta. Alabaron a Dios con grandísimo gozo por ver la copiosísima mies que les ponía por delante. Y ya que no les podían hablar por falta de su lengua, por señas (como mudos) les iban señalando el cielo, creyéndoles dar a entender que ellos venían a enseñarles los tesoros y grandezas que allá en lo alto había. Los indios se andaban tras ellos (como los muchachos suelen seguir a los que causan novedad) y maravilláronse de verlos con tan desarrapado traje, tan diferente de la bizarría y gallardía que en los soldados españoles antes habían visto. Y decían unos a otros: ¿Qué hombres son estos tan pobres? Y menudeaba mucho un vocablo suyo diciendo: motolínea, motolínea. Y uno de los Padres, llamado Fray Toribio de Benavente, preguntó a un español qué quería decir aquel vocablo que tanto le repetían. Respondió el español: Padre, motolínea quiere decir pobre o pobres. Entonces dijo Fray Toribio: ese será mi nombre para toda la vida». Y en efecto, de allí en adelante se le conoció, y ha quedado en la historia por su caridad y por sus libros, como Fray Toribio Motolínea.

Siguieron andando, descalzos, hacia Méjico, marcha no menos victoriosa, aunque más pacífica, que la de Cortés y sus compañeros cinco años antes. Cortés había reunido a todos sus capitanes y a todos los notables mejicanos, con Guatemocín a la cabeza, pues con su aguda penetración del valor de las escenas dramáticas, deseaba grabar profundamente en toda la nación mejicana que estaba creando, tanto en su cara hispana como en su cara india, el poder del espíritu. Cortés no era ningún beato empapado en emoción. Era un hombre de Estado, previsor y calculador. El valor de la escena histórica que preparaba se realza por el hecho de que la había meditado cuidadosamente.

A caballo, salió a recibir a los doce apóstoles cubiertos de polvo del camino, a la cabeza de un brillante escuadrón de españoles y naturales. «Y cuando Cortés supo que llegaban -cuenta Bernal Díaz, que se hallaba presente-, se apeó del caballo y todos nosotros juntamente con él, e ya que nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante de Fray Martín de Valencia y le fue a besar las manos fue Cortés y no lo consintió, y le besó los hábitos, y a todos los más religiosos, y así hicimos todos los más capitanes y soldados que allí íbamos y el Guatemuz y los señores de Méjico; y desde que el Guatemuz y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantáronse en gran manera, y como vieron a los frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino a pie, y muy amarillos, y ver que a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa como sus dioses, así arrodillado delante dellos, desde entonces tomaron ejemplo todos los indios, que cuando agora vienen religiosos les hacen aquellos recibimientos y acatos segund de la manera que dicho tengo». Esta escena fue la primera piedra espiritual de la Iglesia católica en Méjico. «Este celeberrimo acto -escribe Mendieta- está pintado en muchas partes de esta Nueva España [...] para eterna memoria de tan memorable hazaña, que fue la mayor que Cortés hizo [...] porque en las otras venció a otros, mas en esta venció a sí mismo». Era además un acto en que el conquistador, hombre de fuerza, ponía su fuerza a los pies del espíritu. Hermosa escena para poner al lado de aquella otra en que Cortés, saltando «sobrenaturalmente» con la barra de hierro en la mano, se alzó para atacar el rostro repugnante del dios de la sangre, como actos dramáticos tallados en la roca viva de la historia

con las líneas claras y vigorosas de un carácter creador. Esta ascensión y esta humillación son los dos momentos más intensos de la vida de Cortés: por su ritmo singular, poderoso hacia afuera y hacia arriba en el primero, poderoso hacia adentro y hacia abajo en el segundo, y aun más por el efecto combinado de los dos movimientos espirituales, estos dos momentos de Cortés evocan las místicas líneas de San Juan de la Cruz:

Y me abajé tanto tanto
que fui tan alto, tan alto
que le di a la caza alcance [-].

Cortés va a Las Hibueras y pierde Méjico

Cuando en octubre de 1524 Cortés envió al Emperador su cuarta carta- informe, a los cuatro meses justos de la llegada de los doce frailes de San Francisco, tenía cierto derecho a gozar en paz y tranquilidad un largo período de gobierno en condiciones ideales para un genio creador como el suyo. Había bastante peligro, ocasión de guerra y espacio abierto a la exploración para atraer a un soldado como él. Ya entonces le amenazaba otra de las tormentas que sus envidiosos rivales desencadenaban de cuando en vez intrigando en la Corte contra él, pero todavía no tenía noticia de este peligro. Las cartas reales que reconocían su mérito eran sólida base de su poder. Lo demás podía confiarlo a su don de gentes.

Quiso la suerte, sin embargo, que en este preciso momento le descargase el golpe quizá más fuerte de su carrera, al parecer uno de sus capitanes, en realidad su propio carácter. Cristóbal de Olid, a quien había mandado a Las Hibueras, se rebeló contra su autoridad. Era entonces Cortés tan fuerte que pudo haber enviado fácilmente contra el rebelde a otro de sus capitanes de más confianza, como Sandoval; y tal fue su primera idea, que puso en práctica mandando a Francisco de Las Casas, pariente suyo que, como dice Bernal Díaz, y los acontecimientos iban pronto a probar, «era varón para cualquier cosa de afrenta». Pero luego, se arrepintió, y decidió ir en persona a castigar al rebelde. El estilo es el mismo que ya hemos visto en su reacción a la llegada de Narváez. Pero, lo que en un capitán que tiene todavía toda su carrera por hacer, el albur de una aventura de origen legal dudoso, había sido un acto a la vez prudente y audaz, si todavía audaz, era ahora imprudente por parte de un Virrey de autoridad y prestigio ilimitados, pero rodeado de funcionarios ambiciosos, desleales y de baja estirpe moral.

Al decidir que iría en persona a la cabeza de la expedición punitiva contra Olid, Cortés cometió uno de los errores más trágicos de su vida. Desertó el puesto que le correspondía de Gobernador General y creador de un país nuevo, rebajándose a nivel de Olid, en lugar de permanecer en la cumbre, dispuesto a castigar al rebelde con el brazo de uno de sus capitanes, y aun a perdonarle. Cortés dio así leña al fuego que sus enemigos estaban entonces encendiendo en España contra él, permitiéndoles que lo pintasen ante la Corte como el aventurero de siempre; a la vez que exponía su persona a peligros y penalidades que iban a quebrantar su salud como ninguno de los trabajos que hasta entonces había pasado.

Era Cortés demasiado sagaz para no darse cuenta de todo esto. ¿Por qué cedió tan fácilmente a su impulso bélico? En primer lugar, sin duda, por la fuerza misma de este impulso, pues al fin y al cabo predominaba en él la vocación militar. En su cómodo palacio de Cuyoacán, luego en el de Méjico, sentía la nostalgia de los campamentos. El mismo explica su decisión al Emperador «porque me pareció que ya había mucho tiempo que mi persona estaba ociosa y no hacía cosa nuevamente de que V. M. se sirviese a causa de la lesión de mi brazo»; y esta explicación es sin duda sincera. Bernal Díaz lo confirma: «Como de su condición era de gran corazón, habíase arrepentido por haber enviado al Francisco de Las Casas, sino haber ido él en persona». Y añade que Cortés deseaba ir él mismo por tener la tierra fama de rica, sobre todo en minas de oro'. Pero a veces los hombres manejan las razones como si fueran pretextos; y el motivo más hondo de los que llevaron a Cortés a cometer este trágico

error puede muy bien haber sido aquel pecado original de su conquista, aquel sentido íntimo de su propia culpa, que aun después de absuelta por el Emperador, volvía a alzarse ante su conciencia en cuanto veía amenazada su autoridad. Este motivo recóndito asoma a la superficie en la carta que escribe al Emperador remitiéndole su cuarta relación

¹¹ en la que, después de enumerar las demás razones por las que le había conturbado la noticia de la rebelión de Olid, añade: «E aun otra cosa me pena más, que los que saben poco de la negociación pasada entre Diego Velázquez y mí dirán que es *pena peccati*, y pluguiera a Dios que ello así fuera, porque no pudiera yo tener queja ninguna; mas es al revés, que en lo otro ni en esto puedo quedar sin ella, porque ni el otro dijo la verdad en decir que mi venida no había sido a mi costa, ni estotro la dirá si dijere que en ello puso cosa alguna». La relación subconsciente entre ambos sucesos -rebelión de Olid contra él, rebelión suya contra Velázquez- es evidente y la parte que esta relación aportó al impulso que le llevó a tan fatal empresa se desprende bien claramente del hecho de que las palabras citadas, que vienen al final de una cadena de motivos varios, llevan directamente a su conclusión: «e teniendo pena de todas estas cosas, yo me determiné a ir por tierra hasta donde está o puede estar el dicho Cristóbal de Olid, para saber la verdad del caso y si así fuere, castigarle conforme a justicia» [486].

*

Hay pues cierta justicia inmanente en el hecho de que esta expedición de Las Hibueras, que brota de una raíz secreta de anarquía enterrada en el pecho de nuestro hombre de orden haya sido el factor más potente para sumir en anarquía y confusión una carrera y una obra hasta entonces crecidas en luz de orden y perseverancia de voluntad. El 12 de octubre de 1524, Cortés se puso en marcha, dejando el gobierno a una Junta compuesta de Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz, y el licenciado Alonso Zuazo, recién llegado a Méjico de Santo Domingo. No podía hacerse ilusión alguna ni sobre el Tesorero ni sobre el Contador. Estrada era un ambicioso que se jactaba de ser hijo natural del Rey Fernando el Católico [487]; Albornoz era un intrigante que ya estaba agitando la colonia contra Cortés, despechado por no haberle dado Cortés tantos indios como quería, y por haberle negado la hija del señor de Tetzcuco, a quien había casado con una persona de calidad. Cortés sabía todo esto, y aun había prevenido a sus amigos de España de la costumbre que tenía Albornoz de mandar a la metrópoli informes falsos en cartas cifradas. Lo que no sabía es que en el mismo barco en que mandaba tales avisos iban varias cartas cifradas de Albornoz llenas de calumnias contra él [488].

El Factor, Salazar y el Veedor, Chirino, recibieron con el natural disgusto al nuevo Gobierno, del que no formaban parte. La solución evidente del problema de la interinidad, tal como hoy la vemos, hubiera sido un consejo compuesto de los cinco funcionarios, quizá mejorado con la presencia de algún que otro fraile imparcial y libre de ambiciones, limitado en su funcionamiento por un reglamento sobre mayoría de votos y quorum. Cortés no parece haber actuado en este asunto con la sagacidad que le era usual. Salazar y Chirino procuraron primero convencerle de que no se ausentara, pero al ver que estaba decidido a marchar, le convencieron de que les permitiera acompañarle parte del camino, sin duda con la esperanza de aprovechar el tiempo en el viaje para sonsacarle mayor parte en el gobierno [489].

Cortés viajaba con gran lujo y aun con cierta ostentación de príncipe del Renacimiento. Su casa ambulante se componía de un mayordomo, dos maestresalas, un botiller, un repostero, un despensero, que llevaba a su cargo grandes vajillas de oro y de plata, un camarero, un médico, un cirujano, gran

número de pajes de servicio, dos pajes de lanza, ocho mozos de espuelas y dos cazadores halconeros, sin contar los músicos, cinco chirimías y sacabuches y dulzainas, y un volteador y otro que jugaba de manos y hacía títeres, y un caballero y tres acemileros; seguíanle una gran manada de puercos, especie de despensa ambulante; cabalgaba rodeado de un escuadrón brillante de capitanes españoles, con Sandoval a la cabeza, y llevaba consigo a todo un grupo de principales mejicanos, encabezados por el propio Guatemocín -precaución prudente contra todo movimiento hostil por parte de los naturales durante su ausencia. Los intereses espirituales iban a cargo de «un clérigo y dos frailes franciscos, flamencos, grandes teólogos que predicaban en el camino»

[1]

La expedición comenzó con una fase triunfal. En cada ciudad o pueblo que atravesaban los españoles, salía la gente a recibirlos con el mayor entusiasmo, que convergía especialmente sobre la figura, ya casi legendaria, de Cortés. Fue entonces cuando el conquistador gozó con más plenitud los dulces frutos del poder. A su lado, Chirino y Salazar se le hacían todo miel, y con gran retórica y obsequiosidad, seguían instándole a que retornase a Méjico. «¡Ay tío, y volvámonos, ay tío y volvámonos, questa mañana he visto una señal muy mala, ay tío y volvámonos!» -le cantaba humorísticamente Salazar; y no menos humorísticamente, le respondía Cortés cantando: «¡Adelante, mi sobrino, adelante mi sobrino, y no creáis en agüeros, que será lo que Dios quisiere. Adelante mi sobrino!»

[2]

.Dios quiso que Cortés recibiera cartas de Méjico informándole de que Estrada y Albornoz habían reñido, y quizá exagerando esta diferencia. Salazar y Chirino habían recibido también noticias análogas, que al punto se dispusieron a utilizar, trabajando tan bien el ánimo de Cortés que lograron de él plenos poderes en dos cartas credenciales para presentar según la situación que encontraren en Méjico: una, por si hallaban a Estrada y Albornoz todavía en buenos términos, dándoles parte igual a ellos en el gobierno; otra, para el caso en que Albornoz y Estrada no hubieran hecho las paces, confiriendo el Gobierno a una Junta de tres, compuesta exclusivamente de Salazar, Chirino y Zuazo. Ya conseguido lo que deseaban, el factor y el veedor regresaron a Méjico dejando a Cortés, a quien creían condenado fatalmente por el destino a perecer en aquella loca expedición 9 .

Atravesaba en efecto Cortés una de esas fases de ceguera y ligereza que vinieron de cuando en cuando a oscurecer su buen juicio después del éxito. Ciego estaba cuando dejó marchar a Méjico a aquellos intrigantes y ambiciosos, a quienes él mismo había otorgado los poderes que iban a manejar como ganzúas para desvalijarle y destrozar su tesoro moral y material. Quizá, dominado por su vocación militar, se sintiera libre de toda preocupación política al verlos marchar, y feliz al poder concentrar su atención en la exploración y conquista del país misterioso por donde se iba adentrando. En esta fase de ligereza se desprendió también de Doña Marina, a quien casó con uno de sus capitanes, Juan Jaramillo, durante la estancia del ejército en Orizaba. Es natural que al verse así despedida de la intimidad del general en presencia de todo el ejército, la despierta y gentil mejicana sintiera enfriarse el afecto humano que daba calor y sustancia a aquella su lealtad mental hacia Cortés que hasta entonces había sido factor tan valioso en la conquista 10 .

No era este estado de ánimo ligero tal que pudieran esperarse de él grandes éxitos de guerra, pero seguía intacta la ascendencia de Cortés sobre indios y españoles. En Coatzacoalco, obligó a todos los españoles avecindados a unirse a la expedición, a pesar de que le opusieron gran resistencia, pues eran todos conquistadores veteranos que ansiaban algo de paz y tranquilidad; pero, según el mismo

Bernal Díaz cuenta, y era uno de ellos, terminaron por ceder «porque no le osábamos decir de no, e ya que alguno se lo decía, por fuerza lo hacía ir»; y así todos marcharon, bien ajenos de pensar que los trabajos y peligros de aquella malhadada empresa iban a dejar tamaños a los inauditos que hasta entonces habían pasado

Cortés decidió cruzar de costa a costa la tierra que hace de Yucatán (isla entonces para muchos pilotos) una península, tierra que, por estar mal informado, imaginaba mucho más estrecha de lo que es. En Espiritu Santo, ciudad española de la región de Coatzacoalco, convocó a los notables indígenas y les hizo dibujarle sobre algodón una especie de mapa del país. Este intento cartográfico de los naturales fue desastroso para Cortés, pues le confirmó en el error que ya traía de que la lengua de tierra que unía a la península de Yucatán con la tierra firme tenía unas veinte leguas de anchura, siendo así que era muchas veces mayor, amén de estar herméticamente cerrada al invasor por un laberinto de bosques, ríos, marismas y montañas. En este laberinto se adentró con un valor como el de siempre, pero con una temeridad anormal en él, y al conseguir atravesarlo, llevó a cabo sin duda alguna la marcha militar más increíble aun en los anales de la increíble conquista española del Nuevo Mundo. Ya desde el principio, cuando todavía se hallaban en la región relativamente fácil de Copilco, sobre la costa, tuvieron que construir frecuentes puentes para atravesar los numerosos ríos y marismas que les cortaban el paso, o bien organizar laboriosos trasbordos en canoas; pero uno de aquellos ríos era tan ancho que tuvieron que construir un puente de madera de una milla de largo, y «fue una cosa bien maravillosa de ver». Cortés calcula que en esta fase de su marcha hubo que construir cincuenta puentes nada más que para atravesar veinte leguas de tierra cenagosa

iii

El ejército se dirigió después hacia el sureste, más tarde hacia el sur, en dirección a Zaguatán, en las marismas del valle del río Grijalba. En aquella región los naturales no viajaban nunca por tierra, teniendo establecida su red de comunicaciones por ríos, lagos y lagunas. Cortés, que hasta entonces había venido avanzando a fuerza de puentes, tuvo ahora que avanzar a fuerza de caminos, que iba abriendo en el bosque virgen. Era menester primero ganarse a los naturales, pues la conducta desafortada de los españoles de Olid en Honduras había hecho estragos en la actitud de todo el país circundante. Pero Cortés era maestro en el arte de atraerse al indígena, y en aquella sazón tuvo que aplicarlo obligado por la necesidad, pues con suma frecuencia se veía el ejército amenazado por el hambre, sobre todo después de que la manada de puercos, a pesar de la prudente precaución de retrasarla a cuatro jornadas del resto de la expedición, estaba ya casi exhausta. Había períodos en que pasaban hasta veinte días intentando en vano encontrar la salida del laberinto en que se habían metido, y ya se veían cercados para siempre por el bosque y la marisma. Cortés se había traído una brújula, cuya utilidad quedaba asaz reducida por la falta de mapas exactos o ni siquiera medianos, pero que aun así, al menos en una ocasión señalada, permitió a Cortés alcanzar un éxito brillante de geografía en el laberinto del bosque y marisma, seguido de nuevos éxitos todavía mayores y mucho más inesperados en el laberinto de las almas humanas. Hallábase el ejército en un lugar al parecer sin salida. Quizá por una combinación de instinto y de suerte, Cortés, consultada la brújula, dirigió a sus avanzadas en un sentido noroeste, por donde, sin desviarse de la dirección indicada, fueron a dar a la plaza mayor de la ciudad que buscaban. Este éxito impresionó de tal modo a los naturales, a los del país como a los mismos mejicanos, que lo atribuyeron no tanto a los poderes de Cortés como a los de la brújula, en cuya aguja creían residir el poder mágico de la adivinación. Las consecuencias de esta fe en la brújula y en su poder adivinatorio se hicieron sentir algo más tarde. Entretanto, el ejército tuvo que atravesar semanas y meses de increíbles penalidades, al cabo de los cuales, seguía todavía

encerrado en lo profundo de un nudo de bosques vírgenes que iban abriendo a fuerza de hacha y espada, o hundido en ciénagas hasta la cintura, o inmóvil e impotente ante ríos, que bordeaban riberas traicioneras -y siempre hambriento.

Uno de estos obstáculos, un río, constituía barrera tan formidable que hasta el propio Cortés pensó un instante en retroceder hacia Méjico. Solo un instante. La reacción de su voluntad para conquistar el obstáculo fue pronta. ¿De qué se trataba? ¿Agua? Se haría un puente. Hizo sondear el río y estudiar el fondo atando dos picas punta a punta; y venciendo la resistencia que le oponía un ejército exhausto y hambriento, impuso su voluntad para que se construyera un puente. A fin de deshacerse de la oposición de los españoles, declaró explícitamente que ningún español otro que él pondría mano a la labor, pues el puente lo harían los indios, con su sola colaboración. En su carta al Emperador expresa su admiración ante esta obra de ingeniería indígena, con palabras que merecen citarse: «En cuatro días la acabaron [...] y tardarán más de diez años que no se deshaga, si a mano no la deshacen; y esto ha de ser con quemarla, que de otra manera sería dificultoso de la deshacer, porque lleva más de mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de un hombre, y de nueve y de diez brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta; y certifico a V. M. que no creo habrá nadie que sepa decir en manera que se pueda entender la orden que estos señores de Temixtitán que conmigo llevaba y sus indios tuvieron en hacer esta puente, sino que es la cosa más extraña que nunca se ha visto». Así reconoce generosamente el mérito del arte mejicano, pero el impulso, la voluntad, el espíritu eran suyos. Más adelante, se volvieron a encontrar ante un río ancho y feroz, que rompía tumultuosamente por entre formidables rocas. Cortés improvisó otro puente echando sobre roca y roca troncos de árboles gigantes. Así era su espíritu indomable, que halló adecuado reconocimiento si no en la historia al menos en la leyenda: «Y quiero decir -escribe Bernal Díaz- que como hicimos esta puente y en todos los caminos habíamos hecho las grandes puentes ya por mí memoradas, después que aquellas tierras y provincias estuvieran de paz, los españoles que por aquellos caminos pasaban y hasta hoy día hallaban algunas de las puentes sin se haber deshecho al cabo de muchos años, y los grandes grandes árboles que en ellas poníamos, se admiraban dello y suelen decir agora que aquí son las puentes de Cortés como si dijieran las columnas de Hércules»

[1]

.

*

Al fin consiguieron llegar a Acalán, «muy abundosa de mantenimientos y de mucha miel»

[1]

. Cortés iba avanzando, algo más tranquilo, si bien solo temporalmente, preguntándose si Yucatán era isla o península y si daría con «el secreto de ello», cuando una noche Coztemexi

[2]

, uno de los notables mejicanos que le acompañaban vino a verle sigilosamente, enseñándole una pintura en tela al estilo indígena en la que se explicaba cómo Guatemocín y otros mejicanos de su séquito estaban conspirando para asesinar a Cortés ya sus capitanes, con el fin de organizar después un alzamiento contra Olid y finalmente recobrar su dominio sobre Méjico. Cortés, sin perder tiempo, se apoderó al punto de Guatemocín, de Guanacoch, rey de Tetzcuco, de Tetepanquetzal, rey de Tacuba y de un jefe militar llamado Tomilatzin, que tenía título de Tlacatecatl

[3]

, interrogándolos separadamente. Se dijo a cada uno de ellos que el otro había confesado ya, y los más declararon lo que sabían por estar convencidos de que la brújula se lo había dicho ya todo a

Cortés. Aquellos de entre ellos cuya culpabilidad no pasaba de haber escuchado a los dos principales conspiradores, se defendían ante Cortés tomando la brújula por testimonio de su inocencia. Mediante un manejo hábil de la brújula para estos fines poco usuales, Cortés se enteró de que los conspiradores principales habían sido Guatemocín y Tetepanquetzal, «y a los otros» -explica al Emperador- «solté porque no pa- rescía que tenían más culpa de habelles oído, aunque aquella bastaba para merecer la muerte».

Episodio de verdadero estilo Cortés. Frío y duro cuando es necesario, pero solo entonces y no más, Cortés guardó a Guatemocín a su lado mientras el rey depuesto no constituía amenaza a su seguridad; y cuando llegó a constituirlo, puso a muerte a su enemigo mas no llevó el castigo de los conspiradores más allá del mínimo indispensable

^[4] . Este incidente le hizo darse cuenta de la gravedad de la situación en que tan temerariamente se había metido. La preocupación y la inquietud le privaron del sueño. Iba y venía una noche de insomnio en su alcoba, local del Teocalli donde estaba alojado, y cuya forma y disposición no le eran familiares, cuando avanzando sobre el vacío en la oscuridad cayó pesadamente a una sala inferior, haciéndose una herida en la cabeza

^[1] . Con su paciencia para sufrir, no dijo palabra sobre el asunto y siguió camino sin inmutarse, como era su costumbre, aceptando con humor igual los buenos y los malos días. Nuevos obstáculos seguían cerrándole el paso con los elementos de siempre: hambre, calor, ríos, marismas, bosques casi impenetrables, una montaña de pedernal tan afilado que parecía hecha de navajas y que les costó doce días de marcha para hacer diez leguas, y la muerte de sesenta y ocho caballos, que se desjarretaban a la menor caída; y lo peor de todo, la sensación que les iba invadiendo a todos de que estaban perdidos para siempre y no volverían otra vez a ver la vida de la cristiandad

^[2] .

«Quiso Nuestro Señor que estando ya casi sin esperanza, por estar sin guía, y porque de la aguja no nos podíamos aprovechar, por estar metidos entre las más espesas y bravas sierras que jamás se vieron, sin hallar camino que para ninguna parte saliera, más del que hasta allí habíamos llevado, que se halló por unos montes un muchacho de hasta quince años que, preguntando, dijo que él nos guiaría hasta unas estancias de Taniha, que es otra provincia que llevaba yo en mi memoria que había de pasar». En Taniha, se encontraron con dos mujeres indígenas que habían servido a unos españoles en la costa a dos jornadas de marcha. Estaban salvados [\[493\]](#).

Pero Cortés tenía que ir con mucha cautela al acercarse a sus compatriotas. ¿Quién eran? Si eran los de Olid, ¿estarían con él o con el capitán rebelde? En la duda decidió mandar a Sandoval en una canoa; con táctica cuidadosa y hábil, Sandoval consiguió apoderarse de cuatro españoles que estaban pescando y que le informaron del dramático desenlace que había tenido la rebelión de Olid. Francisco de Las Casas había llegado a Las Hi- bueras con una armada bastante fuerte para imponerse a Olid, pero no a una tormenta que le precipitó contra la costa, destrozándole los barcos y poniendo a los hombres en grave peligro; Olid se apoderó de Las Casas y luego, con las tropas suyas y las nuevas, avanzó contra Gil Dávila, otro conquistador que a la sazón andaba operando por cuenta propia en aquellas regiones, venciénolo y tomándolo también prisionero. Olid era un andaluz bravo y confiado

que se contentó con desarmar a sus prisioneros, pero los dejó en libertad y aun acostumbraba a comer a la misma mesa con ellos. «Señor Capitán -le decía Las Casas medio en burlas medio en serio-, mire bien por su persona que un día u otro tengo de procurar de le matar». Olid se reía, y tenía lo como cosa de burla. Pero un día que habían cenado juntos los tres, ya alzados los manteles y retirados los pajes, mientras hablaban de las conquistas de Méjico y ventura de Cortés, echó mano Las Casas de un cuchillo de escribanía muy agudo que llevaba escondido y cogiendo de las barbas a Olid se lo clavó en la garganta; los soldados de Cortés que estaban en el secreto, añadieron tantas heridas que Olid no se pudo valer, aunque como era muy recio y membrudo y de muchas fuerzas, se escabulló dando voces. «¡Aquí del Rey e de Cortés contra este tirano!», dijeron a voces Las Casas y Dávila. «Pues como oyeron el nombre de su Majestad y de Cortés todos los que venían a favorecer la parte de Cristóbal de Olid no osaron defendelle». Después de un proceso en regla, claro que en nombre de Cortés (y del Rey, por supuesto), Olid pereció en la horca

[\[1\]](#)

Los soldados pescadores anunciaron también a Sandoval que Las Casas había regresado a Méjico por la costa del Pacífico, no sin antes fundar en la costa atlántica una ciudad española que llamó Trujillo, en honor de su ciudad natal. Dávila había también marchado a Méjico, después de fundar también la ciudad de San Gil de Buena Vista sobre el río Dulce. Ellos, los pescadores, eran soldados de Dávila, «y desde que supieron que era Cortés que tan mentado era en todas partes de la India y de Castilla no sabían qué hacer de placer»

[\[2\]](#)

. Cortés halló a aquellos españoles en un estado desastroso, enfermos y desfallecidos de hambre. Como dice el refrán español, el hambre se encontraba con las ganas de comer. Para hacer el cuadro más español todavía, intervino el azar, haciendo que en aquel momento llegase a San Gil un navio con hombres, caballos y víveres. Cortés pensó en volver por mar a Méjico pero no creyó prudente hacerlo con tanta gente enferma, hasta haber reunido mayor cantidad de alimentos.

Como siempre, tomó sobre sí la mayor responsabilidad, y dejando en San Gil a los enfermos, cedió una vez más a su apetito de aventura, que entonces justificaba la necesidad en que se encontraban los suyos. El objetivo inmediato fue la exploración del Golfo Dulce, episodio tan rico en incidentes, trabajos y peligros, conllevados con el mejor humor y el ánimo más esforzado, como cualquiera de sus aventuras anteriores. Fue una empresa de índole anfibia, en que su ingenio tuvo constantemente que ir inventando modos de evadirse de las trampas y celadas que le tendía una naturaleza desconocida y llena de sorpresas, a la que hacía frente con su valor inaudito y con su firme fe en la protección divina. Así por ejemplo, después de haber hecho acopio de abundantes provisiones de boca, no sin fatigosas semanas de marchas y combates, cargó su cosecha en cuatro grandes balsas y haciendo seguir a sus soldados por la orilla, se embarcó con dos ballesteros en una canoa, río abajo, y téngase en cuenta que era un río «feroz», para proteger las balsas contra la corriente, los árboles y los indios. Estos le esperaban en la orilla en un lugar en codo donde sabían que la furia del río los arrojaría, despedazando gente y balsas, y Cortés pasó en aquel rincón del río por momentos de grave peligro quedando herido en la cabeza, única parte del cuerpo que llevaba indefensa, pues iba algo febril y se había destocado el casco. Todos salieron heridos de aquel encuentro, pero el mismo río que los había expuesto al peligro vino a salvarles llevándoselos de aquel lugar, de donde no hubieran podido salir por sus propias fuerzas, y al día siguiente a mediodía llegaron al golfo, donde el bergantín de base les esperaba, después de haber recorrido veinte leguas en veinticuatro horas.

En cuanto tuvo tiempo para organizar y poner en práctica sus designios, Cortés envió cierto

número de barcos -unos que halló en San Gil, otros que fueron llegando y compró, uno que hizo construir allí mismo- con cartas e instrucciones a la Nueva España, y noticias de su empresa y de la intención que tenía de seguir todavía en Honduras durante algún tiempo; a Cuba, a Trinidad y a Jamaica, con dinero para caballos y para reclutar más soldados; a La Española con noticias y despachos para España. Todos se perdieron o fueron a parar a otros lugares, obligados por la tempestad, pero uno pudo volver de Cuba con noticias de Zuazo, que allá, informándole de los graves desórdenes que habían ocurrido en Méjico. El golpe afligió profundamente a Cortés. Lloró lágrimas de amargura, se encerró a solas con su conciencia durante un día entero e hizo decir misas². Cayó en honda perplejidad, estado de ánimo que le era casi desconocido hasta entonces. ¿Iría a Méjico? ¿Seguiría explorando el país que se extendía al sur de Trujillo, donde le aguardaban tantos «secretos» que tentaban su curiosidad? Sin poder resolver la duda por sí mismo, decidió fiarse al Señor, y después de varios días de oración, misas y procesiones, se decidió a ir a Méjico. Envió a la capital a casi toda su gente por la vía de tierra que Francisco de Las Casas había explorado y abierto a lo largo de la costa del sur, y se hizo a la mar. Pero la mar le obligó tres veces a retornar a puerto, alzándose contra él en terribles tormentas, y leyendo en esta furia marina una decisión divina contraria a la suya, después de más misas y mortificaciones personales, decidió quedarse en Honduras enviando a Méjico con un barco con plenos poderes para Francisco de Las Casas

[1]

Estaba enfermo de bastante seriedad. La expedición a Las Hibueras le había consumido casi un año entero de su vida y envejecido más que todas sus demás campañas. Apenas restablecido, se puso a explorar la región, que halló excelente para poblar, y comenzó negociaciones con Francisco Hernández, capitán de Pedrarias Dávila, a fin de ir penetrando hacia Nicaragua, que Dávila consideraba como coto cerrado suyo. Estaba ya incluso preparando un viaje a Nicaragua, cuando llegó de la Nueva España un barco con noticias de tal gravedad que, esta vez, sin misas ni sacrificios, se hizo a la mar (el 25 de abril de 1526) y después de una breve estancia en La Habana para refugiarse del mal tiempo, desembarcó al fin en Veracruz el 24 de mayo de 1526, veinte meses después de haber salido de Méjico en un día aciago para Méjico y para él

[2]

.

*

Cuando Salazar y Chirino llegaron a Tenochtitlán con los dobles poderes que en tan mala hora les había otorgado Cortés, se vieron desagradablemente sorprendidos al hallar a Estrada y Albornoz en la luna de miel de una primera reconciliación. Al instante resolvieron guardar silencio sobre los poderes que para tal caso traían, presentando al cabildo y regidores los que hacían de ellos únicos gobernadores de Méjico en compañía de Zuazo.

A pesar de los esfuerzos de este licenciado, que parece haber sido hombre de buena intención, Salazar consiguió deshacerse de Estrada y de Albornoz, apresándolos, y aun del mismo Chirino, a quien alejó de Méjico enviándole a reprimir una rebelión de los zapotecas, mientras que Zuazo, testigo incómodo, tuvo que trasladarse a Cuba para evitar mayores males. Cortés había dejado su casa a cargo de su mayordomo Rodrigo de Paz, a quien había nombrado Alguacil Mayor. Este Rodrigo de Paz, hombre imprudente, impulsivo e imperioso, chocó con Salazar, que lo encarceló, y cuando ya lo tuvo a su merced, le obligó a cerrar trato con él para repartirse el poder efectivo. La primera hazaña de los nuevos aliados fue impedir con las armas que Estrada y Albornoz consiguiesen marcharse a España

bajo pretexto de llevarse el quinto real del oro de que eran responsables como Tesorero y Contador; Salazar y Paz les cerraron el paso con tropas alzadas mediante promesas de tierras y de indios. Fue entonces cuando llegó a Méjico Francisco de Las Casas, desde luego, sin noticias de Cortés. Pero ya las relaciones entre Salazar y Paz habían empeorado, porque Paz le había ganado veinte mil pesos a Salazar y a Chirino al juego; no quedaba a ambos gobernadores otro remedio que encarcelar otra vez a su acreedor, para lo cual soltaron a Albornoz y a Estrada a fin de que les apoyasen en esta operación, cuyo fin supremo parece haber sido apoderarse de las casas de Cortés, de gran fuerza en artillería y -según ellos creían- de gran riqueza en oro.

Ya instalados en las casas de Cortés, Salazar y Chirino convocaron al cabildo, prestando juramento ante ellos como gobernadores, después de haber propalado la voz de que era muerto Cortés. Sedientos de oro, registraron toda la casa, abriendo paredes y levantando suelos; hicieron arar la hacienda por si lo había escondido bajo tierra y expulsaron de las casas a cierto número de notables mejicanos, hombres y mujeres, y de mujeres españolas que vivían a expensas de Cortés; pero no hallaron nada, pues el hecho era que Cortés, aparte cierta tendencia a la ostentación y al lujo personal, no sentía atractivo especial hacia el oro, y tenía el corazón puesto al contrario en cosas que se lo consumían -navios, artillería, conquistas y exploraciones-. Defraudados en sus esperanzas, dieron tormento a Paz, metiéndole los pies en aceite hirviendo, y como el desdichado mayordomo quedó a punto de muerte, lo sentenciaron para poderle ahorcar, ya medio muerto, con las formas de la ley. No faltaron gentes ruines que vinieron al partido de Salazar, aunque no fuera más que por miedo, «y era uno dellos -cuenta Bernal Díaz-, uno que le teníamos por hombre honrado, que por su honor aquí no le nombro. Dijo al factor delante de otras muchas personas que estaba malo despanto, porque yendo una noche pasada cerca de Tatelulco, que adonde solía estar el ídolo mayor que se decía Huichilobos, do está agora la iglesia de Señor Santiago, que vio en el patio que se ardían en vivas llamas el ánima de Cortés y Doña Marina»

iii

En la noche del domingo 28 de enero de 1526, un hombre al parecer campesino, fatigado y cubierto de polvo, con una barba hirsuta que bastaba para revelarlo como español, llamó a las puertas del monasterio. Cuando se hubieron cerrado otra vez tras de él, el recién llegado reveló su identidad a los frailes y a Andrés de Tapia, Jorge de Alvarado y los demás amigos de Cortés que allí vivían refugiados. Era Martín Dorantes, criado de Cortés. Ocultas entre la ropa y atadas a la cintura traía cartas de Cortés para los frailes, para sus amigos de Méjico y aun para Estrada y Albornoz; «y desde que vieron al Dorantes y supieron que Cortés era vivo y vieron sus cartas, no podían estar de placer los unos y los otros, e saltaban y bailaban; pues los frailes franciscos, y entre ellos Fray Toribio Motolína y un Fray Diego de Altamirano, daban todos saltos de placer y muchas gracias a Dios»

iii

. Pero se imponía la cautela, y al punto los frailes cerraron todas las puertas del monasterio para que no saliese la noticia prematuramente. Cortés nombraba gobernadores a Francisco de Las Casas y a Pedro de Alvarado; pero a la sazón, ninguno de los dos estaba en Méjico: Alvarado andaba descubriendo y guerreando en Guatemala y Las Casas iba camino de España, cargado de cadenas que le había puesto Salazar y de crímenes que le había inventado. Las cartas de Cortés estipulaban que, si ni Las Casas ni Alvarado estaban en Méjico, se encargasen del gobierno Estrada y Albornoz. Los frailes los hicieron llamar discretamente al día siguiente, y no sin alguna lucha armada, los nuevos gobernadores se apoderaron de Salazar, encerrándolo en la cárcel.

«La primera cosa que el tesorero hizo -dice Bernal Díaz-, mandar honrar a Juana de Mansilla, que había mandado azotar el factor por hechicera, y fue desta manera, que mandó cabalgar a caballo a todos los caballeros de Méjico, y el mismo Tesorero la llevó a las ancas de su caballo por las calles de Méjico, e decían que como matrona romana hizo lo que hizo». Albornoz seguía tan retorcido como siempre y había avisado a Salazar desde el monasterio adonde había sido convocado por los frailes, permitiéndole así hacer resistencia. Estrada, que se daba cuenta de la doblez de Albornoz, solo consiguió ahogar en flor una conspiración organizada por los amigos de Salazar, ocultándole el caso a su propio colega en gobierno [\[494\]](#).

*

Entretanto habían llegado a España las cartas de Albornoz y sus bien montadas calumnias comenzaban a producir efecto. Una de las más peligrosas era que Cortés enviaba a España presentes de plumas pero se quedaba con el oro }0 . El pobre Carlos V andaba como siempre jadeante, tratando en vano de alcanzar sus deudas, y había escrito a Cortés llamando su atención sobre esta situación tan embarazosa, que gracias a él esperaba al menos paliar, instándole a que reuniese y le mandase todo el oro posible ya del quinto real, ya prestado [\[495\]](#). Rivera, secretario de Cortés, que a la sazón se hallaba en España, aprovechó la ocasión para obtener un asiento con el Rey, en virtud del cual, Cortés se comprometía a dar doscientos mil pesos de oro a cambio del título de Adelantado de la Nueva España, el derecho a llevar «Don» y el título de Caballero de Santiago. Se otorgaban además a Cortés armas en honor a su conquista: en el primer cuartel, un águila negra con dos cabezas, armas del Santo Imperio Romano; en el segundo tres coronas de oro sobre campo de sable, en memoria de los tres reyes de la confederación mejicana que había vencido; en el tercero un león de oro sobre campo de gules; en el cuarto, la ciudad de Méjico sobre el agua. Por orla, en campo amarillo siete cabezas en una cadena cerrada por un candado; encima, un yelmo con su timbre

[\[4\]](#)

Pero mientras se hacían estos asientos y se otorgaban estos honores, seguían llegando de Méjico noticias cada vez peores sobre el estado caótico en que había caído la Nueva España, mientras que no llegaba noticia alguna de Cortés. Poco importaba que las cartas hablasen bien o mal de su persona; siempre quedaba que las noticias eran malas y que Cortés no estaba en su puesto. Le sobraban enemigos en la Corte para hacerle aquel momento peligroso. El catálogo de sus crímenes iba creciendo: había asesinado a su mujer y a Garay; estaba construyendo navios en la costa sur para escaparse a Francia; estaba conspirando para erigirse en monarca independiente, contando con su artillería (que para nada necesitaba contra los indígenas), con sus tesoros inmensos, que ocultaba al Rey, y con la abnegación sin límites de españoles y naturales (curiosa contradicción en los que tanto le acusaban de opresor de los indios). El Emperador y su cancillería comenzaron a dejarse influir por todo este ambiente, que venían a apoyar las noticias de Méjico, y aun parece que Carlos V llegó a pensar en quitarle el gobierno a Cortés para dárselo al Almirante Don Diego Colón a cambio de sus pretensiones al de la Isla Española. Pero tampoco le faltaban amigos a Cortés, y en particular el Duque de Béjar y el prior de San Juan, Don Juan de Zúñiga, con cuya sobrina Doña Juana, hija del conde de Aguilar, iba más tarde a contraer matrimonio. Estos poderosos personajes tomaron la ofensiva, arguyendo que los favores y honores concedidos a Cortés no eran suficientes para compensar sus servicios y hazañas

[\[2\]](#)

. Así fue prolongándose el duelo entre amigos y enemigos, pero el tiempo y la larga ausencia de Cortés laboraban contra él, y el estado anárquico en que seguía Méjico iba socavando su crédito en la

Corte, mientras que otros casos de desorden y anarquía que ocurrían en las Indias, aun fuera de su jurisdicción y responsabilidad, iban creando en la Corte una atmósfera general de disgusto y desconfianza que le era también desfavorable. Finalmente, se decidió tomarle residencia, es decir, mandar una persona a investigar lo que ocurría e inquirir sobre cómo había ejercido su gobierno, y encargarse a la vez interinamente de la autoridad hasta entonces confiada al residenciado. Pero, dice Herrera, «porque su autoridad era mucha y su nombre tenido en gran consideración, se fue buscando persona de letras y de calidad, a quien se pudiese encomendar, y apareció que sería a propósito el licenciado Luis Ponce de León»

[3]

.

*

* El relato que Cortés hace de su llegada a la Nueva España de regreso de Las Hibueras revela la discreción con que se condujo al llegar a Vera- cruz, pero no la causa de tal discreción. El mal tiempo le impidió desembarcar de día, y tuvo que hacerlo de noche, yendo después a pie a Medellín (a cuatro leguas de distancia) sin que nadie lo observase, donde se dirigió primero a la iglesia, a dar gracias a Dios. Pero Bemal Díaz, al referir las precauciones similares, aunque más complicadas todavía, que tomó Martín Dorantes siguiendo instrucciones expresas de Cortés, revela que tal cautela se debió en ambos casos a temor de encontrarse con el país alzado contra su autoridad 35 . Al alba, el sacristán que vio la iglesia llena de gente extraña salió a pedir socorro, pero cuando los conquistadores que poblaban Medellín llegaron y reconocieron a su caudillo, aunque cansado, emaciado y envejecido por dos años de privaciones, hubo entre ellos gran alegría. Cortés escribió a todas las ciudades, así como a Estrada y a Albornoz «puesto que no era su amigo»; y después de ocho días de descanso en que «le hicieron muchas fiestas y regocijos» se puso en camino para Méjico.

Viaje triunfal: indios y españoles rivalizaban en el deseo de manifestar su gratitud al hombre a quien consideraban como su verdadero caudillo y gobernador. Todos anhelaban la paz que viene cuando rige un país la autoridad dignificada por la justicia. Oro, mantas, gallinas, le llegaban por doquier. En Tlaxcala salió toda la ciudad a recibirle bailando de alegría. Albornoz, presa de temor, salió al camino más allá de Tetzcuco, para recibir con sonrisa de fingida amistad al hombre que tantas veces había traicionado; el cabildo de Tenochtitlán rogó a Cortés pernoctase en Tetzcuco para que Méjico pudiera hacerle al día siguiente una recepción digna de él. Y el día en que entró en Méjico, toda la ciudad, española e indígena se entregó de lleno a la alegría con fiestas y danzas, animada por el color de las colgaduras y banderas durante el día, y por las luces de la iluminación en la laguna durante la noche.

Pero Cortés no venía de fiesta: guió sus pasos al monasterio, «e así -escribe al Emperador- me fui derecho a la casa y monasterio de sant Fran cisco, a dar gracias a Nuestro Señor por me haber sacado de tantos y tan grandes peligros y trabajos, y haberme traído a tanto sosiego y descanso, y por ver la tierra que tan en trabajo estaba, puesta en tanto sosiego y conformidad, y allí estuve seis días con los frailes, hasta dar cuenta a Dios de mis culpas» ,6 .

El Marqués del Valle

Todavía estaba Cortés en el monasterio, en una especie de retiro religioso, cuando se enteró de que había llegado Ponce de León. Al instante, adoptó las medidas necesarias para que se le honrase y alojase, de modo que en todo y por todos se le tratara como convenía a la dignidad de que llegaba investido. Pero Ponce de León rehusó cortésmente todas las ofertas que se le hicieron para poner grandeza y comodidad en su viaje, manteniendo siempre una actitud de independencia y de distancia para con el poderoso Gobernador y Capitán General que venía a residenciar ^[496]. Esta actitud parece haberse debido a un sentido innato de su propia dignidad y respeto de sí, como auténtico representante de la Corona, sentimientos quizá estimulados por las advertencias reiteradas que recibió tanto en España como en Veracruz poniéndole en guardia contra las mañas y ardidés de Cortés, que tan funestas habían sido para Narváez, Tapia y Garay ^[497].

Pero Ponce de León se encontró con un Cortés lleno de urbanidad y de respeto. Al día siguiente de su llegada a la capital, el cabildo se reunió en la iglesia; Ponce de León hizo leer sus credenciales e inmediatamente Cortés le entregó la vara de Justicia Mayor de la Nueva España. El nuevo juez produjo en todas partes la mejor impresión y Cortés en particular sintió honda satisfacción al verse en manos de un hombre tan recto y desinteresado. Pero, como dice nuestro refrán, tras de la cruz está el diablo, y tras Ponce de León venía Fray Tomás Ortiz, «más desventurado para entender en negocios - dice Bernal Díaz- que no para el santo cargo que traía» ^[498]. El mismo día de su llegada, Ortiz fue a ver a Cortés para «revelarle» que Ponce de León traía instrucciones concretas para darle muerte y confiscar sus bienes. Tanto directamente como de rodeo por los frailes franciscanos, Fray Tomás trabajó asiduamente para que Cortés riñera con Ponce de León. Pero esta vez, Cortés estaba resuelto a que sus altos servicios a la Corona resplandecieran a la luz que sobre ellos arrojaría un testigo recto e independiente, y a pesar de las intrigas del fraile, mantuvo siempre excelente opinión del juez de residencia que el Rey le había enviado

^[1]

Así las cosas volvió a intervenir el destino. La muerte se llevó a Ponce de León, torciendo los sucesos súbitamente de un modo inesperado que vino a poner a Cortés en una situación por demás delicada y difícil. Sus enemigos se apoderaron del caso para acusarle de haber dado muerte al juez de residencia, aunque Ponce de León murió de una epidemia que causó la muerte a otras treinta personas de las que habían venido con él. Este rumor calumnioso parece haberse debido al Padre Ortiz. La situación creada por la muerte de Ponce de León no podía ser más difícil para todos. En su testamento, el juez difunto delega sus poderes en un letrado, Marcos de Aguilar, viejo y comido de sífilis, que se sustentaba mamando leche al pecho de una nodriza

^[2]

. Los enemigos de Cortés deseaban que continuase la residencia; sus enemigos, que habían adquirido dominio sobre el cabildo, le «requirieron» a que se encargase del gobierno. Cortés se negó, sin duda para impresionar al Rey con su desinterés, pero hizo pregonar unas ordenanzas para la protección de los indios, por estimar que tenía derecho a hacerlo como Capitán General y Administrador de Asuntos Indígenas. Instigado por la oposición, Aguilar le negó el derecho a ejercer

estos cargos, y al instante, Cortés renunció a ellos: «Pienso que Vuestra Majestad -escribe al Emperador- se irá satisfaciendo de mi limpieza, pues no solamente obedecí y cumplí lo que el juez enviado por V. M. me mandó, pero aún obedezco y cumplo todo lo que me manda el juez que no tengo por competente ni sé si es mandado por V. M. ni por su Consejo, en lo cual padezco harto desfavores y no tal tratamiento cual mis servicios merecen, ni creo que V. M. lo consentiría si lo viese». Hasta aquí sus actos; ahora su razón suprema: «Sobre todas las cosas del mundo, yo he deseado dar a conocer a V. M. mi fidelidad y obediencia»

[3]

Estas palabras expresan con elocuente sinceridad el verdadero origen del acceso de mansedumbre que parece haber sufrido Cortés en esta fase de su vida. Dice Bernal Díaz que si al volver de Las Hibueras Cortés hubiera «despachado» a sus dos enemigos más peligrosos Salazar y Chirino, «no hubiera en Castilla quien dijera “mal hizo”, y Su Majestad lo tuviera por bien hecho». Y aún añade, lo que da singular fuerza a su opinión: «Y esto lo oí decir a los del Real Consejo de Indias, estando presente el obispo Fray Bartolomé de Las Casas en el año de 1540, cuando allá fui sobre mis pleitos, que se descuidó mucho Cortés en ello, e se lo tuvieron a flojedad e descuido» [\[499\]](#).

Olvidaban los que así criticaban que Ponce de León había llegado a Méjico a los cuatro días de la llegada de Cortés de Las Hibueras, privándole al instante de sus poderes de Justicia Mayor. Cortés sabía además que la acusación más grave entre muchas otras, algunas monstruosas, otras mezquinas, otras sencillamente necias, que Ponce de León venía a investigar, era que aspiraba a declararse monarca independiente. En su quinta carta, se refiere a esta acusación en su estilo tan firme y, sin embargo tan moderado, modelo de sobriedad y de espontánea elegancia. Le aflige la posibilidad de que una acusación tan grave pueda haber «puesto alguna niebla o oscuridad ante los ojos de V. Grandeza» [\[500\]](#). La mera idea de que el Rey pudiera imaginar tal cosa le hería en lo más íntimo de su ser, pues era profundo creyente en la naturaleza divina y sagrada de la Corona. Así se explica la constancia con que mantuvo una actitud de abnegada pasividad durante este período de prueba para él, con el fin y la esperanza de disipar así la «niebla y oscuridad» que habían puesto sus enemigos ante los ojos del Rey.

Aguilar también fue arrebatado por la muerte el primero de marzo, o poco después [\[501\]](#). Su dieta peculiar hacía difícil que los enemigos de Cortés le atribuyesen esta vez la muerte del anciano que se alimentaba al pecho de una nodriza; pero Ocaña, uno de los más implacables, resolvió este problema insoluble al parecer; en carta dirigida a los oficiales de la Casa de Contratación, cuenta cómo durante un banquete en casa de Cortés, mandaron a Aguilar unos torreznos que el anciano juez no probó, naturalmente, pero que se comieron sus criados, cayendo enfermos en seguida, a punto de que creyeron morir aquella noche. Y concluye Ocaña: «Creo que si el triste viejo los comiera, hubiera ido en busca de Luis Ponce» [\[502\]](#).

Este era el ambiente de intriga, de odio y de calumnia, que rodeaba entonces a Cortés. Al morir Aguilar, el cabildo de Méjico volvió a requerirle que asumiese los poderes de Gobernador y Justicia Mayor, pero aunque, jurídicamente, era su situación todavía más fuerte que al morir Ponce de León, su actitud personal seguía la misma, y se negó. El cabildo reconoció entonces a Estrada, a quien Aguilar había designado en su testamento para sucederle en los poderes; pero los amigos de Cortés arrancaron al cabildo dos concesiones: la primera fue que Sandoval tomaría parte en el gobierno; la segunda, que los dos gobernadores, Sandoval y Estrada, consultarían a Cortés en todos los asuntos relativos a la

administración de los indios y al cargo de capitán general. Este régimen duró desde principios de marzo hasta el 22 de agosto, día en que Estrada hizo valer una carta real fechada en Valladolid el 16 de marzo de 1527, nombrándole único gobernador, lo que le permitió deshacerse de Sandoval. Esta carta real se debía a manejos de Albornoz, que había ido a España al morir Ponce de León a fin de trabajar contra Cortés, así como a la corriente constante de cartas que llegaban a España desde Méjico acusando a Cortés de la muerte de toda persona notable que fallecía en la Nueva España, comenzando por la de su mujer ".

Por su parte Cortés y los suyos aportaban a la situación los errores de juicio y conducta que la lucha menuda de incidentes mezquinos en una sociedad reducida y dividida suele provocar aun en los mejores. En toda esta fase de su vida, Cortés se hallaba en situación penosa y difícil. Estrada no tenía para con él respeto alguno. Un día, por ejemplo, condenó a uno de los criados de Cortés a cortarle la mano. Cortés, que ejercía de hecho sobre los españoles de Méjico y sobre los naturales bastante poder efectivo para destruir a Estrada en una hora, soportó la afrenta con gran dignidad y sofocó un intento de motín. Pero para nada servía tanta abnegación con gente que no tenía la altura moral necesaria para apreciarla, y Estrada desterró a Cortés de Méjico. «Doy gracias a Dios -dijo Cortés a los que fueron a notificárselo- que es servido que de las tierras y ciudades que con mis compañeros he descubierto y ganado, derramando de día y de noche mucha sangre y muerte de tantos soldados, me vengan a desterrar personas que no son dignas de bien ninguno, ni de tener los oficios que tienen de Su Majestad. Iré a Castilla a dar relación de ello a Su Majestad y a demandar justicia». Ordás, entristecido al ver decaído el prestigio de su caudillo, le aconsejaba que se hiciese servir como señor y se llamase señoría y se pusiese dosel, y que no solamente se nombrase *Cortés* sino Don Hernando Cortés. Pero Bernal Díaz, que lo refiere, da muestras de haber comprendido mucho mejor el carácter del conquistador de la Nueva España cuando añade: «No le he nombrado ni nombro Don Hernando Cortés, ni otros títulos de marqués ni capitán, salvo Cortés a boca llena; la causa dello es porqué mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés». Y ¿quién duda que Cortés y Bernal Díaz tenían razón cuando toda España pensaba ya lo mismo que ellos? El propio Bernal Díaz añade: «porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo, y en nuestros tiempos teníamos a Gonzalo Hernández, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los cartagineses, Aníbal, o de aquel valiente, nunca vencido caballero Diego García de Paredes» [\[503\]](#).

Pero este hombre singular, que ya había alcanzado la gloria popular más vasta, abandonado por la Corte, seguía expuesto a las insidias, intrigas y persecuciones de la genticilla de toga y espada que había usurpado su conquista. Con su estilo de siempre, había decidido ir a la cabeza, hacerse a la vela y presentarse en persona ante el Rey. Su carta a Martín Cortés, su padre, escrita en aquel tiempo, nos permite apreciar la transparencia de su sinceridad y la elevación de sus motivos y ambiciones. Escrita a su confidente más íntimo, concuerda perfectamente con la que escribe al Rey. Ante todo, quiere verse vindicado y reconocido como servidor leal de la Corona; y añade que desearía que «Su Majestad me hiciera merced de me tomar muy estrecha cuenta, para que yo por ella pudiera quejarme de los desfavores que tan sin merecimiento Su Majestad ha sido servido de me mandar hacer»; finalmente, pide a su padre que insista muy especialmente en esto como su objetivo principal en la Corte, «porque más quiero que Su Majestad conozca mis servicios y lealtad con que los he hecho que todos los Estados y tesoros del mundo». Obsérvese la revelación de sus ambiciones íntimas: estados y tesoros, es decir, gobierno y riqueza. Y concluye con esta frase lapidaria: «Yo tengo por mejor ser rico de fama que de bienes» [\[504\]](#).

Le irritaban y humillaban las continuas demandas de cuentas que le venían de España, como si el hombre que había conquistado todo un reino para la Corona fuera un mayordomo vulgar. Escribe al Emperador, y lo confirma en carta a su padre, que puesto que sus enemigos le acusan de haberse quedado con doscientos millones de renta de la Nueva España, estaría dispuesto a darle al Emperador todo lo que posee en la Nueva España, a cambio de veinte; y además iría a servir a la Corte como consejero para los asuntos de la Nueva España. No cabe duda de que al escribirlo así pensaba en la idea con algo más de sustancia de lo que el contexto dialéctico e irónico en que la presenta parece indicar a primera vista. Estaba harto de las humillaciones que recibía en Méjico y soñó por entonces irse a instalar a España

iii

Acaeció que la Corte estaba entonces pensando en la manera de inducirle a que viniera a instalarse a España. La desconfianza que inspiraba en la metrópoli llegó entonces a su ápice, sobre todo a causa de las intrigas de Albornoz que había venido a completar la labor de Narváez, Tapia, y demás fracasados. Los colores con que lo pintaban eran tan subidos que ya estaba elegido un noble de alta estirpe y enérgico carácter, Don Pedro de la Cueva, para que se hiciese a la vela con fuertes tropas y, si necesario fuere, lo hiciese decapitar; y que se habían tomado laboriosas precauciones para que un barco que había mandado a España con emisarios bien provistos de oro no eludiese la vigilancia de los oficiales de la Corona y fuese a desembarcar a Portugal. La llegada tranquila del barco y la conducta recta y sincera de los mensajeros de Cortés calmó un tanto esta actitud melodramática adoptada por la Corte a base de las informaciones que le daban los enemigos de Cortés. Alvarado, que llegó poco después, y que abría ojos de asombro en cuanto alguien en su presencia ponía en tela de juicio la lealtad o la honradez de Cortés, contribuyó también a mejorar las cosas. Pero se decidió no obstante nombrar una Audiencia, especie de tribunal judicial y administrativo de cuatro letrados presididos por un tal Ñuño de Guzmán, que gobernaba la región de Pánuco desde la llegada a Méjico de Ponce de León. Esta Audiencia se encargaría de investigar la administración de Cortés y de sus oficiales y de sustituirle en el gobierno de la Nueva España

iii

Cortés entretanto seguía preparando su viaje, para lo cual reunió todo el oro y plata y todas las curiosidades exóticas que pudo, a fin de encantar e impresionar a la Corte. Pobladores españoles y caciques mejicanos llenaban su casa de Tlaxcala, tentándole con la Corona de la Nueva España.

Pero él despreciaba a los tontilocos y denunciaba a los traidores al gobernador Estrada. La mujer del Gobernador, Doña Marina Gutiérrez de la Caballería

[2]y Fray Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala, recién llegado de España, intentaron en vano reconciliar a Estrada con Cortés. Cortés estaba resuelto a irse a España, resolución que hizo más fuerte todavía la llegada de una carta de Fray García de Loaisa, confesor del Rey y Presidente del Consejo de las Indias, en que le pedía se fuese a España cuanto antes. Esta carta le halagaría sin duda por venir de tan alto personaje, ya que no es probable que adivinase que Loaisa escribía por temor más que por amor, pues, como todos en la Corte, estaba impresionado ante el poder de Cortés y su inmensa ascendencia sobre indios y españoles. Al mismo tiempo, Cortés recibió cartas de sus amigos de la metrópoli instándole a que fuese pronto a rebatir por sí mismo las calumnias que contra él seguían levantándose. Cuando al fin se disponía a marchar a España le llegó la noticia de la muerte de su padre. El 17 de marzo de 1528 se hizo a la vela [506].

Mientras navegaba hacia España, Carlos V estaba enzarzado en un duelo singular con Francisco I. Esto no es una metáfora. El miércoles 22 de enero de 1528, Guienne, rey de armas de Francisco I, y Clarenceux, rey de armas de Enrique VIII presentaron desafíos de guerra al Emperador- Rey en Burgos. A Guienne, Carlos contestó verbalmente con cierto humorismo mordaz: «El papel muestra bien ser dulce, pues en él han escrito todo lo que han querido. Al cual yo responderé más particularmente en otro papel que no terna sino verdades»

[\[1\]](#)

Algunas de estas verdades no tenían nada de sabrosas para el Rey de Francia. Técnicamente, Francisco I era prisionero de Carlos V desde la batalla de Pavía (1525) pues, debía su libertad física a la magnanimidad de Carlos y al hecho de que, para garantizar el cumplimiento de lo estipulado en el tratado de Madrid, había dado por rehenes a sus dos hijos. Carlos V recordó a Francisco I que, según la cláusula cuarta, el Rey de Francia había prometido volver a la cautividad si no había cumplido con las condiciones del tratado dentro de los plazos estipulados; y que, después de firmar el tratado, el Emperador había dicho al Rey que si faltaba a su palabra, Carlos tendría derecho a decir que se había portado «laschemente y meschante- mente», a lo que el Rey accedió gustoso. Francisco I faltó a lo prometido en cuanto cruzó la frontera, y Carlos V, después de un año entero de paciencia, hizo uso de su derecho en Granada durante una conversación con el Embajador de Francia en septiembre de 1526 [\[507\]](#). En carta dirigida al Embajador francés, y firmada en Madrid el 18 de marzo de 1528, cuando Cortés se disponía a embarcarse para España, el Emperador le recordaba todos estos hechos: «Yo he visto la carta que me habéis escrito sobre las palabras que os dije en Granada -escribía Carlos V al embajador-, por donde conozco bien que no os queréis acordar de lo que entonce; os dije, que hiciédes saber al Rey de Francia vuestro amo [...]. Y es que [...] el Rey vuestro amo había hecho laschemente y meschatemente en no guardarme la fe que me dio por la capitulación de Madrid; y que si esto quisiese contradecir, yo se lo manternía de mi persona a la suya» [\[508\]](#).

Este estilo de vida era de rigor en un lector de Amadís. Francisco I contestó en estilo semejante. «Si vos nos habéis querido o queréis cargar, no solamente de nuestra fe y libertad, mas que hayamos jamás hecho cosa que un caballero amator de su honra no deba hacer, os decimos que habéis mentido por la gorja; y que tantas cuantas veces lo dijéredes, mentiréis. Y pues contra verdad nos habéis querido cargar, de aquí en adelante no nos escribáis más, sino aseguradnos el campo y llevarosemos las armas, protestando que si después desta declaración, a otras partes escribís, o decís palabras contra nuestra honra, que la vergüenza de la dilación del combate será vuestra, pues que venidos a él, cesan todas escrituras» [\[509\]](#).

Despachóse esta respuesta con laudable rapidez el 28 de marzo de 1528, diez días después de la fecha en que había escrito el Emperador; pero en su contestación, observa Carlos V que, aunque París hubiera estado mucho más lejos, la carta de Francisco I debía de haberle llegado antes del 8 de junio. No le faltaba razón, pues entretanto Cortés había tenido tiempo para llegar a Palos desde Nueva España. Borgoña, Rey de armas de Carlos V salió para Francia el 28 de junio con esta respuesta del Emperador, proponiendo como campo para el encuentro de los dos reyes la isla de los Faisanes, entre Hendaya y Fuenterrabía. Pero Francisco I opuso a las prisas de Carlos V una táctica dilatoria tan eficaz que Borgoña no logró verle hasta principios de septiembre, y aun entonces el Rey, con palabras coléricas, le impidió que le entregase el mensaje del Emperador [\[510\]](#).

Francisco I era uno de los dos monarcas que habían dado al mundo el espectáculo esplendoroso y teatral del Campo del Paño de Oro; Carlos V era el jefe supremo de la Orden del Toisón de Oro, y aunque monarca personalmente austero y sobrio en su atavío, había nacido y crecido en los esplendores de la Corte de Borgoña. Este era pues el Viejo Mundo hacia el que Cortés navegaba en aquella primavera de 1528, y su instinto había adivinado la conveniencia de acercarse a aquella Europa dorada en el estilo grato a los lectores de Amadís y a los caballeros del Toisón de Oro y del Paño de Oro, en una aureola de lujo realzado por el arte del mundo exótico y nuevo que venía a revelar.

Cortés desembarcó en Palos con un séquito numeroso a cuya cabeza venían Sandoval y Andrés de Tapia. Había brindado pasaje gratuito a todos los españoles que quisieran acompañarle, y le habían seguido multitudes de ellos tanto por esta causa como por afecto y admiración hacia él. Venían también en su séquito magnates indígenas, entre ellos un hijo de Motecuma, bautizado Don Martín, uno de Maxixcatzin y uno de Xicotencatl. Traía consigo una especie de exposición flotante de curiosidades de la Nueva España, inanimadas, animales y humanas: desde liquidámbar y bálsamos extraños hasta pájaros exóticos, desde tigres a hombres y mujeres albinos, desde enanos a titereros que con los pies hacían dar vueltas a un bastón con rapidez asombrosa. Oro en barras, en vajillas, en joyas, piedras preciosas de tamaño inaudito, talladas con increíble artificio, mantas y otras piezas de algodón, plumas y objetos de plumería y esplendentes atavíos de magnífico y bárbaro aspecto. Aquel hombre que había salido de su país natal a los diecinueve años, pobre y oscuro, regresaba a los cuarenta y tres en el esplendor de una gloria universal que los negros nubarrones de la envidia realzaban más todavía con sus sombríos reflejos.

Poco después de su llegada, perdió a su mejor amigo, Sandoval, que falleció en su posada demasiado débil después de su enfermedad para impedir que el dueño huyera a Portugal llevándose trece barras de oro que le pertenecían. Esta pérdida afectó a Cortés profundamente, pues Sandoval era su brazo derecho desde que la matanza de Méjico le había hecho perder la confianza que hasta entonces había puesto en Alvarado. Se había instalado Cortés en el monasterio de la Rábida, único edificio bastante amplio para alojar a su numerosa casa, y desde la Rábida envió despachos al Rey, a Fray García de Loaisa y a sus amigos en la Corte, especialmente el Duque de Béjar y el Conde de Aguilar. El emperador se ponía a la sazón en marcha de Madrid a Monzón, y Cortés pudo disponer de varios meses para preparar su entrevista tan anhelada con él. Decidió, pues, trasladarse a Guadalupe para celebrar novenas, como auxilio espiritual para aquella empresa de Corte, ante la que quizá se sintiera menos pujante y animoso que ante las empresas de conquista. Ello implicaba desde luego una estancia bastante larga en el monasterio. Aparte de las ventajas espirituales de esta decisión, es posible que Cortés contase también con otras ventajas mundanas, pues Nuestra Señora de Guadalupe era objeto de la devoción de muchos personajes influyentes y su monasterio uno de los centros más famosos y una de las casas de religión más importantes de toda España²³.

Residía a la sazón en Guadalupe Doña María de Mendoza, dama entonces la más poderosa en España después de la Emperatriz, por estar casada con Francisco de los Cobos, Comendador Mayor de León y primer Secretario de Estado de Carlos V, Rector absoluto de asuntos interiores y financieros de la Cancillería Española del monarca. Rodeaban a Doña María numerosas damas, en no menor cantidad y más altas en calidad que los capitanes del séquito de Cortés. A la cabeza de estas damas del séquito de Doña María figuraba su hermana, Doña Francisca de Mendoza, hermosa y soltera. Cortés se mostró muy asiduo con las dos hermanas, a quienes hizo numerosos y valiosos presentes, en particular a Doña Francisca. Pero, quizá por esa invencible modestia frente al bello sexo que suele afligir a los hombres

más osados, cometió el error de hacer surgir en el pecho de Doña Francisca esperanzas que no estaba dispuesto a satisfacer, puesto que ya estaba decidido su propio matrimonio con Doña Juana de Zúñiga, sobrina del Duque de Béjar. Las hermanas Mendoza, que habían sido en un principio sus más ardientes abogadas en la Corte, cambiaron de humor y de partido en cuanto se dieron cuenta de que Cortés permanecía fiel a sus compromisos con Doña Juana y los Bejar; y afirma Bernal Díaz que este embrollo de amor costó a Hernán Cortés el virreinato de la Nueva España [\[512\]](#).

Cuando al fin, en un día de otoño de 1528, compareció Cortés ante el Emperador, su presencia, su prestancia, sus modales, su sinceridad, su mente clara, su estilo terso, bastaron para disipar todas las nieblas y oscuridades que sus envidiosos enemigos habían hecho surgir ante los ojos del Emperador. Carlos, que era un hombre muy ocupado, apreciaba al punto la claridad de inteligencia y la rapidez de comprensión en quien le hablaba, y pronto llegó a gustar de la compañía de Cortés a quien solía consultar sobre los asuntos de las Indias. El monarca fue generoso con el conquistador, pero no tanto como Cortés tenía derecho a esperar; y en particular no le otorgó el gobierno de la tierra que había descubierto y conquistado. A pesar del chisme malicioso de Bernal Díaz sobre las Mendoza (y sin negar que el despecho femenino haya tenido parte, aunque pequeña, en los sucesos) es más natural interpretar la decisión del Emperador como uno de tantos casos de la desconfianza de la monarquía española para con sus súbditos de méritos excepcionales. Gomara lo expresa con suma claridad: «Pidió la gobernación de Méjico, y no se la dio; porque no piense ningún conquistador que se le debe. Que así lo hizo el Rey Don Fernando con Cristóbal Colón, que descubrió las Indias, y con Gonzalo Hernández de Córdoba, Gran Capitán, que conquista a Nápoles»

[\[1\]](#)

El Rey hizo a Cortés Marqués del Valle de Oaxaca, dándole vastas propiedades rurales en la Nueva España, con veintitrés mil vasallos sobre los que recibía derechos feudales; solares en la ciudad de Méjico y el título de Capitán General de la Nueva España. También le hizo Caballero de la Orden de Santiago, título que Cortés no ostentó jamás, pues aspiraba al de Comendador, con ambición excusable puesto que se le había otorgado a Alvarado por influencia de los Cobos. Sabemos por el propio Cortés que se sintió defraudado en sus esperanzas y herido en su sensibilidad por lo que él consideraba falta de agradecimiento por parte del Emperador, y hasta que rehusó por insuficientes las mercedes que se le hacían

[\[1\]](#)

. El Emperador consiguió hacer que se resignase a aceptarlas, explicándole con singular modestia que era como un balletero apuntando al blanco de sus méritos y que si Cortés aceptaba aquel primer intento, quizá lo haría mejor más tarde. Pero no era Cortés hombre para contentarse con honores meramente estáticos. Frustrado en su ambición creadora al verse privado del gobierno de la Nueva España, se refugió en su vocación de Capitán-descubridor- conquistador, y negoció con la Corona unas capitulaciones para hacer descubrimientos en el Mar del Sur, en términos que recuerdan los días en que nuestro planeta reservaba todavía un amplio margen de misterio, cerrado al conocimiento pero abierto a la imaginación de los hombres. Las capitulaciones le permitían «que pudiese descubrir cualquiera isla y tierra firme que no estuviese descubierta; de lo cual se le dio título de Gobernador [...] y todas las demás preeminencias y ventajas que se usaban dar a los descubridores»

[\[1\]](#)

Revélanse ciertos aspectos notables de su carácter durante esta primera estancia en España en la

insistencia con que vela por los intereses de sus compañeros; en su cuidado en procurarse fondos para la iglesia en la Nueva España, y en particular para la educación de los niños indígenas; así como en su solicitud para con las cuatro hijas de Moteczuma, que dotó generosamente, casando algunas con nobles castellanos. También pensó en sus bastardos, que hizo legitimar por el Papa, a quien envió un mensajero con ricos presentes y «los indios maestros de jugar con el palo en los pies», que así lo hicieron a maravilla «delante de su Santidad'y los sacros cardenales, de que se holgaron mucho de lo ver» [\[514\]](#).

Cortés pasó entonces por el cénit de su gloria. Al fin, había reconocido y apreciado sus altos méritos el gran Emperador. Cayó enfermo en Toledo de tanta gravedad que se temió por su vida, y aconsejado por Béjar y Cobos, vino el Emperador a verle. Esta visita, honra suprema, parece haber sido arma de dos filos, pues el honor era tan grande que provocó una reacción inmediata. Chismes y crítica no tardaron en volver a avinagrar el am: biente y comenzaron otra vez los ataques insidiosos contra el recién venido que para muchos era el advenedizo. Un domingo llegó tarde a misa, adrede, escribe Bernal Díaz, cuando ya el Emperador había ocupado su sitio, cosa que parece harto inverosímil, pero el detalle no es esencial; «y pasó delante de algunos de aquellos ilustrísimos señores con su falda de luto alzada y se fue a sentar cerca del Conde Nasao, quedaba su asiento más cercano a el Emperador, y desde así lo vieron pasar delante de aquellos grandes señores de salva, murmuraron de su gran presunción y osadía». Sus amigos el Duque de Béjar y el Conde de Aguilar y el Almirante de Castilla hicieron valer que Su Majestad le había mandado expresamente que se fuera a sentar cerca del Conde Nasao para honrarle; y aún, si hemos de creer a Bernal Díaz, tuvieron la falta de tacto (que parecerá revolucionaria a quienes tienen un concepto superficial de la historia) de añadir que Cortés había ganado tantas tierras que toda la cristiandad le era en cargo, mientras que los estados que ellos tenían los habían heredado de sus antepasados [\[515\]](#).

Cuenta también Bernal Díaz (que recibía relatos detallados de sus compañeros en la Corte) que Cortés, con el fuerte apoyo del grupo Béjar, trató de forzar la voluntad del Emperador para arrancarle el gobierno de la Nueva España; pero ya entonces el grupo Cobos se había vuelto contra él, y el Emperador, cuya decisión se apoyaba en razones políticas, recibió con sumo desagrado tan importuna insistencia. Cortés entonces hizo una gestión de rodeo por medio del Conde de Nasao, a quien el Emperador, ya en Barcelona, en vísperas de marchar para Italia, replicó que no quería volver a oír hablar del asunto pues ya había hecho Marqués a Cortés con más renta en la Nueva España de la que el propio Nasao tenía en Europa. Había olvidado Carlos V aquella frase que le había escrito Cortés: «Yo tengo por mejor ser rico de fama que de bienes»¹⁰.

Por ser rico de fama, casó con Doña Juana de Zúñiga, que era de familia ducal. Pero era también joven y hermosa

[iii](#); y Cortés, susceptible al encanto femenino, se enamoró de su mujer. Regaló a Doña Juana sus presentes más valiosos y en particular cinco grandes esmeraldas, cada una una fortuna, no solo por su tamaño sino por el artificio primoroso y casi único con que estaban trabajadas por la paciente mano mejicana: una en forma de rosa, otra de campana, con una perla por badajo; otra de pez; otra de trompeta; otra de taza. Dícese que la Emperatriz concibió gran enemistad hacia Cortés por envidia de estas joyas, lo que apenas concuerda con el carácter elevado de Doña Isabel, aunque sí con el ambiente de chismes y cuentos que se cebaba en Cortés entonces como siempre.

Este ambiente de intriga de Corte y de envidia de villa no podía ser del agrado de un hombre de

su carácter y de su metal. Además, las noticias de Méjico eran malas. Había hecho en España todo lo que era posible hacer, y el Emperador se había ido a Italia. De modo que ya para él, el centro de actividad volvía a ser Méjico. En primavera de 1530 se hizo a la vela en San- lúcar, veintiséis años después de su primer partida del mismo puerto; pero esta vez, con el pelo gris y el corazón entristecido por tantos desengaños, no se hacía a la mar hacia un futuro virgen sino hacia un presente de espinas y un pasado de tormentas.

*

Por segunda vez, Méjico anhelaba el regreso de Cortés, cuya ausencia había desencadenado la más desastrosa anarquía. La Audiencia que había venido a investigar su gobierno estaba compuesta por hombres que la facción y el odio había escogido. Su Presidente, Ñuño de Guzmán, que había llegado a Méjico con Ponce de León como Gobernador de Panuco, era un hombre violento, enemigo de Cortés, cruel opresor de los indígenas

^[1], mientras que los dos oidores que habían sobrevivido al cambio de clima, Matienzo y Delgadillo, eran hombres de bajo nivel moral. Había llegado la Audiencia a Méjico en diciembre de 1528, solemnemente recibida por las autoridades locales y la colonia. Se instaló primero en las casas de Cortés, donde dos de los cuatro oidores, Parada y Maldonado, murieron de pulmonía apenas llegados, «y si allí estuviera Cortés -apunta agudamente Bernal Díaz-, según hay maliciosos, también lo informarían y dijeran qué los había muerto». Matienzo y Delgadillo asumieron el poder supremo, y el hecho de que siguieran residiendo en las casas de Cortés no dejó de contribuir a dar prestigio a su autoridad”.

Los nuevos oidores no traían más que dos ideas en la cabeza: enriquecerse y arruinar a Cortés. Todo lo demás no contaba para nada. Este programa les valió al punto la comandita de Salazar, quien les aconsejó no concediesen repartimientos perpetuos, porque la base de su autoridad sobre la colonia sería su poder de dar y retirar indios. El consejo (que, incidentalmente, ilustra el desinterés elevado de Cortés, ya que insistentemente proponía al Emperador el repartimiento inmediato perpetuo) no cayó en saco roto, y los miembros de la Audiencia lo explotaron eficazmente para afianzar su tiranía y para redondear su fortuna ^[516].

Matienzo y Delgadillo se dedicaron asiduamente a recoger todas las calumnias que circulaban sobre Cortés y a reclutar todos los testigos de mala ley que pudieron hallar contra él. Tampoco descuidaron estimular la calumnia tímida y el testigo vacilante. Juárez, cuñado de Cortés, salió a la luz para promover un proceso contra su cuñado por el supuesto asesinato de Catalina Juárez, hermana del uno y mujer del otro y en compañía de su madre María La Marçayda, presentó a la Audiencia una acusación en regla contra Cortés por haber estrangulado a su mujer ^[517].

Afortunadamente para Cortés, había entonces en Méjico un hombre recto y de alto valor moral, testigo de estos sucesos. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de Méjico, había llamado la atención del Emperador cuando el monarca, fatigado por las labores de Estado, había ido a pasar la Semana Santa al monasterio de El Abrojo, cerca de Valladolid, del que el Padre Zumárraga era Prior, sobre todo cuando le vio repartir a los pobres hasta el último maravedí de la suma regia que el Emperador le había entregado como limosna para la comunidad al final de su visita. Carlos, en busca de hombres buenos y seguros para las Indias, recordando sin duda los temores que Cortés abrigaba sobre el vivir mundano de los obispos, escogió a este Prior como primer Obispo de Méjico. El 27 de agosto de 1529,

el Obispo escribió al Emperador un largo y verdadero informe sobre las cosas de la Nueva España. Los breves párrafos que dedica a la conquista y a la rivalidad entre Cortés y Velázquez bastan para establecer la independencia de su juicio y la imparcialidad de su actitud. El relato de los sucesos ocurridos durante la ausencia de Cortés en Las Hibueras es admirable por su concisión, claridad y buen sentido. Así que cuando entra a desarrollar su alegato contra la primera Audiencia, su autoridad moral es inatacable, aun cuando en su relato toca puntos que parecen increíbles. «Y porque me parece que a Vuestra Majestad no se debe encubrir nada, digo que los señores de Tatebulco desta ciudad vinieron a mí llorando a borbollones, tanto que me hicieron gran lástima, y se me quejaron diciendo que el Presidente e oidores les pedían sus hijas y hermanas y parientas que fuesen de buen gesto, y otro señor me dijo que Pilar [el intérprete de la Audiencia] le había pedido ocho mozas bien dispuestas para el Presidente». El Padre Zumárraga se quejó a Guzmán de esta conducta, pero Guzmán se negó a dar explicaciones sobre lo que él llamaba su vida privada, y el buen Obispo añade que habían llegado las cosas a punto que «los que quieren favor del Presidente y oidores, a ellas [las mujeres de mala vida] ocurren primero, porque no se les niega cosa»⁶.

Es muy posible que el error capital de aquel trío de desafortunados tiranuelos que formaban Guzmán, Matienzo y Delgadillo, haya sido su inaudito ataque contra Alvarado, desde luego no por Alvarado sino por rico. Ya entonces era el Capitán de Hernán Cortés todo un Don Pedro de Alvarado, Adelantado de Guatemala, hombre poderoso en la Corte desde su matrimonio con Doña Francisca de la Cueva, parienta cercana de los Cobos. Cuando Alvarado regresaba a Veracruz recién casado, perdió a su mujer, y a la sazón iba y venía por la ciudad de Méjico, todo de luto vestido, enzarzado en pleitos por la Audiencia, aguardando no sin impaciencia a que le dejaran marchar a su nuevo feudo de Guatemala. Pero esto es precisamente lo que Guzmán y sus cómplices en la explotación de la autoridad no podían permitir antes de haber esquilado a aquella rica presa de toda la lana de su riqueza. So pretexto de que Alvarado había jugado a juegos prohibidos durante la conquista, fueron privándole gradualmente de todo su dinero, sus caballos, sus indios, sus muebles, hasta confiscarle su última muía en la que había cabalgado a la Audiencia, «y allí de la puerta se la tomaron y le hicieron ir a pie, no mirando su autoridad» [\[518\]](#).

Pero no fue esta todavía la obra maestra de los tres tiranos, que pronto hallaron ocasión de sobrepasarse a sí mismos en el desafuero. Vinieron noticias a Méjico de las mercedes concedidas a Cortés por el Rey y de que Cortés regresaba a la Nueva España como Capitán General, causando todo ello el natural revuelo. Cuando Guzmán mencionó el hecho en un grupo donde se hallaban Alvarado, Albornoz y Salazar, amén de otros notables, Salazar, muy indignado, exclamó: «El Rey que a tal traidor como Cortés envía es hereje y no cristiano». A pesar de la índole monstruosa de este ex abrupto, nadie osó protestar puesto que se hallaba presente el Presidente de la Audiencia y nada decía. Pero pocos días más tarde, el miércoles 18 de agosto de 1529, Alvarado se presentó ante la Audiencia pidiendo venia para retar y desafiar a Salazar por aquellas palabras que había pronunciado contra su Rey y otras que venía diciendo sobre el retorno de Hernán Cortés, entre ellas, que los vasallos debían rebelarse contra Rey que tal cosa permitía. No estaba Guzmán presente aquel día, pero al siguiente, contestó desde su sillón oficial: «Pedro de Alvarado miente como ruin caballero, si lo es, que el factor no dijo tal, porque es servidor de Su Majestad y no había de decir tal palabra». Al día siguiente, la Audiencia hizo prender a Alvarado a quien metieron en un calabozo con grillos en los pies [\[519\]](#).

Esta noticia tuvo que producir en Madrid efecto desastroso, pues los Cobos seguía emparentado con Alvarado por estar concertado el matrimonio de este Capitán con una hermana de su primera mujer. Los Cobos tenía además cierta responsabilidad en el nombramiento de aquella Audiencia que

tan desastrosamente se estaba conduciendo. Esta vez, el Consejo de Indias prestó una atención más inteligente y concienzuda a la elección de gentes dignas de gobernar la Nueva España. Cortés se hallaba todavía en la metrópoli y hubiera deseado aguardar los nombramientos para poder hacer la travesía con los elegidos, a fin de evitar un conflicto desagradable con sus infames perseguidores. Pero el Emperador insistió en que se marchase lo antes posible, pensando sin duda que su elevación de miras y su desinterés serían elementos estabilizadores en la colonia. Cuando Cortés salió de España, todavía no se había nombrado la segunda Audiencia. En Santo Domingo se quedó dos meses y medio aguardándola, pero los gastos de su numerosa casa y servicio no le permitieron aguardar más tiempo, y siguió viaje a Veracruz. Ya al hacerse a la vela sabía con honda satisfacción que la Emperatriz había nombrado esta vez a personas dignas de su alta misión. El Presidente de la nueva Audiencia era el Obispo de Santo Domingo.

Así reconfortado con la esperanza de justicia, sino de poder, desembarcó en Veracruz el 15 de julio de 1530.

Marqués contra Virrey

Ya era Cortés el Marqués del Valle. Pero era un sol poniente. Ya, hasta el fin de su vida, «nunca tuvo ventura en cosa que pusiese la mano sino todo se le tornaba espinas». Había regresado a la Nueva España con un tren de magnate español, seguido de imponente séquito, acompañado de su mujer y de su madre, ennoblecida su casa con la presencia de numerosa gente de Corte y de Iglesia. Todos en Méjico saludaron su llegada como una liberación porque todos, indios y españoles, suspiraban oprimidos por la tiranía de la infame Audiencia. Indios y españoles se quejaron a él de que los había desamparado; habían «sin él, estado solos» ^[520]; Cortés dio ánimos a unos y a otros prometiéndoles nuevos descubrimientos. Apenas llegado, se hizo pregonar Capitán General en Veracruz. Guzmán y los dos oidores habían prohibido a los naturales, bajo las amenazas más severas de castigo, que diesen a Cortés ayuda o servicio alguno, y Cortés escribe al Emperador que como consecuencia de esta orden inhumana murieron de necesidad más de doscientas personas de su séquito, entre ellas su propia madre ^[521]. Lo que la Audiencia se proponía con esta táctica era provocarle a la rebelión. El 9 de agosto, en Tlaxcala, recibió a un escribano que venía a leerle una orden de la Emperatriz prohibiéndole a él y a su mujer entrar en Méjico o en lugar alguno a menos de diez leguas de Méjico. Cortés tomó en sus manos la carta real, la besó, la puso sobre su cabeza, y en contra de lo que el escribano se esperaba como la conclusión usual de todas estas ceremonias, la obedeció escrupulosamente, quedándose en Tlaxcala. Más tarde, se trasladó a Tetzcuco, a fin de poder avituallarse desde Méjico por la laguna, explotando el hecho de que no se sabía de seguro si Tetzcuco estaba a ocho o a diez leguas de Méjico. Los oidores fingieron creer que venía dispuesto a atacarles y prepararon su defensa con artillería

^[u], pero Cortés les mandó al Obispo de Tlaxcala y al Prior de Santo Domingo para explicarles que había venido como Capitán General no a alzarse contra la autoridad sino a mantener el orden en servicio leal del Rey. Pero, claro está que no había paz posible entre Cortés y los que le habían despojado de sus bienes. Los tres indignos magistrados estaban instalados en su casa, le habían robado su dinero, se habían apoderado de sus tierras e indios y hasta habían fundado una ciudad en tierras de su marquesado a fin de crear intereses rivales al suyo. Cortés supo guardar su compostura y calma a pesar de los trabajos y humillaciones increíbles por que le hicieron pasar, pero, en carta de 10 de octubre de 1530 al Emperador, confiesa que se le está agotando la paciencia y que si no llegan pronto los nuevos magistrados, tendrá que apoderarse por la fuerza de los pueblos que le ha otorgado la Corona para que su casa no perezca de hambre⁴.

La nueva Audiencia se había hecho a la vela en Sevilla el 25 de agosto de 1530. Su Presidente, Don Sebastián Ramírez, Obispo de Santo Domingo, llevaba ya algún tiempo presidiendo la Audiencia de La Española. Los demás magistrados eran cuatro oidores: Vasco de Quiroga, verdadero santo, que adquirió gran reputación más tarde entre indios y españoles como Obispo de Michoacán; Alonso Maldonado, Francisco de Zainos y Juan de Salmerón, que traía cierta experiencia de cosas indias por haber sido Alcalde Mayor de Castilla del Oro. Los honorarios que se habían concedido a estos oidores daban medida del deseo de acertar que esta vez animaba al Consejo de Indias, colocando a los magistrados encargados del Gobierno por encima de toda tentación material. Traían seiscientos mil maravedís de sueldo anual más ciento cincuenta mil para gastos; se les prohibía en cambio poseer

indios y aun se les limitaba a diez los de su servicio personal

u

Seguían lloviendo quejas contra Guzmán, en particular sobre el tráfico desvergonzado de esclavos que había organizado en Pánuco, donde tenía diecisiete navios cargados de esclavos para la exportación

u

. El Consejo de Indias no sabía qué creer ni a quién creer, pues mientras obispos y frailes se alzaban indignados contra la conducta cruel y brutal de Guzmán y los suyos, Guzmán contraatacaba, acusando a frailes y obispos de ambición y de lealtad a la Corona. La opinión entre los pobladores y conquistadores era hostil al fraile, porque siempre tomaba el partido de los indios. Cuando los oidores de la segunda Audiencia pidieron al Emperador que aumentase lo menos a dos mil el número de frailes, añadieron a su informe, con noble imparcialidad, estas palabras: «En esta opinión somos singulares, porque aun de los dichos frailes que acá están [menos de cien] dicen los españoles que sobran»⁷. No deja de vislumbrarse traza de la complejidad de esta situación en las páginas de Bernal Díaz, pues al registrar los crímenes y desórdenes de la primera Audiencia, el honrado cronista se ve llevado por su sinceridad e imparcialidad a escribir: «Para los conquistadores, eran tan buenos y cumplían lo que Su Majestad mandaba en cuanto al dar indios a los verdaderos conquistadores; a ninguno dejaban de dar indios y les hacían muchas mercedes»⁸. Pero obispos y frailes protestaban con razón contra la manera desafortunada de herrar indios como esclavos que los desaprensivos magistrados de la primera Audiencia habían puesto en práctica para hacer dinero. «Lo que les echó a perder -sigue escribiendo el imparcial Bernal Díaz- fue la demasiada licencia que daban para herrar esclavos, porque daban licencias a los muertos y las vendían los criados del Ñuño de Guzmán y del Delgadillo y Matienzo; pues en lo de Pánuco, herráronse tantos que aún despoblaron aquella provincia». La Audiencia vivía en rebelión abierta contra el poder espiritual. A dos perseguidos por ella que habían buscado asilo en la iglesia, los sacaron por la fuerza sus corchetes, sin que pudiesen salvarlos dos obispos que en solemne procesión vinieron a reclamarlos. Los esbirros de la Audiencia atormentaban a los perseguidos, «y oían los tormentos», dice Herrera, los obispos y frailes que fuera aguardaban⁹. El poder espiritual excomulgó a los magistrados, pero ninguno de los tres aventureros se preocupó ni cesó un momento de dedicarse a su vicio favorito: Guzmán a las mujeres, Delgadillo al naípe y Matienzo a la bebida¹⁰.

Toda esta anarquía e indignidad cesó con la llegada de los cuatro oidores que, adelantándose a su Presidente, desembarcaron a principios de 1531.

Los nuevos magistrados hicieron su entrada en Méjico, como se les había ordenado, cabalgando a un lado y a otro de una muía enjaezada de terciopelo, que llevaba sobre el lomo la caja del Sello Real. Instaláronse en las casas de Cortés, que traían instrucciones de comprarle para la Corona. Traían también por instrucciones dar toda confianza y todo respeto a Cortés y a Zumárraga; mantener por todos los medios posibles el bienestar y los derechos humanos de los indios; prohibir la esclavitud, salvo en las relaciones entre indígena e indígena, punto que habían de estudiar personalmente; y restaurar el respeto a la correspondencia privada que había destruido el régimen despótico de Salazar primero y después de Guzmánⁿ.

La nueva Audiencia rogó a Cortés se instalase en la capital. Pero no tardaron en surgir diferencias sobre los derechos y funciones respectivas de la Audiencia y del Capitán General. Era el sistema en sí

pesado y engorroso y partía la autoridad de un modo poco equitativo tanto para Cortés como para la Audiencia. Pronto se dieron cuenta los nuevos magistrados de que la división dentro de la colonia española era tal que restringía la utilidad de Cortés como Capitán General. Un día que Cortés, como jefe de las fuerzas armadas de la Corona, hizo llamar a alarma, muchos se negaron a acudir. Cortés se queja al Emperador de que la Audiencia le impidió castigar a los que así se habían negado a prestar sus servicios al Estado, pero la Audiencia explica el caso al Emperador alegando que muchos de los pobladores preferían perder todo lo que tenían antes que servir a las órdenes de Cortés, y aunque los magistrados se inclinaban personalmente hacia Cortés, tenían que tomar la situación como era. Los nuevos magistrados, precisamente por ser hombres irreprochables, eran bastante fuertes para resistir a las pretensiones del Capitán General aun cuando, como sabemos por Herrera, tenían que apoyarse en la autoridad de su nombre para mantener paz y obediencia entre los indios

u.

La Audiencia castigó el crimen y la corrupción con mano fuerte y pura. Se obligó a Matienzo y a Delgadillo a pagar con su riqueza mal adquirida todas sus exacciones, y los dos indignos magistrados se vieron condenados a la cárcel. (Guzmán, que había creído oportuno salir en persecución de unos indios «rebeldes» a Jalisco, se negaba a volver a la capital). Todas estas medidas de severidad provocaron la aprobación y aun el entusiasmo de la opinión pública de la Nueva España y la segunda Audiencia llegó así pronto a establecer una reputación sólida de buen gobierno, limpia conducta y justicia recta.

Por otra parte, Cortés no era hombre para andar cobrándose mezquinamente cuentas atrasadas, como ya lo había probado más de una vez, y en particular con su actitud moderada para con Salazar y Chirino a su regreso de Las Hibueras. Esta vez, perdonó a Matienzo, que se había bebido el vino de sus bodegas y le había robado sus tierras e indios 1J . Como todo hombre creador, solo le interesaba el porvenir, y estaba siempre dispuesto a enterrar el pasado. Su ambición era establecer su casa como una de las grandes de España, y lanzarse a nuevas empresas más allá de su gloriosa conquista. Ahora bien, en el primero de estos dos intentos, vino a estrellarse contra la Audiencia. El Rey le había otorgado veintitrés mil vasallos. Cortés sostenía que la merced quería decir veintitrés mil hogares. La Audiencia, sin duda deseosa de reducir poder tan fuerte en la fábrica todavía frágil del Nuevo Estado, replicaba que la concesión implicaba solo veintitrés mil personas, lo que disminuía en proporción considerable su importancia económica y política. Esta diferencia entre Cortés y la Corona se prolongó indefinidamente M . La Audiencia escribió una carta informando al Emperador sobre este asunto con actitud y estilo que hacen honor a su moderación, su cordura y su sentido de Gobierno. En esta carta, los magistrados hacen valer que Cortés intenta establecer una especie de señorío feudal sobre territorios extensos, y que es muy difícil hacer el censo de sus vasallos a causa de la reserva de los naturales, que oprimidos por sus caciques, no sueltan prenda. Los oidores otorgaron a Cortés parte de su pretensión, dándole Cuernavaca como merced feudal con jurisdicción, y el resto en encomienda, como si se tratase de cualquier otro poblador español. Tratábase tan solo de una transacción, prudente dadas las circunstancias, digna conclusión del excelente informe de los oidores. Ello no obstante, como era natural, causó en el altivo Cortés profunda amargura.

Al fin y al cabo, todo se le debía a él. Cortés tenía una especie de derecho inmanente no solo a tal o cual tierra, ciudad, valle, sino a toda Nueva España. Los graves oidores que examinaban sus pretensiones con la mayor honradez y la mejor voluntad, se hallaban en sus puestos y ejercían su autoridad solo porque él había dado su espíritu animoso y creador a aquel puñado de aventureros que

con él habían alcanzado la victoria. No se trataba meramente de lo justo y lo injusto; se trataba todavía más de la incoherencia de un mundo que colocaba al adalid en un lugar subordinado de suplicante ante una justicia que sin él no existiría. Un día, el primero de misa mayor después de la llegada a Méjico de la segunda Audiencia, se cantaba misa, siendo el oficiante el Obispo de Tlaxcala. Hallábanse presentes la Audiencia y el Capitán General. Al llegar a las oraciones por la familia real, el Obispo oficiante añadió una por el Capitán General Cortés: *et duces exercitus nostri*. Salmerón, uno de los oidores, protestó y denunció el caso al Consejo de Indias

▣

.

Pero estos hombres que le obligaban a permanecer en un lugar secundario, para el que no le había tallado la naturaleza, no eran los seres degradados e innobles de la primera Audiencia; eran hombres rectos y excelentes gobernantes; corrigieron numerosos abusos legales e ilegales que se cometían con los indios; declararon a los indios tan libres como los españoles y promulgaron las instrucciones reales imponiendo pena de muerte a todo español que herrase indios como esclavos; prohibieron el trabajo forzoso y organizaron pueblos indígenas con sus alcaldes y regidores indios elegidos a base democrática; fomentaron en fin la enseñanza religiosa, de artes y oficios y agrícola. Cortés, de completo acuerdo con ellos en todo este cuadro político, no podía quejarse del gobierno de la Audiencia por ninguna razón pública.

*

Por aquel entonces, decidió retirarse a Cuernavaca con su mujer y familia. Dos avenidas quedaban abiertas a su actividad: una, el desarrollo y fomento de sus haciendas y estados; la otra, el Mar del Sur. Apenas hay forma del desarrollo económico al que no haya dedicado su atención personal. Azúcar, seda, vinos, ganado, caballos, algodón, bosque y madera son otras tantas ramas de su actividad económica que menciona en sus cartas y documentos. En 1532 ya manda algodón a España y pide con detalles de hombre competente que se le manden de España merinos, machos y hembras, para sus haciendas. En minería, puede considerársele como el fundador en Méjico de estas industrias y en particular de la de la plata. También había concebido la ambición de desarrollar el comercio marítimo por el Mar del Sur, y con tal objeto luchó con éxito por conseguir que se incorporase a su estado el puerto de Tehuantepec, donde solía construir navios tanto para sus empresas comerciales como para sus expediciones de descubrimiento. «Siempre he conocido que no nació V. Señoría para mercader», le escribía desde Panamá su agente Juan Zamudio. No era en efecto Cortés hombre de éxito en materia comercial, pero en el fondo no era el éxito lo que buscaba en todas aquellas empresas, sino distracción y alivio a una vida demasiado suave y cómoda para su vasta imaginación y para su corazón ambicioso

▣

.

«Holgado he de saber -escribe el 25 de junio de 1532 a su agente en España- el buen ardid que las galeras hicieron en tomar aquel lugar de moros, y también vi las nuevas que decís del recibimiento que se hizo en Ávila [al Rey], Y no son de su calidad las nuevas que yo quería que me escribié- sedes, sino que en cuantas cartas me enviásedes vinieran muy largas las nuevas que hubiera dentro de la casa de la Emperatriz, y mudanzas de gente de Corte, y cosas del reino, y nuevas de Portugal y de la frontera, y cosas de Francia y de Inglaterra, y del Lutero y Concilio [de Trento] y de venida de su Magestad y cosas del turco y del Papa y de las Señorías y de Italia y del Rey de Ungría, y cosas de la casa del Emperador y oficiales que en ella se mudaren y provisiones de encomiendas y dignidades que

proveyere, y siempre que desta calidad las haya, me lo haced saber muy por extenso» ^[523]* Admirable revelación de sus preferencias íntimas que nos da de primera mano. Su pensamiento mora en la política mundial. Quiere noticias de los que dirigen los asuntos de España, así como de las principales naciones y problemas de Europa. Cortés, ante todo, es un hombre de Estado. De haber tenido Carlos V mejor discernimiento en la selección de sus colaboradores, no hubiera tardado en descubrir en Cortés un hombre digno, quizá el más digno, de ser su primer ministro. Pero ni siquiera vio en quien había conquistado a Méjico el hombre más indicado para gobernar a la Nueva España. Cortés, demasiado grande para contentarse con ser granjero y hacendado en Cuernavaca y armador en Tehuantepec, buscó salida a su actividad intentando nuevos descubrimientos. El Mar del Sur seguía tentándole con su misterio y con sus peligros.

*

Ya hacía muchos años que había empezado a ocuparse del Mar del Sur. En octubre de 1524, escribía al Emperador sobre los cuatro navios que estaba construyendo en Zacatula, puerto de la costa Sur, para expresar la esperanza de que podrían hacerse a la vela en junio del año siguiente, desde luego para fines de descubrimiento y conquista. Cortés expone sus planes al Emperador en rápidas frases que termina diciendo: «No le quedará a vuestra Excelsitud más que hacer para ser monarca del mundo». A su regreso de la malhadada expedición de Las Hibueras, todavía no habían zarpado los barcos, pero escribe a Carlos V recordándole la oferta que le ha hecho de apoderarse de las tierras de la Especería y otras islas, si las hubiere, cerca de las Molucas, de Malaca y de China «y aun de dar tal orden que V. M. no haya la especería por vía de rescate, como la ha el Rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia, y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a su Rey y señor natural; porque yo me ofrezco, con el dicho aditamiento, de enviar a ellas tal armada, o ir yo con mi persona, por manera que las sojuzgue y pueble y haga en ellas fortalezas, y las bastezca de pertrechos y artillería de tal manera que a todos los príncipes de aquellas partes, y aun a otros, se puedan defender»

^[1] . Las condiciones que solía pedir a cambio de esta oferta variaban con las circunstancias. El 27 de octubre de 1529, la Reina le concede una capitulación para descubrir en el Mar del Sur y hacia poniente a cambio del nombramiento de Gobernador y Alguacil Mayor de todo lo conquistado; pero, siendo así que Cortés pedía también el dozavo de las tierras, descubiertas para él y para sus sucesores, la Reina solo se lo concede «por el tiempo que Nuestra merced y voluntad fuese»

^[2] . Cuatro años más tarde, quizá al estímulo de las hazañas de Pizarro en el Perú, presenta mediante Juan de Rivera proposiciones mucho más exigentes. Después de haber reclamado para sí el honor de haber descubierto el Pacífico ofrece: a) construir y armar navios para explorar la costa sur; b) explorar esta costa cuatrocientas leguas; c) explorar el golfo o golfos hasta descubrir islas o tierra firme nunca vistas por españoles; d) navegar hacia el Ecuador, a fin de hallar las islas y tierras de la Especería, «porque por muchas señales y conjeturas, el dicho Hernando Cortés tiene esperanza de hallar la dicha especería»; e) armar todas las armadas que fueren necesarias, de perderse la primera; f) llevar a efecto este plan dentro de seis años a contar desde el anterior (1532) en que había empezado a explorar el Mar del Sur. Sus condiciones eran: a) sería Gobernador de todas las tierras descubiertas, con derecho a que heredasen sus hijos y descendientes, incluyéndose en el Gobierno la facultad de nombrar «sus tenientes e escribanos de sus juzgados, e Alguaciles mayores e menores»; b) un décimo del oro, plata, perlas, piedras preciosas y otros metales y derechos para sí y para sus herederos; c) no vendría obligado a sojuzgar las tierras descubiertas «por ser cosa de gran peligro e costa», pero

conquistaría hasta tres islas a condición de que se concediese una de ellas a él y a sus herederos «con el señorío e juresdición della, reservando para V. M. la suprema juresdición»; d) si se descubrieren tierras de especería, una quinceava parte de la renta real que produjeran sería para Cortés y sus herederos; e) un tercio de las tierras de especería descubiertas y conquistadas sería para él y sus herederos, y la Corona pagaría dos tercios de los gastos; f) durante los seis años del asiento, nadie más que Cortés tendría derecho a enviar barcos a aquellas islas o tierras (todavía por descubrir); g) Cortés tendría derecho a rescatar por oro, pagando un décimo a la Corona; h) se le daría por toda su vida el gobierno de la Nueva España; i) por haber sido su apoyo a los indios la principal causa de su autoridad moral, se le daría el derecho de castigar a todos los españoles culpables de malos tratos a los indios; j) la Casa de Contratación le enviaría artífices tales como herreros y carpinteros de ribera; k) tendría garantía regia de que se honrarían y cumplirían en todo momento sus asientos y promesas con los indios; se le concedería la escobilla y relaves del oro fundido en las tierras nuevamente descubiertas para el primer hospital que en ella se funde; l) el Rey impetraría «bula del Papa en que conceda absolución plenaria a culpa e a pena a todos los que murieron en el descubrimiento, pacificación e población de la dicha Mar del Sur»

iii

Es un documento muy revelador del estado de ánimo de Cortés en este período. Como los jugos nutritivos de la tierra que alimentan la raíz, se perciben en él la experiencia, la decepción, hasta cierta amargura; pero el tallo del espíritu de empresa y la flor de imaginación se elevan todavía en triunfo hacia la plena luz y el color de la vida de mañana. A pesar de los desastrosos sucesos que se han cruzado en su carrera desde 1524 a 1525, Cortés sigue anhelando la aventura y soñando con el poder.

Es posible que sus pensamientos se orientasen hacia toda esta especiería al recibir una carta de Carlos V fechada en Granada el 20 de junio de 1526, mandándole que enviase dos navios a socorrer a dos expediciones que habían salido de España para el Pacífico pasando por el Estrecho de Magallanes: una, mandada por Loaisa, que había zarpado de La Coruña el 24 de julio de 1525, y la otra bajo Sebastián Cabot, en 1526

iii

. Cortés cumplió esta orden tan halagüeña con la mayor celeridad, competencia y satisfacción. Sus instrucciones a su primo, Alvaro de Saavedra, a quien envió de capitán, fechadas en «Temusticán», es decir, Tenochtitlán o Méjico, el 28 de mayo de 1527, revelan una atención a la par universal y concreta: después de las recomendaciones usuales contra la blasfemia y el juego, y de insistir en que se trate bien a los indígenas y en particular que no se insulte ni maltrate a sus mujeres, Cortés apunta astutas indicaciones sobre cómo apoderarse de cualquier fortaleza que los portugueses hubiesen construido en las Molucas, en contra de las pretensiones o derechos del Rey de España; ni tampoco olvida instrucciones detalladas para traer plantas y especies a fin de desarrollar su cultivo en la Nueva España. Llevaba Saavedra varias cartas de Cortés: para Cabot; para sus tropas; para el rey de Cebú; para el rey de Tidore; y «para el rey de la Isla o tierra a donde arribase con su armada»

iii

, todas ellas modelos de lucidez y cortesía, sobre todo la última, obra maestra de clara prosa española y expresión perfecta de humanismo renacentista: «A vos, el honrado e buen rey de Yo, Don Hernando Cortés: universal condición es de todos los hombres desear saber...»

iii

Pero en su carta a Cabot, explica cómo se vio impedido de mandar el socorro que hubiera deseado a uno de los navios de Loaisa, que se había refugiado en un puerto de Nueva España, por haberle limitado sus poderes la llegada del Juez de Residencia

^[1]

. La expedición de Saavedra, retrasada también por esta causa, no pudo zarpar hasta el 31 de diciembre de aquel año. Era esta expedición uno de tantos esfuerzos malgastados por España en su largo duelo con Portugal sobre el comercio de las especias y la soberanía sobre las Molucas. A su regreso de España, en carta fechada en Tetzcucoc el 10 de octubre de 1530, informa al Emperador de que los barcos que había preparado para reforzar la armada de Saavedra habían caído en manos de la primera Audiencia, que había malvendido todo lo que había podido de su cargamento y aparejo, dejando que los cascos vacíos se pudriesen en el puerto -uno de tantos casos en que aquella gran actividad creadora quedaba anulada por las mezquinas ambiciones de la chusma-

^[2]

. Con su tenacidad de siempre, dio orden de que se volviesen a armar dos barcos en Tehuantepec y otros dos en Acapulco, empresa en que tuvo que vencer obstáculos oficinescos que le llevaron a suspender la labor durante algún tiempo. Pero el 25 de enero de 1535, él mismo, instalado en Tehuantepec, dirige personalmente el trabajo y escribe al Emperador quejándose de los obstáculos que halla en la Audiencia, aunque informándole sobre una expedición ya en la mar y sobre otra que espera poder mandar pronto. La primera de estas expediciones, compuesta de dos navios al mando de Diego Hurtado de Mendoza, salió de Acapulco en mayo de 1532. Uno de los dos navios volvió probablemente a consecuencia de una revuelta contra el capitán; del otro no se volvió a saber jamás nada. La segunda expedición salió para buscar la primera. También se componía de dos navios al mando de Diego Becerra de Mendoza, y llevaba como piloto mayor a un Ortuño Jiménez, «gran cosmógrafo», dice Bemal Díaz, y añade que este Ortuño Jiménez «antes que partiese para aquella jornada, decía y prometía de les llevar a tierras bien afortunadas, de riquezas, que así las llamaban, y decía tantas cosas como serían todos ricos que algunas personas lo creían». A pesar de estos felices agüeros, la expedición terminó desastrosamente, con un motín a bordo y el asiento de Becerra por sus marineros. A su retorno a Jalisco traían noticias fabulosas sobre una isla llena de perlas 26 .

«Como Cortés lo supo -cuenta Bemal Díaz- hobo gran pesar de lo acaescido, y como era hombre de corazón que no reposaba con tales sucesos, acordó de no enviar más capitanes sino ir él en persona». Su objetivo inmediato era la «Isla» de Santa Cruz, es decir, la península de California Baja. Su objetivo más lejano, el descubrimiento de otro nuevo mundo. Recibió por entonces de la Audiencia una orden prohibiéndole que se hiciese a la vela, y al protestar contra ella, alega ser contraria a los intereses de Su Majestad por el «deservicio que a S. M. se hace en estorbar que no se le descubra otro nuevo mundo, como está aparejado para se le descubrir, como el dicho señor marqués dijo que lo esperaba en Dios Nuestro Señor»^{2/}. Los peligros que tenía que afrontar eran lo desconocido y Nuño de Guzmán, su enemigo mortal, que en rebeldía contra la Audiencia, andaba tiranizando y terrorizando la costa de Nueva Galicia al flanco del viaje que Cortés proyectaba. En cuanto se supo que iría Cortés en persona al mando de la expedición, afluyeron numerosos soldados y capitanes a ponerse a sus órdenes. Cortés reunió tres navios bien provistos de bastimento y pertrechos en que iban trescientas veinte personas, entre ellas las mujeres de treinta y cuatro soldados casados y numerosos operarios. Primero pasó por Chinantla, donde tenía que vengar expoliaciones cometidas por Guzmán en detrimento de una expedición anterior y recobrar un navio que Guzmán había robado. El resto de la expedición fue por mar a reunirse con él en Chinantla. El 18 de abril de 1535, se hizo a la vela con ciento treinta soldados de infantería y cuarenta jinetes, dejando a Andrés de Tapia con los demás soldados y sesenta

caballos. Después de una travesía sin incidentes, desembarcó en Santa Cruz, en la punta sur de la California Baja e hizo regresar los barcos para traer el resto de la expedición. Esta segunda travesía fue desastrosa. Solo uno de los navios logró reunirse con Cortés; otro tuvo que regresar a Jalisco, obligado por el temporal; el tercero fue a refugiarse en una bahía virgen. Los barcos perdidos eran precisamente los que traían los víveres, siendo así que la tierra en que Cortés se hallaba era demasiado pobre para nutrir tanta gente. Pasaron los meses y el hambre comenzó a amenazar la pequeña colonia. Cortés se hizo a la mar en busca de socorro, halló los dos barcos extraviados, uno inservible, el otro varado en un laberinto de arrecifes; consiguió salir de tan difícil situación gracias a su increíble resistencia, ingeniosidad y valor, compró carne y maíz para su gente hambrienta a base de su crédito personal y por tercera vez cruzó el golfo cargado de socorro y esperanza para la gente de Santa Cruz. Con ellos seguía, aunque anhelando regresar a la Nueva España, retenido en Santa Cruz por la esperanza de salvar su fracaso con algún descubrimiento maravilloso como el de Tenochtitlán, cuando un día, mientras todavía seguía vacilando entre volverse y esperar, dos navios surgieron en la bahía, enviados por su amante esposa para que volviese a su hogar y a sus hijos. El capitán, un tal Ulloa, le traía también una carta de un nuevo personaje: el Virrey de la Nueva España, Don Antonio de Mendoza, que afectuosamente instaba a Cortés a regresar. Dejando a Ulloa a cargo de la expedición, Cortés se hizo a la vela, y a poco llegaba a su casa de Cuemavaca «donde estaba la marquesa, con lo cual hobo mucho placer y todos los vecinos de Méjico y los conquistadores se holgaron de su venida, y aun el Virrey y Audiencia real, porque había fama que se decía en Méjico que se querían alzar todos los caciques de la Nueva España viendo que no estaba en la tierra Cortés»

iii

.

*

El nombramiento de Virrey de la Nueva España se había debido a consejos reiterados de Cortés, de Zumárraga y de la Audiencia, amén de ser extensión natural del principio monárquico al concepto imperial del día. La idea de «colonia» en su sentido moderno no existía en la España del siglo XVI. Méjico una vez conquistado vino a ser otro de tantos «Reinos» como los que constituían la múltiple Corona del Rey de España, en lista con Castilla, León, Galicia, Granada y otros de la Península, con Ñapóles y Sicilia y otros de Ultramar -reinos de todos los que el Rey de España respondía ante Dios-. El Rey representaba a todo el pueblo y el sistema de gobierno entonces considerado no ya como el mejor, sino como el único pensable consistía en depositar toda la responsabilidad pública en manos de un hombre recto cuya primera consideración era la de su propia honra.

«El ilustrísimo y buen caballero y digno de loable memoria Don Antonio de Mendoza» era vastago de una de las casas más ilustres de España, que ya había dado al país al gran caballero-poeta marqués de Santillana y al gran caballero-arzobispo Don Pero González de Mendoza, Cardenal de España, cuyo poder político en el reinado de los Reyes Católicos le había valido el dictado de «Tercer Rey». El nuevo Virrey era hombre admirablemente adaptado a su nuevo puesto, tanto por su ilustre sangre como por sus cualidades personales. Pero es sabido que no hay corrida de toros posible con dos toros en el ruedo. Por muy difícil que hubiera sido la situación de Cortés cuando el poder político de la Nueva España se hallaba en manos de obispos y leguleyos, mucho más difícil vino a serlo cuando él, que por naturaleza era sol, tuvo que hacer de satélite al sol oficial que venía de España. Sus relaciones personales con el Virrey, excelentes al principio, se fueron deteriorando con el tiempo. El Virrey era un hombre tranquilo, moderado, prudente, y astuto. En su táctica, se atuvo a las mañas seculares del arte del gobierno: ganar tiempo y equilibrar fuerzas. En el asunto del censo de los vasallos de Cortés

empleó el primer método; en el del duelo entre Cortés y Nuño de Guzmán empleó el segundo, yendo hasta a proteger a Guzmán contra el procedimiento legal de que era objeto por sus numerosos crímenes 29 .

Bernal Díaz, que registra este hecho con riqueza inestimable de detalles pintorescos, ha dejado también una larga descripción de las fiestas y banquetes que se hicieron en Méjico para celebrar la Tregua de Aguas Muertas entre Carlos V y Francisco I. Cortés y el Virrey habían llegado por entonces también a una especie de tregua, después de las hostilidades que se habían abierto entre ambos con motivo de los asuntos Guzmán y censo de vasallos. Los dos magnates rivalizaron de magnificencia y ostentación. La plaza mayor de Méjico quedó transformada en un bosque «con tanta diversidad de árboles tan al natural como si allí hubieran nacido» y en el bosque toda suerte de animales, venados, conejos, liebres, zorros y adivas, admirablemente salvajes, sin contar la diversidad de aves pequeñas que pululaban por los árboles; y en las arboledas, «escuadrones de salvajes con sus garrotes añudados y retuertos y otros salvajes con arcos y flechas». Cuando todos estos salvajes de alquiler terminaron de dar excelentes imitaciones de combates, hubo otra «invención de jinetes y de negros y negras con su Rey y Reina y todos a caballo que eran más de cincuenta y de las grandes riquezas que traían sobre sí de oro y piedras ricas y aljófar y argentería, y luego van contra los salvajes y tienen otra quistiión sobre la caza». Al día siguiente amaneció la plaza mayor «hecha la ciudad de Rodas, con sus torres e almenas y troneras y cubos y alrededor cercada como es Rodas, y con cien comendadores con sus ricas encomiendas todas de oro y perlas, muchos de ellos a caballo». Defendió a Rodas una flota de cuatro navios, cuyo Capitán General y Gran Maestre de Rodas era el propio Cortés, que al mandar aquellos bergantines de fiesta, «con sus másteles y trinquetes y mesanas y velas tan al natural», quizá soñara con nostalgia en los días de su gloria en que mandaba trece bergantines de verdad en una guerra de verdad, a tiro de ballesta de donde ahora tristemente se divertía...

Y una celada de dos capitanías de turcos muy al natural, e indios, y pastores y toros, saliendo y entrando, luchando y bailando, todo ello en honor de las señoras de los conquistadores que asomadas a las ventanas de la plaza, ataviadas en sedas y joyeles, sorbían refrescos y mordisqueaban mazapán, almendras y otros dulces... Luego los dos banquetes, uno ofrecido por el marqués al virrey y otro por el virrey al marqués, con vajillas de oro y plata y platos de proporciones tan pantagruélicas que nadie creería ni la décima parte, de no contarlo Bernal Díaz que es la honradez personificada, en quien siempre brilla el detalle humilde y pintoresco, como el del indio que el prudente virrey había tenido la precaución de colocar detrás de cada silla para que no quitase los ojos de los objetos de oro y plata confiados a cada comensal, con lo cual Don Antonio de Mendoza no perdió más que dos saleros mientras que Cortés, menos cauto, perdió piezas por valor de cien marcos de plata, y aun lo decía a derecha e izquierda «por grandeza»

[1]

. Esta forma de grandeza no es más que fachada para un hombre como Cortés: «En tanto que viviere -escribe al Emperador el 10 de febrero de 1537- no cesaré en seguir mi propósito»; y pasa a anunciarle que ya tiene seis navios hechos y otros cuatro en astillero. En 1539, mandó a Ulloa a explorar el golfo de California hasta que todos pudieron adquirir una idea bastante exacta de la forma de aquella tierra y darse cuenta definitiva de que formaba parte del continente

[2]

Así, pues, aunque Cortés no tuviese tan señalado puesto en la historia como conquistador de Méjico, lo tendría como el hombre que organizó la exploración sistemática y científica de la costa del Pacífico desde Panamá hasta California. También mandó por entonces dos barcos a Pizarro, que estaba

en mala situación en el Perú, con socorro de víveres, municiones y vestidos de seda para su persona³. Seguía con el corazón puesto en el descubrimiento. El 20 de septiembre de 1538, escribe al Consejo de Indias, que tiene nueve navios nuevos dispuestos a continuar su labor exploradora, pero que le faltan pilotos, y manda a España barcos para traerse a algunos”. Reinaba entonces gran agitación sobre un descubrimiento por hacer, el de una tierra fabulosa llamada de Quivira o de las Siete Ciudades. Tanto Cortés como el virrey reclamaron su derecho a descubrir esta tierra imaginaria. La disputa encontró todavía más las relaciones entre ambos magnates, y Cortés creyó necesario llevar el asunto a la Corte. Iba ya entrando en edad. No había recobrado los movimientos completos del brazo que se le había roto y además cojeaba como consecuencia de una lanzada recibida en el torneo de los festejos de Aguas Muertas⁴. Pero seguía rápido y vivaz de espíritu, con el corazón lleno de nobles ambiciones, y aunque no vengativo, tenaz en la defensa de lo que creía su derecho.

Para preparar su viaje y permanencia en España, se puso a recoger oro. Sus expediciones le habían costado trescientos mil castellanos de oro, y además vivía con lujo y gastaba más de lo que permitían sus rentas. «Gastaba liberalísimamente -escribe Gomara- en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escasez en algunas cosas. Por donde le llaman río de avenida» [\[527\]](#). Se consideraba como acreedor del Tesoro Real a cuenta de los gastos de sus empresas de exploración y por razón de los vasallos que estimaba se le debían. Pero sabía que el oro es llave maestra para abrir corazones en la Corte y que le era menester viajar en tren de príncipe. Llevábase además a la Corte a dos de sus hijos, su heredero legítimo Don Martín, entonces de ocho años de edad, y uno de sus bastardos, Don Luis. A principios de la primavera de 1540 se hizo a la vela hacia España. Ya no iba a volver a ver la tierra que había conquistado [\[528\]](#).

32. Más allá de la Conquista

La España de 1540 difería todavía más de la de 1530 que el Marqués del Valle, desengañado y baqueteado por la suerte, del joven conquistador aureolado de gloria que había desembarcado en Palos diez años antes. Carlos no pensaba ya en caballerescos duelos con el Rey de Francia, y ensombrecido por el dolor personal, llevaba a cuestas un fardo cada vez más pesado de preocupaciones europeas. Sus súbditos castellanos veían en él a un monarca cada vez más costoso. En 1538, a pesar de insistentes esfuerzos, le fue imposible arrancar un subsidio a la nobleza, con quien llegó a una situación tan tirante que hubo de amenazar al Gran Condestable con echarle de una galería al patio, a lo que el Gran Condestable, grande de título y de ánimo mas no de cuerpo, le replicó: «Mirarlo ha mejor V. M., que si bien soy pequeño, peso mucho»

^[1] . No era más afortunado el Emperador con los humildes. Un día en los comienzos del año 1539, se perdió acosando a un ciervo en el Pardo, y cuando había conseguido alcanzarlo y matarlo, a unas dos leguas de Madrid, vio llegar a un aldeano viejo con un asno cargado de leña. Pidióle el Emperador que descargase el asno y le llevase el ciervo a Madrid, donde le pagaría lo que valía la leña. «Por Dios, hermano -contestó el campesino- que sois muy necio; veis que el ciervo pesa más que el borrico y la leña, y queréis que lo lleve a cuestas. Mejor haréis vos, que sois mozo y recio, tomarlos a entrambos a cuestas, y caminar con ellos». Atraído por la franqueza del viejo, el Emperador le preguntó cuántos años tenía y cuántos reyes había conocido. «Soy muy viejo, que cinco reyes he conocido. Conocí al Rey Don Juan el segundo, siendo ya mozuelo de barba, y a su hijo Don Enrique, y al Rey Don Fernando, y al Rey Don Felipe, y a este Carlos que agora tenemos». «Padre -preguntó el Emperador-, decidme por vuestra vida, de esos cuál fue el mejor y cuál el más ruin». «Del mejor -contestó el viejo-, por Dios que hay poca duda, que el Rey Don Femando fue el mejor que ha habido en España, que con razón le llamaron el Católico. De quien es el más ruin, no digo más sino a la mi fe, harto ruin es este que tenemos, y harto inquietos nos trae y él lo anda yéndose unas veces a Italia, y otras a Alemana, y otras a Flandes, dejando su mujer y hijos, y llevando todo el dinero de España, y con llevar lo que montan sus rentas y los grandes tesoros que le vienen de las Indias, que bastarían para conquistar mil mundos no se contenta, sino que echa nuevos pechos y tributos a los pobres labradores que los tiene destruidos». Todo lo escuchaba con paciencia el monarca, pero fueron llegando gentes de palacio que con él cazaban, y tantas que el campesino, columbrando la situación, exclamó: «¡Aun si fuédeses vos el Rey! ¡Par Dios que si lo supiera, que muchas más cosas os dijera!»

^[2] .

El rey que aquellas verdades oía tenía treinta y nueve años, pero ya comenzaba a sentir el peso de la edad. A los pocos meses de esta escena silvestre, perdió a su hermosa mujer, la Emperatriz Isabel, muerta en Toledo el 1 de mayo de 1539. Carlos la había amado hondamente y había puesto en ella más confianza que en ningún otro ser alguno en toda su vida. Murió la Emperatriz en el momento en el que más necesitaba Carlos V la compañía y consejo de un alma íntima. Alemania estaba invadida por la herejía protestante, que iba haciendo en Flandes rápidos progresos, aumentando y complicando una agitación política que vino por entonces a manifestarse en la actitud amenazadora de los burgueses de Gante, su ciudad natal. En el mes de noviembre de 1539, contra la opinión de la mayoría de sus consejeros españoles, el Emperador se dirigió a Flandes, atravesando Francia fiado en la palabra de Francisco I. Iba de luto.

Había dejado de regente al Cardenal Arzobispo de Toledo Don Juan Tabera, y de ministro universal a Don Francisco de los Cobos, al menos para asuntos interiores. Los asuntos de Indias seguían en manos del Cardenal Loaisa. Estos eran los hombres a quienes Cortés tuvo que exponer sus propios problemas y pleitos cuando llegó a España por segunda vez en la primavera de 1540, con la idea de permanecer en la Península tan solo el tiempo necesario para resolver sus asuntos y, dejando a sus tres hijos varones en la casa real, regresar a la Nueva España, reunirse con su mujer e hijas y dedicarse a la gestión de sus estados.

Se le recibió con la mayor consideración. Bernal Díaz, que también estaba en España a la sazón, cuenta que cuando los oidores del Consejo de Indias se enteraron de que Cortés estaba a las puertas de Madrid, enviaron representantes a recibirle y le dieron por residencia las casas del Comendador Don Juan de Castilla. Siempre que Cortés asistía a una sesión del Consejo, uno de los oidores salía a recibirle y le acompañaba a una silla especial reservada al lado de las de los graves magistrados que componían el Consejo. Ante ellos, el cansado conquistador volvía a exponer su causa: su fortuna gastada al servicio de la Corona; sus vasallos prometidos y nunca dados; las mañas dilatorias del Virrey; los ataques criminales de Ñuño de Guzmán a sus privilegios y propiedades; toda la amargura acumulada en diez años de luchas mezquinas. Pero también los oidores del Consejo de Indias conocían a fondo la práctica del arte dilatoria y como el Emperador seguía fuera, preferían aguardar su regreso antes de pronunciarse sobre un caso tan espinoso e importante

iii

El Emperador entretanto había sofocado la rebelión de sus súbditos de Gante, intentado otra vez medio conciliar, medio reducir a la obediencia a los protestantes rebeldes de Ratisbona y, en el verano de 1541, había cruzado los Alpes en dirección a Italia con doce mil alemanes y mil caballos, decidido a tomar Argel por asalto a fin de destruir de una vez uno de los centros infieles más importantes del Mediterráneo. Después de una entrevista con el Papa en Luca, salió hacia Luni para embarcar «cargado de bendiciones y no de dineros» 4 .

Tenía en el puerto treinta y cinco galeras, que mandó con sus italianos y alemanes a Mallorca, donde, después de una travesía tormentosa y cortas estancias en Córcega, Cerdeña y Menorca, se unió con ciento cincuenta navios, seis mil españoles y cuatrocientos caballos ligeros al mando de Don Hernando de Gonzaga, Virrey de Sicilia, y seis mil alemanes y cinco mil italianos al mando de Gamillo Colonna. Mandaba la flota Andrea Doria. Entonces vino de España otra armada en la que «no hubo infantería a sueldo, pero hubo tantos aventureros, así oficiales y labradores como caballeros y hidalgos, que fue maravilla». La lista de los nobles que así acudían a la campaña popular contenía casi todos los nombres más ilustres de España. Uno de ellos era: «Don Hernando Cortés, Marqués del valle de Huaxaca, con sus hijos Don Martín y Don Luis» 5 .

Congregábase toda esta fuerza cristiana contra un eunuco de Cerdeña, el renegado Azán Aga, cuyas fuerzas eran ochocientos turcos, cinco mil moros, muchos de ellos renegados españoles o moriscos, caballería árabe y una bruja que le había predicho que ganaría la guerra. El 23 de octubre de 1541, frente a Argel, con la mar en calma, el Emperador dio orden de que desembarcasen las tropas españolas con víveres para tres días y, a pesar de alguna resistencia, así lo hicieron. Carlos V envió un mensaje a Azán Aga recordándole que era hijo de padres cristianos y requiriéndole a que rindiese Argel al Emperador, prometiéndole honores para él y libertad para sus súbditos. Pero Azán Aga contestó que a nadie le convenía seguir los consejos de su enemigo.

Se inició el asedio y se desarrollaron las primeras escaramuzas sin más incidente que ciertas

diferencias entre españoles, alemanes e italianos sobre el respectivo ardor que ponían en la batalla. Pero una lluvia fría seguida de desastrosa tormenta dio lugar a la pérdida de numerosos barcos y a la muerte de numerosos cristianos en el curso de un combate anfibio en la costa. Uno de los barcos perdidos aquella noche era el de Cortés. Tanto él como sus dos hijos salvaron la vida pero no el equipaje, en donde iban entre otras cosas de gran valor las cinco inestimables esmeraldas. El Emperador consultó su Consejo de Guerra y decidió reembarcarse en retirada. Tenía en su tomo buenos caudillos militares, pero solo uno que había conquistado un Imperio con cuatrocientos hombres y dieciséis caballos. Aquel hombre singular iba de tienda en tienda, solitario y melancólico - no por haber perdido cinco esmeraldas que valían cien mil ducados, sino porque el Consejo de Guerra se había reunido sin siquiera pensar en convocarle para oír su opinión. Estaba seguro de que la situación no tenía nada de desesperada: «Decía él que se viniese el Emperador y le dejase con la gente que aquí tenía, que se obligaba de ganar con ella Argel. No le quisieron oír, y aun dicen que hubo algunos que hicieron burla dél» 6 .

*

Había llegado la hora en que iba a apurar los posos más amargos de la experiencia. De los tres fines que perseguía en España -riqueza, honores, reconocimiento-, el primero se alejaba constantemente en una perspectiva ilimitada y polvorienta de aplazamientos legales; el segundo le era otorgado parsimoniosamente por un Emperador empapado en prejuicios medievales sobre la sangre; el tercero era una quimera, pues no hay apenas español que haya alcanzado el reconocimiento de sus compatriotas hasta después de su muerte.

Cortés no obstante perseguía estos tres fines con tenacidad. Su lucha por el primero -la riqueza- le llevó a veces a actitudes parciales y apasionadas, como la que adoptó frente al Virrey, después de una primera fase de relaciones amistosas. En 1542, presentó una petición contra Don Antonio de Mendoza en la que resumía sus quejas con gran vigor y animosidad¹. Pero sobran pruebas de que no había en su alma ni rencor ni mezquindad, y que en toda esta lucha sus ojos están puestos en la riqueza y el poder que representa, pero no en los hombres que por razones justas o injustas le cierran el camino hacia su ambición.

La riqueza, además, era para él, como desde los primeros días de su vida pública había mostrado, mero instrumento para altos fines. Cortés gastó grandes fortunas en sus expediciones a la Mar del Sur y en el deber social de mantener una casa digna de su historia y rango. Tenía plena conciencia de ser el fundador de una gran casa, con los deberes que tal posición implicaba. El 9 de enero de 1535, en Colima, mientras preparaba su exploración del Mar del Sur, fundó un mayorazgo para el que había obtenido autorización regia en Barcelona el 27 de junio de 1529. Estipula en este documento que sus vastos estados de Nueva España quedarán para siempre la propiedad del marquesado, cuyo heredero se llamará Cortés y usará sus armas

¹

. En cuanto a la sucesión, revela singular libertad de todo prejuicio: si vinieren a faltar herederos legítimos, pasaría el marquesado y el mayorazgo a los bastardos, casi todos mestizos. Cortés era un padre muy amante de sus hijos, legítimos o no. En carta a su agente Francisco Núñez, escrita en Santiago del Mar del Sur el 20 de junio de 1533, refiriéndose a una enfermedad de su hijo Don Martín, el bastardo que había tenido en Doña Marina, de que hacía tres meses no tenía noticia, escribe: «Y sobre tal relación de enfermedad bien podréis creer si temía pena, y no me quisistes escribir della. Pues hagoos saber que no le quiero menos que al que Dios me ha dado en la Marquesa». En todo

aquello que permitía la ley, Cortés trató a sus hijos como iguales. Así, por ejemplo, en un documento firmado el 27 de noviembre de 1539, cuando estaba preparando su viaje a España, dona cien esclavos a sus tres hijos Don Martín (legítimo), Don Martín y Don Luis (bastardos), «la cual donación os hago por iguales parte tanto al uno como al otro»

▣

Sus hijos eran para él mucho más valiosos que sus hijas, pues, profundamente penetrado del sentido de la posteridad de su casa, daba suma importancia a la línea masculina. Así se explica el tono patético de esta queja al Emperador contra los trámites dilatorios que se le oponían: «Dilación que para mí no puede ser cosa más dañosa, porque he sesenta años, y anda en cinco que salí de mi casa, y no tengo más que un hijo varón que me suceda, y aunque tengo la mujer moza para poder tener más, mi edad no sufre esperar mucho; y si no tuviese otro, y Dios dispusiera de este sin dejar sucesión, ¿qué me habría aprovechado lo adquirido?, pues, sucediendo hijas, se pierde la memoria»

▣

*

Pero, aunque riqueza y honores eran para él fines tan anhelados, ninguno lo era tanto como aquel hondo deseo, aquella patética sed de reconocimiento que fue la angustia de toda su vida. El oscuro muchacho de Medellín que, sin dinero ni experiencia, en un nuevo mundo apenas surgido del mar de lo ignoto, había descubierto y conquistado el Imperio más grande, fuerte y esplendoroso que jamás se había puesto a los pies de monarca europeo alguno, tenía derecho, siendo como era Cortés hombre consciente de la historia, a sentirse orgulloso del tamaño e importancia de su hazaña. Si en la soledad de sus meditaciones se sentía el igual de Julio César, nadie tiene derecho a reprochárselo, ni siquiera a decir que se equivocaba, pues cabe considerar su conquista como una hazaña todavía más grande que las de las Galias u . Con la ingenuidad absorta en sí del hombre que ha llevado a cabo grandes cosas, Cortés se imaginó sin duda que iba a rebotar sobre él una ola de afecto y gratitud por parte del país y del soberano a quien llenaba de poder y gloria. ¡Pobre Cortés! En cuanto su propia grandeza le hubo elevado por encima del común de sus compatriotas, fue blanco favorito de la injuria, la calumnia, la insidia, todos los ruines sentimientos con que los bajos e impotentes procuran nublar a los ojos del pueblo sencillo la odiosa encarnación de un éxito para ellos demasiado evidente. Cortés, aunque llano y campechano, distaba mucho de ser igualitario. Le hubiera sido posible atravesar la ola de enemigos pequeños y mezquinos con el corazón impávido y la piel insensible; pero estaba poseído del sentido vivo y real y del valor simbólico del monarca, general entonces en España aunque hoy desconocido en todas partes menos en Inglaterra, y sufría abominablemente de la indiferencia, la frialdad, la insuficiencia del reconocimiento y a veces hasta la seca ingratitud que hallaba en el Emperador.

A través de sus numerosos papeles se observa que las páginas en que se refiere a Carlos V vibran siempre con honda emoción. El hombre-súbdito se siente atraído al hombre-monarca por un afecto profundo, aviado por una sincera unión y lealtad, pero mortificado y herido por una desoladora experiencia. En una nota que dirige a su agente Núñez en 1533, resume sus servicios, y pasa después a enumerar sus quejas, comenzando con estas palabras ingenuas: «S. M. fue servida de enviarle a tomar residencia con el licenciado Luis Ponce de León, siendo cosa que no se suele ni acostumbra hacer con los capitanes e conquistadores de tierras nuevas». Obsérvese el tono personal. Cortés se siente ofendido. No deja de manifestar gratitud por «las mercedes y favores y buenos tratamientos que de V.

M. ha recibido, porque tiene por muy gran pecado el de la ingratitud». Y llega hasta el borde del culto religioso al añadir: «Dice que tiene en lugar de reliquias dos cartas que V. M. le mandó escribir desde el camino cuando iba a Barcelona a se embarcar para Italia [...] Que por cierto en todos sus trabajos no tiene otro refrigerio ni consuelo sino verlas e leerlas muchas veces, y tener por fe que palabra de tan grande y católico príncipe no puede ser quebrada ni dejar de cumplirse, y que con esta esperanza, Dios sabe lo que ha sufrido creyendo lo que dice»

[1].

Diez años más tarde, seguía yendo y viniendo en España, sin servir para nada (y no por falta de deseo por su parte) a aquel Estado español, único en el mundo que entonces como hoy y como siempre se permitía y permite el lujo de tener ociosos a sus mejores hombres. Cortés, el español más grande y más capaz de su siglo, no tenía nada que hacer, reducido a la vida ociosa del cortesano, que tan bien describe uno de los diálogos literarios nacidos en su propia casa publicado por Pedro de Navarra después de su muerte. «En la Corte -dice uno de los conversadores, quizá el propio Cortés- comemos a peso, bebemos a medida, dormimos sin reposo y vivimos con tanto tiempo que no se nos pasa punto de tiempo sin punto de reloj y con tener el tiempo tan medido, pasamos la vida tan descansada que tomamos la muerte por vida, y no como vosotros [los rústicos] que vuestra vida es muerte. A las doce me acuesto, a las ocho me levanto, hasta las once despacho negocios, de once a doce como, de doce a una me entretengo con truhanes, con detrahedores, o en pláticas sin fruto; de la una a las tres tengo la siesta, de tres a seis despacho negocios, de seis a ocho ruó la Corte, o doy vuelta a las vegas, y de ocho a diez ceno y descanso, de diez a doce vuelvo y platico, de doce adelante duermo como he dicho, más acompañado de ambición y codicia o de miedo y malicia que de quietud ni contento»

[2].

No era esta vida para Cortés. Pero aun esta vida le hubiera sido llevadera si el Emperador, reconociendo sus méritos, le hubiese admitido en su círculo íntimo. Carlos V lo trataba con urbanidad, pero con una distancia que llegaba a la indiferencia y era a veces hasta injuriosa. Un día, quizá bajo la influencia pasajera de los enemigos de Cortés, llegó hasta decirle «que no había sido suya aquella conquista», queriendo decir que Cortés había usurpado los derechos de Velázquez. Así se desprende de una carta que Cortés escribe al Emperador el 18 de marzo de 1543: «También quiero traer a la memoria a V. M. lo que me dijo en esta villa, y fue: “que no había sido mía aquella conquista”, porque me va a mi honra. Y V. M. se sanee de esa duda y vea que yo le he dicho siempre la verdad» [\[529\]](#).

Con todo, aunque todavía persiguiendo sus fines mundanales, ya comienzan sus pensamientos a volverse hacia dentro, donde moran más altos fines, y en esta carta, escrita cuatro años antes de su muerte, ya se observa un tono más grave aun en los mismos reproches que dirige al ingrato Emperador. Después de recordarle todos sus motivos de queja, el afligido conquistador desocupado, añade: «Por todo doy gracias a Dios que quiere pagarse con esto de muchas ofensas que yo le he hecho. Él tenga por bien que sea para esta cuenta, y así lo creo, porque siendo mis servicios tan notables que jamás los hizo vasallo a su Rey, y habiéndolos yo hecho al más católico y poderoso y agradecido de todos los reyes, redundar este agradecimiento y paga no es de creer, sino que como el corazón del Rey (mayormente católico como V. M. lo es) esté en la mano de Dios, que del mana todo y no permite que se haga conmigo otra cosa» [\[530\]](#).

El mismo estado de ánimo se vislumbra a través de las quejas por motivos mundanales que

presenta al Emperador en carta fechada en Valladolid el 3 de febrero del año siguiente (1544): «Mi trabajo aprovechó para mi contentamiento de haber hecho el deber, y no para conseguir el efecto del, pues no solo no se me siguió reposo a la vejez, mas trabajo hasta la muerte, y pluguiese a Dios que no pasase adelante, sino que con la corporal se acabase, y no se excediese a la perpetua, porque quien tanto trabajo tiene en defender el cuerpo no puede dejar de ofender el ánima». Con cansancio y amargura, contemplaba su vida malgastada en la Corte: «Véome viejo y pobre y empeñado... nunca he salido de la Corte, con tres hijos que traigo en ella, con letrados, procuradores y solicitadores...». Aquel hombre que había sido modelo universal de actividad, andaba perdiendo el tiempo, precisamente donde su tiempo pudo haber florecido en actos más fecundos. Y así, pide al Rey se ponga prisa en despachar sus asuntos, pues dice: «A dilatarse dejarlo-he perder y volverme-he a mi casa, porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme a aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor perder la hacienda que el ánima» [\[531\]](#).

*

Esta seriedad ante las cosas eternas había sido siempre sincera y genuina en Cortés, desde sus primeros días. Ahora, ya viejo, enfermo y disilusionado arrastrando su persona y casa, en el séquito del monarca ambulante, era todavía más natural que prevaleciese en él. Su espíritu estaba siempre abierto ante los misterios del más allá. Como además animaba en él un intelecto curioso y vivaz, tenía todo lo necesario para constituir un centro dedicado al cultivo de las actividades mentales. A tal fin había agrupado en torno suyo cierto número de personas de calidad y de estudiosos que se reunían regularmente en su casa formando una especie de academia libre. Figuraban entre ellos dos príncipes de la Iglesia, ambos italianos, el Cardenal Poggio, Nuncio del Papa, y el Arzobispo de Cagliari, Doménico Pastorelo o Pastorelli y los dos hermanos Peralta, Don Bernardino y Don Antonio, Marqués de Falces, cuyo hijo iba a ser en su día Tercer Virrey de Méjico. El último en llegar daba el tema de la discusión y uno de los letrados presentes actuaba de Secretario. Pedro de Navarra, más tarde Obispo de Comenge, fue más de una vez uno de los encargados de tomar por escrito lo que se hablaba, y se dio tal maña en ello que escribió luego varios volúmenes de diálogos de su cosecha, inspirados en los que había oído en casa de Cortés. Así se desprende de estas palabras que estampa en su prólogo: «Las materias que entre estos insignes Varones se trataban eran tan notables que si mi rudo juicio alcanza alguna parte de bueno, tuvo dellas el principio: tanto que en doscientos diálogos que yo he escrito, hay muy pocas cosas que en esta excelente academia no se hayan tocado».

Puede, pues, considerarse la obra de Pedro de Navarra como una especie de diario más o menos fiel de las sesiones de la academia de Cortés, y los temas que trata, como indicaciones bastante exactas de los que Cortés y sus amigos debatían. Estos temas varían mucho en cuanto a profundidad y sustancia: «De la eternidad del ánima... De la diferencia del hablar al escribir (materia harto sutil e notable)... Cuál debe ser el cronista del príncipe, materia de pocos aun tocada... De la diferencia que hay de la vida rústica a la noble (Doctrina muy útil para los errores de nuestros tiempos)». El lenguaje de estos diálogos es a la vez sencillo y noble, y el aire mental que los baña más luminoso de lo que nuestra época vanidosa pudiera imaginar: «Paz al pueblo y libertad a su persona», exclama uno de los interlocutores al entrar en la sala

[\[1\]](#)

En mayo de 1547, Don Francisco de los Cobos, el poderoso ministro de Carlos V, se hallaba agonizante. La academia de Cortés escogió como tema para su debate de aquel día: «La orden que

todo verdadero cristiano ha de tener en aparejarse para bien morir», pensando en el ministro moribundo, como explícitamente apunta Pedro de Navarra: «Y porque el sujeto de la disputa fue el principal privado del César, Francisco de los Cobos». Era tema que sin duda dominaba entonces los pensamientos de Cortés. Su salud iba bajando rápidamente. «Fue a Sevilla -escribe Gomara- con voluntad de pasar a la Nueva España y morir en Méjico». Esperaba a la sazón la llegada de su hija mayor, Doña María, que venía a contraer matrimonio con Don Alvar Pérez Ossorio, hijo y heredero del Marqués de Astorga, a quien ya había pagado veinte mil ducados de los cien mil en que había sido estipulada la dote. En Sevilla dictó su testamento el 12 de octubre de 1547. Este documento revela tres preocupaciones principales en Cortés: su familia y casa; la Nueva España; su conciencia y la salvación de su alma.

Deja su nombre y mayorazgo a su hijo legítimo Don Martín; a sus hijas legítimas hace generosos legados y tampoco olvida en su generosidad a su prole ilegítima. Recomienda y menciona especialmente el trato hecho con el Marqués de Astorga para el matrimonio de su hija, y nombra sus albaceas al propio Marqués de Astorga, al Duque de Medina Sidonia y al Conde de Aguilar.

Así dispuestas sus ambiciones mundanales y establecida la perpetuidad de su honra, se vuelve hacia Méjico donde tiene puesto el corazón. Puede afirmarse, sin temor a torcer los hechos ni un ápice, que Cortés fue el primer hombre que sintió latir en su corazón un patriotismo mejicano. La primera cláusula de su testamento estipula que se enterrarán sus huesos en Cuyoacán. Abundan los trozos de sus cartas e informes en que expresa su clara visión de una Nueva España donde vivirán españoles y mejicanos en paz y prosperidad, es decir, del Méjico moderno, esencialmente mestizo de espíritu, aun en aquellos mejicanos que son o indios puros o europeos puros de origen. Esta finalidad concreta y explícita está omnipresente en su testamento e inspira la especial atención que consagra a los intereses espirituales e intelectuales de su nueva patria. Fue el primero en fundar en la Nueva España hospitales, monasterios y centros de saber y cultura, y en su testamento lega sumas para fundar y sostener un hospital, un convento y un colegio universitario con el que espera poder dar a Méjico una clase directora indígena preparada para sus altas funciones con la cultura universitaria europea.

También se echa de ver en su testamento que Cortés no tiene la conciencia tranquila sobre el trato dado a los naturales por los españoles. Sabía perfectamente que la base sobre que los españoles fundaban su derecho a hacer esclavos a los indios era objeto de fuertes controversias en España, donde la combatían y daban por nula muchos sabios y santos teólogos; y sabía también que, aun concedida esta base, se habían herrado como esclavos miles de indios contra las reglas que tal base permitiría. En su testamento manda a sus herederos que «porque acerca de los esclavos naturales de la dicha Nueva España, así de guerra como de rescate, ha habido y hay muchas dudas e opiniones sobre si se ha podido tener con buena conciencia o no y hasta ahora no está determinado, mando que todo aquello que generalmente se averiguare que en este caso se debe hacer para el descargo de las conciencias en lo que toca a estos esclavos de la dicha Nueva España, que se haga y cumpla en todos los que yo tengo, e encargo y mando a Don Martín mi hijo sucesor y a los que después del sucedieren en mi estado que para averiguar esto hagan todas las diligencias que convenga al descargo de mi conciencia y suyas». También se preocupa de lo que puede haber adquirido injustamente: «Mando que porque en algunos lugares de mi estado se han tomado algunas tierras para huertas y viñas e algodinales y para otros efectos, que se averigüe y se sepa si estas tales tierras eran propiamente de algunos de los naturales de aquellos pueblos y siendo así mando que se les restituyan». En suma, al sentir cerca a la muerte, buscó la paz de su alma en severo escrutinio de sus acciones según principios de justicia tales como prevalecían en su tiempo. En este estado de desnudez espiritual, hallándose en Castilleja de la Cuesta,

cerca de Sevilla, el 2 de diciembre de 1547 Cortés dejó esta tierra en que había luchado con tan fuerte corazón

iii

.

*

En su último combate a brazo partido con el ángel, en ese crepúsculo revelador del último día en la tierra, quizá llegasen sus ojos a penetrar a través de sus inauditas proezas hasta el fondo de la tragedia humana que ocultaba la triple causa de su fracaso. Había fracasado como hombre de acción, pues aunque había llevado a cabo una de las hazañas más grandes de la historia -quizá la más grande- había arrojado al azar su propia conquista, la primera, la más maravillosa, exponiéndola a la temeridad de Alvarado, y luego la segunda, tan heroica, sacrificándola a su propia impaciencia para con Olid; y más tarde había vuelto a fracasar como hombre de acción al no lograr dominar las intrigas de Corte ni congraciarse con el Emperador. Durante su vida misma, el país que había creado pasaba a que lo rigiesen manos extrañas, mientras él perdía el tiempo en la antesala imperial.

Si, apartando los ojos de este fracaso, buscaba estoico consuelo en la idea de que su labor surgiría ante la posteridad en sus verdaderos colores y tamaño, aquella luz que ya al borde de su existencia terrena caía sobre él desde lo eterno no tardaría en disipar su ensueño. Porque la historia como espejo de la verdad está más allá y más alto de lo que alcanzan los hombres y su preclaro nombre iba pronto a ser, y a seguir siendo contra toda justicia, juguete de la ignorancia y de la malquerencia, y blanco de la envidia y del odio; mientras que aun en vida, sus compatriotas, sin interés alguno ante sus hazañas, contemplaban fríos e indiferentes la tragedia de su vida malgastada tanto para él mismo como para su país.

Y si otra vez volvía a apartar los ojos e intentaba consolarse pensando que al menos, aunque nadie se lo reconociera, en la realidad de la verdad ignota y señera, era y quedaba el creador de una nación nueva nacida de la unión de dos razas, entonces su desengaño sería el más amargo de los tres. Porque aquella nación con la que soñó no ha llegado todavía a encontrar su alma. Injerto de una raza sobre el tallo de otra, todavía no ha llegado a dar de sí el concepto y el sentido claros de su ser y de su destino y vive en agitación constante, en duelo perpetuo entre las dos sangres, de modo que todos los días muere apedreado Moteczuma y muere ahorcado Guatemocín y todos los días el blanco conquista al indio en el alma del mejicano.

Este es su fracaso más hondo. Tres años antes de su muerte había escrito al Emperador: «Esta obra que Dios hizo por mi medio es tan grande y maravillosa...». Sabía que solo había sido instrumento, pero ¿de quién? Desde luego, de Dios. Ahora bien, demasiado sabía él que los hombres no son instrumentos inertes, como hachas o sierras, sino que tienen libertad propia que utilizan para caer en el error. «De la parte que a Dios cupo en mis trabajos y vigilias -escribía en la misma carta a Carlos V- asaz estoy pagado, porque seyendo la obra suya, quiso tomarme por medio, y que las gentes me atribuyesen alguna parte, aunque quien conociere de mí lo que yo, verá claro que no sin causa la divina Providencia quiso que una obra tan grande se acabase por el más flaco e inútil medio que se pudo hallar, porque solo a Dios fuese atributo» [\[532\]](#). Ya en estas palabras se percibe esa madurez de pensamiento que lleva al hombre, por muy digno que se vea entre sus semejantes, a saberse indigno ante la obra y ante Dios. Pequeñez humana ante las cosas. Insuficiencia aun del más grande ante la labor.

Había avanzado en nombre del Señor, soñando crear una nueva nación cristiana constituida con los naturales, por él salvados de su paganismo, y con los españoles que irían a poblar, enriquecer, ilustrar y «ennoblecer» la tierra. Con su incansable actividad, había dado el primer impulso a aquella nueva nación, trazando las primeras líneas de su prosperidad económica, del respeto a los naturales, de la enseñanza de naturales y blancos, y del ennoblecimiento de la tierra mediante la reina de las artes cívicas, la arquitectura. Antes de su muerte había ya entre los naturales bastantes teólogos y latinistas para asustar a ciertos clérigos timoratos que no auguraban nada bueno de tantas letras; y la primera prensa del continente americano trabajaba ya en Méjico a plena marcha. Nobles edificios hacían ya de Méjico la capital más bella del orbe nuevo. Apenas muerto Cortés, Cervantes de Salazar registra la prosperidad de Tlaxcala y elogia la belleza de los edificios urbanos, la fertilidad de las tierras, la riqueza, contento y bienestar de los naturales y el buen gobierno que allí ejercía uno de los capitanes de Cortés a quien se debía en gran parte tanta prosperidad gracias a su cuidado en establecer excelentes comunicaciones para las que había construido ya treinta y tres puentes de piedra

[1]. Esta era la labor que Cortés aspiraba a realizar y que había iniciado con la mejor voluntad, y con ideas que eran entonces entre las mejores de su tiempo. Había sido menester para ello destruir el sistema de gobierno mejicano, el Uei Tlatoani y aquella espantosa fe en los dioses sanguinarios, asentando en su lugar el Estado Cristiano, el Emperador del Sacro Imperio Romano, y la fe del Salvador. Nada podía ser más evidente y sencillo. En cuanto a las dos razas, una y otra venían de Adán y Eva y eran hijas de Dios.

Así lo creía Cortés con toda su alma. Así lo creía en su tiempo todo el mundo. ¿Cómo podía adivinar que en la entraña de razas y naciones viven ocultos océanos de instintos, de emociones, y de oscuras pero tenaces memorias, y que preparaba para la Nueva España siglos de tormentos mentales y morales? ¿Cómo podía adivinar que un día vendría en que habría que proteger con el secreto sus cenizas, enterradas por expreso deseo suyo en la Nueva España, contra la furia de las multitudes de la nación que había fundado, revuelta en frenesí destructor de sí misma contra el hombre a cuya visión debía la existencia? ¿Cómo podía adivinar que aquel Méjico creado por él erigiría una estatua a Guatemocín, no para honrar a Guatemocín sino para insultarle a él; que un pintor de aquella raza que tanto había hecho él para ennoblecir y libertar de sus espantosos prejuicios, llegaría un día a embadurnar los muros de su palacio de Cuernavaca con calumniosas escenas de la conquista de que hasta el tal pintor es inocente puesto que le brotan de insondables abismos raciales?

Arduos esfuerzos de mente y corazón le habían alzado a la estatura de héroe de la humanidad. Pero como tal, ¿qué podía hacer sino errar? La pobre humanidad que lleva siglos buscando su paz y unidad por los caminos tortuosos de la historia, avanzando a tientas, casi ciega, a la débil luz de su razón, por la realidad exterior y por la más procelosa todavía de su propia alma, en un mundo que le cela tercamente sus complejos secretos, la pobre humanidad es cruel devoradora de sus propios héroes, a quienes condena a malgastar tesoros de energía y de abnegación en gestos de trágica incoherencia para con los fines que ella misma persigue.

Grande por sus hechos, más grande todavía por su trágica vida, Cortés es símbolo adecuado de la tragedia del hombre en la tierra.

I. Reconocimiento

Estoy reconocido al Director y personal de la Biblioteca Bodoleiana de Oxford, así como al Director y personal de la Biblioteca de Londres, por la cortesía y paciencia con que me han ayudado a trabajar en la preparación de esta obra; y también a Don Adolfo Prieto, Don Carlos Prieto, Don Federico Gómez de Orozco y Don Abel Graciá Azorín, por las molestias que se han tomado en procurarme libros e índices para el mismo fin.

II. Sobre los nombres mejicanos

Espero se me perdone cierta elasticidad en la ortografía de los nombres mejicanos, debida en parte a una tendencia quizá poco ortodoxa (dadas las costumbres actuales) a la variedad ortográfica, en parte a las variaciones que estos nombres han tenido en la historia, pero en parte también a que siempre he procurado utilizar la ortografía del autor que cito. Para los lectores de habla española, no creo que haya dificultad. He prescindido de la H inicial en palabras como Uei Tlatoani y Uitchilipochtli porque esta H cesa de ser necesaria cuando ya la lengua castellana ha separada tan netamente la letra U del sonido vocal que tenía en el siglo XVI.

III. Retratos

Existen numerosos retratos de Cortés, pero solo tres o cuatro de que pueda creerse que hayan sido pintados durante su vida y por pintores que hayan conocido al modelo. Estos son:

1. Un lienzo que pertenece a la ciudad de Méjico y representa a Cortés de unos cincuenta años, revestido de armadura.
2. Un lienzo de cuerpo entero, de propiedad privada, del que se ha publicado una fotografía en Archives de la Société Américaine de France, deuxième serie, vol. I, planche XIX, pág. 296.
3. Un grabado en madera publicado en Cortés Valeroso, por Gabriel Lasso de la Vega, Madrid, 1568. Representa a Cortés el año de su muerte.
4. Un retrato de cuerpo entero que se halla en el Hospital de Jesús Nazareno de la ciudad de Méjico, copia de algún original pintado durante la primera estancia de Cortés en España.

No conozco ningún estudio completo sobre esta materia. Los datos anteriores proceden de un artículo publicado en El Universal de Méjico el 16 de noviembre de 1919, por el Profesor N. León del Museo Nacional de Méjico.

IV. BIBLIOGRAFIA

La lista siguiente comprende solo los libros directamente utilizados en la redacción del texto, por orden alfabético de las abreviaturas con que van designados en las notas.

<i>Alamán</i>	Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los Españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las Islas y Continente americano hasta la Independencia, por Don Lucas Alamán, Méjico, 1844, 3 vols.
<i>A. M. N. M.</i>	Anales del Museo Nacional de México.
<i>B. D. C.</i>	Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, por Bernal Díaz del Castillo, uno de sus Conquistadores. Única Edición hecha según el Códice Autobiográfico. La publica Genaro García, México, 1904, 2 vols.
<i>Bourne</i>	Spain in America by Edward Gaylord Bourne, Ph. D. 1904.
<i>C. C. S. M.</i>	Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón, por Salvador de Madariaga, Buenos Aires, 1940.
<i>C. D. H. M.</i>	Colección de Documentos para la Historia de México, publicada por Joaquín García Icazbalceta, México, 1858, 2 vols.
<i>C. D. I. A. I.</i>	Colección de Documentos Inéditos Relativos al Descubrimiento, Conquista y Colonización de las Posesiones Españolas de América y Oceanía sacados en su mayor parte del Real Archivo de Indias, bajo la dirección de los Señores Don Joaquín F. Pacheco y Don Francisco de Cárdenas, miembros de varias reales academias científicas, y Don Luis Torres de Mendoza, Abogado de los Tribunales del Reino, Madrid, 1864, 40 vols.
<i>C. M.</i>	Codex Mendoza. The Mexican Manuscript known as The Collection of Mendoza and preserved in the Bodleian Library. Edited and translated by James Cooper Clark, Londres, 1938.
<i>C. S.</i>	Crónica de la Nueva España que escribió el Dr. Francisco Cervantes de Salazar, cronista de la Imperial Ciudad de México, The Hispanic Society of America, Madrid, 1914. Escrito en Méjico hacia 1560, en contacto con algunos conquistadores que todavía vivían, esta obra permaneció inédita hasta 1914. Es pues a la vez antigua y nueva. Herrera la tuvo a su disposición y la utilizó frecuentemente.
<i>Chaplain</i>	Itinerario de la Armada del Rey Católico a la Isla de Yucatán, en la India; el Año 1518, en la que fue por Comandante y Capitán General Juan de Grijalba, escrito para Su Alteza por el Capellán Mayor de la dicha Armada. Traducción española de una traducción italiana del original español hoy perdido, D. C. H. M. L., págs. 281-568. El autor no puede ser más que Juan Díaz, el único clérigo que iba en la flota de Grijalba.
<i>Conway.</i>	The Last Will and Testament of Hernando Cortés, Marqués del Valle. A Facsimile and Paleographic Version, Together with an English Transla-

	tion of the Original Testament, dated Seville, the Eleventh Day of October, 1547. Edited with and Introduction and Notes by G. R. G. Conway, Privately printed in the City of Mexico, 1939.
<i>Cuevas</i>	Cartas y Otros documentos de Hernán Cortés novísimamente descubiertos en el Archivo de Indias de la Ciudad de Sevilla e ilustrados por el P. Mariano Cuevas, S. J., Sevilla, 1915.
<i>Cuevas-D.</i>	Documentos Inéditos del Siglo XVI para la Historia de México colegidos y anotados por el P. Mariano Cuevas, S. J., México, 1914.
<i>F. A. I.</i>	Historia Chichimeca, por Don Fernando de Alva Ixtlilxochitl. En vol. IX de K (q. v.), págs. 197-316.
<i>F.A.I. — R.H.</i>	Relaciones Históricas por Don Fernando de Alva Ixtlilxochitl. En vol. IX de K (q. v.), págs. 317-468.
<i>F. C.</i>	Doña Catalina Xuárez Marcapda, Primera Esposa de Hernán Cortés, y su familia, por Francisco Fernández del Castillo, México, sin fecha.
<i>Gayangos</i>	Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, colegidas e ilustradas por Don Pascual de Gayangos, París, 1866.
<i>Gómara</i>	Crónica de la Nueva España, con la conquista de México y otras cosas notables hechas por el valeroso Hernando Cortés, Marqués del Valle, Capitán de Su Magestad en aquellas partes. Con mucha diligencia corregida y añadida por el mismo autor en Çaragoça, 1554.
<i>H. C. C. C.</i>	Hernán Cortés: Copias de Documentos Existentes en el Archivo de Indias y en su Palacio de Castilleja de la Cuesta sobre la Conquista de Méjico, Sevilla, 1889.
<i>Herrera</i>	Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, escrita por Antonio de Herrera, coronista mayor de su M ^o . de las Indias y su coronista de Castilla. En cuatro Décadas desde el año de 1492 hasta el de 1531, Madrid, 1601.
<i>Humboldt-Essai</i>	Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne, par Alexandre de Humboldt, 2 vols., París, 1811.
<i>Humboldt-Vues</i>	Vues des Cordillères et Monuments des Peuples Indigènes de l'Amérique, par Al. de Humboldt, avec 19 Planches, dont plusieurs colorées, 2 vols., París, 1816.
<i>K.</i>	Antiquités of Mexico, Edited by Lord Kingsborough, Londres, 1831. 9 vols.
<i>Las Casas</i>	Historia de las Indias, por Bartolomé de Las Casas, vols. 62 a 65 de Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, por el Marqués de la Fuensanta del Valle y Don José Sancho Rayón, Madrid, 1875.
<i>Las Casas-D.</i>	Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias, colegida por el Obispo Don Fray Bartolomé de Las Casas, o Casaus, de la Orden de Santo Domingo, 1552.
<i>MacNutt</i>	Fernando Cortés and the Conquest of México, 1485-1547 by Francis Augustus MacNutt, Nueva York, 1909.
<i>Maudslay</i>	The True History of the Conquest of New of its conquerors. Spain by Bernal Díaz del Castillo, one From the only exact copy of the Original Manuscript, Edited and published in Mexico by Genaro García. Translated into English with Introduction and Notes by Alfred Percival Maudslay, M. A. Hon. Professor of Archaeology, National Museum, Mexico, Londres, Printed for the Hakluyt Society, MDCCCXVIII, 5 vols.

<i>Means</i>	History of the Spanish Conquest of Yucatán and of the Itzas, by Philip Ainsworth Means in Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, 1917.
<i>Means-Main</i>	The Spanish Main Focus of Envy, 1492-1700, by Philip Ainsworth Means, Nueva York, 1935.
<i>Mendieta</i>	Historia Eclesiástica Indiana, obra escrita a fines del siglo XVI por Fray Gerónimo de Mendieta de la Orden de San Francisco. La publica por primera vez Joaquín García Icazbalceta, México, MDCCLXX (errata por MDCCCLXX).
<i>Motolinia</i>	Historia de los Indios de Nueva España, por Fray Toribio de Benavente o Motolinia, C. D. H. M., vol. I, págs. 1-249.
<i>Motolinia-L.</i> <i>N. C. D. H. M.</i>	Carta a Carlos V, Taxcala, 2 de enero de 1855, págs. 253-276. Nueva Colección de Documentos para la Historia de México, publicada por Joaquín García Icazbalceta, México, 1886, 2 vols.
<i>Navarra</i>	Diálogos Dictados por el Ilustrissimo y Reuerendissimo señor Dô Pedro de Nauarra, Obispo 9º de Comenge y del consejo supremo del Christianissimo Rey de Francia, Tolosa, 1565.
<i>Navarrete</i>	Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los Españoles, por Martín Fernández de Navarrete, Imprenta Real, Madrid, 1825, 5 vols.
<i>O. y B.</i>	Historia Antigua y de la Conquista de México, por el Licenciado Manuel Orozco y Berra, México, 1880, 4 vols.
<i>O. y B.-G.</i>	Geografía de las Lenguas y Carta Etnográfica de México, precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus, por el Lic. Manuel Orozco y Berra, México, 1864.
<i>Oviedo</i>	Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Primer Cronista del Nuevo Mundo. Publícala la Real Academia de la Historia [...], por Don José Amador de los Ríos, Madrid, 1853, 4 vols.
<i>Pereyra</i>	Hernán Cortés, Carlos Pereyra, Madrid, 1931.
<i>Prescott</i>	History of the Conquest of Mexico, by William H. Prescott. Edited by Wilfred Harold Munro, Professor of European History in Brown University, and comprising the notes of the Edition by John Foster Kirk, Filadelfia y Londres, 1904, 4 vols.
<i>R. G.</i>	De Rebus Gestis Ferdinandi Cortesii (Incerto Auctore), C. D. H. M., vol. I, págs. 510 y sigs.
<i>Ricard</i>	Robert Ricard. La «conquête spirituelle» du Mexique. Essai sur l'apostolat et les méthodes missionnaires des Ordres Mendians en Nouvelle Espagne de 1523-1524 a 1572, París, Institut d'Ethnologie, 1939.
<i>Sahagún</i>	Historia Universal de las Cosas de Nueva España, por el M. R. P. Fray Bernardino de Sahagún. En K., vol. VII.
<i>Sandoval</i>	Historia de la Vida y Hechos del Emperador Carlos V Max. Fortissimo, Rey Cathólico de España y de las Indias, Islas y Tierra Firme de Mar Océano. Al Cathólico Rey Don Felipe III deste nombre nuestro Señor, por el Maestro Don Fray Prudencio de Sandoval su coronista, Obispo de Pamplona, Pamplona, 1634, 2 vols.
<i>Tapia</i>	Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la Conquista de México, C. D. H. M., vol. II, págs. 554-594.

<i>Thorne</i>	The Great Temple of Mexico, Rosalie Thorne, artículo en <i>Vassar Journal of Undergraduate Studies</i> , vol. XII, mayo, 1939, pág. 1.
<i>Torquemada</i>	Monarchia Indiana con el origen y guerras de las Indias Occidentales, de las Poblaciones, Descubrimiento, Conquista, Conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra distribuidos en tres tomos, Madrid, 1723 (publicado en 1615), 3 vols.
<i>Tezozomoc</i>	Crónica Mexicana de Fernando de Alvarado Tezozomoc (probablemente escrito hacia 1589), K., vol. IX, págs. 5-196.
<i>Waley</i>	The Way and its Power. A Study of the Tao tê Ching and its place in Chinese thought, by Arthur Waley, Londres, 1934.
<i>Wilgus</i>	Histories and Historians of Hispanic America, by Alva Curtis Wilgus, Washington, 1936.

FALTAN NOTAS AL PIE

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

10/10/2013